TREVANIAN

Nicholai Hel es el hombre más buscado del mundo. Nacido en Shangai durante la Primera Guerra Mundial, es hijo de una aristócrata rusa y de un alemán misterioso, además de protegido de un maestro *Gõ* japonés. Hel, que sobrevivió a la destrucción de Hiroshima, se ha convertido en un artista del asesinato a sueldo. Es un genio, un iniciado, un auténtico sabio del lenguaje y la cultura cuyo secreto radica en la determinación por alcanzar un estado de perfección conocido como *shibumi*.

Tras varios años escondido en su fortaleza para huir del pasado, se ve obligado a volver al terreno de juego cuando una joven acude a él y le pide protección. Pronto descubrirá que detrás del telón se encuentra su enemigo más siniestro: una red de espionaje conocida como Compañía madre. Las líneas del juego están trazadas: poder y corrupción en un lado, en el otro… *shibumi*.

Trevanian

Shibumi

ePUB r2.0

GONZALEZ 24.02.13

Título original: *Shibumi*
© 1979, Trevanian
Traducción de Monserrat Solanas de Guinart

Corrección de erratas: newclave & othon_ot
ePub base r1.0

A la memoria de los hombres que aquí aparecen como:

Kishikawa
Otake
De Lhandes
Le Cagot

Todos los otros personajes y organizaciones mencionados en el libro carecen de cualquier base en la realidad, aunque algunos de ellos no se dan cuenta.

JUGADAS DE SHIBUMI

PRIMERA PARTE

Fuseki - *apertura de una jugada cuando se toma en consideración todo el tablero*.

SEGUNDA PARTE

Sabaki - *intento de resolver una situación difícil de un modo rápido y flexible*.

TERCERA PARTE

Seki - *posición neutral en que ninguno de los jugadores tiene ventaja. Un* Mexican stand-off[1].

CUARTA PARTE

Uttegae - *lance de sacrificio, gambito*.

QUINTA PARTE

Shicho - *ataque acelerado*.

SEXTA PARTE

Tsuru no Sugomori - *«El confinamiento de las grullas en su nido», maniobra elegante con la captura de las piezas del contrario*.

PRIMERA PARTE

FUSEKI

WASHINGTON

La pantalla relampagueó 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3… Se desconectó después el proyector, y se encendieron las luces de la instalación eléctrica disimulada a lo largo de las paredes de la sala de proyecciones particular.

Se oyó la voz del maquinista, fina y metálica, a través del intercomunicador.

—A punto para cuando usted quiera, Mr. Starr.

T. Darryl Starr, único miembro de la sala, pulsó el botón de comunicación de la consola que tenía frente a él.

—¡Eh, muchacho! Dime una cosa. ¿Para qué sirven todos esos números antes de comenzar la película?

—Se llama al guión personal, señor —respondió el operador—. Lo ajusté a la película como una especie de broma.

—¿Broma?

—Sí, señor… Quiero decir… considerando la naturaleza de la película… resulta gracioso contar con una guía comercial, ¿no cree usted?

—¿Por qué, gracioso?

—Bueno, quiero decir… con todas esas quejas sobre la violencia en las películas y todo eso.

T. Darryl Starr gruñó y se frotó la nariz con el dorso del puño, haciendo deslizar después hasta ella las gafas de sol estilo piloto que antes había acomodado sobre su cabello corto cuando las luces se habían apagado por primera vez.

¿Broma? Sería condenadamente mejor que *no* fuese una broma, ¡maldita sea tu estampa! Si algo no está bien, ya puedo ir preparando mi funeral. Y si la cosa más mínima no está bien, ya puedes apostar tus pelotas

que Mr. Diamond y su pandilla se darán cuenta en seguida. ¡Bastardos quisquillosos! Desde que se hicieron cargo de las operaciones de la CIA en el Medio Oriente, parece que su misión consista en ir descubriendo el más pequeño fallo.

Starr mordió el extremo de su cigarro, que escupió al suelo alfombrado, colocando después el habano entre sus apretados labios y encendiéndolo a continuación con una cerilla de madera que frotó en la uña de su dedo pulgar. En su calidad de oficial decano de operaciones tenía acceso a cigarros habanos. Después de todo, RHIP.

Se repantigó con las piernas apoyadas en el respaldo del asiento que tenía frente a él, como solía hacer cuando era muchacho e iba a ver películas en el «Teatro Lone Star». Y si el muchacho que se sentaba delante de él protestaba, Starr se ofrecía a darle un puntapié en el trasero que se lo haría subir hasta los hombros. El otro chico siempre terminaba callando, pues todos en Flat Rock sabían que T. Darryl Starr era una especie de fiera y muy capaz de patear a cualquier chico dejándole el pecho hecho un fangal.

Había transcurrido mucho tiempo desde entonces, pero Starr continuaba siendo una especie de fiera. Y así se debía ser para llegar al puesto de oficial decano de operaciones de la CIA. Se necesitaba eso, y experiencia. Y algunos movimientos astutos.

Y, patriotismo, naturalmente.

Starr comprobó la hora: faltaban dos minutos para las cuatro. Mr. Diamond había convocado una sesión para las cuatro, y llegaría exactamente a las cuatro. Si el reloj de Starr no marcaba las cuatro en punto cuando Diamond entrara en el teatro, lo más seguro es que el reloj no marchaba bien.

Presionó nuevamente el botón para comunicar.

—¿Cómo ha salido la película?

—No ha salido mal, teniendo en cuenta las condiciones en las que filmamos —respondió el operador—. La luz en la Roma Internacional es difícil… una mezcla de luz natural y fluorescente en el techo. Tuve que

utilizar una combinación de filtros CC que convirtieron el enfoque en un auténtico problema. En cuanto a la calidad del color…

—¡No quiero oír tus malditos problemas!

—Lo siento, señor. Sólo estaba respondiendo a su pregunta.

—Pues ¡no lo hagas!

—¿Señor?

La puerta del fondo del teatro particular se abrió de un portazo. Starr observó su reloj: la manecilla del segundero había pasado cinco segundos de las cuatro en punto. Por el pasillo se acercaron rápidamente tres hombres. En cabeza iba Mr. Diamond, un hombre nervudo, de movimientos rápidos y precisos, cuyos trajes de corte impecable reflejaban la disposición ordenada de su mente. Siguiéndole de cerca, venía el primer ayudante de Mr. Diamond, un individuo alto, de articulaciones flexibles, con cierto vago aire académico. No siendo hombre al que gustase perder el tiempo, Diamond solía dictar comunicaciones, incluso cuando estaba de camino entre una y otra reunión. El primer ayudante llevaba en la cadera una grabadora de cinturón, cuyo micrófono, tan pequeño como una cabeza de alfiler, iba sujeto a la montura metálica de sus gafas. Caminaba siempre muy cerca de Mr. Diamond, o se sentaba junto a él, con la cabeza inclinada para recoger la expresión de sus monótonas instrucciones esporádicas.

Considerando la rigidez heráldica de la mentalidad de la CIA, era inevitable que su versión de ingenio sugiriese una relación homosexual entre Diamond y su ayudante, en todo momento solícito. La mayor parte de los chistes que corrían hacían referencia a lo que le sucedería a la nariz del ayudante si alguna vez Mr. Diamond se detenía de repente.

El tercer hombre, a remolque detrás de ellos y algo confuso ante la viveza de acción y pensamiento que le rodeaban, era un árabe, ataviado con un traje occidental, oscuro y caro, y que no le sentaba bien. El sastre no tenía la culpa de su aspecto desaliñado; el cuerpo del árabe no estaba hecho para un traje que requería cierta postura y disciplina.

Diamond se deslizó en el asiento del pasillo al otro lado de Starr; el primer ayudante se sentó directamente detrás de él, y el palestino, frustrado

cuando nadie le indicó dónde debía sentarse, finalmente se dejó caer en un asiento en la parte de atrás.

Volviendo la cabeza de modo que el diminuto micrófono recogiera enteramente su dictado rápido y átono, Diamond concluyó los pensamientos a los que le había estado dando vueltas.

—Dentro de las tres próximas horas hay que recordarme: uno, accidente equipo petrolero mar del Norte; silenciar el asunto ante la Prensa. Dos, profesor que está investigando los daños ecológicos a lo largo de la conducción de Alaska: terminar asunto con supuesto accidente.

Ambos asuntos se encontraban en su fase final, y Mr. Diamond confiaba en poder jugar un poco al tenis aquel final de semana. Naturalmente, siempre que aquellos imbéciles de la CIA no hubiesen desbaratado la acción en Roma Internacional. Se trataba de una incursión directa que no podía presentar dificultades, pero durante los seis meses transcurridos desde que la Organización Madre le había ordenado dirigir las actividades de la CIA en el Oriente Medio, había aprendido que ninguna acción era lo bastante sencilla como para poder escapar de la capacidad de error de la CIA.

Diamond comprendía por qué la Organización Madre prefería mantenerse en segundo término actuando detrás de la pantalla de la CIA y la NSA, pero esto no facilitaba en absoluto su trabajo. Tampoco le pareció especialmente divertida la sugerencia despreocupada del presidente cuando le dijo que considerara que la Organización Madre utilizaba a los agentes de la CIA como su parte de contribución en el contrato laboral de los deficientes mentales.

Diamond no había leído todavía el informe de la acción redactado por Starr, así que se inclinó para cogerlo. El primer ayudante se le anticipó poniendo el documento en su mano.

Mientras echaba una ojeada a la primera página, Diamond dijo sin alzar la voz.

—Apaga el cigarro, Starr. —Levantó entonces la mano con un breve gesto, y las luces murales comenzaron a desvanecerse.

Darryl Starr deslizó las gafas de sol hasta su cabello cuando el teatro quedó a oscuras y el rayo del proyector atravesó las espirales flotantes de humo azulado. En la pantalla apareció una espasmódica panorámica del interior de un gran y atareado aeropuerto.

—Esto es Roma Internacional —informó Starr lentamente—. Hora de referencia: las trece y treinta y cuatro GMT. El vuelo 414 procedente de Tel Aviv acaba de llegar. Pasará un rato antes de que comience la acción. Esos individuos de las aduanas italianas no tienen ninguna prisa.

—¿Starr? —dijo Diamond con pereza en su voz.

—¿Señor?

—¿Por qué no has apagado el cigarro?

—Bueno, para decirle la verdad, señor, no he oído que usted me lo hubiese pedido.

—Yo no se lo he pedido.

Avergonzado por recibir órdenes en presencia de un extraño, Starr bajó la pierna del asiento delantero y aplastó el cigarro habano casi entero, apagándolo sobre la alfombra. Tratando de salvar su dignidad, siguió explicando como si nada hubiera ocurrido.

—Espero que nuestro amigo árabe, aquí presente, quede impresionado por la manera en que se realizó esta acción. Fue tan suave como mierda de gato sobre el linóleo.

Gran plano: aduana y puerta de inmigración. Una fila de pasajeros espera, con diversos grados de impaciencia, pasar las formalidades. A la vista de la incompetencia e indiferencia oficial, los únicos viajeros que sonríen y se muestran amistosos son aquellos que temen problemas con su pasaporte o con su equipaje. Un anciano, con barbita de pelo blanco, se inclina sobre el mostrador explicando algo al oficial de aduanas, por tercera vez. Detrás de él, en la fila, hay dos hombres jóvenes de veintitantos años, muy tostados por el sol, que llevan pantalones cortos de color caqui y camisas desabrochadas. A medida que avanzan, empujando sus mochilas con el pie, la cámara los aproxima en zoom *para aislarlos en un plano casi cerrado.*

—Son nuestro objetivo —explicó Starr innecesariamente.

—Así es —confirmó el árabe con voz frágil de falsete—. Reconozco a uno de ellos, a ese que dentro de su organización llaman Avrim.

Con una reverencia galante, cómicamente exagerada, el primer joven cede el paso al mostrador a una linda joven pelirroja. Ella le sonríe dándole las gracias, pero sacude la cabeza negativamente. El oficial italiano, con su gorra de visera demasiado pequeña, coge el pasaporte del primer joven con gesto de aburrimiento y lo abre bruscamente, mientras sus ojos se desvían una y otra vez hacia los pechos de la muchacha, obviamente libres bajo la camisa de algodón. Observa la fotografía y mira el rostro del joven, una y otra vez, frunciendo el entrecejo.

Starr hizo una aclaración.

—La fotografía del pasaporte fue tomada antes de que se dejara crecer esa estúpida barba.

El funcionario de inmigración se encoge de hombros y estampilla el pasaporte. El segundo joven es tratado con igual combinación de desconfianza e incompetencia. Su pasaporte es estampillado por duplicado, pues el funcionario está tan absorto contemplando la delantera de la muchacha que la primera vez se olvidó de utilizar la almohadilla del tampón. Los jóvenes cogen sus mochilas del suelo y las cuelgan de sus hombros por un solo tirante. Murmurando excusas y haciendo contorsiones, logran deslizarse a través de un grupo desordenado de italianos excitados, una numerosa familia que se apretuja mientras espera de puntillas a un pariente que llega.

—¡Muy bien! ¡Ahora despacio! —ordenó Starr por el intercomunicador —. Ahora viene el jaleo.

El proyector redujo la velocidad a un cuarto.

Los jóvenes se mueven de un plano vacilante al siguiente como si el aire fuese gelatinoso. El que va delante se vuelve para sonreír a alguien que está en la fila, y el movimiento adquiere la calidad de una danza realizada bajo la gravedad lunar. El segundo lanza una ojeada sobre la multitud. Su despreocupada sonrisa se congela. Abre la boca y grita silenciosamente, al mismo tiempo que la parte frontal de su camisa caqui estalla y escupe sangre. Antes de que haya caído sobre sus rodillas, una segunda bala le

destroza la mejilla. La cámara busca vertiginosamente antes de localizar al otro joven, que ha dejado caer su mochila y está corriendo con un movimiento lento de pesadilla hacia los armarios con cerradura. Hace una pirueta en el aire cuando una bala le golpea en el hombro. Cae graciosamente contra los armarios y rebota. En la cadera florece la sangre y se desliza de lado hacia el suelo de granito pulido. Una tercera bala le destruye la parte posterior de la cabeza.

La cámara nuevamente recorre la terminal, buscando, perdiendo y *encontrando de nuevo a dos hombres —desenfocados— que se dirigen a la carrera hacia las puertas de vidrio de la entrada. Se corrige el foco, viéndose que se trata de orientales. Uno de ellos lleva un arma automática. De súbito, arquea la espalda, levanta los brazos, y cae hacia delante sobre los dedos de los pies durante un segundo antes de golpearse la cara contra el suelo. Silenciosamente, él arma cae a su lado. El segundo hombre ha logrado llegar a las puertas de vidrio, cuya luz embadurnada pone un halo alrededor de su oscura silueta. Se lanza al suelo cuando una bala rompe el vidrio detrás de su cabeza; cambia de dirección y corre hacia un ascensor por cuya puerta abierta va saliendo un grupo de escolares. Cae una niña, el cabello flotante como si estuviese bajo el agua. Una bala perdida le ha herido en el estómago. La bala siguiente acierta al oriental entre las paletillas y lo envía gentilmente contra la pared al lado del ascensor. Con una mueca de angustia en el rostro, el oriental tuerce el brazo hacia arriba y a la espalda, como si quisiera extraerse la bala. El siguiente proyectil le agujerea la palma y penetra en su columna vertebral. Se desliza por la pared y cae con la cabeza dentro del ascensor. Se cierra la puerta, pero se abre de nuevo cuando las almohadillas de presión tropiezan con el obstáculo de la cabeza. Se cierra nuevamente contra la cabeza, y se abre de nuevo. Se cierra. Se abre.*

Panorámica lenta nuevamente de la terminal. Ángulo alto.

—Un grupo de niños asustados y confusos rodeando a la niña en el suelo. Un muchachito grita en silencio…

—Dos guardias del aeropuerto, con sus pequeñas armas automáticas italianas en la mano, corren hacia los orientales caídos. Uno de ellos está

disparando todavía…

—El viejo de barbilla blanca como la nieve está sentado aturdido, en medio de un charco de su propia sangre, las piernas estiradas frente a él, como un chiquillo jugando en un cuadrado de arena. Tiene una expresión de absoluta incredulidad. Estaba seguro de haberlo aclarado todo ante el funcionario de aduanas…

—Uno de los jóvenes israelíes yace boca abajo sobre su mejilla desaparecida, con la mochila precariamente quieta en su hombro…

—Se aprecia un minueto largo de confusión estilizada entre el grupo caótico de italianos que esperaban a un pariente. Tres de ellos han caído. Otros se lamentan, o están arrodillados, y un adolescente gira una y otra vez sobre sus talones, buscando una dirección en la que huir, buscando ayuda, o seguridad…

—La joven pelirroja está muy rígida, de pie, los ojos muy abiertos expresando horror, mientras contempla al joven caído que pocos segundos antes le ofrecía su turno en la fila…

—La cámara enfoca al joven despatarrado junto a los armarios de cerradura, al que le falta la parte posterior de la cabeza…

—¡Esto… esto… esto… esto es todo amigos! —dijo Starr. Se apagó el rayo del proyector y se encendieron del todo las luces de las paredes.

Starr giró en su asiento para responder a las preguntas de Mr. Diamond o del árabe.

—¿Bien?

Diamond seguía mirando la blanca pantalla, apretándose ligeramente los labios con tres dedos, y el informe de la acción en su regazo. Deslizó los dedos hasta su barbilla.

—¿Cuántos? —preguntó suavemente.

—¿Señor?

—¿Cuántos murieron en la acción?

—Entiendo lo que quiere decir, señor. Las cosas se pusieron algo más feas de lo que esperábamos. Habíamos arreglado que la Policía italiana no estuviera presente en esa zona, pero le dieron las instrucciones un tanto confusamente, y no es que eso sea nada nuevo. Yo mismo tuve algunos

problemas. Me vi obligado a utilizar una «Beretta» para que las balas estuvieran de acuerdo con las italianas. Y en cuanto a pistolas, una «Beretta» no vale ni un eructo en un huracán, como diría mi abuelito. Con una «S&W», hubiera podido derribar a esos orientales con dos disparos, y no hubiese dado a esa pobre niña que se metió en mi línea de fuego. Naturalmente, nuestros muchachos Nisei habían recibido instrucciones para provocar un poco de confusión, hacer aparecer el asunto como si fuera cosa de «Setiembre Negro». Pero fueron esos dos guardias italianos los que empezaron a disparar a tontas y a locas, presa del pánico, repartiendo balas como una vaca meando sobre una roca plana, como mi viejo…

—¿Starr? —la voz de Diamond expresaba una gran irritación—. ¿Cuál ha sido la pregunta que te he hecho?

—Usted me preguntó cuántos habían muerto. —El tono de Starr se hizo decisivo de pronto, dejando de lado la fachada de buen chico detrás de la que solía ocultarse, para arrullar a su interlocutor, suponiendo que estaba tratando con algún bobo bucólico—. Nueve muertos en total. —Una mueca otra vez, y recuperó el tono campechano anterior—. Veamos. Estaban los dos judíos, el objetivo, naturalmente, entonces nuestros agentes Nisei que yo debía eliminar. Y esa pobre niña que tropezó con una de mis balas. Y ese viejo que dio contra una bala perdida. Y tres de esa familia indígena que andaban por ahí cuando ese segundo muchacho judío pasó corriendo por su lado. Andar por ahí es peligroso. Debería ser sancionado por la ley.

—¿Nueve? ¿Nueve muertos para conseguir dos?

—Bien, señor, debería usted recordar que nos dieron instrucciones de que esto debía parecer una acción del tipo «Setiembre Negro». Y su estilo es abrir los huevos con un martillo… sin querer ofender a Mr. Haman aquí presente.

Diamond alzó la mirada del informe que estaba leyendo velozmente. ¿Haman? Entonces recordó que al observador árabe sentado detrás de él le había sido dado por la imaginativa CIA el nombre de Haman como cobertura.

—No me ha ofendido, Mr. Starr —replicó el árabe—. Estamos aquí para aprender. Por este motivo algunos de nuestros muchachos están

entrenándose con sus hombres en la Riding Academy, bajo el título de la beca Title Seventeen para un intercambio cultural. En realidad, estoy impresionado de que un hombre de su veteranía dedicara su tiempo a ocuparse personalmente de este asunto.

Starr agitó su mano rechazando el cumplido con falsa modestia.

—No vale la pena. Si uno quiere que un trabajo se haga bien, hay que confiarlo a la persona más atareada.

—¿También eso solía decirlo su abuelito? —preguntó Diamond sin desviar la mirada del informe que recorría verticalmente con los ojos, de arriba abajo por el centro de la página en lectura rápida.

—De hecho, así es, ahora que usted lo menciona.

—Era realmente el filósofo popular.

—Cuando me acuerdo de él, creo que más bien era un bastardo insoportable. Pero sabía manejar las palabras.

Diamond suspiró nasalmente, y dedicó su atención al informe de la acción. Durante aquellos meses desde que la Organización Madre le había asignado el control de todas las actividades de la CIA, concernientes a los intereses de los poderes productores de petróleo, había aprendido que, a pesar de su ineptitud institucionalizada, los hombres como Starr no eran imbéciles. De hecho, eran sorprendentemente inteligentes en el sentido mecánico, de solución de problemas, de la palabra. En los informes escritos de Starr sobre misiones sangrientas, como la presente, nunca figuraban eufemismos ni la parquedad escatológica del lenguaje. Por el contrario, su prosa era árida y concisa, calculada para endurecer la imaginación.

Diamond había repasado los datos biográficos de Starr y sabía que éste había adquirido una especie de imagen de héroe ante sus colegas operativos más jóvenes de la CIA, siendo el último de la vieja hornada de la época preordenadores, desde los tiempos en que las operaciones de la Compañía tenían que ver mucho más con intercambiar disparos a través del Muro de Berlín que en controlar los votos de los congresistas acumulando evidencia de sus irregularidades fiscales y sexuales.

T. Darryl Starr era de la misma clase que su audaz contemporáneo que dejó la Compañía para dedicarse a escribir novelas de espionaje

desarticuladas y entrometerse hasta el cuello en crímenes políticos. Cuando le cogieron, debido a su gran ineptitud, se encerró en un silencio truculento, mientras su cohorte cantaba estrepitosamente el mea culpa a coro y seguía publicando y enriqueciéndose. Después de haber permanecido un corto tiempo en la prisión federal, procuró ennoblecer su silencio asustado recitando el viejo «Código no escrito» que declara «No te chivarás… si no es en letra impresa.» El mundo suspiró como ante un viejo chiste, pero Starr admiró a ese bobo chapucero. Compartían la característica heterogénea de *boy-scout* y pillo típica de los veteranos de la CIA.

Diamond alzó los ojos del informe.

—De acuerdo con esto, Mr… Haman, usted estuvo presente en esa incursión como observador.

—Sí. Es cierto. Como observador y para entrenamiento.

—En ese caso, ¿por qué ha querido ver esta película de confirmación antes de enviar el informe a sus superiores?

—Ah… sí… Bueno… si he de ser preciso con los hechos…

—No le sería posible informar sobre lo que vieron sus ojos, señor —explicó Starr—. Estaba con nosotros en el entresuelo cuando todo comenzó, pero diez segundos más tarde no pudimos verle por parte alguna. Un hombre que dejamos atrás para dar el repaso le localizó finalmente dentro de un retrete de los lavabos públicos.

El árabe soltó una risita breve y melancólica.

—Es verdad. Las llamadas de la Naturaleza son tan inoportunas como empíricas.

El primer ayudante frunció el entrecejo y guiñó los ojos. ¿Empíricas? ¿Querría decir imperativas? ¿Imperiosas?

—Ya entiendo —dijo Diamond, y retornó a su lectura veloz del informe de setenta y cinco páginas.

Sintiéndose inquieto ante el silencio, el árabe se apresuró a añadir:

—No quisiera ser inquisidor, Mr. Starr, pero hay algo que no comprendo.

—Dispare, amigo.

—Exactamente, ¿por qué utilizamos a los orientales para esa acción?

—¿Qué? ¡Oh! Bueno, recordará usted que estuvimos de acuerdo en que había de parecer como si sus propios hombres daban el golpe. Pero no disponemos de árabes, y los chicos que estamos entrenando en la Academia no están preparados para ese tipo de función. —Starr no consideró oportuno añadir que, con sus insuficiencias genéticas, probablemente nunca lo estarían—. Pero sus muchachos de «Setiembre Negro» han sido miembros del Ejército Rojo japonés en sus operaciones… así que contratamos japoneses.

El árabe frunció el entrecejo confuso.

—¿Quiere usted decir que los japoneses eran sus propios hombres?

—Exacto. Un par de chicos Nisei contratados por la agencia en Hawai. Buenos chicos. Es una verdadera lástima que tuviésemos que perderlos, pero su muerte pone lo que usted podría llamar su marca de verosimilitud en lo que sería de otro modo una historia vacía y poco convincente. Las balas que les extraerán serán de una «Beretta» y su muerte será atribuida a los disparos de la Policía local. Llevaban documentos que les identificaban como miembros del Ejército Rojo, que ayudaban a sus hermanos árabes en lo que ustedes llaman su lucha interminable contra los «quien sea» capitalistas.

—¿Sus propios hombres? —repetía el árabe asombrado.

—No se asuste. Sus documentos, sus ropas, hasta la comida que hallarán en sus estómagos… todo confirma que proceden del Japón. De hecho, vinieron en avión desde Tokio un par de horas antes del golpe, o el sopapo, como algunas veces decimos nosotros.

Los ojos del árabe brillaron de admiración. Ésta era precisamente la clase de organización que su tío —y presidente— le había mandado estudiar en los Estados Unidos, con el fin de crear una organización similar, y poner fin a su dependencia de aliados recién encontrados.

—Pero, seguramente, sus agentes japoneses no sabían que iban a ser… ¿cómo ha dicho usted?

—¿Eliminados? No, no lo sabían. Tenemos una norma rígida respecto a que los activos no han de saber más de su trabajo, sino la necesidad de cumplirlo. Eran buenos hombres, pero, a pesar de ello, si hubiesen sabido

que iban a hacer un Nathan Hale, quizás hubieran perdido un poco de su entusiasmo, si es que me entiende.

Diamond continuó leyendo, el deslizamiento vertical de su mirada siempre a la cabeza de las operaciones de análisis y mezcla en su mente, que acortaba y revisaba los datos de un modo que podría describirse como una visión periférica intelectual. Cuando algún detalle no encajaba, o sonaba a falso, Diamond se detenía y retrocedía en su lectura, revisando el fragmento dudoso.

Estaba en la última página cuando su alarma interna se disparó. Se detuvo, volvió a la página anterior, y releyó cuidadosamente, esta vez de modo horizontal. Los músculos de su mandíbula se contrajeron. Alzó los ojos y produjo una exclamación característica no proferida: dejó de respirar durante un momento.

Los ojos del primer ayudante parpadearon. Conocía las señales. Había surgido un problema.

Diamond profirió un prolongado suspiro penoso, mientras devolvía el informe por encima de su hombro. Hasta que no hubiese evaluado el problema, no alertaría al observador árabe. Su experiencia le decía que no era sensato y constituía una pérdida de tiempo proporcionar a los árabes información innecesaria. No es una carga que los árabes soporten con gracia.

—¿Bueno? —preguntó, volviendo ligeramente la cabeza—. ¿Está usted satisfecho, Mr. Haman?

Durante un momento, el árabe no se acordó de su nombre en código, y cuando lo hizo se rió nerviosamente.

—Oh, sí. Bueno, digamos que estoy impresionado por la evidencia de las películas.

—¿Quiere usted decir impresionado, pero no satisfecho?

El árabe encogió el cuello, ladeó la cabeza y alzó las palmas, sonriendo oblicuamente como un mercader de alfombras.

—Mis queridos amigos, no es a mí a quien corresponde estar satisfecho o insatisfecho, ¿insatisfecho? Yo soy, simplemente, un mensajero, un punto de contacto, lo que ustedes podrían llamar… un…

—¿Lacayo? —insinuó Diamond.

—Quizá. No conozco esa palabra. Hace poco tiempo, nuestros agentes de espionaje supieron de una conspiración para asesinar a los dos últimos héroes del «Desagravio de la Olimpíada de Munich». Mi tío —y presidente — expresó su deseo de que esa conjura se estancara… ¿es ésa la palabra adecuada?

—Es un modo de decirlo —admitió Diamond, con voz aburrida. Ya no le quedaba paciencia para soportar a aquel imbécil, que era más bien una amplia caricatura étnica que un ser humano.

—Como usted recordará, el estancamiento de esa conjura malévola era la condición señalada para continuar unas relaciones amistosas con la Organización Madre en los asuntos relacionados con el suministro de petróleo. Con su sensatez, la Organización Madre decidió que fuese la CIA la que manejase el asunto, bajo su estricta supervisión personal, Mr. Diamond. No quiero ofender a mi valiente amigo, Mr. Starr, pero hay que admitir que desde que ciertos enredos de hombres entrenados por la CIA produjeron la caída de un presidente amigo y colaborador, nuestra confianza en esa organización ha conocido algunos límites. —El árabe inclinó la cabeza hacia su hombro haciendo una mueca de excusa para Starr, que estaba examinando sus uñas con el mayor interés.

El árabe continuó:

—Nuestro órgano de espionaje pudo proporcionar a la CIA los nombres de los dos bandidos sionistas designados para este ataque criminal, y la fecha aproximada de su salida de Tel Aviv. A esta información, Mr. Starr añadiría indudablemente sus propias fuentes informativas, y decidió evitar la tragedia por la técnica que ustedes llaman «una incursión inutilizante», determinando que los criminales sean ejecutados antes de que hayan cometido su crimen, un proceso judicial muy económico. Ahora ustedes me han demostrado ciertos medios audiovisuales demostrativos de que esta incursión resulta satisfactoria. Informaré de esto a mis superiores. Ellos serán quienes se sentirán satisfechos o insatisfechos; no es a mí a quien corresponde decidir.

Diamond, cuyo pensamiento había estado en otro lugar durante la mayor parte del monótono monólogo del árabe, se levantó.

—Muy bien, esto es todo, entonces. —Sin otra palabra caminó a grandes pasos por el pasillo, seguido inmediatamente por su primer ayudante.

Starr colocó nuevamente la pierna sobre el asiento frente a él y sacó un cigarro.

—¿Quiere verlo otra vez? —le preguntó al árabe por encima del hombro.

—Me gustaría, sí.

Starr pulsó el botón de comunicación de su consola.

—¿He, muchacho? Veámoslo de nuevo. —Se deslizó las gafas de sol hasta su corto cabello mientras las luces se apagaban—. Allá vamos. Revisión. En tiempo exacto —terminó en tono alegre.

Mientras caminaba rápidamente por el pasillo de blancas paredes del Centro, la furia de Diamond sólo quedaba manifiesta por el fuerte taconeo de sus tacones de cuero sobre el mosaico. Se había entrenado en disimular sus emociones estrictamente, pero la ligera tensión de su boca y su mirada medio desenfocada bastaban para que el primer ayudante se diese cuenta de que en su interior bullía la furia.

Entraron en el ascensor y el primer ayudante insertó una tarjeta magnética en la ranura que remplazaba el botón para el piso 16. La caja descendió rápidamente del vestíbulo principal hasta la *suite* subterránea codificada como piso 16. Lo primero que Diamond hizo cuando tomó a su cargo las actividades de la CIA por encargo de la Organización Madre, fue crear un área de trabajo para sí mismo en las entrañas del Centro. Ningún empleado de la CIA tenía acceso al piso 16; la *suite* de oficinas estaba rodeada por unas planchas de plomo con alarmas antimicrófonos, destinadas a conservar aquella organización en su estado tradicional de ignorancia. Como mayor seguridad contra la curiosidad gubernamental, la oficina de Diamond disponía de un enlace directo por computadora con la Organización Madre, a través de cables protegidos contra el método de escucha por medio de cables incidentales en línea paralela a través de los

cuales los monitores NSA comunican telegráfica y telefónicamente con los Estados Unidos.

En contacto permanente con las facilidades de investigación y comunicación de la Organización Madre, Diamond sólo necesitaba disponer de dos personas: su primer ayudante, hábil artista en la investigación por ordenador; y su secretaria, Miss Swivven.

Entraron en un gran espacio abierto de trabajo, cuyas paredes y alfombras eran de un blanco mate. En el centro había un área de discusión, consistente en cinco sillas ligeramente tapizadas alrededor de una mesa con superficie de cristal grabado al agua fuerte que servía de pantalla sobre la que se proyectaban las imágenes de televisión generadas por un complejo ordenador. De las cinco sillas, sólo una podía girar: la de Diamond. Las otras estaban fijas al suelo y diseñadas para proporcionar la mínima comodidad. El lugar estaba pensado para sostener discusiones rápidas, ingeniosas, y no para conversaciones placenteras o sociales.

Empotrada en la pared y al otro lado de la zona de conversación, había una consola entre su ordenador y el sistema principal de la Organización Madre: *Fat Boy*[2]. La consola tenía también televisión, teléfono y teletipo transmitidos a *Fat Boy* para la impresión de datos verbales y visuales, así como banco de memoria local para retención a corto plazo y referencia cruzada. El lugar del primer ayudante estaba siempre frente a esta consola, con la cual el hombre se desenvolvía con mano privilegiada de artista y gran afición.

Ligeramente elevado sobre una plataforma, el escritorio de Diamond era modesto con toda evidencia, con su superficie de plástico blanco, de cincuenta por sesenta y cinco centímetros únicamente. No disponía de cajones ni de estantes, ni de lugar alguno en donde perder o traspapelar material, ni de medios para posponer un asunto al dejarlo a un lado con la excusa de atender a alguna otra cosa. Un sistema de prioridades, reglamentado por un complicado juego de estrictos criterios, traía a su escritorio cada problema únicamente cuando se disponía de suficientes datos para poder adoptar una decisión, que se tomaba rápidamente, y se

liquidaba el asunto. Diamond despreciaba el desorden tanto físico como emocional.

Cruzó la habitación hasta el sillón de su escritorio (construido por un especialista ortopédico para reducir la fatiga sin proporcionar una comodidad narcotizante), y se sentó dando la espalda a la ventana que ocupaba toda la pared, desde el suelo hasta el techo, y detrás de la que se podía ver una gran porción de parque y la columna del monumento a Washington a media distancia. Permaneció sentado un momento, con las palmas unidas, en actitud de plegaria, con las puntas de los dedos índice tocándole ligeramente los labios. El primer ayudante automáticamente ocupó su puesto frente a la consola de datos y esperó instrucciones.

Advertida de su llegada, Miss Swivven entró en la zona de trabajo desde su anteoficina y se sentó en su silla, al lado y más abajo de la plataforma de Diamond, preparada con su bloque de notas. Tendría unos veintitantos años, un cuerpo lozano y cabello espeso color de miel, que se peinaba cuidadosamente en un moñito recogido en lo alto. Su característica más sobresaliente era la extraordinaria palidez de su piel que dejaba transparentar el dibujo ligeramente azulado de sus venas.

Sin alzar los ojos, Diamond separó de sus labios las manos suplicantes dirigiendo las puntas de los dedos hacia el primer ayudante.

—Esos dos muchachos israelíes. Pertenecían a alguna organización. ¿Nombre?

—Los «Cinco de Munich», señor.

—¿Misión?

—Vengar la muerte de los atletas judíos en la Olimpíada de Munich. Específicamente, dar caza y matar a los terroristas palestinos implicados. Nada oficial. Ninguna relación con el Gobierno de Israel.

—Entiendo. —Diamond dirigió los dedos hacia Miss Swivven—. Esta noche cenaré aquí. Algo rápido y ligero, pero necesitaré una dosis elevada de proteínas. Prepare levadura de cerveza, vitaminas líquidas, yemas de huevo y ocho onzas de hígado crudo de ternera. Mézclelo en la batidora.

Miss Swivven asintió. Iba a ser una larga noche.

Diamond hizo girar su sillón y miró distraídamente hacia el monumento a Washington. Caminando por el césped alrededor de la base, se veía el mismo grupo de escolares que pasaba cada día exactamente a la misma hora. Sin darse la vuelta, de cara a la ventana, dijo por encima del hombro:

—Facilíteme información sobre esos «Cinco de Munich».

—¿Cuáles son los índices, señor? —preguntó el primer ayudante.

—Es una pequeña organización. Reciente. Empecemos con la historia y sus miembros.

—¿Hasta dónde he de llegar?

—Decídalo usted mismo. Eso lo hace muy bien.

El primer ayudante dio la vuelta a su silla y comenzó a dar instrucciones a *Fat Boy*. Su rostro parecía inmóvil, pero sus ojos detrás de las gafas redondas, brillaban de júbilo. *Fat Boy* contenía una diversidad de información procedente de todos los ordenadores del mundo occidental, además de ciertos informes robados a los satélites de los poderes del bloque oriental. Era una mezcla de información militar altamente secreta y registros de teléfono; de material de extorsión de la CIA y los permisos de conducir de Francia, de los nombres ocultos detrás de cuentas en Bancos suizos y listas de correos de compañías publicitarias de Australia. Contenía la información más delicada, y la más mundana. Si uno vivía en el Oeste industrializado, *Fat Boy* le tenía fichado. Sabía su promedio de crédito, su tipo de sangre, su historia política, sus inclinaciones sexuales, su historial médico, los resultados de sus estudios escolares y universitarios, muestras al azar de sus conversaciones telefónicas personales, una copia de todos los telegramas mandados o recibidos por uno, todas las revistas a las que estaba suscrito, todos los registros de la declaración de impuestos, permisos de conducir, huellas dactilares, certificados de nacimiento, todo esto, si se trataba de un ciudadano particular en el que la Organización Madre no tenía un interés especial. Sin embargo, si la Organización Madre o cualquiera de sus subsidiarias, como la CIA, la NSA o sus contrapartidas en otras naciones democráticas, se interesaban especialmente por uno, entonces *Fat Boy* sabía mucho, muchísimo más, sobre uno.

Programar hechos que alimentasen a *Fat Boy* era trabajo constante de un ejército de mecánicos y técnicos, pero obtener información útil de Él, era tarea para un artista, para una persona experta, con tacto e inspiración. El problema radicaba en que *Fat Boy* sabía demasiado. Si uno indagaba superficialmente en un tema determinado, podía no descubrir lo que deseaba saber. Si indagaba con excesiva profundidad, podía quedar ahogado en una ilegible acumulación de minucias: resultados de antiguos análisis de orina, las medallas de honor ganadas siendo *boy-scout*, las predicciones en los anuales universitarios, o la marca preferida de papel higiénico. El único don del primer ayudante era su delicado tacto al preguntar a *Fat Boy* precisamente lo que convenía saber, y pedir las respuestas profundizando en la medida adecuada. La experiencia y el instinto combinados le aconsejaban los índices exactos, las permutaciones exactas, las rúbricas exactas y la exacta profundidad. El ordenador era un instrumento que utilizaba con maestría, y lo amaba. Trabajar en su consola era, para él, lo que el sexo para otros hombres, es decir lo que suponía era el sexo para otros hombres.

Diamond se dirigió por encima del hombro a Miss Swivven.

—Hablaré con ese individuo, Starr, y con el árabe que llaman Mr. Haman, en el momento que me convenga. Diles que estén preparados.

Bajo la manipulación del primer ayudante, la consola se calentaba y zumbaba. Ya llegaban las primeras respuestas; los fragmentos se almacenaban en el banco de memoria local; el diálogo había comenzado. No había dos conversaciones con *Fat Boy* que fuesen iguales; cada una tenía su propia jerga, y las delicias del problema comenzaban a hacer mella en el considerable, aunque exclusivamente frontal, intelecto del primer ayudante.

Pasarían veinte minutos antes de poder disponer de un cuadro completo. Diamond decidió aprovechar ese tiempo. Haría un poco de ejercicio y tomaría un poco el sol, entonaría su cuerpo y aclararía su mente para la larga tarea que se presentaba. Con la punta de un dedo, hizo un gesto a Miss Swivven para que le siguiera al pequeño cuarto de ejercicios junto al área principal de trabajo.

Mientras se desvestía quedando con unos cortos calzoncillos, Miss Swivven se cubrió los ojos con unos protectores opacos y entregó a Diamond otro par semejante, conectando la hilera de luces solares instaladas a lo largo de las paredes. Diamond comenzó a hacer ejercicios de incorporación, tendido sobre una plataforma inclinada sujetándose los tobillos en unas anillas de cuerda recubiertas de terciopelo, mientras Miss Swivven se apoyaba fuertemente contra la pared, procurando mantener su delicada y pálida piel tan lejos como le era posible del resplandor intenso de los rayos ultravioleta. Diamond se incorporaba lentamente, obteniendo el máximo rendimiento con el mínimo de repeticiones. Estaba en excelente forma para un hombre de su edad, pero el estómago le exigía una constante atención.

—Escuche —dijo, la voz tensa con un gruñido contenido al tiempo que se incorporaba y tocaba su rodilla derecha con el codo izquierdo—. Tendré que meter a algún chapucero de la CIA en este asunto. Avise a quien corresponda de los que hayan quedado en las alturas después de ese último asalto de sacudidas administrativas cosméticas.

El administrador de mayor categoría a salvo de los batacazos políticos que iban y venían a modo de sacrificio del cordero pascual para calmar la ofendida opinión pública, era el *Deputy International Liaison Duty Officer*[3], a quien, típicamente, se designaba por sus siglas. Miss Swivven informó a su superior que el oficial se hallaba todavía en el edificio.

—Servirá. Dígale que esté preparado. Ah… y cancele mi cita de tenis para este fin de semana.

Las cejas de Miss Swivven se alzaron por encima de los protectores opacos. Debía de tratarse de un asunto realmente grave.

Diamond comenzó sus ejercicios con las pesas.

—Quiero también prioridad de consulta para *Fat Boy*, para el resto de la tarde, quizá para más.

—Sí, señor.

—*Okay*. ¿Qué tiene anotado en el bloque?

—Toma elevada de proteínas en forma líquida. Avisar y congelar Mr. Starr y Mr. Haman. Avisar y congelar oficial. Solicitar prioridad consulta

Fat Boy.

—Bien. Antes de todo eso tome un mensaje para el presidente. —Diamond respiraba fuerte por el esfuerzo del ejercicio—. Mensaje: Posible imperfección en incursión inutilizante Roma Internacional. Buscaremos, escogeremos e informaremos alternativas.

Cuando Miss Swivven regresó, unos siete minutos después, traía un gran vaso con un líquido espumoso, espeso y purpuráceo, color que le había dado el hígado crudo pulverizado. Diamond estaba en la última fase de sus ejercicios rutinarios, trabajando isométricamente junto a un tubo fijo de acero. Se detuvo y aceptó la cena, mientras Miss Swivven se arrimaba a la pared todo lo posible para evitar las lámparas solares lo mejor que podía, aunque ya sabía que había estado expuesta el tiempo suficiente para quemar su delicada piel. Aunque su trabajo con la Organización Madre tenía muchas ventajas, horas extras, buena jubilación, asistencia médica, ciudad de veraneo de la Compañía en las Rocosas canadienses, fiestas de Navidad, Miss Swivven lamentaba dos aspecto de su carrera: tener que quemarse la piel cada semana aproximadamente, y el uso impersonal que Mr. Diamond hacía de ella para aliviar sus tensiones. Sin embargo, lo aceptaba filosóficamente. Ningún trabajo es perfecto.

—¿Bloque de notas aclarado? —preguntó Diamond, con un ligero temblor al terminar su bebida.

—Sí, señor.

Sin hacer caso de la presencia de Miss Swivven, Diamond dejó caer los calzoncillos y se dirigió a un compartimiento de ducha con puerta frontal de vidrio, donde abrió a gran presión el agua fría que cayó sobre él en forma de lluvia abundante. Por encima del ruido del agua, Diamond preguntó a Miss Swivven.

—¿Ha respondido el presidente a mi mensaje?

—Sí, señor.

Tras un corto silencio, Diamond añadió:

—Dígame libremente cuál ha sido la respuesta, Miss Swivven.

—¿Perdón, señor?

Diamond cerró el paso del agua, salió de la ducha y comenzó a secarse con las toscas toallas destinadas a estimular la circulación sanguínea.

—¿Quiere que le lea el mensaje del presidente, señor?

Diamond suspiró profundamente. Si aquella melindrona no hubiese sido la única chica atractiva entre el grupo de las de más de cien palabras por minuto…

—Me gustaría, Miss Swivven.

Miss Swivven miró su bloque de notas, inclinándolo hacia el resplandor de las lámparas solares.

—Respuesta: Presidente a Diamond, J. Q. Fracaso en este asunto inaceptable.

Diamond asintió con la cabeza mientras se secaba meditativamente sus genitales.

Eso era lo que esperaba.

Cuando volvió a la zona de trabajo, tenía la mente alerta y estaba preparado para tomar decisiones. Se había cambiado vistiendo su traje de trabajo, un chándal amarillo pálido, suelto y cómodo, que ponía de relieve el bronceado que le favorecía.

El primer ayudante estaba trabajando en la consola con gran concentración y apasionamiento físico, a medida que iba completando, a modo de rompecabezas, con los datos de *Fat Boy*, la información impresa sobre los «Cinco de Munich».

Diamond se sentó en su sillón giratorio, superior a la superficie lechosa de vidrio de la mesa.

—Perfore el RP —ordenó—. Deme un promedio de quinientas palabras por minuto.

No podía absorber información a mayor velocidad, porque los datos procedían de media docena de fuentes internacionales, y las traducciones mecánicas de *Fat Boy* al inglés eran tan enfáticas y poco refinadas de lenguaje como una película de Clint Eastwood.

CINCO DE MUNICH, LOS…

ORGANIZACIÓN… NO OFICIAL… OBJETIVO ELIMINACIÓN MIEMBROS SETIEMBRE NEGRO IMPLICADOS EN MATANZA

ATLETAS ISRAELÍES EN OLIMPÍADAS DE MUNICH…

JEFE Y HOMBRE CLAVE STERN, ASA

MIEMBROS Y SATÉLITES LEVITSON, YOEL… YARIV, CHAIM… ZARMI, CHAIM… ZARMI, NEHEMIAH… STERN, HANNA…

—Un momento —dijo Diamond—. Démosle una ojeada uno a uno. Deme sólo algunos detalles.

STERN, ASA

NACIDO 13 ABRIL 1909… BROOKLYN, NUEVA YORK, EE.UU… 1352, CLIN TON AVENUE… APARTAMENTO 3B…

El primer ayudante apretó los dientes.

—Lo siento, señor. —Había profundizado algo más de lo que debía. Nadie quería enterarse del número del apartamento en donde Asa Stern había nacido. Todavía no, de todas maneras. Subió el registro un micrón.

STERN EMIGRA AL PROTECTORADO DE PALESTINA… 1931…

PROFESIÓN Y/O COBERTURA… GRANJERO, PERIODISTA, POETA, HIS TORIADOR…

IMPLICADO EN LUCHA POR INDEPENDENCIA… 1945-1947 (detalles disponibles)…

ARRESTADO POR LAS FUERZAS BRITÁNICAS DE OCUPACIÓN (detalles disponibles)…

LIBERADO SE CONVIERTE EN PUNTO DE CONTACTO PARA ORGANIZACIÓN STERN Y GRUPOS SIMPATIZANTES EXTERIOR (detalles disponibles)…

SE RETIRA A LA GRANJA… 1956…

REACTIVADO CON EL ASUNTO OLIMPÍADA DE MUNICH (detalles disponibles)…

ACTUAL POTENCIAL IRRITANTE PARA ORGANIZACIÓN MADRE IGUALA COEFICIENTE .001…

RAZÓN PARA COEFICIENTE BAJO MOTIVO:

ESTE HOMBRE AHORA DIFUNTO, sub CÁNCER, sub GARGANTA.

—Sólo es una información superficial, señor —dijo el primer ayudante —. ¿Quiere que profundice algo más? Es obvio que se trata del hombre

clave.

—Evidentemente. Pero está muerto. No, guarde el resto de la información en el banco de memoria. Más tarde lo examinaré otra vez. Veamos los otros miembros de este grupo.

—En este momento pasa por su pantalla, señor.

LEVITSON, YOEL

NACIDO 25 DICIEMBRE 1954… NEGEV, ISRAEL…

PADRE MURIÓ… COMBATE… GUERRA SEIS DÍAS… 1967…

SE UNE A CINCO MUNICH… OCTUBRE 1972…

MUERTO… 25 DICIEMBRE 1976… (IDENTIDAD ENTRE FECHAS NACIMIENTO Y MUERTE OBSERVADAS Y CONSIDERADAS COINCIDENCIA).

—¡Un momento! —exclamó Diamond—. Profundice algo más sobre la muerte de este muchacho. —Sí, señor.

MUERTO… 25 DICIEMBRE 1976…

VÍCTIMA (PROBABLEMENTE BLANCO PRINCIPAL) DE BOMBA TERRORISTA…

LUGAR CAFÉ DE JERUSALÉN… BOMBA MATÓ TAMBIÉN SEIS ÁRABES ACCIDENTALMENTE. DOS NIÑOS CIEGOS…

—*Okay*, déjalo. No tiene importancia. Vuelve a la información ligera.

ACTUAL POTENCIAL IRRITANTE PARA ORGANIZACIÓN MADRE IGUALA COEFICIENTE .001…

RAZÓN PARA COEFICIENTE BAJO MOTIVO:

ESTE HOMBRE AHORA MUERTO, sub FRACTURAS MÚLTIPLES, sub PULMONES HUNDIDOS…

YARIV CHAIM

NACIDO 11 OCTUBRE 1952… ELATH, ISRAEL…

HUÉRFANO/AMBIENTE KIBBUTZ (detalles disponibles)…

SE UNE A CINCO MUNICH… 7 SETIEMBRE 1972…

ACTUAL POTENCIAL IRRITANTE PARA ORGANIZACIÓN MADRE IGUALA COEFICIENTE .64±…

MOTIVO COEFICIENTE MEDIO CAUSA:

ESTE HOMBRE DEVOTO A CAUSA PERO NO LÍDER NATO…

ZARMI, NEHEMIAH

NACIDO 11 JUNIO 1948… ASHDOD, ISRAEL…

KIBBUTZ UNIVERSIDAD EJÉRCITO (detalles disponibles)…

GUERRILLA ACTIVA, sub NO PATROCINADA (detalles disponibles de acciones conocidas/probables/posibles)…

SE UNE A CINCO MUNICH… 7 SETIEMBRE 1972…

ACTUAL POTENCIAL IRRITANTE PARA ORGANIZACIÓN MADRE IGUALA COEFICIENTE .96±…

MOTIVO COEFICIENTE ALTO CAUSA:

ESTE HOMBRE DEVOTO A CAUSA Y TIPO LÍDER…

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ESTE HOMBRE PUEDE SER ELIMINADO

STERN, HANNA

NACIDA 1 ABRIL 1952… SKOKIE, ILLINOIS, EE.UU…

UNIVERSIDAD/SOCIOLOGIA Y LENGUAS ROMÁNICAS/RADICAL ACTIVA CAMPUS (NSA/ARCHIVOS CIA DISPONIBLES)…

¡RECTIFICO! ¡RECTIFICO! ¡RECTIFICO! ¡RECTIFICO!

Diamond alzó la mirada de la pantalla de la mesa de conferencias.

—¿Qué es lo que sucede?

—Hay algún error, señor. *Fat Boy* está rectificándose.

—¿Y bien?

—Lo sabremos dentro de un minuto, señor. *Fat Boy* está preparándolo.

Miss Swivven entró procedente de la sala de máquinas.

—¿Señor? He solicitado telefotos de los miembros de los «Cinco de Munich».

—Tráigalas tan pronto como reciba los impresos.

—Si, señor.

El primer ayudante alzó la mano indicando atención.

—*Fat Boy* se corrige en base al informe de Starr sobre la incursión en Roma. Acaba de digerir la información.

Diamond leyó la información última del ordenador.

NEGACIÓN PREVIO, REFERENCIA: YARIV, CHAIM sub ACTUAL POTENCIAL IRRITANTE PARA ORGANIZACIÓN MADRE… COEFICIENTE CORREGIDO IGUALA .001… MOTIVO PARA COEFICIENTE BAJO CAUSA: ESTA PERSONA ELIMINADA…

NEGACIÓN PREVIO, REFERENCIA: ZARMI, NEHEMIAH sub ACTUAL POTENCIAL IRRITANTE PARA ORGANIZACIÓN MADRE… COEFICIENTE CORREGIDO IGUALA .001… MOTIVO PARA COEFICIENTE BAJO CAUSA: ESTA PERSONA ELIMINADA…

Diamond se inclinó hacia atrás y sacudió la cabeza.

—Ocho horas de retraso. Algún día, esto nos va a causar daños.

—No es por culpa de *Fat Boy*, señor. Es un efecto de la creciente población mundial, y de nuestra propia explosión de información. ¡Algunas veces creo que sabemos demasiado sobre la gente! —El primer ayudante soltó una risita al expresar ese pensamiento—. A propósito, señor, ¿ha notado usted la rectificación de fraseo?

—¿Qué rectificación?

—ÉSTE HOMBRE ha sido expresado ahora como ESTA PERSONA. *Fat Boy* habrá digerido que la Organización Madre se está convirtiendo en un patrono con iguales oportunidades. —El primer ayudante no podía ocultar en su voz el orgullo que sentía.

—Eso es maravilloso —comentó Diamond en tono indiferente.

Miss Swivven entró procedente de la sala de máquinas y colocó cinco telefotos en el despacho de Diamond, y se sentó después en su puesto, al lado de la plataforma, con el bloque de notas preparado.

Diamond buscó entre las fotografías la del único miembro de los «Cinco de Munich» del que no se conocía hubiese muerto: Hanna Stern. Examinó el rostro, asintió para sí mismo, y suspiró con fatalidad. ¡Esos imbéciles de la CIA!

El primer ayudante se volvió desde su consola y se ajustó nerviosamente las gafas.

—¿Qué es lo que está mal, señor?

Con los ojos medio cerrados mientras miraba por la ventana del suelo a la cúspide del monumento a Washington que amenazaba violar aquella

esponjosa nube que siempre estaba en el cielo crepuscular a esta hora, Diamond daba golpecitos a su labio superior con un nudillo.

—¿Ha leído el informe de Starr sobre la operación?

—Lo revisé, señor. Principalmente comprobando las faltas de ortografía.

—¿Cuál era el destino evidente de esos dos jóvenes israelíes?

El primer ayudante siempre se inquietaba ante el retórico estilo de Mr. Diamond cuando pensaba en voz alta. No le gustaba responder preguntas sin la ayuda de *Fat Boy*.

—Según recuerdo, su destino era Londres.

—Exacto. Probablemente para intentar interceptar ciertos terroristas palestinos en el aeropuerto de Heathrow antes de que éstos pudieran apoderarse de un avión en ruta a Montreal. De acuerdo. Si los «Cinco de Munich» iban a Londres, ¿por qué desembarcaron en Roma? El vuelo 414 desde Tel Aviv es un vuelo directo a Londres con escalas en Roma y en París.

—Bueno, señor, podría haber varios…

—¿Y por qué se dirigían a Londres ocho días antes de que sus objetivos de «Setiembre Negro» emprendieran su proyectado vuelo a Montreal? ¿Por qué permanecer esperando abiertamente todo ese tiempo en Londres cuando podían haberse quedado en casa a salvo?

—Bueno, quizás ellos…

—¿Y por qué llevaban billetes con destino a Pau?

—¿A Pau, señor?

—El informe de Starr. Final de la página treinta y dos hasta mitad de la página treinta y cuatro. Descripción de lo que contenían las mochilas y los bolsillos de las víctimas. Lista hecha por la Policía italiana. Incluye dos billetes de avión para Pau.

El primer ayudante no mencionó que no tenía ni la más ligera idea de dónde podía estar Pau. Tomó nota mentalmente para preguntárselo a *Fat Boy* en la primera oportunidad.

—¿Qué significa todo esto, señor?

—Significa que, una vez más, la CIA ha vivido dentro la tradición de la Bahía de los Cochinos y Watergate. Una vez más, lo han enredado todo. —La mandíbula de Diamond se endureció—. Los votantes sin seso de este país se equivocan al preocuparse de los peligros de la corrupción interna de la CIA. Cuando la CIA lleve el país al desastre, no será a causa de su maldad, sino por culpa de su torpeza. —Regresó junto a su despacho y cogió la telefoto de Hanna Stern—. *Fat Boy* se interrumpió con esa corrección mientras estaba poniéndonos al corriente sobre esta Hanna Stern. Que empiece de nuevo. Y profundice un poco más.

Evaluando tanto los informes como los claros, Diamond sacó la conclusión de que Hanna Stern era una especie bastante corriente al borde de la acción terrorista. Joven, inteligencia del americano medio, orientada hacia una causa. Conocía el tipo. Miss Stern hubiese sido liberal en la época en que ser liberal estaba de moda. Era de ese tipo que buscaba pertinencia en todo; que expresaba su falta de juicio crítico como una libertad de prejuicios; que se preocupaba del hambre en el Tercer Mundo, pero se paseaba por el campus de una Universidad con un gran perro devorador de proteínas, símbolo de su amor por todas las cosas vivientes.

Un viaje de verano programado para visitar un kibbutz, la llevó a Israel por primera vez, siendo el propósito de Hanna visitar a su tío y, según sus propias palabras citadas en un extracto de NSA de una carta de ella a su casa, «descubrir mi identidad de judía».

Diamond no pudo reprimir un suspiro al leer esa frase. Miss Stern sufría obviamente el engaño democrático según el cual todas las personas tienen una parte interesante.

Fat Boy fijaba un coeficiente bajo de potencial irritante a Miss Stern, considerándola como la típica mujer joven intelectual americana a la búsqueda de una causa que justifique su existencia, hasta que el matrimonio, una carrera o aficiones más o menos artísticas distraigan su capricho. El análisis de su personalidad no puso de manifiesto ninguna de las características psicópatas que producen la guerrilla urbana en la que se encuentra expresión sexual en la violencia. Tampoco la empujaba un afán desesperado de notoriedad que estimula a los actores y animadores, los

cuales, incapaces de mantener su popularidad ante el público por la exclusiva virtud de su talento, de repente se descubren ciertas convicciones sociales anteriormente ignoradas.

No, en la hoja informativa sobre Miss Stern no había nada que la hiciera especialmente notable, excepto dos hechos: era sobrina de Asa Stern. Y era el único miembro superviviente de los «Cinco de Munich».

Diamond se dirigió a Miss Swivven:

—Llame a Starr y a ese árabe… Mr. Haman que estén en la sala de proyecciones dentro de diez minutos.

—Sí, señor.

—Y avise también al oficial de enlace. —Se volvió hacia el primer ayudante—. Usted siga trabajando con *Fat Boy*. Quiero una amplia información sobre el líder, ese Asa Stern. Éste será el primero que nos dirá alguna cosa. Deme una lista de sus contactos de primera generación: familia, amigos, cómplices, asociados, conocidos, asuntos, etcétera.

—Un momento, señor, por favor. —El primer ayudante introdujo dos preguntas en el ordenador, y una modificación después—. Ah… ¿señor? La lista de la primera generación tendrá… ah… trescientos veintisiete nombres, acompañados de una breve reseña. Y habrá que multiplicar al pasar a las listas de la segunda generación, amigos de amigos, etc. Esto nos proporcionará casi treinta y cinco millones de nombres. Evidentemente, señor, hemos de fijar algún tipo de criterio selectivo.

El primer ayudante tenía razón; una decisión crítica; literalmente, existen millares de sistemas por los que se puede ordenar una lista.

Diamond meditó un poco en la reseña de Asa Stern. Su intuición estaba aguijoneada por una línea: profesión y/o cobertura… granjero, periodista, poeta, historiador. Por consiguiente, no se trataba de un terrorista típico, sino de algo peor: de un patriota romántico.

—Ordene la lista emocionalmente. Busque en los índices que indican amor, amistad, confianza… en esa línea. Vaya del más cercano al más distante.

Los ojos del primer ayudante brillaron mientras hacía una profunda inspiración y se frotaba ligeramente las puntas de los dedos. Era un trabajo

sutil que exigía virtuosidad frente a *Fat Boy*. Amor, amistad, confianza… Estas abstracciones y sombras no podían ser localizadas por aproximaciones parecidas a las teorías de Schliemann, Backbit y Nonbit. No había en el mundo ordenador alguno, ni tan siquiera *Fat Boy*, que pudiera responder directamente a semejantes cuestiones. Las preguntas tenían que plantearse en términos de capítulos no frecuentes o intercambio de relaciones discontinuas o esporádicas. Las acciones llevadas a cabo en su forma más simple sin una razón aparente, o contrarias a la lógica lineal, podría indicar motivos ocultos de amor, amistad o confianza. Pero había que emplear un gran tacto, porque acciones idénticas podrían derivar del odio, de la locura o de la extorsión. Además, en el caso de amor, la naturaleza de la acción raramente ayuda a identificar el impulso motivacional. Es especialmente difícil separar el amor de la extorsión.

Se trataba de un trabajo delicioso, infinitamente complicado. Al comenzar a introducir las primeras preguntas de tanteo, los hombros del primer ayudante se movieron hacia delante y hacia atrás como si guiase la imaginaria bolita de una máquina tragaperras y gesticulase al mismo tiempo.

Miss Swivven regresó para anunciar:

—Le están esperando en la sala de proyecciones, señor.

—Perfecto. Traiga las telefotos. ¿Qué demonios le pasa, Miss Swivven?

—Nada, señor. Me pica la espalda, eso es todo.

—¡Por el amor de Dios…!

Darryl Starr presintió algún problema en el aire cuando él y el árabe recibieron órdenes tajantes de presentarse inmediatamente en la sala de proyecciones. Sus temores se confirmaron cuando vio a su inmediato superior sentado melancólicamente en el auditorio. El delegado internacional de la Oficina de Servicios saludó brevemente con la cabeza a Starr y lanzó un gruñido en dirección al árabe. Culpaba a los jeques árabes enriquecidos por el petróleo de la mayor parte de sus problemas actuales, el menor de los cuales no era la presencia interventora de Mr. Diamond en las entrañas de la CIA, con su sarcástica actitud cuando se cometía el menor error en alguna operación.

Cuando, al principio, los árabes productores de petróleo habían llevado a cabo un boicot contra la industria occidental para obligarles a retirar sus compromisos morales y legales con Israel, el delegado y otros jefes de la CIA propusieron poner en marcha el Plan de Urgencia NE385/8 («Operación Seis Segunda Guerra»). Siguiendo este plan, tropas patrocinadas por la CIA, llamadas Falange Maoísta Islámica Ortodoxa, salvarían a los estados árabes de la tentación de la avaricia ocupando más del ochenta por ciento de sus instalaciones petrolíferas, en una acción que se calculaba duraría menos de un minuto de combate real, aunque se admitía universalmente que se necesitarían tres meses más para organizar esas tropas egipcias y árabes, ya que, en su pánico, habían llegado a dispersarse hasta Rodesia, por una parte, y Escandinavia, por otra.

Quedó acordado que la «Operación Seis Segunda Guerra» se llevaría a cabo sin cargar al Presidente o al Congreso con las responsabilidades de tener que adoptar una decisión tan trascendental en un año de elecciones. Se instituyó la Fase Una y se experimentó una epidemia de asesinatos entre los líderes políticos del África negra y musulmana igualmente, uno o dos de ellos a manos de miembros de la propia familia de la víctima. La Fase Dos estaba a punto de ponerse en marcha, cuando, súbitamente, todo tuvo que detenerse. La evidencia que confirmaba las actividades de la CIA llegó a manos de los comités de investigación del Congreso; los periódicos de izquierdas de Francia, Italia y el Oriente Próximo, publicaron listas de agentes de la CIA; las comunicaciones internas de la CIA comenzaron a atascarse; en los bancos de memoria de la CIA se produjeron correcciones masivas en las cintas que dejaron de suministrar los «datos usuales biográficos» por medio de los cuales se controlaban los funcionarios americanos seleccionados.

Una tarde, Mr. Diamond y su modesto personal entraron en el Centro con órdenes e instrucciones que concedían a la Organización Madre el pleno control sobre todas las operaciones concernientes, directa o indirectamente, a las naciones productoras de petróleo. Ni el delegado ni sus colegas habían oído hablar anteriormente de esta «Organización Madre», así que hubo que informarles rápidamente. Se enteraron de que la

Organización Madre era un importante consorcio de corporaciones de transporte, comunicaciones y petróleo internacional, que controlaba efectivamente la energía e información del mundo occidental. Tras algunas consideraciones, la Organización Madre había decidido que no podía permitir que la CIA siguiese interviniendo en asuntos que pudieran perjudicar o irritar a sus amigos productores de petróleo, con los cuales había podido obtener beneficios triples en dos años.

Nadie de la CIA pensó seriamente en oponerse a Mr. Diamond y a la Organización Madre, que controlaba las carreras de la mayoría de las figuras gubernamentales, no solamente con una ayuda directa, sino también utilizando sus subsidiarios de comunicaciones públicas, para oscurecer y desmoralizar a los candidatos potenciales y para dar forma a lo que las masas americanas creían era la Verdad.

¿Qué posibilidades tenía una CIA hundida en el escándalo para resistir una fuerza con poder suficiente para construir conductos petrolíferos a través de una tundra que había demostrado ser ecológicamente frágil? ¿Quién podía alzarse en contra de la organización que había conseguido reducir los trabajos de investigación del Gobierno respecto a la energía solar, del viento, de las mareas y geotérmica a una simple parodia justificante de pesquisas para eliminar la competición con su propio consorcio de combustibles fósiles y atómicos? ¿Cómo podía la CIA enfrentarse eficazmente a un grupo con tal poder que esa Organización había sido capaz, en colaboración con sus compinches del Pentágono, en hacer que el público americano aceptase el almacenamiento de los residuos atómicos cuya peligrosidad mortal era tan duradera que el fracaso y el desastre quedaban absolutamente asegurados por las leyes de la mala suerte?

Al asumir la supervisión de la CIA, la Organización Madre no tuvo ninguna interferencia por parte de la rama ejecutiva del Gobierno, por estar próximas las elecciones y quedar interrumpidos, durante el año anterior de campañas agotadoras, todos los otros asuntos públicos. De todas maneras, la Organización no se preocupó mucho por los tres años que seguirían a las elecciones antes de producirse la próxima convulsión democrática, pues la

versión americana del gobierno representativo confirma que cualidades tales como la inteligencia y la ética, atributos propios para que un hombre pudiera guiar con responsabilidad una nación poderosa, son precisamente las cualidades que le impiden someterse a un comportamiento rastrero, suplicando votos y repartiendo nombramientos. Es un axioma de la política americana el que ninguno de los que ganan en las elecciones se lo merece.

Surgió un momento de inquietud para la Organización Madre, cuando un grupo de jóvenes e ingenuos senadores decidieron investigar los millones árabes en valores a corto plazo que les permitía manipular los Bancos americanos, sosteniendo como rehén la economía de la nación, contra la posibilidad, por remota que pareciera, de que los Estados Unidos intentaran cumplir sus compromisos morales con Israel. Pero estas pesquisas quedaron pronto interrumpidas ante la amenaza de Kuwait de retirar su dinero y arruinar a los Bancos, en caso de que la investigación del Senado siguiera adelante. Con una retórica excepcionalmente hábil, el Comité informó que no podían declarar con certeza que la nación estaba expuesta a un chantaje, ya que no se le había permitido continuar las investigaciones.

Éstos eran los antecedentes de los sentimientos malhumorados del delegado por la pérdida de control de su organización cuando oyó que se abrían de golpe las puertas del auditorio. Se puso en pie cuando Diamond entró con paso decidido, seguido por Miss Swivven, que llevaba algunas hojas arrancadas de la información impresa por *Fat Boy*, y el pliego de fotografías de miembros de los «Cinco de Munich».

En un reconocimiento mínimo por la llegada de Diamond, Starr alzó la mayor parte del peso de su trasero, y se arrellanó nuevamente con un gruñido. La reacción del árabe ante la llegada de Miss Swivven fue ponerse en pie de un salto, hacer una mueca, e inclinarse en una imitación espasmódica de la cortesía europea. «Una mujer muy bonita —se dijo—. Muy exuberante. Piel como la nieve. Y muy bien dotada, en aquello que, en inglés, es llamado discretamente *knockers*»[4].

—¿Está el operador en la cabina? —preguntó Diamond, sentándose algo apartado de los otros.

—Sí, señor —repuso Starr lentamente—. ¿Quiere ver otra vez la película?

—Quiero que vosotros, estúpidos, la veáis otra vez.

Al delegado le disgustó que le incluyeran en el grupo con un simple agente, y mucho más que lo hicieran con un árabe, pero ya había aprendido a sufrir en silencio. Ésa era su mayor habilidad de veterano.

—No nos había avisado que quisiera ver otra vez la película —dijo Starr—. No creo que el operador la haya enrollado todavía.

—Pues que dé marcha atrás. No importa.

Starr dio instrucciones a través del intercomunicador, y las luces de las paredes se apagaron.

—¿Starr?

—¿Señor?

—Apaga ese cigarro.

…la puerta del ascensor se abre y se cierra aprisionando la cabeza del pistolero japonés muerto. El hombre retorna a la vida y se desliza subiendo por la pared. El agujero en la palma de su mano desaparece y extrae la bala de su espalda. Retrocede corriendo en medio de un alborotado grupo de escolares, entre los que una niña flota elevándose del suelo, al mismo tiempo que una mancha roja de su vestido queda absorbida por su estómago. Cuando el japonés llega a la entrada principal con manchas de luz, se lanza a través de ella mientras que fragmentos de vidrio roto se juntan apresuradamente formando un cristal entero. El segundo pistolero salta desde el suelo y agarra al vuelo un arma automática, y los dos japoneses corren hacia atrás, hasta que un cambio de perspectiva les abandona descubriendo a un muchacho israelí que yace en el suelo de mosaicos. Un vacío reajusta la parte superior de su cráneo; el manantial de sangre retrocede hasta su cadera. Se levanta de un salto y corre hacia atrás, recogiendo su mochila al pasar. La cámara recorre un trecho hasta enfocar al segundo israelí, justamente en el momento en que su mejilla queda encajada en su rostro. Mientras está arrodillado, se incorpora, y la sangre queda absorbida por su pecho mientras que su camisa caqui se remienda por sí misma. Los dos jóvenes caminan hacia atrás. Uno se

vuelve y sonríe. Retroceden, pasando entre un grupo de italianos que se empujan y ponen de puntillas para saludar a algún pariente recién llegado. Siguen retrocediendo por él vestíbulo hasta él mostrador de inmigración, y el funcionario italiano utiliza su sello de goma para absorber los permisos de entrada marcados en sus pasaportes. Una muchacha pelirroja sacude la cabeza, y sonríe dando las gracias…

—¡Para! —gritó Mr. Diamond, sobresaltando a Miss Swivven que nunca le había oído anteriormente alzar la voz.

La muchacha en la pantalla quedó inmóvil y la imagen se oscurece de pronto al producirse el golpe abrasador.

—¿Ves esa chica, Starr?

—Claro.

—¿Puedes decirme algo sobre ella?

Starr quedó confuso ante aquella petición aparentemente arbitraria.

Presentía que estaba envuelto en algún tipo de problema y cayó en su vieja costumbre de protegerse detrás de la fachada de buen chico, sencillo y campechano.

—Bueno… veamos. Posee un buen par de tetas, no queda duda alguna. Un trasero pequeño y compacto. Algo flacucha de brazos y de cintura, para mi gusto, pero, como mi viejo papá solía decir: ¡cuanto más cerca del hueso, más sabrosa la carne! —soltó una risa forzada en la que el árabe le hizo coro, pues estaba ansioso de demostrar que se hallaba al corriente de lo que se decía.

—¿Starr? —La voz de Diamond era tensa y uniforme—. Quiero que hagas algo por mí. Durante las próximas horas, intenta decididamente no ser un asno. No quiero que me entretengas y no quiero que adornes tus respuestas con comentarios populares. No hay nada divertido en lo que está sucediendo aquí. Fiel a las tradiciones de la CIA lo has embrollado todo. ¿Has entendido?

Se produjo un silencio mientras el delegado consideraba la oportunidad de oponerse a esa difamación, pero optó por el silencio.

—¿Starr? ¿Has entendido eso?

Un suspiro, y repuso con un hilo de voz:

—Sí, señor.

El delegado se aclaró la garganta y habló con voz casi autoritaria.

—Si hay alguna cosa que la Agencia puede…

—¿Starr? ¿Reconoces a esa chica? —preguntó Diamond.

Miss Swivven sacó la fotografía de su carpeta y se acercó por el pasillo hasta Starr y el árabe.

—¿Quién es?

—Es la chica que está en la pantalla.

—Así es. Se llama Hanna Stern. Su tío era Asa Stern, organizador de los «Cinco de Munich». Ella era el tercer miembro del comando.

—¿El tercer? —balbuceó Starr—. Pero… si nos dijeron que sólo había dos de ellos en el avión.

—¿Quién os proporcionó esa información?

—Figuraba en el informe del Servicio de Espionaje que este sujeto nos hizo llegar.

—Así es, Mr. Diamond —interrumpió el árabe—. Nuestro Servicio de Espionaje…

Pero Diamond había cerrado los ojos y sacudía lentamente la cabeza.

—¿Starr? ¿Estás diciéndome que has llevado a cabo una operación basándote en la información que te proporcionaron los árabes?

—Bueno, nosotros… sí, señor —respondió Starr débilmente. Presentado de aquel modo, resultaba un modo de actuar estúpido. Era como confiar a los italianos la organización política, o a los británicos el manejo de relaciones industriales.

—Me parece —intervino el delegado— que si hemos cometido un error basado en una información falsa suministrada por sus amigos árabes, a ellos corresponde aceptar una buena parte de la responsabilidad.

—Se equivoca usted —replicó Diamond—. Pero supongo que ya está acostumbrado. Ellos no tienen por qué aceptar nada. Ellos son los dueños del petróleo.

El representante árabe sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Lo que usted acaba de decir refleja exactamente el pensamiento de mi presidente y mi tío, que a menudo ha comentado que…

—Muy bien. —Diamond se levantó—. Estén los tres dispuestos y en contacto. Volveré a llamarles dentro de una hora. En estos momentos estoy recibiendo datos ampliatorios. Quizá pueda todavía arreglar el lío que han armado. —Se alejó por el pasillo, seguido de cerca por Miss Swivven.

El delegado se aclaró la garganta dispuesto a decir algo, decidiendo seguidamente que la mayor demostración de fuerza se basaba en el silencio. Miró unos segundos a Starr, dedicó un breve vistazo al árabe desestimándolo, y luego salió de la sala.

—Bueno, compañero —dijo Starr mientras se incorporaba de su butaca —, será mejor que comamos algo mientras podamos hacerlo. Parece que la mierda ya ha dado en el ventilador.

El árabe rió bajito, afirmando con la cabeza mientras trataba de imaginar a un ardiente simpatizante de los deportes cubierto de estiércol de camello.

Durante algún tiempo, la sala vacía quedó dominada por la imagen inmóvil de Hanna Stern, sonriendo desde la pantalla. Cuando el operador comenzó a pasar la película para sacarla, se le quedó atascada. Por encima de la joven, se esparció rápidamente un ameba de costra tostada y espumosa, que la consumió.

ETCHEBAR

Hanna Stern estaba sentada a una mesa del café situado debajo de los porches de la plaza principal de Tardets. Miraba soñolienta los posos de su café, gruesos y granulados. La luz cegadora del sol se reflejaba en los blancos edificios de la plaza; las sombras, debajo de los porches, eran negras y frías. Desde el interior del café, a su espalda, le llegaban las voces de cuatro viejos vascos que estaban jugando al mus, acompañados por una letanía de *bai… paso… paso… alla Jainkoa!… paso… alla Jainkoa…* esta última frase pasando por todos los matices de tensión y acento cuando los jugadores fanfarroneaban, señalaban, mentían y clamaban a Dios poniéndole por testigo de la mierda que les había tocado, o para que castigara a ese idiota de compañero con el que Dios les había castigado a ellos.

Durante las últimas siete horas, Hanna Stern había estado alternando entre contender con una realidad de pesadilla o flotar en fantasías de evasión, entre la confusión y el vértigo. Estaba aturdida por un choque emocional, espiritual mente vacía. Y ahora, al borde de un colapso nervioso, se sentía infinitamente sosegada… hasta un poco soñolienta.

Lo real, lo irreal; lo importante, lo insignificante; el Ahora, el Entonces; el frescor debajo del porche, el calor envolvente de la plaza pública ahora vacía; esas voces continuas expresándose en el lenguaje más antiguo de Europa… todo estaba indiferentemente mezclado. Todo estaba sucediendo a otra persona, a alguien por quien ella sentía una gran piedad y simpatía, pero a quien ella no podía ayudar. Alguien a quien ya no se podía ayudar.

Después de la matanza en el aeropuerto de Roma Internacional, Hanna consiguió de alguna manera llegar desde Italia hasta este café en una ciudad

comercial vascuence. Confusa, y la mente llena de vacilaciones, Hanna había recorrido mil quinientos kilómetros en nueve horas. Pero ahora, cuando sólo le quedaban cuatro o cinco kilómetro que recorrer, había agotado toda su capacidad de energía nerviosa. Su reserva de adrenalina estaba vacía, y parecía como si fuese a derrumbarse, vencida, por el simple capricho de un propietario de café zumbón.

Al principio fue el terror y la confusión al ver a sus camaradas muertos de un disparo, una incredulidad neurasténica durante la cual permaneció inmóvil, mientras la gente la atropellaba, pasando por su lado, empujándola. Más disparos. Fuertes lamentos de la familia de italianos que esperaban a un pariente. El pánico hizo presa en ella en aquel momento; caminó ciegamente hacia delante, hacia la entrada principal de la terminal, hacia la luz del sol. Respiraba por la boca, jadeante. Los policías pasaban corriendo por su lado. Ella se repetía que tenía que seguir caminando. Se dio cuenta entonces de que los músculos de la parte inferior de su espalda le dolían, agarrotados, anticipándose a la bala que nunca llegó. Pasó junto a un anciano de barbilla blanca, sentado en el suelo con las piernas estiradas frente a él, como un niño jugando. No le vio herida alguna, pero el charco de sangre oscura en el cual el viejo estaba sentado se ampliaba lentamente. No parecía estar sufriendo. Alzó los ojos y miró a Hanna interrogativamente. Hanna no pudo detenerse. Entrelazó su mirada con la del anciano al pasar por su lado. Y murmuró estúpidamente:

—Lo siento. Lo siento de verdad.

Una mujer gruesa del grupo de parientes que esperaban se había puesto histérica, lamentándose y ahogándose. Estaba consiguiendo más atención ella sola que los miembros caídos de la familia. Después de todo, era la *mamma*.

Por encima de la confusión, de las carreras y los gritos, una voz monótona anunció la primera llamada para los pasajeros del vuelo 470, de «Air France», con destino a Toulouse, Tarbes y Pau. Esa voz, de registro, ignoraba el caos reinante debajo de los altavoces. Cuando el anuncio se repitió en francés, su parte final llegó hasta la conciencia de Hanna. Puerta número once. Puerta número once.

La azafata recordó a Hanna que debía poner en posición normal el respaldo inclinado de su asiento.

—Sí, sí, lo siento. —Un minuto después, cuando volvió a recorrer el pasillo de regreso, recomendó a Hanna que se abrochara el cinturón del asiento—. ¿Qué? ¡Oh, sí! Lo siento.

El avión penetró en una nube algodonosa, y salió después al límpido azul infinito. El zumbido de los motores; la vibración del fuselaje. Hanna temblaba, vulnerable y sola. A su lado estaba sentado un hombre de mediana edad, que leía una revista. De vez en cuando, su mirada se deslizaba por encima de la página y echaba una ojeada rápida a las piernas bronceadas de Hanna más abajo de su pantaloncito caqui. Hanna sentía aquella mirada sobre ella, y se abrochó uno de los dos botones de arriba de la blusa. El hombre sonrió y se aclaró la garganta. ¡Iba a hablar con ella! ¡Aquel bastardo imbécil iba a intentar conquistarla! ¡Dios mío!

Y de repente se sintió enferma.

Corrió hasta el lavabo, arrodillándose en el pequeño espacio y vomitando en el vaso del retrete. Cuando salió, pálida y frágil, impreso en sus rodillas el dibujo del mosaico, la azafata se mostró solícita, pero ligeramente superior, creyendo que un vuelo tan corto como aquel había podido marearla.

El avión se inclinó al virar al acercarse a Pau, y Hanna contempló por la ventanilla el panorama de los Pirineos, con sus picos agudos y nevados en el aire cristalino, como un mar de picos blancos helados en medio de una tormenta. Bello y terrible.

En algún lugar de allí, en la parte vasca de la cordillera, vivía Nicholai Hel. Si consiguiera llegar hasta Mr. Hel…

Sólo después de haber abandonado la terminal del aeropuerto y encontrarse de pie bajo el sol, con el frescor de los Pirineos, Hanna se dio cuenta de que no tenía dinero. Avrim era el que llevaba el dinero de los tres. Tendría que hacer autostop y no conocía el camino. Bueno, podría preguntar a los conductores. Sabía que no habría problema en conseguir que la llevaran. Cuando se es joven y bonita… y con un espléndido busto…

El primer automóvil que la aceptó la llevó hasta Pau, y el conductor se ofreció para encontrarle un lugar en donde pudiera pasar la noche. En vez de ello, la joven le convenció para que la llevara hasta los suburbios indicándole el camino de Tardets. Debía de ser un automóvil con un cambio de marchas muy duro, pues la mano del conductor por dos veces resbaló de la palanca y rozó la pierna de Hanna.

Casi inmediatamente, otro conductor paró. No, no iba a Tardets. Únicamente hasta Oléron. Pero podía buscarle un lugar donde pasar la noche…

Otro auto, otro conductor con sugerencias, y Hanna llegó finalmente al pueblecito de Tardets, en donde preguntó la dirección en el café. El primer obstáculo con que tropezó fue el acento local, *langue d'oc*, con la marcada influencia de *soultine* vasco, que para referirse a *une petite cuillère*[5] utiliza una palabra de ocho sílabas.

—¿Qué es lo que está buscando usted? —le preguntó el dueño del café, desviando la mirada de sus senos para fijarla en sus piernas.

—Estoy buscando el castillo de Etchebar. La casa de Monsieur Nicholai Hel.

El propietario frunció el entrecejo, miró de reojo los porches hacia arriba, y se rascó con un dedo por debajo de la boina vasca que los hombres sólo se quitan para irse a la cama, o cuando adjudican el juego de *rebot*[6]. No, no creía haber oído antes ese nombre. ¿Hel, ha dicho usted? (Podía pronunciar la *h* a causa de su sonido vascuence). Quizá su esposa lo supiera. Se lo preguntaría. ¿Tomaría alguna cosa la señorita mientras esperaba? Hanna encargó un café que le trajeron, espeso y amargo, y a menudo recalentado, en un pote de aluminio, la mitad de cuyo peso correspondía a las soldaduras del calderero remendón, a pesar de las cuales seguía goteando. El dueño parecía lamentar el goteo, pero lo aceptaba con un profundo fatalismo. Confiaba en que el café que había goteado sobre la pierna de Hanna no la había quemado. ¿No estaba lo bastante caliente para quemar? Bien. Bien. Desapareció en las profundidades del café, ostensiblemente a preguntar por Monsieur Hel.

Esto había sucedido hacía ya quince minutos.

Los ojos de Hanna se dilataban penosamente al mirar hacia la plaza deslumbrante, vacía si se exceptuaban los automóviles en caótico desorden, en su mayoría *Deu'ches* con placa de 1964, estacionados de cualquier manera, en diversos ángulos de acuerdo con la posición en que sus conductores aldeanos habían conseguido detenerlos.

Con un ruido ensordecedor de motores, chirridos de engranajes y desprendimiento de gases nocivos, un camión *juggernaut* alemán se introdujo penosamente en una esquina, dejando apenas diez centímetros entre el vehículo y la fachada *crépi* de los edificios[7]. Sudando, dando frenéticas vueltas al volante, y con silbidos constantes de sus frenos de aire, el conductor alemán consiguió introducir el monstruo en la vieja plaza, sólo para enfrentarse con la barrera más formidable. Anadeando una junto a otra, en mitad de la calle, don mujeres vascas de rostro moreno y tosco, intercambiaban sus chismes murmurando a través de un extremo de los labios. De mediana edad, rígidas, enormes, avanzaban sobre sus piernas cortas y regordetas, indiferentes a la frustración y la furia del conductor del camión, que las seguía arrastrándose y soltando maldiciones y dando puñetazos contra el volante.

Hanna Stern no estaba en condiciones de apreciar la escena de esta representación iconográfica de las relaciones franco-germanas en el Mercado Común, y en aquel momento apareció el dueño del café, su rostro, típicamente vasco, iluminado por una súbita comprensión.

—Usted está preguntando por Monsieur Hel —dijo a Hanna.

—Eso es lo que le he dicho antes.

—¡Ah, si hubiera sabido que era a Monsieur Hel a quien usted estaba buscando…! —Se encogió desde la cintura, alzando las palmas de las manos en un gesto que significaba que si Hanna se hubiese explicado con mayor claridad ambos se hubieran ahorrado mucho tiempo.

Le dio instrucciones seguidamente para llegar al castillo d'Etchebar: primero cruzar el *gave*[8] desde Tardets (*r* arrastrada, y la *t* y la *s* pronunciadas), pasar después por el pueblo de Abense-de-Haut (cinco sílabas, la *h* y la *t* pronunciadas), siguiendo hasta Lichans (no nasal, *s*

pronunciada) y tomando entonces el camino de la derecha hasta las colinas de Etcheber; cuidado con el camino de la izquierda, que le llevaría a Licq.

—¿Está lejos?

—No, no está muy lejos. Pero usted no quiere ir a Licq, de todos modos.

—¡Quiero decir a Etchebar! —En su estado de fatiga y tensión nerviosa, la formidable tarea de obtener información simple de un vasco resultaba demasiado para Hanna.

—No, no está lejos. Quizá dos kilómetros después de Lichans.

—¿Y a qué distancia está Lichans?

El hombre se encogió de hombros.

—Oh!, podrían ser dos kilómetros después de Abense-de-Haut. No puede usted equivocarse. A menos que tuerza a la izquierda en el cruce. ¡Entonces sí que se equivocará de pleno! Se equivocaría porque iría a Licq, ¿no se da cuenta?

Los viejos jugadores de mus han olvidado su juego agrupándose alrededor del dueño del café, intrigados por la confusión que esta turista extranjera estaba causando. Sostuvieron una breve discusión en vasco, llegando finalmente a un acuerdo de que si la chica torcía a la izquierda acabaría realmente en Licq. De todas maneras, si así sucedía, Licq no era un mal lugar. No había esa famosa historia del puente de Licq construido con la ayuda de los Pequeños Seres de las montañas que entonces…

—¡Escuchad! —suplicó Hanna—. ¿Hay alguien que quiera llevarme en automóvil hasta el castillo de Etchebar?

Hubo una conferencia rápida entre el dueño del bar y los jugadores de mus. Hubo discusión y una cantidad considerable de aclaraciones y puntos sobre las íes. Finalmente, el propietario dio a conocer la opinión de consenso.

—No.

Se había decidido que esta muchacha extranjera, de pantalón corto y con mochila, era uno de esos jóvenes turistas atléticos, populares por su amistosa actitud, y conocidos también por sus escasas propinas. Por tanto, no había nadie que quisiera llevarla hasta Etchebar, excepto el más viejo de

los jugadores de mus, que estaba dispuesto a arriesgarse con la generosidad de Hanna, pero que desgraciadamente no poseía automóvil.

De todos modos, tampoco sabía conducir.

Con un suspiro, Hanna recogió su mochila. Pero cuando el dueño del bar le reclamó el pago de la taza de café, Hanna recordó que no tenía dinero francés. Se lo explicó con cierto aire de contrición, tratando de dar un aire cómico a la situación. Pero el dueño del bar siguió mirando severamente la taza de café impagado, y permaneció lúgubremente silencioso. Los jugadores de mus discutieron este nuevo giro de los acontecimientos, muy animados. ¿Qué? ¿La turista había tomado café sin tener dinero para pagarlo? Probablemente, la ley tendría que ver en esta cuestión.

Al final, el dueño del café exhaló un susurrante suspiro y miró a Hanna con expresión trágica en sus húmedos ojos. ¿Estaba ella dictándole de verdad que no tenía los dos francos para pagar el café, y olvidemos la propina, simplemente los dos francos para el café? En este asunto había una cuestión de principios. Después de todo, él había pagado el café, él había pagado el gas para calentar el agua; y cada dos años él tenía que pagar al calderero los remiendos del pote. Él era un hombre que pagaba sus deudas. No como otras personas que podía nombrar.

Hanna se debatía entre la irritación y la risa. No podía creer que toda aquella comedia fuese provocada por dos francos. (Ella ignoraba que el precio real de una taza de café era de un franco). Nunca, anteriormente, se había tropezado con esa determinada versión de la avaricia francesa, por la que el dinero, la propia monedita, es el centro de toda consideración, más importante que la mercancía, la comodidad o la dignidad… En verdad, más importante que la propia riqueza. Hanna no había tenido oportunidad de saber que, aunque llevaran nombres vascos, las gentes de aquel pueblo se habían convertido en auténtico franceses bajo las presiones culturales corrosivas de la Radio, la Televisión y una educación controlada por el Estado, en la que la historia moderna está interpretada creativamente para confeccionar ese analgésico nacional, *la vérité a la Cinquiéme République*[9].

Dominado por la mentalidad del *petit commerçant*[10], estos pueblos vascos compartían el punto de vista gálico por el que el placer de ganar cien francos queda reducido a nada ante el intenso sufrimiento por la pérdida de un céntimo.

Finalmente, dándose cuenta de que aquella estúpida demostración de pena y desilusión no conseguiría arrancar los dos francos a esta jovencita, el propietario se excusó con una cortesía sarcástica, diciendo a Hanna que en seguida volvería.

Cuando regresó, veinte minutos más tarde, después de una dramática conferencia con su mujer, en el cuarto de atrás, el dueño del café preguntó a Hanna:

—¿Es usted amiga de Monsieur Hel?

—Sí —mintió Hanna, no queriendo entrar en detalles.

—Entiendo. Bueno, en este caso, supongo que Monsieur Hel pagará, si usted falla. —Arrancó una hoja del bloque de propaganda distribuido por «Byrrh» y escribió algo en ella antes de doblarla un par de veces, marcando los dobleces con la uña de su pulgar—. Haga el favor de entregar esto a Monsieur Hel —dijo a Hanna fríamente.

Sus ojos ya no se detuvieron en los senos y las piernas de Hanna. Algunas cosas son más importantes que el romance.

Hanna había caminado más de una hora, cruzando el Pont d'Abense por encima del reluciente gave de Saison, y subiendo después por las colinas vascas para recorrer una estrecha carretera asfaltada suavizada por el sol y limitada por viejos muros de piedra sobre los que las lagartijas se deslizaban ante la proximidad de Hanna. Los rebaños pacían en los prados, los corderitos brincaban alrededor de las ovejas y las rojizas vacas de los Pirineos holgazaneaban a la sombra de los manzanos descuidados, viéndola pasar, con sus ojos infinitamente gentiles, infinitamente estúpidos. Los helechos daban un aspecto lozano a las suaves colinas animando el estrecho valle, y, más allá de las redondeadas elevaciones, se alzaban las montañas con sus picos nevados, sus aristas dentadas destacando duramente contra el límpido azul del cielo. En lo alto, un halcón se columpiaba al borde de una corriente ascendente, con las plumas de sus alas desplegadas como dedos en

constante comprobación del viento mientras observaba el suelo en busca de una presa.

El calor creaba un fuerte aroma mezclado: soprano de las flores silvestres, *mezzotones* de la hierba segada y los excrementos frescos del rebaño y el insistente *basso* profundo del asfalto reblandecido.

Hanna continuaba su camino, aislada en su fatiga de las vistas y los olores a su alrededor, con la cabeza baja y absorta en la contemplación de las puntas de sus botas de montaña. Su mente, huyendo de la sobrecarga sensorial de las últimas diez horas, encontraba refugio en una visión túnel de su subconsciente. No se atrevía a pensar, o a imaginar, o a recordar; porque, allí, en los límites del momento presente, estaban al acecho aquellas visiones que le harían daño si les daba entrada. No pensar. Sólo caminar, y contemplar las puntas de las botas. Todo consiste en llegar al castillo d'Etchebar. Todo consiste en ponerse en contacto con Nicholai Hel. No queda nada más, antes o más allá de eso.

Hanna llegó a una bifurcación del camino y se detuvo. A la derecha, el camino ascendía bruscamente hasta el pueblo de Etchebar en lo alto de la colina y más allá del racimo de casas de piedra y *crépi*, Hanna vio la gran fachada de una mansión que debía de ser el castillo que asomaba entre los altos pinos y estaba rodeado por un alto muro de piedra.

Suspiró profundamente, y se esforzó en seguir, sintiendo que su fatiga se amalgamaba con su neurastenia emocional protectora. Si pudiera llegar hasta el castillo… llegar nada más hasta Nicholai Hel…

Dos aldeanas vestidas de negro interrumpieron su charla al lado de un muro de piedra bajo y observaron a la muchacha extranjera con manifiesta curiosidad y desconfianza. ¿Adónde iba aquella descarada que enseñaba las piernas? ¿Hacia el castillo? ¡Ah!, bueno, eso lo explicaba todo. Al castillo iban gentes muy extrañas desde que ese extranjero lo compró… Y no es que Monsieur Hel fuese un mal hombre. Realmente, sus maridos les habían dicho que el movimiento para la libertad vasca sentía una gran admiración por él. Pero, a pesar de eso… continuaba siendo un recién llegado. Sólo había vivido en el castillo catorce años, mientras que en el pueblo (noventa y tres almas) todos podían leer su nombre en docenas de lápidas cerca de la

iglesia, algunas veces recién talladas de granito de los Pirineos, algunas veces casi ilegible en viejas piedras que cinco siglos de lluvia y viento habían alisado. ¡Fíjate! ¡Esa descarada ni tan siquiera se sujeta los pechos! Quiere que los hombres la miren, esto es lo que ella quiere. ¡Si no tiene cuidado, pronto tendrá un hijo sin padre! ¿Y quién se casaría entonces con ella? Acabará cortando verduras y fregando el suelo en casa de su hermana. ¡Y el marido de su hermana la perseguirá cuando esté borracho! ¡Y un día, cuando la hermana esté embarazada, demasiado gorda para hacerlo, ésta sucumbirá ante el marido! Probablemente, en el pajar. Siempre sucede así. Y la hermana lo descubrirá ¡y la echará de casa! ¿Y adónde irá entonces? Se convertirá en una mujerzuela en Bayona. ¡Esto es lo que sucederá!

Una tercera mujer se unió a las otras dos. ¿Quién es esa chica que enseña las piernas? No sabemos nada de ella… excepto que es una puta de Bayona ¡Y ni tan siquiera es vasca! ¿Crees que debe ser protestante? Oh no, yo no iría tan lejos. Sólo es una pobre *putain* que se ha acostado con el marido de su hermana. Es lo que siempre sucede cuando andas por ahí sin llevar sostén.

Muy cierto, muy cierto.

Al pasar junto a ellas, Hanna alzó los ojos y las vio.

—*Bonjour, mesdames* —saludó.

—*Bonjour, Mademoiselle* —respondieron las tres mujeres a coro, sonriendo abiertamente al estilo vasco—. ¿Está usted dando un paseo? —preguntó una de ellas.

—Si, Madame.

—Esto está bien. Tiene usted suerte de disponer de tiempo.

Dio un codazo a su vecina que le fue devuelto. Era una muestra de atrevimiento e inteligencia acercarse tanto a la verdad.

—¿Está usted buscando el castillo, Mademoiselle?

—Sí, así es.

—Siga adelante, y ya encontrará lo que está buscando.

Un codazo; otro codazo. Era peligroso, pero deliciosamente ingenioso acercarse tanto a la verdad.

Hanna se detuvo frente a las pesadas puertas de hierro. No se veía a nadie, y no parecía haber ningún medio para hacer sonar un timbre o una aldaba para llamar. El *château* estaba a unos cien metros, al final de una larga avenida curvada flanqueada por árboles. Vacilante, Hanna decidió probar una de las puertas más pequeñas, más abajo del camino, cuando una voz sonó detrás de ella preguntándole con acento cantarín:

—¿Mademoiselle?

La joven regresó junto al portalón en donde un viejo jardinero, con un delantal azul de trabajo, la estaba observando desde el otro lado de la barrera.

—Busco a Monsieur Hel —explicó Hanna.

—Sí —respondió el jardinero, con ese *oui* inspirado que puede significar cualquier cosa, menos sí. Le dijo que esperara un momento, y desapareció entre la hilera curvada de árboles.

Un minuto después Hanna oyó el chirrido de los goznes de una de las puertas laterales, y el jardinero le hizo ademán de entrar dando vueltas a su brazo y haciendo una profunda reverencia que casi le hizo caer. Al pasar por el lado del viejo, Hanna se dio cuenta de que el hombre estaba medio borracho. De hecho, Pierre nunca estaba borracho. Pero tampoco estaba nunca sobrio. Los doce vasos de vino rojo que se bebía diariamente a intervalos regulares le protegían de cualquiera de ambos estados.

Pierre le indicó el camino, pero no la acompañó a la casa; él volvió a su trabajo de recortar los setos cuadrados que formaban un laberinto. Pierre nunca trabajaba aprisa, y nunca huía del trabajo, marcando los hitos de su jornada, frescos y confusos, por su vasito de rojo cada media hora aproximadamente.

Hanna podía oír el clip-clip-clip de sus tijeras, amortiguándose el ruido a medida que avanzaba por la avenida entre los altos cedros azuladoverdosos, cuyas ramas colgantes gemían y ondeaban, cepillando las sombras con largas pasadas a modo de algas marinas. Un viento susurrante silbaba en lo alto de los árboles, como la marea en la arena, y la sombra, espesa, era muy fresca. Hanna sintió un escalofrío. Estaba algo mareada después del largo paseo bajo el sol sin haber tomado otra cosa en todo el día

que el café en el pueblo. Sus emociones habían quedado paralizadas por el miedo, y después se fundieron en su desesperación. Paralizadas, y después fundidas. Estaba perdiendo su contacto con la realidad.

Cuando llegó al pie de una doble escalinata de mármol que conducía a las terrazas, Hanna se detuvo, insegura del camino que debía tomar.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó una voz femenina desde arriba.

Hanna se hizo sombra en los ojos y alzó la mirada hacia la soleada terraza.

—Hola, soy Hanna Stern.

—Bien, sube, Hanna Stern. —La mujer tenía el sol a su espalda y Hanna no podía ver el rostro, pero, a juzgar por el vestido y sus modales, parecía ser oriental, aunque su voz, suave y modulada, contradecía el estereotipado gorjeo del habla femenina oriental—. Tenemos una de esas coincidencias que se supone traen suerte. Me llamo Hana, casi igual que tú. En japonés, *hana* significa flor. ¿Qué es lo que tu Hanna significa? Quizá, como tantos otros nombres occidentales, no significa nada. ¡Qué delicioso es que hayas llegado justo a la hora del té!

Se dieron las manos al estilo francés. Hanna quedó impresionada por la serena belleza de aquella mujer, cuyos ojos parecían contemplarla con una mezcla de bondad y humor. También sus modales daban a Hanna la sensación de estar extrañamente protegida y a sus anchas. Mientras caminaban juntas por la amplia terraza enlosada, hacia la casa, con su fachada clásica de cuatro puertas-ventana que flanqueaban la entrada principal, la mujer escogió las mejores entre las flores que había estado cortando y se las ofreció a Hanna, con un gesto tan natural como agradable.

—Debo poner éstas en agua —dijo—. Después tomaremos el té. ¿Eres una amiga de Nicholai?

—No, no realmente. Mi tío era amigo suyo.

—Y tú has venido a saludarle de paso. ¡Qué amabilidad por tu parte!

Abrió las puertas de cristales que daban a un salón soleado, en medio del cual, sobre una mesita baja frente a una chimenea de mármol con pantalla de latón, había un servicio de té. En el momento en que entraron, se oyó cerrar suavemente una puerta al otro lado de la habitación. Durante los

pocos días que Hanna permaneció en el castillo de Etchebar, todo lo que pudo oír o ver del personal y de los sirvientes, fue puertas que se cerraban cuando ella entraba, o un caminar de puntillas al otro lado del vestíbulo, o la aparición de café o de flores en una mesilla de noche. Las comidas eran preparadas de tal manera que el ama de la casa podía servirse personalmente. Para ella, era una oportunidad de mostrarse bondadosa y solícita.

—Deja tu mochila ahí en el rincón, Hanna —indicó la mujer—. Y ¿podrías servir el té mientras yo arreglo estas flores?

Con la luz del sol entrando a raudales por los ventanales, las paredes de un azul pálido, las molduras doradas, el mobiliario combinado Luis XV y marquetería oriental, las espirales de vapor gris elevándose retorcidas desde la tetera a través de un rayo de sol, espejos por todas partes, alumbrando, reflejando, duplicando y triplicándolo todo; esta habitación no era de aquel mismo mundo en el que se dispara contra jóvenes en los aeropuertos. Mientras Hanna vertía el té de la tetera de plata en la porcelana de Limoges con cierto vago sentimiento chino, Hanna notó que el vértigo de la realidad se apoderaba de ella. Había sucedido demasiado en estas últimas horas. Temía desmayarse.

Sin motivo aparente, Hanna recordó sentimientos de desquiciamiento, como el de este momento, experimentados en sus años escolares… Fue durante el verano y ella se aburría, y sentía latente a su alrededor una pereza general hacia el estudio. Miraba fijamente los objetos a su alrededor hasta que éstos se convirtieron en grandes/pequeños. Y ella se había preguntado: ¿Soy yo misma? ¿Estoy aquí? ¿Soy realmente yo quien está pensando? ¿Yo? ¿Yo?

Y ahora, mientras contemplaba los movimientos parcos y graciosos de aquella esbelta mujer oriental que volvía sobre sus pasos para criticar el arreglo floral y hacer una ligera corrección, Hanna intentó desesperadamente encontrar un ancla contra la marea de confusión y fatiga que estaba arrastrándola lejos.

Es extraño, pensó. De todo lo que le había sucedido aquel día: las cosas horribles en el aeropuerto, el vuelo hacia Pau como en sueños, el parloteo

invitador de los conductores que la habían llevado en sus autos, aquel imbécil propietario del café en Tardets, la larga caminata por la carretera hasta Etchebar… de todo ello, la imagen más profunda que conservó fue la del corto trecho que caminó bajo las sombras acuosas de la avenida flanqueada de cedros… en la densidad de esas sombras, temblorosa, mientras los gemidos del viento entre los árboles sugería ruidos del mar. Era otro mundo. Un extraño mundo.

¿Era posible que ella estuviera sentada allí, llenando de té unas tacitas de Limoges, probablemente con aspecto de bufón, con sus pantaloncitos cortos de excursión y torpe ademán? ¿Con sus botas claveteadas?

¿Habían transcurrido solamente algunas horas desde que había pasado aturdida junto al viejo sentado en el suelo de Roma Internacional?

—Lo siento —había murmurado estúpidamente.

—Lo siento —repitió ahora nuevamente, en voz alta.

La bella mujer dijo algo que no había podido penetrar en las capas de pensamiento e introversión de Hanna.

La mujer sonrió al sentarse junto a ella.

—Estaba diciendo solamente que es una pena que Nicholai no esté aquí. Ha estado en las montañas algunos días, arrastrándose en esas cuevas que ama tanto. Una afición escalofriante. Pero espero que regrese esta tarde, o mañana por la mañana. Esto te dará oportunidad de bañarte, y hasta de dormir un poco. Supongo que te irá bien, ¿no crees?

Imaginar un baño caliente y unas sábanas frescas resultó de una seducción casi desfallecedora para Hanna.

La mujer sonrió y acercó su silla a la mesa de mármol donde estaba el servicio de té.

—¿Cómo te gusta tomarlo? —Sus ojos eran tranquilos y honestos. De forma oriental, pero de color avellana con puntitos dorados. Hanna no hubiera podido adivinar su raza. Sus movimientos seguramente eran orientales, delicados y controlados; pero su piel tenía un tono café con leche, y el cuerpo, envuelto en un traje chino de seda verde y cuello alto, mostraba un desarrollo claramente africano en el pecho y las nalgas. Sin

embargo, su boca y su nariz eran caucasianas. Y su voz era cultivada, baja y modulada, como lo fue su risa al decir—: Sí, ya lo sé. Es muy confuso.

—¿Perdón? —replicó Hanna, avergonzada, al ver que sus pensamientos habían sido interpretados tan claramente.

—Yo soy aquello que las personas bondadosas llaman «cosmopolita», y otras llamarían una mestiza. Mi madre era japonesa, y, por lo visto, mi padre era mulato, un soldado americano. Nunca tuve la suerte de conocerle. ¿Tomas leche?

—¿Cómo?

—En el té. —Hanna sonrió—. ¿Prefieres que hablemos inglés? —le preguntó en ese idioma.

—Sí, me expreso mejor —admitió Hanna también en inglés, pero con acento americano.

—Así lo he deducido de tu acento. Muy bien. Hablaremos en inglés. Nicholai casi nunca habla inglés en casa y me temo que estoy olvidándolo. —De hecho, Hanna tenía un acento ligeramente perceptible; no una mala pronunciación, sino una articulación ligeramente mecánica de su inglés británico. Es posible que su francés también mostrara rasgos de ese acento pero Hanna, al ser extranjera, no podía apreciarlo.

Pero se le ocurrió algo más.

—Hay dos tazas en la mesa. ¿Estaba esperándome Mrs. Hel?

—Llámame Hana. Oh, sí, te estaba esperando. El hombre del café de Tardets me llamó por teléfono para pedir permiso antes de darte la dirección. Y recibí otra llamada cuando pasaste por Abense-de-Haut, y otra cuando llegaste a Lichans. —Hana rió ligeramente—. Nicholai está muy bien protegido aquí. Sabes, no le gustan demasiado las sorpresas.

—Por cierto, eso me recuerda algo. Traigo una nota para usted. —Sacó del bolsillo la nota doblada que el propietario del café le había entregado.

Hana la abrió y le lanzó una ojeada, echándose a reír con su voz profunda, en clave menor.

—Es una factura. Escrita con todo detalle, además. ¡Ah, estos franceses…! Un franco por la llamada telefónica. Otro franco por tu café. Y un franco y medio adicionales, una estimación de la propina que tú hubieras

dejado. ¡Dios mío, hemos hecho un buen negocio! El placer de tu compañía nos costará solamente tres francos y medio. —Se echó a reír, dejando a un lado la nota. Alargó entonces la mano, tibia y seca, sobre el brazo de Hanna —. ¿Jovencita? Creo que no te das cuenta de que estás llorando.

—¿Qué? —Hanna se puso la mano en la mejilla. Estaba húmeda de lágrimas. Dios mío, ¿cuánto rato había estado llorando?— Lo siento. Es que… Esta mañana mis amigos estaban… ¡Debo ver a Mr. Hel!

—Lo sé, querida niña, lo sé. Ahora acaba tu té. Hay algo que te hará dormir. Te acompañaré después a tu habitación en donde podrás bañarte y dormir. Y cuando veas a Nicholai, estarás fresca y bella. Deja aquí mismo tu mochila. Una de las muchachas cuidará de ella.

—Debería explicar…

Pero Hana alzó la mano.

—Todo se lo contarás a Nicholai cuando venga. Y él me contará lo que quiera que yo sepa.

Hanna sollozaba todavía y se sentía como una niña mientras subía detrás de Hana por la amplia escalinata de mármol que dominaba el vestíbulo de entrada. Pero en su interior sentía que la invadía una paz deliciosa. Lo que hubiera en el té estaba suavizando la corteza de sus recuerdos y hacía que se desvanecieran en la distancia.

—Es muy amable conmigo, Mrs. Hel —dijo con sinceridad.

Hana rió suavemente.

—Llámame Hana. Después de todo, no soy la esposa de Nicholai. Soy su concubina.

WASHINGTON

La puerta del ascensor se abrió en completo silencio y salió Diamond seguido de Miss Swivven, los cuales entraron en el área blanca de trabajo del piso 16.

—… y quiero que estén dispuestos diez minutos después de haberles llamado: Starr, el delegado, y ese árabe. ¿Ha anotado eso?

—Sí, señor. —Miss Swivven se introdujo en su cubículo inmediatamente, para dar las órdenes necesarias, mientras el primer ayudante se levantaba de junto a la consola.

—Tengo el informe de las conexiones primera generación de Asa Stern, señor. Ahora están llegando. —Se sentía orgulloso con razón. No había diez hombres en el mundo con suficiente habilidad para obtener de *Fat Boy* una lista basada en unas relaciones emocionales amorfas.

—Envíalo a la pantalla —ordenó Diamond mientras se sentaba en su silla giratoria a la cabeza de la mesa de conferencias.

—En seguida. ¡Up…! Sólo un momentito, señor. La lista está invertida en un ciento ochenta por ciento. En un momentito la pongo en orden.

Era típico de la ineficacia sistemática del ordenador el no distinguir entre amor y odio, afecto y extorsión, amistad y parasitismo, y que una lista basada en términos de semejantes conceptos emocionales tuviera todas las probabilidades de resultar invertida. El primer ayudante había previsto este peligro, insertando en la lista de entrada de datos nombres como Maurice Herzog y Heinrich Himmler (ambos con la inicial H). Cuando el impreso decía que Asa Stern admiraba profundamente a Himmler y detestaba a Herzog, el primer ayudante se atrevió a suponer que *Fat Boy* había hecho un 180.

—No será una lista escueta, ¿verdad? —preguntó Diamond.

—No, señor. He solicitado datos. Los hechos más destacados respecto a cada nombre, para que podamos identificarlos claramente.

—Llewellyn, usted es un auténtico genio con esa máquina.

El primer ayudante asintió vagamente con la cabeza mientras observaba la lista que ascendía por la pantalla en los tipos góticos IBM.

SERN, DAVID

RELACIÓN HIJO… TARJETA BLANCA… ESTUDIANTE… AMATEUR, ATLETA… MUERTO, 1972 sub OLIMPIADA MUNICH… STERN, JUDITH

RELACIÓN ESPOSA… TARJETA ROSA… ERUDITA, INVESTIGADORA…

MUERTA, 1956 sub CAUSAS NATURALES…

ROTHMANN, MOISHE

RELACIÓN AMIGO… TARJETA BLANCA… FILÓSOFO, POETA… MUERTO, 1958 sub CAUSAS NATURALES…

KAUFMANN, S. L.

RELACIÓN AMIGO… TARJETA ROJA… ACTIVISTA POLÍTICO… RETIRADO…

HEL, NICHOLAI ALEXANDROVICH. RELACIÓN AMIGO…

—¡Deténgalo! —ordenó Diamond—. ¡Párelo ahí!

El primer ayudante revisó los siguientes fragmentos de información.

—¡Oh, Dios mío!

Diamond se inclinó hacia atrás en su sillón y cerró los ojos. Cuando la CIA embrolla las cosas, ciertamente las embrolla con mucho estilo.

—Nicholai Hel —pronunció Diamond, con voz monótona.

—¿Señor? —dijo suavemente el primer ayudante, recordando la antigua práctica de ejecutar al mensajero portador de malas noticias—. Este Nicholai Hel se identifica con una tarjeta *lila*.

—Lo sé… lo sé.

—Ah… ¿Supongo que deseará usted un informe completo sobre Hel, Nicholai Alexandrovich? —preguntó el primer ayudante, casi disculpándose.

—Sí —Diamond se levantó de la silla y se acercó a la gran ventana detrás de la que el monumento a Washington, iluminado, se alzaba contra la noche estrellada, mientras dobles hileras de luces de los automóviles se deslizaban por la larga avenida hacia el Centro, los mismos automóviles que siempre estaban en el mismo lugar cada tarde a la misma hora—. Logrará un informe sorprendentemente escaso.

—¿Escaso, señor? ¿Con una tarjeta lila?

—Con esta tarjeta lila, sí.

Dentro del sistema de código de colores, las tarjetas perforadas de color lila indicaban a los hombres más peligrosos y evasivos, desde el punto de vista de la Organización Madre: los que operaban sin referirse a prejuicios nacionalistas o ideológicos, agentes libres y asesinos que no podían ser controlados haciendo presión a sus gobiernos: aquellos que mataban para cualquiera de ambos bandos.

Originalmente, el código de colores de las tarjetas perforadas se introdujo en *Fat Boy* con el propósito de que inmediatamente se hicieran evidentes determinadas características señaladas de la vida y el trabajo del sujeto. Pero, desde el principio, la torpeza sistemática de *Fat Boy* para tratar con abstracciones y matices redujeron el valor del sistema. El problema estribaba en el hecho de que se permitía que *Fat Boy* elaborara el código por sí mismo, basándose en principios determinados que se le habían suministrado.

El primero de estos principios era que solamente aquellas personas que constituían una amenaza potencial o real para la Organización Madre y los gobiernos que ella controlaba, estarían representadas por las tarjetas codificadas en color, mientras que todas las demás se identificarían con los tarjetas normales de color blanco. Otro principio era que existiera una relación simbólica entre el color de la tarjeta y la naturaleza de la afiliación del sujeto. Esto funcionaba bastante bien en sus formas más simples: los agitadores y terroristas de la izquierda estaban representados en tarjetas rojas; los políticos y activistas de la derecha recibían tarjetas azules; los simpatizantes de la izquierda tenían tarjeta rosa; los fomentadores y los ultraconservadores tenían azul claro. (Durante algún tiempo, se asignó

tarjetas amarillas a los fervientes liberales, en competición con el simbolismo político británico, pero cuando *Fat Boy* evaluó el potencial para una acción efectiva, se les reasignaron tarjetas blancas indicadoras de su impotencia política.).

La valía del sistema de código de colores era discutible cuando se aplicaba a problemas más complejos. Por ejemplo, los partidarios activos del IRA provisional y de las diferentes organizaciones de defensa del Ulster recibían, al azar, tarjetas verdes o anaranjadas, porque el registro de *Fat Boy* respecto a las tácticas, filosofía y eficacia de los dos grupos los confundía sin posibilidad de identificar uno de otro.

Otro problema más grave surgió con el empeño indiscriminado de *Fat Boy* al asignar los colores. Para diferenciar a los agentes comunistas chinos y europeos, se asignaba a los chinos el amarillo, y a los europeos bajo su dominio se les daba una mezcla de rojo y amarillo que producía tarjetas anaranjadas, idénticas a las de los irlandeses del Norte. Semejantes prácticas azarosas provocaban algunos enojosos errores, no siendo el menor la suposición de siempre de *Fat Boy* de que Ian Paisley era un albanés.

El error más dramático se refería a los nacionalistas africanos y a los activos del Poder Negro norteamericano. Con cierta lógica racial, a estos sujetos se les asignaban tarjetas negras. Durante varios meses, estos hombres pudieron actuar a sus anchas sin ser observados, y sin ninguna intervención de la Organización Madre y sus subsidiarias gubernamentales, por la simple razón de que la impresión negra sobre tarjetas negras resulta bastante difícil de leer.

Lamentándolo mucho, se decidió terminar con el método del código de colores a pesar de los millones de dólares del dinero de los contribuyentes americanos que se habían dedicado al proyecto.

Pero es mucho más fácil introducir un sistema en *Fat Boy* que eliminarlo puesto que su memoria es eterna y su insistencia en lógica lineal, implacable. Los agentes de la izquierda seguían siendo identificados con rojo y rosa; mientras que los criptofascistas, como los miembros del Ku-Kux-Klan se identificaban en color azul, y los Legionarios Americanos con azul pálido. Y con bastante lógica, los sujetos que trabajaban

indistintamente para ambos bandos se identificaban con el púrpura, pero *Fat Boy* recordaba su problema con los activistas del Poder Negro, y redujo el color púrpura al lila.

Además, *Fat Boy* reservaba la tarjeta de color lila para los hombres que trataban específicamente con el asesinato.

El primer ayudante alzó su mirada interrogativa de la consola.

—Ah… No sé qué es lo que no está bien, señor. *Fat Boy* está dando respuestas declaración/corrección/declaración/corrección. Incluso en la información más básica, sus diversas fuentes de datos no están de acuerdo. Este Nicholai Hel ha estado siempre vacilando entre los cuarenta y siete y los cincuenta y dos. ¡Y vea esto! Bajo el concepto nacionalidad podemos escoger entre rusa, alemana, china, japonesa, francesa y costarricense. ¿Escogemos Costa Rica, señor?

—Las dos últimas tienen que ver con sus pasaportes; Hel tiene pasaporte de Francia y de Costa Rica. En este momento vive en Francia, o, por lo menos, vivía recientemente. Las otras nacionalidades tienen relación con sus antecedentes genéticos, su lugar de nacimiento y la parte más importante de su educación.

—Por tanto, ¿cuál es su nacionalidad real?

Mr. Diamond siguió mirando por la ventana, sin ver nada realmente.

—Ninguna.

—Parece que usted sabe algunas cosas sobre esta persona, señor. —El tono del primer ayudante era interrogativo, pero un tanto especulativo. Sentía curiosidad, pero sabía bien que no convenía ser inquisitivo.

Durante algunos momentos, Diamond no respondió. Y después dijo:

—Sí. Sé algunas cosas de este hombre. —Se alejó de la ventana y se sentó pesadamente ante su mesa—. Continúa con la investigación. Saca todo lo que puedas. La mayor parte será contradictoria, vaga o errónea, pero necesitamos saber todo lo que podamos descubrir.

—¿Cree usted que este Nicholai Hel está implicado en el asunto?

—¿Con nuestra suerte? Probablemente.

—¿De qué modo, señor?

—¡No lo sé! ¡Continúa las pesquisas!

—Sí, señor. —El primer ayudante revisó los datos que siguieron—. Eh… ¿Señor? Tenemos tres lugares posibles de nacimiento para Hel.

—Shanghai.

—¿Está usted seguro del lugar, señor?

—¡Sí! —Y después de una pausa—. Es decir, razonablemente seguro.

SHANGHAI: 193?

Como es habitual en esta época del año, llegan sobre la ciudad las frescas brisas marinas del atardecer, hacia la masa tibia de la tierra china, y ondean las cortinas de las puertas de vidrio que dan a la galería de la gran casa de la avenida Joffre en la Concesión Francesa.

El general Kishikawa Takashi retira una pieza de su *Gõ ke* lacado y la sostiene ligeramente entre la punta de su dedo medio y la uña de su dedo índice. Transcurren algunos minutos en silencio, pero su concentración no está en el juego, que ha llegado a la posición número 176 y ha comenzado a concretarse hacia lo inevitable. Los ojos del general están en su contrincante, quien, por su parte, está totalmente absorto en la posición de las piezas negras y blancas sobre el tablero de un pálido color amarillo. Kishikawa-san ha decidido que el muchacho debe ser enviado al Japón, y que esta noche debía comunicárselo. Pero no en este momento.

Estropearía el placer del juego; y es no sería justo, porque, por primera vez, el muchacho está ganando.

El sol se ha puesto por detrás de la Concesión francesa sobre el continente chino. Se han encendido linternas en la vieja ciudad amurallada, y las calles estrechas, laberínticas, están llenas del olor de los millares de cenas que se están preparando. Por el Whangpoo y la ensenada Soochow, las casas sampán de la ciudad flotante reviven con sus pálidas luces, mientras viejas mujeres con los pantalones atados en el tobillo nivelan las piedras dispuestas en los fuegos para cocinar sobre las cubiertas inclinadas, pues el río está en la marea baja y los sampanes se han ladeado con sus vientres de madera clavados en el lodo amarillento. La gente que llega con retraso a cenar, camina de prisa por el puente Stealing Hen. Un amanuense

florea despreocupadamente su pincel, ansioso por terminar su jornada de trabajo, y conocedor de que su despreocupación caligráfica no será descubierta por la joven analfabeta para la que está escribiendo una carta de amor basándose en el modelo de una de sus Dieciséis Fórmulas que nunca fallan. El Bund, esa calle de hoteles y casas imponentes, ostentación del poder y la confianza imperiales, está silenciosa y oscura, pues los *taipans* británicos han huido; el *Rorth China Daily News* ya no imprime su cotilleo, sus piadosas reprimendas, sus agradables afirmaciones de la situación mundial. Hasta Sasson House, la fachada más elegante del Bund, construida con los beneficios del comercio del opio, ha perdido su categoría para asumir la mundana misión de albergar el cuartel general de las Fuerzas de ocupación. Los avariciosos franceses, los fanfarrones ingleses, los pomposos alemanes, los oportunistas americanos, todos se han ido. Shanghai está bajo el control de los japoneses.

El general Kishikawa piensa en el gran parecido entre este hombre joven al otro lado del tablero *Gõ* y su madre; casi como si Alexandra Ivanovna hubiese producido a su hijo partenogenéticamente, proeza de la que la creerían posible todos aquellos que hubiesen experimentado la abrumadora presencia social de la dama. La mandíbula del muchacho tiene la misma línea angulosa, su frente es igualmente amplia y sus pómulos salientes, y la nariz fina carece de esa maldición eslava que hace que sus interlocutores crean que están mirando a los cañones de un fusil. Pero lo que más intriga a Kishikawa-san, son las comparaciones entre los ojos del muchacho y los ojos de su madre. Comparaciones y contrastes. Físicamente, ambos tienen unos ojos iguales: grandes, profundos y de un sorprendente color verde botella exclusivo de la familia de la condesa. Pero las diferencias polares en la personalidad de madre e hijo son manifiestas en la articulación e intensidad de la mirada, en la expresión y cristalización de esos ojos sinoples. La mirada de la madre es hechicera; la del hijo es fría. La madre emplea los ojos para fascinar; el muchacho los utiliza para rechazar. Lo que en la mirada de ella es coquetería, en la de él es arrogancia. La luz que muestran los ojos de ella es interna y quieta en la de

él. Los ojos de la madre expresan humor; los del hijo, ingenio. Ella, encanta; él, turba.

Alexandra Ivanovna era una ególatra; Nicholai es un egoísta.

Aunque el punto de referencia oriental del general no le permite apreciarlo, según criterios occidentales, Nicholai parece muy joven para sus quince años. Únicamente la frialdad de sus ojos demasiado verdes, y cierta expresión firme de la boca evita que su rostro sea demasiado delicado, con una formación excesivamente refinada para ser de un varón. Cierto sentimiento confuso de malestar con respecto a su belleza física, impulsó a Nicholai a dedicarse, desde muy joven, a los deportes más vigorosos y combativos. Se entrenó en el jiujitsu clásico, algo pasado de moda, y jugó al rugby en el bando internacional contra los hijos de los *taipans* británicos con una eficiencia que bordeaba la brutalidad. Aunque Nicholai entendía la rígida charada del juego limpio y el espíritu deportivo con que los británicos se protegen de la auténtica derrota, él prefería las responsabilidades de la victoria a las comodidades de perder con elegancia. Pero en realidad no le gustaban los deportes en equipo, prefiriendo perder o ganar en virtud de su propia habilidad o dureza. Y su dureza emocional era de tal índole, que casi siempre ganaba, como una cuestión simple de voluntad.

Alexandra Ivanovna casi siempre ganaba también, no por cuestión de voluntad, sino como cuestión de derecho. Cuando apareció en Shanghai, en el otoño de 1922, con una sorprendente cantidad de equipaje y sin medios visibles de subsistencia, se apoyó en su anterior posición social en San Petersburgo para asegurarse el liderazgo en la creciente comunidad de rusos blancos desplazados, llamados así por los gobernantes británicos, no porque viniesen de Belorosskiya, sino porque evidentemente ellos no eran «rojos». Alexandra creó inmediatamente a su alrededor una corte de admiradores que incluían los hombres más interesantes de la colonia. Para ser interesante ante Alexandra Ivanovna, uno tenía que ser rico, atractivo o ingenioso; y le resultaba muy enojoso el encontrar raramente dos de estas cualidades reunidas en un solo hombre, y jamás las tres.

Cerca del núcleo de su sociedad no había otras mujeres; la condesa opinaba que las mujeres eran aburridas, y las creía superfluas, ya que ella era capaz de mantener totalmente ocupadas las mentes y las atenciones de una docena de hombres al mismo tiempo, manteniendo ingenioso, vivo y con un punto justo de picardía el ambiente de una *soirée*.

En venganza, las damas desdeñadas de la colonia internacional declaraban que nada de este mundo podría tentarlas a aparecer en público al lado de la condesa, y deseaban fervientemente que sus esposos y prometidos compartiesen su fino sentido de la propiedad. Con encogimientos de hombros, gruñidos y muecas significativas, esas damas de la periferia daban a entender que sospechaban de una relación causal entre dos paradojas sociales: la primera, que la condesa mantenía una lujosa mansión, aunque había llegado sin ningún dinero; y la segunda, que estaba rodeada constantemente por los hombres más deseados de la comunidad internacional, a pesar del hecho de que carecía de todas aquellas virtudes rígidas que, según esas damas habían sido informadas por sus madres, eran más importantes y duraderas que el simple encanto y la belleza. Estas mujeres hubieran sido felices incluyendo a la condesa en ese cuerpo de mujeres rusas blancas que huían a China desde Manchuria, vendían las escasas pertenencias y joyas que habían conseguido llevarse al escapar, y finalmente se veían obligadas a buscar el sustento comerciando con la tibieza de sus regazos. Pero a esas mujeres justicieras y áridas les era negada esa fácil salida, pues sabían que la condesa constituía una de esas anomalías corrientes de la corte del zar, una mujer noble rusa, sin una gota de sangre eslava en todo su cuerpo, demasiado expuesto (y posiblemente al alcance). Alexandra Ivanovna (cuyo padre se llamaba Johann como nombre de pila) era una Hapsburgo, emparentada con una familia real alemana que había emigrado a Inglaterra sin nada, excepto su protestantismo a manera de recomendación, y que recientemente había cambiado su nombre por otro con un acento menos bárbaro, como un gesto demostrativo de patriotismo. Sin embargo, las damas dignas de la colonia afirmaban que ni tan siquiera esos antecedentes tan sólidos eran garantía de rectitud moral en aquellos

días de frivolidad; ni tampoco, a juzgar por la conducta aparente de la condesa, un sustituto adecuado para tal moralidad.

Durante la tercera temporada de su reinado, la condesa fijó aparentemente sus atenciones en un joven prusiano presumido, poseedor de una diáfana inteligencia superficial, libre de las trabas de la sensibilidad común a su raza. El conde Helmut von Keitel zum Hel se convirtió en su acompañante más asiduo: su mascota y su juguete. Era diez años más joven que ella, y poseía una gran belleza física y eficiencia deportiva. Era un experto jinete y un notable espadachín. Alexandra pensaba que Helmut representaba un excelente marco decorativo para ella, y la única declaración pública que hizo respecto a sus relaciones fue para referirse a él como «de una adecuada raza de cría».

Alexandra solía pasar los meses pesados y húmedos del verano en una villa en las tierras altas. Un otoño regresó a Shanghai más tarde de lo usual, y a partir de entonces hubo un recién nacido varón de la casa. El joven Von Keitel zum Hel propuso el matrimonio como una fórmula de cortesía. Alexandra rió ligeramente y le respondió que, aunque siempre había tenido la intención de producir un niño como argumento viviente contra el igualitarismo mestizo, no sentía el menor deseo de tener *dos* niños en casa. Von Keitel hizo una inclinación con la rígida petulancia con que los prusianos sustituyen la dignidad, y arregló las cosas para regresar a Alemania al mes siguiente.

Lejos de ocultar al niño o las circunstancias de su nacimiento, Alexandra lo convirtió en el adorno de su salón. Cuando requisitos oficiales hacían necesario aplicarle un nombre, Alexandra lo llamaba Nicholai Hel, tomando el último nombre de un riachuelo que limitaba las posesiones de los Keitel. El punto de vista de Alexandra Ivanovna sobre su propio papel en la producción del muchacho quedaba demostrado por el hecho del nombre total del niño: Nicholai Alexandrovich Hel.

En la casa se sucedieron una serie de niñeras inglesas, de modo que el inglés se unió al francés, el ruso y el alemán, como lenguajes de su cuna, sin que destacara una preferencia demostrada, excepto por la convicción de Alexandra Ivanovna de que ciertos lenguajes eran más adecuados para

expresar ciertos tipos de pensamientos. Se hablaba de amor y otras frivolidades en francés; la tragedia y el desastre se discutían en ruso; se llevaban a cabo negocios en alemán; y uno se dirigía a los sirvientes en inglés.

Siendo sus únicos compañeros los hijos de los sirvientes, el chino fue también una lengua de la infancia para Nicholai Hel, y adquirió la costumbre de pensar en esa lengua porque su mayor temor infantil era que su madre pudiera leer sus pensamientos, y ella no sabía chino.

Alexandra Ivanovna consideraba las escuelas propias únicamente para los hijos de los comerciantes, de modo que la educación de Nicholai fue confiada a una serie de tutores, todos ellos hombres jóvenes de buen ver, todos devotos de su madre. Cuando se hizo evidente que Nicholai mostraba gran interés y una considerable capacidad por las matemáticas puras, su madre no se sintió satisfecha. Pero cuando el tutor de ese momento le aseguró que las matemáticas puras era un estudio sin aplicación práctica o comercial, Alexandra decidió que la asignatura era adecuada para su educación.

Los aspectos más prácticos de la educación social de Nicholai, y toda su diversión, consistieron en su costumbre de escaparse de la casa y vagabundear con otros chicos de la calle por las callejuelas estrechas y los patios ocultos de la malsana, bulliciosa y ruidosa ciudad. Con sus ropas corrientes sueltas de color azul, su cabello recortado bajo un gorro redondo, caminaba errante, solo o con amigos del momento, y regresaba a casa para aceptar amonestaciones o castigos, con gran calma y una irritante expresión de ausencia en sus ojos verde botella.

En las calles, Nicholai aprendió la melodía de la ciudad que los occidentales habían creado para ellos. Vio jóvenes británicos altaneros, *griffins*, acomodados en los *rickshaw* de los que tiraban *boys* cadavéricos, caquécticos por la tuberculosis, sudando por el esfuerzo y la desnutrición, cubriéndose con máscaras de gasa para no ofender a sus amos europeos. Vio a los *compradores*[11], hombres de mediana edad, gordos y grasientos, que se aprovechaban de la explotación que los europeos hacían a su propia gente, y que imitaban los modos y la ética del Occidente. Después de hacer

un buen negocio y hartarse de comidas exóticas, el mayor placer de estos *compradores* consistía en procurarse la desfloración de niñas de doce a trece años que habían sido compradas en Hangchow o Soochow y que estaban dispuestas para entrar en los burdeles establecidos por los franceses. Sus tácticas de desfloración eran… irregulares. La única venganza que la jovencita podía disfrutar era, si tenía dones para el arte dramático, la provechosa comedia de ser desflorada a menudo. Nicholai supo que todos los mendigos que amenazaban a los viandantes con el contacto de sus extremidades putrefactas, o que clavaban alfileres en sus hijos para hacerlos llorar lastimosamente, o que se agrupaban y asustaban a los turistas con sus demandas de *kumshah*, todos ellos, desde los viejos que rogaban por ti o te maldecían, hasta los niños medio hambrientos que se ofrecían para realizar actos poco naturales entre ellos para que uno se divirtiera, estaban bajo el control de su nefasta Majestad, el Rey de los Mendigos, que había organizado un peculiar esquema fraudulento de hermandad y protección. Cualquier cosa que se perdiera en la ciudad, cualquiera que se ocultara, cualquier servicio que se deseara de la ciudad, todo podía encontrarse por medio de una modesta contribución a las arcas de Su Majestad.

En los muelles, Nicholai observó a los sudorosos estibadores cruzando a buen paso, subiendo y bajando de las pasarelas de los barcos metálicos y los juncos de madera con ojos estrábicos pintados en sus proas. Al atardecer, después de haber estado trabajando durante once horas, cantando su constante y narcotizante *hai-yo, hai-yo,* los estibadores comenzaban a debilitarse, y algunas veces caían bajo el peso de su carga. Los *gurkhas* se aproximaban en ese caso, con sus porras y sus barras de hierro, y el perezoso encontraba nuevas fuerzas… o su descanso eterno.

Nicholai observó cómo la Policía aceptaba abiertamente «propinas» de arrugadas *amahs,* alcahuetas de prostitutas adolescentes. Aprendió a reconocer los signos secretos de los «Verdes» y los «Rojos», que eran las sociedades secretas más importantes del mundo, y cuyas organizaciones de protección y asesinato iban de los mendigos a los políticos. El propio Chiang Kai-shek era un «Verde», que había jurado obediencia a su pandilla. Y fueron los «Verdes» los que mataban y mutilaban a los jóvenes

estudiantes universitarios que intentaban organizar el proletariado chino. Nicholai sabía distinguir un «Verde» de un «Rojo» por la manera de sostener el cigarrillo, por su modo de escupir.

Durante el día, Nicholai aprendía de sus tutores: matemáticas, literatura clásica y filosofía. A la caída de la tarde, aprendía de las calles: comercio, política, imperialismo iluminador y humanidades.

Durante la noche se sentaba junto a su madre, mientras ella se dedicaba a los hombres más inteligentes que controlaban Shanghai apurando los beneficios de sus clubs y casas comerciales del Bund. Lo que la mayoría de estos hombres creían era timidez en Nicholai, y otros más avispados consideraban distanciamiento, era en realidad un odio frío hacia los comerciantes y la mentalidad del comerciante.

Pasó el tiempo; las inversiones cuidadosamente colocadas bajo experto consejo, florecieron, mientras que disminuía el ritmo de su vida social. Su cuerpo se hizo más cómodo, más lánguido y sensual; pero su vivacidad y su belleza maduraron en vez de marchitarse, pues Alexandra había heredado ese rasgo familiar que había conservado a su madre y a sus tías con un aspecto vago de seguir en la treintena mucho después de haber pasado la marca del medio siglo. Los antiguos amantes se convirtieron en viejos amigos, y la vida en la avenida Joffre se suavizó.

Alexandra Ivanovna comenzó a experimentar ligeros desmayos, pero no se preocupó por ello, más allá de la aceptación del desfallecimiento oportuno como esencial en el arsenal amoroso de cualquier dama que se precie. Cuando un doctor de su círculo que durante años había estado ansioso por examinarla atribuyó los desfallecimientos a un corazón débil, Alexandra se acomodó nominalmente a lo que ella consideraba una molestia física, reduciendo las reuniones de su salón a una vez por semana, pero siguió sin conceder ningún descanso a su cuerpo.

—… y me han dicho, joven, que tengo un corazón débil. Es una flaqueza esencialmente romántica, y debe usted prometerme que no se aprovechará con frecuencia de ella. Ha de prometerme también que buscará un sastre responsable. ¡Ese traje que lleva, joven!

El día 7 de julio de 1937, el *North China Daily News* informaba que se habían intercambiado disparos entre los japoneses y los chinos en el puente Marco Polo, cerca de Pekín. En el número 3 del Bund, los *taipans* británicos que disfrutaban sus ocios en el «Club Shanghai» estuvieron de acuerdo en que este último acontecimiento en la inútil lucha entre orientales, podría alcanzar mayores dimensiones si no se intervenía rápidamente. Informaron al generalísimo Chiang Kai-shek que ellos habrían preferido que hubiera llevado su lucha al Norte para pelear allí con los japoneses, a fin de que sus casas comerciales quedaran alejadas de la maldita molestia de la guerra.

Sin embargo, el generalísimo decidió esperar a los japoneses en Shanghai con la esperanza de que, al poner en peligro la colonia internacional, conseguiría beneficiarse de una intervención extranjera.

Al no dar resultado su estratagema, Chiang Kai-shek comenzó un hostigamiento sistemático de las compañías japonesas y de los civiles de la comunidad internacional, que culminó cuando a las seis y media de la tarde del día 9 de agosto, el subteniente Isao Oyama y su chófer, el marinero de primera clase Yozo Saito, quienes se dirigían en su automóvil a inspeccionar las fábricas de algodón japonesas instaladas en los suburbios de la ciudad, fueron detenidos por soldados chinos.

Los encontraron junto al Monumento Road, con numerosas balas y mutilados sexualmente.

Como respuesta, los navíos de guerra japoneses se adentraron en el Wangpoo. Un millar de marineros japoneses desembarcaron para proteger su colonia comercial en Chapei, al otro lado de la ensenada Soochow. A su paso tuvieron que enfrentarse con diez mil soldados chinos escogidos, atrincherados detrás de barricadas.

Los clamores de los *taipans* británicos que se lo habían pasado tan cómodamente hasta aquel momento, fue reforzado por los mensajes procedentes de los embajadores europeos y americanos en Nanking y Tokio, exigiendo que Shanghai quedase excluida de la zona de hostilidades. Los japoneses aceptaron la demanda con la condición de que también las fuerzas chinas fuesen retiradas de la zona desmilitarizada.

Pero el 12 de agosto, los chinos cortaron todas las líneas telefónicas del Consulado japonés y de las firmas comerciales japonesas. Al día siguiente, el viernes 13, la 88 División del Ejército Chino llegó a la estación del Norte y bloqueó todos los caminos que conducían a la colonia. Su intención era provocar el mayor embotellamiento posible de civiles entre ellos y los japoneses muy superiores en número.

El 14 de agosto, los pilotos chinos, a bordo de «Northrop» de fabricación norteamericana, volaron sobre Shanghai. Una bomba de gran potencia cayó sobre el tejado del «Palace Hotel»; otra explotó en la calle, junto al «Café Hotel». Murieron setecientas veintinueve personas y ochocientas sesenta y una resultaron heridas. Treinta y un minutos más tarde, otro avión bombardeó el Gran Parque Mundial de diversiones que había sido convertido en un campo de refugiados para mujeres y niños. Mil doce personas muertas; mil siete, heridas.

Para los chinos atrapados, no había huida posible de Shanghai; las tropas del generalísimo habían cortado todos los caminos. Sin embargo, para los *taipans* extranjeros siempre había huida posible. Los sudorosos *coolies* gruñían y cantaban *hai-yo, hai-yo*, mientras subían por las pasarelas cargados con el botín de China bajo la supervisión de jóvenes *griffins*[12] vestidos de blanco, con sus listas de comprobación, y de los *gurkhas*, con sus porras recubiertas de cuero. Los británicos, a bordo del *Raj Putana*; los alemanes, en el *Oldenburg*; los americanos, en el *President McKinley*, y los holandeses, en el *Tasman*, se despedían unos de otros; las mujeres, secándose los ojos con primorosos pañuelos, y los hombres, lanzando diatribas contra los orientales, ingratos e irresponsables, mientras las bandas de los barcos armaban un terrible guirigay de himnos nacionales.

Aquella noche, desde detrás de sus barricadas de sacos de arena y civiles chinos atrapados, la artillería de Chiang Kai-shek disparó contra los navíos japoneses anclados en el río. Los japoneses devolvieron el fuego, destruyendo las dos clases de barricadas.

Mientras sucedía todo esto, Alexandra Ivanovna se negó a abandonar su casa de la avenida Joffre, ahora una calle desierta, con sus ventanas destrozadas abiertas a las brisas del atardecer y a los saqueadores. Sin

nacionalidad, ni soviética, ni china, ni británica, Alexandra estaba al margen de los sistemas oficiales de protección. De cualquier manera, a su edad, no tenía la menor intención de abandonar su casa. Así que recogió cuidadosamente sus cosas para restablecerse Dios sabe dónde. Después de todo, razonó Alexandra, los japoneses, que ella conocía no eran peores que los otros, y difícilmente podrían ser unos administradores menos eficientes que los ingleses.

Los chinos mantuvieron sus posiciones en Shanghai con más firmeza que en ningún otro lugar durante la guerra; hubieron de transcurrir tres meses antes de que las fuerzas japonesas, superiores en número, pudieran arrojarles de allí. En sus intentos para atraer la intervención extranjera, los chinos permitieron cierto número de «errores» de bombardeo para sumar a la tasa de vidas humanas y destrucción física causadas por los disparos japoneses.

Y mantuvieron sus barricadas en las carreteras, conservando en su lugar el embotellamiento protector de decenas de millares de civiles… sus propios conciudadanos.

Durante aquellos meses terribles, los acomodaticios chinos de Shanghai continuaron la rutina diaria de sus vidas lo mejor que pudieron, a pesar de la artillería de los japoneses y del bombardeo de los aviones chinos de fabricación norteamericana. Los medicamentos primero, y después la comida y el alojamiento, y finalmente el agua, escasearon, pero la vida continuó en la ciudad, populosa y asustada. Y las pandillas de muchachos vestidos de algodón azul, con los cuales Nicholai recorría las calles, encontraron nuevos juegos, aunque siniestros, trepando por las ruinas de los edificios y gateando desesperadamente en busca de refugio contra los bombardeos y jugando con los géiseres que brotaban de las cañerías principales.

Una vez tan sólo, Nicholai se rozó con la muerte. Se hallaba con otros pillos de la calle en el distrito de los grandes almacenes de departamentos, el «Wing On» y The Sincere, cuando uno de los «errores» corrientes trajo los bombarderos chinos sobre el camino de Nanking denso con un gran gentío. Era la hora del *lunch* y había allí una numerosa concurrencia cuando

«The Sincere» recibió un impacto directo y estalló un costado del «Wing On». Los techos adornados se hundieron sobre los rostros de las personas que miraban horrorizados hacia arriba. Los ocupantes de un ascensor abarrotado gritaron como una sola voz cuando el cable se cortó y se precipitó al sótano. Una anciana que estaba de cara a una ventana que explotó, fue despojada de su carne anterior mientras que la posterior aparecía intacta. Los ancianos, los inválidos y los niños fueron pisoteados por las personas que huían presas del pánico. El chico que había estado junto a Nicholai lanzó un gruñido y se sentó pesadamente en medio de la calle. Estaba muerto; se le había clavado una astilla de piedra en el pecho. A medida que el tronar de las bombas y el ruido de los edificios que se derrumbaban disminuía, iba surgiendo el agudo grito de millares de voces. Una compradora aturdida gemía mientras buscaba entre trozos de vidrio que antes habían sido el mostrador de una tienda. Era una delicada mujer joven, vestida a la moda del «Shanghai» occidental, un vestido hasta los tobillos de seda verde, abierto en los costados hasta más arriba de la rodilla, y un pequeño cuello rígido rodeando su curvado cuello de porcelana. Su extrema palidez podía ser el producto de los pálidos polvos de arroz de moda entre las hijas de los comerciantes chinos ricos, pero no lo era. Estaba buscando la estatuilla de marfil que había estado examinando en el momento del bombardeo, y también la mano con la que la sostenía.

Nicholai huyó a la carrera.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaba sentado en un montón de ruinas de un barrio tranquilo, en el que, semanas de bombardeo, habían convertido los bloques de casas en escombros y cascotes. Unos sollozos sin lágrimas le sacudían el cuerpo y ahogaban sus pulmones, pero no lloró; no se deslizó lágrima alguna por el polvo enyesado que cubría su rostro. En su mente, repetía una y otra vez:

—Bombarderos «Northrop». Bombarderos americanos.

Cuando finalmente los soldados chinos fueron expulsados de la ciudad y destruidas sus barricadas, millares de civiles huyeron de la ciudad de pesadilla, con sus edificios bombardeados, en el interior de los cuales podía verse el diseño de los apartamentos destrozados. Y entre los escombros: un

calendario roto con una fecha dentro de un círculo, la fotografía carbonizada de una mujer joven, una nota de suicidio y un billete de lotería dentro del mismo sobre.

Por una cruel perversidad del destino, el Bund, monumento al imperialismo extranjero, se encontraba relativamente indemne. Sus ventanas vacías miraban la desolación de la ciudad que los *taipans* habían creado, apurado y abandonado después.

Nicholai estaba entre el pequeño grupo de chiquillos chinos vestidos de azul que se alineó en las calles para contemplar el primer desfile de las tropas de ocupación japonesas. Los fotógrafos de los noticiarios del Ejército habían repartido barritas de caramelo pegajoso y pequeñas *hinomaru*, banderitas con el Sol Naciente, ordenando a los chiquillos que las ondearan cuando las cámaras registrasen su desconcertado entusiasmo. Un joven oficial entremetido dirigió el acontecimiento, aumentando mucho más la confusión con sus gritos, lanzando instrucciones en chino con un pesado acento. Inseguro de lo que debía hacer con un rapazuelo de cabello rubio y ojos verdes, ordenó a Nicholai que se desplazara detrás de la multitud.

Nicholai no había visto nunca soldados como éstos, rudos y eficientes, pero, ciertamente, no modelos para un desfile. No marchaban con la sincronización de robot de los alemanes o los británicos; pasaban en hileras derechas, pero apretujadas, caminando espasmódicamente detrás de jóvenes oficiales con bigote y unos largos y cómicos sables.

A pesar de que muy pocas casas estaban intactas en las zonas residenciales cuando los japoneses entraron en la ciudad, Alexandra Ivanovna quedó sorprendida, y molesta, cuando un vehículo oficial, con banderitas ondeando en los parachoques, se acercó por la avenida y un joven oficial anunció, en un metálico francés, que el general Kishikawa Takashi, gobernador de Shanghai, se alojaría en su casa. Pero su rápido instinto de autopresentación la convenció de que podía obtener alguna ventaja en cultivar una relación amistosa con el general, especialmente en aquellos momentos en que escaseaban tantas cosas buenas de la vida. Ni por un instante dudó que este general se alistaría automáticamente entre sus admiradores.

Estaba equivocada. El general dedicó un rato de su atareado tiempo para explicar a Alexandra, en un francés de curioso acento, pero intachablemente gramatical, que lamentaba cualquier inconveniente que las necesidades de la guerra pudieran causar en su vida doméstica, pero dejó claro que ella era un invitado en la casa de él y no él en la de ella. Mostrándose siempre correcto en su actitud hacia ella, el general estaba demasiado ocupado con su trabajo para perder tiempo en devaneos. Al principio, Alexandra Ivanovna estaba asombrada, después se sintió molesta, y finalmente intrigada por la indiferencia cortés de aquel hombre, una respuesta que jamás había inspirado anteriormente a un hombre heterosexual. Por su parte, él la encontró interesante, pero superflua. Y no se impresionó demasiado por la herencia que, a su pesar, había inspirado miedo incluso a las mujeres más altaneras de Shanghai. Desde el punto de vista de sus mil años de estirpe *samurai*, el linaje de Alexandra parecía reducido a un par de siglos de caudillaje huno.

Sin embargo, como una cuestión de cortesía, el general dispuso una cena semanal al estilo occidental, durante la cual la ligera conversación le reveló mucho sobre la condesa y su callado y reservado hijo; mientras que ellos supieron muy poco sobre el general. Estaba adentrado en la cincuentena, joven para un general japonés, y era viudo, con una hija que vivía en Tokio. Aunque intensamente patriótico, en el sentido de que amaba los aspectos físicos de su país, los lagos, las montañas, los valles brumosos, el general no había considerado su carrera en el Ejército como la realización natural de su personalidad. En su juventud, había soñado con ser escritor, aunque en su corazón siempre supo que las tradiciones de su familia le llevarían finalmente a la carrera militar. La estimación de sí mismo y su sentido del deber le convirtieron en un oficial administrativo consciente y duro trabajador, pero, a pesar de que había pasado más de la mitad de su vida en el Ejército, sus hábitos mentales le hicieron pensar en su carrera militar como en un empleo. Su mente y no su corazón; su tiempo, y no sus pasiones, fueron dedicados a su trabajo.

Como resultado del esfuerzo ilimitado que con frecuencia retenía al general en su despacho en el Bund desde muy temprano hasta la

medianoche, la ciudad comenzó a recuperarse. Se restauraron los servicios públicos, se repararon las fábricas, y los campesinos chinos comenzaron a hacer su aparición en la ciudad. La vida y el ruido volvieron lentamente a las calles, y, a veces, hasta se oía una risa. Aunque las condiciones de vida para el trabajador chino no eran buenas según las normas civilizadas, eran ciertamente mejores a las que había tenido bajo el dominio de los europeos. Había trabajo, agua limpia, servicios sanitarios básicos, facilidades higiénicas rudimentarias. Se prohibió la profesión de mendigo, pero naturalmente, la prostitución aumentó, y se produjeron muchos pequeños actos de brutalidad, pues Shanghai era una ciudad ocupada y los soldados, como mínimo, suelen ser bestiales.

Cuando la salud del general Kishikawa comenzó a resentirse por la excesiva carga de trabajo autoimpuesta, comenzó una rutina más sana que le llevó cada noche a su casa de la avenida Joffre con tiempo para la cena.

Una noche después de la cena, el general mencionó casualmente que tenía afición al juego *Gõ*. Nicholai, que hablaba muy raramente, excepto para dar breves respuestas a las preguntas directas del general, admitió que él también conocía ese juego. El general se sintió complacido y algo impresionado también por el hecho de que el muchacho hubiese hablado en un japonés correcto. Se rió cuando Nicholai le explicó que había estado aprendiendo japonés en libros de texto y con la ayuda del propio ordenanza del general.

—Lo hablas bien, para haber estudiado sólo seis meses —dijo el general.

—Es mi quinta lengua, señor. Todos los idiomas son matemáticamente semejantes. Cada idioma nuevo es más fácil de aprender que el anterior. También —el chico se encogió de hombros— poseo un don para las lenguas.

A Kishikawa-san le gustó la manera en que Nicholai dijo esto, sin fanfarronería y sin recato británico, del mismo modo que hubiera podido decir que era zurdo o tenía los ojos verdes. Al mismo tiempo, el general sonrió para sí mismo al darse cuenta de que el muchacho obviamente había ensayado su primera frase, pues aunque ésta había sido totalmente correcta,

sus declaraciones siguientes revelaron errores de lenguaje y de pronunciación. Pero el general guardó para sí su divertimiento, reconociendo que Nicholai tenía una edad en la que se tomaba a sí mismo muy en serio y su sensibilidad podía resultar herida muy profundamente.

—Si quieres, te ayudaré con el japonés —ofreció Kishikawa-san—. Pero, primero, veamos si eres un contrincante interesante en el *Gõ*.

Concedió a Nicholai una ventaja de cuatro piezas, y jugaron una partida rápida, de tiempo limitado, pues al general le esperaba una jornada llena de trabajo al día siguiente. Muy pronto, ambos estaban enfrascados en el juego, y Alexandra Ivanovna, que nunca había apreciado los acontecimientos sociales de los que ella no era el centro, se quejó de estar algo cansada y se retiró.

Ganó el general, pero no le resultó tan fácil como se había creído. Siendo un jugador aficionado, capaz de combatir duramente con los jugadores profesionales con un mínimo de dificultades, el general quedó muy impresionado por el peculiar estilo de juego de Nicholai.

—¿Cuánto tiempo hace que juegas al *Gõ*? —preguntó, hablando en francés para aliviar a Nicholai de la tarea de expresarse en una lengua extraña.

—Oh, cuatro o cinco años, supongo, señor.

El general frunció el entrecejo.

—¿Cinco años? Pero… ¿cuántos años tienes?

—Trece, señor. Ya sé que parezco más joven de lo que soy. Es un rasgo familiar.

Kishikawa-san asintió y sonrió para sí al pensar en Alexandra Ivanovna que, al rellenar sus documentos de identidad para las autoridades de ocupación, se había aprovechado de este «rasgo familiar», lijando descaradamente una fecha de nacimiento que indicaba que ella había sido la amante de un general del Ejército Blanco a los once años de edad, y había dado a luz a Nicholai siendo todavía una adolescente. El servicio de espionaje del general hacía mucho tiempo que le había proporcionado los datos y hechos respecto a la condesa, pero él le permitió ese gesto trivial de

coquetería, sobre todo teniendo en cuenta lo que sabía de su desafortunada historia médica.

—A pesar de esto, incluso para un joven de trece años, juegas muy bien, Nikko. —Durante el juego, el general había creado este diminutivo que le permitía eludir la molestosa «1». A partir de entonces, fue su manera de llamar a Nicholai.

—¿Supongo que nunca te has entrenado en serio?

—No, señor. No he recibido ninguna instrucción. Todo lo he aprendido de la lectura de los libros.

—¿Realmente? Nunca lo había oído.

—Quizá sea así, señor. Pero yo soy muy inteligente.

Durante algunos instantes, el general observó el rostro impasible del muchacho, cuyos ojos verdes devolvieron la mirada al oficial.

—Dime, Nikko. ¿Por qué escogiste el estudio del *Gõ*? Es casi exclusivamente un juego japonés. Ciertamente, ninguno de tus amigos lo juega. Seguro que nunca habrán oído hablar de él.

—Precisamente por eso lo elegí, señor.

—Ya entiendo. —¡Qué muchacho tan extraño, a la vez sensiblemente honrado y arrogante!—. ¿Y la lectura te ha permitido comprender las cualidades necesarias para ser un buen jugador?

Nicholai estuvo pensando un momento antes de responder.

—Bueno, naturalmente uno ha de tener concentración. Audacia. Autocontrol. Todo eso ya se comprende. Pero es más importante que uno tenga… no sé cómo explicarlo. Se ha de ser al mismo tiempo matemático y poeta. Como si la poesía fuese una ciencia; o las matemáticas, un arte. Se ha de ser aficionado a la proporción para poder jugar bien al *Gõ*. No me estoy expresando correctamente, señor. Lo siento.

Al contrario. Estás haciéndolo muy bien en tu intento de explicar lo inexplicable. Entre todas las cualidades que has nombrado, Nikko, ¿en cuál de ellas crees radica tu fuerza?

—En las matemáticas, señor. En la concentración y autocontrol.

—¿Y tus debilidades?

—En lo que he llamado poesía.

El general frunció el ceño y alejó su mirada del muchacho. Era extraño que el chico reconociera eso. A su edad, no debería ser capaz de salir de sí mismo y examinarse con tanta frialdad. Se podía esperar que Nikko se diese cuenta de la necesidad de ciertas cualidades occidentales para jugar bien al *Gõ*, cualidades como concentración, autocontrol, audacia. Pero reconocer la necesidad de las cualidades sensitivas, receptivas, de lo que él llamaba poesía, estaba fuera de esa lógica lineal en la que radica la fuerza de la mente occidental… y su limitación también. Pero, en este caso, considerando que Nicholai llevaba la mejor sangre europea, pero se había criado en el crisol de China, ¿era realmente occidental? Ciertamente, no era tampoco oriental. No poseía ninguna cultura racial. ¿O era más adecuado pensar de él como el único miembro de una cultura racial propia?

—Usted y yo compartimos esa debilidad, señor. —Los ojos de Nicholai se contrajeron humorísticos—. Ambos tenemos debilidades en el área que yo he llamado poesía.

El general alzó la cabeza sorprendido.

—¿Eh?

—Sí, señor. Mi juego carece mucho de esa cualidad. Y su juego tiene demasiado de ella. Tres veces, durante la partida, usted ha suavizado su ataque. Ha preferido la jugada graciosa, antes que la implacable.

Kishikawa-san rió suavemente.

—¿Y cómo sabes que no estaba pensando en tu edad y relativa inexperiencia?

—Eso hubiera significado condescendencia y poca amabilidad, y no creo que usted sea de ese modo. —Los ojos de Nicholai sonrieron otra vez —. Lamento, señor, que en francés no haya expresiones respetuosas. Mi conversación debe parecerle brusca e insubordinada.

—Sí, un poco. Así es. De hecho, eso mismo estaba pensando.

—Lo lamento, señor.

El general asintió.

—¿Supongo que has jugado al ajedrez occidental?

Nicholai se encogió de hombros.

—Un poco. No me interesa.

—¿Cómo lo compararías con el *Gõ*?

Nicholai estuvo pensando un momento.

—Ah… lo que el *Gõ* es para los filósofos y los guerreros eso mismo es el ajedrez para los contables y comerciantes.

—¡Ah! La intolerancia de la juventud… Sería más amable, Nikko, decir que el *Gõ* atrae a lo que hay en cada hombre de filósofo, y el ajedrez atrae en él su parte de mercader.

Pero Nicholai no rectificó.

—Sí, señor, eso sería más amable. Pero menos verdadero.

El general se alzó de su cojín, dejando que Nicholai colocara las piezas en su sitio.

—Es tarde y necesito descansar. Jugaremos pronto otra vez…

—¿Señor? —dijo Nicholai, cuando el general llegaba a la puerta.

—¿Sí?

Nicholai mantuvo bajos los ojos, protegiéndose del daño de un posible rechazo.

—¿Vamos a ser amigos, señor?

El general dio a la pregunta la consideración exigida por su tono grave.

—Podría ser, Nikko. Esperemos a ver.

Fue aquella misma noche cuando Alexandra Ivanovna, comprendiendo que el general Kishikawa no pertenecía a la misma clase de hombres que ella había conocido en el pasado, decidió ir a llamar a la puerta del dormitorio del general.

Durante el año y medio siguiente, vivieron como una familia. Alexandra Ivanovna se hizo más dócil, más conformista, quizás engordó algo. Lo que perdió en efervescencia, lo ganó en una calma atractiva que hizo que Nicholai, por primera vez en su vida, se sintiera atraído hacia su madre. Sin ninguna prisa, Nicholai y el general establecieron una relación tan profunda como poco demostrativa El primero nunca había tenido un padre, y el militar, un hijo. Kishikawa-san poseía un carácter al que le gustaba guiar y moldear a un joven de mente ágil e inteligente, incluso a un joven que algunas veces era demasiado descarado al expresar sus opiniones, demasiado confiado en sus atributos.

Alexandra Ivanovna encontró un refugio emocional al amparo de la personalidad gentil y fuerte del general. Por su parte, el general halló estímulo y diversión en los despliegues de temperamento e ingenio de ella. Entre el general y la mujer, cortesía, generosidad, gentileza y placer físico. Entre el general y el muchacho, confianza, honestidad, franqueza, afecto y respeto.

Así ocurrió que una noche, después de la cena, Alexandra Ivanovna bromeó como de costumbre sobre las molestias de sus ataques de desfallecimiento y se marchó temprano a la cama… donde murió.

Ahora el cielo es negro hacia el Este y purpúreo sobre China. Fuera, en la ciudad flotante, brillan las linternas anaranjadas y amarillentas, mientras la gente se prepara la cama en los rincones de las cubiertas de los *sampanes* encallados en el lodo. El aire se ha enfriado en las oscuras llanuras de la China de tierra firme, y ya no llegan las brisas del mar. Tampoco las cortinas se mecen hacia dentro, cuando el general juguetea con su pieza de *Gõ* sobre la uña del dedo índice, con su pensamiento muy lejos del juego frente a él.

Han transcurrido dos meses desde que Alexandra Ivanovna muriera, y el general ha recibido órdenes de traslado. No puede llevarse con él a Nicholai, pero tampoco quiere dejarlo en Shanghai en donde el muchacho no tiene amigos y en donde su falta de ciudadanía oficial le niega incluso la protección diplomática más rudimentaria. El general ha decidido mandar a Nicholai al Japón.

El general observa el rostro refinado de la madre, expresado con más sobriedad, más angularmente, en el muchacho. ¿Dónde encontrará amigos este hombre joven? ¿Dónde encontrará un suelo apropiado para sus raíces, este muchacho que habla seis idiomas y piensa en cinco, pero que carece absolutamente del más pequeño adiestramiento útil? ¿Dónde encontrará, en el mundo, un lugar apropiado para él?

—¿Señor?

—¿Qué? ¡Oh… ah…! ¿Has jugado ya, Nikko?

—Hace rato, señor.

—Ah, sí. Discúlpame. ¿Te importa decirme en dónde has jugado?

Nicholai señaló su pieza, y Kishikawa-san puso mal gesto porque esa colocación forzada sabía a *tenuki*. Concentró su desperdigada atención y examinó cuidadosamente el tablero, revisando mentalmente el resultado de todos los movimientos que le eran factibles. Cuando alzó la mirada, los ojos verde botella de Nicholai estaban fijos en él, sonriendo con fruición. Podían estar jugando durante varias horas y el resultado estaría cerca. Pero era inevitable que Nicholai ganase. Ésta era la primera vez.

El general miró a Nicholai apreciativamente durante algunos segundos, y después se echó a reír.

—¡Eres un demonio, Nikko!

—Eso es cierto, señor —admitió Nicholai, sumamente complacido con sí mismo—. Su atención no estaba en el juego.

—¿Y tú te has aprovechado de ello?

—Naturalmente.

El general comenzó a recoger sus piezas devolviéndolas el *Gõ ke*.

—Sí —dijo para sí mismo—. Naturalmente. —Y rió de nuevo—. ¿Qué te parece una taza de té, Nikko?

El mayor vicio de Kishikawa-san residía en su costumbre de beber un té fuerte y amargo a todas horas del día y de la noche. En la jerarquía de su relación afectuosa pero reservada, el ofrecimiento de una taza de té señalaba una conversación. Mientras el ordenanza del general preparaba el té, ambos salieron a la galería, al aire fresco de la noche, llevando los dos *yukatas*.

Después de un silencio durante el cual la mirada del general vagó por la ciudad, donde la luz ocasional en la vieja ciudad amurallada indicaba que alguien estaba celebrando, o estudiando, o muriendo, o vendiéndose, el general preguntó a Nicholai, sin que, al parecer, viniera a cuento:

—¿Has pensado alguna vez en la guerra?

—No, señor. No tiene nada que ver conmigo.

El egoísmo de la juventud. El egoísmo confiado de un adolescente criado sabiendo que era el último y el más singular de un linaje selectivo, cuyos orígenes se remontaban a una época anterior, mucho antes de que los chatarreros se convirtieran en Henry Ford, mucho antes de que los

cambistas de moneda se convirtieran en Rothschild, antes de que los mercaderes se convirtieran en Médici.

—Me temo, Nikko, que nuestra pequeña guerra va a tener que ver contigo, a pesar de todo. —Y con esta introducción el general contó a Nicholai que había recibido órdenes que le mandaban a combatir, y le habló de sus planes de enviarlo al Japón, en donde viviría en casa de un famoso jugador y maestro de *Gõ*.

—… mi más viejo e íntimo amigo, Otake-san, a quien tú conoces por su reputación como Otake del séptimo *dan*.

Nicholai reconoció efectivamente el nombre. Había leído los lúcidos comentarios de Otake sobre el juego medio.

—He dispuesto que vivas con Otake-san y su familia, entre otros discípulos de su escuela. Es un gran honor, Nikko.

—Me doy cuenta de ello, señor. Y estoy entusiasmado por aprender con Otake-san. Pero, ¿no sentirá desprecio el maestro por desperdiciar sus enseñanzas con un aficionado?

El general rió entre dientes.

—El desprecio no es un estilo de la mente al que recurriría mi viejo amigo. ¡Ah! Nuestro té ya está preparado.

El ordenanza se había llevado el *Gõ ban* de *kaya* y en su lugar había una mesita baja preparada para el té. El general y Nicholai volvieron a sentarse en sus cojines. Después de la primera taza, el general se echó ligeramente hacia atrás y habló en términos de negocio.

—Ha resultado que tu madre tenía muy poco dinero. Sus inversiones estaban divididas entre varias compañías locales de poca importancia, la mayor parte de las cuales se hundieron en vísperas de nuestra ocupación. Los propietarios de esas compañías simplemente regresaron a Gran Bretaña con el capital en sus bolsillos. Al parecer, para los occidentales, las grandes crisis morales de la guerra ensombrecen las consideraciones éticas menores. Queda esta casa… y poco más. He arreglado que la casa se venda en tu nombre. El importe servirá para tu mantenimiento e instrucción en el Japón.

—Como usted crea más conveniente, señor.

—Bien. Ahora, dime, Nikko, ¿sentirás añoranza de Shanghai?

Nicholai estuvo pensando un momento.

—No.

—¿Te sentirás solo en el Japón?

Nicholai estuvo pensando un momento.

—Sí.

—Te escribiré.

—¿A menudo?

—No, no será a menudo. Una vez al mes. Pero tú debes escribirme tantas veces como sientas necesidad de hacerlo. Quizá no te sientas tan sólo como temes. Hay otros jóvenes que están estudiando con Otake-san. Y cuando tengas dudas, ideas, problemas, encontrarás en Otake-san una persona valiosa para poder discutirlas. Él te escuchará con interés, pero no te abrumará con consejos. —El general sonrió—. Aunque creo que algunas veces encontrarás algo desconcertante la manera de hablar de mi amigo. Se refiere a todo en términos de *Gõ*. Para él, toda su vida es un paradigma simplificado del *Gõ*.

—Creo que va a gustarme, señor.

—Estoy seguro de que así será. Siento el mayor respeto por ese hombre. Posee una cualidad de… ¿cómo lo diría…?, de *shibumi*.

—¿*Shibumi*, señor? —Nicholai conocía la palabra, pero solamente en su relación con la jardinería o la arquitectura, en donde implicaba que no se había declarado en verdad su auténtica belleza con todo el énfasis o la fuerza merecidos—. ¿Cómo aplica usted ese término, señor?

—¡Oh, vagamente! Y, sospecho, que de modo incorrecto. Un torpe intento para describir una cualidad inefable. Como sabes, *shibumi* tiene que ver con un gran refinamiento fundamental bajo una apariencia corriente. Es un concepto tan correcto que no tiene que ser audaz; tan sutil, que no tiene que ser bonito; tan verdadero, que no tiene que ser real. *Shibumi* es comprensión mas que conocimiento. Silencio elocuente.

En el comportamiento, es modestia sin recato. En el arte, en donde el espíritu de *shibumi* toma la forma *sabi*, es elegante simplicidad, brevedad articulada. En la filosofía, en la que el *shibumi* emerge como *wabi*, es un sosiego espiritual que no es pasivo; es el ser sin la angustia de la

conversión. Y hablando de la personalidad de un hombre es… ¿cómo podría explicarse? ¿Autoridad sin dominio? Algo parecido.

La imaginación de Nicholai se adentró en el concepto de *shibumi*. Nunca ningún otro ideal le había emocionado tanto.

—¿Cómo se puede alcanzar este *shibumi*, señor?

—No se logra, se… descubre. Y únicamente unos pocos hombres de infinito refinamiento son capaces de ello. Hombres como mi amigo Otake-san.

—Lo que significa que uno ha de aprender muchísimo antes de llegar a *shibumi*.

—Lo que significa, más bien, que uno ha de pasar por el saber y llegar a la simplicidad.

A partir de aquel momento, el objetivo principal de la vida de Nicholai fue convertirse en un hombre de *shibumi*; una personalidad preponderantemente tranquila. Era una vocación que se le ofrecía mientras que, por razones de crianza, educación y temperamento, se le negaban la mayor parte de otras vocaciones. Para llegar al *shibumi*, podía superarse invisiblemente, sin atraer la atención y la venganza de las masas tiránicas.

Kishikawa-san tomó de debajo de la mesita del té una pequeña caja de madera de sándalo envuelta en un sencillo tejido y la puso en manos de Nicholai.

—Es un regalo de despedida, Nikko. Una bagatela.

Nicholai inclinó la cabeza aceptando y sostuvo el paquete con gran ternura; no expresó su gratitud con palabras inadecuadas. Ése fue su primer acto consciente de *shibumi*.

Aunque aquella última noche estuvieron hablando hasta muy tarde de lo que significaba *shibumi* y podía significar, en su esencialidad más profunda no se comprendieron. Para el general, *shibumi* era una especie de sumisión; para Nicholai, una especie de poder.

Ambos eran cautivos de su propia generación.

Nicholai embarcó para el Japón en un navío que transportaba soldados heridos que regresaban con permiso, honores, hospitalización, una vida bajo la carga de la mutilación. El lodo amarillento del Yang-tsé siguió al barco

durante algunas millas mientras se adentraba en el mar. Hasta el momento en que el agua comenzó a cambiar su color caqui por el azul, Nicholai no desplegó la tela que envolvía el regalo de despedida de Kishikawa-san. Dentro de la frágil caja de sándalo, envueltos en rico papel para impedir que sufrieran daños, había dos *Gõ ke* de laca negra, con incrustaciones de plata según el método Heidatsu. En las tapaderas de los cuencos, se adivinaban casas de té envueltas en la bruma anidada en las orillas de lagos insinuados. Dentro de un cuenco había las piezas negras de Nichi de *kishiu*. En el otro, las piezas blancas de concha de molusco *miyazaki*… lustrosas, curiosamente frías al tacto bajo cualquier clima.

Ninguna persona que observara en aquel momento al delicado adolescente de pie junto a la barandilla del viejo buque de carga, contemplando con sus velados ojos verdes la elevación y depresión del oleaje, mientras meditaba pensativo en los dos regalos que le había hecho el general, aquellos *Gõ ke* y su meta para toda la vida del *shibumi*, hubiera sospechado que estaba destinado a convertirse en el asesino mejor pagado del mundo.

WASHINGTON

El primer ayudante se apoyó hacia atrás en su asiento frente al panel de control de la consola y lanzó un largo suspiro mientras se alzaba las gafas y frotaba ligeramente los puntos enrojecidos del puente de su nariz.

—Va a ser difícil obtener buena información de *Fat Boy*, señor. Cada programa que se introduce, ofrece datos conflictivos y contradictorios. ¿Está usted seguro de que nació en Shanghai?

—Razonablemente seguro, sí.

—Bueno, sobre eso no hay nada. En el aspecto cronológico, lo primero que he obtenido indica que vivía en Japón.

—Muy bien. ¡Pues empiece por ahí!

El primer ayudante creyó que debía defenderse de la irritación que demostraba la voz de Mr. Diamond.

—No es tan fácil como puede creer, señor. Aquí tengo un ejemplo del tipo de líos que estoy obteniendo. Bajo la rúbrica de «lenguajes hablados» me indica ruso, francés, chino, alemán, inglés, japonés y vasco. *¿Vasco?* Eso no puede ser cierto, ¿verdad?

—Es cierto.

—¿Vasco? ¿Y por qué estudiaría nadie el vasco?

—No lo sé. Lo estudió mientras estaba en prisión.

—¿En prisión, señor?

—Pronto llegará ahí. Estuvo tres años confinado en solitario.

—Al parecer, está usted muy familiarizado con los datos, señor.

—Hace años que estoy vigilándole.

El primer ayudante estuvo pensando en preguntar por qué este Nicholai Hel había recibido una atención tan especial, pero creyó mejor no hacerlo.

—Muy bien, señor. Pues dejemos el vasco. Y ahora, ¿qué me dice de esto? Nuestro primer dato en firme surge inmediatamente después de la guerra, cuando, al parecer, trabajó para las fuerzas de ocupación como criptógrafo y traductor. Ahora bien, aceptando que saliera de Shanghai cuando nosotros suponemos lo hizo, quedan seis años no explicados. La única ventana que *Fat Boy* me abre al respecto no parece tener ningún sentido. Sugiere que Nicholai Hel pasó esos seis años estudiando alguna especie de juego. Un juego llamado *Gõ*, cualquiera que sea ese juego.

—Creo que la respuesta es correcta.

—¿Es posible eso? ¿Durante toda la Segunda Guerra Mundial ese hombre dedicó su tiempo a estudiar un juego de salón?

El primer ayudante movió la cabeza. Ni él ni *Fat Boy* se sentían a gusto con conclusiones que no fuesen consecuencia de una sólida lógica lineal. Y no era lógico que un asesino internacional con tarjeta lila se hubiese pasado cinco o seis años (¡Cristo!, ni tan siquiera sabían cuántos…) ¡aprendiendo a jugar algún juego estúpido!

JAPÓN

Durante casi cinco años, Nicholai vivió en la casa de Otake-san como estudiante y miembro de la familia. Otake del séptimo *dan* era un hombre de dos personalidades contradictorias; en la competición era astuto, calculador, conocido por su incansable explotación de las debilidades del juego o la firmeza mental de su contrincante. Pero en su hogar, en donde reinaba más bien la desorganización y el desconcierto, y entre su numerosa familia desperdigada, que además de su esposa incluía a su padre y tres hijos, y sus alumnos aprendices, cuya cifra nunca era inferior a seis, Otake-san era paternal y generoso, y hasta dispuesto a hacer el payaso para divertir a sus pequeños hijos y a sus alumnos. El dinero no abundaba nunca, pero vivían en un pequeño pueblo de montaña con pocas diversiones caras, de modo que esa escasez nunca constituyó un problema. Cuando tenían menos, vivían con menos; cuando tenían más, lo gastaban más libremente.

Ninguno de los hijos de Otake-san poseía dones superiores a los normales para el arte de *Gõ*. Y entre sus alumnos, sólo Nicholai poseía esa inefable gama de aptitudes que crean al jugador de categoría: don para concebir posibilidades esquemáticas abstractas; sentido de poesía matemática a cuya luz se cristaliza en capullos geométricos el caos infinito de probabilidad y permutación bajo la presión de una intensa concentración; implacable foco de fuerza sobre la debilidad más sutil de un contrincante.

Con el tiempo, Otake-san descubrió una cualidad adicional en Nicholai que hizo su juego formidable: en medio de una partida, Nicholai era capaz de descansar profundamente tranquilo durante un breve período, retornando después al juego con la mente fresca.

Fue Otake-san el primero que se dio cuenta del hecho de que Nicholai era un místico.

Como la mayoría de los místicos, Nicholai no se percataba de este rasgo suyo, y al principio no podía creer que los otros no poseyeran experiencias similares. Nicholai no podía imaginar la vida sin el transporte místico, y ni tan siquiera sentía compasión por aquellos que vivían sin gozar de semejantes momentos, pues los consideraba como de un orden enteramente diferente.

El misticismo de Nicholai se hizo evidente un atardecer, mientras estaba jugando una partida de práctica con Otake-san, una partida muy ajustada y clásica, en la que sólo vagos matices de desarrollo diferenciaban su juego de los modelos de los libros de texto. Estando en la tercera hora, Nicholai se sintió dispuesto a recibir el reposo y la unidad, y se dejó transportar. Al cabo de un rato, su sentimiento se desvaneció y Nicholai continuaba sentado, inmóvil y descansando, pensando vagamente por qué el maestro estaba entreteniéndose en hacer el movimiento adecuado. Cuando alzó la mirada, quedó sorprendido al ver que Otake-san le estaba mirando a él y no al *Gõ ban*.

—¿Qué sucede, maestro? ¿He cometido algún error?

Otake-san examinó fijamente el rostro de Nicholai.

—No, Nikko. Tus dos últimas jugadas no han sido particularmente brillantes, pero no había ningún error. Pero… ¿cómo puedes estar jugando y soñando despierto al mismo tiempo?

—¿Soñando despierto? Yo no estaba soñando despierto, maestro.

—¿No lo estabas? Tus ojos estaban desenfocados y tu expresión vacía. De hecho, ni siquiera miraste el tablero mientras hacías las jugadas. Colocaste las piezas mientras estabas mirando hacia el jardín.

Nicholai sonrió e inclinó la cabeza. Ahora comprendía.

—Oh, ya entiendo. De hecho, acabo de retornar de mi reposo. Naturalmente, no tenía por qué mirar al tablero.

—Explícame, por favor, por qué no tienes que mirar al tablero, Nikko.

—Yo… eh… bueno, estaba descansando. —Nicholai se daba cuenta de que Otake-san no le entendía, y esto le confundió, suponiendo, como

suponía, que la experiencia mística era algo corriente.

Otake-san se acomodó en su asiento y cogió otra de las pastillas de menta que habitualmente chupaba para aliviar los dolores de su estómago como resultado de los años de rígido control bajo las presiones del juego profesional.

—Ahora explícame lo que quieres decir, cuando te refieres a que estabas descansando.

—Supongo que «descansando» no es la palabra correcta para explicarlo, maestro. No sé cuál será la palabra. Nunca he oído a nadie que lo haya mencionado. Pero usted debe conocer la sensación a que me refiero. Partir sin salir. El… sabe… dejarse llevar dentro de todas las cosas y… eh… la comprensión de todas las cosas.

Nicholai se sentía confuso. La experiencia era demasiado simple y básica para ser explicada. Era como si el maestro le pidiera que explicase la respiración, o el olor de las flores. Nicholai estaba seguro de que Otake-san sabía exactamente lo que él quería decir; después de todo, sólo tenía que recordar sus propios momentos de reposo. ¿Por qué le hacía estas preguntas?

Otake-san estiró el brazo y tocó ligeramente el de Nicholai.

—Sé bien, Nikko, que te resulta muy difícil explicar esto. Y creo que entiendo un poco lo que has experimentado, no porque yo también sea capaz de experimentarlo, sino porque he leído sobre ello, pues esto ha atraído siempre mi curiosidad. Se llama misticismo.

Nicholai se echó a reír.

—¡Misticismo! Pero, seguramente, maestro…

—¿Has hablado alguna vez con alguien sobre esto… como has dicho…? ¿«Partir sin salir»?

—Bueno… no. ¿Por qué le interesaría a nadie hablar de ello?

—¿Ni tan siquiera a nuestro buen amigo Kishikawa-san?

—No, maestro. Nunca salió a relucir. Y no entiendo bien por qué me está haciendo tantas preguntas. Estoy aturdido. Y empiezo a sentirme avergonzado.

Otake-san hizo presión en el brazo de Nicholai.

—No, no. No sientas vergüenza. No te asustes. Sabes, Nikko, esa experiencia tuya… eso que tú llamas «reposo»… no es muy corriente. Muy pocas personas experimentan estas cosas, excepto de un modo ligero y parcial cuando son muy jóvenes. Esta experiencia es la que los hombres santos intentan lograr por la disciplina y la meditación, y los hombres necios, por las drogas. A través de todas las edades y en todas las culturas, unos pocos afortunados han podido alcanzar este estado de calma y unidad con la Naturaleza (empleo estas palabras para describirlo porque son las palabras que he leído) sin años de rígida disciplina. Evidentemente, para ellos es algo muy natural, absolutamente sencillo. Semejantes afortunados son llamados místicos. Es una etiqueta desafortunada, porque lleva en sí connotaciones de religión y de magia. De hecho, todas las palabras usadas para describir esta experiencia son más bien teatrales. Lo que tú llamas «un descanso», otros lo llaman éxtasis.

Nicholai sonrió incierto ante esta palabra. ¿Cómo podía llamarse misticismo la cosa más real del mundo? ¿Cómo podía llamarse éxtasis la emoción más sosegada que pudiera imaginarse?

—Estás sonriendo ante esa palabra, Nikko. Pero seguramente la experiencia es agradable, ¿no es así?

—¿Agradable? Nunca pensé en ella de esa forma. Es… necesaria.

—¿Necesaria?

—Bueno, ¿cómo sería posible vivir día tras días sin esos momentos de reposo?

Otake-san sonrió.

—Algunos de nosotros hemos de seguir luchando sin disfrutar de tales reposos.

—Perdóneme, maestro. Pero no me es posible imaginar una vida como ésa. ¿Cuál sería el objeto de vivir una vida así?

Otake-san aprobó con la cabeza. Había descubierto en sus lecturas que los místicos solían presentar una incapacidad para entender a las personas que carecían del don místico. Se sintió algo intranquilo al recordar que cuando los místicos perdían su don, y la mayoría de ellos lo perdían en uno u otro momento, experimentaban pánico y una profunda depresión. Algunos

se refugiaban en la religión para redescubrir la experiencia por medio de las formas de meditación. Otros llegaban a suicidarse, incapaces de soportar una vida sin ese transporte místico.

—¿Nikko? Siempre he sentido una intensa curiosidad por el misticismo, de modo que permíteme que te haga algunas preguntas sobre este «reposo» tuyo. En mis lecturas, los místicos que hablan sobre sus transportes utilizan siempre tantos términos sutiles, tantas contradicciones aparentes, tantas paradojas poéticas… Es como si quisieran intentar describir algo demasiado complicado para ser expresado con palabras.

—O demasiado sencillo, señor.

—Sí. Quizá sea eso. Demasiado sencillo. —Otake-san apretó su puño contra el pecho para aliviar la presión y tomó otra pastilla de menta—. Dime. ¿Cuánto hace que tienes estas experiencias?

—Desde siempre.

—¿Desde que eras pequeño?

—Siempre.

—Ya entiendo. ¿Y cuánto suelen durar estas experiencias?

—Eso no tiene importancia, maestro. Allí no existe el tiempo.

—¿No existe el tiempo?

—No. Ni existe ni no existe.

Otake-san sonrió y sacudió la cabeza.

—¿También tú te expresarás en términos sutiles y paradojas poéticas?

Nicholai se dio cuenta de que este enfrentamiento paralógico transformaba en caótico aquello que era infinitamente simple, pero no supo expresarse utilizando el torpe instrumento de la palabra.

Otake-san acudió en su ayuda.

—De modo que me dices que no tienes sentido del tiempo durante estas experiencias. ¿Por tanto, no sabes cuánto duran?

—Sé exactamente el tiempo que duran, señor. Cuando parto, no me voy. Estoy en donde está mi cuerpo, así como en todas partes. No estoy soñando despierto. Algunas veces, mi reposo dura uno o dos minutos. Otras, dura horas. Dura todo el tiempo que es necesario.

—¿Y se presentan a menudo estos… reposos?

—Eso varía. Como máximo, dos o tres veces al día. Pero algunas veces paso todo un mes sin un descanso. Cuando sucede esto, los echo mucho de menos. Me asusta pensar que nunca más vuelvan.

—¿Puedes provocar a voluntad uno de estos períodos de descanso?

—No. Pero puedo bloquearlos. Y he de tener cuidado en no bloquearlos cuando necesito uno.

—¿Y cómo puedes bloquearlos?

—Enfadándome. U odiando.

—¿No puedes tener esa experiencia cuando estás sintiendo odio?

—¿Cómo podría? El reposo es todo lo contrario del odio.

—¿Es amor, entonces?

—Sería amor, si fuese respecto a las personas. Pero no se trata de personas.

—¿De qué se trata entonces?

—De todo. De mí. Los dos somos lo mismo. Cuando estoy en reposo, todo y yo… somos… no sé cómo definirlo.

—¿Te conviertes en una unidad con todo?

—Sí. No, no exactamente. No me convierto en una unidad con todo, sino que retorno a ser unidad con todo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Lo estoy intentando. Por favor, reflexiona sobre este «reposo» que acabas de experimentar, mientras estábamos jugando. Descríbeme lo que sucedió.

Nicholai levantó las palmas de las manos en gesto impotente.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—Inténtalo. Comienza con: estábamos jugando y usted acababa de mover la pieza cincuenta y seis… y… Sigue.

—Era la pieza cincuenta y ocho, maestro.

—Muy bien, cincuenta y ocho entonces. ¿Y qué sucedió?

—Bueno… la continuidad del juego era ajustada, y comenzó a transportarme al prado. Siempre comienza con alguna especie de movimiento continuo… la corriente de un río, a veces el viento que mece el trigal maduro, el brillo de las hojas movidas por la brisa, las nubes que van

pasando. En cuanto a mí, si la estructura de las piezas de *Gõ* transcurre clásicamente, también eso puede llevarme al prado.

—¿Al prado?

—Sí, ése es el lugar de mi expansión. Así reconozco que estoy en reposo.

—¿Es un prado auténtico?

—Sí, naturalmente.

—¿Un prado que algún día visitaste? ¿Un lugar en tu memoria?

—No está en mi memoria. Nunca he estado ahí mientras estoy disminuido.

—¿Disminuido?

—Sí, sabe… cuando estoy en mi cuerpo, pero no en reposo.

—¿Entonces consideras la vida normal como un estado de disminución.

—Considero que el tiempo que se pasa en el reposo es el normal. El otro tiempo como ahora… provisional, y… sí, disminuido.

—Cuéntame sobre el prado, Nikko.

—Es triangular. Y está en declive, montaña arriba, lejos de mí. La hierba es alta. No hay animales. Nada ni nadie ha pisado esa hierba o la ha comido. Hay flores, una brisa… tibia. Un cielo pálido. Siento siempre un gran júbilo cuando soy otra vez hierba.

—¿Tú eres la hierba?

—Uno somos él otro. Como la brisa, y la luz dorada del sol. Todos estamos… mezclados, juntos.

—Entiendo. Entiendo. Tu descripción de la experiencia mística me recuerda otras que he leído. Y ese prado es lo que los escritores llaman tu «acceso» o «camino». ¿Has pensado alguna vez en el prado en esos términos?

—No.

—Bien. ¿Y qué sucede entonces?

—Nada. Descanso. Estoy en todas partes al mismo tiempo. Y nada tiene importancia y todo es delicioso. Y entonces… comienzo a disminuir. Me aparto de la luz del sol y del prado y me reduzco de nuevo de regreso a mi propio cuerpo. Y termina el descanso. —Nicholai sonrió inseguro—.

Supongo que no lo describo muy bien, maestro. No es… la clase de cosa que uno describe.

—Al contrario, lo describes muy bien, Nikko. Has evocado en mí un recuerdo que casi ya tenía perdido. Una o dos veces, cuando era niño… en verano, creo recordar… experimenté breves transportes como los que me has descrito. Una vez leí que la mayoría de las personas pasan por experiencias místicas ocasionales durante la niñez, pero muy pronto las dejan atrás al ir creciendo. Y las olvidan. ¿Querrás responder otra pregunta? ¿Cómo es que puedes seguir jugando a *Gõ* mientras estás en transporte… mientras estás en tu prado?

—Bueno, estoy aquí del mismo modo que estoy allí. Parto, pero no me voy. Formo parte de esta habitación y de aquel jardín.

—¿Y yo, Nikko? ¿Formas también parte de mí?

Nicholai negó con la cabeza.

—En mi lugar de reposo no hay animales. Yo soy la única cosa que puede ver. Veo por todos nosotros, por la luz del sol, por la hierba.

—Entiendo. ¿Y cómo puedes mover las piezas sin mirar el tablero? ¿Cómo puedes saber en dónde se cruzan las líneas? ¿Cómo sabes en dónde coloqué yo mi última pieza?

Nicholai se encogió de hombros. Era demasiado evidente para ser explicado.

—Yo soy parte de todo, maestro. Yo comparto… no… yo floto con todo. El *Gõ ban*, las piezas. El tablero y yo estamos uno entre otro. ¿Cómo podría ignorar las jugadas?

—¿Por consiguiente, ves desde dentro del tablero?

—Dentro y fuera son la misma cosa. Pero tampoco «ver» es exactamente correcto. Si uno está en todas partes, no tiene por qué «ver». —Nicholai movió la cabeza—. No puedo explicarlo.

Otake-san presionó ligeramente el brazo de Nikko, y después retiró su mano.

—No voy a hacerte más preguntas. He de confesar que siento envidia de esa paz mística que tú encuentras. Y más que nada, envidio ese don tuyo de creer tan natural ese estado, sin la concentración y el ejercicio que hasta los

hombres santos han de ejercitar cuando desean esa unidad. Pero, aunque te envidie, siento también temor por ti. Si el éxtasis místico se ha convertido, como sospecho, en parte natural y necesaria de tu vida interior, en ese caso, ¿qué sería de ti si tal don desapareciera, si estas experiencias te fuesen negadas?

—No puedo imaginar que eso suceda alguna vez, maestro.

—Lo sé. Pero mis lecturas me han revelado que estos dones pueden desvanecerse; los caminos hacia una paz interior pueden perderse. Puede suceder algo que te llene constantemente de un odio o un temor continuos, y en tal caso, habría desaparecido.

Imaginar la pérdida de la actividad psíquica más importante y más natural de su vida, turbó a Nicholai. Presa del pánico momentáneamente, se dio cuenta de que el miedo de perderlo ya podría ser un temor suficiente para causar precisamente su pérdida. Quiso alejarse de esta conversación, de esas nuevas e increíbles dudas. Bajó la mirada al *Gõ ban*, reflexionando sobre su reacción ante la amenaza de la pérdida.

—¿Qué harías entonces, Nikko? —repitió Otake-san, tras un momento de silencio.

Nicholai alzó sus verdes ojos del tablero, su mirada tranquila y sin expresión.

—Si alguien me robara mis momentos de reposo, le mataría.

Pronunció estas palabras con una calma fatalística que reveló a Otake-san que no se trataba de ira. Era, sencillamente, la verdad. Y fue esa seguridad tranquila de la declaración lo que más preocupó a Otake-san.

—Pero, Nikko. Supongamos que no fuese un hombre el que te quitara este don. Supongamos que fuese una situación, un acontecimiento, una condición de la vida. ¿Qué harías entonces?

—Procuraría destruirla, fuera lo que fuese. La castigaría.

—¿Y con eso conseguirías el retorno del camino a tu reposo?

—No lo sé, maestro. Pero sería la venganza mínima que podría aplicar a una pérdida tan grande.

Otake-san suspiró, en parte lamentando la especial vulnerabilidad de Nikko, y en parte por compasión hacia el agente, cualquiera que fuese,

causante de la pérdida de su don. No albergaba duda alguna de que el joven haría lo que había dicho. La personalidad de un hombre no podía revelarse mejor en ninguna ocasión como en el juego de *Gõ*, cuando su estilo era interpretado por una persona con suficiente experiencia e inteligencia. Y el juego de Nicholai, aunque brillante y audaz, presentaba la mancilla estética de la frigidez y una concentración voluntaria casi inhumana. Por su interpretación del estilo de juego de Nicholai, Otake-san sabía que su mejor alumno podría lograr la grandeza, podría convertirse en la primera persona no japonesa que se elevaría hasta los *dans* más altos; pero sabía también que el muchacho nunca conocería la paz o la felicidad del juego menor de la vida. Era una bendita compensación que Nikko poseyera el don de retirarse en un transporte místico. Pero era un don de corazón envenenado.

Otake-san suspiró de nuevo y observó la posición de las piezas. La partida ya había transcurrido en su tercera parte.

—¿Te importa, Nikko, si no la terminamos? Mi viejo estómago machacón está molestándome. Y el desarrollo ya está suficientemente dentro de un clasicismo cuyas semillas han enraizado ya para marcar el resultado. No creo que ninguno de nosotros cometamos un grave error. ¿No opinas como yo?

—Sí, señor. —Nicholai se sintió aliviado de alejarse del tablero, y de retirarse de aquella pequeña habitación en donde por primera vez había sabido que sus retiros místicos eran vulnerables… que algo podría suceder exponiéndole a perder una parte esencial de su vida—. De todos modos, maestro, creo que usted habría ganado por seis o siete piezas.

Otake-san echó una nueva ojeada al tablero.

—¿Tantas? Yo hubiera dicho únicamente cinco o seis. —Sonrió a Nikko. Era una broma particular entre ellos.

De hecho, Otake-san hubiera ganado al menos por doce piezas, y los dos lo sabían muy bien.

Pasaron los años, y las estaciones se sucedían suavemente en la casa de Otake-san en donde los papeles tradicionales, las lealtades, el trabajo duro y el estudio se equilibraban con el juego, las diabluras y el afecto, éste último no menos sincero por ser grandemente tácito.

Hasta en su pequeño pueblo montañés, en donde las cuerdas dominantes de la vida vibraban al unísono del ciclo de las cosechas, la guerra constituía una constante música de fondo. Los jóvenes que todos conocían abandonaron el pueblo para unirse al Ejército, y algunos nunca regresaron. La austeridad y el trabajo se hicieron de rigor. Se produjo una gran excitación cuando llegó la noticia del ataque a Pearl Harbor, el 8 de diciembre de 1941; los hombres más entendidos estaban de acuerdo en que la guerra no duraría más de un año. Voces entusiastas anunciaban una victoria tras otra por la radio, mientras el Ejército barría el imperialismo europeo del Pacífico.

A pesar de ello, algunos campesinos refunfuñaban en privado cuando se les exigían cuotas de producción casi imposibles y sufrieron las presiones del descenso de los artículos de consumo. Otake-san dedicó más tiempo a la escritura de comentarios a medida que los torneos de *Gõ* se restringían, como un gesto patriótico dentro de la austeridad general. En ocasiones, la guerra tocaba más directamente la casa de Otake-san. Un atardecer de invierno, el hijo mediano de la familia Otake volvió a casa de regreso de la escuela derrotado y avergonzado porque sus compañeros de clase le habían ridiculizado llamándole *yowa-mushi*, gusano débil, porque llevaba mitones para proteger sus manos sensibles durante los duros ejercicios de gimnasia de la tarde, mientras que los demás muchachos los realizaban en el patio cubierto de nieve, desnudos hasta la cintura, para demostrar fortaleza física y «espíritu de *samurai*».

Y, de vez en cuando, Nicholai oyó hablar de él como de un extranjero, un *gai jin*, un «pelirrojo», con acento de desconfianza que reflejaba la xenofobia practicada por agresivos maestros de escuela. Pero, en realidad, no sufrió por su condición de extranjero. El general Kishikawa tuvo cuidado en que sus documentos de identidad señalaran a su madre como rusa (una neutral) y a su padre como a un alemán (aliado). Además, Nicholai estaba protegido por el gran respeto que en el pueblo se sentía por Otake-san, el famoso jugador de *Gõ* que honraba al pueblo al escogerlo como su lugar de residencia.

Cuando el juego de Nicholai mejoró alcanzando cierto nivel y se le permitió jugar partidos preliminares y acompañar a Otake-san, en calidad de discípulo, cuando éste participaba en campeonatos en lugares de recreo apartados, donde los jugadores podían «retirarse» de las distracciones del mundo, tuvo oportunidad para observar directamente el espíritu con que el Japón fue a la guerra. En las estaciones del ferrocarril se despedía afectuosa y ruidosamente a los reclutas, con grandes estandartes que decían:

FELICIDADES EN TU INCORPORACIÓN A LOS COLORES, y ROGAMOS POR UNA DURADERA FORTUNA MILITAR.

Oyó hablar de un muchacho de un pueblo vecino, que, declarado inútil en el reconocimiento médico, rogó que le aceptaran como fuese, antes que tener que afrontar el indecible *haji* de no ser merecedor de prestar servicio en filas. Sus ruegos fueron ignorados y se le devolvió a casa en tren. Permaneció de pie, mirando por la ventanilla, murmurando una y otra vez: *«Haji desu, haji desu.»* Dos días después se encontró su cadáver entre los raíles. Había decidido no afrontar la desgracia de regresar junto a sus parientes y amigos que le habían despedido con tanto júbilo y celebración.

Para la gente del Japón, igual que para la gente de sus enemigos, se trataba de una guerra justa a la que se habían visto forzados. Había cierto orgullo desesperado en saber que el diminuto Japón, sin contar casi con otros recursos naturales sino el espíritu de su pueblo, afrontaba solo las hordas de los chinos y el gran poderío industrial de Norteamérica, Inglaterra y Australia, y también de todas las naciones europeas, excepto cuatro. Y todas las personas conscientes sabían que, cuando Japón se hubiese debilitado por las abrumadoras circunstancias que le eran adversas, caería sobre el país la masa aplastante de la Unión Soviética.

Pero al principio sólo hubo victorias. Cuando en el pueblo se supo que Tokio había sido bombardeado por Doolittle, la noticia fue recibida con asombro e indignación. Asombro, porque se les había asegurado que el Japón era invulnerable. Indignación, porque aunque el efecto del bombardeo fue ligero, los bombarderos norteamericanos habían esparcido sus bombas incendiarias al azar, destruyendo casas y escuelas y sin tocar, por un irónico destino, ni una sola fábrica o instalación militar. Cuando

Nicholai oyó hablar de los bombarderos norteamericanos, recordó los aviones «Northrop» que habían bombardeado el bloque de apartamentos «The Sincere» de Shanghai. Veía claramente en su imaginación la muchacha japonesa, como una muñeca, con su vestido de seda verde, y el pequeño cuello rígido alrededor de su nuca de porcelana, el rostro pálido bajo los polvos de arroz mientras buscaba su mano.

Aunque la guerra afectaba a todos los aspectos de la vida, no fue el tema dominante durante los años formativos de Nicholai. Había tres cosas que eran más importantes para él: mejorar regularmente su juego; sus retornos ricos y vivificantes al estado de calma mística cuando su vigor físico enflaquecía, y, a los diecisiete años, su primer amor.

Mariko era una de las discípulas de Otake-san, una muchachita tímida y delicada, solamente un año mayor que Nikko, que carecía de la dureza mental necesaria para convertirse en una gran jugadora, pero cuyo juego era complicado y refinado. Ella y Nicholai jugaron muchas partidas de práctica juntos, especialmente prácticas de abertura y medio juego. La timidez de ella y la reserva de él les hacía sentirse a gusto, y con frecuencia, en los atardeceres, permanecían sentados en el pequeño jardín, hablando un poco y compartiendo largos silencios.

A veces iban al pueblo juntos para hacer algún recado, y cuando sus brazos se rozaban por accidente, la conversación cesaba, quedando un embarazoso silencio. Pero, en cierta ocasión, con un atrevimiento que contradecía la media hora de lucha consigo mismo que había precedido aquel gesto, Nicholai estiró el brazo por encima del tablero y cogió la mano de Mariko. Tragando con dificultad, y concentrando desesperadamente su atención en el tablero, Mariko le devolvió la presión de los dedos sin alzar la mirada hasta Nicholai, y durante el resto de la mañana estuvieron jugando una partida desigual y desorganizada, mientras permanecían cogidos de la mano, la palma de ella húmeda por el miedo de ser descubiertos, y la de él temblando, fatigada por la forzada posición de su brazo, pero no podía aflojar la fuerza de su puño, y mucho menos soltarle la mano, por temor de que este gesto significara un rechazo.

Ambos se sintieron aliviados al liberarse cuando les llamaron para la comida de mediodía, pero el hormigueo del pecado y el amor bulló en su sangre durante todo el día. Al día siguiente intercambiaron un ligero beso.

Una noche de primavera, Nicholai, a punto de cumplir los dieciocho años, se atrevió a visitar a Mariko en su pequeño dormitorio. En una casa en donde vivían tantas personas, en tan poco espacio, un encuentro nocturno significaba una aventura de movimientos cautelosos, suaves murmullos y respiraciones contenidas en la garganta, mientras los corazones latían el uno contra el pecho del otro al más ligero ruido real o imaginario.

Su acto de amor fue torpe, experimental, infinitamente gentil.

Aunque Nicholai intercambiaba cartas mensualmente con el general Kishikawa, sólo dos veces, durante los cinco años de su aprendizaje, pudo el general liberarse de sus deberes administrativos para disfrutar de un corto permiso.

El primero de estos permisos solamente duró un día, pues el general pasó la mayor parte de él en Tokio, junto a su hija, viuda reciente de un oficial de Marina que se hundió con su barco durante la victoria del mar del Coral, dejándola embarazada de su primer hijo. Tras compartir su duelo y disponer lo necesario para su seguridad, el general se detuvo en el pueblo para visitar a la familia Otake y llevar a Nicholai un regalo: dos cajas de libros escogidos en librerías requisadas, que le ofreció con la recomendación de que el muchacho no debía permitir que se le atrofiara su don para las lenguas. Los libros estaban escritos en ruso, inglés, alemán, francés y chino. Estos últimos no eran útiles para Nicholai, porque, aunque poseía un conocimiento fluido del chino coloquial en las calles de Shanghai, no había aprendido nunca a leerlo. La limitación del general en la lengua francesa quedó demostrada por el hecho de que las cajas incluían cuatro ejemplares de *Les Miserables*, en cuatro lenguas distintas, y quizás había un quinto ejemplar en chino, cosa que Nicholai no podía asegurar.

Aquella noche, el general cenó con Otake, y ambos evitaron cualquier alusión a la guerra. Cuando Otake-san elogió el trabajo y los progresos de Nicholai, el general asumió el papel del padre japonés, pasando por alto los

dones de su protegido y asegurando que Otake demostraba una gran bondad al encargarse de un alumno tan perezoso e inepto.

Pero no pudo ocultar el orgullo que brillaba en sus ojos.

La visita del general coincidió con *jusanya*, el festival Moon-Viewing de otoño, cuando las ofrendas de flores y plantas otoñales se colocaban en un altar en el jardín, sobre el que caerían los rayos de la luna. En tiempos normales, entre las ofrendas hubieran figurado frutas y alimentos, pero, con la escasez impuesta por la guerra, Otake-san acomodaba su tradicionalismo con el sentido común. Igual que sus vecinos, hubiera podido ofrecer alimentos, volviéndolos al día siguiente a la mesa familiar, pero tal cosa era inconcebible en él.

Después de la cena, Nicholai y el general se sentaron en el jardín, contemplando la luna creciente que se enredaba en las ramas de un árbol.

—¿Y bien, Nikko? Dime. ¿Has conseguido el objetivo de *shibumi*, tal como me dijiste en cierta ocasión? —En su voz había un tono ligero de burla.

Nicholai bajó los ojos.

—Yo era descarado, señor. Era joven.

—Más joven, sí. Supongo que tu objetivo encuentra considerables obstáculos en la carne y la juventud. Quizá serás capaz, con el tiempo, de adquirir el loable refinamiento de conducta y aspecto que podría llamarse *shibusa*. Es discutible que alguna vez llegues a lograr la profunda simplicidad de espíritu que es el *shibumi*. Pero, naturalmente, inténtalo. Aunque has de estar preparado para aceptar con gracia menos que eso. La mayoría de nosotros hemos debido hacerlo así.

—Agradezco su consejo, señor. Pero preferiría fracasar en mi intento de convertirme en hombre de *shibumi*, que lograr éxito fácil en cualquier otro propósito.

El general aprobó con la cabeza sonriendo para sí mismo.

—Sí, naturalmente que lo preferirías. Había olvidado algunas facetas de tu carácter. Hemos estado separados demasiado tiempo. —Durante un rato disfrutaron del jardín en silencio—. Dime, Nikko, ¿mantienes vivos los idiomas que hablas?

Nicholai tuvo que confesar que, después de hojear algunos de los libros que el general le había traído, descubrió que su alemán y su inglés estaban algo oxidados.

—No has de permitir que eso suceda. Especialmente, el inglés. Cuando la guerra termine, mi posición no me permitirá ayudarte y sólo podrás confiar en tus conocimientos de ese idioma.

—Me habla usted como si la guerra estuviese perdida, señor.

Kishikawa-san permaneció callado durante un largo rato, y Nicholai vio en su rostro, confuso y pálido a la luz de la luna, los signos de la tristeza y de la fatiga.

—Últimamente, todas las guerras están perdidas. Por ambos bandos, Nikko. La época de las batallas entre guerreros profesionales ya se ha terminado, Nikko. Ahora, las guerras son entre poderes industriales opuestos, poblaciones opuestas. Los rusos, con su mar de gente sin rostro, derrotarán a los alemanes. Los norteamericanos, con sus factorías anónimas, nos derrotarán a nosotros. Finalmente.

—¿Qué es lo que hará usted cuando esto suceda, señor?

El general movió lentamente la cabeza.

—Esto no importa. Hasta el último momento, cumpliré con mi deber. Continuaré trabajando dieciséis horas en problemas administrativos menos importantes. Continuaré representando el papel de un patriota.

Nicholai le miró intrigado. Nunca había oído hablar anteriormente a Kishikawa-san de patriotismo.

El general sonrió débilmente.

—¡Oh, sí, Nikko! Después de todo, yo soy un patriota. No un patriota en política, o ideología, o bandas militares, o el *hinomaru*. Pero, de todas maneras, un patriota. Un patriota de jardines como éste, de festivales de la luna, de las sutilidades del *Gõ*, del canto de las mujeres mientras están sembrando el arroz, de los capullos de los cerezos en su breve floración, de cosas japonesas. El hecho de que sepa que no podemos ganar la guerra no tiene nada que ver con el hecho de que yo debo continuar cumpliendo con mi deber. ¿Entiendes eso, Nikko?

—Únicamente las palabras, señor.

El general rió suavemente entre dientes.

—Quizás eso es todo lo que hay. Vete a la cama ahora, Nikko. Déjame aquí sentado solo durante algún tiempo. Me iré antes de que tú te levantes por la mañana, pero me ha complacido mucho estar este breve rato contigo.

Nicholai inclinó la cabeza y se levantó. Mucho después de haberse marchado, el general continuaba allí sentado, contemplando quietamente el jardín iluminado por la luna.

Mucho después, Nicholai supo que el general Kishikawa había intentado que Otake-san aceptara dinero por la manutención y entrenamiento de su pupilo, pero aquél había renunciado diciendo que, si Nicholai era un alumno tan inmerecedor como el general había dicho, no sería muy ético por su parte aceptar dinero por su enseñanza. El general sonrió a su viejo amigo e inclinó la cabeza. Estaba obligado a tener que aceptar su bondad.

La marea de la guerra se volvió contra los japoneses que habían jugado a una sola carta todas sus limitadas fuerzas de producción, confiando en una lucha corta que terminaría en una paz favorable. En todas partes se veía el testimonio de la derrota incipiente: en el fanatismo histérico de las emisiones de radio del Gobierno para infundir moral, en los informes de los refugiados referentes a unos «bombardeos alfombra» devastadores, y en la creciente escasez de los artículos de consumo más corrientes.

Incluso en su pueblo agricultor, la comida escaseaba después que los granjeros habían entregado sus cuotas de producción; y a menudo, la familia Otake subsistió con *zosui*, unas gachas de zanahorias y nabos cortados y hervidos con arroz, comestibles únicamente gracias al sentido del humor burlón de Otake-san. Otake-san comía con muchos gestos y ruidos placenteros, haciendo girar los ojos y dándose golpecitos en el estómago, de tal modo que sus hijos y sus alumnos reían y se olvidaban del sabor dulzón y gredoso de la comida que tenían en la boca. Al principio, se ayudó compasivamente a los refugiados de las ciudades; pero a medida que pasaba el tiempo, estas bocas adicionales que alimentar se convirtieron en una carga; se hablaba de los refugiados utilizando el término ligeramente despectivo de *sokaijin*; y los campesinos murmuraban entre sí contra

aquellos haraganes urbanos que eran suficientemente ricos o importantes para poder escapar de los horrores de la ciudad, pero no eran capaces de trabajar para mantenerse ellos mismos.

Otake-san se había permitido un lujo, su pequeño jardín modélico. Avanzada la guerra, arrancó las plantas para convertirlo en huerto. Pero, típico de su modo de ser, arregló los nabos, los rábanos y las zanahorias mezclados en sus campos, de manera que resultaran gratos a la vista.

—Confieso que resultan más difíciles de cuidar y arrancar los hierbajos. Pero si nos olvidamos de la belleza en nuestra lucha desesperada por la vida, entonces el bárbaro ya nos habrá ganado.

A veces, las noticias oficiales de la radio se veían forzadas a admitir la pérdida ocasional de una batalla o de una isla, porque, de no hacerlo, a la vista de la contradicción del retorno de los soldados heridos les hubiera costado la última imagen de credibilidad. Cada vez que se anunciaba una de tales derrotas (siempre con una explicación de una retirada táctica, o reorganización de las líneas de defensa, o reducción intencionada de líneas de suministro), la emisión se terminaba radiando la vieja y querida canción *Umi Yukaba*, cuyas dulces notas otoñales llegaron a identificarse con esta época de oscuridad y pérdida.

Ahora, *Otake-san* viajaba muy raramente para atender torneos de *Gõ*, pues el transporte se dedicaba a las necesidades militares e industriales. Pero nunca cesaron por completo las partidas del juego nacional y los periódicos seguían informando sobre las partidas importantes, pues se daban cuenta de que éste era uno de los refinamientos tradicionales de la cultura por la que estaban luchando.

En las ocasiones en que acompañó a su maestro en estos torneos poco frecuentes, Nicholai contempló los efectos de la guerra. Ciudades derruidas; gentes sin casa. Pero los bombardeos no habían quebrantado el espíritu del pueblo. Es una ficción irónica que un bombardeo estratégico puede quebrantar el deseo de lucha de una nación. En Alemania, Inglaterra y Japón, el efecto de los bombardeos estratégicos fue proporcionar a la gente una causa común, endurecer su voluntad para resistir en la encrucijada de dificultades compartidas.

En cierta ocasión en que el tren en que viajaba permaneció detenido durante horas en una estación a causa de los daños en las vías férreas, Nicholai caminó lentamente arriba y abajo del andén. A todo lo largo de la fachada de la estación había hileras de camillas en las que yacían soldados heridos de camino a los hospitales. Algunos tenían color grisáceo por el dolor y estaban rígidos en sus esfuerzos para soportarlo, pero ninguno de ellos gritaba; no se oía ni un simple gemido. Los viejos y los niños iban de una camilla a otra, con lágrimas compasivas en los ojos, inclinando la cabeza ante cada soldado herido y murmurando:

—Gracias. Gracias. *Gokuro sama. Gokuro sama*.

Una mujer anciana encorvada se acercó a Nicholai y miró fijamente su rostro occidental con sus singulares ojos verde botella. En la expresión de la mujer no había odio, únicamente una mezcla de desilusión y asombro. Sacudió con tristeza la cabeza y se volvió para alejarse.

Nicholai encontró un rincón tranquilo al extremo del andén en donde se sentó a contemplar una nube hinchada. Se relajó concentrándose en su lento giro interior y al cabo de pocos minutos encontró escape en un breve transporte místico, en cuyo estado era invulnerable a la escena de su alrededor y a su culpabilidad racial.

La segunda visita del general tuvo lugar bastante avanzada la guerra. Llegó sin anunciarse una tarde de primavera, y después de una conversación privada con Otake-san, invitó a Nicholai para hacer un viaje con él y ver los cerezos en flor junto al río Kajikawa cerca de Niigata. Antes de adentrarse en las montañas, el tren les llevó al Norte, cruzando la franja industrializada entre Yokohama y Tokio, por donde avanzaba vacilante una vía debilitada por los bombardeos y el uso excesivo, pasando por milla tras milla de ruina y destrucción causadas por el bombardeo indiscriminado que había arrasado casas y fábricas, escuelas y templos, tiendas, teatros y hospitales. Nada había en pie más arriba de la altura del pecho de un hombre, excepto el ocasional tubo mellado de una chimenea rota.

El tren fue desviado alrededor de Tokio, por los esparcidos suburbios. En todas partes quedaba el testimonio del gran ataque aéreo del 9 de marzo,

durante el cual más de trescientos «B-29» lanzaron una cobertura de bombas incendiarias sobre la parte residencial de Tokio. Cuarenta kilómetros cuadrados de la ciudad se convirtieron en un infierno, alcanzando temperaturas superiores a los 980° C, derritiendo las tejas de los tejados y curvando el pavimento. Muros de llamas saltaban de una casa a otra, por encima de los canales y los ríos, rodeando grupos de paisanos aterrorizados que corrían de un lado a otro por las zonas seguras continuamente decrecientes, buscando sin esperanza una brecha en el sólido anillo de fuego. Los árboles de los parques siseaban y echaban vapor antes de incendiarse con un gran ruido que estallaba en una inmensa llamarada desde el tronco hasta la copa en un instante. Las multitudes vadearon las orillas de los canales para evitar el terrible calor; pero fueron empujadas más allá, hasta que el agua les cubría la cabeza, por otras multitudes vociferantes que presionaban desde las orillas. Las mujeres que se ahogaban ya no podían sujetar a sus hijos mantenidos en alto hasta el último momento.

El vértice de las llamas aspiró el aire en su base, creando una tempestad de fuego de fuerza huracanada que rugió hacia dentro para alimentar la conflagración. Los vientos de ese horno alto fueron tan potentes, que los aviones norteamericanos que volaban por encima para tomar fotografías de propaganda fueron lanzados millares de metros hacia arriba.

Muchos de los que murieron aquella noche fue por sofocación. Los fuegos voraces literalmente arrancaron la respiración de sus pulmones.

Al no disponer ya de aviones de protección eficaces, los japoneses no pudieron defenderse de las continuas oleadas de bombarderos que lanzaban su fuego gelatinoso sobre la ciudad. Los bomberos lloraban con frustración y vergüenza mientras arrastraban las inútiles mangueras hacia los muros de llamas. Las cañerías principales habían reventado y la humeante agua sólo se escurría gota a gota.

Cuando llegó la aurora, la ciudad ardía en rescoldos, y en cada montón de ruinas pequeñas lenguas de fuego lamían a su alrededor buscando fragmentos combustibles. En todas partes había muertos. Ciento treinta mil. Los cuerpos cocidos de los niños estaban amontonados como leña en los

patios de las escuelas. Parejas de ancianos morían uno en brazos del otro, uniendo sus cuerpos en un abrazo final. Los canales estaban rebosantes de muertos, balanceándose en el agua tibia todavía.

Grupos silenciosos de supervivientes iban de una pila a otra de cuerpos calcinados en busca de sus parientes. Al fondo de cada pila se encontraron monedas que habían sido calentadas hasta el rojo blanco abriéndose camino quemando a través de los cuerpos. Se descubrió a una joven sin carne con un quimono, al parecer intacto por las llamas, pero cuando se tocó el tejido se convirtió en cenizas.

Años después, la conciencia occidental se sentiría avergonzada por lo que había sucedido en Hamburgo y Dresde, en donde las víctimas fueron caucasianas. Pero, después del bombardeo del 9 de marzo, de Tokio, la revista *Time* describió el acontecimiento como «un sueño hecho realidad», un experimento que demostró que «adecuadamente avivadas, las ciudades japonesas arderán como hojas de otoño».

Y todavía no había llegado Hiroshima.

Durante todo el viaje, el general Kishikawa se mantuvo rígido y silencioso, respirando tan suavemente que no podía verse ningún movimiento debajo del arrugado traje de civil que vestía. Incluso después de haber dejado atrás el horror del área residencial de Tokio, y estar el tren ascendiendo por la belleza incomparable de las montañas y los valles altos, Kishikawa no habló. Para romper el silencio, Nicholai preguntó cortésmente por la hija y el nieto del general que residían en Tokio. Al pronunciar la última palabra, se dio cuenta de lo que debía de haber sucedido. ¿Por qué otra causa podían haberle concedido permiso al general durante los últimos meses de la guerra?

Al hablar, los ojos de Kishikawa-san eran bondadosos, pero heridos y vacíos.

—Los he buscado, Nikko. Pero el distrito en donde vivían fue… ya no existe. He decidido despedirles entre las flores de los cerezos de Kajikawa, adonde una vez traje a mi hija cuando era todavía una niña y adonde siempre había pensado que traería a mi… nieto. ¿Me ayudarás a despedirme de ellos, Nikko?

Nicholai se aclaró la garganta.

—¿Cómo podré ayudarle, señor?

—Caminando conmigo entre los cerezos. Permitiéndome que te hable cuando ya no me sea posible soportar el silencio. Tú casi eres mi hijo, y tú… —El general tragó saliva varias veces seguidas y bajó los ojos.

Media hora después, el general se frotó las cuencas de los ojos con los dedos y aspiró. Miró entonces al otro lado, a Nicholai.

—¡Bueno! Cuéntame de tu vida, Nikko. ¿Estás desarrollando bien tu juego? Tienes todavía el *shibumi* como objetivo? ¿Cómo se las arreglan los Otake para salir adelante?

Nicholai atacó el silencio con un torrente de trivialidades que protegieron al coronel del silencio frío en su corazón.

Durante tres días permanecieron en un viejo hotel de Niigata, y cada mañana se iban a las orillas del Kajikawa y caminaban lentamente entre las hileras de cerezos en plena floración. Vistos a distancia, los árboles parecían nubes de vapor teñidas de rosado. El camino y la carretera estaban cubiertos por una capa de hojas de flor que flotaban cayendo por todas partes, muriendo en su momento de mayor belleza. Kishikawa-san encontró consuelo en el simbolismo.

Mientras caminaban, hablaban poco y muy bajo. Su comunicación consistía en fragmentos de pensamiento fluido concretado en palabras simples o frases interrumpidas, pero perfectamente comprendidas. Algunas veces se sentaban en las altas riberas del río y contemplaban el correr del agua hasta que parecía que la corriente se había quedado quieta, y ellos estaban flotando río arriba. El general vestía quimonos en tonos marrones y rojizos, y Nicholai, el uniforme azul marino del estudiante, con su cuellecito rígido y una gorra con visera que cubría su cabello claro. Se parecían tanto al típico padre e hijo, que cuantos pasaban por su lado quedaban sorprendidos al observar el extraordinario color de los ojos del joven.

En su último día, permanecieron entre los cerezos más tiempo de lo que acostumbraban, caminando despacio por la ancha avenida hasta el atardecer. A medida que la luz del día se desvanecía en el cielo, del suelo

parecía alzarse un resplandor sobrenatural que iluminaba los árboles por debajo, acentuando la caída de los pétalos rosados. El general habló en tono suave, tanto para él como para Nicholai:

—Hemos sido afortunados, al poder gozar de los tres días mejores de la floración de los cerezos. El día de la promesa, cuando todavía no son perfectas. El día perfecto del encanto. Y hoy, ya ha pasado su mejor momento. De modo que éste es el día del recuerdo. El día más triste de los tres… pero el más rico. Hay una especie de, ¿consuelo…?, no… quizá conformidad, en todo eso. Y una vez más me asombran los vistosos trucos mágicos del tiempo. Ya tengo sesenta y seis años, Nikko. Visto desde tu posición ventajosa, de cara al futuro, sesenta y seis años es mucho tiempo. Es toda la experiencia de tu vida multiplicada por tres. Pero, visto desde mi posición ventajosa, encarado hacia el pasado, estos sesenta y seis años son la caída vacilante de un pétalo de flor de cerezo. Siento que mi vida fue un cuadro diseñado en cuatro trazos, pero nunca completado… por falta de tiempo. Tiempo. Fue sólo ayer, y hace ya más de cincuenta años, cuando estuve caminando junto a este río con mi padre. Por aquel entonces no había riberas; no había cerezos, Fue solamente ayer… pero en otro siglo. Nuestra victoria sobre la marina rusa estaba todavía a una distancia de diez años en el futuro.

Nuestra lucha al lado de los aliados en la Gran Guerra quedaba todavía a más de veinte años de distancia. Puedo ver todavía el rostro de mi padre. (Y en mi memoria siempre estoy mirándole.) Puedo recordar todavía el tamaño y la fortaleza de su mano entre mis dedos pequeños. Todavía siento en mi pecho… como si los nervios tuviesen recuerdos independientes… la profunda melancolía que sentí entonces ante mi incapacidad para decir a mi padre cuánto le amaba. Nosotros no tenemos la costumbre de comunicarnos en términos tan abiertos y mundanos. Veo todavía las líneas del perfil severo, pero delicado, de mi padre. Cincuenta años. Pero todas las cosas insignificantes, actividades, las cosas sumamente importantes y ahora olvidadas que llenaron el tiempo intermedio se desvanecen de mi memoria. Pensé muchas veces cuánto sentía por mi padre por no haberle podido decir

nunca cuánto le amaba. Pero era por mí mismo por quien sentía pena. Necesitaba más decírselo que él necesitaba oírlo.

Se debilitaba la luz en la tierra, y el cielo estaba tornándose púrpura, excepto por el Oeste, donde los vientres de las tempestuosas nubes tenían tonos malva y salmón.

—Y recuerdo otro ayer cuando mi hija era una niña pequeña. Caminábamos por aquí mismo. En este momento, los nervios de mi mano recuerdan la sensación de sus deditos rollizos agarrados a un dedo mío. Estos árboles maduros eran entonces arbolillos recién plantados, unos troncos larguiruchos sujetos a unos palos de soporte con tiras de tela blanca. ¿Quién podía haber sospechado que esas ramas adolescentes, torpes, pudieran llegar a viejas y adquirir la sabiduría de consolar sin presumir de dar consejo? Me pregunto… me pregunto si los norteamericanos harán cortar todos éstos porque no parecen producir frutos. Es muy probable. Y probablemente con la mejor de las intenciones.

Nicholai se sentía un poco turbado. Kishikawa-san nunca le había hablado en estos términos de franqueza. Su relación siempre se había caracterizado por una reticencia comprensiva.

—Cuando te visité por última vez, Nikko, te recomendé que conservaras vivo tu don de lenguas. ¿Lo has hecho?

—Sí, señor. No tengo oportunidad de hablar más que el japonés, pero he leído todos los libros que me trajo usted, y algunas veces me hablo a mí mismo en las diversas lenguas.

—Especialmente en inglés, espero.

Nicholai miró el agua.

—Con menos frecuencia en inglés.

Kishikawa-san movió la cabeza para sí mismo.

—¿Acaso porque es el idioma de los norteamericanos?

—Sí.

—¿Has conocido a algún norteamericano?

—No, señor.

—¿Pero, a pesar de ello, los odias?

—No es difícil odiar a los mestizos bárbaros. No tengo que conocerles individualmente para odiarles como raza.

—Ah, pero, mira Nikko, los norteamericanos no son una raza. Eso, de hecho, constituye su falla principal. Son, según tú has dicho, mestizos.

Nicholai alzó la cabeza sorprendido. ¿Estaba el general defendiendo a los norteamericanos? Sólo hacía tres días que habían pasado por Tokio y visto los efectos del mayor bombardeo de la guerra, un bombardeo específicamente dirigido contra las zonas residenciales y los civiles. La propia hija de Kishikawa-san… su pequeño nieto todavía…

—Yo he conocido norteamericanos, Nikko. Estuve durante algún tiempo como agregado militar en Washington. ¿No te lo había contado?

—No, señor.

—Bueno, no fui un diplomático muy eficiente. Hay que desarrollar cierta oblicuidad de conciencia, y una actitud elástica con respecto a la verdad, para ser eficiente en la diplomacia. Yo carecía de esos dones. Pero llegué a conocer a los norteamericanos y a apreciarles, con sus virtudes y sus defectos. Son hábiles comerciantes, y sienten un gran respeto por los logros fiscales. Estas virtudes te pueden parecer vanas y superficiales, pero concuerdan con las estructuras del mundo industrial. Llamas bárbaros a los norteamericanos, y, naturalmente, tienes razón. Esto lo sé yo mucho mejor que tú. Sé que han torturado y mutilado sexualmente a los prisioneros. Sé que han hecho arder hombres con sus lanzallamas sólo para comprobar hasta dónde podían correr antes de caer. Sí, bárbaros. Pero, Nikko, nuestros propios soldados han hecho cosas parecidas, cosas horribles y crueles, que van más allá de la descripción. La guerra, el odio y el miedo han convertido en bestias a nuestros propios compatriotas. Y nosotros no somos bárbaros; nuestra moralidad debiera haberse fortalecido por los mil años de civilización y cultura. En cierta manera, el propio barbarismo de los norteamericanos es su excusa… no, esas cosas no tienen excusa. Su explicación. ¿Cómo podemos condenar la brutalidad de los norteamericanos cuya cultura es un engrudo claro y un *patchwork* aunados en un puñado de décadas, mientras que nosotros mismos somos unas bestias feroces, sin compasión ni humanidad, a pesar de nuestro millar de años de cultura y

tradición puras? Después de todo, Norteamérica fue poblada por los desahuciados y aventureros de Europa. Si reconocemos esto, debemos juzgarles inocentes. Tan inocentes como la víbora, tan inocentes como el chacal. Peligrosos y traidores, pero no pecadores. Has hablado de ellos como de una raza despreciable. Ellos no son una raza. No son ni tan siquiera una cultura. Son el guisado cultural de los restos y desperdicios del banquete europeo. Cuanto más, son una tecnología amanerada. En lugar de ética, poseen normas. El tamaño es para ellos lo que es para nosotros la cualidad. Lo que para nosotros es honor y deshonor, para ellos es ganancia o pérdida. No has de pensar en ellos ciertamente en términos de raza; la raza no es nada; la cultura lo es todo. Tú eres caucasiano, por raza; pero no lo eres culturalmente, y, por consiguiente, no lo eres. Cada cultura tiene sus fuerzas y sus debilidades; no pueden ser evaluadas una con otra. La única crítica segura que puede hacerse es que una mezcla de cultura siempre resulta en una mescolanza de lo peor de ambas. Lo que es malo en un hombre o en una cultura es el animal interior, fuerte y vicioso. Lo que es bueno en un hombre o en una cultura es el frágil acrecentamiento artificial de la civilización coercitiva. Y cuando las culturas se mezclan, los elementos básicos y dominantes inevitablemente prevalecen. De modo, que ya ves, cuando acusas a los norteamericanos por su barbarie realmente los defiendes contra la responsabilidad por su ligereza e insensibilidad. Tan sólo cuando te refieres a su mescolanza, es cuando hablas de su auténtica imperfección. ¿Es imperfección la palabra adecuada? Después de todo, en el mundo del futuro, un mundo de mercaderes y mecánicos, los impulsos bajos del mestizo son los que dominarán. El occidental es el futuro, Nikko. Un futuro feo e impersonal de tecnología y automatismo, es cierto… pero el futuro a pesar de ello. Tú tendrás que vivir en este futuro, hijo mío. Y no te hará ningún bien rechazar a los norteamericanos con desprecio. Has de procurar entenderles, aunque sólo sea para evitar que puedan perjudicarte.

Kishikawa-san había estado hablando muy en tono suave, casi para sí mismo, mientras caminaban lentamente por el amplio camino a la luz moribunda del atardecer. El monólogo tenía la calidad de una lección, de un maestro complaciente a un alumno retrasado; y Nicholai había estado

escuchándole con plena atención, con la cabeza inclinada. Al cabo de uno o dos minutos de silencio, Kishikawa-san se echó a reír ligeramente y dio una palmada.

—¡Ya basta con esto! El consejo sólo ayuda al que lo da y tan sólo en lo que respecta a aligerar las cargas de la conciencia. Finalmente, tu harás lo que te dicten el destino y tu educación, y mi consejo afectará tu futuro de la misma manera que una flor de cereza caída en el río altera su curso. Hay algo más de lo que realmente deseaba hablarte y he estado evitándolo con la táctica de divagar sobre culturas y civilizaciones y el futuro… temas tan profundos y vagos que me han permitido ocultarme en ellos.

Siguieron paseando en silencio mientras se hacía de noche y con ella una brisa vespertina que hizo caer los pétalos como una espesa nevada rosada que les rozó las mejillas y les cubrió los cabellos y los hombros. Al final del amplio camino llegaron a un puente y se detuvieron en su parte más alta para contemplar abajo la espuma ligeramente fosforescente donde el río se arremolinaba alrededor de las rocas. El general respiró hondo dejando salir después el aire por sus labios apretados, mientras se fortalecía para poder decir a Nicholai lo que debía comunicarle.

—Ésta es nuestra última charla, Nikko. He sido trasladado a Manchuria. Esperamos el ataque de los rusos tan pronto como seamos tan débiles que ellos puedan participar en la guerra, y, por consiguiente, en la paz, sin riesgo. No es probable que los oficiales sobrevivan a su captura por los comunistas. Muchos prefieren el *seppuku* antes que enfrentarse con la ignominia de la rendición. Yo he decidido también hacer lo mismo, y no porque quiera evitar el deshonor. Mi participación en esta guerra bestial me ha denigrado más allá de la capacidad de un *seppuku* para purificarme, como ha sucedido, me temo, con todos los soldados. Pero, aunque no haya santificación en el acto, por lo menos hay… dignidad. He tomado esta decisión durante los tres últimos días, mientras paseábamos por entre los cerezos. Hace una semana no me sentía con libertad para buscar el alivio de la indignidad, mientras mi hija y mi nieto fuesen rehenes del destino. Pero ahora… las circunstancias me han liberado. Siento abandonarte a las tempestades del azar, Nikko, ya que eres un hijo para mí. Pero… —

Kishikawa-san suspiró profundamente—. Pero… no sé de ningún medio para protegerte de lo que va a venir. Un viejo soldado desacreditado y derrotado no podría protegerte. Tú no eres ni japonés ni europeo. Dudo que nadie pueda protegerte. Y, como no puedo protegerte quedándome, me siento libre para partir. ¿Cuento con tu comprensión, Nikko? ¿Y con tu permiso para abandonarte?

Nicholai estuvo contemplando durante algunos momentos los rápidos antes de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía.

—Su guía y su afecto siempre estarán conmigo. En ese aspecto nunca podrá abandonarme.

Con los codos apoyados en la barandilla mientras contemplaba el fantasmal resplandor de la espuma, el general movió lentamente la cabeza.

Las últimas semanas en la casa de Otake fueron tristes. No por causa de los rumores de reveses y derrotas en todas partes, y tampoco porque la escasez de alimentos y el mal tiempo combinados se unieran para hacer del hambre un compañero constante. Sino porque Otake del séptimo *dan* se estaba muriendo.

Durante años, las tensiones del juego profesional al más alto nivel se habían manifestado en unos calambres en el estómago casi continuos, que el anciano controlaba con su hábito de tomar pastillas de menta; pero el dolor se hizo cada vez más intenso, y finalmente fue diagnosticado como un cáncer de estómago.

Cuando Nicholai y Mariko se enteraron de que Otake-san se estaba muriendo, interrumpieron su unión romántica, sin discusión y con la mayor naturalidad. Esa carga universal de ilógica vergüenza que marca al adolescente japonés, les impidió dedicarse a una actividad tan vital como hacer el amor mientras su maestro y amigo estaba muriendo.

Como resultado de una de esas ironías de la vida que continuamente nos sorprenden, aunque la experiencia afirma que la ironía es la figura oratoria más corriente, no fue hasta después de haber puesto fin a su relación física, cuando los moradores de la casa comenzaron a sospechar de ellos. Mientras habían estado ocupados en su romance peligroso y excitante, el miedo a ser descubiertos les hizo mostrarse muy cautos en su comportamiento público

del uno para con el otro. Cuando ya se liberaron de la culpabilidad de acciones vergonzosas, comenzaron a pasar juntos más tiempo, paseando abiertamente por el camino o sentándose en el jardín; y fue entonces cuando se insinuaron rumores burlones, pero afectuosos, sobre los dos, expresados por los miembros de la familia con miradas de reojo y cejas alzadas.

Con frecuencia, después de partidas de práctica interrumpidas, hablaban de lo que podría traer el futuro, cuando la guerra se hubiese perdido y su querido maestro hubiera muerto. ¿Cómo sería la vida cuando ya no fuesen miembros de la casa de Otake, cuando los soldados norteamericanos ocupasen la nación? ¿Sería verdad, según habían oído, que el Emperador les ordenaría morir en las playas en un último esfuerzo para rechazar al invasor? ¿No sería preferible esa muerte, después de todo, a una vida bajo el dominio de los bárbaros?

Estaban discutiendo sobre estos temas, cuando el hijo menor de Otake-san llamó a Nicholai y le dijo que el maestro quería hablar con él. Otake-san le esperaba en su estudio particular con las seis esteras y las puertas corredizas que daban al pequeño jardín ahora convertido en huerto con las verduras plantadas decorativamente. Aquel atardecer, los tonos verdes y marrones estaban envueltos en una neblina insalubre que había descendido de las montañas. En la habitación, el aire era húmedo y fresco, y el olor dulzón de las hojas podridas quedaba compensado por el aroma deliciosamente acre de la leña encendida. Flotaba también en el aire una suave fragancia de menta, pues Otake-san seguía tomando las pastillas de menta que no habían podido controlar el cáncer que estaba consumiendo su vida.

—Es usted muy bondadoso al recibirme, maestro —dijo Nicholai tras unos instantes de silencio.

No le complacía el tono formal de sus palabras, pero no pudo encontrar el equilibrio entre el afecto y la compasión que sentía y la solemnidad de la ocasión. Durante los últimos tres días, Otake-san había tenido largas conversaciones por turno con cada uno de sus hijos y sus alumnos; y Nicholai, su aprendiz más prometedor, fue el último.

Otake-san indicó la estera junto a la de él, en donde Nicholai se arrodilló en el ángulo adecuado con respecto al maestro, en una posición cortés que diera visibilidad a su rostro mientras que protegería la intimidad del anciano. Inquieto por el silencio que se prolongó durante algunos minutos, Nicholai se sintió impulsado a llenarlo con trivialidades.

—La niebla de las montañas no es corriente en esta época del año, maestro. Algunos dicen que no es sana. Pero aporta una nueva belleza al jardín y a…

Otake-san alzó su mano y movió levemente la cabeza. No había tiempo para esto.

—Hablaré en plan de juego amplio, Nikko, reconociendo que mis generalizaciones se acomodarán a las pequeñas exigencias y condiciones del juego localizado.

Nicholai aprobó con la cabeza y permaneció silencioso. El maestro solía hablar en términos de *Gõ* siempre que se refería a alguna cosa importante. Como el general Kishikawa había dicho una vez, para Otake-san la vida era una metáfora simplista del *Gõ*.

—¿Es esto una lección, maestro?

—No exactamente.

—¿Una corrección entonces?

—Quizá te lo parezca. Pero, en realidad, es una crítica. Pero no solamente de ti. Una crítica… un análisis… de lo que me doy cuenta será una mezcla sutil y peligrosa: tú y tu vida futura. Empecemos reconociendo que eres un jugador brillante. —Otake-san alzó la mano—. No. No te molestes con fórmulas de negación corteses. He visto un juego brillante parecido al tuyo, pero nunca en un hombre de tu edad, y no en ningún jugador que ahora viva. Pero existen otras cualidades además del lucimiento en la persona que, tiene éxito, de modo que no voy a abrumarte con cumplidos inmerecidos. En tu modo de jugar hay algo que inquieta, Nikko. Algo abstracto e implacable. Tu juego es algo inorgánico… mortal. Posee la belleza del cristal, pero carece de la belleza del capullo.

Las orejas de Nicholai se calentaban, pero no dio muestra alguna de sentir turbación o enfado. Corregir y sancionar es el derecho, el deber, de un

maestro.

—No estoy diciendo que tu juego sea mecánico y previsible, porque raramente lo es. Lo que impide que lo sea es tu sorprendente…

Otake-san aspiró de repente y contuvo la respiración, dirigiendo su mirada, sin ver, al jardín. Nicholai mantuvo los ojos bajos, no queriendo apenar a su maestro al observar su lucha con el dolor. Transcurrieron unos largos segundos, y Otake-san seguía conteniendo la respiración. Después, con un sonido entrecortado, expulsó el aire del nudo que se le había formado y lo liberó lentamente, pendiente del dolor durante toda la exhalación. Pasó la crisis y respiró dos veces profundamente con la boca abierta. Parpadeó varias veces y…

—… lo que impide que tu juego sea mecánico y previsible es tu sorprendente audacia, pero incluso ese rasgo tiene un matiz inhumano. Sólo juegas contra la situación del tablero; niegas la importancia, y hasta la existencia, de tu adversario. ¿No me has dicho tú mismo que, cuando estás en uno de tus transportes místicos, de los que logras descanso y fortaleza, juegas sin tener en cuenta a tu adversario? Hay algo diabólico en esto. Algo cruelmente superior. Hasta arrogante. Y en desacuerdo con tu objetivo de *shibumi*. No te llamo la atención sobre esto para que te corrijas y mejores, Nikko. Estas cualidades están en ti mismo y son inmutables. Y tampoco estoy seguro de que desearía hacerte cambiar, aunque pudiera; porque esto que son tus debilidades, también constituyen tu fuerza.

—¿Estamos hablando únicamente del *Gõ*, maestro?

—Estamos hablando en términos de *Gõ*. —Otake-san introdujo la mano en su quimono y se apretó la palma contra el estómago mientras se tomaba otra pastilla de menta—. Querido discípulo, a pesar de toda tu brillantez, también eres vulnerable. Por ejemplo, tenemos tu falta de experiencia. Desperdicias concentración al reflexionar en abrirte camino a través de problemas ante los que un jugador con más experiencia reacciona por costumbre y de memoria. Pero esta debilidad no es significativa. Puedes obtener experiencia si tienes cuidado en evitar una redundancia hueca. No caigas en el error del artesano que fanfarronea de veinte años de experiencia en su oficio cuando, de hecho, únicamente posee un año de experiencia:

veinte veces. Y nunca sientas resentimiento por la ventaja que tus mayores poseen de la experiencia. Recuerda que ellos han pagado por esa experiencia con la moneda de la vida y la han vaciado un portamonedas que no puede rellenarse. —Otake-san sonrió débilmente—. Recuerda también que los viejos han de sacar mucho provecho de su experiencia. Es todo lo que poseen.

Durante unos momentos, los ojos de Otake-san se ensombrecieron con una triste expresión interior mientras contemplaba el desolador jardín, cuyos detalles se perdían en la niebla. Con un esfuerzo, desvió su mente de las cosas eternas para continuar su última lección.

—No, no es tu falta de experiencia tu mayor debilidad. Es tu desprecio. Tus derrotas no vendrán de aquéllos más brillantes que tú: vendrán del paciente, del aplicado, del mediocre.

Nicholai frunció el entrecejo. Esto encajaba con lo que Kishikawa-san le había dicho mientras paseaban por entre los cerezos del Kaji-kawa.

—Tu desprecio por la mediocridad te ciega dejándote a merced de su gran poder primitivo. Permaneces en el resplandor de tu propio brillo, incapaz de ver en los oscuros rincones de la habitación, de dilatar tus ojos y apreciar los peligros potenciales de la masa, del conjunto de la Humanidad. En este mismo momento en que estoy diciéndotelo, querido discípulo, tú no puedes creer que hombres inferiores, sea cual fuere su número, puedan vencerte realmente. Pero estamos en la época del hombre mediocre. Es un hombre estúpido, descolorido, fastidioso, pero inevitablemente victorioso. La ameba sobrevive al tigre porque se divide y continúa en su monotonía inmortal. Las masas son los tiranos postreros. Fíjate cómo, en las artes, el *Kabuki* se desvanece y el *No* progresa, mientras que las novelas populares de violencia y acción insensata impregnan la mente del lector de la masa. E incluso en ese género tímido, ningún autor se atreve a producir un hombre genuinamente superior a su héroe, pues, en su irritada vergüenza, el hombre de la masa enviará su *yojimbo*, el crítico, para defenderle. El rugido de los afanosos es inarticulado, pero ensordecedor. No tienen cerebro, pero poseen un millar de brazos para agarrarte y sujetarte, y derribarte al suelo.

—¿Estamos hablando todavía de *Gõ*, maestro?

—Sí. Y de su sombra: la vida.

—¿Qué es lo que me aconseja entonces que haga?

—Evita su contacto. Ocúltate detrás de la cortesía. Preséntate torpe y distante. Vive apartado y estudia *shibumi*. Y, por encima de todo, no permitas que te haga caer en la trampa de la ira y la agresión. Escóndete, Nikko.

—El general Kishikawa me dijo casi lo mismo.

—No lo dudo. La última noche que estuvo aquí hablamos de ti largamente. Ninguno de nosotros pudo adivinar cuál sería la actitud del occidental hacia ti, cuando llegue el momento. Y más que eso todavía, tememos cuál será tu actitud hacia él. Tú eres un converso a nuestra cultura, y pones el fanatismo del converso. Es una debilidad de tu carácter. Y las debilidades trágicas conducen a… —Otake-san se encogió de hombros.

Nicholai inclinó la cabeza y bajó los ojos, esperando pacientemente que el maestro le despidiera.

Tras un prolongado instante de silencio, Otake-san tomó otra pastilla de menta y añadió:

—¿Quieres compartir un secreto conmigo, Nikko? Durante todos estos años he dicho a la gente que me tomaba estas pastillas de menta para aliviar mi estómago. El hecho es que me gustan. Pero no hay dignidad en un adulto que mastica caramelos en público.

—Ningún *shibumi* en eso, señor.

—Justamente. —Otake-san pareció quedarse absorto un momento—. Sí. Quizá tienes razón. Quizá la niebla de la montaña es perjudicial para la salud. Pero pone una belleza melancólica en el jardín, así que debemos estarle agradecidos.

Después de la cremación, se llevaron a cabo los planes de Otake-san respecto a su familia y a sus estudiantes. La familia recogió sus pertenencias para irse a vivir con un hermano de Otake. Los estudiantes se dispersaron y regresaron a sus hogares. Nicholai, que ya había cumplido los veinte años, aunque no parecía tener más de quince, recibió el dinero que el general Kishikawa había dejado para él para que le diera el uso que quisiera, para marcharse adonde quisiera. Nicholai sintió el excitante

vértigo social que acompaña a la libertad absoluta en un contexto de insustancialidad.

Al tercer día de agosto de 1945, todos los residentes de la casa de Otake estaban reunidos con sus maletas y bultos en el andén de la estación. No quedaba tiempo ni ocasión propia para que Nicholai expresara a Mariko sus sentimientos. Pero se las arregló para poner un énfasis especial, y mucha gentileza, en su promesa de visitarla cuanto antes, después que él se hubiera instalado en Tokio. Nicholai esperaba ansiosamente hacerle esta visita, porque Mariko siempre habló con mucho entusiasmo de su familia y sus amigos en su ciudad natal, Hiroshima.

WASHINGTON

El primer ayudante se echó hacia atrás desde su consola y sacudió la cabeza:

—No hay muchos datos con los que poder trabajar, señor. *Fat Boy* no tiene nada en firme sobre este Hel antes de que llegue a Tokio. —En el tono del primer ayudante se descubría la irritación; le exasperaban esas personas cuyas vidas eran tan crepusculares o corrientes que negaban a *Fat Boy* la oportunidad de conocer y revelar.

—Hum… —gruñó distraídamente Mr. Diamond, mientras seguía tomando notas para sí—. No se preocupe, a partir de este momento los datos se enriquecerán. Hel se puso a trabajar para las fuerzas de ocupación poco después de la guerra, y desde entonces ha estado más o menos dentro de nuestro radio de observación.

—¿Está usted seguro de necesitar esta información, señor? Parece que ya lo conoce todo sobre él.

—Una revisión puede servirme. Mire, se me acaba de ocurrir algo. Todo lo que tenemos que relacione a Nicholai Hel con los «Cinco de Munich» y esa Hanna Stern es una relación de primera generación entre Hel y el tío de Hanna. Asegurémonos de que no andamos tras una pista falsa. Pregunte a *Fat Boy* dónde vive ahora Hel. —Pulsó un botón a un lado de su escritorio.

—Sí, señor —respondió el primer ayudante, volviendo a su consola.

Miss Swivven entró en la zona de trabajo respondiendo a la llamada de Diamond.

—¿Señor?

—Dos cosas. Primero: consígame todas las fotografías disponibles de Hel, Nicholai Alexandrovich. Llewellyn le proporcionará el código de la

tarjeta de identidad lila. Segundo: póngase en relación con Mr. Able, del Grupo de interés de la OPEC y pídale que venga tan pronto como le sea posible. Cuando llegue, hágale bajar aquí, junto con el delegado y esos dos idiotas que lo han enredado todo. Tendrá que acompañarles; ellos no tienen acceso al piso 16.

—Sí, señor.

Al salir, Miss Swivven cerró con demasiada fuerza la puerta que daba a la habitación de fotocable, y Diamond alzó la mirada, preguntándose qué demonios le pasaba a su secretaria.

Fat Boy estaba respondiendo al interrogatorio. La respuesta llegaba repiqueteando a la máquina del primer ayudante.

—Ah… parece que este Nicholai Hel tiene diversas residencias. Un apartamento en París, una propiedad en la costa dálmata, una villa de verano en Marruecos, un apartamento en Nueva York, otro en Londres… ¡ah! Aquí llega. La última residencia conocida es un castillo en el sangriento pueblo de Etchebar. Ésta parece ser su residencia principal, considerando el tiempo que ha pasado allí durante los últimos quince años.

—¿Y dónde está ese Etchebar?

—Ah… está en los Pirineos vascos, señor.

—Y, ¿por qué lo ha llamado un pueblo sangriento?

—Eso mismo estaba pensando, señor. —El primer ayudante exigió una respuesta al ordenador, y, cuando la obtuvo, rió divertido para sí mismo—. ¡Sorprendente! Al pobre *Fat Boy* le costó trabajo traducir del francés al inglés. La palabra *bled* es evidentemente la denominación francesa para referirse a «una pequeña aldea». *Fat Boy* se equivocó al traducirla por *bleeding*[13]. Demasiadas aportaciones de fuentes británicas últimamente, sospecho.

Mr. Diamond lanzó una mirada furibunda a la espalda del primer ayudante.

—Aceptemos que esto sea interesante. Muy bien. Hanna Stern tomó un avión desde Roma hasta la ciudad de Pau. Pregunte a *Fat Boy* cuál es el aeropuerto más cercano a Etchebar. Si se trata de Pau, seguro que tenemos problema.

La pregunta pasó a la computadora. La pantalla de respuestas quedó en blanco y después reflejó una lista de aeropuertos ordenados de acuerdo con su proximidad a Etchebar. El primero de la lista era Pau.

Diamond inclinó la cabeza con gesto fatalístico.

El primer ayudante suspiró y se introdujo el dedo índice por debajo de sus lentes metálicos, para frotarse ligeramente los surcos enrojecidos.

—Así que ya lo tenemos. Todo hace presumir que Hanna Stern está en este momento en contacto con un hombre de tarjeta lila. Únicamente quedan vivos en todo el mundo tres hombres que tengan tarjeta lila y nuestra chica ha tenido que dar con uno de ellos. ¡Maldita suerte!

—Así es. Muy bien, ahora tenemos la seguridad de que Nicholai Hel está mezclado en ese asunto. Vuelva a la máquina y extraiga todo lo que haya de él para que podamos informar ampliamente a Mr. Able cuando venga. Comience con su llegada a Tokio.

JAPÓN

La ocupación estaba en pleno auge; los evangelistas de la democracia estaban dictando su credo desde el edificio Dai Ichi y al otro lado del foso del Palacio Imperial, aunque significativamente fuera de su vista. Japón se había convertido en una ruina emocional, económica y física, pero la ocupación hacía prevalecer su idealística cruzada por encima de los asuntos mundanos para el bienestar de los pueblos conquistados; una mente ganada tenía más valor que una vida perdida.

Junto a millones de personas, Nicholai Hel era pecio en el caos de la lucha de posguerra para sobrevivir. La elevada inflación muy pronto redujo su pequeña reserva de dinero a un fajo de papeles sin valor. Buscó trabajo manual entre los equipos de obreros japoneses que retiraban los escombros de los edificios bombardeados, pero los encargados desconfiaban de sus motivos y dudaban de su necesidad, considerando su raza. Tampoco podía recurrir a la ayuda de ninguno de los poderes ocupantes, puesto que él no era ciudadano de sus países. Se unió a la corriente de los sin hogar y sin trabajo, de los hambrientos que vagaban por la ciudad, que dormían en los parques, bajo los puentes y en las estaciones del ferrocarril. Había un exceso de trabajadores y escasez de empleo y únicamente las mujeres jóvenes tenían valiosos servicios para ofrecer a los soldados groseros y sobrealimentados que eran los nuevos amos.

Cuando Nicholai acabó el dinero, pasó dos días sin tomar alimento, y cada noche, después de haber estado buscando trabajo durante el día, regresaba a la estación Shimbashi junto a otros centenares de individuos hambrientos y a la deriva. Allí se procuraba un lugar, encima o debajo de los bancos, o en apretadas filas que llenaban los espacios vacíos, y

dormitaban a intervalos, o estremecidos por las pesadillas, atormentados por el hambre. Cada mañana, la Policía los echaba de allí para que la gente pudiera circular libremente. Y cada mañana, ocho o diez entre ellos no respondían al apremio de la Policía. El hambre, la enfermedad, la vejez y la pérdida del deseo de vivir habían llegado durante la noche para aligerarles de la carga de la vida.

Nicholai vagaba por las calles lluviosas con millares de otras personas, buscando cualquier clase de trabajo; buscando, finalmente, cualquier cosa que robar. Pero no había trabajo ni nada que valiera la pena robar. Su uniforme de estudiante de cuello alto tenía manchas de barro y siempre estaba húmedo, y sus zapatos rezumaban. Había arrancado la suela de un zapato porque estaba despegada y la indignidad del flap-flap era inaceptable. Después, deseó haberla atado con un trapo.

La noche de su segundo día sin comer, volvía tarde, bajo la lluvia, a la estación Shimbashi. Apiñados bajo la gran bóveda de metal, frágiles ancianos y mujeres desesperadas con niños, que llevaban sus míseras pertenencias enrolladas en pedazos de tela, se preparaban un pequeño espacio con una dignidad silenciosa que llenó de orgullo a Nicholai. Nunca, anteriormente, había apreciado la belleza del espíritu japonés. Amontonados, asustados, hambrientos, fríos, el trato de unos con otros en estas circunstancias de fricción emocional se desenvolvía con la suavidad social de las formas murmuradas de cortesía. Durante la noche, un hombre intentó robar algo a una mujer joven, y en una refriega breve, casi silenciosa en un rincón oscuro de la inmensa sala de espera, se le aplicó justicia breve y definitiva.

Nicholai tuvo la suerte de encontrar un lugar debajo de uno de los bancos en donde no sería pisado por las personas que durante la noche buscasen un lugar donde aliviar sus necesidades. En el banco, encima de él, había una mujer con dos niños, uno de ellos un lactante todavía. Ella les habló dulcemente hasta que se durmieron, después de recordar a su madre, sin insistencia, que tenían hambre. Ésta les contó que el abuelo no estaba realmente muerto, después de todo, y que pronto vendría para llevárselos

con él. Después, les describió vivamente su pequeño pueblo costero. Cuando los niños se hubieron dormido, la mujer se puso a llorar en silencio.

El viejo que estaba en el suelo, al lado de Nicholai, se afanó muchísimo para acomodar sus posesiones en un pedazo de tela plegada junto a su rostro, antes de acurrucarse. Consistían en una taza, una fotografía y una carta que se había doblado tantas veces que las dobleces eran delgadas y vellosas. Era una carta formulario de pésame del Ejército. Antes de cerrar los ojos, el viejo dio las buenas noches al joven extranjero tendido junto a él, y Nicholai sonrió y le respondió.

Antes de entregarse a su sueño espasmódico, Nicholai dispuso su mente y escapó de la corrosión ácida del hambre en un transporte místico. Cuando regresó de su pequeño prado con su mar de hierba y la dorada luz del sol, estaba satisfecho, aunque hambriento; sosegado, aunque desesperado. Pero sabía que al día siguiente debía encontrar trabajo o dinero, o muy pronto moriría.

Cuando poco antes del amanecer la Policía les hizo marchar, el anciano había muerto. Nicholai envolvió la taza, la fotografía y la carta en su propio fardo, porque parecía una cosa terrible dejar que aquello que era un tesoro para el viejo fuese barrido y arrojado a la basura. A mediodía, Nicholai vagaba por el parque Hibiya en busca de trabajo o de algo que robar. El hambre ya no era una cuestión de apetito insatisfecho. Era ya un calambre agudo y una debilidad general que daba pesadez a sus piernas y ligereza a su cabeza. En su vagar siguiendo la marea de los desesperados, sobre él planearon olas de irrealidad. La gente y las cosas se alternaban entre formas indiscriminadas y objetos de asombrosa fascinación. Algunas veces se descubría a sí mismo flotando entre un río de gentes sin rostro, dejando poseerse por la energía y la dirección de ellos, permitiendo que sus pensamientos se enrollaran y chocaran en un carrusel soñador carente de significado. Su hambre trajo el transporte místico junto a la superficie de su conciencia, y los jirones de evasión finalizaban con repentinos saltos a la realidad. Se encontró de pie, inmóvil, mirando fijamente una pared o el rostro de una persona, sintiendo que aquél era un momento memorable. Nadie, con anterioridad, había examinado aquel determinado ladrillo con

amor y atención. ¡Él era el primero! Nadie, antes, había mirado atentamente la oreja de aquel hombre. Eso debía significar alguna cosa. ¿No debía ser así?

El hambre que aligeraba su cerebro, el espectro esparcido de la realidad, ese vagar sin rumbo, todo resultaba tentadoramente agradable, pero algo dentro de él le advertía que era peligroso. Debía escapar de ese estado o moriría. ¿Morir? ¿Morir? ¿Tenía algún significado ese sonido?

Una densa riada de humanidad le sacó del parque por una entrada en donde se cruzaban dos grandes avenidas congestionadas por vehículos militares, automóviles que funcionaban con carbón, tranvías que rechinaban y bicicletas vacilantes que tiraban de carritos de dos ruedas increíblemente sobrecargados bajo el peso de voluminosas y pesadas cargas. Se había producido un pequeño accidente y el tráfico estaba interrumpido en todas direcciones, mientras un guardia de tráfico japonés, con enormes guantes blancos, intentaba infructuosamente arreglar el desacuerdo entre un ruso que conducía un jeep americano y un australiano que conducía otro jeep americano.

Nicholai fue empujado sin querer por la curiosa multitud que se introducía en los huecos alrededor del tráfico interrumpido, aumentando la confusión. Los rusos sólo hablaban en ruso, y los australianos, en inglés, el policía sólo hablaba japonés; y los tres estaban lanzados a una vigorosa discusión de culpas y responsabilidades. Nicholai quedó apretado contra el jeep australiano, cuyo oficial ocupante permanecía sentado, mirando hacia delante con estoica incomodidad, mientras su conductor vociferaba que estaba dispuesto a arreglar alegremente este asunto de hombre a hombre con el conductor ruso, el oficial ruso, los dos al mismo tiempo, ¡o con todo el jodido Ejército Rojo si era necesario!

—¿Tiene usted prisa, señor?

—¿Qué? —El oficial australiano quedó sorprendido ante aquel muchacho andrajosamente vestido con un deslucido uniforme de estudiante japonés que se le dirigía en inglés. Transcurrieron un par de segundos antes de que se diese cuenta, por los ojos verdes de aquel enflaquecido joven rostro, de que el muchacho no era oriental—. ¡Naturalmente que tengo

prisa! Tengo una reunión… —Descubrió bruscamente la muñeca y miró su reloj de pulsera—. ¡Hace doce minutos!

—Le ayudaré —ofreció Nicholai—. Por dinero.

—¿Cómo ha dicho?

El acento era de raja británico en una ópera bufa, como sucede a menudo con los coloniales que se sienten inclinados a mostrarse más británicos que los propios británicos.

—Deme algún dinero, y le ayudaré.

El oficial miró de nuevo su reloj arrogantemente.

—Bueno, muy bien. Adelante.

El australiano no comprendió lo que Nicholai decía, primero en japonés al guardia urbano, después en ruso al oficial rojo, pero entendió el nombre «MacArthur» varias veces. El efecto de evocar el nombre del emperador fue inmediato. Al cabo de cinco minutos, entre la maraña de vehículos se había abierto un paso y el jeep australiano fue llevado hasta el césped del parque por donde pudo cruzar hasta una amplia avenida enarenada cruzando por entre los atónitos viandantes hasta llegar, saltando por encima del bordillo, a una calle lateral más allá del embotellamiento del tráfico, dejando atrás un enmarañado caos de vehículos que tocaban la bocina airadamente. Nicholai había saltado al jeep junto al conductor. Cuando estuvieron libres del problema, el oficial ordenó al conductor que se detuviera.

—Muy bien, ahora, dime. ¿Qué te debo?

Nicholai no tenía ninguna idea del valor actual de la moneda extranjera. Dijo una cifra.

—Cien dólares.

—*¿Cien dólares?* ¿Estás loco?

—Diez dólares —rectificó Nicholai rápidamente.

—Dispuesto a agarrar lo que sea, ¿eh? —dijo en tono despreciativo el oficial. Pero sacó su cartera del bolsillo—. ¡Oh, Dios mío! No llevo ningún vale. ¿Conductor?

—Lo siento, señor. Sin blanca.

—¡Hum! Mira. Te diré lo que vas a hacer. Al otro lado está mi edificio. —Indicó el edificio San Shin, centro de comunicaciones de las Fuerzas Aliadas de Ocupación—. Ven conmigo, y haré que te atiendan.

Cuando hubieron llegado al edificio San Shin, el oficial mandó a Nicholai a la oficina de pagaduría con instrucciones para que le entregaran un vale de diez dólares. Después se dispuso a asistir a lo que le quedara de reunión, pero antes dirigió a Nicholai una rápida mirada.

—Oye. Tú no eres británico, ¿verdad?

En aquella época, el inglés de Nicholai tenía el acento de sus tutores británicos, pero el oficial no lograba congeniar el acento de escuela pública del muchacho con su traje y su apariencia física.

—No —respondió Nicholai.

—¡Ah! —dijo con evidente alivio el oficial—. Así lo he creído. —Y se dirigió dando zancadas a los ascensores.

Durante media hora, Nicholai permaneció sentado en un banco de madera, fuera de la oficina, esperando su turno; mientras tanto, en el pasillo a su alrededor, la gente charlaba en inglés, ruso, francés y chino.

El edificio San Shin era uno de los pocos lugares donde se reunían las diversas fuerzas de ocupación, y donde uno podía percibir la reserva y la desconfianza que marcaban una camaradería superficial. Más de la mitad de la gente que trabajaba allí eran funcionarios civiles, y los americanos excedían en número a los otros en la misma proporción en que sus soldados excedían la combinación de los otros. Fue la primera vez que Nicholai escuchó las *erres* gruñidas y las vocales metálicas del modo de hablar de los yanquis.

Se sentía mal y soñoliento cuando una secretaria americana abrió la puerta y pronunció su nombre. Ya en la antesala, recibió un formulario que tenía que rellenar mientras la joven secretaria volvía a su máquina de escribir, mirando de reojo, de vez en cuando, a aquella dudosa persona con un traje tan sucio. Pero su curiosidad era superficial; su auténtico interés estaba en una cita que tenía aquella noche con un mayor, que era, según las otras chicas decían, encantador y siempre te llevaba a un restaurante de lujo y te hacía pasar un buen rato de verdad antes.

Cuando Nicholai le entregó el formulario, la secretaria le echó una ojeada, alzó las cejas y aspiró, pero lo llevó a la mujer que estaba a cargo de la Pagaduría. Al cabo de pocos minutos, Nicholai fue llamado a la oficina interior.

La mujer encargada tendría unos cuarenta años, y era más bien regordeta y amable. Se presentó como Miss Goodbody[14]. Nicholai no sonrió.

Miss Goodbody señaló el formulario que Nicholai había rellenado.

—Ha de rellenar todo esto, ¿sabe?

—No puedo. Quiero decir, no puedo llenar todos los espacios.

—¿No puede? —Sus años de funcionario civil se rebelaron ante la respuesta—. ¿Qué quiere decir usted…? —Miró la línea superior del formulario—. ¿…Nicholai?

—No puedo escribir una dirección. No tengo domicilio. Ni tengo número de tarjeta de identificación. Ni una… ¿cómo se llama…?, ni una institución que responda de mí.

—Una institución o alguien que responda, sí. La empresa u organización para la que trabajas, o para la que tus padres trabajan.

—No tengo organización alguna que responda de mí. ¿Importa mucho eso?

—Bueno, no puedo pagarle sin un formulario rellenado correctamente. Supongo que entenderá eso, ¿verdad?

—Estoy hambriento.

Durante un momento, Miss Goodbody no se inmutó. Se inclinó hacia delante.

—Tus padres, Nicholai, ¿están en las fuerzas de ocupación?

Había llegado a la conclusión de que se trataba de un rapazuelo del Ejército que había escapado de casa.

—No.

—¿Estás aquí solo? —preguntó ella incrédula.

—Sí.

—Bueno… —La mujer frunció el entrecejo y se encogió ligeramente en un gesto de superficialidad—. Nicholai, ¿cuántos años tienes?

—Tengo veintiún años.

—¡Oh!, vaya, excúsame. Yo creí… quiero decir, usted no parece tener más de catorce o quince años. Bien, en ese caso, es una cuestión diferente. Ahora, veamos. ¿Qué vamos a hacer?

En Miss Goodbody se despertó un fuerte impulso maternal, la sublimación de una vida de sexualidad intacta. Se sintió extrañamente atraída hacia aquel hombre joven con aspecto de muchacho huérfano, y con la edad de un macho potencial. Miss Goodbody identificó esta mescolanza de sentimientos contradictorios como un interés cristiano por un ser humano.

—¿No podría darme sencillamente mis diez dólares? ¿Quizá cinco dólares?

—Las cosas no se hacen así, Nicholai. Aun suponiendo que encontremos la manera de rellenar este formulario, pasarán diez días antes de que esté listo para el cobro.

Nicholai sintió que la esperanza se desvanecía. Carecía de experiencia para saber que las sutiles barreras de la impotencia burocrática eran tan impenetrables como el pavimento sobre el que erraba durante todo el día.

—Entonces, ¿no puedo disponer ahora de dinero? —preguntó desmayadamente.

Miss Goodbody medio se alzó e hizo un gesto.

—Lo siento, pero… Mire. Tengo mi hora del *lunch*. Venga conmigo a la cafetería de los empleados. Comeremos algo y veremos si pensamos cómo se puede arreglar. —Sonrió a Nicholai y le puso una mano en el hombro—. ¿Está de acuerdo?

Nicholai afirmó con la cabeza.

Los tres meses siguientes antes de que Miss Goodbody fuese trasladada de regreso a Estados Unidos permanecieron para siempre en la memoria de la mujer como un período excitante y esplendoroso. Nicholai fue lo que más la acercó al hijo que no tendría jamás, y fue su único amor duradero. Nunca se atrevió a hablar, ni tan siquiera analizar, del complejo de sentimientos que confundieron su mente y su cuerpo durante esos meses. Ciertamente, se sintió feliz al ser necesitada por alguien, disfrutó de la seguridad de la

dependencia. Además, era una persona genuinamente buena que gozaba ayudando a los que pudieran necesitarlo. Y en sus relaciones sexuales había cierto matiz de deliciosa vergüenza, la excitación de ser a un mismo tiempo madre y amante, una temeraria mezcla de afecto y pecado.

Nicholai no llegó a recibir sus diez dólares; la tarea de hacer circular el formulario sin un número de tarjeta de identificación fue demasiado, incluso para los veintitantos años de experiencia burocrática de Miss Goodbody. Pero consiguió presentarle al director de los servicios de traducción, y, al cabo de una semana, Nicholai trabajaba ocho horas diarias, traduciendo documentos, o sentado en interminables conferencias, repitiendo en dos o tres idiomas las declaraciones cargadas de oratoria y de precaución que los representantes se atrevían a hacer en público. Aprendió que, en diplomacia, la función principal de la comunicación es disimular el significado.

Sus relaciones con Miss Goodbody fueron amistosas y corteses. Tan pronto como le fue posible, le devolvió, a pesar de las protestas de ella, el dinero gastado en vestirle y en artículos de higiene, insistiendo, además, en compartir los gastos de la casa. Nicholai no la apreciaba lo bastante para desear quedar en deuda con ella. No es que no le gustara, no era del tipo de mujer capaz de desagradar; no podía provocar sentimientos de semejante intensidad. Algunas veces, su charla insulsa molestaba; y sus afables atenciones podían ser abrumadoras; pero Miss Goodbody intentó tan firmemente, aunque con torpeza, mostrarse considerada, y se sentía tan sensiblemente agradecida por sus experiencias sexuales, que él la toleraba como un afecto bastante real, afecto del tipo que se suele sentir por una mascota torpe.

Nicholai sólo tuvo un problema importante al vivir con Miss Goodbody. A causa de la elevada concentración de grasa animal en su dieta, los occidentales tienen un olor ligeramente desagradable que ofende el sentido del olfato japonés y disminuye muchísimo la virilidad. Antes de acostumbrarse a ese olor, Nicholai experimentó algunas dificultades para entregarse a los transportes físicos, y necesitó de algún tiempo antes de poder conseguir llegar al clímax. Claro está que Miss Goodbody se

benefició experimentalmente de su matiz inconsciente; pero, disponiendo de tan poco en donde poder comparar, supuso que la resistencia sexual de Nicholai era corriente. Iluminada por su experiencia con Nicholai, después de regresar a los Estados Unidos se embarcó en varios líos amorosos de corta duración, todos ellos bastante desilusionadores. Acabó convirtiéndose en la «importante veterana» del Movimiento Feminista.

Nicholai despidió a Miss Goodbody a bordo del navío que la llevaría de vuelta a su país, sintiendo cierto alivio. Después regresó a las habitaciones que el Gobierno había asignado a la mujer, para trasladarse a una casa alquilada en el distrito Asakusa, en la parte noroeste de Tokio, donde, al ser un barrio más bien pasado de moda, podría vivir con invisible elegancia, aproximándose al *shibumi*, y tratar con occidentales sólo durante las cuarenta horas semanales que le daban para vivir, a un nivel lujoso de vida según el punto de vista japonés a causa de su salario relativamente alto, y, mucho más importante, su acceso a diversos artículos en los puestos americanos de intercambio y en las comisarías. Pues Nicholai estaba ya en posesión del más importante de los atributos humanos: documentos de identificación. Habían podido obtenerse por medio de cierto contubernio conspiratorio entre Miss Goodbody y sus amigos en el Servicio Civil. Nicholai poseía una tarjeta de identificación que le confirmaba como empleado civil americano, así como otra que le identificaba como ruso. En el caso Improbable de ser requerido por la Policía Militar norteamericana, podía mostrar su identidad rusa; y para todos los demás curiosos de otros países, su documentación norteamericana. Las relaciones entre norteamericanos y rusos estaban basadas en la desconfianza y el temor mutuo, y ambos evitaban interferir en los pequeños asuntos del otro del mismo modo que un hombre que cruzara la calle para robar un Banco evitaría el peligro de ser atropellado.

Durante el año siguiente, se ampliaron la vida y el trabajo de Nicholai. Con respecto a su trabajo, algunas veces fue llamado para colaborar en la sección criptográfica de Sphinx/FE, antes de que esa organización de información fuese absorbida por el nuevo e insaciable infragobierno burocrático de la CIA. En cierta ocasión, no fue posible traducir el mensaje

descifrado al inglés porque el ruso en que estaba escrito resultaba casi incoherente. Nicholai solicitó ver la criptografía original. Combinando su tendencia infantil por la matemática pura, con su habilidad para concebir en permutaciones abstractas según desarrollaba y aplicaba en su entrenamiento de *Gõ*, y su innata facilidad en seis idiomas, pudo localizar fácilmente los errores del cifrado. Descubrió que el mensaje original había sido cifrado equivocadamente por alguien que escribía un ruso enfático, dispuesto en buena parte en el orden del fraseo chino, resultando por casualidad un mensaje que confundió las complicadas máquinas de descifrar de Sphinx/FE. Nicholai había conocido chinos que hablaban un ruso mal aprendido en ese mismo estilo pomposo, de modo que, cuando dio con la clave, el contenido de la comunicación pudo ser ordenado con facilidad. Pero las mentalidades de funcionario/contable de la Sección de Criptografía quedaron impresionadas, y Nicholai fue calificado de «chico maravilloso», pues la mayoría de ellos suponían que se trataba todavía de un chico. Uno de los minuciosos jóvenes hepáticos descifradores de la Sección señaló ostentosamente a Nicholai y le llamó «fenómeno infantil», describiendo el trabajo que acababa de descifrar como «claro, concreto y completo».

De modo que Nicholai fue trasladado de modo permanente a Sphinx/FE, aumentó de categoría y de salario, y se le permitió que pasara los días en una pequeña oficina reservada, en donde se divirtió con el juego de desenmarañar y traducir unos mensajes en los que no tenía el más mínimo interés.

Con el tiempo, y con alguna sorpresa por su parte, Nicholai llegó a una especie de tregua emocional con los norteamericanos con quienes trabajaba. Esto no quiere decir que consiguiera apreciarlos o confiar en ellos; pero llegó a darse cuenta de que no eran esas personas amorales y depravadas que parecía deducirse de su conducta política y militar. En verdad, estaban inmaduros culturalmente, eran impulsivos y torpes, materialistas y miopes históricamente, vocingleros, descarados y cargantes en las reuniones sociales; pero, en el fondo, tenían buen corazón y eran hospitalarios; les gustaba compartir, insistían realmente en compartir, su riqueza y su ideología con el mundo entero.

Por encima de todo, Nicholai acabó reconociendo que todos los norteamericanos eran comerciantes, que el núcleo del Genio Americano, del Espíritu Yanqui, era la compra y la venta. Vendían su ideología democrática como mercachifles, respaldados por la gran protección de los tratados de armamentos y las presiones económicas. Sus guerras constituían unos monumentales ejercicios en producción y suministro. Su gobierno era una serie de contratos sociales. Su educación se vendía a tanto por unidad/hora. Sus matrimonios eran tratados emocionales, contratos que se rompían fácilmente si uno de los contratantes fallaba en el servicio de su débito. El honor era para ellos el comercio honesto Y no eran, como ellos creían, una sociedad sin clase; eran realmente una sociedad de una sola clase: la clase mercantil. Sus escogidos eran los ricos; sus trabajadores y granjeros se consideraban más bien como aspirantes fracasados e imperfectos en la escalera económica de la clase media. Los campesinos y el proletariado de Norteamérica tenían valores idénticos a los de los agentes de seguros y ejecutivos de negocios, consistiendo su única diferencia en que estos valores quedaban expresados en términos fiscales más modestos: la canoa motora y no el yate; la sociedad de bolos y no el *country club*[15]; Atlantic City y no Mónaco.

El entrenamiento y la inclinación se habían combinado para que Nicholai sintiera respeto y afecto por todos los miembros de las clases genuinas: granjeros, artesanos, artistas, guerreros, eruditos y sacerdotes. Pero no podía sentir sino desprecio por la clase artificial del comerciante, que chupa su vida por medio de la compra y la venta de cosas que no crea, que amontona poder y riqueza desproporcionadamente a su discriminación, y que es responsable de todo lo que es *kitsch*, de todo lo que es cambio sin progreso, de todo lo que es consumo sin uso.

Siguiendo el consejo de sus mentores de mantener una fachada comedida de distante *shibumi*, Nicholai era muy cuidadoso en disimular su modo de ser ante sus compañeros de trabajo. Evitaba su envidia pidiéndoles consejo de vez en cuando sobre algún sencillo problema de descifrado, o formulaba de tal manera sus preguntas que sugería ya la respuesta correcta. Por parte de aquéllos, Nicholai era tratado como una especie de monstruo,

un fenómeno intelectual, un chico fenómeno que había caído de otro planeta. En cuanto a su categoría, se daban cuenta vagamente del abismo genético y cultural que existía entre Nicholai y ellos, pero, desde su punto de vista, ellos eran los que estaban dentro, y Nicholai, el marginado.

Punto de vista muy conveniente para Nicholai, pues su auténtica vida se centraba en su casa, construida alrededor de un patio, en una calle estrecha del distrito Asakusa. La americanización tardaba en introducirse en el antiguo barrio del distrito noroeste de la ciudad. Había, claro está, pequeñas tiendas que vendían imitaciones de los encendedores «Zippo» y pitilleras con la imagen de un billete de dólar y de algunos bares salía la música de orquestas japonesas imitando el sonido de la *big band* y de animadoras femeninas que daban chillidos cantando *Don't Sit Under The Apple Tree With Anyone Else But Me* [16], y de vez en cuando se veía por la calle algún joven vestido como un *gangster* de película, creído sin duda de que su aspecto era moderno americano, y también por la radio se oían anuncios en inglés prometiendo que el vino «Akadama» le haría a uno *mu-mu* feliz. Pero ese revestimiento era muy fino, y todavía, a últimos de mayo, se celebró en el distrito el festival de Sanja Matsuri, y las calles quedaron bloqueadas por hombres jóvenes sudorosos y vacilantes bajo el peso de los palanquines lacados en negro, profusamente dorados, con los ojos brillantes y en trance por el refuerzo de *saki*, mientras se tambaleaban bajo el peso de sus cargas y cantaban *washoi*, *washoi*, *washoi* bajo la dirección de hombres con tatuajes sorprendentes que llevaban únicamente una especie de taparrabos, el *fundoshi*, que dejaban al descubierto los complicados «vestidos de tinta» que les cubrían los hombros, las espaldas, los brazos y las caderas.

Nicholai regresaba a casa bajo la lluvia, algo confuso por el *saki* después de haber participado en el festival, cuando se encontró con Mr. Wanatabe, un impresor retirado que vendía fósforos en la calle porque su orgullo no le permitía mendigar, aunque tenía setenta y dos años y toda su familia había desaparecido. Nicholai se declaró en desesperada necesidad de fósforos y se ofreció para comprarle toda la mercancía. Mr. Wanatabe se sintió muy complacido en poderle serle útil, pues la venta alejaría otro día al hambre. Pero cuando descubrió que la lluvia había estropeado los

fósforos, su sentido del honor no le permitió venderlos, a pesar del hecho de que Nicholai declaró que estaba especialmente interesado en fósforos empapados para un experimento que tenía en proyecto.

A la mañana siguiente, Nicholai se despertó con un dolor de cabeza, a causa de la resaca del *saki*, y con un recuerdo muy confuso de su conversación con Mr. Wanatabe mientras cenaban *soba* de pie junto a un quiosco de comidas, e inclinados hacia delante para que la lluvia no cayera en la sopa de pasta; pero muy pronto descubrió que tenía un invitado permanente en la casa. Al cabo de una semana, Mr. Wanatabe presintió que era esencial para Nicholai y la rutina diaria de la casa de Asakusa, y que sería una descortesía por su parte el abandonar a aquel joven sin amigos.

Un mes después, las hermanas Tanaka formaban parte de la casa. Nicholai estaba dando una vuelta por el parque Hibiya durante su tiempo para desayunar, cuando se encontró con las hermanas, muchachas robustas del campo, de dieciocho y veintiún años, que habían escapado al hambre consecuencia de las inundaciones en el Norte, y que quedaron sin más recurso que ofrecerse ellas mismas a los paseantes. Nicholai fue su primer cliente potencial y se acercaron a él tan torpe y tímidamente que la compasión de Nicholai se mezcló con la risa, pues busconas más experimentadas las habían instruido con un limitado vocabulario inglés que consistía únicamente de los nombres más gráficos y vulgares de las partes anatómicas y las variantes sexuales. Una vez instaladas en la casa de Asakusa, volvieron a ser las campesinas afanosas, alegres y risueñas, constituyendo la constante preocupación, y el objeto de un afecto acosador, por parte de Mr. Wanatabe, que tenía unos rígidos puntos de vista sobre la conducta adecuada de las jovencitas. En el curso natural de los hechos, las hermanas Tanaka compartieron el lecho de Nicholai, en donde su natural vigor se manifestaba en juguetonas exploraciones de complicadas combinaciones muchas veces balísticamente improbables. Ellas satisficieron las necesidades sexuales del joven, sin imponerle la carga de una complicación emocional más allá del afecto y la gentileza.

Nicholai nunca descubrió claramente cómo fue que Mrs. Shimura, la última adición a la casa, logró incorporarse a la familia. Sencillamente,

cuando él regresó una noche, estaba allí, y allí se quedó. Mrs. Shimura tendría sesenta y tantos años, y era áspera y malhumorada en su trato, gruñendo sin cesar, pero infinitamente bondadosa y una excelente cocinera. Entre Mr. Wanatabe y Mrs. Shimura se entabló una breve lucha por el dominio territorial, que se entabló en el campo de la compra diaria, pues, aunque Mr. Wanatabe estaba encargado de los fondos de la casa, Mrs. Shimura era responsable de las comidas diarias. Finalmente, acordaron realizar juntos la compra de la comida, encargándose ella de la calidad y él, del precio; ¡y pobre del vendedor que quedaba atrapado en la línea de fuego de sus ataques!

Nicholai nunca pensó que aquellos invitados fuesen su servidumbre personal, porque ellos mismos jamás se consideraron servidores de Nicholai. Realmente, era Nicholai el que parecía falto de un papel concreto con derechos concomitantes, excepto que él proporcionaba el dinero con el que todos ellos vivían.

Durante estos meses de libertad y nueva experiencia, la mente y las sensaciones de Nicholai se ejercitaron en muchas direcciones. Mantuvo su tono corporal con el estudio y la práctica de una rama oculta de las artes marciales que acentuaba el uso de los artículos comunes en una casa como armas letales. Le atraía la claridad matemática y la precisión calculada de este singular sistema de combate, cuyo nombre, por tradición, nunca se pronunciaba en voz alta, y que estaba compuesto por una superimposición de los símbolos *hoda* (desnudo) y *korosu* (matar). En toda su vida futura, aunque raras veces iba armado, jamás estaba sin armas; pues un peine, una caja de cerillas, una revista enrollada, una moneda, e incluso un pedazo de papel de escribir doblado, podían ser en sus manos un arma mortal.

Para su mente, disponía de la fascinación y el cojín intelectual del *Gõ*. Ya no jugaba, pues para él el juego estaba íntimamente ligado a su vida con Otake-san, a las cosas ricas y gentiles que habían desaparecido; y era más seguro cerrar las puertas de la lamentación. Pero leía todavía los comentarios sobre partidas y resolvía problemas en el tablero para su propio beneficio. El trabajo en el edificio San Shin era mecánico y no tenía mayor reto intelectual que el de resolver crucigramas; por ello, para que absorbiera

algo de su energía mental, Nicholai comenzó a escribir un libro llamado *Blossoms and Thorns on the Path Toward Gõ*[17], que se publicó con un seudónimo y gozó de cierta popularidad entre los aficionados más avanzados en el juego. El libro consistía en una chanza elaborada en forma de reportaje y comentarios del juego de un maestro ficticio al iniciarse el siglo. Aunque el juego de los «maestros» parecía clásico, y hasta brillante, para el jugador medio, había algunos pequeños errores y colocaciones desatinadas que provocaron mal gesto en los lectores más experimentados. El encanto del libro estaba en el comentario de un bobo bien informado que encontró un medio para que cada uno de los errores pareciera un toque de brillante audacia, y que ampliaba los límites de la imaginación haciendo de los movimientos metáforas de la vida, la belleza y el arte, todos planteados con gran refinamiento y demostración erudita, pero todos ellos carentes de significado. De hecho, el libro era una parodia sutil y elocuente del parasitismo intelectual del crítico, y buena parte de su encanto radicaba en que tanto los errores de juego como las tonterías articuladas del comentario eran tan oscuras que la mayoría de los lectores hubiera estado de acuerdo aprobando con gravedad.

El día primero de cada mes, Nicholai escribía a la viuda de Otake-san y en respuesta recibía fragmentos de noticias familiares respecto a los ex alumnos y a los hijos de Otake. Fue a través de ella como se confirmó la muerte de Mariko, en Hiroshima.

Cuando Nicholai se enteró del bombardeo atómico, temió que Mariko pudiera estar entre las víctimas. Escribió varias veces a la dirección que ella le había dado. Las primeras cartas desaparecieron simplemente en la vorágine del desorden consecuencia del bombardeo, pero la última le fue envuelta con una nota indicando que aquella dirección ya no existía. Durante algún tiempo, Nicholai jugó con evasivas mentales, imaginando que Mariko podía haber estado de visita en casa de una pariente cuando cayó la bomba, o podía hallarse en aquel momento en alguna bodega profunda adonde había ido a buscar alguna cosa, o podía… se forjó docenas de explicaciones improbables que justificaran su supervivencia. Pero ella

había prometido escribirle por medio de Mrs. Otake y no recibió carta alguna.

Nicholai estaba preparado emocionalmente para recibir las noticias definitivas, cuando escribió la viuda de Otake-san. Sin embargo, durante algún tiempo se sintió vacío y sin estímulo, con un áspero odio hacia los norteamericanos con los que trabajaba. Pero luchó por liberarse de ese odio, puesto que tales pensamientos sombríos bloqueaban el camino al transporte místico que le salvaba de los mezquinos efectos de la depresión y la tristeza. Por ello, durante todo un día vagó, solo y aislado, por las calles de su distrito, recordando a Mariko, complaciéndose con su mente con las diversas imágenes de ella, recordando la delicia, el miedo y la vergüenza de sus uniones sexuales, sonriendo para sí de sus momentos particulares de chanzas y bobadas. Después, hacia finales de la tarde, se despidió de ella y la dejó a un lado con afecto gentil. Quedó un vacío otoñal, pero no una pena obsesiva, ni odio, de modo que pudo de nuevo penetrar en su prado triangular y unificarse con la luz del sol y la ondeante hierba, y allí encontró fortaleza y reposo.

También había encontrado ya la paz por la pérdida del general Kishikawa. Después de su larga conversación entre los cerezos floridos del Kajikawa, Nicholai no tuvo más noticias. Sabía que el general había sido trasladado a Manchuria; se enteró de que los rusos habían atacado cruzando la frontera durante los últimos días de la guerra, cuando la acción no suponía riesgo militar y sí, en cambio, una fuerte ventaja política; y sabía, por haber hablado con supervivientes, que algunos oficiales de rango habían escapado por el *seppuku*, y que ninguno de los capturados por los comunistas habían sobrevivido los rigores de los campos de «reeducación».

Nicholai se consoló pensando que Kishikawa-san por lo menos había escapado de la indignidad de tener que enfrentarse a la maquinaria brutal de la Comisión contra los crímenes de guerra japoneses, donde la Justicia estaba pervertida por ese tipo de racismo profundamente arraigado que había confinado a los japoneses-americanos en campos de concentración mientras que los germanoamericanos y los italoamericanos (formidables bloques de votos) eran libres de beneficiarse en la industria de defensa;

teniendo en cuenta, además, que los soldados Nisei del Ejército norteamericano habían demostrado su patriotismo al ser la unidad más condecorada y con más bajas, a pesar de haber sido insultada al restringirla al teatro europeo dudando de su lealtad si se enfrentaban con tropas japonesas. Los juicios por los crímenes de guerra japoneses estaban infectados por las mismas suposiciones racistas de subhumanidad que había permitido el lanzamiento de una bomba de uranio sobre una nación derrotada en demanda ya de paz, y el posterior lanzamiento de una bomba de plutonio, mayor todavía, por razones de curiosidad científica.

Lo que más inquietaba a Nicholai era que la masa de los japoneses toleraban el castigo de sus líderes militares, no por la razón japonesa de que muchos de ellos habían colocado su glorificación personal y sus ansias de poder por encima de los intereses de su nación y de su gente, sino por la razón occidental de que estos hombres habían pecado de alguna manera contra las normas retroactivas de la conducta humana basadas en unas nociones de moralidad extranjera. Muchos japoneses parecían no darse cuenta de que la propaganda del vencedor se convierte en la historia del vencido.

Joven, y solo emocionalmente, sobreviviendo precariamente a la sombra de las fuerzas de ocupación, cuyos valores y métodos no se preocupó en aprender, Nicholai necesitaba de una salida para sus energías y frustraciones. Durante su segundo año en Tokio encontró una válvula, un deporte que le sacaría de la ciudad sórdida y ruidosa, llevándole a las montañas no ocupadas, libres de americanos: la espeleología.

Nicholai solía desayunar con el joven japonés que trabajaba en la sala de motores del San Shin, ya que se sentía más a gusto con los motores que con los escarnecedores americanos de voz metálica del Centro de Criptografía. Puesto que el conocimiento de la lengua inglesa era requisito indispensable para ocupar incluso el puesto más humilde, la mayoría de los hombres de la sala de motores habían estado en la Universidad, y algunos de los que lavaban jeeps y trabajaban como chóferes de los oficiales, eran ingenieros mecánicos graduados, incapaces de encontrar otro trabajo en una economía arruinada y sin empleos.

Al principio, los jóvenes japoneses se mostraban rígidos y molestos en compañía de Nicholai, pero no pasó mucho tiempo sin que le aceptaran, al estilo franco y libre de la juventud, como un japonés de ojos verdes que había tenido la desgracia de extraviar sus ojos oblicuos. Fue admitido en su círculo y hasta se les unió en sus risas vulgares y groseras respecto a las desgracias sexuales de los oficiales americanos de los que eran chóferes. Todas las burlas tenían siempre la misma figura ridícula central: el norteamericano estereotipado que estaba voluptuoso, constante y ciegamente, pero que era tácticamente incompetente.

El tema de la espeleología surgió durante uno de esos descansos del desayuno, cuando todos ellos estaban sentados en cuclillas bajo el tejado de chapa ondulada de un refugio para la lluvia mientras comían de las fiambreras la ración de arroz y pescado destinado a los trabajadores japoneses. Tres de los ex universitarios eran entusiastas de la espeleología, o lo habían sido, antes del último año desesperado de la guerra y el caos de la ocupación. Estuvieron hablando de la diversión y la dificultad de sus expediciones a las montañas y lamentaron su falta de dinero y de suministros básicos para volver a ellas. Por aquel entonces, la larga estancia de Nicholai en la ciudad y el ruido y la congestión estaban borrando algunas de las delicadezas de la vida rural. Nicholai preguntó a los jóvenes sobre el tema de la exploración de cuevas y los suministros y el equipo necesarios. Resultó que los pertrechos eran mínimos, aunque inaccesibles con el escaso sueldo que recibían de las fuerzas de ocupación. Nicholai sugirió que él se encargaría de recoger lo necesario, si ellos le llevaban consigo y le introducían en ese deporte. La oferta fue aceptada ansiosamente, y dos semanas después cuatro de ellos pasaron un final de semana en las montañas, explorando cuevas durante el día y pasando las noches en económicos albergues de la montaña en donde bebían demasiado *saki* y hablaban hasta entrada la noche, como lo hacen todos los jóvenes inteligentes del mundo, pasando la conversación de la Naturaleza al Arte, al doble entendimiento impúdico a planes para el futuro, a equívocos y agudezas, a un *haiku* improvisado, a juegos bulliciosos, a la política, al sexo, a los recuerdos y al silencio.

Tras pasar su primera hora bajo tierra, Nicholai sabía que aquél era su deporte. Su cuerpo, flexible y musculoso, parecía designado para deslizarse por lugares estrechos. Los cálculos ajustados y rápidos del método y el riesgo coincidían con el entrenamiento mental que el *Gõ* le había proporcionado. Y la fascinación del peligro le resultaba muy seductora. Nunca hubiera podido escalar montañas, porque la fanfarronada pública que suponía ofendían su sentido de *shibumi* y de recato dignificado. Pero los momentos de riesgo y de osadía en las cuevas eran personales, silenciosos y no observados, y poseían el atractivo especial de invocar primitivos temores animales. Al descender verticalmente por un pozo, existía la excitación y el miedo de caer, innato en todos los animales, y más agudizado al saber que tal caída sería a un abismo oscuro en vez de a un panorama decorativo que quedaba a los pies del escalador montañero. En las cuevas reinaba la presencia constante de la humedad y el frío, temores primordiales del hombre, y reales para el explorador subterráneo, ya que los accidentes más graves y las muertes eran consecuencia de la hipotermia. Había también el terror animal a la oscuridad, a la negrura infinita y el pensamiento siempre presente de quedar perdido en el laberinto de las grietas y los arrastres sobre el vientre, tan apretados, que era imposible retroceder a causa de las articulaciones del cuerpo humano. Una inundación rápida podía llenar las estrechas cuevas en unos pocos minutos, con poco aviso de tiempo, o sin ninguno. Y existía la constante presión mental de saber que por encima de él, muchas veces rascándole la espalda cuando se introducía reptando por algún paso estrecho, había toneladas de roca que inevitablemente algún día obedecerían las leyes de la gravedad y rellenarían el pasaje.

Era el deporte perfecto para Nicholai.

Los peligros subjetivos, especialmente, los encontró atractivos y excitantes. Gozó enfrentando el control mental y la habilidad física con los temores más profundos y más primitivos del animal que llevaba en sí mismo, la oscuridad, el miedo a caer, el miedo a ahogarse, el frío, la soledad, el riesgo de perderse para siempre en las entrañas de la tierra, la constante erosión mental de aquellas toneladas de roca encima de él. El mayor aliado del espeleólogo es la lógica y el planeamiento lúcido. Sus

mayores enemigos, la imaginación y los perros del pánico. Para el explorador subterráneo, es fácil ser cobarde, y difícil ser valiente, pues trabaja solo, sin ser visto, sin críticas ni elogios. Nicholai disfrutaba con sus antagonistas y con la arena particular en donde se enfrentaba con ellos. Le encantaba la idea de que la mayoría de ellos estaban dentro de sí mismo, y las victorias calladas.

Había también las delicias inefables de emerger. Las cosas rutinarias, cotidianas, adquirían un nuevo color y un nuevo valor después de haber permanecido varias horas en el interior de la tierra, especialmente si había existido peligro y victoria física. El aire dulce era absorbido con aspiraciones voraces. Una taza de té amargo era algo que calentaba unas manos entumecidas, algo para deleitar la vista con su rico color, algo que oler deliciosamente, una oleada de calor que se deslizaba por la garganta, un banquete de sutiles gustos variados. El azul del cielo era expresivo; el verde, la hierba importante. Era bueno que un camarada os diera un golpecito en la espalda, que una mano humana os tocara. Era bueno escuchar voces y emitir sonidos que revelaban sentimientos, que compartían ideas, que divertían a los amigos. Todo era novedad a punto para ser saboreada.

Para Nicholai, la primera hora después de surgir de una cueva casi tenía la calidad de la vida que él conocía durante un transporte místico. Durante esa hora breve antes de que los objetos y las experiencias volviesen a colocarse en su lugar habitual, Nicholai se sentía casi unido con la dorada luz del sol y la fragante vegetación.

Los cuatro jóvenes se iban a las montañas todos los fines de semana libres, y aunque su categoría de aficionados y su equipo sencillo les obligaba a limitar sus exploraciones subterráneas, modestas según los cánones internacionales de espeleología, siempre resultaba ser una prueba completa de su voluntad, resistencia y habilidad, seguida por noches de camaradería, charla, *saki* y chistes malos sumamente apreciados. Aunque más tarde Nicholai adquiriría una amplia reputación por su participación en expediciones importantes bajo tierra, esas salidas de aprendiz nunca fueron superadas en su aspecto puro por diversión y aventura.

Cuando cumplió los veintitrés años, Nicholai tenía un estilo de vida que satisfacía la mayor parte de sus necesidades y le compensaba por la mayoría de sus pérdidas, excepto la del general Kishikawa. Para sustituir a los miembros de la casa de Otake-san, había llenado su casa en Asakusa con gentes que adoptaron en cierto modo los papeles territoriales de miembros de la familia. Había perdido el amor de su adolescencia en buena parte su amor infantil; pero satisfacía las necesidades de su cuerpo con las imaginativas e incorregibles hermanas Tanaka. Las disciplinas mentales y las delicias del *Gõ*, que en otra época le habían obsesionado, habían sido sustituidas por las delicias emocionales y físicas de la espeleología. En cierto modo singular, y no muy sano, su entrenamiento en combate *Naked-Kill*[18] daba rienda suelta a los aspectos más corrosivos de su odio hacia aquellos que habían destruido su nación y su juventud; puesto que durante sus períodos de práctica fantaseaba sobre sus enemigos de ojos redondos, con lo cual se sentía mucho mejor.

La mayor parte de lo que había perdido era personal y orgánico, la mayor parte de sus sustitutos eran mecánicos y externos, pero la diferencia de calidad quedaba compensada en gran parte por sus retiros ocasionales en el descanso que daba a su alma la experiencia mística.

La parte más opresiva de su vida eran las cuarenta horas semanales que pasaba en el sótano del edificio San Shin, con su desagradable trabajo remunerado.

La crianza y el entrenamiento le habían proporcionado recursos interiores para satisfacer sus necesidades sin disipar energías en un empleo lucrativo, tan vital para los hombres conformistas errabundos que tienen dificultades para llenar su tiempo y justificar su existencia sin trabajar. El placer, el estudio y la comodidad eran adecuados para él; no necesitaba la muleta del reconocimiento, la seguridad del poder, el narcótico de la diversión. Desgraciadamente, las circunstancias le habían obligado a ganarse la vida, y más irónico todavía, a ganársela entre los norteamericanos. (Aunque los compañeros de trabajo de Nicholai formaba una mescolanza de norteamericanos, británicos y australianos, dominaban los métodos, valores y objetivos norteamericanos, de modo que muy pronto

Nicholai consideró a los británicos como norteamericanos incompetentes y a los australianos como norteamericanos en período de entrenamiento.)

El inglés era el idioma del centro donde trabajaba, pero el sentido de eufonía de Nicholai rechazaba la deglución blanda o gimoteo cascado del modo de hablar de los británicos de la clase alta, y el martilleo metálico y sonido elástico de cuerda de arco del lenguaje norteamericano, así que desarrolló un acento propio, que quedaba a medio camino entre los sonidos británicos y norteamericanos. El efecto de este artificio fue que sus asociados anglofónicos creyeran que la lengua nativa en el futuro de Nicholai era el inglés, pero «de algún otro lugar».

De vez en cuando, sus compañeros de trabajo procuraban incluir a Nicholai en sus planos de fiesta o excursión, sin que nunca pudiera sospechar que lo que para ellos suponía una condescendencia benevolente hacia el extranjero, era considerado por Nicholai como un igualitarismo presuntuoso.

Y no era tanto su enojosa suposición de igualdad lo que irritaba a Nicholai, sino sus confusiones culturales. Los norteamericanos parecían confundir el modo de vida con la cualidad de vida, igualaban la oportunidad con la mediocridad institucionalizada, la valentía con la firmeza, el machismo con la virilidad, la libertad con el libertinaje, la verbosidad con la pronunciación, la diversión con el placer, en una palabra, todos los falsos conceptos comunes a aquellas personas que suponen que la justicia implica una igualdad para todos, en vez de igualdad para los iguales.

En sus momentos de mayor benevolencia, consideraba a los norteamericanos como niños, enérgicos, curiosos, ingenuos, de buen corazón, niños muy malcriados, en cuyo aspecto notaba una diferencia mínima entre norteamericanos y rusos. Ambos eran gente de físico sano y vigoroso, ambos sobresalían en las cosas materiales, ambos confundían la belleza, ambos gallardeaban confiadamente en que su ideología era la mejor y definitiva, ambos eran infantiles y pendencieros, y ambos, en fin, terriblemente peligrosos. Peligrosos porque sus juguetes eran armas cósmicas que amenazaban la existencia de la civilización. El peligro radicaba menos en su malicia que en su estupidez. Resultaba irónico

considerar que la destrucción del mundo no sería obra de un Maquiavelo, sino de un Sancho Panza.

Nunca se sintió a gusto al tener que depender de esa gente para su subsistencia, pero no le quedaba otra alternativa, y se adaptaba a su irritación ignorándola. No fue hasta aquel marzo húmedo y tempestuoso de su segundo año cuando se vio forzado a aprender que cuando, uno come con los lobos, es cuestión discutible si uno es invitado o visitante.

A pesar del tiempo desapacible, la resistencia eterna del espíritu japonés quedaba de manifiesto en la canción ligera y optimista *Ringo no Uta*, que se oía en toda la nación a media voz o canturreada por millares de personas rehaciéndose de la ruina emocional o física de la guerra. Habían pasado los crueles inviernos del hambre; habían quedado atrás las inundaciones y las cosechas miserables; y en el extranjero dominaba el sentimiento de que el mundo estaba recuperándose, Incluso sufriendo los vientos húmedos de marzo, los árboles comenzaban a mostrar un débil verdor, promesa de una temprana primavera, el fantasma de la abundancia.

Cuando Nicholai llegó a su oficina aquella mañana, su humor era tan benevolente que incluso encontró un cómico encanto en el precioso oscurantismo militar del rótulo de su puerta: SCAP/COMCEN/SPHINX-FE, (N-CODE/D-CODE).

Con el pensamiento en otra parte, se dispuso a ordenar los mensajes de la máquina, mensajes interceptados de las fuerzas de ocupación soviéticas de Manchuria, comunicaciones rutinarias redactadas en un código sencillo. No sintiendo ningún interés por los juegos políticos y militares de los rusos y norteamericanos, Nicholai solía traducir los mensajes sin fijarse en su contenido, del mismo modo que una buena mecanógrafa escribe sin leer. Fue por este motivo que había comenzado ya a dedicarse a otro problema, cuando el significado de lo que acababa de leer floreció en su mente. Cogió la hoja de papel de su cesta de salida y lo leyó de nuevo.

Los rusos mandaban a Tokio, en avión, al general Kishikawa Takashi, para ser juzgado como criminal de guerra de la Clase A.

WASHINGTON

Acompañados por Miss Swivven, los cuatro hombres entraron en el ascensor y permanecieron en silencio mientras ella insertaba su tarjeta magnética en la ranura marcada «Piso 16». El árabe, entrenado en terrorismo, cuyo nombre código era Mr. Haman, perdió el equilibrio, cuando, al contrario de lo esperado, el ascensor descendió rápidamente a las entrañas del edificio. Cayó sobre Miss Swivven, que dio un chillido cuando el hombro del árabe golpeó el hombro de ella.

—Lo siento mucho, Madame. Suponía que la dirección del piso 16 sería ascendente. Debería ser así, matemáticamente hablando, pero…

El ceño fruncido de su superior de la OPEC controló su charla en falsete, de modo que concentró su atención en la estirada nuca de Miss Swivven. El hombre de la OPEC (en código Mr. Able) se sentía molesto por la voz indecisa y las maneras torpes de su colega árabe. Perteneciendo a la tercera generación de una familia cuyos miembros habían estudiado todos en Oxford y participado ampliamente con los británicos de las ventajas culturales en la explotación de su gente, Mr. Able despreciaba a este oportunista, hijo de un pastor de cabras, que probablemente había descubierto petróleo por casualidad al clavar en el suelo con demasiado empeño una estaquilla de la tienda. Estaba irritado, además, por haber tenido que suspender un asuntillo social íntimo, para venir a colaborar en algún problema desconocido, consecuencia, sin duda alguna, de la incompetencia de su compatriota y de aquellos rufianes de la CIA. En verdad, si la llamada no hubiese llevado el signo de autoridad del Presidente y de la Organización Madre, él la hubiese ignorado, pues, en el momento de

ser interrumpido, estaba disfrutando de una charla brillante y encantadora con un adorable joven cuyo padre era senador norteamericano.

Reaccionando ante el frío desdén del hombre de la OPEC, el delegado permaneció quieto en lo más profundo del ascensor, fingiendo estar preocupado por asuntos más importantes que aquel pequeño contratiempo.

Darryl Starr, por su parte, procuró mantener un aspecto de fría indiferencia, haciendo sonar las monedas en su bolsillo mientras silbaba entre dientes.

El ascensor se detuvo, y Miss Swivven insertó una segunda tarjeta magnética en la ranura para que las puertas se abrieran. El pastor de cabras aprovechó la oportunidad para darle una palmada en el trasero. Miss Swivven apartó el cuerpo y retrocedió.

«Vaya —pensó el palestino—. Una mujer modesta. Probablemente virgen. Tanto mejor. La virginidad es importante para los árabes, que temen la comparación, con buenas razones para ello.»

Darryl Starr, abiertamente, y el delegado con más disimulo, examinaron los alrededores, pues con anterioridad nunca habían sido admitidos en el piso 16 del edificio. Pero Mr. Able estrechó brevemente las manos de Diamond y exigió:

—¿De qué se trata? No me gusta en absoluto que se me llame aquí sin más explicaciones, especialmente una noche que tenía otros planes.

—Le gustará menos todavía cuando me explique —repuso Diamond. Se volvió hacia Starr—. Siéntese. Quiero que se entere de la importancia del lío que organizaron en Roma.

Starr se encogió de hombros con pretendida indiferencia y se dejó caer en una butaca moldeada de plástico blanco junto a la mesa de conferencias, con su cristal grabado al aguafuerte para proyección de datos del ordenador. El palestino estaba absorto admirando la vista que ofrecía la ventana.

—¿Mr. Haman? —dijo Diamond.

La nariz del árabe tocó el cristal mientras contemplaba embelesado los dibujos de los faros de los automóviles que avanzaban lentamente junto al monumento a Washington, los mismos coches que siempre pasaban por la avenida precisamente a aquella misma hora cada noche.

—¿Mr. Haman? —repitió Diamond.

—¿Qué? ¡Oh, sí! Siempre olvido este nombre en código que me han asignado. ¡Qué humorada por mi parte!

—Siéntese —indicó Diamond con voz sorda.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

—¡Siéntese!

Con una mueca de torpeza, el árabe se sentó junto a Starr ante la mesa, mientras que Diamond indicaba al representante de la OPEC la cabecera de la mesa, sentándose él, a su vez, en su butaca giratoria de diseño ortopédico, en la plataforma elevada.

—Dígame, Mr. Able, ¿qué sabe usted acerca de la desgraciada incursión de esta mañana en el aeropuerto de Roma Internacional?

—Casi nada. Yo no tengo por qué molestarme con los detalles técnicos. Mi preocupación es la estrategia económica. —Sacudió de la impecable raya de sus pantalones una imaginaria mota de polvo.

Diamond inclinó la cabeza bruscamente.

—Ninguno de nosotros debería tener que tratar de estos asuntos pero la estupidez de su gente y la incompetencia de la mía nos obliga…

—Bueno, un momento, un momento… —comenzó a decir el delegado.

—… nos obliga a intervenir en el asunto. Quiero presentarle una perspectiva de fondo, así que se dará perfecta cuenta. Miss Swivven, por favor, tome nota. —Diamond alzó la mirada y miró fijamente al delegado de la CIA—. ¿Por qué se agita de esa manera?

Con los labios apretados, y las aletas de la nariz dilatadas, el delegado respondió:

—A lo mejor es que estaba esperando que me ordenara sentarme, como ha hecho con los demás.

—Muy bien. —La mirada de Diamond era vacía y cansada—. Siéntese.

Con aire de haber obtenido una victoria diplomática, el delegado tomó asiento al lado de Starr.

En ningún momento durante la conferencia, Diamond dedicó su tono ligeramente sarcástico y autoritario a Mr. Able, pues ambos habían trabajado juntos en muchos proyectos y problemas y se profesaban cierto

respeto mutuo, basado, no precisamente en la amistad, sino en cualidades compartidas de habilidad administrativa, análisis lúcido de los problemas y una eficiencia para tomar decisiones libre de los conceptos románticos de la ética. Su papel consistía en representar los poderes que tenían detrás, en todas las relaciones paralegales y extra-diplomáticas entre las naciones árabes productoras de petróleo y la Organización Madre, cuyos intereses estaban ligados íntimamente, aunque jamás uno de ellos llegó a confiar en el otro más allá de los límites de su mutuo beneficio. Las naciones representadas por Mr. Able eran poderosas en la palestra internacional más allá de los dones y la capacidad limitada de su gente. El mundo industrializado había permitido descuidadamente llegar a tener que depender del petróleo árabe para supervivencia, aunque sabían que el suministro tendría un fin, y era, en efecto, muy limitado. Pero las naciones primitivas, sabiendo que el mundo tecnológico los mimaba únicamente porque ellos poseían ese petróleo tan necesario, tenían el propósito de convertir ese petróleo y el poder político concomitante en fuentes más durables de riqueza antes de haber extraído del subsuelo ese jugo pernicioso, a cuyo efecto estaban comprando decididamente tierras en todo el mundo y apoderándose de compañías, infiltrándose en los sistemas bancarios, y ejerciendo un control financiero sobre figuras políticas en todo el Occidente Industrializado. Disfrutaban de ciertas ventajas para sus proyectos. En primer lugar, podían maniobrar rápidamente porque no tenían el obstáculo de los viscosos sistemas políticos de la democracia. En segundo lugar, los políticos occidentales son corruptos y egoístas. Y en tercer lugar, la gran masa de occidentales son avariciosos, holgazanes y desprovistos del menor sentido histórico, estando condicionados a vivir al borde de la catástrofe a causa de la era atómica, y, por tanto, preocupados únicamente por la vida fácil y la prosperidad durante su propio tiempo de vida. El grupo de corporaciones de energía que formaban la Organización Madre hubieran podido destruir en cualquier momento deseado la opresión chantajista de las naciones árabes. El petróleo bruto no tenía valor hasta ser convertido en un contaminante provechoso y únicamente ellos controlaban la distribución y almacenamiento. Pero el objetivo a largo plazo de la

Organización Madre era utilizar el arma de la inevitable escasez de petróleo, para apoderarse del control de todas las fuentes de energía: carboníferas, atómica, solar y geotérmica. Como ejemplo de su relación simbiótica, OPEC favorecía a la Organización Madre restringiendo los suministros cuando la Organización quería construir oleoductos sobre la frágil tundra, o bloquear una inversión gubernamental de importancia en la investigación de la energía solar o aérea, o crear restricciones en el gas natural cuando presionaba la desaparición de los controles de precio. A cambio, la Organización Madre servía a las naciones de la OPEC de muchas maneras, no siendo la menor la presión política durante el embargo del petróleo para impedir que las naciones occidentales dieran el paso decisivo de ocupar territorios y liberar el petróleo para el beneficio común. Llevar a cabo esta tarea requirió una sutilidad retórica mucho mayor de lo que los árabes creían, puesto que, al mismo tiempo, la Organización Madre estaba preparando unos vastos programas de propaganda para hacer creer a las masas que ella, la Organización, trabajaba para independizar Norteamérica de las importaciones de petróleo extranjero, utilizando los accionistas más importantes, que eran también figuras famosas del mundo del espectáculo, para que consiguieran la ayuda popular para su exploración de petróleo fósil, su amenaza contra la Humanidad con los residuos atómicos y su contaminación de los mares con las perforaciones dentro del mar y el manejo descuidado de los petroleros.

Tanto la Organización Madre como los poderes de la OPEC estaban pasando por un delicado período de transición; la primera, tratando de convertir su monopolio de petróleo en una hegemonía sobre todas las fuentes de energía, para que su poder y sus beneficios no se desvanecieran con el agotamiento de los suministros mundiales de petróleo; y los otros, luchando por transformar su riqueza petrolífera en riqueza industrial y posesiones territoriales en todo el mundo occidental. Para facilitar su paso por este período difícil y vulnerable, Mr. Able y Mr. Diamond habían recibido autoridad ilimitada para tratar con tres de los obstáculos más amenazadores para su éxito: los viciosos esfuerzos de la OLP utilizando su valor conflictivo para ganar una parte de los beneficios árabes; la

interferencia torpe e insensata de la CIA y su órgano sensorial la NSA; y la tenacidad e insistencia egoísta de Israel para sobrevivir.

En resumen, el papel de Mr. Diamond consistía en controlar la CIA, y, a través del poder internacional de la Organización Madre, las acciones de los estados occidentales; mientras que Mr. Able tenía asignada la tarea de mantener en línea a los Estados árabes individuales. Cosa que le resultaba especialmente difícil por cuanto estos poderes son una mezcolanza extraña de dictaduras medievales y caóticos socialismos militares.

Mantener la OLP en línea era su mayor problema. Ambos, la OPEC y la Organización Madre, estaban de acuerdo en que los palestinos eran una pesadilla totalmente desproporcionada a su significado, pero los caprichos de la Historia han hecho de su pequeña causa y de ellos mismos un punto de partida para las naciones árabes divergentes. Todos se hubieran liberado alegremente de su estupidez y su malignidad, pero, por desgracia, esas enfermedades, aunque contagiosas, no son fatales. Sin embargo, Mr. Able hacía todo lo posible para mantenerlos al margen e impotentes, habiendo agotado recientemente mucha de su fuerza al crear el desastre de Lebanon.

Pero no pudo impedir a los terroristas palestinos el ataque en las Olimpíadas de Munich, que echó a perder años de propaganda antijudía que había estado floreciendo sobre la base de un antisemitismo latente en todo el Occidente. Mr. Able había hecho lo que pudo: alertó a Mr. Diamond de lo que iba a suceder. Y Diamond envió la información al Gobierno de Alemania Federal, suponiendo que podrían controlar la situación. En vez de eso, los alemanes quedaron al margen y permitieron que el ataque se produjera, dado que la protección de los judíos nunca ha sido un tema dominante en la conciencia alemana.

Aunque existía una larga historia de colaboración entre Diamond y Mr. Able, y cierta admiración mutua, no existía ninguna amistad. Diamond se sentía inquieto ante la ambigüedad sexual de Mr. Able. Además, detestaba las ventajas culturales y el ambiente social del árabe, pues Diamond se había criado en las calles del West Side neoyorquino, y al igual que muchos de los plebeyos que llegaron a un nivel más alto, sabía, impulsado por un esnobismo a la inversa, que la crianza noble era una tara de la personalidad.

Por su parte, Mr. Able contemplaba a Diamond con un desprecio que nunca se molestó en disimular. Mr. Able se veía a sí mismo en un papel patriótico y noble, trabajando para crear una base de poder para su gente para cuando desapareciera el petróleo. Pero Diamond era una prostituta, dispuesta a ahogar los intereses de su gente a cambio de riqueza y de una oportunidad para participar en el juego del poder. Despreciaba a Diamond como prototipo del norteamericano, del norteamericano cuya visión del honor y la dignidad quedaban circunscritos a una ambición de ganancias. Opinaba que los norteamericanos eran una gente decadente, cuya idea del refinamiento se limitaba a un papel higiénico blando. Niños ricos que se lanzaban por sus carreteras, jugando con sus radios CB y pretendiendo ser pilotos de la II Guerra Mundial. ¿Dónde está la fibra de una gente cuyo poeta más vendido es Rod McKuen, el Howard Cosell del verso?

La mente de Mr. Able divagaba en semejantes pensamientos mientras permanecía sentado a la cabeza de la mesa de conferencias, con su rostro impasible, y en sus labios una leve sonrisa de distancia cortés. Jamás permitió que su aversión trasluciera, sabiendo que su gente tenía que continuar colaborando con los norteamericanos, hasta que hubiesen terminado la tarea de apoderarse de su nación sin que ellos se dieran cuenta.

Mr. Diamond estaba repantigado en su butaca, examinando con atención el techo mientras reflexionaba sobre la manera de introducir este problema de modo que no pareciera que la culpa era enteramente suya.

—Bien —dijo al final—, primero un poco de historia. Después del embrollo de las Olimpíadas de Munich, ustedes se comprometieron a controlar a la OLP para evitar ese tipo de mala Prensa en el futuro.

Mr. Able suspiró. Menos mal que Diamond no había comenzado su historia con la huida de los israelitas a través del mar Rojo.

—Como consolación —continuó Diamond—, conseguimos que se permitiera a ese no-sé-cómo-se-llama, comparecer ante la ONU y desatar sus babosas fulminaciones contra los judíos. Pero, a pesar de las seguridades que ustedes nos dieron, hemos descubierto recientemente que una célula de miembros de «Setiembre Negro», incluidos dos que

participaron en la incursión de Munich, tenían permiso de ustedes para llevar a cabo un estúpido secuestro de avión a la salida de Heathrow.

Mr. Able se encogió de hombros.

—Las circunstancias modifican las intenciones. No le debo a usted explicaciones por todo lo que hacemos. Baste aclarar que este último ejercicio vengativo era su precio por aguantar algún tiempo hasta que la presión americana socave los poderes defensivos de los judíos.

—Y en ese aspecto estuvimos de acuerdo con ustedes. Como ayuda pasiva, ordené a la CIA que se abstuviera de ninguna acción contra los miembros de «Setiembre Negro». Probablemente, estas órdenes eran superfluas, pues la incompetencia ya tradicional de esa organización hubiera neutralizado, de todas maneras, cualquier acción emprendida.

El delegado se aclaró la garganta para intervenir, pero Diamond lo detuvo alzando la mano, y prosiguió:

—Dimos un paso más allá de la ayuda pasiva. Cuando supimos que un grupo pequeño y no oficial de israelíes estaba en la pista de los responsables de la matanza de Munich, decidimos detenerlos con una incursión inutilizante. El jefe de este grupo era un tal Asa Stern, un ex político, cuyo hijo se hallaba entre los atletas asesinados en Munich. Al saber que Stern sufría de cáncer, murió hace dos semanas, y que su pequeño grupo consistía únicamente de un puñado de jóvenes idealistas aficionados, creímos que las fuerzas combinadas de su organización de espionaje árabe y nuestra CIA bastarían para destruirlos.

—¿Y no ha sido así?

—No ha sido así. Esos dos hombres sentados a esa mesa eran responsables de la operación, aunque el árabe realmente sólo era un agente en entrenamiento. Mediante una acción muy aparatosa y muy torpe, consiguieron terminar con dos de los tres miembros del grupo de Stern… acabando al mismo tiempo con siete personas más. Pero un miembro, una muchacha llamada Hanna Stern, sobrina del difunto líder, consiguió escabullirse.

Mr. Able suspiró y cerró los ojos. ¿Es que nunca podía salir nada bien en este país con su fastidiosa forma de gobierno? ¿Cuándo descubrirían que

el mundo se halla en una era de posdemocracia?

—¿Dice usted que una joven escapó de esa desgraciada incursión? Seguramente eso carece de importancia. No puedo creer que una mujer vaya a Londres y consiga ella sola matar a seis terroristas palestinos bien entrenados y con mucha experiencia, y que además cuentan con la protección, no sólo de su organización y la mía, sino además, por la recomendación de ustedes con la del MI-5 y MI-6 británicos. Es simplemente ridículo.

—Sería ridículo, en efecto. Pero Miss Stern no ha ido a Londres. Estamos seguros de que se ha marchado a Francia. Y estamos seguros también de que en este momento se halla en contacto, o lo estará muy pronto, con un tal Nicholai Hel, un hombre de tarjeta lila, perfectamente capaz de introducirse entre su gente, la mía y todos los británicos, de acabar con «Setiembre Negro», y de estar de regreso en Francia a tiempo para una cita de almuerzo.

Mr. Able miró intrigado a Diamond.

—¿Es admiración lo que me parece notar en su voz?

—¡No! Yo no diría que eso es admiración. Pero Hel es un hombre que no podemos ignorar. Voy a ponerles al corriente de sus antecedentes para que puedan apreciar las medidas especiales a que tendremos que recurrir para solucionar este embrollo. —Diamond se dirigió al primer ayudante, que estaba discretamente sentado junto a su consola—. Ponga en marcha el informe sobre Hel.

Mientras aparecían los datos escuetos y prosaicos de *Fat Boy* proyectados en la superficie de la mesa que tenían frente a ellos, Diamond hizo rápidamente un resumen de los detalles biográficos que explicaban cómo Nicholai Hel se enteró de que el general Kishikawa se hallaba en manos de los rusos y estaba a punto de ser juzgado por la Comisión contra los crímenes de guerra.

JAPÓN

Nicholai solicitó un permiso, que le fue concedido, para poder dedicar su tiempo y energías a la tarea de localizar al general. La semana siguiente constituyó una pesadilla, una lucha desesperada en movimiento lento contra las impenetrables, aunque suaves, barricadas de Helios rojos, secreto autonómico, desconfianza internacional, inercia burocrática e indiferencia individual. Sus esfuerzos a través del gobierno civil japonés no dieron ningún resultado. Sus sistemas eran estáticos y quedaban frenados por contrariar la tendencia japonesa sobre organización y autoridad compartida destinada a aliviar la carga de la responsabilidad individual hacia el error, eran elementos de democracia extranjera que llevaban inherentes la diligente inacción característica de semejante forma inútil de gobierno.

Nicholai recurrió entonces a los gobiernos militares, y con perseverancia, consiguió hacerse una idea parcial de los acontecimientos que condujeron al arresto del general. En el proceso, tuvo que ponerse peligrosamente a la vista, aunque se daba cuenta de que, para una persona que vivía con documentos falsos de identidad, que carecía de la protección de una nacionalidad oficial, representaba un gran riesgo irritar a los burócratas que medran con el *status quo* disfuncional.

Los resultados de esta semana de búsqueda y acoso fueron pobres. Nicholai supo que Kishikawa-san había sido entregado por los soviéticos a la Comisión contra los crímenes de guerra, que estaría encargada de dilucidar su caso, y que el general estaba confinado en la prisión de Sugamo. Supo que un oficial del cuerpo jurídico norteamericano se había encargado de su defensa, pero no consiguió entrevistarse con ese hombre

hasta después de haberle inundado con cartas y llamadas telefónicas, y la entrevista consistió en media hora rápida por la mañana.

Nicholai se levantó antes del amanecer y subió a un tranvía abarrotado que le llevó al distrito de Yotsuya. El amanecer, húmedo y grisáceo, tiznaba el cielo por el Este, mientras Nicholai cruzaba el Akebono-bashi, por el Puente de la Aurora, más allá del cual se alzaba el imponente edificio Ichigaya Barracks, que se había convertido en el símbolo de la inhumana maquinaria de la justicia occidental.

Durante tres cuartos de hora, permaneció sentado en un banco de madera, haciendo antesala junto a la oficina del abogado, situada en el sótano. Finalmente, una atareada secretaria malhumorada le hizo pasar al desordenado despacho del capitán Thomas. El oficial le hizo un gesto invitándole a sentarse sin alzar los ojos de la declaración que estaba revisando. Solamente cuando hubo terminado y escrito una nota marginal, el capitán Thomas alzó la vista.

—¿Y bien?

En su tono había más cansancio que brusquedad. Él se encargaba personalmente de la defensa de seis acusados de crímenes de guerra, y tenía que trabajar con personal y recursos limitados, en comparación con la vasta maquinaria de investigación y organización de que disponía el fiscal instalado en sus oficinas más arriba del edificio. Desgraciadamente para la paz de su espíritu, el capitán Thomas tenía sus ideales sobre la honestidad de la ley anglosajona, y todas sus palabras y gestos estaban impregnados de un amargo fatalismo. Lo que más deseaba en aquel momento era terminar con todo aquel enredo, y regresar a su vida civil y a ejercer su profesión en su pequeña ciudad de Vermont.

Nicholai le contó que estaba buscando información sobre el general Kishikawa.

—¿Por qué?

—Es amigo mío.

—¿Amigo? —El capitán se mostraba dudoso.

—Sí, señor. Él… él me ayudó mucho cuando yo estaba en Shanghai.

El capitán Thomas extrajo la carpeta de Kishikawa de debajo de un montón de pliegos similares.

—Por entonces, usted debería ser un niño.

—Tengo veintitrés años, señor.

Las cejas del capitán se elevaron. Como todo el mundo, se había engañado por la disposición genética de Nicholai hacia una apariencia juvenil.

—Lo siento. He creído que era mucho más joven. ¿Qué es lo que quiere decir cuando se refiere a que Kishikawa le ayudó?

—Cuidó de mí al morir mi madre.

—Ya entiendo. Usted es británico, ¿verdad?

—No.

—¿Irlandés? —De nuevo ese acento que siempre se identificaba como «de algún otro lugar».

—No, capitán. Trabajo para el SCAP como traductor. —Era mejor escabullirse del inoportuno enredo de su nacionalidad, o, mejor dicho, de su falta de nacionalidad.

—¿Y se está usted ofreciendo como testigo de descargo? ¿No es eso?

—Me gustaría ayudar en lo que pudiera.

El capitán Thomas asintió y buscó a tientas un cigarrillo.

—Hablándole con franqueza, no creo que pueda ayudarle demasiado. Tenemos demasiado trabajo y poco personal. He tenido que decidir concentrar mis energías en aquellos casos que presenten alguna posibilidad de éxito. Y, francamente, no incluiría a Kishikawa en esa categoría. Probablemente, esto le parecerá a usted muy frío, pero es preferible que le hable con honradez.

—Pero… yo no puedo creer que el general Kishikawa fuese culpable de nada. ¿De qué se le acusa?

—Está en el grupo de la Clase A: crímenes contra la Humanidad… cualquiera que sea lo que esa maldita frase signifique.

—Pero, ¿quién va a testificar contra él? ¿Qué es lo que dicen que ha hecho?

—No lo sé. Los rusos se encargan de la acusación, y no me permiten examinar sus documentos, ni las fuentes de información, hasta el día anterior al juicio. Supongo que los cargos se centrarán en torno a sus acciones como gobernador militar de Shanghai. Los encargados de su propaganda han utilizado diversas veces el título: «El Tigre de Shanghai.»

—¡El Tigre de…! ¡Eso es una locura! Él era administrador. Puso de nuevo en marcha el suministro de agua… los hospitales. ¿Cómo pueden ellos…?

—Durante el tiempo de su gobierno se sentenciaron y ejecutaron cuatro hombres. ¿Sabía usted eso?

—No, pero…

—Por lo que a mí respecta, esos cuatro hombres podían haber sido asesinos o violadores o saqueadores. Sé que el promedio de ejecuciones por crímenes mayores durante los diez años de control británico fue del catorce coma seis. Cualquiera creería que la comparación sería en favor de su general. Pero los hombres que él mandó ejecutar son descritos como «héroes del pueblo». Y no se puede andar ejecutando héroes del pueblo y salir con bien del trance. Especialmente, cuando se es conocido como «El Tigre de Shanghai».

—¡Jamás fue llamado así!

—Así le llaman ahora. —El capitán Thomas se inclinó hacia atrás, apretando los dedos contra las cuencas de sus ojos hundidos. Se tiró levemente del cabello color arena en un esfuerzo para reanimarse—. Y puede usted apostar la vieja peluca de su tía Tilly a que ese título será utilizado un centenar de veces durante el juicio. Siento parecerle derrotista, pero la verdad es que sé que para los soviéticos es muy importante ganar esta causa. Se está montando una gran propaganda en torno a este juicio. Como ya debe saber, los soviéticos están recibiendo muchas censuras por no proceder a la repatriación de los prisioneros de guerra. Han estado reteniéndolos en «campos de reeducación», en Siberia, hasta que puedan devolverlos plenamente adoctrinados. Y no han devuelto ni un solo criminal de guerra, aparte de Kishikawa. De modo que ésta es una pieza clave para ellos, una oportunidad para que la gente de todo el mundo sepa que están

cumpliendo con su deber, realizando vigorosas purgas con los imperialistas capitalistas japoneses, procurando la seguridad en el mundo para el socialismo. Ahora bien, al parecer, usted cree que Kishikawa es inocente. *Okay*, quizá sea así. Pero le aseguro que será calificado como criminal de guerra. Sabe, la primera condición para recibir ese honor es estar en el lado del perdedor, y él lo estaba. —El capitán Thomas encendió un cigarrillo con la punta del otro que después aplastó en un cenicero repleto de colillas. Lanzó una especie de bufido acompañado de una risita melancólica—. ¿Se imagina lo que le hubiera sucedido a Mac Arthur o al general Patton si hubiera ganado el otro bando? Suponiendo que se hubiesen mostrado tan legalistas como para establecer juicios por crímenes de guerra. Demonios, los únicos que hubieran escapado de ser considerados como «responsables de la guerra» serían esos patanes aislacionistas que nos mantuvieron alejados de la Sociedad de Naciones, y seguramente ellos hubieran sido nombrados gobernantes de paja, del mismo modo que nosotros hemos colocado justamente lo contrario en la Dieta. Y así son las cosas, hijo. Ahora he de volver al trabajo. Mañana tengo que asistir a un juicio representando a un viejo que está muriéndose de cáncer y que declara que él nunca hizo nada sino obedecer las órdenes de su emperador. Pero probablemente será llamado «El Leopardo de Luzón» o «El Puma de Pago-Pago». Y, ¿sabes qué, chico? Por lo que yo sé, podría haber sido realmente el «Leopardo de Luzón». De todos modos, no importa demasiado que sea una cosa u otra.

—¿Puedo verle por lo menos? ¿Visitarle?

La cabeza del capitán Thomas estaba inclinada; ya estaba revisando el pliego del juicio próximo.

—¿Qué?

—Quisiera visitar al general Kishikawa. ¿Puedo?

—No puedo hacer nada al respecto. Se trata de un prisionero ruso. Tendrá que conseguir usted permiso de los rusos.

—Bueno, y usted, ¿cómo se las arregla para verle?

—Todavía no le he visto.

—¿Ni siquiera ha hablado con él?

El capitán Thomas alzó los ojos confusamente.

—Me quedan seis semanas antes de que Kishikawa comparezca a juicio. Mañana tenemos al «Leopardo de Luzón». Vaya a ver a los rusos. Quizás ellos puedan ayudarle.

—¿A quién debo ver?

—¡Mierda, muchacho, no lo sé!

Nicholai se levantó.

—Ya entiendo. Gracias.

Ya había llegado a la puerta cuando el capitán Thomas, añadió:

—Lo siento, hijo. De verdad.

Nicholai inclinó la cabeza y salió.

Durante los meses siguientes, Nicholai tendría ocasión de comparar las diferencias entre el capitán Thomas y su colega ruso, el coronel Gorbatov. En los superpoderes había variaciones simbólicas en su modo de pensar y tratar a los hombres y a los problemas. El norteamericano se había mostrado genuinamente preocupado, compasivo, acosado, mal organizado… en definitiva, inútil. El ruso era desconfiado, indiferente, bien preparado e informado, y finalmente de algún valor para Nicholai, arrellanado en una gran butaca tapizada mientras el coronel movía pensativamente su té con la cucharilla hasta que los dos grandes terrones de azúcar se desintegraron arremolinándose en el fondo, sin terminar de disolverse.

—¿Está usted seguro de no querer té? —preguntó el coronel.

—Gracias, no quiero. —Nicholai prefería evitar pérdidas de tiempo en cortesías sociales.

—En cuanto a mí, soy un adicto al té. Cuando muera, el sujeto que me haga la autopsia descubrirá mis interiores curtidos como cuero de botas. —Gorbatov sonrió automáticamente por el viejo chiste, y colocó el vaso en su portavasos de metal. Desenganchó de las orejas las patillas de la montura metálica de sus gafas, y las limpió, o, mejor dicho, distribuyó la suciedad por todo el cristal con su pulgar e índice. Al hacerlo, fijó sus ojos saltones en el joven sentado frente a él. Gorbatov era corto de vista y podía apreciar mucho mejor el rostro juvenil de Nicholai y sus asombrosos ojos verdes, si

se quitaba las gafas—. ¿De modo que usted es amigo del general Kishikawa? Un amigo preocupado por su bienestar. ¿No es eso?

—Así es, coronel. Y quisiera ayudarle, si es posible.

—Se comprende muy bien. Después de todo, ¿para qué son los amigos?

—Por lo menos, me gustaría tener permiso para visitarle en la prisión.

—Sí, naturalmente, le gustaría. Eso se comprende muy bien. —El coronel se colocó de nuevo las gafas y sorbió su té—. Habla usted muy bien el ruso, Mr. Hel. Con un acento muy refinado. Ha recibido usted un entrenamiento muy cuidadoso.

—No es cuestión de entrenamiento. Mi madre era rusa.

—Sí, naturalmente.

—Nunca he aprendido el ruso formalmente. Fue mi lengua materna.

—Entiendo, entiendo.

El estilo de Gorbatov consistía en cargar a la otra persona el peso de la comunicación, hacer que el otro se expresara, contribuyendo él mismo muy poco, aparte de indicaciones constantes de su poco convencimiento. Nicholai permitió que esa transparente táctica diera resultado, porque estaba cansado de los rodeos, frustrado de los atajos y caminos que no conducían a ninguna parte, y ansioso por tener noticias de Kishikawa-san. Brindó más información de la necesaria, pero mientras hablaba se dio cuenta de que su historia no tenía el timbre de la verdad. La realización hizo que se explicara más cuidadosamente todavía, y las meticulosas explicaciones cada vez parecían más falsas.

—En mi país, coronel, el ruso, el francés, el alemán y el chino, todas eran lenguas de la cuna.

—Debió de resultar algo incómodo tener que dormir en una cuna tan atiborrada.

Nicholai trató de reír, pero el sonido fue débil y poco convincente.

—Pero, naturalmente —prosiguió Gorbatov—, usted habla también el inglés. —La pregunta se la hizo en inglés con un ligero acento británico.

—Sí —respondió Nicholai en ruso—. Y japonés. Pero estas lenguas sí fueron aprendidas.

—¿Quiere decir no de cuna?

—Eso justamente. —Nicholai lamentó en el acto el tono sarcástico que había adquirido su voz.

—Ya entiendo. —El coronel se inclinó hacia atrás en el sillón de su escritorio y miró a Nicholai mostrando cierto punto de humor en sus ojos de forma mongólica—. Sí —dijo al final—, muy bien entrenado. Y joven para desarmar. Pero, a pesar de todos sus idiomas de cuna y posteriores, Mr. Hel, usted es norteamericano, ¿no es verdad?

—Yo trabajo para los americanos. Como traductor.

—Pero usted enseñó una tarjeta de identidad norteamericana a los hombres de la entrada.

—Se me dio esa tarjeta a causa de mi trabajo.

—Oh, naturalmente, ya entiendo. Pero, según yo recuerdo, mi pregunta no ha sido para quién trabaja usted, eso ya lo sabíamos, sino cuál es su nacionalidad. Usted es norteamericano, ¿no es verdad?

—No, coronel, no lo soy.

—¿Qué es, entonces?

—Bueno… supongo que soy más japonés que otra cosa.

—¡Oh! ¿Me perdonaría si le digo que usted no tiene especialmente aspecto de japonés?

—Como ya le he dicho, mi madre era rusa. Mi padre era alemán.

—¡Ah! Eso lo aclara todo. De ascendencia típicamente japonesa.

—¡No veo qué diferencia puede haber en cuanto a cuál sea mi personalidad!

—No es importante que usted pueda o no pueda verlo. Responda mi pregunta, por favor.

La repentina frialdad de su tono hizo que Nicholai calmara en el acto su creciente frustración e ira. Respiró profundamente.

—Nací en Shanghai. Vine aquí durante la guerra, bajo la protección del general Kishikawa, un amigo de la familia.

—Entonces, ¿de qué nación es usted ciudadano?

—De ninguna.

—Qué embarazoso le debe resultar eso.

—Sí, efectivamente lo es. Y me creó muchas dificultades para poder encontrar un trabajo con el que poder vivir.

—Claro, estoy seguro de que sería así, Mr. Hel. Y teniendo esas dificultades, creo que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurarse un empleo y el dinero.

—Coronel Gorbatov, yo no soy agente de los norteamericanos. Tengo un empleo con ellos, pero no soy agente de ellos.

—Está usted haciendo unas diferencias de matiz, que, confieso francamente, no logro entender.

—Pero, ¿por qué habrían de querer los americanos entrevistar al general Kishikawa? ¿Qué motivo podrían tener para recurrir a una complicada charada con el único propósito de ponerse en contacto con un oficial con una carrera ampliamente administrativa?

—Eso precisamente es lo que esperaba que usted me aclarase, Mr. Hel. —El coronel sonrió.

Nicholai se levantó.

—Coronel, es evidente para mí que usted está divirtiéndose con nuestra conversación más que yo. No debo aprovecharme de su valioso tiempo. Seguramente habrá algunas moscas esperando que les arranquen las alas.

Gorbatov soltó una carcajada.

—¡Hace años que no oía ese tono! No sólo el acento cultivado de la nobleza rusa, sino incluso el desdén ligeramente sarcástico. ¡Es maravilloso! Siéntese, joven. Siéntese. Y cuénteme por qué ha de ver usted al general Kishikawa.

Nicholai se dejó caer en el mullido sillón, vacío, cansado.

—Es mucho más sencillo de lo que usted está dispuesto a creer. Kishikawa-san es un amigo. Casi un padre. Ahora está solo, sin familia y en prisión. Debo ayudarle, si puedo. Por lo menos, debo hablar con él.

—Un sencillo gesto de compasión filial. Perfectamente comprensible. ¿Está usted seguro de no querer un vaso de té?

—Perfectamente seguro, gracias.

Mientras volvía a llenar su vaso, el coronel abrió una carpeta de papel manila y echó una ojeada a su contenido. Nicholai supuso que la

preparación de ese archivo había sido la razón para sus tres horas de espera en las oficinas exteriores del Cuartel General de las fuerzas de ocupación soviéticas.

—Veo que usted también lleva documentos que le identifican como ciudadano de la URSS. Seguramente eso es lo bastante extraño como para merecer una explicación…

—Sus fuentes de información dentro de SCAP son buenas.

El coronel se encogió de hombros.

—Son adecuadas.

—Tenía una amistad… una mujer… que me ayudó a conseguir empleo con los norteamericanos. Fue ella quien consiguió mi tarjeta de identidad norteamericana…

—Perdóneme, Mr. Hel. Parece que esta tarde estoy expresándome muy mal. No le he preguntado por sus documentos de identidad norteamericanos. Es su tarjeta de identidad rusa la que me interesa. ¿Me perdonará mi poca precisión?

—Estaba tratando de explicarle eso.

—¡Oh, perdóneme!

—Iba a aclararle que esa mujer se dio cuenta de que podía meterme en algún lío si los norteamericanos descubrían que yo no era un ciudadano yanqui. Para evitarlo, también me consiguió documentos falsificados que me concedían la nacionalidad rusa, de manera que pudiera mostrarlos a la Policía Militar norteamericana que se mostrase curiosa, y poder evitar el interrogatorio.

—¿Y cuántas veces ha tenido que recurrir a esta barroca estratagema?

—Ninguna.

—Una frecuencia que casi no justifica el esfuerzo. ¿Y por qué ruso? ¿Por qué no escogió ninguna otra nacionalidad entre las de su atestada cuna?

—Como usted ha señalado, no tengo aspecto convincente de oriental. Y la actitud de los norteamericanos hacia los ciudadanos alemanes resulta muy poco amistosa.

—¿Mientras que su actitud hacia los rusos, por otra parte, es fraternal y compasiva? ¿Es eso?

—Naturalmente que no. Pero los norteamericanos desconfían de ustedes, y les temen, por lo cual no tratan mal a los súbditos rusos.

—Esa mujer, esa amiga suya, fue muy astuta. Cuénteme ahora por qué se expuso tanto por usted. ¿Por qué había de arriesgarse?

Nicholai no repuso, lo que fue respuesta suficiente.

—Vaya, entiendo —replicó el coronel Gorbatov—. Naturalmente. Teniendo en cuenta, además, que Miss Goodbody ya no tenía el peso de la primera juventud.

Nicholai enrojeció de ira.

—¡Está usted enterado de todo!

Gorbatov se quitó las gafas y redistribuyó la suciedad.

—Sé ciertas cosas. Sobre Miss Goodbody, por ejemplo. Y sobre el personal de su casa, en el distrito Asakusa. Vaya, vaya, vaya. ¿Dos jovencitas para compartir su cama? ¡Juventud desenfrenada! Y sé también que su madre fue la condesa Alejandra Ivanovna. Sí. Conozco ciertas cosas sobre usted.

—Y me ha creído desde el principio, ¿verdad?

Gorbatov hizo un gesto con los hombros.

—Sería más exacto decir que he creído los detalles con los que ha adornado usted su historia. Sé que visitó al capitán Thomas, miembro del tribunal contra los crímenes de guerra, el pasado… —echó una ojeada a la carpeta—… el pasado martes por la mañana, a las siete treinta. Y supongo que él le diría que no podía hacer nada en el asunto del general Kishikawa, quien, aparte de ser un importante criminal de guerra culpable de crímenes contra la Humanidad, es también el único alto oficial del Ejército imperial japonés que ha conseguido sobrevivir los rigores de un campo de reeducación, y es, por tanto, una figura valiosa para nosotros, desde el punto de vista de prestigio y propaganda. —El coronel se colocó las gafas comenzando por una oreja y acabando por la otra—. Me temo que no puede hacer nada por el general, joven. Y si sigue en su propósito, se arriesga a que el Servicio de Información norteamericano investigue sobre usted, y

Servicio de Información es más un título de lo que buscan que no de lo que poseen. Y si mi hermano de armas, el capitán Thomas, no pudo hacer nada por usted, ciertamente, tampoco puedo yo. El capitán, después de todo, representa la defensa. Yo represento la acusación. ¿Está usted seguro de no querer un vaso de té?

Nicholai se agarró a lo que pudiera conseguir.

—El capitán Thomas me dijo que necesitaría del permiso de usted para visitar al general.

—Eso es cierto.

—¿Entonces?

El coronel hizo girar su sillón encarándolo a la ventana y se dio unos golpecitos en los dientes con el dedo índice mientras contemplaba el húmedo día.

—¿Está usted seguro de que el general se sentiría complacido con su visita, Mr. Hel? He estado hablando con él. Es un hombre orgulloso. Es posible que no le gustase aparecer ante usted en su estado actual. Ha intentado suicidarse dos veces, y ahora se le vigila rigurosamente. Su condición presente es degradante.

—Debo intentar verle. Le debo… muchísimo. El coronel hizo un signo de aprobación sin desviar la vista de la ventana. Parecía inmerso en sus propios pensamientos.

—¿Y bien? —preguntó Nicholai transcurrido un momento.

Gorbatov no respondió.

—¿Me concede usted el permiso para visitar al general?

Con voz distante y monótona, el coronel respondió:

—Sí, naturalmente. —Se volvió hacia Nicholai y sonrió—. Voy a dar las órdenes oportunas en el acto.

A pesar de encontrarse tan apretado entre el gentío a bordo de la vagoneta que se balanceaba en el aire de la línea Yamate, que podía notar el calor de sus cuerpos filtrándose a través de las ropas húmedas, Nicholai se sentía aislado entre sus dudas y confusiones. Por entre los espacios que dejaba la gente vislumbraba la ciudad que quedaba a sus pies, sombría por el día húmedo y frío, desprovista de color bajo el cielo plomizo.

Había cierta amenaza sutil en el permiso concedido fríamente por el coronel Gorbatov para visitar a Kishikawa-san, y durante toda la mañana Nicholai se había sentido incapaz e impotente ante el presentimiento que albergaba. Quizá Gorbatov había tenido razón al sugerir que su visita, a fin de cuentas, pudiera no ser un acto altruista. Pero, ¿cómo podía Nicholai permitir que el general afrontara solo su juicio inmediato y la desgracia? Sería un acto de indiferencia que él, Nicholai, nunca se perdonaría. ¿Entonces, sería cierto que se dirigía a la prisión de Sugamo únicamente para conseguir su propia paz espiritual? ¿Serían sus motivos básicamente egoístas?

En la estación Komagone, una parada antes de la prisión de Sugamo, Nicholai sintió un repentino impulso de bajar del tren y regresar a casa o, por lo menos, caminar un poco y reflexionar sobre lo que estaba haciendo. Pero su instinto de supervivencia fue tardío. Antes de que pudiera abrirse camino hasta las puertas, éstas se habían cerrado de golpe, y el tren reemprendió la marcha. Nicholai estaba seguro de que hubiera debido apearse. Estaba igualmente seguro de que ahora continuaría adelante hasta el final.

El coronel Gorbatov había sido generoso, al conceder que Nicholai pudiera visitar a Kishikawa-san durante una hora. Pero en aquel momento, mientras Nicholai esperaba sentado en la fría sala de visitas, contemplando la pintura verde de las paredes que se desprendía en laminillas, le asaltó el pensamiento de si habría algo que decir que pudiera llenar toda una hora de conversación. Junto a la puerta había un guardián japonés y un MP norteamericano, los cuales se ignoraban mutuamente, el japonés mirando el suelo frente a él, mientras que el norteamericano concentraba su atención en arrancarse pelillos de la nariz. Nicholai había sido registrado, con una minuciosidad embarazosa en una antesala, antes de ser admitido en la sala de visitas. Los pastelillos de arroz que había traído envueltos en papel, se los había quedado el policía militar americano, que creyó que Nicholai era un compatriota suyo, a la vista de su tarjeta de identidad, y se excusó:

—Lo siento, chico, pero no puedes entrar manduca contigo. Este… cómo se llama… este general *gook*… ha intentado dos veces ya darse el

pasaporte. No podemos correr riesgos con veneno o lo que sea. ¿Comprendido?

Nicholai respondió que comprendía. Y bromeó con el policía militar dándose cuenta de que debía colocarse en un buen lugar con las autoridades si es que quería ayudar de algún modo a Kishikawa-san.

—Sí, entiendo lo que quiere decir, sargento. A veces me pregunto cómo algún oficial japonés ha conseguido sobrevivir a la guerra con sus tendencias suicidas.

—Exacto. Y si le ocurriera algo a este tipejo, yo me vería en dificultades. ¡Eh! ¿Qué demonios es esto?

El sargento sostenía en alto un pequeño tablero magnético de *Gõ* que Nicholai había pensado en traer consigo en el último momento, para el caso de que no hubiera nada que decir y el silencio se hiciera muy pesado. Nicholai hizo un gesto de indiferencia.

—Oh, un juego. Una especie de ajedrez japonés.

—¿Ah, sí?

El guardián japonés, que se hallaba en una situación incómoda por su convencimiento de estar un tanto marginado, sintió cierto alivio al poder confirmar a su colega americano, en un inglés sincopado, que, efectivamente, se trataba de un juego japonés.

—Bueno, no sé, chico. No sé si podrás entrar esto.

Nicholai repitió su gesto indiferente.

—Como usted quiera, sargento. He supuesto que sería algo con que pasar el tiempo si el general no tenía ganas de charlar.

—¡Vaya! ¿Sabes hablar *gook*?

Nicholai, a menudo, había pensado cómo esa palabra, una corrupción del nombre coreano para su gente, se había convertido en el término vulgar despreciativo del vocabulario militar norteamericano para referirse a todos los orientales.

—Sí, hablo japonés. —Nicholai reconocía la necesidad de recurrir a la duplicidad cuando la sensibilidad tropezaba con una cerrada ignorancia—. Probablemente se habrá dado cuenta, por mi tarjeta de identidad, que trabajo para Sphinx. —Miró con gesto significativo al sargento, inclinando

ligeramente la cabeza hacia el guardián japonés, indicando que no quería entrar demasiado en detalles sobre ese asunto cuando había cerca oídos indiscretos.

El policía militar frunció el entrecejo mientras se esforzaba por pensar, y después aprobó con la cabeza como participando de la intriga.

—Entiendo. Sí, ya me parecía extraño que un norteamericano visitara a ese tipo.

—El trabajo es el trabajo.

—Así es. Muy bien, supongo que es *okay*. ¿Qué daño puede hacer un juego?

Acto seguido, devolvió a Nicholai el diminuto tablero de *Gõ* y condujo a Nicholai a la sala de visitas.

Cinco minutos después se abrió la puerta y entró el general Kishikawa, seguido por dos guardianes más, otro japonés y un ruso de rasgos marcados, con el rostro carnoso e impasible del campesino eslavo. Nicholai se alzó para saludar al general, mientras los dos nuevos protectores tomaban posiciones apoyados contra la pared.

Mientras Kishikawa-san se acercaba, Nicholai, automáticamente, inclinó un poco la cabeza en gesto demostrativo de obediencia filial. El gesto fue apreciado por los guardianes japoneses, que intercambiaron una breve mirada, pero permanecieron en silencio.

El general se acercó arrastrando los pies y tomó una silla frente a Nicholai, al otro lado de la tosca mesa de madera. Cuando finalmente alzó la mirada, el joven se impresionó ante la apariencia del general. Había esperado una alteración en el rostro de Kishikawa-san, una erosión en sus maneras gentilmente viriles, pero no tanto.

El hombre que tenía sentado frente a él era un hombre viejo, frágil, derrotado. Su piel transparente y sus movimientos lentos e inseguros adquirían un extraño aspecto sacerdotal. Cuando habló finalmente, su voz era suave y monótona, como si el esfuerzo de la comunicación le resultara una carga sin sentido.

—¿Por qué has venido, Nikko?

—Para estar con usted, señor.

—Entiendo.

Siguió un silencio durante el cual Nicholai no acertó a decir nada, mientras que el general no tenía nada que decir. Por último, con un largo y leve suspiro, Kishikawa-san asumió la responsabilidad de la conversación porque no quería que Nicholai se sintiera incómodo con el silencio.

—Tienes buen aspecto, Nikko. ¿Estás bien?

—Sí, señor.

—Bien. Bien. Cada día te pareces más a tu madre. En tus ojos veo los suyos —sonrió débilmente—. Alguien debía haber avisado a tu familia de que este color verde tan especial estaba destinado al jade o al cristal antiguo, y no a los ojos humanos. Es desconcertante.

Nicholai se esforzó en sonreír.

—Hablaré con un oftalmólogo, señor, para ver si existe remedio a este desatino.

—Sí. Hazlo.

—Lo haré.

—Hazlo. —El general desvió la mirada y durante un segundo pareció olvidar la presencia de Nicholai. Y después añadió—: Así, ¿qué? ¿Cómo te las arreglas para salir adelante?

—Bastante bien. Trabajo para los norteamericanos. Como traductor.

—¿Sí? ¿Y te han aceptado?

—Me ignoran; lo que me va muy bien.

—Realmente es mejor.

Siguió otro breve silencio que Nicholai iba a romper con charla inconsecuente, cuando Kishikawa-san alzó la mano.

—Naturalmente tienes preguntas que hacer. Te contaré, sencilla y rápidamente, las cosas, y dejaremos de hablar de ellas.

Nicholai inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Estaba en Manchuria, como ya sabes. Contraje una pulmonía. Me encontraba con fiebre y en coma cuando los rusos atacaron mi hospital. Al recobrarme, me encontré en un campo de reeducación, bajo constante vigilancia e impotente para usar la puerta por la que tantos de mis hermanos oficiales habían escapado a la indignidad de la rendición y de las

humillaciones de la… reeducación. Únicamente fueron capturados unos cuantos oficiales más. Se los llevaron a alguna parte y nunca más se supo de ellos. Nuestros guardianes creyeron que los oficiales eran incapaces o inmerecedores de… reeducación. Creí que ése sería también mi destino, y lo esperé con toda la calma de que fui capaz. Pero no. Evidentemente, los rusos pensaron que un oficial con categoría de general, cuidadosamente reeducado, sería algo muy útil de introducir en el Japón para ayudarles en sus planes con respecto al futuro de nuestro país. Utilizaron muchos… muchos… muchos métodos de reeducación. Los de tipo físico fueron los más fáciles de soportar… hambre, sueño, palizas. Pero yo soy un viejo testarudo, y no me reeduco fácilmente. Y como no tenía familia con vida en Japón, para usarlos como rehenes, no pudieron emplear el látigo emocional que utilizaron en la reeducación de otros. Pasó mucho tiempo. Creo que año y medio. Es difícil saber la estación cuando nunca se ve la luz del día, y cuando la resistencia se mide en cinco minutos más… cinco minutos más… Puedo soportar esto durante cinco minutos más. —El general se perdió por unos momentos entre los recuerdos de torturas específicas. Después, comenzando débilmente, reanudó su historia—. Algunas veces perdieron la paciencia conmigo y cometieron el error de concederme períodos de descanso en la inconsciencia. Así, de este modo, pasó un largo tiempo. Meses medidos en minutos. De repente, dejaron de hacer ningún esfuerzo para continuar mi reeducación. Naturalmente, supuse que me matarían. Pero tenían algo en su mente mucho más degradante para mí. Me lavaron y despiojaron. Un viaje en avión. Un largo recorrido en tren. Otro viaje aéreo. Y me encontré aquí. Durante un mes me retuvieron aquí sin mostrar ninguna idea de sus intenciones. Después, hace dos semanas, me visitó un tal coronel Gorbatov. Fue completamente franco conmigo. Todas las naciones ocupantes han ofrecido su parte de criminales de guerra. Los soviéticos no tenían parte que ofrecer, ninguna participación directa en la maquinaria de la justicia internacional. Es decir, con anterioridad a mí.

—Pero, señor…

Kishikawa-san alzó la mano indicando silencio.

—Decidí que no afrontaría esa humillación final. Pero no tenía ningún medio para liberarme. No tenía cinturón. Mis ropas, como puedes ver, son de lona gruesa que no tengo fuerza suficiente para rasgar. Como con una cuchara y un cuenco de madera. Sólo me permiten afeitarme con una maquinilla eléctrica, y bajo estrecha vigilancia. —El general sonrió con tristeza—. Al parecer, los soviéticos me valoran. Se preocupan por no perderme. Hace días dejé de comer. Resultó mucho más fácil de lo que puedas imaginar. Me amenazaron, pero cuando un hombre decide dejar de vivir elimina el poder de las amenazas de los otros. Así que… me sujetaron tendido en una mesa y me introdujeron un tubo por la garganta. Y me alimentaron con líquidos. Fue horrible… humillante… comiendo y vomitando al mismo tiempo. No había ninguna dignidad. De manera que prometí comer nuevamente. Y aquí estoy.

Durante el resumen de su explicación, Kishikawa-san había fijado su mirada, intensa y desenfocada, en la rústica superficie de la mesa.

Las lágrimas a punto de brotar escocían en los ojos de Nicholai. Miraba frente a él, sin atreverse a parpadear porque las lágrimas descenderían por sus mejillas y avergonzarían a su padre… es decir a su amigo.

Kishikawa-san aspiró profundamente y alzó la mirada.

—No, no. No sirve para nada eso, Nikko. Los guardianes están mirando. No les des esa satisfacción. —Alargó la mano y propinó unas palmaditas en la mejilla de Nicholai con una firmeza que casi resultaba como un bofetón de aviso.

En este momento, el sargento norteamericano se puso rígido, dispuesto a proteger a su compatriota de Sphinx de este general *gook*.

Pero Nicholai se frotó el rostro con las manos, como si estuviera fatigado, y con este gesto se libró de las lágrimas.

—¡Bien! —dijo Kishikawa-san con renovada energía—. Ya casi es tiempo para la floración de Kajikawa. ¿Tienes intención de visitarla?

Nicholai tragó saliva.

—Sí.

—Esto está bien. ¿Entonces, las fuerzas de ocupación no los han derribado?

—No físicamente.

El general aprobó con la cabeza.

—¿Tienes amigos en tu vida, Nikko?

—Yo… yo tengo algunas personas que viven conmigo.

—Según recuerdo por una carta que nuestro amigo Otake me escribió poco antes de su muerte, había una muchacha en su casa, una estudiante… lo siento, pero no recuerdo su nombre. Evidentemente, tú no eras indiferente a sus encantos. ¿La ves todavía?

Nicholai reflexionó un momento antes de responder.

—No, señor, no nos vemos.

—Espero que no sería por una pelea.

—No. No por una pelea.

—Bueno, a tu edad los afectos rebosan y fluyen. Cuando seas más viejo descubrirás que te aferras a algunos afectos con desesperación.

El esfuerzo para que Nicholai se sintiera aliviado con una conversación social, parecía agotar a Kishikawa-san. No había nada realmente que deseara decir, y, tras sus experiencias de los dos últimos años, nada que deseara saber. Inclinó la cabeza y miró fijamente la mesa, deslizándose en el apretado ciclo de sus impresiones breves y recuerdos escogidos de su infancia con el que había aprendido a narcotizar su imaginación.

Al principio, también Nicholai se sintió aliviado con el silencio. Después se percató de que no estaban juntos en silencio, sino aislados y aparte. Sacó entonces de su bolsillo el pequeño tablero de *Gõ* y el paquete de piezas metálicas y lo colocó encima de la mesa.

—Nos permiten estar juntos una hora, señor.

Kishikawa-san regresó al presente.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! ¡Oh, una partida! Sí, muy bien. Es algo que podemos hacer juntos sin esfuerzo. Pero no he jugado durante mucho tiempo, y no seré un adversario interesante para ti, Nikko.

—Señor, yo tampoco he jugado desde la muerte de Otake-san.

—¡Vaya! ¿Es eso verdad?

—Sí. Me temo que he desperdiciado muchos años de entrenamiento.

—No. Es una de las cosas que uno no puede desperdiciar. Has aprendido a concentrarte profundamente, a pensar con sutilidad, a sentir afecto por las abstracciones, a vivir distanciado de las cosas cotidianas. No es un desperdicio. Sí, juguemos.

Regresando automáticamente a sus primeros días juntos, y olvidándose de la superioridad actual de Nicholai en el juego, el general Kishikawa le ofreció la ventaja de dos piezas que Nicholai aceptó naturalmente. Durante un buen rato desarrollaron un juego vago y corriente, concentrándose en la medida justa para absorber la energía mental que de otro modo les hubiera atormentado con recuerdos y con la anticipación de los sucesos próximos. A veces, el general alzaba la mirada y suspiraba sonriendo.

—No es una buena partida. He jugado mal y he eliminado todo el *aji* del juego.

—También yo lo he hecho.

Kishikawa-san asintió.

—Sí. Tú también.

—Jugaremos otra vez, si usted lo desea, señor. En mi próxima visita. Quizá jugaremos mejor.

—¡Oh! ¿Tienes permiso para visitarme otra vez?

—Sí. El coronel Gorbatov ha accedido a que vuelva mañana. Después de eso… se lo pediré de nuevo y ya veremos.

El general sacudió la cabeza.

—Es un hombre muy astuto ese Gorbatov.

—¿En qué aspecto, señor?

—Ha conseguido eliminar mi «pieza de refugio» del tablero.

—¿Señor?

—¿Por qué crees que te ha permitido venir, Nikko? ¿Compasión? Sabes, cuando me quitaron todos los medios de escapar por una muerte honorable, decidí que me enfrentaría al juicio en silencio, con un silencio tan digno como fuese posible. No lucharía, como lo han hecho otros, para salvarme comprometiendo a amigos y superiores. Simplemente, me negaría a hablar, y aceptaría su sentencia. Esto no complacía al coronel Gorbatov y a sus compatriotas. Les quitaba el valor publicitario de su único criminal de

guerra. Pero no podían hacer nada. Yo estaba más allá de las sanciones del castigo y de las atracciones de la clemencia. No disponían de los rehenes emocionales de la familia, porque, según ellos sabían, mi familia había muerto en el bombardeo de Tokio. Entonces… entonces el destino les ofreció tu persona.

—¿A mí, señor?

—Gorbatov fue lo bastante clarividente para darse cuenta de que tú no expondrías tu delicada situación ante las fuerzas de ocupación esforzándote para obtener permiso de visitarme a menos que quisieras honrarme y me amases. Y razonó, acertadamente, que yo correspondía a esos sentimientos. Así que ahora ya dispone de su rehén emocional. Te permitió que vinieras aquí para mostrarme que te tenía a ti. Y te tiene, Nikko. Tú eres singularmente vulnerable. No tienes nacionalidad, no tienes Consulado que te proteja, amigos que se preocupen de ti, y has vivido con documentos de identidad falsificados. Él me lo contó. Me temo, hijo mío, que «ha confinado las grullas en su nido» [19].

El impacto de lo que Kishikawa-san estaba diciendo crecía en Nicholai. Todo el tiempo y los esfuerzos que había empleado en sus intentos de ver al general, toda su desesperada lucha contra la indiferencia institucional, había provocado el efecto final de despojar al general de su escudo de silencio. Él no había representado un consuelo para Kishikawa-san, sino un arma contra él. Nicholai experimentó una mezcla de ira, vergüenza, indignación, autocompasión y tristeza por Kishikawa-san.

Los ojos del general se contrajeron en una sonrisa apática.

—Tú no tienes la culpa, Nikko. Y tampoco yo. Sólo el destino. Mala suerte. No volveremos a hablar de ello. Jugaremos cuando vuelvas, y te prometo que mi juego habrá mejorado.

El general se levantó y se dirigió hacia la puerta, en donde esperó para salir escoltado por los guardianes ruso y japonés, que le hicieron esperar hasta que Nicholai hizo un signo al policía militar norteamericano, y éste lo hizo, a su vez, a sus colegas opuestos.

Nicholai permaneció sentado durante un rato, aturdido, golpeando las piezas de metal del tablero magnético con la uña de su dedo índice.

El sargento norteamericano se aproximó y le preguntó en voz baja, intrigante.

—¿Qué? ¿Has podido averiguar lo que te interesaba?

—No —respondió Nicholai distraído. Y añadió con más firmeza—: No, pero hablaremos otra vez.

—¿Vas a ablandarle jugando otra vez a ese estúpido juego *gook*?

Nicholai miró fijamente al sargento, con extrema frialdad en sus verdes ojos.

Inquieto frente a esa mirada, el policía militar aclaró:

—Quiero decir… bueno, sólo es una especie de ajedrez o damas, o algo así, ¿no es verdad?

Intentando aleccionar a este plebeyo por su desprecio hacia las cosas orientales, Nicholai respondió:

—La relación entre el *Gõ* y el ajedrez occidental es igual a la relación que pueda haber entre la filosofía y la teneduría de libros.

Pero la estupidez entraña su propia protección, tanto contra las lecciones como los castigos; la respuesta del sargento fue ingenua y honesta:

—¡No jodas!

Una lluvia fina como alfileres cayó en la mejilla de Nicholai mientras contemplaba, desde el Puente de la Aurora, la masa gris de Ichigaya Barracks, vaga, pero no suavizada, por la neblina, con sus hileras de ventanas visibles por una luz fantasmal amarillenta, que indicaba que los juicios por crímenes de guerra japoneses se habían iniciado ya.

Se apoyó contra el parapeto, con la mirada distraída, y la lluvia cayéndole desde el cabello, deslizándose por su rostro y la nuca. Su primera intención al salir de la prisión de Sugamo fue solicitar ayuda del capitán Thomas contra los rusos, contra aquel chantaje emocional del coronel Gorbatov. Pero, ya en el mismo momento de nacer ese pensamiento, se dio cuenta de la inutilidad de apelar a los norteamericanos, cuyas actitudes y objetivos básicos con respecto al destino de los líderes japoneses eran idénticos a los de los soviéticos.

Al bajar del tranvía y caminar sin rumbo bajo la lluvia, se detuvo en el puente para descansar unos momentos y concentrar sus pensamientos. Eso

ocurrió hacía ya media hora, y aún se sentía incapaz de actuar, presa de una furia ardiente y una impotencia descorazonadora.

Aunque su furia tenía como origen el aprecio que sentía por su amigo y la obligación filial, había también algo de autocompasión. "Resultaba angustioso que fuese precisamente él el medio por el cual Gorbatov negara a Kishikawa-san la dignidad de su silencio. La irónica injusticia de esta circunstancia resultaba abrumadora. Nicholai era joven todavía y suponía que la justicia era el impulso básico del Destino. Que el *karma* era un sistema y no un mecanismo.

Mientras permanecía en el puente bajo la lluvia, con los pensamientos sumidos en una autocompasión agridulce, era natural que le asaltara la idea del suicidio. Era consolador pensar que podía negar a Gorbatov su arma principal. Hasta que se percató de que el gesto sería vano.

Seguramente, el general no sería informado de su muerte. Se le diría que Nicholai estaba arrestado como rehén a cambio de su colaboración y, probablemente, después que Kishikawa-san se hubiese humillado confesando y comprometiendo a sus compañeros, recibiría el castigo definitivo: le dirían que Nicholai había muerto hacía algún tiempo y que se había humillado y comprometido a amigos inocentes en vano.

Soplaba el viento y la lluvia fina le golpeaba las mejillas. Nicholai vaciló, agarrándose al borde del parapeto al sentir que unas oleadas de impotencia le hacían perder el sentido. Después, con un escalofrío involuntario, recordó el terrible pensamiento que le había asaltado durante su conversación con el general. Kishikawa había hablado de su intento de morir de hambre y de la indigna humillación de ser alimentado a la fuerza por un tubo introducido entre náuseas en su garganta. En ese momento, a la mente de Nicholai acudió el pensamiento de que si él hubiese estado con el general durante esa humillación, hubiera intervenido para permitirle escapar mediante la muerte. La tarjeta de identidad en el bolsillo de Nicholai hubiera bastado como arma, utilizada al estilo de *Naked-Kill*. Todo hubiera terminado en un instante[20].

La imagen de liberar a Kishikawa-san de la trampa de la vida apenas habíase formulado en la mente de Nicholai, cuando la rechazó como

demasiado horrible ni para ser tan sólo considerada. Pero ahora, bajo la lluvia, contemplando aquella máquina de venganza racial, los juicios por crímenes de guerra, la idea se insinuó de nuevo, y esta vez permaneció. Era especialmente lamentable que el destino exigiera que matase a la única persona a quien amaba. Pero una muerte honorable era el único don que podía ofrecerle. Y Nicholai recordó el viejo proverbio: ¿Quién ha de hacer las cosas desagradables? El que pueda.

Naturalmente, ese acto sería el último acto de Nicholai. Atraería hacia sí toda la furia y frustración de los guardianes de Kishikawa-san, los cuales le castigarían. Evidentemente, para Nicholai era más fácil el suicidio que la liberación del general con sus propias manos. Pero no tendría utilidad… y sería un acto de egoísmo.

Aquella noche, Nicholai no pudo dormir, aunque tampoco pudo evitar la compañía de las hermanas Tanaka, vigorosas y vivificantes, cuya energía campesina parecía formar parte de un mundo extraño de luz y esperanza, y por esa razón resultaba, al mismo tiempo, vulgar e irritante.

Solo en la oscuridad de un cuarto que daba al pequeño jardín, y corridos los paneles para poder escuchar el ruido de la lluvia, las gotas cayendo sobre las plantas de hoja ancha, y siseando suavemente sobre la arena gruesa, protegiéndose del frío con un quimono acolchado, Nicholai se arrodilló junto a un brasero de carbón consumido hacía largo rato y poco tibio al contacto. Por dos veces trató de retirarse en un transporte místico, pero en su mente había demasiado miedo y odio para que pudiera cruzar el sendero inferior. Aunque en aquel momento Nicholai lo ignoraba, no podría encontrar de nuevo su paso al pequeño prado de la montaña en donde se enriquecía unificándose con la hierba y la clorada luz del sol. Los acontecimientos le dejarían impregnado de una barrera impenetrable de odio que bloquearía su paso al éxtasis.

Por la mañana temprano, Mr. Wanatabe encontró a Nicholai arrodillado todavía en el cuarto del jardín, ignorante de que la lluvia había cesado, dando paso a un frío intenso. Mr. Wanatabe cerró ruidosamente los paneles y encendió el brasero, murmurando entretanto sobre los jóvenes negligentes que finalmente pagarían su torpeza al precio de una salud precaria.

—Quisiera hablar con usted y con Mrs. Shimura —dijo Nicholai en un tono sosegado que detuvo la corriente de opiniones gruñonas de Mr. Wanatabe.

Una hora más tarde, después de tomar un ligero desayuno, los tres se arrodillaron alrededor de una mesita baja sobre la cual aparecía el título de propiedad de la casa y un documento redactado bastante informalmente que Nicholai había escrito repartiendo sus posesiones y mobiliario en partes iguales entre los dos viejos; les informó que a última hora de aquella tarde se iría y que probablemente nunca regresaría. Se presentarían dificultades; vendrían extranjeros que harían preguntas y les complicarían la vida durante algunos días; después de eso, no era probable que los forasteros se preocuparan más de los habitantes de la casa. Nicholai no tenía mucho dinero, pues solía gastar la mayor parte de su salario a medida que lo recibía. Lo poco que tenía estaba envuelto en una tela y encima de la mesa. Si Mr. Wanatabe y Mrs. Shimura no pudieran ganar lo suficiente para mantener la casa, Nicholai les daba permiso para venderla utilizando el importe como les pareciera bien. Fue Mrs. Shimura la que insistió en que apartaran una parte como dote de las hermanas Tanaka.

Cuando se llegó a un acuerdo tomaron juntos el té y hablaron de detalles de negocios. Nicholai había confiado evitar la carga de silencio, pero muy pronto agotaron el tema de sus modestos asuntos, y no quedó nada por decir.

La cultura japonesa estima como imperfección la expresión genuina de sus emociones. Algunos disimulan sus sentimientos detrás de un silencio estoico o detrás de la barricada de unas maneras exageradamente corteses; otros se ocultan en una hipérbole emocional, en manifestaciones extravagantes de gratitud o de tristeza.

Mrs. Shimura se sumergió en el silencio, mientras que Mr. Wanatabe lloró descontroladamente.

Con la misma exagerada consideración de seguridad del día anterior, los cuatro guardianes quedaron de pie junto a la pared al lado de la puerta de la pequeña sala de visitas. Los dos japoneses parecían en tensión e inquietos; el policía militar norteamericano bostezaba de aburrimiento, y el fornido

ruso parecía estar absorto, aunque ciertamente no lo estaba. En su conversación inicial con Kishikawa-san, Nicholai puso a prueba a los guardianes hablando en japonés. Evidentemente, el norteamericano no lo entendía, pero ya no estaba tan seguro del ruso, de modo que dijo algo sin sentido y percibió un ligero fruncimiento en su ancha ceja. Cuando Nicholai pasó al francés, confundiendo a los guardianes japoneses, pero no al ruso, Nicholai tuvo la seguridad de que aquel hombre no era un vulgar soldado a pesar de su apariencia de viscosidad intelectual eslava. Por tanto, se hacía necesario encontrar algún otro código en que poder hablar, y escogió la criptografía del *Gõ*, recordando al general, mientras sacaba el pequeño tablero magnético, que Otake-san había utilizado siempre el vocabulario de su amado juego cuando deseaba discutir cosas importantes.

—¿Quiere que continuemos con el juego, señor? —preguntó Nicholai —. La fragancia se ha estropeado: *Aji ga warui*.

Kishikawa-san alzó la mirada algo confundido, Habían hecho sólo cuatro o cinco jugadas en aquella partida; lo que había dicho Nicholai era muy raro.

Hicieron tres jugadas en silencio antes de que el general se diese cuenta del significado de las palabras de Nicholai. Quiso comprobarlo diciendo:

—Creo yo que la partida está en *korigatachi*, que estoy congelado en mi posición sin libertad de desarrollo.

—No es enteramente así, señor. Veo la posibilidad de un *sabaki*, pero, naturalmente, usted se uniría al *hama*.

—¿No te resultaría eso peligroso? ¿No es, realmente, una situación *ko*?

—En verdad, es más un *uttegae*. Y no veo nada más para su honor… y el mío.

—No, Nikko. Eres demasiado amable. No puedo aceptar tu gesto. Para ti, esa jugada sería una agresión muy peligrosa, un *de* suicida.

—No estoy solicitando su permiso. No podría colocarle en esa posición imposible. Habiendo decidido cómo debo jugar, sólo estoy explicándole la configuración. Ellos creen que tienen *tsuru no sugomori*. De hecho, se enfrentan con un *seki*. Intentan acorralarle en la pared con un *shicho*, pero yo tengo el privilegio de ser su *shicho atari*.

Con el rabillo del ojo, Nicholai vio que uno de los guardianes japoneses fruncía el entrecejo. Evidentemente, conocía un poco el juego y se daba cuenta del poco sentido de esta conversación.

Nicholai alargó él brazo por encima de la rústica mesa de madera y colocó su mano en el brazo del general.

—Padre adoptivo, la partida terminará dentro de dos minutos. Permítame guiarle.

Los ojos de Kishikawa-san se llenaron de lágrimas de gratitud. Parecía más frágil que nunca, a un mismo tiempo muy viejo y como un niño.

—Pero yo no puedo permitirte…

—Actúo sin su permiso, señor. He decidido llevar a cabo una desobediencia de amor. Ni tan siquiera pido su perdón.

Después de reflexionar un momento, Kishikawa-san aprobó con la cabeza. Una ligera sonrisa hizo brotar las lágrimas de sus ojos y por cada lado de su nariz descendió una.

—Guíame, pues.

—Vuelva la cabeza y mire por la ventana, señor. El tiempo es húmedo y sombrío, pero pronto estará con nosotros la estación del cerezo.

Kishikawa-san volvió la cabeza y miró serenamente el rectángulo de cielo gris y húmedo. Nicholai sacó un lápiz de su bolsillo y lo sostuvo entre los dedos. Mientras hablaba, se concentró en la sien del general, en la que palpitaba un pulso ligero bajo la piel transparente.

—¿Recuerda usted cuando paseamos por debajo de los cerezos floridos de Kajikawa, señor? Piense en eso. Recuerde cómo paseaba por allí hace muchos años con su hija, cuya pequeña mano usted llevaba entre las suyas. Recuerde cómo había visitado con su padre esa misma ribera, la pequeña mano de usted entre la de su padre. Concéntrese en esas cosas.

Kishikawa-san bajó la mirada y dejó su mente en reposo, mientras Nicholai seguía hablando calmosamente, el rumor monótono de su voz más importante que el contenido. Al cabo de unos momentos, el general miró a Nicholai, sus ojos contraídos por la insinuación de una sonrisa. Hizo un signo de aprobación. Y se volvió nuevamente hacia la escena tempestuosa y gris más allá de la ventana.

Cuando Nicholai siguió hablando suavemente, el policía militar norteamericano estaba absorto en extraer con su uña algo encallado entre los dientes; pero Nicholai podía sentir la tensión en la actitud del más despierto de los guardianes japoneses, que se sentía inquieto y asombrado con el tono de esta conversación. De repente, con un grito, el «guardián» ruso dio un salto abalanzándose.

Pero llegó demasiado tarde.

Durante seis horas, Nicholai permaneció sentado en el cuarto de interrogatorios después de rendirse sin lucha ni explicaciones a los asombrados, confusos y, por consiguiente, violentos guardianes. En su arranque de furia, el sargento norteamericano le había golpeado dos veces con su porra, una en el extremo del hombro y otra en el rostro, partiéndole la ceja. No le dolió mucho, pero la ceja sangró en abundancia, y Nicholai sufrió por el indigno desaliño que causó la sangre.

Asustados por anticipado por las consecuencias que tendría el haber permitido que mataran al prisionero en su presencia, los guardianes amenazaban a Nicholai a gritos, mientras daban la alarma y llamaban al médico de la prisión. Cuando llegó el médico japonés, inseguro y solícito, no pudo hacer nada por el general, cuyo sistema nervioso murió a los pocos segundos del golpe de Nicholai y su cuerpo al cabo de un minuto. Sacudiendo la cabeza y aspirando entre los dientes, como si riñera a un muchacho travieso, el médico curó la ceja partida de Nicholai, aliviado al poder hacer algo que entrara en el ámbito de su competencia.

Mientras dos nuevos guardianes japoneses vigilaban a Nicholai, los otros se presentaron ante sus superiores para informar, dando versiones del acontecimiento que les dejaran limpios de cualquier tipo de culpa, mientras que sus colegas de otra nacionalidad quedaran en lugares entre incompetentes y alevosos.

Cuando regresó el sargento de la Policía Militar, lo hizo acompañado por otros tres miembros de su nacionalidad; ni rusos, ni japoneses. Tratar con Nicholai correspondía a los norteamericanos.

En medio de un silencio malhumorado, se registró y desnudó a Nicholai, y se le vistió con el mismo tipo de uniforme de tejido grueso «a

prueba de suicidios» que el general había llevado. Luego fue conducido hasta el vestíbulo para quedar finalmente descalzo y con las muñecas esposadas a la espalda, en el oscuro cuarto de interrogatorios, en donde Nicholai permaneció sentado silenciosamente en una silla de metal fijada al suelo.

Para dominar su imaginación, Nicholai centró su mente en las jugadas intermedias de una famosa partida entre maestros de las escuelas mayores del *Gõ*, una partida que había memorizado como parte de su entrenamiento con Otake-san. Revisó las posiciones, pasando por turno de una perspectiva a la otra, y examinando las implicaciones de cada una de ellas. El considerable esfuerzo de memoria y de concentración fueron suficientes para alejarlo del mundo caótico y extraño que le rodeaba.

Se oyeron voces al otro lado de la puerta y después ruido de llaves y de cerrojos, y entraron tres hombres. Uno de ellos era el sargento que se hurgaba tan afanosamente los dientes cuando Kishikawa-san murió. El segundo era un hombre corpulento, vestido de paisano, cuyos ojos porcinos tenían esa mirada nerviosa de inteligencia superficial debilitada por la insensibilidad materialista que se aprecia en los políticos, en los productores de películas y en los vendedores de automóviles. El tercero, con las insignias de mayor en sus hombros, era un hombre fuerte, concentrado, con grandes labios pálidos y los párpados inferiores caídos. Fue este tercer hombre el que ocupó la silla frente a Nicholai, mientras el paisano corpulento se quedó de pie detrás de la silla de Nicholai y el sargento se situó cerca de la puerta.

—Soy el mayor Diamond.

El oficial sonrió, pero en su acento había una nota de vulgaridad, ese sonido metálico de la mandíbula que mezcla las energías del acento de barrio con las capas de refinamiento adquirido, el tipo de voz que uno suele relacionar con las locutoras de noticias de los Estados Unidos.

En el momento de su llegada, Nicholai había estado reflexionando sobre un movimiento recordando el juego de los maestros que tenía la fragancia de un *tenuki*, pero que, de hecho, era una reacción sutil al juego precedente del adversario. Antes de levantar la mirada, se concentró en el tablero,

fijando en su memoria las posiciones para poder volver más tarde a reanudar su reflexión. Sólo entonces dirigió sus inexpresivos ojos verde botella al rostro del mayor.

—¿Qué ha dicho usted?

—Soy el mayor Diamond, CID.

—¡Ah! —la indiferencia de Nicholai era fingida.

El mayor abrió su cartera de agregado y extrajo tres hojas de papel mecanografiado unidas por una grapa.

—Si firma esta confesión, ya podremos proceder.

Nicholai lanzó una ojeada al papel.

—Creo que no deseo firmar nada.

Los labios de Diamond se tensaron irritados.

—¿Niega usted que ha matado al general Kishikawa?

—Yo no niego nada. Ayudé a mi amigo a escapar de… —Nicholai se detuvo. ¿De qué serviría explicar a este hombre algo que su cultura mercantil no podía comprender?—. Mayor, no veo que sirva de nada continuar esta conversación.

El mayor Diamond miró al paisano corpulento que estaba detrás de Nicholai, el cual se inclinó y dijo:

—Oye. Vale más que firmes la confesión. ¡Lo sabemos todo sobre tus actividades por cuenta de los rojos!

Nicholai no se molestó en mirar al hombre.

—¿No irás a decirnos que no has estado en contacto con cierto coronel Gorbatov? —insistió el paisano.

Nicholai aspiró profundamente, y no respondió. Era demasiado complicado de explicar, y no importaba que lo comprendieran o no.

El paisano agarró a Nicholai por el hombro.

—¡Estás metido en el peor de los líos, chico! Así que es mejor que firmes este papel, o…

El mayor Diamond frunció el entrecejo y sacudió bruscamente la cabeza. El paisano aflojó su presa. El mayor se puso las manos en las rodillas y se inclinó hacia delante, mirando a los ojos de Nicholai con una compasión inquieta.

—Deje que le explique todo esto. En este momento, usted está muy confuso, lo cual es perfectamente comprensible. Sabemos que los rusos están detrás del asesinato del general Kishikawa. He de confesarle que no sabemos el motivo. Y ésa es una de las cosas en que deseamos que usted nos ayude. Permítame ser franco con usted. Sabemos que ha estado usted trabajando para los rusos durante algún tiempo. Sabemos que usted se infiltró en un departamento muy especial en Sphinx/FE con documentos falsificados. Se le ha encontrado encima una tarjeta de identidad rusa, junto con una tarjeta norteamericana. Sabemos también que su madre era comunista y su padre, nazi; que usted estuvo en el Japón durante la guerra; y que sus contactos incluían elementos militaristas del Gobierno japonés. Uno de estos contactos era con este Kishikawa. —El mayor Diamond sacudió la cabeza y se echó hacia atrás—. Así que, ya ve, sabemos mucho sobre usted. Y me temo que todo ello es bastante comprometedor. Esto es lo que mi compañero quiere decir cuando indica que está usted metido en un buen lío. Es posible que yo pueda ayudarle…, si está dispuesto a colaborar…

Nicholai quedó abrumado por el desatino de todo lo dicho. Kishikawa-san había muerto; él había hecho lo que un hijo debía hacer; estaba dispuesto a afrontar el castigo; el resto no importaba.

—¿Niega lo que le he dicho? —preguntó el mayor.

—Usted cuenta con un puñado de hechos, mayor, y de ellos ha sacado ridículas conclusiones.

Los labios de Diamond se tensaron.

—El propio coronel Gorbatov nos proporcionó la información.

—Ya entiendo.

De manera que Gorbatov iba a castigarle por haberle arrebatado su presa de propaganda, proporcionando a los norteamericanos ciertas verdades a medias y permitiéndoles que ellos hicieran el trabajo sucio. ¡Qué esclavo en su duplicidad, en su intrincada oblicuidad!

—Naturalmente —continuó Diamond—, no creemos al pie de la letra todo lo que los rusos nos han contado. Por este motivo deseamos concederle a usted una oportunidad de contarnos su versión de la historia.

—No hay historia que contar.

El paisano le tocó de nuevo en el hombro.

—¿Niegas que conociste al general Kishikawa durante la guerra?

—No.

—¿Niegas que él formaba parte de la máquina militar/industrial japonesa?

—El general era un soldado. —Una respuesta más precisa hubiera sido que era un guerrero, pero esa distinción no hubiera significado nada para estos norteamericanos con sus mentalidades mercantiles.

—¿Niegas que tenías una estrecha relación con él? —prosiguió el civil.

—No.

El mayor Diamond prosiguió el interrogatorio, indicando con su tono y expresión que estaba sinceramente inseguro y deseaba poder comprender.

—Sus documentos fueron falsificados, ¿no es cierto, Nicholai?

—Sí.

—¿Quién le ayudó a conseguir documentos falsificados? Nicholai permaneció en silencio. El mayor asintió y sonrió. —Comprendo. No quiere comprometer a un amigo. Lo comprendo muy bien. Su madre era rusa, ¿no es así?

—Su nacionalidad era rusa. No tenía sangre eslava.

El paisano intervino.

—¿Admites, entonces, que tu madre era comunista?

Nicholai descubrió cierto humor amargo en la suposición de que Alexandra Ivanovna era comunista.

—Mayor, en el grado de interés que mi madre pudiera tener por la política, y ciertamente fue un grado muy pequeño, ella se situaba en el derecho político de Atila. —Repitió «Atila» nuevamente, pronunciándolo mal, acentuando la segunda sílaba, para que los norteamericanos le entendieran.

—Seguro —comentó el paisano—. Y supongo que vas a negar que tu padre era nazi.

—Pudo haberlo sido. Por lo que me han dicho, era bastante estúpido. No llegué a conocerlo.

Diamond sacudió la cabeza.

—De modo que lo que está usted diciendo es que el conjunto de nuestras acusaciones es cierto.

Nicholai suspiró y movió la cabeza. Había estado trabajando con la mentalidad militar norteamericana durante dos años, pero no podía comprender su inclinación inflexible a forzar los hechos para que encajaran adecuadamente en sus preconceptos.

—Si le entiendo bien, mayor, y francamente no me preocupa mucho que sea así, está usted acusándome de ser al mismo tiempo comunista y nazi, de ser un buen amigo del general Kishikawa y, al mismo tiempo, su asesino a sueldo, de ser a un tiempo un militarista japonés y un espía soviético. Y, al parecer, usted cree que los rusos desearían el asesinato de un hombre que trataban de someter a las indignidades de un juicio por crímenes de guerra, con el fin de obtener su pequeña porción de gloria propagandística. ¿No hay nada de eso que ofenda su sentido de la probabilidad racional?

—No pretendemos entender todas las complejidades del asunto.

—¿Realmente no lo desean? ¡Qué humildad más conveniente!

El paisano apretó dolorosamente su hombro.

—¡No necesitamos esta maldita charla filosófica tuya! ¡Te has metido en un buen enredo! Este país está bajo ocupación militar y tú, chico, no eres ciudadano de ninguna parte. ¡Podernos hacer lo que queramos contigo, sin la interferencia de Consulados y Embajadas!

El mayor sacudió la cabeza, y el paisano aflojó el apretón y retrocedió un paso.

—No creo que ese tono nos haga ningún bien. Es evidente que Nicholai no se asusta fácilmente. —Sonrió con cierta timidez, y añadió—: A pesar de ello, lo que dice mi compañero es cierto. Ha cometido usted un crimen en primer grado, cuyo castigo es la muerte. Pero existen medios por los cuales usted puede ayudarnos en nuestra lucha contra el comunismo internacional. Con un poco de colaboración por su parte, podríamos hacer algún pequeño arreglo en su beneficio.

Nicholai reconoció el tono de regateo del mercado. Como todos los norteamericanos, este mayor era un comerciante en el fondo de su ser. Todo

tenía un precio, y el hombre mejor era el que mercadeaba bien.

—¿Está usted escuchándome? —preguntó Diamond.

—Puedo oírle —contestó Nicholai.

—¿Y qué? ¿Colaborará usted?

—¿Significa esto firmar su confesión?

—Eso y algo más. La confesión involucra a los rusos en el asesinato. Queremos también que nos hable de quiénes le ayudaron a infiltrarse en Sphinx/FE. Y sobre el grupo de espionaje organizado aquí, y sus contactos con militaristas japoneses purgados.

—Mayor, los rusos no tuvieron nada que ver con mis acciones. Le aseguro que la política rusa no tiene para mí el menor interés, como tampoco me interesa la de ustedes. Ustedes y los rusos son únicamente formas diferentes de una misma cosa: la tiranía de los mediocres. No tengo razón alguna para proteger a los rusos.

—¿Entonces está dispuesto a firmar la confesión?

—No.

—Pero usted mismo acaba de decir…

—He dicho que no protegería ni ayudaría a los rusos. Y tampoco tengo la menor intención de ayudarles a ustedes. Si desean ejecutarme, pasando por, o prescindiendo de la burla de un juicio militar, le agradeceré que procedan a ello.

—Nicholai, conseguiremos tu firma en esa confesión. Créeme.

Los ojos verdes de Nicholai se fijaron serenamente en los ojos del mayor.

—Dejo de tomar parte en esta conversación.

Bajó la mirada y retornó a su concentración en las posiciones de las piezas de la partida de *Gõ* que había congelado provisionalmente en su memoria. Comenzó a reflexionar de nuevo las respuestas alternativas a ese inteligente movimiento aparentemente *tenuki*.

Entre el mayor y el paisano se intercambiaron gestos de cabeza, y el último sacó del bolsillo un estuche de cuero negro. Nicholai no salió de su concentración cuando el sargento MP le arremangó y el paisano extrajo el aire de la jeringuilla lanzando al aire un chorro arqueado.

Cuando, mucho después, Nicholai trató de recordar los acontecimientos de las siguientes setenta y dos horas, sólo consiguió traer a su mente un mosaico roto de experiencias, una mezcla triturada de las secuencias cronológicas disueltas por las drogas que introdujeron en su organismo. La única analogía útil que podía formular de su experiencia, era la de una película en la que él era al mismo tiempo actor y público, una película con movimiento rápido y movimiento lento al mismo tiempo, con planos fijos y planos superpuestos, con el sonido de una secuencia acompañando las imágenes de otra, con destellos subliminales en un marco simple que se presentían más que se percibían, y con largas tiras de película fuera de foco y con poca luz, y diálogos desarrollados veloz y confusamente, y a *sotto voce*.

En aquella época, el espionaje norteamericano había comenzado a experimentar con el uso de drogas en los interrogatorios, y con frecuencia se cometían errores, algunos de los cuales llegaban a destruir la mente. El corpulento paisano, «doctor», probó muchos productos químicos y combinaciones con Nicholai, algunas veces sumiendo accidentalmente a su víctima en la histeria o en una indiferencia letárgica, otras veces creando efectos mutuos anuladores que dejaban a Nicholai perfectamente sereno y lúcido, pero tan desplazado de la realidad que, aunque respondía de buen grado a las preguntas, las respuestas no tenían ninguna relación con aquéllas.

A lo largo de tres días, durante los momentos que Nicholai entraba en contacto consigo mismo, sentía un intenso pánico. Estaban atacando su mente, y probablemente dañándola; y la superioridad genética de Nicholai era tan intelectual como sensual. Le aterrorizaba pensar que pudieran destrozar su mente, pues centenares de años de crianza selectiva quedarían reducidos a su nivel de basura humanoide.

Con frecuencia salía de sí mismo, y Nicholai, el hombre del público, sentía compasión por Nicholai, el actor, pero no podía hacer nada por ayudarle. Durante los breves períodos de raciocinio, intentó dejarse llevar por las distorsiones de pesadilla, aceptar y colaborar con la locura de sus percepciones. Sabía instintivamente que si luchaba contra la red palpitante

de la irrealidad, algo dentro de él podía quebrarse con el esfuerzo y que nunca encontraría el camino del retorno.

Por tres veces, durante las setenta y dos horas, se terminó la paciencia de sus interrogadores, y permitieron al sargento de la Policía Militar que continuara el interrogatorio utilizando estilos más convencionales de tercer grado. El sargento lo hizo ayudado por un tubo de lona de treinta centímetros, lleno de limaduras de hierro. El impacto de esta arma era terrible. Apenas rompía la superficie de la piel, pero destrozaba el hueso y el tejido que había debajo.

Un hombre civilizado no podía realmente soportar este tipo de tratamiento. El mayor Diamond abandonó el interrogatorio durante cada una de las palizas, no deseando contemplar la tortura que él mismo había ordenado. El «doctor» siguió allí, curioso por comprobar los efectos del dolor aplicado en las condiciones de una droga profunda.

Las tres fases de tortura física tuvieron distintos efectos sobre la percepción de Nicholai. De la primera, no recordaba nada. De no haber sido por su ojo derecho cerrado bajo la hinchazón, y un diente flojo con el sabor salino de la sangre, la cosa pudo no haber sucedido nunca. La segunda paliza fue sumamente dolorosa. Los efectos residuales y combinados de las drogas hicieron que Nicholai fuese intensamente consciente de la sensación. Su piel estaba tan sensible que hasta le dolía el roce de los vestidos, y el aire que respiraba le irritaba la nariz. Ansió la inconsciencia, pero la habilidad del sargento era tan grande que hubiera podido negar infinitamente la bendición del vacío.

La tercera paliza no resultó dolorosa en absoluto, pero sí la más pavorosa. Nuevamente, Nicholai fue público y actor al mismo tiempo, contemplando lo que sucedía con un moderado interés. No sentía nada; las drogas habían establecido un cortocircuito en sus nervios. El terror residía en el hecho de que Nicholai podía escuchar los golpes como si el sonido se amplificara a través de unos poderosos micrófonos instalados en su carne. Oía el desgarramiento líquido del tejido; el áspero deslaminado de la piel; el raspado granuloso del hueso roto; oía el desenfrenado palpitar de su sangre. En el reflejo del espejo de su conciencia, se sentía serenamente

aterrorizado. Se percató de que el poder oír todo aquello sin sentir nada era insano, y experimentar una indiferencia anestesiada hacia ese acontecimiento iba más allá de los límites de la locura.

Por un instante, su mente surgió a la superficie de la realidad y habló al mayor, diciéndole que él era hijo del general Kishikawa, y que cometerían un grave error si no le mataban, porque, si él seguía con vida, no podrían escapar de él. Habló oscuramente; las drogas le habían dejado espesa la lengua y con la paliza le habían partido los labios; pero sus verdugos tampoco le hubieran entendido. Sin darse cuenta, había hablado en francés.

Varias veces, durante los tres días de interrogatorio, le quitaron las esposas que le sujetaban las muñecas a la espalda. El «doctor» notó que sus dedos estaban pálidos y fríos por falta de circulación, de modo que le quitaron las esposas durante algunos minutos mientras le daban masaje en las muñecas, pero luego se las colocaban de nuevo. Durante el resto de su vida, Nicholai lució unos brazaletes de piel oscura brillante de las cicatrices que le dejaron las esposas.

A las setenta y tres horas, no sabiendo lo que hacía, ni importándole, Nicholai firmó la confesión que involucraba a los rusos. Estaba tan alejado de la realidad que la firmó con caracteres japoneses y en medio de la página mecanografiada, aunque intentaron guiar su temblorosa mano hacia el final. Era tan inútil esta confesión que al final los norteamericanos se vieron obligados a falsificar su firma, lo que, naturalmente, hubieran podido hacer al principio.

El destino final de esta «confesión» es digno de ser mencionado como una metáfora de la chapucería del llamado Servicio de Información.

Algunos meses más tarde, cuando los norteamericanos de Sphinx creyeron que era el momento oportuno para lanzar un disparo amenazador a sus colegas rusos, el mayor Diamond presentó el documento ante el coronel Gorbatov y permaneció silencioso, sentado al otro lado del escritorio del coronel, esperando su reacción ante aquella prueba condenatoria de espionaje activo.

El coronel echó una ojeada a las páginas con una indiferencia teatral, y después desenganchó sus gafas de montura metálica de las orejas,

limpiándolas a continuación entre el pulgar y el índice con exagerada minuciosidad antes de colocárselas de nuevo. Aplastó con la cucharilla el terrón de azúcar que tenía entero en su taza de té, se bebió el brebaje de un largo trago, y colocó nuevamente la taza exactamente en el centro del plato.

—¿Y bien? —replicó perezosamente.

Y eso fue todo. Se había hecho el gesto amenazador, pero había sido ignorado, y no causó el menor efecto en las operaciones secretas de los dos poderes en el Japón.

Para Nicholai, las últimas horas del interrogatorio se convirtieron en sueños confusos, pero no desagradables. Su sistema nervioso estaba tan alterado por las diversas drogas que prestaba una mínima función, y su mente se había recogido en sí misma. Dormitó del nivel de la irrealidad al nivel de la irrealidad y muy pronto se encontró paseando por las orillas del Kajikawa bajo una lluvia de flores. A su lado, pero a suficiente distancia para que entre los dos hubiera podido pasear el general Kishikawa, había una niña. Aunque nunca llegó a conocerla, Nicholai sabía que era la hija del general. La niña le decía que algún día se casaría y tendría un hijo. Y, conversando tranquilamente, la niña mencionó que ambos, ella y su hijo, morirían, quemados en el bombardeo de Tokio. Después de mencionarlo, era lógico que la niña se convirtiera en Mariko, que había muerto en Hiroshima. Nicholai se regocijó al verla otra vez, así que jugaron una partida de *Gõ* como entrenamiento, y Mariko usó como piezas pétalos negros de flor de cerezo, y Nicholai los usó blancos. Después, Nicholai se convirtió en una de las piezas, y desde su posición microscópica en el tablero, miró a su alrededor las piezas enemigas que formaban muros cada vez más gruesos. Intentó formar «ojos» defensivos, pero todos resultaron ser falsos, de modo que huyó, apresurándose por la superficie amarilla del tablero, confundiéndose las líneas negras a medida que él adquiría velocidad, hasta que salió disparado por el borde del tablero sumergiéndose en una densa oscuridad que se dispersó en su celda…

… En donde abrió los ojos.

Había sido pintada recientemente de gris y no tenía ventanas. La luz empotrada en el techo era tan brillante que Nicholai miró de reojo para

mantener clara la visión.

Nicholai vivió en aquella celda, encerrado solitario, durante tres años. La transición de la pesadilla del interrogatorio a los años de existencia solitaria bajo el cargo de «tratamiento silencioso», no fue brusca. Al principio diariamente, y después, con menos frecuencia, Nicholai recibió la visita del mismo médico japonés de la prisión, solícito y aturdido, que había confirmado la muerte del general. Los tratamientos consistieron únicamente en unos vendajes profilácticos sin ningún esfuerzo cosmético para cerrar heridas o quitar huesos o cartílagos rotos. En cada sesión, el doctor sacudía repetidamente la cabeza y sorbía los dientes murmurando para sí, como expresara su desaprobación por participar en aquella violencia insensata.

Los guardianes japoneses habían recibido órdenes de mantener un silencio absoluto en su trato con el prisionero, pero durante los primeros días fue necesario que le instruyeran en los rudimentos de la rutina y el comportamiento. Cuando hablaban con él, utilizaban las formas bruscas del verbo y un tono de áspero *staccato* que no significaba una antipatía personal, sino únicamente el reconocimiento del abismo social entre el prisionero y su carcelero. Cuando la rutina ya quedó establecida, dejaron de hablarle, y durante la mayor parte de tres años, Nicholai sólo escuchó su propia voz, excepto media hora cada tres meses en que le visitaba un funcionario menor de la prisión responsable del bienestar social y psicológico de los prisioneros.

Pasó casi un mes entero antes de que los últimos efectos de las drogas desaparecieran de su mente y sus nervios, y sólo entonces pudo Nicholai atreverse a descuidar su vigilancia contra las inesperadas zambullidas en las pesadillas de insomnio con distorsión de tiempo y espacio en que se encontraba de repente y que le llevaban a la locura, dejándole jadeante y sudoroso en un rincón de su celda, sin energía y asustado ante el temor de que el daño que sufría su mente se hiciera crónico.

No se hizo ninguna investigación respecto a la desaparición de Hel, Nicholai Alexandrovich (TA/737804). No se hicieron intentos en favor de su libertad, ni para acelerar su juicio. Era el ciudadano de ninguna nación;

carecía de documentos de identidad; ningún funcionario de Consulado compareció para defender sus derechos civiles.

La única onda en la superficie de la rutina causada por la desaparición de Nicholai Hel fue la breve visita de Mrs. Shimura y Mr. Wanatabe al edificio San Shin, algunas semanas más tarde; ambos habían pasado noches de conversación susurrante, armándose de valor para realizar este gesto desesperanzador en pro de su benefactor. Atendidos por un modesto funcionario, preguntaron por Nicholai, hablando rápidamente y en voz baja, con una tímida humildad. Mrs. Shimura fue quien habló todo el rato, y Mr. Wanatabe se limitó a inclinarse y mantener los ojos bajos en vista del incalculable poder de las fuerzas de ocupación y sus misteriosas maneras. Sabían que, al acudir a la guarida de los norteamericanos, se exponían al peligro de perder su casa y la pequeña seguridad que Nicholai les había proporcionado, pero su sentido del honor y la honradez les dictó que debían correr ese riesgo.

El único efecto de esa tentativa atemorizada de investigación fue que un equipo de la Policía Militar se presentó en la casa de Asakusa para buscar pruebas de la culpabilidad de Nicholai, y el oficial que lo encabezaba se apoderó, como material de la investigación, de la pequeña colección de grabados que Nicholai había ido adquiriendo a medida que podía, entristecido ante el hecho de que sus propietarios se viesen forzados a vender estos tesoros nacionales a causa de la anarquía económica y moral de la ocupación, y ansioso por hacer lo poco que pudiera para evitar que cayesen en manos de los bárbaros.

El resultado fue que estos grabados tuvieron una influencia mínima en el camino de descenso del arte igualitario norteamericano. El oficial que los envió a su casa, y el zoquete de su hijo pequeño se apresuró a pintar en colores los espacios claros, y lo hizo con tanta habilidad, sin sobresalir de las líneas, que su amantísima madre se convenció del creativo potencial de su pequeño y encaminó su educación hacia el arte. Este joven dotado, con los años se convirtió en el líder del movimiento Pop Art, a causa de su precisión mecánica en la reproducción de alimentos envasados.

Durante los tres años de su encierro, Nicholai estuvo esperando técnicamente el juicio por espionaje y asesinato, pero no llegaron a establecerse los procedimientos legales; nunca se le juzgó ni se le sentenció, y por esta razón no llegó a gozar ni tan sólo de los espartanos privilegios a que cualquier otro prisionero tenía derecho. Los administradores japoneses de la prisión de Sugamo estaban bajo la autoridad de las fuerzas de ocupación, y mantuvieron a Nicholai en estricto confinamiento, porque así se lo habían ordenado, a pesar del hecho de que Nicholai constituía una molesta excepción en el rígido desarrollo de su organización. Era el único prisionero que no tenía ciudadanía japonesa, el único que no había sido sentenciado y el único que debía permanecer en solitario sin tener ni una nota de mala conducta en prisión. Nicholai se hubiera convertido en una molesta anomalía administrativa, si los que le custodiaban no le hubiesen tratado como los empleados de las instituciones tratan las manifestaciones de la individualidad inquietante: lo ignoraban.

Cuando Nicholai dejó de atormentarse con sus esporádicos temores de la droga, comenzó su adaptación a las rutinas y circunstancias cronológicas de la vida en solitario. Su celda era un cubo de cemento gris, de uno ochenta metros, sin ventanas, con una luz en lo alto empotrada en el techo y cubierta con un grueso cristal irrompible. La luz permanecía encendida las veinticuatro horas del día. Al principio, Nicholai odiaba aquel resplandor constante que le negaba retirarse en el aislamiento de la oscuridad y ponía inquietud y ligereza en su sueño. Pero cuando por tres veces, en el transcurso de su encierro, la bombilla se quemó y tuvo que permanecer en una oscuridad total hasta que el guardián se dio cuenta, Nicholai descubrió que estaba tan acostumbrado a la luz constante que se asustaba por la opresión de la oscuridad absoluta que le envolvía. Estas tres visitas de un compañero de prisión para sustituir la bombilla bajo la estrecha vigilancia de un guardián, fueron los únicos acontecimientos aparte de la rutina establecida y organizada en la vida de Nicholai, excepto por una breve falla de electricidad ocurrida en medio de la noche, durante su segundo año de permanencia. La repentina oscuridad despertó a Nicholai, quien se sentó al

borde de su camastro metálico, contemplando con fijeza la negrura, hasta que la luz regresó y él pudo volverse a dormir.

Además de la luz, solamente destacaban otras tres características en la celda gris en forma de cubo en donde vivía Nicholai: la cama, la puerta y el retrete. La cama consistía en una especie de panel estrecho de acero sujeto a la pared y con las dos patas delanteras clavadas en el suelo de cemento. Por razones de higiene, el camastro estaba elevado del suelo al estilo occidental, pero tan sólo veinte centímetros. Por razones de seguridad, y para evitar que dispusiera de medios que pudiera emplear para suicidarse, la cama no tenía barrotes ni rejillas, únicamente la plancha de metal lisa sobre la que había dos almohadillas acolchadas para proporcionar calor y comodidad. Esta cama se hallaba colocada al lado opuesto de la puerta, que era la característica más complicada de la celda. Estaba construida de acero, y se abría hacia fuera, silenciosamente, con los goznes bien engrasados, y encajaba tan exactamente en el marco que el aire de la celda se comprimía al cerrarse la puerta y el prisionero experimentaba momentáneamente ciertas molestias en el tímpano. En la puerta se había insertado una mirilla de grueso cristal reforzado con metal, por el que los guardianes controlaban rutinariamente los movimientos del prisionero. En la parte baja de la puerta había una ventanilla de acero remachada y con goznes en su parte inferior para pasar los alimentos. La tercera característica de la celda consistía en un hueco en el suelo, con mosaico, que era el retrete. Siguiendo la discreción japonesa en su preocupación por la dignidad, esta depresión se había hecho junto a la misma pared de la puerta, de modo que el prisionero podía atender sus necesidades físicas fuera del radio de observación. Directamente encima del retrete, había un tubo de ventilación de ocho centímetros de diámetro colocado a nivel del cemento del techo.

Dentro el contexto estricto de su confinamiento solitario, la vida de Nicholai estaba llena de acontecimientos que marcaban y medían su tiempo. Dos veces al día, por la mañana y al atardecer, Nicholai recibía comida a través de la ventanilla inferior, y por las mañanas también se le proporcionaba un cubo de agua y una pequeña pastilla de jabón arenoso que formaba una espuma pobre y grasienta. Cada día, Nicholai se lavaba de pies

a cabeza, cogiendo el agua con sus manos juntas para aclararse y secándose con la tosca camisa acolchada; el resto del agua lo utilizaba para limpiar el retrete.

Su dieta era mínima, pero sana: arroz con cáscara, guiso de verduras y pescado, y un té clarito tibio. Las verduras variaban ligeramente según la estación, y siempre tenían la consistencia demostrativa de que su cocimiento había sido exacto y conservaban todo su valor alimenticio. Se le servía la comida en una bandeja de metal con separaciones, y un juego de palillos de madera unidos por su base para tirar después de ser usados. Cuando la ventanilla se abría, el prisionero que servía siempre se esperaba hasta que Nicholai devolvía la bandeja utilizada junto con los palillos y el envoltorio de papel (incluso de esto se debía dar cuenta), antes de servir la siguiente comida.

Dos veces por semana, a mediodía, se abría la puerta de la celda y un guardián le indicaba que saliera. Puesto que los guardianes tenían prohibido hablarle, todas las comunicaciones se realizaban por medio de la antieconómica mímica, algunas veces cómica. Nicholai seguía al guardián hasta el final del pasillo en donde se abría una puerta de acero (cuyos goznes siempre crujían) y se le permitía salir a la zona de ejercicios, una callejuela estrecha entre dos edificios, sin rasgos característicos, cuyos extremos estaban bloqueados por altos muros de ladrillo, y allí Nicholai podía estar paseando solo durante veinte minutos, con un rectángulo de cielo abierto encima de él y aire fresco para respirar. Sabía que estaba bajo la constante vigilancia de los guardianes de la torre al final de la callejuela, pero los cristales de sus ventanas reflejaban siempre el cielo y Nicholai no podía verlos, de modo que mantenía la ilusión de estar solo y casi libre. Excepto en dos ocasiones que enfermó y tuvo fiebre, nunca rechazó sus veinte minutos al aire libre, aunque lloviera o nevara; y después del primer mes, siempre aprovechó ese tiempo para correr arriba y abajo de la estrecha franja, estirando sus músculos y quemando toda la energía que podía de la que tenía acumulada dentro.

Al terminar el primer mes de encierro, cuando los prolongados efectos de las drogas desaparecieron, Nicholai tomó la decisión de sobrevivir, en

parte por el impulso dictado por una profunda tozudez, desde el tuétano de sus huesos, y en parte acariciando ciertos pensamientos de venganza. Se comía hasta el último bocado de alimento, y dos veces al día, después de cada comida, realizaba vigorosos ejercicios dentro de la celda, desarrollando hábitos que mantuvieran tensos y rápidos cada músculo de su nervioso cuerpo. Después de cada período de ejercicios, se sentaba en un rincón de la celda, en la posición de lotus, y se concentraba en la pulsación de su sangre en las sienes hasta que conseguía la paz de la meditación de media densidad, que, aunque representaba un pobre sustitutivo por la pérdida del descanso de la mente en su transporte místico, bastaba para mantener su mente sosegada y controlada, intocable para la desesperación y la autocompasión. Se entrenó en no pensar nunca en el futuro, sí a suponer que habría un futuro, porque la alternativa le llevaría a una desesperación destructiva.

Al cabo de algunas semanas, decidió llevar una cuenta mental de los días, como un gesto de confianza de que algún día saldría de la prisión y reanudaría su vida. Arbitrariamente decidió llamar lunes al día siguiente y a suponer que sería el día primero de abril. Se equivocó en ocho días, pero no pudo descubrir su error durante tres años.

Su vida solitaria estaba ocupada. Dos comidas, un baño, dos tandas de ejercicios y dos momentos de meditación todos los días. Dos veces por semana, el placer de correr arriba y abajo por la estrecha callejuela. Y quedaban otros dos hitos bien marcados en su tiempo. Una vez al mes, le visitaba un prisionero barbero, que le afeitaba y le cortaba el cabello con unas tijeras dejándoselo con dos milímetros de longitud. Este anciano preso obedecía las instrucciones de no hablarle, pero guiñaba los ojos y hacía muecas constantemente expresando su compañerismo. También una vez al mes, siempre dos días después de la visita del barbero, cuando Nicholai volvía a su celda después de los ejercicios de atletismo, se encontraba cambiada la ropa de la cama, y las paredes y el suelo de su celda chorreando de agua mezclada con desinfectante, cuyo olor persistía durante tres y hasta cuatro días.

Una mañana, después de haber pasado seis meses de silencio en aquella celda, le sobresaltó, sacándole de su meditación, el ruido del cerrojo de la puerta. Su primera reacción fue de fastidio, y algo de temor, ante la ruptura de una rutina tranquilizadora. Después supo que esta visita no era un quebrantamiento de la rutina, sino únicamente el elemento concluyente de los ciclos por los cuales su vida podía medirse. Una vez cada seis meses, le visitaría un anciano funcionario civil, sobrecargado de trabajo, cuyo deber consistía en atender las necesidades sociales y psicológicas de los presos de esta civilizada prisión. El anciano se presentó como Mr. Hirata y le dijo a Nicholai que tenía permiso para hablar. Se sentó al borde del bajo estante-cama de Nicholai, colocó la cartera de mano atiborrada de papeles junto a él, la abrió, buscó un cuestionario y lo sujetó a la tabla con un clip que tenía en el regazo. Con voz monótona y aburrida, le preguntó a Nicholai por su salud y bienestar, y con cada inclinación de cabeza de Nicholai, hizo una marca al lado de la pregunta pertinente.

Después de repasar con la punta de su pluma para asegurarse de que había comprobado todas las preguntas de rigor, Mr. Hirata alzó sus ojos húmedos y fatigados y preguntó si Mr. Hel (Heru) tenía alguna petición o queja formal que formular.

Nicholai negó automáticamente con la cabeza…, pero al momento cambió de opinión.

—Sí —trató de decir. Pero sentía la garganta reseca y únicamente profirió una especie de gruñido. De pronto, se le ocurrió que había perdido la costumbre de hablar. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. Sí, señor. Me gustaría tener libros, papel, pinceles y tinta.

Se arquearon las cejas ganchudas y gruesas de Mr. Hirata, y desvió los ojos mientras respiraba con una profunda inspiración. Claramente, la petición era extravagante. Sería muy difícil. Causaría problemas. Pero, fiel a su deber, anotó la petición en el espacio previsto para aquel propósito.

Nicholai quedó sorprendido al darse cuenta de cuán desesperadamente necesitaba los libros y el papel, aunque sabía que estaba cometiendo el error de esperar algo y se arriesgaba a la desilusión, perjudicando con ello el delicado equilibrio de su existencia precaria en la que el deseo había sido

ahogado y la esperanza reducida al tamaño de expectativa. Temerariamente se lanzó a fondo:

—Es mi única oportunidad, señor.

—¿Cómo? ¿Única oportunidad?

—Sí, señor. No tengo nada… —Nicholai gruñó y se aclaró de nuevo la garganta. ¡Era tan difícil hablar!—. No tengo nada en que ocupar mi mente. Y creo que me estoy volviendo loco.

—¿Cómo?

—A menudo he estado pensando en el suicidio.

—¡Ah! —Mr. Hirata miró con gesto ceñudo y sorbió el aire. ¿Por qué siempre se habían de presentar problemas como éste? ¿Problemas para los cuales el manual de normas no daba instrucciones claras?—. Informaré de su petición, Mr. Heru.

Por su tono, Nicholai dedujo que el informe se haría sin energía, y su petición caería en el abismo burocrático. Había notado que la mirada de Mr. Hirata se fijaba con frecuencia en su golpeado rostro, en el que las cicatrices y los bultos de las palizas que le habían dado aparecían morados todavía, y cada vez que le observaba, Mr. Hirata había desviado rápidamente la mirada, inquieto y avergonzado.

Nicholai se tocó su ceja partida con los dedos.

—No fueron los guardianes japoneses, señor. La mayor parte de estas heridas son el resultado de mi interrogatorio a manos de los norteamericanos.

—¿La mayor parte? ¿Y el resto?

Nicholai miró al suelo y se aclaró la garganta. Su voz era rasposa y débil, pero en aquel momento necesitaba toda la soltura y persuasión. Se prometió que no permitiría que su voz cayera de nuevo en desuso por falta de ejercicio.

—Si, la mayor parte. El resto… Debo confesar que me he hecho algún daño yo mismo. Desesperado, me he golpeado contra la pared. Ha sido una cosa estúpida y vergonzosa, pero sin nada con que poder ocupar mi mente… —Dejó que su voz se apagara lentamente, manteniendo los ojos en el suelo.

Mr. Hirata se inquietó mientras consideraba las consecuencias de la locura y el suicidio en su carrera, sobre todo ahora, cuando sólo le faltaban pocos años para jubilarse. Prometió que haría todo lo que pudiera y salió de la celda preocupado por el más perturbador de los tormentos para un funcionario civil: la necesidad de tomar una decisión independiente.

Dos días más tarde, al regresar de sus veinte minutos de aire fresco, Nicholai encontró un paquete envuelto en papel al pie de su cama de hierro. Contenía tres libros viejos que olían a moho, un bloque con cincuenta hojas de papel, una botella de tinta de tipo occidental y una pluma estilográfica barata, pero nueva.

Al examinar los libros, Nicholai se desanimó. Eran inútiles. Mr. Hirata había ido a una librería de segunda mano y había comprado (con su propio dinero para evitar la complicación administrativa de una petición oficial de artículos que podían resultar prohibidos) los tres libros más baratos que había. No conociendo más idioma que el japonés, pero sabiendo, por la ficha de Hel, que éste sabía leer francés, Mr. Hirata compró lo que él creyó eran libros franceses de una pila que en otro tiempo había formado parte de la biblioteca de un sacerdote misionero, confiscados por el Gobierno durante la guerra. El sacerdote era vasco, y los libros estaban escritos en vasco. Todos impresos antes de 1920; uno de ellos era una descripción de la vida vasca, escrita para niños, con fotografías retocadas, rígidas, y aguafuertes de escenas rurales. Aunque el libro estaba en francés, no tenía valor aparente para Nicholai. El segundo libro era un volumen delgado de *dictons*[21] vascos, parábolas y cuentos populares escritos en vasco en las páginas pares y en francés en las impares. El tercero era un diccionario francés/vasco, recopilado en 1898 por un sacerdote de Haute Soule, que intentaba, en una introducción larga y ampulosa, identificar la erudición de la lengua vasca con las virtudes de la piedad y la humildad.

Nicholai dejó a un lado los libros y se agachó en el rincón de la celda que destinaba a la meditación. Habiendo cometido el error de esperar algo, había pagado el castigo del desencanto. Lloró amargamente, y pronto se le escaparon los sollozos sin darse cuenta. Se trasladó al rincón del retrete para que los guardianes no pudieran verle abatido de aquel modo. Quedó

sorprendido y asustado al descubrir cuán cerca de la superficie se hallaba esta terrible desesperación, a pesar del hecho de que se había entrenado para vivir mediante una rígida rutina evitando cualquier pensamiento sobre el pasado o el futuro. Finalmente, cansado y agotadas las lágrimas, logró adentrarse en una meditación de densidad media, y cuando se tranquilizó, afrontó el problema.

Pregunta: ¿Por qué había puesto tantas esperanzas en aquellos libros haciéndose vulnerable a la pesadumbre de la desilusión? Respuesta: Sin admitirlo para sí mismo, se había dado cuenta de que su intelecto, agudizado por el entrenamiento de *Gõ*, tenía algo de las características de un motor en serie que, si no llevaba carga, corría más y más hasta quemarse. Por esto había reducido su vida a través de una rígida rutina, y por lo cual pasaba más tiempo de lo que era necesario en el agradable vacío de la meditación. No tenía nadie con quien hablar, y hasta evitaba el pensar. Claro está que las impresiones pasaban por su mente sin ser llamadas, pero en su mayor parte eran imágenes irracionales que carecían de la lógica lineal del pensamiento formulado. No había sido consciente de que evitaba utilizar su mente ante el temor de que pudiera caer en el pánico y la desesperación en aquella celda silenciosa y solitaria, y fue por este motivo por lo que había saltado ante la oportunidad de tener libros y papel, por ello había ansiado terriblemente la compañía y la ocupación mental que los libros podían proporcionarle.

¿Y éstos eran los libros? Un librito de viajes infantil; un librito de sabiduría popular, y ¡un diccionario recopilado por un sacerdote extremadamente piadoso!

Y en su mayor parte escritos en vasco, un idioma del que Nicholai apenas sabía nada, la lengua más antigua de Europa y sin más relación con ningún otro idioma del mundo que el pueblo vasco, con su singular distribución de grupo sanguíneo y formación craneal, que no guardan relación con ninguna otra raza.

Nicholai continuó agachado, en silencio, afrontando su problema. Sólo había una respuesta: de un modo u otro debía utilizar estos libros. Con estos libros aprendería vasco. Después de todo, aquí tenía mucho más que la

piedra Rosetta: tenía una traducción página por página, y un diccionario. Su mente estaba entrenada en la geometría abstracta cristalina del *Gõ*. Había trabajado en criptografía. Construiría una gramática vasca. Y mantendría vivos también sus otros idiomas. Traduciría los cuentos populares al ruso, inglés, japonés y alemán. En su mente, podría traducirlos también a su chino vulgar de la calle, pero no podía hacer más con este último, pues no aprendió los caracteres de esa lengua.

Despojó la cama de las ropas y se hizo un escritorio de la plancha de hierro al lado de la cual se arrodilló mientras ordenaba los libros y la pluma y el papel. Al principio, trató de disimular su excitación, para que no le quitaran sus tesoros, sumergiéndole en lo que Saint-Exupéry había denominado la tortura de la esperanza. En verdad, su próxima sesión de ejercicio en la callejuela estrecha constituyó un tormento, y regresó dispuesto a soportar que le hubiesen confiscado los libros. Pero los libros seguían allí y Nicholai se abandonó a los goces del trabajo mental.

Después de haber descubierto que casi había perdido el uso de la voz, se inició en la práctica de hablar consigo mismo durante algunas horas cada día, inventando situaciones sociales o contando en voz alta las historias políticas o intelectuales de cada una de las naciones cuya lengua hablaba. Al principio, tenía conciencia de que estaba hablando consigo mismo, temiendo que los guardianes creyeran que estaba perdiendo la razón. Pero muy pronto adquirió el hábito de pensar en voz alta, y se pasaba el día murmurando para sí. De sus años en prisión, Hel adquirió la costumbre, que perduró durante toda su vida, de hablar en voz tan baja que era casi un susurro, comprensible únicamente gracias a su pronunciación muy precisa.

Años después, esa voz tan precisa y medio susurrante, causaba un efecto escalofriante e intimidador en las personas con las que su extraña profesión le puso en contacto. Y para aquellos que cometían el fatal error de traicionarle, la esencia de sus pesadillas era oír esa voz precisa y suave hablándoles desde las sombras.

El primer refrán en el libro de proverbios era *Zahar hitzak, zuhur hitzak*, que se traducía como «Antiguos refranes son sabios refranes». Su

diccionario inadecuado sólo le proporcionó la palabra *zahar* que significa viejo.

Y las primeras notas de su pequeña gramática de aficionado fueron:

Zuhur = sabio.

Plural del vasco, «ak» o «zak».

Radical para «proverbios/refranes» es «hit» o «hitz». Nota: verbo «decir/hablar» probablemente derivado de esta radical. Nota: es posible que las estructuras paralelas no necesiten el verbo auxiliar ser.

Y partiendo de este exiguo principio, Nicholai construyó una gramática del idioma vasco palabra por palabra, concepto por concepto, estructura por estructura. Desde el principio se obligó a pronunciar el idioma que estaba aprendiendo, para mantenerlo vivo y constante en su mente. Sin tener quien le guiara, cometió algunos errores presentes para siempre en su vasco hablado, con gran regocijo de sus amigos vascos. Por ejemplo, decidió que la *h* sería muda, como en francés. También tuvo que decidir cómo pronunciar la vasca, escogiendo entre diversas posibilidades. Podría ser una z, o *sh, o tch*, o la *ch* alemana gutural. A su arbitrio, eligió la última. Equivocadamente, para su vergüenza posterior.

Su vida ahora estaba llena, hasta se había convertido en atareada, con acontecimientos que tenía que dejar antes de cansarse de ellos. Su día comenzaba con el desayuno y el baño de agua fría. Después de haber quemado el exceso de sus energías físicas con ejercicios gimnásticos, se permitía media hora de meditación de mediana densidad. El estudio del vasco le ocupaba después hasta la cena, después de la cual se dedicaba otra vez a ejercicios físicos hasta que su cuerpo quedaba agotado y cansado. Otra media hora de meditación. Y el sueño.

Sus carreras bisemanales en la callejuela estrecha le privaban de un tiempo precioso para el estudio del vasco. Y cada día, mientras comía o hacía ejercicios, hablaba consigo mismo en uno de los idiomas que sabía para mantenerlos frescos y disponibles. Como hablaba siete lenguas, asignó una de ellas a cada día de la semana y su calendario semanal personal decía: *Monday, BTOPHNK, lai-bai-sam, jeudi, Freitag, Larunbat* y *Nitiyoo-bi*.

El suceso más importante de los años de prisión solitaria de Nicholai Hel fue el desarrollo de su sentido de la proximidad. Esto sucedió sin que interviniera absolutamente su voluntad, y al principio, sin que él mismo se diera cuenta. Los que estudian el fenómeno paraperceptivo suponen que el sentido de la proximidad era tan vigoroso y común al comienzo del desarrollo del hombre, como los otros cinco sentidos de percepción, pero que se debilitó por el desuso a medida que el hombre fue dejando atrás su existencia de presa-cazador. Además, la naturaleza extrafísica de este «sexto sentido» se derivaba de la energía de la corteza central, que estaba en contradicción diametral con el razonamiento racional cuyo estilo de comprensión y experiencia coordinada eran definitivas para caracterizar al hombre animal. Evidentemente, algunas culturas primitivas siguen manteniendo instintos rudimentarios de la proximidad, e incluso, personas sumamente cultas a veces reciben impulsos de los antiguos residuos de su sistema de proximidad y descubren con inquietud que alguien está observándoles por la espalda, o que alguien está pensando en ellos, o experimentan una sensación generalizada y confusa de bienestar o de desastre; pero éstas son sensaciones pasajeras y sutilísimas que se rechazan porque no pueden ser ni son comprendidas en el marco de la comprensión lógica del hombre, y porque el aceptarlas socavaría la cómoda convicción de que todos los fenómenos quedan dentro del espectro del raciocinio.

En ocasiones, bajo circunstancias sólo comprendidas a medias, el sentido de la proximidad se desarrolla plenamente en un hombre moderno. En muchos aspectos, Nicholai Hel era un individuo característico de los pocos que poseen sistemas de proximidad florecientes. Toda su vida había sido intensamente mental e interna. Había sido un místico y experimentado el transporte del éxtasis, no sintiéndose inquieto, por consiguiente, ante lo extralógico. El *Gõ* había adiestrado su intelecto en concebir en términos de permutaciones fluidas en lugar de plantear el simple problema-solución de las culturas occidentales. Entonces, un acontecimiento traumático de su vida le había dejado a solas consigo mismo durante un largo período de tiempo. Todos estos factores concuerdan con los que caracterizan que una

persona entre varios millones, que existe en nuestra época, posea el don adicional (o la carga) del sentido de proximidad.

Este sistema de percepción primordial se desarrolló tan lenta y regularmente, que Nicholai no se dio cuenta de él durante todo un año. Su existencia en prisión estaba medida en tantos fragmentos cortos y monótonos, que no tenía sentido del paso del tiempo fuera de los muros de la prisión. Nunca se preocupaba de sí mismo, y nunca estaba aburrido. En aparente contradicción con las leyes físicas, el tiempo pesa únicamente cuando está vacío.

Su reconocimiento consciente del don lo provocó una visita de Mr. Hirata. Nicholai estaba trabajando con sus libros cuando alzó la cabeza y dijo en voz alta para sí mismo (en alemán, pues era viernes):

—Es raro. ¿Por qué vendrá a verme Mr. Hirata?

Miró entonces a su calendario improvisado, y se dio cuenta de que, en realidad, habían pasado seis meses desde la última visita de Mr. Hirata.

Algunos minutos después, se distrajo nuevamente de su estudio para preguntarse quién sería el extranjero que venía con Mr. Hirata, porque la persona cuyo acercamiento presentía no era uno de los guardianes de costumbre, cada uno de los cuales tenía una presencia característica que Nicholai les reconocía.

Poco después, el cerrojo de la puerta fue descorrido y entró Mr. Hirata, acompañado por un hombre joven que estaba preparándose para el trabajo social dentro del sistema de prisiones y que se mantuvo cortésmente apartado mientras el anciano seguía la rutina de sus preguntas de costumbre, marcando cuidadosamente cada respuesta en la hoja sujeta con un clip a su tablero.

Al responder a la pregunta final, que resumía todas las demás, Nicholai solicitó más papel y tinta, y Mr. Hirata encogió el cuello y absorbió el aire entre los dientes para señalar la abrumadora dificultad de semejante solicitud. Pero había algo en su actitud que hizo que Nicholai quedara convencido de que su petición sería cumplida.

Cuando Mr. Hirata estaba a punto de marcharse, Nicholai le preguntó:

—Perdóneme, señor. ¿Pasó usted cerca de mi celda hará unos diez minutos?

—¿Hace diez minutos? No. ¿Por qué lo pregunta?

—¿No pasó usted cerca de mi celda? Bueno, entonces, ¿pensó usted en mí por casualidad?

Los dos funcionarios de la prisión intercambiaron sendas miradas. Mr. Hirata había informado a su aprendiz de la precaria condición mental de este prisionero, al borde del suicidio.

—No —comenzó a decir el veterano—. No creo que yo… ¡ah, un momento! ¡Claro que sí! Justamente antes de entrar en este ala hablé con este joven sobre usted.

—¡Vaya! —respondió Nicholai—. Esto lo explica todo.

Nuevas miradas intercambiadas entre los dos hombres.

—¿Explica el qué?

Nicholai se percató de que sería al mismo tiempo difícil y poco amable introducir un tema tan abstracto y etéreo, como el sentido de la proximidad, en la mentalidad de un funcionario civil, de modo que sacudió la cabeza y repuso:

—Nada. No es importante.

Mr. Hirata hizo un gesto de indiferencia y salió.

Durante el resto de aquel día, y todo el siguiente, Nicholai reflexionó sobre la habilidad que se había descubierto para interceptar parasensorialmente la proximidad física y la concentración dirigida de las personas. Durante sus veinte minutos de ejercicio en la callejuela, bajo un rectángulo de cielo tempestuoso, cerró los ojos mientras caminaba y probó a ver si podía concentrarse en alguna característica de los muros y saber cuándo se había aproximado a ella. Descubrió que podía hacerlo, y de hecho, que podía dar vueltas sobre sí mismo con los ojos cerrados para desorientarse, y seguir concentrándose en una grieta de la pared o en una piedra de forma extraña caminando directamente hacia esos lugares, alargar la mano y tocarlos a algunos milímetros de distancia. De modo que su sentido de proximidad también funcionaba con los objetos inanimados. Mientras lo hacía, notó una corriente de concentración humana dirigida

hacia él, y supo, aunque no podía ver a través del cristal que reflejaba el cielo de la torre del guardián, que sus acciones habían sido observadas y estaban siendo comentadas por los hombres que había allí. Pudo distinguir entre las cualidades de su concentración interrumpida, y señalar que se trataba de dos hombres, uno de voluntad fuerte y otro de voluntad más débil, o, quizá, relativamente indiferente a los actos de un preso enloquecido.

Cuando estuvo de nuevo en su celda, se dedicó a pensar en esta facultad. ¿Cuánto hacía que la tenía? ¿De dónde procedía? ¿Cuáles eran sus usos potenciales? Según recordaba al principio, se había desarrollado durante su último año en prisión. Y con tanta lentitud que no podía recordar cuándo se inició. Durante algún tiempo había sabido, sin fijar su atención en ello, cuándo se aproximaban los guardianes a su celda, y si se trataba del bajito con los ojos tristes o del que tenía aspecto polinésico, aquel que probablemente tenía sangre Ainu. Y sabía cuál de los prisioneros le traía el desayuno casi inmediatamente al despertar.

Pero, ¿había habido algún indicio antes de estar en prisión? Sí, recordó vagamente. Siempre hubo indicios modestos, primarios, de este sistema de proximidad. Incluso siendo niño al entrar en una casa había sabido de inmediato si estaba vacía u ocupada. Incluso en el mayor silencio, sabía si su madre había recordado u olvidado algún deber o encargo para él. Podía percibir la carga remanente en el aire de una discusión reciente o del acto del amor en cualquier habitación en donde entraba. Pero Nicholai había creído que estas experiencias eran corrientes y compartidas por todos. Y en cierto sentido, tenía razón. Muchos niños, y algunos adultos, en ocasiones presienten esas impalpables vibraciones por los restos de sus sistemas de proximidad, aunque las justifican y rechazan llamándolas «humor», o «corazonada» o «intuición». La única cosa que no era común en el contacto de Nicholai con su sistema de proximidad era su correspondencia. Nicholai siempre había sido sensible a los mensajes.

En sus excursiones espeleológicas con sus amigos japoneses, fue cuando este don de paraperceptividad se manifestó abiertamente, aunque en esos momentos Nicholai no le concedió importancia ni intentó darle un

nombre. Sujeto a las singulares condiciones de oscuridad total, temor primitivo concentrado y extraordinario esfuerzo físico, los poderes primitivos del núcleo de la corteza de Nicholai interferían en su circuito sensorial. Estando con sus compañeros en un profundo laberinto desconocido, deslizándose por una hendidura con millones de toneladas de roca a pocos centímetros por encima de su columna vertebral, las sienes palpitantes por el esfuerzo, Nicholai sólo tenía que cerrar los ojos (para librarse del impulso dominador del sistema sensorial que dirigía su energía a través de los ojos, aunque estuviese en una oscuridad absoluta) y enviando su sentido de la proximidad podía decir, con una seguridad injustificable, en qué dirección estaba el espacio vacío y en dónde se hallaba la roca sólida. Al principio, sus amigos bromeaban sobre sus «presentimientos». Una noche, mientras acampaban a la entrada de unas cuevas subterráneas que aquel día habían estado explorando, la soñolienta conversación derivó hacia la indiscutible habilidad que Nicholai poseía para orientarse. Uno de los jóvenes expresó la conjetura de que, sin saberlo, Nicholai traducía los ecos sutiles de su respiración y de sus deslizamientos, y quizá también las diferencias de olor en el aire subterráneo, y de esas señales ligeras, pero nada místicas ciertamente, derivaban sus famosos «presentimientos». Nicholai aceptó de buen grado esta explicación en realidad no le importaba mucho.

Otro muchacho del grupo, que estaba aprendiendo inglés con el fin de obtener un empleo mejor con las fuerzas de ocupación, dio una palmadita a Nicholai en el hombro, y gruñó:

—Inteligentes, estos occidentales, en orientarse. Y otro, un tipo irónico con cara de mono que era el payaso del grupo, dijo que no era nada extraño que Nicholai pudiera ver en la oscuridad. Después de todo, se trataba de un hombre del crepúsculo[22]. El tono de su declaración indicaba que se trataba de una broma, pero durante algunos segundos reinó el silencio en torno al fuego de campamento, mientras todos trataban de descifrar la broma tortuosa y oblicua, fruto corriente del humor del joven con cara de mono, a medida que todos se dieron cuenta, hicieron protestas y súplicas de

que estaban excluidos de la broma, y uno de los muchachos arrojó su gorra al ofensor ingenioso[23].

Durante el día y medio que dedicó en la celda a reflexionar sobre su sentido de la proximidad, Nicholai pudo descubrir diversos aspectos sobre su naturaleza. En primer lugar, no se trataba de un sentido simple, como la vista o el oído. El sentido del tacto ofrecía una analogía mejor, ese sentido que constituye una compleja constelación de reacciones que incluye de la sensitividad al calor y a la presión, dolor de cabeza y náuseas, los sentimientos del ascenso y descenso y los controles de equilibrio por medio del líquido del laberinto del oído, todo lo cual se ha agrupado bastante inadecuadamente con la denominación de «tacto». En el caso del sentido de proximidad, existen dos tipos destacados de reacción sensorial: el cualitativo y el cuantitativo; y hay dos divisiones espaciadas de control, la activa y la pasiva. El aspecto cuantitativo trata ampliamente de la proximidad simple, la distancia y la dirección de los objetos animados e inanimados. Nicholai supo muy pronto que la distancia de sus interceptaciones era muy limitada en el caso de un objeto pasivo, inanimado, un libro, una piedra, o una persona que estuviera inmóvil soñando despierta. La presencia de ese objeto podía ser sentida pasivamente hasta una distancia de cuatro o cinco metros, más allá de los cuales las señales eran demasiado débiles para ser apreciadas. Sin embargo, si Nicholai se concentraba en el objeto y construía un puente de fuerza, la distancia efectiva podía duplicarse. Y si el objeto era un hombre (o, en ciertos casos, un animal) que estaba pensando en Nicholai y enviando su propio puente de fuerza, la distancia podía duplicarse otra vez. El segundo aspecto del sentido de proximidad era cualitativo, y perceptible únicamente en los casos de un objeto humano. Nicholai, no sólo podía fijar la distancia y la dirección de una fuente emisora, sino que, además, podía sentir, por medio de las vibraciones afines de sus propias emociones, la cualidad de las mismas: amistosas, antagónicas, amenazadoras, amorosas, asombradas, airadas, o sensuales. Y todo el sistema estaba generado por la corteza cerebral desde donde eran transmitidas las emociones más primitivas con la mayor claridad: miedo, odio y deseo.

Después de haber descubierto estos hechos a grandes rasgos sobre su sexto sentido, Nicholai los apartó de su mente y se dedicó de nuevo a sus estudios y a la tarea de mantener vivas las lenguas que hablaba. Reconoció que, mientras permaneciera en prisión, estas facultades extraordinarias no tendrían una utilidad mayor que la de juegos de salón. No podía saber por anticipado que, años después, su sentido de la proximidad, altamente desarrollado, no sólo le ayudaría a alcanzar fama mundial como el más audaz de los exploradores subterráneos, sino que le serviría, al mismo tiempo, como arma y escudo en su vocación de exterminador profesional de los terroristas internacionales.

SEGUNDA PARTE

SABAKI

WASHINGTON

Mr. Diamond alzó los ojos de la última parte de la proyección giratoria y se dirigió al primer ayudante:

—Muy bien, corte aquí y vuelva a la época anterior. Háganos un ligero resumen de sus actividades antiterroristas desde el momento que salió de la prisión hasta ahora.

—Sí, señor. Sólo tardaré un minuto en ajustarlo.

Con la ayuda de *Fat Boy* y las manipulaciones sensitivas del primer ayudante, Diamond había presentado ante sus invitados, a grandes rasgos, los hechos de la vida de Nicholai Hel hasta la mitad del tiempo que pasó en prisión, añadiendo ocasionalmente algunos detalles más de la situación, que procedían de sus propios recuerdos. Sólo había tardado veintidós minutos en compartir esta información con ellos, porque *Fat Boy* quedaba limitado a incidentes y hechos registrados; los motivos, las pasiones y los ideales eran ajenos a su lenguaje vernáculo.

Durante esos veintidós minutos, Darryl Starr se había repantigado en su butaca de plástico blanco, anhelando fumarse un cigarro puro, pero sin atreverse a encenderlo. Supuso lúgubremente que se le estaban imponiendo los detalles de la vida amorosa de ese *gook* como una especie de castigo por haber fallado en el golpe de Roma al permitir que la chica escapara. Haciendo un esfuerzo por mantener su dignidad, asumió una actitud de resignación aburrida, chupándose los dientes y soltando de vez en cuando un ligero suspiro. Pero había algo que le inquietaba más que el ser castigado como un escolar recalcitrante. Presentía que el interés de Diamond en Nicholai Hel iba más allá del profesionalismo. Había algo personal en todo aquello, y los años de experiencia de Starr en las trincheras de las

operaciones de la CIA le hacían desconfiar y temer que la misión pudiera contagiarse con sentimientos personales.

Por su parte, el palestino, adoptando una actitud adecuada a su condición de sobrino de un hombre importante y aprendiz de terrorista de la CIA, al principio prestó suma atención a la información proyectada en el cristal de la mesa de conferencias, pero muy pronto su concentración se desvió hacia la piel rosada y tersa de las pantorrillas de Miss Swivven, a la que de vez en cuando hacía una mueca en su versión de galantería seductora.

El delegado había respondido a cada fragmento de la información con un breve movimiento de la cabeza para dar la impresión de que la CIA se hallaba al corriente de toda aquella información, y de que él simplemente estaba haciendo una revisión mental. De hecho, la CIA no tenía acceso a *Fat Boy*, aunque el sistema de ordenador biográfico de la Organización Madre hacía largo tiempo que había consumido y digerido todo lo que había en los bancos de memoria de la CIA y de la NSA.

Mr. Able, por su parte, mantuvo una apariencia de ligero aburrimiento y cortesía marginal, aunque ciertos episodios de la biografía de Hel le habían intrigado, especialmente aquellos que revelaban el misticismo y la extraña facultad del sentido de la proximidad, pues este hombre refinado tenía afición al ocultismo y al exotismo, apetitos manifestados en sus ambigüedades sexuales.

En el cuarto de máquinas anexo, sonó un timbre en sordina, y Miss Swivven se levantó para ir a recoger las telefotos de Nicholai Hel que Mr. Diamond había solicitado. Durante un minuto, reinó el silencio en la sala de conferencias, con excepción del zumbido y los clics de la consola del primer ayudante, que estaba investigando en los bancos de memoria internacional de *Fat Boy* y registrando ciertos fragmentos en su propia unidad de almacenamiento a corto plazo. Mr. Diamond encendió un cigarrillo (se permitía fumar cuatro al día) y dio la vuelta a su sillón para contemplar el monumento a Washington, iluminado con focos más allá de la ventana, mientras se daba golpecitos en los labios con los nudillos sumido en meditación.

Mr. Able suspiró ruidosamente, estiró con elegancia la raya de una de las perneras de su pantalón y echó una mirada a su reloj.

—Confío en que esto no dure mucho. Tengo ciertos planes para esta noche. —Durante toda la sesión habían estado acudiendo a su mente visiones de aquel hijo del senador Ganymede.

—¡Ah! —dijo Diamond—, ya las tenemos. —Alargó la mano hacia las fotografías que Miss Swivven traía del cuarto de máquinas y las ojeó rápidamente—. Están en orden cronológico. Esta primera es una ampliación de la fotografía de identificación que se le hizo cuando comenzó a trabajar para la sección criptográfica de Sphinx/FE.

La pasó a Mr. Able, que examinó la fotografía, granulosa por la excesiva ampliación.

—Interesante rostro. Altanero. Delicado. Severo.

Pasó la fotografía al delegado, quien la miró brevemente como si ya estuviera familiarizado con ella y la pasó a su vez a Darryl Starr.

—¡Co… ño! —exclamó Starr—. ¡Si parece un muchacho! ¡Quince o dieciséis años!

—Su aspecto confunde —comentó Diamond—. Cuando se hizo esta fotografía, tendría ya unos veintitrés años. La juventud es un rasgo familiar. En este momento, Hel debe de estar entre los cincuenta y los cincuenta y tres años, pero me han dicho que tiene el aspecto de un hombre de poco más de treinta años.

El pastor de cabras palestino alargó la mano para coger la fotografía, pero ésta fue devuelta a Mr. Able, que la observó nuevamente y comentó:

—¿Qué pasa con los ojos? Parecen raros. Artificiales.

Incluso en blanco y negro, los ojos tenían una transparencia anormal, como si la exposición hubiera sido escasa en ellos.

—Sí —confirmó Diamond—. Sus ojos son extraños. Poseen un raro tono verde brillante, como el color de las botellas antiguas. Son su característica física más sobresaliente.

Mr. Able miró de reojo a Diamond.

—¿Ha visto usted personalmente a este hombre?

—Yo… yo he estado interesado en este hombre durante muchos años —replicó Diamond en tono evasivo, mientras pasaba la segunda fotografía.

Mr. Able respingó al contemplar aquella fotografía. Hubiera sido imposible reconocerle como el mismo hombre. Tenía la nariz rota y estaba inclinada hacia la izquierda. A lo largo de su mejilla derecha, se veía el borde alzado del tejido de una cicatriz, su frente aparecía cruzada por otra cicatriz en diagonal, que le llegaba hasta la ceja partiéndola. El labio inferior se veía hinchado y partido, y debajo del pómulo izquierdo había una fea hinchazón. Tenía los ojos cerrados, y el resto de su cara relajado. Mr. Able pasó la fotografía delicadamente al delegado, como si no desease tocarla.

El palestino alargó la mano, pero la fotografía fue pasada a Starr.

—¡La madre que lo p…! ¡Parece como si hubiese ido a la ciudad de los puños en un tren de carga!

—Lo que ustedes están viendo —explicó Diamond— es el efecto de un intenso interrogatorio por el Servicio de Información del Ejército. La fotografía fue tomada unos tres años después de la paliza, mientras el sujeto era anestesiado preparándole para la cirugía plástica. Y aquí está el hombre una semana después de la operación. —Diamond hizo circular la siguiente fotografía por la mesa de conferencias.

El rostro estaba todavía algo hinchado como resultado de la reciente operación, pero se habían borrado todas las señales de la desfiguración, y cierta tirantez general había quitado incluso las suaves líneas y marcas de la edad.

—¿Qué edad tenía en esta época? —preguntó Mr. Able.

—Entre veinticuatro y veintiocho años.

—Asombroso. Parece más joven que en la primera fotografía.

El palestino trató de poner su cabeza al revés para ver la fotografía cuando pasaba por delante de él.

—Esto son ampliaciones de fotografías de pasaporte. La de Costa Rica fue hecha poco después de la cirugía plástica, y la francesa, un año después. Creemos que posee también un pasaporte albanés, pero no tenemos copia.

Mr. Able miró rápidamente las fotografías de pasaporte que, confirmando su clase, tenían demasiada luz y poca calidad. Una característica llamó su atención, por lo que observó de nuevo la fotografía francesa.

—¿Está usted seguro de que es el mismo hombre?

Diamond tomó de nuevo la fotografía, y la observó.

—Sí, es Hel.

—Pero estos ojos…

—Ya sé a lo que se refiere. Como el color singular de sus ojos descubriría cualquier disfraz, Hel utiliza varios pares de lentillas no correctoras, claras en el centro y coloreadas en el iris.

—Así presenta el color de ojos que quiere. Interesante.

—¡Oh, sí! Hel es muy ingenioso.

El hombre de la OPEC sonrió.

—Ésta es la segunda vez que he notado cierta admiración en su voz.

Diamond le miró fríamente.

—Está usted equivocado.

—¿Realmente? Entiendo. ¿Son éstas las fotografías más recientes que tienen ustedes del ingenioso… pero no admirado… Mr. Hel?

Diamond cogió el resto del mazo de fotografías y lo arrojó sobre la mesa de conferencias.

—Claro. Tenemos muchísimas. Y constituyen un ejemplo típico de la eficiencia de la CIA.

Las cejas del delegado se arquearon con resignación de mártir.

Mr. Able repasó las fotografías con el ceño fruncido, y después las empujó en dirección a Starr.

El palestino se levantó y dio una palmada sobre el montón; cuando todos le miraron ante aquel sorprendente gesto de rudeza, hizo una mueca disimulando su vergüenza. Acercó las fotografías hacia él y las examinó cuidadosamente.

—No lo comprendo —admitió—. ¿Qué es esto?

En cada una de las fotografías, la figura central aparecía desenfocada. Habían sido tomadas en diferentes lugares, cafés, calles de la ciudad, en la

costa, en las gradas de una partida de jai-alai, en un aeropuerto, y todas ellas presentaban la concentración de imagen característica de una lente con teleobjetivo; pero en ninguna de ellas era posible reconocer al hombre fotografiado, pues de pronto se había movido en el instante en que se había apretado el pulsador.

—Realmente, esto es algo que no logro entender —confesó el pastor de cabras, como si se tratara de algo extraordinario—. Es algo que mi comprensión no llega a… entender.

—Al parecer —explicó Diamond—, Hel no puede ser fotografiado a menos que él lo desee, aunque tenemos motivos para creer que los esfuerzos de la CIA para seguir sus huellas y vigilar sus acciones le son indiferentes.

—En este caso, ¿por qué estropear todas las fotografías? —preguntó Mr. Able.

—Accidentalmente. Tiene algo que ver con su sentido de proximidad. Hel puede percibir la concentración de alguien en su persona. Evidentemente, el sentimiento de ser perseguido por la lente de una cámara es idéntico al de ser observado a través del teleobjetivo de un rifle, y el momento de apretar el pulsador equivale al de apretar el gatillo.

Así que se lanza en el instante en que se toma la fotografía —explicó Mr. Able—. Sorprendente. Realmente asombroso.

—¿Es admiración lo que noto ahora? —preguntó sarcásticamente Diamond.

Mr. Able sonrió e inclinó la cabeza, aceptando la ironía.

—Hay algo que quiero preguntarle. El mayor que estuvo presente en ese interrogatorio, que yo llamaría brutal, de Hel, se llamaba Diamond. Naturalmente, ya sé la tendencia de su gente a identificarse con piedras preciosas y metales, el mundo mercantil está ricamente adornado con Pearls, Rubys y Golds[24]; sin embargo, la coincidencia de nombres me inquieta un poco. Después de todo, la coincidencia es el arma más importante del destino.

Diamond niveló el mazo de fotografías dando a los bordes contra su escritorio; después las dejó a un lado y dijo con indiferencia:

—El mayor Diamond en cuestión era mi hermano.

—Entiendo —replicó Mr. Able.

Darryl Starr miró inquieto a Diamond, habiéndose confirmado sus sospechas sobre un interés personal en el asunto.

—¿Señor? —dijo el primer ayudante—. Tengo a punto el informe de las actividades antiterroristas de Hel.

—Muy bien. Mándelo a la mesa. Sólo lo más relevante. Sin detalles. Únicamente quiero que estos caballeros se den cuenta de lo que estamos afrontando.

Aunque Diamond había pedido una información superficial de las actividades antiterroristas conocidas de Hel, el primer asunto que apareció en la mesa de conferencias estaba tan resumido, que Diamond creyó necesario complementarlo.

—La primera operación de Hel no fue antiterrorista, hablando en sentido estricto. Como pueden ver, fue un atentado contra el jefe de una misión comercial soviética en Pekín, poco después de que los chinos comunistas hubieran afirmado su control en ese país. La operación fue tan íntima y secreta que la mayor parte de las cintas fueron aisladas por la CIA antes de la que la Organización Madre comenzara a solicitar un duplicado de todos los asuntos para alimentar a *Fat Boy*. En resumen, el asunto fue como sigue: el Servicio de Información norteamericano estaba preocupado por la perspectiva de una coalición rusochina, a pesar del hecho de que entre ellos existían muchos motivos de divergencia: cuestiones de frontera, ideología, desigual desarollo industrial, desconfianza racial. Los muchachos del Departamento de ideas presentaron un plan para sacar provecho de sus diferencias de opinión y romper cualquier proyecto de unión que estuviera en marcha. Propusieron que se enviara un agente a Pekín para matar al jefe de la Comisión soviética, siguiendo instrucciones comprometedoras, recibidas aparentemente de Moscú. Así, los chinos pensarían que los rusos habían sacrificado a uno de los suyos para crear un incidente como excusa para suspender las negociaciones. Los soviéticos, más enterados, creerían que los chinos habían dado el golpe por las mismas razones. Y cuando los chinos mostraran las instrucciones como evidencia de la duplicidad de los

rusos, los soviéticos clamarían que Pekín había falsificado los documentos para justificar su cobarde ataque. Los chinos, sabiendo perfectamente que esto no era cierto, quedarían convencidos de que todo el asunto no era nada más que una conspiración rusa.

«Prueba de que el plan tuvo éxito, es el hecho de que las relaciones chino-soviéticas nunca se afirmaron, y hoy día se caracterizan por la desconfianza y la hostilidad, y los poderes del bloque occidental pueden utilizar a cualquiera de ellos contra el otro, evitando así una alianza abrumadora.

»La pequeña dificultad en el ingenioso plan de los muchachos de las ideas era encontrar un agente que conociera el chino lo suficiente para moverse por el país sin ser descubierto, que pudiera pasar por ruso, si llegaba el caso, y que estuviera dispuesto a aceptar un trabajo que tenía pocas probabilidades de éxito, y casi ninguna oportunidad de escapar después de dar el golpe. Ese agente debía ser brillante, políglota, un asesino con experiencia y lo bastante desesperado como para aceptar una misión que no ofrecía ni una posibilidad de vivir entre ciento.

La CIA hizo una especie de clasificación, y sólo encontraron una persona entre todas las que tenían bajo control que encajara en la descripción…

JAPÓN

Comenzaba el otoño, el cuarto otoño que Hel pasaba en su celda de la prisión de Sugamo. Estaba arrodillado en el suelo, frente a su escritorio-cama, perdido en un intrincado problema de la gramática vasca, cuando notó cierto cosquilleo en las raíces de los pelos de su nuca. Alzó la cabeza y se concentró en las proyecciones que estaba interceptando. El aura de la persona que se aproximaba no le era conocida. Se oyó un ruido en la puerta, que se abrió. Entró un sonriente guardián, con una cicatriz triangular en la frente, un guardián que Nicholai nunca había visto o sentido anteriormente.

El guardián se aclaró la garganta.

—Venga conmigo, por favor.

Hel frunció el entrecejo. ¿La forma *Onasai*? ¿Lenguaje respetuoso de un guardián a un prisionero? Ordenó cuidadosamente sus notas y cerró el libro antes de levantarse. Se recomendó calma y cuidado. Esta ruptura sin precedentes de la rutina podía significar esperanza… o peligro. Se levantó y precedió al guardián fuera de la celda.

—¿Mr. Hel? Encantado de conocerle.

Un joven educado se levantó para estrechar la mano de Hel cuando éste entró en la sala de visitas. El contraste entre su traje de Ivy League y la corbata estrecha, y el arrugado uniforme gris de Hel, no era mayor que el que había entre sus físicos y temperamentos. El cordial agente de la CIA era robusto y atlético, capaz de la congenialidad del primer nombre y el golpe en la rodilla distintivos del vendedor americano. Hel, delgado y nervudo, se mostraba reservado y distante. El agente, que tenía fama de ganarse inmediatamente la confianza, era una buena persona de palabras y razones.

Hel era una criatura de significado y matiz. Era el hombre del garrote y el del espadín.

El agente indicó con la cabeza que el guardián podía marcharse. Hel se sentó en el borde de la silla, pues durante tres años sólo había podido sentarse en el camastro y había perdido la facilidad de sentarse cómodamente y descansar. Después de tanto tiempo de no haber tenido una charla social, la conversación del agente le pareció menos inquietante que desatinada.

—He pedido que nos traigan un poco de té —dijo el agente, sonriendo con una mueca de personalidad retorcida que siempre le había dado resultados en las relaciones públicas—. Es algo que no se les puede negar a estos japoneses, saben hacer una buena taza de té, lo que mis amigos *limey*[25] llaman una taza exquisita. —Se echó a reír ante su incapacidad de pronunciarlo con un acento *cockney* reconocible.

Hel le observaba sin hablar, gozando un poco por el hecho de que el americano había quedado desconcertado por la apariencia desfigurada del rostro de Hel, desviando inquieto su mirada, al principio, y después forzándose a contemplarle sin demostrar su repugnancia.

—Tiene usted muy buen aspecto, Mr. Hel. Creía que mostraría los efectos de la inactividad física. Naturalmente, usted tiene una ventaja. No come demasiado. La mayoría de la gente come más de lo que necesita, si quiere saber mi opinión. El viejo cuerpo humano iría mucho mejor con mucha menos comida de la que le damos. Como si embutiésemos los tubos con la pitanza, ¿no cree usted? Bueno, ¡aquí vienen! Aquí tenemos el té.

El guardián entró con una bandeja en la que traía una tetera gruesa y dos tazas sin asa japonesas. El agente vertió el té torpemente, como un oso amistoso, como si carecer de gracia fuese una prueba de virilidad. Hel aceptó la taza, pero no bebió.

—*Cheers*[26] —dijo el agente, tomando su primer sorbo. Sacudió la cabeza y se echó a reír—. Supongo que no se dice *cheers* cuando se bebe té. ¿Qué opina usted?

Hel dejó la taza en la mesa que tenía al lado.

—¿Qué es lo que desea de mí?

Habiendo hecho cursillos sobre la persuasión individual y en pequeños grupos, el agente creyó notar cierto tono de frialdad en la actitud de Hel, de modo que siguió las reglas de su entrenamiento y procedió con el ambiente del retroceso.

—Creo que tiene razón. Sería mucho mejor ir directamente al grano. Mire, Mr. Hel, he estado revisando su caso, y, si desea conocer mi opinión, le traigo una magnífica proposición. Por lo menos, ésa es mi opinión.

Hel fijó su mirada en el rostro abierto y franco del joven. Controlando sus impulsos de romperle la cara, bajó los ojos y dijo:

—Esa es su opinión, ¿de verdad?

El agente rectificó la expresión de su rostro. Ya no podía darle más vueltas. Había un proverbio que había memorizado durante sus cursos de persuasión: no desprecies la verdad. Manejada hábilmente, puede ser un arma efectiva. Pero recuerda siempre que las armas se estropean si se usan demasiado.

Se inclinó hacia delante y habló en tono franco, preocupado.

—Creo que puedo sacarle de aquí, Mr. Hel.

—¿A cambio de qué?

—¿Importa eso?

Hel meditó un momento.

—Sí.

—*Okay*. Necesitamos que se haga un trabajo. Usted es capaz de hacerlo. Le pagaremos con su libertad.

—Yo tengo mi libertad. Usted quiere decir que me liberarán.

—Como sea que se diga.

—¿Qué clase de libertad me está usted ofreciendo?

—¿Cómo?

—¿Libertad para hacer qué?

—No sé si le entiendo. Libertad, hombre. Libre; usted podrá hacer lo que quiera, ir adonde quiera.

—¡Oh!, ya entiendo. Me están ofreciendo la ciudadanía y, además, una suma importante de dinero.

—Bueno… no… Lo que quiero decir es que… Mire, estoy autorizado a ofrecerle su libertad, pero nadie ha dicho nada sobre dinero o ciudadanía.

—Déjeme estar seguro de que le comprendo bien. Usted me está ofreciendo la oportunidad de vagabundear por el Japón, arriesgándome a ser arrestado en cualquier momento, al no ser ciudadano de ninguna nación, y libre para ir adonde quiera y hacer cualquier cosa que no cueste dinero. ¿Es eso exactamente?

La confusión del agente complació a Hel.

—¡Ah…!, yo sólo estoy diciendo que la cuestión de ciudadanía y de dinero no ha sido discutida.

—Entiendo. —Hel se levantó—. ¿Por qué no vuelve usted a verme cuando se hayan completado los detalles de su proposición?

—¿No va usted a preguntarme sobre el trabajo que queremos que realice?

—No. Supongo que tendrá las máximas dificultades. Y será muy peligroso. Probablemente, se tratará de algún asesinato. De otro modo, usted no estaría aquí.

—¡Oh!, creo que no lo llamaría asesinato. Mr. Hel. Yo no utilizaría esa palabra. Es más como… como un soldado luchando por su país y matando a uno de sus enemigos.

—Esto es lo que yo he dicho: asesinato.

—Bueno, pues como usted quiera.

—De acuerdo. Buenas tardes.

El agente empezó a tener la impresión de que se le estaba manejando, a pesar de que todo su entrenamiento en persuasión había insistido en que fuese él el que manejara los hilos. Volvió a su actitud de buen muchacho, su sistema de defensa natural.

—De acuerdo, Mr. Hel. Hablaré con mis superiores y veré lo que puedo sacar en su favor. En este asunto estoy de su lado, sabe usted… ¡Oh, qué olvido imperdonable! No me he presentado. Lo siento.

—No se moleste. No me interesa saber quién es usted.

—Muy bien, de acuerdo. Pero siga mi consejo Mr. Hel. No deje que se le escape esta oportunidad. La suerte no llama dos veces, ¿sabe usted?

—Una observación muy profunda. ¿El epigrama es suyo?

—Le veré mañana.

—Muy bien. Y pida al guardián que llame dos veces a mi puerta. No quisiera confundirle con la oportunidad.

En el Cuartel General de la CIA, en el Lejano Oriente, en los sótanos del edificio Dai Ichi, se discutieron las demandas de Hel. Concederle la ciudadanía era fácil. Naturalmente, no la ciudadanía norteamericana. Ese alto privilegio estaba reservado para los bailarines soviéticos que desertaban. Pero se podía arreglar la ciudadanía de Panamá, o Nicaragua, o Costa Rica, cualquiera de las zonas controladas por la CIA. Resultaría algo caro en propinas locales, pero se podía conseguir.

En cuanto al pago, se mostraron más reacios, no porque tuvieran necesidad de hacer economías en su flexible presupuesto, sino porque por un respeto protestante hacia el lucro como un signo de la gracia de Dios, sentían que el dinero se malgastara, y probablemente sería un despilfarro vistas las escasas posibilidades matemáticas de que Hel regresara con vida. Otra consideración fiscal fueron los gastos del viaje de Hel a los Estados Unidos para que le hicieran la cirugía estética, pues no tendría ninguna probabilidad de llegar a Pekín con una cara tan fácil de recordar como aquélla. Sin embargo, al final se decidieron, pues realmente no tenían otra alternativa. La clasificación por computadora sólo había liberado una tarjeta perforada de un hombre cualificado para llevar a cabo el trabajo.

Okay. Ciudadanía de Costa Rica y 100 K.

Problema siguiente…

Pero cuando al otro día por la mañana se encontraron en la sala de visitas, el agente norteamericano descubrió que Hel tenía otra petición. Se haría cargo del trabajo únicamente si la CIA le proporcionaba las direcciones actuales de los tres hombres que le habían interrogado: el «doctor», el sargento de la Policía Militar y el mayor Diamond.

—Bien, un momento, Mr. Hel. No podemos estar de acuerdo con eso. La CIA cuida de los suyos. No podemos ofrecérselos en bandeja de esa manera. Sea razonable. Dejemos que lo pasado quede atrás. ¿Qué dice usted?

Hel se levantó y le pidió al guardián que lo llevara nuevamente a su celda.

El joven norteamericano de rostro franco suspiró y movió la cabeza:

—De acuerdo. Déjeme llamar a la oficina para el visto bueno. *¿Okay?*

WASHINGTON

—… y supongo que Mr. Hel tuvo éxito en su empresa —dijo Mr. Able—. Pues, si no fuese así, en este momento nosotros no estaríamos aquí sentados preocupándonos por su causa.

—Exactamente —respondió Diamond—. No tenemos los detalles, pero unos cuatro meses después de haber sido introducido en China a través de Hong Kong, nos enteramos que una patrulla de la Legión Extranjera, en la Indochina francesa, lo había recogido en la selva. Estaba bastante mal… Pasó un par de meses en un hospital de Saigón… después desapareció de nuestro radio de vigilancia durante algún tiempo antes de surgir de nuevo como un antiterrorista independiente. Lo hemos relacionado con una larga lista de golpes contra grupos terroristas e individuales, normalmente pagados por los Gobiernos a través de sus servicios de espionaje. —Se dirigió al primer ayudante—. Demos un repaso muy por encima.

En la superficie de la mesa aparecieron detalles superficiales de una acción exterminadora tras otra a medida que *Fat Boy* desgranaba la carrera de Nicholai Hel, desde principios de la década de 1950 hasta mediados de la de 1970. De vez en cuando, alguno de los presentes pedía una congelación, mientras indagaba algún detalle aclaratorio de Diamond.

—¡Jesucristo! —exclamó Darryl Starr en cierto momento—. ¡Este tipo trabaja realmente en ambos lados de la calle! En los Estados Unidos se ha atrevido igualmente contra los Weathermen que contra los Tri-Kas; en Belfast, ha ido contra ambos bandos del guisado irlandés; parece que haya estado trabajando para todo el mundo, excepto los árabes, los griegos de la Junta de los coroneles, los españoles y los argentinos. Y, ¿habéis ojeado las armas que utiliza para dar sus golpes? Junto a los artefactos convencionales,

revólveres y boquillas de gas nervioso, figuran armas tan extrañas como un peine de bolsillo, una pajita para sorber, una hoja de papel plegado, una llave, una bombilla eléctrica… ¡Este sujeto te estrangularía con tus propios calzoncillos si no tuvieras cuidado!

—Sí —dijo Diamond—. Es a causa de su entrenamiento en *Naked-Kill*. Se ha calculado que, para Nicholai Hel, una habitación occidental corriente contiene casi doscientas armas mortales.

Starr sacudió la cabeza y sorbió ruidosamente sus dientes.

—Suprimir a un tío como éste sería más duro que intentar endurecer una uña con mocos.

Mr. Able palideció ante una imagen tan grosera.

El hombre de la OLP movió la cabeza y susurró:

—No llego a comprender estas sumas tan extravagantes que el hombre percibe por sus servicios. En mi país, la vida de un hombre puede comprarse por lo que, en dólares, serían dos «pavos» treinta y cinco centavos.

Diamond le miró con aire de cansancio.

—Ése es un precio justo para cualquiera de sus conciudadanos. Los motivos básicos por los que los Gobiernos están dispuestos a pagar a Hel esas extraordinarias sumas para exterminar terroristas, es que el terrorismo es el medio de luchar más económico. Consideremos el coste de organizar una fuerza capaz de proteger a todos los individuos de una nación de ser atacados en la calle, en su casa, en su automóvil. Sólo el buscar la víctima de un secuestro terrorista cuesta millones de dólares. Es una ganga para el Gobierno, cuando consigue exterminar a un terrorista por unos cuantos centenares de miles, evitándose, al mismo tiempo, la propaganda antigubernamental de un juicio. —Diamond se volvió hacia el primer ayudante—. ¿Cuál es el precio promedio que Hel percibe por dar un golpe?

El primer ayudante presentó la sencilla pregunta a *Fat Boy*.

—Justo por encima del cuarto de millón, señor. En dólares. Pero, al parecer, desde 1963 se ha negado a aceptar dólares americanos.

Mr. Able rió burlonamente.

—Un hombre astuto. Aunque uno corra todo el camino hasta el Banco para cambiar dólares por dinero auténtico, su valor de inmersión le costará alguna erosión fiscal.

—Naturalmente —prosiguió el primer ayudante—, ese precio promedio es sesgado. Tienen una mejor idea de su sueldo si consideraran el promedio.

—¿Cómo es eso? —preguntó el delegado, satisfecho por tener algo que decir.

—Al parecer, de vez en cuando acepta misiones sin cobrar nada.

—¡Vaya! —exclamó Mr. Able—. Eso es algo sorprendente. Considerando sus experiencias a manos de las fuerzas de ocupación y su deseo de vivir en un estilo adecuado a sus gustos y crianza, yo hubiera supuesto que Hel trabajaba para el mejor postor.

—No por completo —corrigió Diamond—. Desde 1967, ha aceptado trabajos para varios grupos de judíos militantes sin cobrar nada, una especie de maquiavélica admiración por su lucha contra fuerzas superiores.

Mr. Able sonrió levemente.

—Veamos otro caso —continuó Diamond—. Ha prestado servicios sin cobrar a ETA-6, la organización terrorista vasca. A su vez, ellos protegen a Hel y su castillo de las montañas, protección que hay que decir es muy efectiva. Sabemos de tres incidentes de hombres que se dirigieron a las montañas buscando venganza a alguna actividad de Hel, y en cada uno de los casos esos hombres simplemente han desaparecido. De vez en cuando, Hel acepta un trabajo sin otra razón que su repugnancia por las acciones de algún grupo terrorista. No hace mucho aceptó uno del Gobierno de Alemania Federal. Transmite ése, Llewellyn.

Los hombres alrededor de la mesa de conferencias examinaron cuidadosamente los detalles de la penetración de Hel en un famoso grupo de terroristas urbanos alemanes, que dio como resultado el arresto del individuo que daba nombre al grupo y la muerte de la mujer.

—¿Hel estaba implicado en ese asunto? —preguntó Mr. Able con un ligero tono de asombro.

—Ése fue un gran número —admitió Starr.

—Sí, pero la retribución más elevada por una sola acción la recibió en Estados Unidos —dijo Diamond—. Y, lo que resulta bastante interesante, fue que un individuo particular se hizo cargo de la factura. Vamos a ver ese caso, Llewellyn.

—¿Cuál es, señor?

—Los Ángeles… mayo de 1974.

Al llegar la proyección, Diamond explicó:

—Esto lo recordarán ustedes. Cinco miembros de una pandilla de vándalos urbanos y ladrones, que se hacían llamar Ejército Simbiótico de Liberación, de tendencia maoísta, fueron acorralados durante una larga hora de disparos en la que trescientos cincuenta policías de las fuerzas SWAT, hombres del FBI y consejeros de la CIA estuvieron haciendo fuego contra la casa en la que habían sido sitiados.

—¿Y qué tuvo que ver Hel con eso? —preguntó Starr.

—Cierta persona le había contratado para que localizara a los guerrilleros y los suprimiera. Se trazó un plan por el cual la Policía y el FBI recibirían aviso, pero estaba calculado de tal modo que ellos debían llegar después de haberse hecho el trabajo sucio, de modo que ellos recogerían la gloria y… la responsabilidad. Por desgracia para Hel, llegaron media hora antes de lo previsto, cuando Hel se encontraba aún en la casa cuando la rodearon y abrieron fuego, lanzando al mismo tiempo bombas de gas e incendiarias. Hel tuvo que ocultarse y escapar reptando en un espacio del subsuelo mientras todo ardía en la casa. En la confusión del último minuto, pudo salir y unirse al grupo de los policías. Como es natural, iba vestido como un hombre de la SWAT: chaleco, gorra de béisbol y demás.

—Pero según recuerdo —dijo Mr. Able— se informó que desde el interior de la casa se disparó durante la acción.

—Esa fue la historia para la Prensa. Afortunadamente, a nadie se le ocurrió considerar por qué, aunque se encontraron dos ametralladoras y un arsenal de revólveres y rifles en las ruinas quemadas, ninguno de los trescientos cincuenta policías (y Dios sabe cuántos mirones) no recibieron ni un arañazo después de una hora de fuego.

—Pero creo recordar haber visto una fotografía de una pared de ladrillos con destrozos causados por las balas.

—Seguro. Cuando se rodea un edificio con más de trescientos sujetos ávidos de acción y se abre fuego, un buen número de balas entrarán por una ventana y saldrán por la otra.

Mr. Able se echó a reír.

—¿Está usted diciendo que la Policía, el FBI y la CIA disparaban unos contra otros?

Diamond hizo un gesto de indiferencia.

—Por veinte mil dólares al año, no se compran genios.

El delegado creyó que debía hablar en defensa de su organización.

—Creo que debo recordar a usted que la CIA se encontraba allí solamente en calidad de consejera. La ley nos prohíbe hacer el trabajo doméstico sucio.

Todos le miraron en silencio, hasta que Mr. Able lo rompió con una pregunta dirigida a Diamond:

—¿Por qué ese individuo corrió con el gasto de contratar a Mr. Hel para el golpe, cuando la Policía estaba perfectamente dispuesta a hacerse cargo?

—La Policía hubiese podido hacer algún prisionero. Y ese prisionero hubiera podido prestar declaración en el juicio que seguiría.

—Vaya, sí. Ya entiendo.

Diamond se volvió hacia el primer ayudante.

—Escoja el grado resumido y pase rápidamente el resto de las operaciones conocidas de Hel.

En rápido orden cronológico pasaron por la superficie de la mesa resúmenes de una acción tras otra. San Sebastián, patrocinador ETA-6; Berlín, patrocinador el Gobierno alemán; El Cairo, patrocinador desconocido; Belfast, patrocinador IRA; Belfast, patrocinador UDA; Belfast, patrocinador Gobierno británico… y así sucesivamente. De pronto, el registro se detuvo.

—Hace dos años que se retiró —explicó Diamond.

—Bueno, si está retirado… —Mr. Able alzó las palmas de las manos en un gesto que preguntaba por qué estaban tan preocupados si éste era el caso.

—Por desgracia, Hel posee un sentido muy desarrollado del deber hacia sus amigos. Y Asa Stern es un amigo.

—Acláreme algo. En el impreso ha aparecido algunas veces la palabra *stunt*. No la entiendo.

—Tiene que ver con el sistema de Hel para poner precio a sus servicios. Hel llama *stunts* a sus acciones[27] y les pone el precio del mismo modo que lo hacen los especialistas del cine, basándose en dos factores: primero, la dificultad del trabajo, y segundo, el peligro de fracasar. Por ejemplo, si un golpe resulta complicado por motivos de acercamiento difícil al objetivo o difícil acceso a la organización, el precio será más elevado. Pero si las consecuencias del acto no son muy arriesgadas a causa de la incompetencia de la organización contra la que se realiza la acción, el precio es menor (como en el caso del IRA, por ejemplo, o la CIA). O bien, tomemos un caso a la inversa: el último *stunt* de Hel antes de retirarse. Había un hombre en Hong Kong que deseaba sacar a su hermano de la China comunista. Para alguien como Hel, la cosa no era muy difícil, de manera que se podía imaginar que la tarifa sería relativamente modesta. Pero el precio de la captura sería la muerte, de modo que esa circunstancia hizo elevar el precio. ¿Se da cuenta cómo funciona?

—¿Y cuánto recibió por ese determinado… *stunt*?

—Bueno, es bastante raro, pero no recibió nada… en dinero. El hombre que lo contrató tiene una academia de entrenamiento para las concubinas más caras del mundo. Compra niñas, lactantes todavía, en todo el Oriente y las educa para un discreto trato social. Sólo una de cada cincuenta alcanza el grado de belleza y habilidad requeridas para este comercio exclusivo. El resto sencillamente lo dedica a ocupaciones útiles y las libera a los dieciocho años. De hecho, todas las muchachas son libres de marcharse cuando lo deseen, pero como perciben el cincuenta por ciento de su tarifa anual, entre cien mil y doscientos mil dólares, normalmente siguen trabajando para él durante unos diez años más o menos, y entonces, se retiran en la flor de la vida, con quinientos mil dólares en el Banco. Este hombre tenía una alumna especialmente notable, su estrella, una mujer de unos treinta años que salía al mercado por un cuarto de millón al año. Como

pago por haber sacado a su hermano, Hel la tomó dos años a su servicio. Ella vive con Hel ahora en su castillo. La mujer se llama Hana, parte japonesa, parte negra, parte caucasiana. Como nota interesante al margen, esta academia de entrenamiento pasa por ser un orfanato cristiano. Las muchachas llevan uniformes de color azul marino, y las mujeres que las entrenan visten hábito de monja. El lugar se llama «Orfanato de la Pasión».

Starr profirió un suave silbido.

—¿Está usted diciendo que esta puta de Hel gana un cuarto de millón al año? Me pregunto, ¿a cuánto sale el revolcón?

—En su caso —respondió Diamond—, aproximadamente a ciento veinticinco mil.

El palestino sacudió la cabeza.

—Ese Nicholai Hel debe de ser muy rico, desde el punto de vista del dinero, ¿eh?

—No tan rico como uno podría imaginar. En primer lugar, sus *stunts* son muy caros de organizar. Especialmente cuando se trata de neutralizar al gobierno del país en el cual tiene lugar el *stunt*. Para esto recibe información de un hombre que no hemos podido localizar, un hombre conocido como *el Gnomo. El Gnomo* recoge hechos comprometedores sobre los gobiernos y las figuras políticas. Hel compra esta información y la utiliza como chantaje contra cualquier intento por parte del gobierno para impedir sus actividades. Y esta información es muy cara. También gasta muchísimo dinero organizando expediciones espeleológicas en Bélgica, en los Alpes y en sus propias montañas. Es un gran aficionado de la espeleología, que es un deporte muy caro. Finalmente, tiene su castillo. Durante los quince años que hace desde que lo compró, se ha gastado algo más de dos millones de dólares para restaurarlo a su condición original, importando a los mejores maestros albañiles, tallistas, ceramistas, y Dios sabe quién más. Sólo el mobiliario del castillo está valorado en un par de millones más.

—De modo que —dijo Mr. Able— ese Hel vive con gran esplendor.

—Esplendor, supongo. Pero primitivo. El *château* está completamente restaurado. Sin electricidad, sin calefacción central, nada moderno, excepto

una línea telefónica subterránea que le mantiene informado de la llegada y acercamiento de cualquier extraño.

Mr. Able inclinó la cabeza diciendo para sí mismo:

—De modo que un hombre de la nobleza del siglo XVIII ha creado un mundo del siglo XVIII para sí mismo, espléndidamente aislado entre montañas. ¡Qué interesante…! Pero me sorprende que no regresara al Japón para vivir al estilo en que fue educado.

—Según tengo entendido, cuando salió de la prisión y descubrió hasta qué punto el «americanismo» había «pervertido» los modos tradicionales de vida y los códigos de ética del Japón, decidió marcharse. Y nunca ha regresado.

—Un acto de sabiduría. Para él, el Japón vivirá siempre en su recuerdo en lo que fueron tiempos más gentiles y más nobles. Es una lástima que sea un enemigo. Me hubiese gustado ese Mr. Hel suyo.

—¿Por qué le llama usted mi Mr. Hel?

Mr. Able sonrió.

—¿Es que eso le irrita?

—Cualquier estupidez me irrita. Pero volvamos a nuestro problema. No, Hel no es tan rico como usted podría imaginar. Probablemente necesita dinero, y esto nos podría proporcionar cierto acceso hasta él. Posee algunos millares de acres en Wyoming, apartamentos en media docena de capitales del mundo, una cabaña en los Pirineos, pero tiene menos de medio millón en un Banco suizo. Y, además, están los gastos de sus expediciones subterráneas y de su castillo. Aun suponiendo que vendiese los apartamentos y la tierra de Wyoming, la vida en su *château* sería, de acuerdo con sus normas, una existencia modesta.

—Una vida de… ¿cuál era la palabra? —preguntó Mr. Able, sonriendo levemente para sí mismo convencido de que estaba irritando a Diamond.

—No sé lo que quiere decir.

—Esa palabra japonesa para cosas reservadas y declaradas como menos de lo que en verdad es…

—*¡Shibumi!*

—¡Ah, sí! De modo que, sin aceptar más *stunts* su, quiero decir, nuestro Mr. Hel podría vivir una vida de *shibumi*.

—Yo no estaría tan seguro —intervino Starr—. No con un escondrijo de cien K por un disparo.

—¡Querrás callar de una vez, Starr! —ordenó Diamond.

Incapaz de comprender lo que se estaba hablando allí, el pastor palestino se había levantado de la mesa de conferencias para acercarse a la ventana, por la que miró observando una ambulancia con una luz en su parte superior que se abría paso entre el tráfico medio parado, igual que ocurría cada noche con aquella ambulancia precisamente a la misma hora. El lenguaje colorido de Starr había llamado su atención y estaba hojeando su diccionario de bolsillo inglés-árabe murmurando, *nookie, nookie…* cuando, súbitamente, el monumento a Washington y la ancha avenida de automóviles se desvanecieron y la ventana se llenó de una luz cegadora.

El palestino lanzó un grito y se arrojó al suelo, cubriéndose la cabeza antes de que se produjera la explosión.

Todos los presentes en la habitación reaccionaron de modo característico. Starr se puso en pie de un salto, sacando rápidamente su «Magnum». Miss Swivven se dejó caer en una silla. El delegado se cubrió el rostro con una hoja de papel de escribir. Diamond cerró los ojos y sacudió la cabeza ante aquellos asnos que tenía a su alrededor. Mr. Able se examinaba las cutículas. Y el primer ayudante, absorto en su cópula tecnológica con *Fat Boy*, no se dio cuenta de lo que ocurría.

—¡Levántese del suelo, maldita sea! —gritó Diamond—. No es nada. Simplemente, que se ha roto la película de la escena callejera, eso es todo.

—Sí, pero… —balbuceó el palestino.

—Ha bajado usted en un ascensor. Debía saber que se hallaba en un sótano.

—Sí, pero…

—¿Creía usted que estaba mirando desde el piso 16?

—No, pero…

—Miss Swivven, desconecte el proyector y tome nota de que lo reparen. —Diamond se volvió hacia Mr. Able—. Lo instalé para crear un mejor

ambiente de trabajo, para que la oficina no pareciera enclaustrada en las entrañas de la tierra.

—¿Y ha sido usted capaz de engañarse a sí mismo?

Starr se guardó bruscamente el revólver en la funda y miró agresivamente hacia la ventana, como si la advirtiera de que había tenido suerte… esta vez.

Con ambigüedad de rumiante, el pastor palestino hizo una mueca tímida mientras se ponía en pie.

—¡Mu, mu, muchacho! ¡Ésa fue buena! ¡Supongo que la broma iba por mí!

En el cuarto de máquinas, Miss Swivven pulsó un interruptor y se apagó la luz de la ventana, dejando un rectángulo blanco mate que tenía el efecto de sellar la habitación y reducirla de tamaño.

—Muy bien —dijo Diamond—, ahora ya tienen alguna idea del hombre con quien debemos tratar. Quiero hablar un poco de estrategia y preferiría para eso que dos de los presentes salieran de la habitación. —Señaló a Starr y al palestino, indicándoles el cuarto de ejercicios y sol artificial—. Esperen allí hasta que se les llame.

Aparentando indiferencia ante el despido, Starr se dirigió lentamente hacia la habitación indicada seguido por el árabe, que insistía en explicar otra vez que suponía que habían querido gastarle una broma.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Diamond se dirigió a los dos hombres que estaban en la mesa de conferencias, hablando como si el primer ayudante no estuviera presente, y, en verdad, no estaba presente en algunos aspectos.

—Déjenme exponer lo que creo que deberíamos hacer. En primer lugar…

—Un momento, por favor, Mr. Diamond —interrumpió Mr. Able—. Me preocupa una cosa. ¿Qué clase de relación es la suya con Nicholai Hel?

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh, vamos! Es evidente que usted tiene un interés especial por esa persona. Está usted familiarizado con tantos detalles que no aparecen en la información de la computadora…

Diamond se encogió de hombros.

—Después de todo, se trata de un hombre con tarjeta lila; y es mi trabajo estar al corriente de…

—Perdone que le interrumpa de nuevo, pero no estoy interesado en evasivas. Usted ha admitido que el oficial encargado del interrogatorio de Nicholai Hel era su hermano.

Diamond miró fijamente al agitador de OPEC durante un segundo.

—Es cierto. El mayor Diamond era mi hermano. Mi hermano mayor.

—¿Estaba usted en buenas relaciones con su hermano?

—Cuando murieron nuestros padres, mi hermano se hizo cargo de mí. Me mantuvo mientras él trabajaba para poder pagarse los estudios en la Universidad. Incluso cuando trabajaba con la OSS, una conocida organización WASP, y más tarde con la CIA, mi hermano continuó…

—Ahórrenos los detalles domésticos. ¿Tengo razón al decir que usted quería mucho a su hermano?

La voz de Diamond era tensa.

—Mucho.

—De acuerdo. Ahora, hay algo que usted mencionó muy ligeramente al hacer su esquema biográfico de Nicholai Hel. Dijo usted que Hel pidió, como parte de su pago por la misión de Pekín que le sacó de prisión, las direcciones actuales de los tres hombres involucrados en las palizas y torturas del interrogatorio. ¿Puedo suponer que Hel no quería esas direcciones con el propósito de enviar felicitaciones de Navidad… o saludos de Hanukkah?

Los músculos de la mandíbula de Diamond se contrajeron.

—Mi querido amigo, si este asunto es tan grave como usted parece creer, y si está buscando mi ayuda para solucionarlo, debo insistir en que he de saber todo cuanto concierne a la cuestión.

Diamond juntó las palmas de sus manos y enganchó los pulgares bajo su barbilla. Habló desde detrás de los dedos, con voz mecánica y monótona.

—Aproximadamente un año después de que Hel apareciera en Indochina, el «doctor» que se había encargado de administrarle las drogas durante el interrogatorio, fue hallado muerto en su clínica de abortos en

Manhattan. El informe del forense describió la muerte como accidental, una caída desgraciada, que tuvo como consecuencia que uno de los tubos de prueba que transportaba se partiera y se le clavara en la garganta. Dos meses después, el sargento de la Policía Militar que había tenido a su cargo la parte física del interrogatorio, y que había sido trasladado a los Estados Unidos, murió en un accidente de automóvil. Al parecer, se había dormido al volante y conducido el vehículo fuera de la carretera saltando por un desfiladero. Exactamente tres meses después, el mayor Diamond, entonces teniente coronel Diamond, desempeñaba su misión en Baviera. Sufrió un accidente de esquí. —Diamond hizo una pausa y se dio golpecitos en los labios con los dedos índices.

—¿Otro accidente desgraciado, supongo? —insinuó Mr. Able.

—Exacto. Hasta donde pudieron averiguar, dio un mal salto. Fue hallado con un palo de esquí clavado en el pecho.

—Hum… —dijo Mr. Able después de un momento—. ¿De modo que así es como la CIA protege a su gente? Debe de ser muy satisfactorio para usted controlar la organización que regaló la vida de su hermano como parte de un pago.

Diamond miró al otro lado, directamente al delegado.

—Sí, ha sido una satisfacción.

El delegado se aclaró la garganta.

—Precisamente, yo no ingresé en la Agencia hasta la primavera del…

—Dígame algo —dijo Mr. Able—. ¿Por qué no ha actuado hasta ahora en justo castigo contra Mr. Hel?

—Lo hice una vez. Y volveré a hacerlo. Tengo tiempo.

—¿Lo hizo una vez? Cuando fue… ¡Ah! ¡Claro! ¡Esos policías que rodearon la casa en Los Ángeles y abrieron fuego media hora antes de lo planeado! ¿Eso fue obra suya?

El asentimiento de Diamond tenía la cualidad de una reverencia ante el aplauso.

—De modo que en todo este asunto hay un motivo de venganza por su parte, me parece a mí.

—Estoy actuando según conviene a los mejores intereses de la Organización Madre. Tengo un mensaje del Presidente comunicándome que no se admite el fracaso en este asunto. Si Hel ha de ser exterminado para asegurar el éxito del secuestro del avión por los del «Setiembre Negro», tendré una satisfacción personal en cumplir las órdenes. Será una vida por otra, y no, como él hizo, ¡tres asesinatos por una paliza!

—Dudo que Hel considerara esas muertes como asesinatos. Es más probable que las considerara ejecuciones. Y si no estoy equivocado, no era el dolor de las palizas lo que Hel estaba vengando.

—¿Qué era, entonces?

—La indignidad de las palizas. Eso es algo que usted nunca podría comprender.

Diamond lanzó una breve risa.

—¿Cree usted realmente que conoce mejor a Hel que yo?

—En algunos aspectos, sí, a pesar de los años que usted ha pasado estudiándolo, a él y a sus acciones. Sabe usted, él y yo, aceptando nuestras diferencias culturales, somos de la misma casta. Usted nunca podrá apreciar claramente a este Hel, observándole, como lo hace, a través de la barrera indefinida, pero insalvable, de la raza, un gran golfo fijo, como lo llama el Corán o uno de esos libros. Pero no nos detengamos en las personalidades. Supongo que ha hecho salir a esos dos rústicos de la habitación por otros motivos diferentes que el deseo de mejorar la calidad de los reunidos.

Diamond siguió rígidamente sentado durante un momento, dio un respingo después, y declaró:

—He decidido ir a visitar la casa de Hel en el País Vasco.

—¿Será ésta la primera vez que le habrá visto cara a cara?

—Sí.

—¿Y ha considerado usted la posibilidad de que pueda ser más difícil salir de esas montañas que entrar?

—Sí. Pero creo que podré convencer a Mr. Hel de la estupidez que cometería al tratar de ayudar a Miss Stern. En primer lugar, no hay ninguna razón lógica para que se encargara de esta misión por cuenta de una muchacha mal guiada de la clase media, que él ni tan siquiera conoce. Los

aficionados, de la especie que sean, sólo inspiran repugnancia a Hel, incluyendo los aficionados al terrorismo. Miss Stern puede considerarse a sí misma como un soldado noble al servicio de lo que es justo en el mundo, pero le aseguro que Hel la considerará sencillamente una espina en la garganta.

Mr. Able inclinó la cabeza expresando sus dudas.

—Aun suponiendo que Mr. Hel considerara a Miss Stern como una molestia engorrosa, queda el hecho de que Hel era amigo del difunto Asa Stern, y usted mismo ha dicho que Hel muestra una gran tendencia a ser leal con sus amigos.

—Cierto. Pero existen ciertas presiones económicas que nosotros podríamos aplicar. Sabemos que se retiró tan pronto como hubo acumulado suficiente dinero para vivir una vida cómoda. El montar un *stunt* contra nuestros amigos palestinos sería un asunto costoso. Es probable que Hel confíe en la venta eventual de sus tierras en Wyoming para tener seguridad financiera. Dentro de dos horas, sus tierras ya no le pertenecerán. Van a desaparecer todos los registros de su compra, siendo sustituidos por documentos que prueban que las tierras pertenecen a la Organización Madre. —Diamond sonrió—. Y como beneficios marginales, sucede que en aquellas tierras existe carbón que puede ser extraído beneficiosamente. Para completar sus apuros financieros, dos sencillos cablegramas a Suiza, enviados por el Presidente, harán que el dinero que Hel guarda en un Banco suizo se desvanezca por completo.

—¿Imagino que el dinero aparecerá en el haber de la Organización Madre?

—Sólo parte de él. El resto quedará en poder de los Bancos como gastos de la transacción. Los suizos son sumamente frugales. Y es un principio calvinista que para entrar en el cielo hay que pagar una tarifa, para que la chusma quede fuera. Mi intención es que estas acciones de castigo económicas se lleven a cabo, al margen de que Hel decida o no aceptar el trabajo de Miss Stern.

—¿Un gesto a la memoria de su hermano?

—Piense que es eso, si así le place. Pero servirá también como un obstáculo financiero para que Hel represente una molestia para la Organización Madre y para las naciones cuyos intereses usted representa.

—¿Y qué sucederá si únicamente las presiones económicas no bastan para persuadirle?

—Naturalmente, tengo en la mente una segunda línea de acción a desarrollar en el caso de esa contingencia. La Organización Madre presionará al Gobierno británico para que ponga todo su esfuerzo en proteger a los miembros de «Setiembre Negro» asegurando que lleven a cabo su secuestro del avión a Montreal sin ser molestados. Esto no necesitará tanta presión como usted supone, porque, ahora que los campos petrolíferos del mar del Norte están produciendo, los intereses económicos de Inglaterra están más aproximados a los intereses de la OPEC que a los intereses de Occidente.

Mr. Able sonrió.

—Francamente, no puedo imaginarme a los muchachos del MI-5 y al MI-6 como obstáculos eficientes a las actividades de Mr. Hel. La mayor parte de sus energías se dedican a escribir fantásticas memorias de sus proezas heroicas durante la Segunda Guerra Mundial.

—Cierto. Pero tendrán cierto valor de obstáculo. También dispondremos de los servicios de la Policía secreta francesa para que nos ayuden a mantener a Hel en Francia. Y ahora pasamos a otro frente. Es inconcebible que Hel tratara de entrar en Inglaterra para acabar con los de «Setiembre Negro» sin neutralizar, en primer lugar, a la Policía británica. Ya le he dicho que Hel realiza sus golpes comprando el material para poder hacer chantaje a un informador, conocido como *el Gnomo*. Durante muchos años, *el Gnomo* se ha escabullido de los esfuerzos internacionales para localizarle e inutilizarlo. No obstante, la Organización Madre, por medio de los buenos servicios de sus subsidiarias, está comenzando a cerrar el cerco en torno a ese hombre. Sabemos que vive en algún lugar cerca de la ciudad de Bayona, y estamos haciendo activas gestiones para localizarle. Si llegamos hasta él antes que Hel, podremos impedir que éste utilice el arma del chantaje contra la Policía británica.

Mr. Able sonrió.

—Tiene usted una mente muy fértil, Mr. Diamond… cuando se trata de venganza personal. —Mr. Able se volvió súbitamente hacia el delegado—. ¿Tiene usted algo con que contribuir?

Sorprendido, el delegado replicó:

—¿Cómo? ¿Perdón? ¿Qué?

—No importa. —Mr. Able miró de nuevo su reloj—. Prosigamos. Supongo que usted no me ha hecho venir para exhibir ante mí su despliegue de tácticas y prohibiciones. Evidentemente, usted necesita de mi ayuda en el caso improbable de que fallaran todos los mecanismos que ha puesto en marcha, y Hel consiguiera eliminar a los terroristas de «Setiembre Negro».

—Exactamente. Y porque se trata de un asunto delicado he preferido que esos dos payasos salieran de la habitación mientras nosotros lo discutíamos. Acepto el hecho de que las naciones que usted representa están comprometidas en proteger al OLP, y, por consiguiente, también están interesadas en ello la Organización Madre y la CIA. Pero no nos engañemos. Todos nos sentiríamos mejor si el asunto de los palestinos (y los palestinos incluidos) desaparecieran simplemente. Se trata de un grupo deshonesto, indisciplinado y vicioso que, por un azar de la Historia, ha quedado colocado en el puesto de símbolo de la unidad árabe. ¿Tengo razón hasta aquí?

Mr. Able movió la mano indicando que era evidente lo que decía.

—Muy bien. Consideremos nuestra postura si todo falla y Hel consigue exterminar a los miembros de «Setiembre Negro». Todo lo que debería preocuparnos en ese caso es asegurar a los palestinos que nosotros habíamos actuado decididamente en favor de ellos. Considerando su bárbara naturaleza, creo que se ablandarían si nosotros nos vengábamos en su nombre destruyendo a Nicholai Hel y todo lo que Hel posee.

—¿Sembrando la tierra con sal? —bromeó Mr. Able.

—Justamente.

Mr. Able permaneció silencioso unos momentos, con los ojos bajos, mientras se golpeaba ligeramente el labio superior con el dedo índice.

—Sí, creo que podemos confiar en la escasa mentalidad de los palestinos hasta ese punto. Ellos aceptarían un acto de venganza, siempre que fuese lo bastante terrible, como prueba de nuestra devoción hacia sus intereses. —Sonrió para sí mismo—. Y no imagine que no me he dado cuenta de que semejante eventualidad le permitiría a usted matar dos pájaros de un tiro. Solucionaría usted el problema táctico que tiene pendiente, y, al mismo tiempo, vengaría a su hermano. ¿No es posible que prefiriese que fallaran todos sus planes y Nicholai Hel pudiera de alguna manera superar todos los obstáculos y dar el golpe contra «Setiembre Negro», dejándole a usted en libertad para ejecutar el castigo máximo que ha planeado contra él?

—En primer lugar, haré todo lo que esté en mi mano para impedir que Hel lleve a cabo el golpe. Eso sería lo mejor para la Organización Madre, y sus intereses tienen prioridad por encima de mis sentimientos personales. —Diamond echó una mirada de reojo al primer ayudante. Era muy probable que éste informara al Presidente de la devoción de Diamond hacia la Organización.

—No hay más que hablar entonces —dijo Mr. Able levantándose de la mesa de conferencias—. Si no me necesita más, volveré al acontecimiento social que este asunto interrumpió.

Diamond llamó a Miss Swivven para que acompañara a Mr. Able hasta la salida del edificio.

El delegado se levantó y se aclaró la garganta.

—¿Supongo que no me necesitará usted?

—¿Le necesito alguna vez? Pero espero que esté usted disponible para ejecutar las instrucciones. Puede marcharse.

Diamond se dirigió al primer ayudante para que enrollara de nuevo la información sobre Nicholai Hel y se preparase para proyectarla con más lentitud, a una velocidad que se acomodase a la mentalidad de Starr y el palestino de la OLP, que ahora regresaban del cuarto de ejercicios, el árabe frotándose los ojos inflamados mientras se guardaba el diccionario inglés-árabe en el bolsillo.

—¡Dios del cielo, Mr. Diamond! Leer en ese cuarto es muy difícil ¡Las luces a lo largo de la pared son tan brillantes!

—Quiero que se sienten aquí los dos y aprendan todo lo que sean capaces de aprender sobre Nicholai Hel. No me importa si necesitan toda la noche. He decidido que me acompañen cuando vaya a visitar a ese hombre… no porque me sean de ninguna utilidad, sino porque ustedes son los responsables de este maldito lío y voy a obligarles a seguir el asunto hasta el final.

—Esto es muy amable por su parte —murmuró Starr.

Diamond habló a Miss Swivven cuando ésta entró después de haber acompañado a Mr. Able.

—Anote lo siguiente. Uno: Tierras Hel, Wyoming, concluir. Dos: Dinero suizo, concluir. Tres: *el Gnomo*, intensificar búsqueda. Cuatro: MI-5 y MI-6, alertar e instruir. Muy bien, Llewellyn, comience a proyectar nuevamente para nuestros aturdidos amigos. Y ustedes dos es mejor que recen para que Nicholai Hel no se haya escondido ya bajo tierra.

GOUFFRE PORTE-DE-LARRAU

En aquel momento, Nicholai Hel se encontraba a cuatrocientos metros bajo tierra, girando lentamente al extremo de una cuerda de medio centímetro de grosor. Invisible en la aterciopelada oscuridad de la cueva, a setenta y cinco metros por debajo de él se hallaba la punta de un gran cono roquizo formado durante millares de años en el fondo de aquel pozo natural. Y en la base de este cono de piedras, le esperaba su compañero de exploración, para terminar su descenso al pozo tortuoso que serpenteaba por encima de él como un tornillo de madera vuelto al revés.

Los dos muchachos vascos que manejaban la cabria al borde del *gouffre*, casi a cuatrocientos metros por encima, habían colocado grapas de fricción dobles para mantener sujeto el cable mientras cambiaban un cilindro desgastado por otro nuevo. Éste era el momento más enervante del descenso… y el más incómodo. Enervante, porque ahora Hel dependía exclusivamente del cable, después de un recorrido de noventa minutos por el paso estrecho y retorcido, con sus angosturas, estrechas plataformas, arriesgados ángulos y pasadizos tan reducidos que tenía que deslizarse delicadamente no cediendo nunca a la gravedad porque el cable estaba flojo para concederle libertad de movimientos. Durante todo el descenso existía la constante preocupación de procurar que el cable no chocara o se enredara con el cable telefónico que colgaba a su lado. Pero, a pesar de todos los problemas del descenso en el pozo, algunos irritantes y otros simplemente un reto, contaba con el consuelo permanente de los muros de roca, próximos y visibles a la luz de la lamparilla del casco, teóricamente disponibles para agarrarse a ellos si algo le sucediera al cable o a la cabria.

Pero ahora Hel había salido ya del pasadizo y estaba balanceándose bajo el techo de la primera gran cueva, las paredes de la cual habían retrocedido más allá del rayo de luz de su casco y Hel colgaba en el vacío infinito, y el peso combinado de su cuerpo, de cuatrocientos metros de cuerda y de la caja hermética y el equipo, dependían de dos grapas de fricción situadas cuatrocientos metros más arriba. Hel tenía entera confianza en el sistema de cabria y grapa; él mismo lo había diseñado y construido en su taller. Era un mecanismo sencillo, guiado por pedales que hacían funcionar las vigorosas piernas de los montañeros vascos que había arriba, y engranado de manera que el descenso era muy lento. Finas grapas de seguridad deslizantes se clavaban en el cable y lo detenían si éste se excedía en su velocidad de descenso. El fulcro consistía en un trípode de tubos de aluminio que formaban un *tepee*[28] directamente sobre el estrecho agujero de entrada al fondo del *gouffre*[29]. Hel confiaba en el sistema mecánico que le impedía precipitarse en la oscuridad hasta la cima de aquel montón de piedras que llenaban casi la mitad de la primera gran cueva, pero, de todos modos, maldecía en voz baja a los muchachos de arriba para que terminasen pronto. Tenía que respirar con la boca abierta, porque colgaba en medio de una cascada producida por una corriente de agua subterránea que caía en el pozo en el punto de los trescientos setenta metros, convirtiendo los últimos noventa y cinco metros en un descenso libre, acompañado de las heladas salpicaduras que se filtraban por sus brazos a pesar de las tiras estrechas de goma que llevaba en las muñecas, escurriéndose hasta llegar a la tibieza de las axilas y causándole escalofríos. La lamparilla de su casco era inútil en la cascada, de modo que la apagó y colgó inerte junto al rugido y el eco siseante del agua, notando la presión molesta del equipo sobre sus costillas y bajo vientre. En su ceguera existía cierta ventaja. Inevitablemente, con las torsiones y arrastres en el descenso, el cable siempre giraba y cuando finalmente pendía del cable, con todo su peso e iniciaba el descenso libre por el techo de la primera cueva, la cuerda comenzaba a dar vueltas, lentamente primero y después cada vez más aprisa, para terminar más despacio, hasta detenerse, empezando de nuevo a dar vueltas en dirección contraria. Si Hel hubiese podido ver la oblicuidad de las rociaduras

arremolinándose a su alrededor, hubiera experimentado la sensación de vértigo, pero en aquella oscuridad total sólo tenía la sensación de estar navegando por el aire, pues la velocidad de los giros le impulsaban a abrir piernas y brazos.

Notó que le estiraban hacia arriba una distancia corta, para aflojar las grapas de seguridad, y después siguió un descenso súbito de varios centímetros que le agitó el estómago, cuando su peso fue trasladado al nuevo cilindro del cable; seguidamente, comenzó un descenso giratorio en medio de la cascada que muy pronto se convirtió en un espeso rocío. Por último, pudo distinguir un destello de luz desde abajo, en donde su compañero de exploración le aguardaba, separado de la caída de rocas y agua, y, Dios no lo permita, del posible derrumbamiento de Hel.

Cuando Hel oyó el raspado de la caja de su equipo colgante, supo que había llegado a la cima del cono de piedras, y alzó las piernas para que el primer contacto con la roca fuese en posición de sentado, porque los muchachos arriba fijarían el cable al primer signo de flojedad, y resultaría cómicamente difícil desembarazarse del arnés estando de puntillas al borde de un peñasco.

Le Cagot se encaramó y le ayudó a quitarse y desatar el equipo, porque los brazos y las piernas de Hel estaban entumecidos por falta de circulación en la humedad helada, y sus dedos parecían gruesos e insensibles mientras manoseaban desmañadamente las hebillas y las correas.

—¡Vaya, Nikko! —voceó Le Cagot, con su voz de bajo reverberante en la cueva—. ¡Finalmente has decidido dejarte caer por aquí de visita! ¿Dónde has estado? ¡Por las barbas del Profeta que ya creía que habías decidido renunciar y te habías ido a casal Ven. He preparado té.

Le Cagot colocó la caja en su hombro, eligiendo el camino con rapidez, por conocerlo de sobra, a la vez que evitaba las piedras sueltas que podrían provocar un alud. Abriendo y cerrando las manos para recuperar la circulación, Hel siguió los pasos exactos de su compañero, porque Le Cagot conocía mejor que él aquel cono inseguro y traidor. El viejo arisco poeta vasco había estado allí abajo dos días acampado al pie del cono y haciendo pequeñas salidas de Teseo hacia las cuevas pequeñas y las galerías que

partían de la cueva principal. La mayor parte de sus escapadas terminaban en bloques y paredes macizas, o se contraían hasta convertirse en grietas demasiado estrechas para poder pasar.

Le Cagot buscó afanosamente en la caja del equipo que Hel había traído consigo.

—¿Qué es esto? ¡Prometiste traerme una botella de Izarra! ¡No me digas que te la has bebido mientras bajabas! Si me has hecho esto, Nikko, por las pelotas epistolarias de Pablo te aseguro que voy a hacerte daño, aunque después esto me cause tristeza, ya que eres un buen hombre, a pesar de la desgracia de tu nacimiento. —Le Cagot estaba convencido de que cualquier hombre que hubiese tenido la desgracia de no nacer vasco sufría de alguna trágica debilidad genética.

—Está ahí, en alguna parte —contestó Hel mientras se tendía en una roca lisa y suspiraba con un placer doloroso a medida que sus músculos agarrotados comenzaban a distenderse y relajarse.

Durante las últimas cuarenta horas, mientras Le Cagot había estado acampado y haciendo ligeras exploraciones periféricas, Hel había realizado once viajes subiendo y bajando por el pozo del abismo, bajando comida, equipo, cuerda de nilón y cohetes de señales. Lo que más necesitaba en aquel momento eran unas horas de sueño, que podía disfrutar en cualquier momento en la oscuridad permanente de la cueva, a pesar del hecho de que en el exterior estaba a punto de amanecer.

Nicholai Hel y Beñat Le Cagot habían formado equipo de espeleólogos durante dieciséis años, habiendo explorado la mayor parte de los sistemas de Europa, siendo de vez en cuando noticia en el limitado mundo de la espeleología por sus descubrimientos y nuevas marcas de profundidad y distancia. Con los años, el reparto de las tareas a realizar se había hecho automático. Le Cagot, con la resistencia y la fuerza de un toro a pesar de sus cincuenta años, siempre descendía el primero, allanando dificultades a medida que bajaba lentamente, limpiando las repisas y los ángulos de piedras sueltas y suciedad que el cable pudiera arrastrar y hacer caer, y que podía matar al hombre que bajara al pozo. Siempre bajaba consigo el teléfono de baterías, y establecía una especie de campamento, alejado de la

línea de caída de agua o roca. Hel, por ser más delgado y conocer mejor las tácticas teóricas, realizaba todos los viajes de equipo cuando, como en el caso de este nuevo agujero, la galería de acceso era sinuosa y retorcida, y el equipo no podía ser bajado sin la guía de un compañero. Normalmente, esto requería tan sólo dos o tres viajes. Pero esta vez habían descubierto todos los signos de una gran red de cuevas y galerías, la exploración de las cuales requeriría una gran cantidad de equipo, de modo que Hel había hecho cinco apretados y horribles viajes. Y ahora que había terminado su trabajo y su cuerpo ya no estaba tenso por la energía nerviosa del peligro, la fatiga le vencía y sus músculos tensos estaban distendiéndose dolorosamente.

—¿Sabes una cosa, Nikko? He estado dedicando a un gran problema el beneficio de mi mente penetrante e iluminadora. —Le Cagot se sirvió una buena ración de Izarra en la copita metálica del frasco. Después de permanecer solo durante dos días en la cueva oscura, la personalidad de Le Cagot estaba hambrienta de una conversación que, para él, consistía en monólogos dirigidos a un público apreciativo—. Y esto es lo que he estado pensando, Nikko. He decidido que todos los espeleólogos están locos, excepto, naturalmente, los espeleólogos vascos, en los que, lo que en otros es locura, en ellos es una manifestación de valentía y de sed por la aventura. ¿Estás de acuerdo?

Hel gruñó a medias mientras caía en una especie de coma-sueño que parecía reblandecer la losa de piedra que tenía debajo.

—Pero, tú protestas, ¿es justo decir que el explorador subterráneo está más loco que el escalador? ¡Lo es!, y ¿por qué? Porque el espeleólogo se enfrenta con una fricción más peligrosa. El escalador arrastra únicamente las fricciones de su cuerpo y de su fuerza. Pero el espeleólogo se enfrenta con las erosiones de los nervios y los temores primitivos. La bestia primitiva que mora en lo más íntimo del hombre tiene ciertos temores, más allá de la lógica, más allá de la inteligencia. Teme a la oscuridad. Teme hallarse bajo el suelo, ese lugar que él siempre ha llamado la morada de las fuerzas malignas. Teme estar solo. Teme quedarse atrapado. Teme el agua, de la que, en tiempos antiguos, él salió para convertirse en hombre. Sus pesadillas más primitivas le hacen caer en la oscuridad, o errar perdido por

laberintos de un caos desconocido. Y el espeleólogo, en su locura, escoge voluntariamente enfrentarse con estas condiciones de pesadilla. Por esto está más loco que el escalador, porque lo que arriesga en cada momento es su propia cordura. En esto he estado pensando, Nikko… ¿Nikko? ¿Nikko? Vaya, ¿estás durmiendo mientras te hablo? ¡Bastardo perezoso! ¡Juro por las pérfidas pelotas de Judas que no existe un hombre entre mil que se atreva a dormirse mientras le estoy hablando! ¡Insultas al poeta que hay en mí! Es como cerrar los ojos ante la puesta de sol, o taparte los oídos cuando suena una melodía vasca. ¿Sabes una cosa, Nikko? ¿Nikko? ¿Estás muerto? Contesta sí o no. Muy bien, para castigarte voy a beberme tu ración de Izarra.

La galería hasta las cuevas que se disponían a explorar había sido descubierta casualmente el año anterior, pero lo habían mantenido en secreto, porque una parte del abismo cónico superior se hallaba en territorio español y existía el riesgo de que las autoridades españolas sellaran la entrada como lo habían hecho en el Gouffre Pierre-Saint-Martin después de la trágica caída y muerte de Marcel Loubens, en 1952. Durante el invierno, un equipo de jóvenes vascos había estado cambiando poco a poco los hitos que marcaban la frontera, para que el *gouffre* quedara bien dentro del territorio francés, moviendo cada vez un poco unas veinte marcas para engañar a los guardias fronterizos españoles que vigilaban rutinariamente la zona. Este reajustamiento de la frontera les parecía perfectamente legítimo; realmente, todo era tierra vasca, y no sentían ningún interés especial por una frontera arbitraria establecida por las dos naciones ocupantes.

Había otro motivo para trasladar la frontera. Puesto que Le Cagot y los dos muchachos vascos que cuidaban de la cabria eran conocidos activistas de ETA, la aparición de la Policía fronteriza española mientras estaban explorando la cueva podría acabar con que pasaran sus vidas en una cárcel española.

Aunque el Gouffre Port-de-Larrau se hallaba bastante distante de la vasta zona de depresiones en forma de embudo que caracteriza el área alrededor de Pic d’Anie y es conocido como «la Gruyère de Francia», había sido visitada algunas veces por equipos curiosos de espeleólogos, cada uno

de los cuales se había desilusionado al encontrarla «seca», con la galería atascada por peñascos y piedras después de algunos metros de descenso. Con el tiempo, corrió la voz entre la comunidad de exploradores subterráneos de la inutilidad del largo ascenso hasta Gouffre Port-de-Larrau, cuando se podía explorar mucho mejor en el vasto *gouffre*, sobre Santa Engracia, en donde las laderas de las montañas y los altiplanos estaban repletos de depresiones cónicas de *gouffres*, formados por socavones de roca superficial y tierra caídos en las cuevas interiores de roca caliza.

Pero hacía un año, dos pastores que guardaban sus rebaños en los altos pastos estaban sentados al borde del Gouffre Port-de-Larrau, comiendo su almuerzo de queso fresco, pan duro y *xoritzo*, ese embutido de color rojo oscuro, que con un solo mordisco da sabor a un bocado de pan. Uno de los pastores arrojó distraídamente una piedra hacia abajo hacia la boca del *gouffre* y quedó sorprendido ante el vuelo asustado de dos cuervos. Es bien sabido que los cuervos únicamente hacen sus nidos en los pozos de considerable profundidad, de modo que era extraño que estos pájaros hubieran anidado en la pequeña depresión del Gouffre Larrau. Intrigados, descendieron por el costado del embudo y dejaron caer piedras al pozo. El eco repetido de las piedras y los cascajos que hicieron caer en su caída no permitía determinar la profundidad del pozo, pero algo sí era seguro: no se trataba de una pequeña depresión. Evidentemente, el gran terremoto de 1962, que casi había destruido el pueblo de Arrete, también había apartado algunas de las piedras y cascajos que obstruían el pozo.

Cuando, dos meses después, la segunda trashumancia devolvió los pastores al valle, informaron a Beñat Le Cagot de su descubrimiento, conocedores de que el rudo poeta del separatismo vasco era también un fanático explorador subterráneo. Le Cagot les hizo jurar que guardarían el secreto y comunicó la noticia del descubrimiento a Nicholai Hel, con quien vivía seguro, aun cuando actividades recientes hacían especialmente peligrosa su estancia en España.

Ni Hel ni Le Cagot se permitieron demostrar entusiasmo por el descubrimiento. Se dieron cuenta de que existían muchas posibilidades en

contra de descubrir una gran cueva y sus galerías correspondientes en el fondo del pozo, suponiendo que llegasen al fondo. Probablemente, el terremoto sólo había aclarado las zonas superiores del pozo. O, como sucede a menudo, podían encontrar que los deslizamientos interiores en el *gouffre* durante siglos, hubiesen alzado un cono de piedras que se elevara hasta el techo de la cueva y que su pico llegara a entrar en el pozo cerrándolo para siempre.

A pesar de todas estas dudas protectoras, decidieron realizar inmediatamente una ligera exploración preliminar, sólo aclarar su camino de descenso y dar una ojeada, nada más importante.

Con el otoño, el mal tiempo llegó a las montañas, y eso significó una ventaja, pues disminuía cualquier inclinación hacia la vigilancia fronteriza intensa por parte de los españoles (los franceses sienten aversión congénita a tales rigores). Sin embargo, el mal tiempo dificultaría el trabajo de transportar hasta aquellas montañas desoladas la cabria, los cilindros del cable, los teléfonos de batería, el trípode de tubo, y todo el equipo y alimentos que necesitarían para la exploración.

Le Cagot dio un respingo señalando la poca importancia del trabajo y recordando a Hel que pasar el contrabando por aquellas montañas era la ocupación tradicional del Soultain vasco.

—¿Sabías que una vez transportamos un piano desde España?

—Algo he oído sobre ello. ¿Cómo lo hicisteis?

—¡Ajá! ¡No estarían poco contentos los del sombrero plano de saber cómo! Realmente, fue muy sencillo. Otro problema sin solución que se derrumbó frente al ingenio de los vascos.

Hel asintió fatalísticamente. Ahora ya no había medio de evitar la historia, pues las diversas manifestaciones de la superioridad racial de los vascos constituían el tema principal de la conversación de Le Cagot.

—Porque, Nikko, tú tienes algo de vasco honorario… a pesar de tu horrible acento… te contaré cómo conseguimos traer el piano. Pero has de prometerme que guardarás el secreto hasta la muerte. ¿Lo prometes?

—¿Perdón, qué has dicho? —Hel había estado atento a otra cosa.

—Acepto tu promesa. Así es como lo hicimos. Trajimos el piano nota por nota. Fueron necesarios ochenta y ocho viajes. El sujeto tropezó cuando traía la C media y le hizo una muesca, y el piano ha tenido hasta el día de hoy dos B-bajas una al lado de la otra. ¡Ésta es la verdad! Lo juro por las pelotas sin esperanza de san Judas! ¿Por qué habría de mentir?

Pasaron dos días y medio transportando el equipo hasta el *gouffre*, tardaron un día en montarlo y probarlo, y seguidamente iniciaron los trabajos de exploración. Hel y Le Cagot se turnaron para bajar a la sima, limpiando de detritos los estrechos bordes, eliminando salientes cortantes que amenazaran cortar el cable, rompiendo los cantos rectangulares de los peñascos que bloqueaban el paso. Cada uno de esos bordes hubiera podido estar demasiado bien sujeto para poder romperse, cada uno de ellos podía ser la cima del cono de derrumbamientos; y su exploración hubiera finalizado sin ninguna gloria. La cavidad de entrada no resultó ser una caída abismal, sino más bien un pasadizo que retorcía tanto la cuerda que cada vez que llegaban a un espacio de descenso libre su primera tarea era dejar el cuerpo colgando de la cuerda aceptando los vertiginosos giros y contragiros necesarios para rectificarla. Además de eliminar obstáculos y limpiar de detritos los bordes, a menudo tenían que limar astillas en la roca madre, especialmente en los pozos estrechos y tortuosos, para conseguir una caída relativamente vertical del cable a fin de que pudiera deslizarse sin rozar con los bordes de la piedra, fricción que, antes o después, hubiera estropeado y debilitado el cable, cuyo grosor ya era el mínimo. Un límite de seguridad ciento por ciento cuando soportaba los ochenta y dos kilogramos de peso de Le Cagot más su caja de equipo. Al diseñar el torno de pedal, Hel había elegido la cuerda más delgada posible por dos razones: flexibilidad en los pasos más tortuosos y peso. No le preocupaba tanto el peso de los cilindros del cable como el peso del cable que se iba soltando. Cuando un hombre está abajo, a trescientos o cuatrocientos metros, el peso del cable en el pozo triplica el trabajo de los hombres que accionan el torno.

Como en la cavidad se estaba siempre en tinieblas, pronto perdieron el sentido de la hora diurna, y algunas veces se sorprendían al descubrir que era de noche. Cada uno de ellos trabajaba para reducir el tiempo perdido en

hacer subir a uno de los hombres y bajar al otro. Había momentos de excitación cuando se superaba un obstáculo que dejaba al descubierto diez metros de pozo abierto; y se remontaban los ánimos, al final de la cuerda y arriba, a la escucha del teléfono. Otras veces, un fragmento de piedra atascada quedaba suelto únicamente para caer en la obstrucción siguiente, uno o dos metros más abajo, aumentando el taponamiento.

Los hombres que manejaban el torno era la primera vez que lo hacían y en una ocasión no sujetaron las grapas de seguridad para la fricción. Hel estaba trabajando abajo, quebrantando con un pico de mango corto un peñasco obstructor, de unos sesenta kilogramos, en forma de pirámide. De repente, la roca cedió bajo sus pies. La cuerda que tenía encima estaba floja. Cayó…

Unos treinta centímetros hasta el siguiente obstáculo.

Durante una fracción de segundo, fue hombre muerto. Y durante algunos momentos quedó aturdido, en silencio, mientras la adrenalina huía vertiginosamente agitando su estómago. Después se colocó los auriculares y, con su voz suave de la prisión, dio instrucciones, clara y lentamente, sobre el uso de las grapas. Y volvió a su tarea.

Cuando Le Cagot y Hel estaban demasiado cansados, demasiado ásperos sus rodillas y nudillos, demasiado rígido el antebrazo para que el puño agarrara debidamente el mango del pico, dormían, refugiándose en una *artzain chola* de pastor que se utilizaba durante el pastoreo de verano, en la ladera del Pico d’Orhy, el más alto de las montañas vascas. Excesivamente agarrotados y tensos para dormirse rápidamente, hablaban durante un rato mientras el viento gemía en el flanco sur del Pico d’Orhy. Allí fue donde Hel oyó por primera vez el dicho de que los vascos, en cualquier lugar del mundo donde estuviesen, siempre ansiaban, con una ligera fiebre romántica, regresar a Eskual-Herri.

Orhiko choria Orhin laket: «Los pájaros de Orhy sólo son felices en Orhy.»

Experimentaron el momento más desagradable y desesperado a los trescientos sesenta y cinco metros cuando se enfrentaron a una gran obstrucción y tuvieron que trabajar bajo una lluvia constante de agua helada

que se iba filtrando. Podían escuchar el rugido y silbido de un río subterráneo que penetraba en el pozo, muy cerca, debajo de ellos. Por el ruido era evidente que el río tenía una fuerte caída después de entrar en el pozo y probablemente el agua había mantenido libre de obstáculos el resto del agujero.

Cuando Hel subió después de tres horas de estar rompiendo el pesado obstáculo, estaba pálido y temblaba con el frío metido hasta el tuétano de los huesos, los labios morados por una hipotermia incipiente, y la piel de las manos y el rostro blanquecina y arrugada por haber permanecido horas dentro del agua. Le Cagot se rió mucho al verle y le dijo que se apartara a un lado y comprobara cómo la roca temblaba y retrocedía ante la fuerza de un vasco. Pero no había transcurrido mucho tiempo dentro del agujero cuando se oyó su voz jadeante e indignada por los auriculares, maldiciendo el obstáculo, la lluvia helada, el estúpido pozo, la montaña, la afición a la espeleología, y toda la creación ¡por las vaporosas pelotas del Espíritu Santo! De pronto, hubo un silencio. Y llegó su voz por el hilo, susurrante y sin aliento.

—Se va a caer. Aseguraos de que las malditas grapas estén colocadas. ¡Si caigo y destrozo mi magnífico cuerpo, volveré a dar puntapiés en algunos traseros!

—¡Espera! —gritó Hel por el teléfono. La cuerda superior estaba floja todavía para dar espacio al trabajo de Le Cagot.

Se oyó un gruñido, cuando dio el último golpe, y la cuerda se tensó. Durante un momento, reinó el silencio, y luego llegó su voz, tensa y metálica:

—¡Ya está hecho, amigos míos y admiradores! Hemos pasado. Y yo estoy colgando en una maldita cascada. —Siguió una pausa—. A propósito, me he roto el brazo.

Hel respiró profundamente e hizo un esquema mental del pozo. Habló entonces por el auricular, con su voz suave y tranquila.

—¿Podrás pasar por el tirabuzón con una mano?

De abajo no llegó respuesta.

—¿Beñat? ¿Podrás subir?

—Considerando la alternativa, creo que es mejor que lo intente.

—Iremos despacio y con cuidado.

—Fantástico.

Siguiendo las instrucciones de Hel, los muchachos comenzaron a pedalear. El sistema de engranajes era tal que resultaba fácil mantener una velocidad lenta, y durante los primeros veinte metros no hubo dificultades. Entonces, Le Cagot entró en la tortuosa galería que se retorcía casi ochenta metros. No podía ser izado por ella; las oquedades y ranuras que habían cortado en la roca para dar paso a la cuerda únicamente tenían unos centímetros de espesor. Le Cagot tendría que trepar, deteniéndose algunas veces en precaria posición, mientras esperaba soltura en el cable para trepar un poco más y liberarlo de alguna ranura estrecha. Y todo ello con una sola mano.

Al principio, la voz de Le Cagot fue llegando regularmente por el hilo telefónico, bromeando y canturreando, manifestaciones propias de su fanfarronería explosiva. Tenía la costumbre de hablar y cantar sin cesar mientras estaba bajo tierra. Decía que gozaba, como poeta y ególatra, escuchando el sonido de su voz enriquecida por la reverberación y el eco. Hel siempre había sabido que la charla servía como propósito adicional para llenar el silencio rechazando la oscuridad y la soledad, pero nunca lo mencionó. No pasó mucho rato antes de que la broma y el canto y los juramentos para presumir ante los de arriba y su sentido del peligro, comenzaran a ser sustituidos por la pesada estridencia de una respiración jadeante; a veces, se le oía rechinar los dientes cuando un movimiento provocaba oleadas de dolor en su brazo roto.

La cuerda subía y bajaba. Unos pocos metros hacia arriba, y después un poco de flojedad para que Le Cagot pudiera liberar algún atascamiento del cable. Si hubiera podido valerse de las dos manos habría podido mantener libre la cuerda por encima de él, subiendo con bastante firmeza.

El primer muchacho se cansó de darle al pedal; así que aseguraron la cuerda que estaban aflojando con las grapas dobles, mientras el segundo muchacho ocupaba su lugar. El pedaleo era más fácil ahora, porque más de la mitad del peso de la cuerda estaba en los cilindros, pero, a pesar de ello,

la ascensión de Le Cagot era lenta e irregular. Dos metros hacia arriba; tres metros de soltura para liberar una sujeción; recuperar la soltura; un metro arriba; dos metros abajo; dos metros y medio arriba.

Hel no habló con Le Cagot por la línea telefónica. Eran viejos amigos y Hel no quería insultarle dando la impresión de creer que Le Cagot necesitaba la ayuda psicológica de que «se le hablara». Sintiéndose inútil y agotado por la tensión, intentando inocente pero inevitablemente ayudar a Le Cagot por medios que no lastimaran su orgullo, Hel permanecía al lado del cilindro de subida escuchando por el hilo telefónico la agitada respiración de Le Cagot. La cuerda había sido marcada con líneas rojas cada diez metros, de modo que observando cómo entraban lentamente en los bloques de la polea, Hel podía saber en dónde se hallaba exactamente Le Cagot dentro del pozo. En su mente, seguía las características alrededor de Beñat; ese pequeño saliente donde podría apoyar la punta del pie; ese ángulo en donde la cuerda era seguro se encallaría; ese estrechamiento en donde su brazo roto sufriría.

La respiración de Le Cagot se oía entrecortada. Hel calibró cable con sus ojos: Le Cagot estaría ahora en el punto más difícil de su ascenso, un ángulo doble a los cuarenta y cuatro metros. Justamente debajo del doble ángulo para un saliente estrecho en donde se podía ascender haciendo presión doblando las piernas, maniobra que ya era difícil para un hombre que disponía de sus dos manos, y que consistía en escalar una chimenea tan estrecha en algunos lugares que todo lo que se podía conseguir era una cuña de talón-rodilla, y tan ancha en otros que el apoyo se hacía con las plantas de los pies y la nuca. Y durante todo el rato el escalador tenía que evitar que el cable que estaba flojo se enredara encima de su cabeza.

—Deteneos —dijo la voz estrangulada de Le Cagot. Ahora estaría en el saliente, con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando hacia arriba el inferior de los dos ángulos a la luz de la lamparilla del casco—. Creo que descansaré aquí un momento.

—¿Descansar? —se dijo Hel—. ¿En un saliente de seis centímetros de ancho?

Obviamente, aquél era el final. Le Cagot estaba exhausto. El esfuerzo y el dolor le habían agotado, y todavía le quedaba la parte peor. Cuando hubiese pasado el doble ángulo, la cuerda sostendría su peso y podría ser izado como un saco de mijo. Pero esos ángulos debía superarlos por sí solo.

El muchacho que maniobraba los pedales miró a Hel, mostrando el temor en sus redondos ojos negros de vasco. Papá Cagot era un héroe de leyenda para estos chicos. ¿No había presentado él a la atención del mundo una muestra de la poesía vasca en sus visitas a las Universidades de Inglaterra y Estados Unidos, en donde hombres jóvenes con ideales aplaudieron su espíritu revolucionario y escucharon con respetuosa atención unos versos que jamás podrían entender? ¿No fue Papá Cagot el que fue a España a rescatar con este extranjero, Hel, a trece de los suyos que estaban en prisión sin haber sido juzgados?

La voz de Le Cagot llegó por el teléfono.

—Creo que permaneceré aquí un rato. —Ya no jadeaba pero había en su voz una resignación tranquila que no era propia de su exuberante personalidad—. Este lugar me conviene.

No sabiendo exactamente lo que iba a hacer, Nicholai comenzó a hablar con su voz suave.

—Neandertales. Sí, probablemente son neandertales.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Le Cagot.

—De los vascos.

—Eso es bueno en sí mismo. ¿Pero qué estás diciendo de los neandertales?

—He estado investigando un poco sobre los orígenes de la raza vasca. Tú sabes los hechos tan bien como yo. Su lenguaje es la única lengua aria que ha sobrevivido. Y existe cierta evidencia de que son una taza aparte del resto de Europa. El grupo sanguíneo O sólo se encuentra en un cuarenta por ciento de los europeos, mientras que aparece en casi un sesenta por ciento de los vascos. Y entre ellos casi no se conoce el tipo B. Todo esto sugiere que nos encontramos ante una raza totalmente aparte, una raza descendiente de algún antepasado primate diferente.

—Deja que te advierta en este mismo momento, Nikko. ¡Esta conversación está tomando un cariz que no me gusta!

—… queda también la cuestión de la forma del cráneo. El cráneo redondo de los vascos se acerca más al hombre de Neandertal que al Cro-Magnon superior, del cual descienden las razas superiores del mundo.

—¿Nikko? ¡Por las dos pelotas húmedas de Juan Bautista, que acabarás haciéndome enfadar!

—Yo no digo que sea una cuestión de inteligencia la que separa a los vascos de los otros seres humanos. Después de todo, han aprendido muchísimo a los pies de sus amos españoles…

—¡Aug…!

—… no, es más una cuestión física. Aunque tienen una especie de valentía y de fuerza brillantes, muy adecuadas para un revolcón rápido o una incursión de bandidos, los vascos se ponen en evidencia cuando se trata de un poder sostenido, una resistencia…

—¡Dame un poco de cuerda!

—Y no es que yo les culpe. Un hombre es como es. Un truco de la Naturaleza, una arruga en el tiempo ha conservado esta raza inferior en su rincón montañoso del mundo en donde han conseguido sobrevivir porque, afrontémoslo, ¿quién más querría esta estéril tierra de Eskual-Herri?

—¡Voy a subir, Nikko! ¡Goza entretanto de la luz del sol! ¡Es tu último día!

—Fanfarronería, Beñat. Incluso yo tendría dificultades con ese doble ángulo. Y tengo dos brazos en condiciones y no llevo la tara de ser un neandertal.

Le Cagot no respondió. Por el hilo telefónico sólo llegaba su pesada respiración, y, de vez en cuando, un corto respingo nasal cuando el brazo roto le dolía.

Veinte centímetros ahora, y treinta después, el muchacho del torno iba halando la cuerda, concentrando su atención en las marcas rojas a medida que pasaban por los bloques del trípode, tragando saliva con simpatía ante el inhumano jadeo que llenaba sus auriculares. El otro muchacho mantenía el cable tenso en la mano, en un gesto inútil de ayuda.

Hel se quitó los auriculares y se sentó al borde del *gouffre*. Ya no podía hacer nada más, y no quería oír el final de Beñat, si es que acababa allí. Bajó la vista y se sumergió en una meditación de media intensidad, narcotizando sus emociones. No salió de ella hasta que oyó un grito del muchacho que manejaba el torno. ¡Había aparecido la marca cuarenta! ¡Ya podían izarle con la cuerda!

Hel estaba de pie en la angosta hendidura de la boca del *gouffre*. Podía oír a Le Cagot allí abajo, su cuerpo inerte rascando contra las paredes del pozo. Muesca tras muesca, los muchachos le subían con infinita lentitud para no hacerle daño. La luz del sol penetraba únicamente uno o dos metros en el oscuro agujero, de modo que sólo transcurrieron unos segundos entre la aparición de las correas del equipo de sujeción de Le Cagot y el momento en que colgaba libremente, inconsciente y con el rostro grisáceo, de la polea superior.

Cuando se reanimó, Le Cagot se encontró tendido en una camalitera en la *artzain xola* del pastor, con el brazo apoyado en un improvisado cabestrillo. Mientras los muchachos encendían un fuego con ramitas, Hel se sentó en el borde de la cama, contemplando el rostro curtido de su camarada, con los ojos hundidos, y la piel arrugada por el sol, todavía pálida por el trance pasado bajo la espesa barba rojiza y canosa.

—¿Te iría bien un poco de vino? —preguntó Hel.

—¿Es una virgen el Papa? —La voz de Le Cagot era débil y ronca—. Aprieta por mí, Nikko. Hay dos cosas que un hombre no puede hacer con un solo brazo. Y una de ellas es beber de un *xahako*.

Beber de una *xahako*[30] de piel de cabra es cuestión de coordinar mano y boca. Nicholai dirigió torpemente un poco de vino a la barba de Beñat.

Le Cagot tosió y se atragantó con el vino ofrecido tan inexpertamente.

—Eres la peor enfermera del mundo, Nikko. ¡Lo juro por las engullidas pelotas de Jonás!

Hel sonrió.

—¿Cuál es la otra cosa que un hombre con una sola mano no puede hacer? —preguntó suavemente.

—No puedo decírtelo, Nikko. Es muy indecoroso y tú eres demasiado joven.

De hecho, Nicholai Hel era más viejo que Le Cagot, aunque parecía quince años más joven.

—Es de noche, Beñat. Por la mañana te llevaremos al valle. Buscaré un veterinario que te arregle ese brazo. Los médicos sólo trabajan con el *Homo sapiens*.

En aquel momento, Le Cagot recordó.

—Espero que no te hiciera mucho daño cuando llegué a la superficie. Pero te lo tenías merecido. Según se dice: *Nola neurtcen baituçu; Hala neurtuco çare çu*.

—Sobreviviré a la paliza que me has dado.

—Bien. —Le Cagot hizo una mueca—. Realmente, eres un simplón, amigo mío. ¿Crees que no me di cuenta de tu treta tan infantil? Tenías que conseguir que me enfadara para darme la fuerza necesaria para subir. Pero no resultó, ¿eh?

—No, no dio resultado. La mente vasca es demasiado sutil para mí.

—Es demasiado sutil para todo el mundo, excepto san Pedro, quien, a propósito, también era vasco, aunque mucha gente no lo sabe. Así que ¡dime! ¿Qué aspecto tiene nuestra caverna?

—No he estado abajo.

—¿No has estado abajo? *¡Alla Jainkoa!* ¡Pero yo no llegué al fondo! No hemos marcado nuestro derecho sobre ella. ¿Y qué pasará si algún asno español tropezara con el agujero y lo reclamara para él?

—De acuerdo. Bajaré otra vez al amanecer.

—Bien. Ahora dame un poco más de vino. ¡Y aguanta firme esta vez! ¡No como un muchachito tratando de orinar su nombre en la nieve!

Al día siguiente, Hel descendió descolgándose. Todo el camino estaba libre. Pasó por la cascada y hasta el fondo en donde el pozo se comunicaba con la gran cueva. Mientras colgaba, girando sujeto a la cuerda cuando los muchachos le sujetaban con las grapas mientras cambiaban los cilindros, pensó que habían realizado un buen descubrimiento. La caverna era tan grande que la luz de su casco no llegaba a las paredes.

Muy pronto se encontró en la cima del cono de deyecciones, donde ató su arnés a un peñasco para encontrarlo más tarde. Descendiendo cuidadosamente por el montón de cascotes, en el cual las piedras se sostenían en un delicado equilibrio y contraequilibrio, llegó hasta el suelo de la cueva, unos doscientos metros más abajo de la punta del cono. Encendió una lámpara de magnesio que sostuvo por detrás de él para no quedar cegado con su luz. La cueva era grande, mayor que el interior de una catedral, y en todas direcciones partían multitud de brazos y ramas. Pero la corriente del río subterráneo se dirigía hacia Francia, de modo que ésa sería la ruta a explorar cuando volvieran. Aunque sentía la natural curiosidad de un espeleólogo veterano, Hel no podía permitirse continuar la exploración sin Le Cagot. No sería justo. Trepó cuidadosamente por el cono de cascotes y encontró la cuerda atada.

Cuarenta minutos después emergía del *gouffre* a la brumosa luz del sol de la mañana. Tras un breve descanso ayudó a los muchachos a desmontar el trípode de tubo de aluminio y los cables anclados por el torno. Hicieron rodar algunas pesadas rocas hasta la abertura, en parte para disimularla de alguien que pudiera pasar por allí, pero también para bloquear la entrada protegiendo de una caída a las ovejas en la primavera próxima.

Dispersaron piedras y cantos para borrar las marcas del armazón del torno y las sujeciones de la cuerda, pero sabían que la mayor parte del trabajo de ocultación lo haría la caída de las primeras nieves.

De nuevo en la *artzain xola*, Hel informó a Le Cagot, quien se entusiasmó a pesar de su brazo hinchado palpitante de dolor.

—Bien, Nikko. Volveremos el próximo verano. Escucha, he estado meditando algo mientras tú estabas allá abajo, en el agujero. Tenemos que dar un nombre a nuestra cueva, ¿no? Y quiero ser justo al hacerlo. Después de todo, tú has sido el primer hombre que ha estado en ella, aunque no debemos olvidar que mi valor y mi pericia consiguieron suprimir el último de los obstáculos. De modo que, teniendo todo esto en consideración, creo que he dado con el nombre perfecto para la cueva.

—¿Y cuál es?

—¡La cueva de Le Cagot! ¿Cómo suena?

Hel sonrió.

—Dios sabe que eso es lo justo.

Esto había ocurrido un año antes. Cuando la nieve se aclaró en la montaña, ellos regresaron y comenzaron a realizar descensos de exploración y trazar mapas. Y ahora ya estaban dispuestos a adentrarse profundamente, siguiendo el curso del río subterráneo.

Hel había dormido más de una hora en la losa de piedra, vestido y calzado, mientras Le Cagot había pasado su tiempo hablando consigo mismo y con Hel, que no le oía, dormido, mientras iba bebiendo traguitos de la botella de Izarra, por turno. Un trago para él. Y el siguiente, a la salud de Nikko.

Cuando al fin Hel comenzó a moverse, la dureza de la roca penetrando incluso en el sueño comatoso de la fatiga que le atenazaba, Le Cagot interrumpió su monólogo para tocar ligeramente a su compañero con la bota.

—¡Eh! ¿Nikko? ¿Vas a pasarte toda la vida durmiendo? ¡Despierta y mira lo que has hecho! ¡Te has bebido media botella de Izarra, maldito glotón!

Hel se sentó y estiró sus agarrotados músculos. En su inactividad, la fría humedad de la cueva le había penetrado hasta los huesos. Cogió la botella de Izarra, y la encontró vacía.

—Yo me he bebido la otra mitad —admitió Le Cagot—. Pero te prepararé un poco de té.

Mientras Beñat preparaba el hornillo portátil de combustible sólido, Hel sacó su arnés y el mono de paracaidista modificado especialmente con tiras de goma en el cuello y en las muñecas para que no penetrara el agua. Se quitó los cuatro delgados jerseys que mantenían caliente su cuerpo, y sustituyó el interior por un jersey seco, tejido a punto flojo, y se puso encima nuevamente los tres jerseys húmedos. Eran de buena lana vasca y calentaban, aunque estuviesen húmedos. Hizo todo esto a la luz de un mecanismo que él mismo había diseñado, una sencilla conexión entre una bombilla de diez watios y una batería de automóvil protegida con cera, que, a pesar de su naturaleza primitiva, tenía el efecto de suprimir la enervante

oscuridad que presionaba de todos lados. Una batería fresca alimentaría la pequeña bombilla día y noche durante cuatro días, y, si fuese necesario, podía ser enviada arriba, ahora que habían ensanchado el cuello de botella y el doble ángulo, para que fuese recargada por la magneto accionada a pedal que alimentaba la batería de su teléfono.

Hel tiró de sus polainas y botas.

—¿Qué hora es?

Le Cagot estaba sirviéndole una taza de té.

—No podría decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque si giro la muñeca, verteré el té, ¡burro! Toma. ¡Coge la taza! —Le Cagot hizo chasquear los dedos para aliviar la quemadura—. Ahora voy a mirar mi reloj. La hora en el fondo de la cueva de Le Cagot, y quizás en otras partes del mundo, es exactamente las seis y treinta y siete minutos, poco más o menos.

—Bien. —Hel sintió un escalofrío al probar la clara tisana que Le Cagot solía preparar con el nombre de té—. Esto nos da cinco o seis horas para comer y descansar antes de que sigamos la corriente dentro de ese gran túnel en declive. ¿Está todo preparado?

—¿Odia el diablo a la hostia?

—¿Has comprobado la brújula Brunton?

—¿Cagan los bebés de color amarillo?

—¿Estás seguro que no hay hierro en la roca?

—¿Se dedicaba Moisés a incendiar los bosques?

—¿Está empaquetado el fluorescente?

—¿No es Franco un agujero del culo?

—Muy bien, entonces. Voy a meterme en el saco y a dormir un poco.

—¡Cómo puedes dormir! ¡Éste es el gran día! Hemos estado cuatro veces en este agujero, midiendo, trazando mapas, marcando. Y cada vez hemos resistido nuestro deseo de seguir el curso del río, guardando la mayor aventura para lo último. ¡Y ahora ha llegado ese momento! ¡Seguramente no puedes dormir! ¿Nikko? ¿Nikko? ¡Maldita sea…! —Le

Cagot se encogió de hombros y suspiró—. No hay modo de comprender a estos orientales.

Entre los dos cargaban veinte libras de tinte fluorescente para arrojar al río subterráneo cuando ya no lo pudieran seguir más, bien fuese porque el paso estuviera bloqueado por un derrumbamiento, o porque el río desapareciera por un sifón. Estimaban que la salida del río había de ser al torrente de Holçarté, y durante el invierno, mientras Le Cagot estaba haciendo diabluras patrióticas en España, Hel había investigado la longitud de esa magnífica garganta en la que el torrente había cortado en la roca un canal de doscientos metros de profundidad.

Encontró algunas cascadas y corrientes subterráneas, pero únicamente una parecía tener la velocidad de flujo y posición para ser el probable candidato. Dentro de un par de horas, dos jóvenes vascos, espeleólogos entusiastas, acamparían a la caída de la tarde cerca de la cascada, vigilando el arroyo por turnos. A la primera señal de tinte coloreado en el agua, marcarían la hora en su reloj, sincronizado con el de Le Cagot. Con esta comprobación de tiempo, y por el reconocimiento de su navegación por el sistema de la cueva, Hel y Le Cagot calcularían si era posible seguir el arroyo bajo el agua con un equipo submarino y completar el final de cualquier minuciosa exploración subterránea, un viaje desde la sima vertical hasta la luz y el aire de la caída de agua exterior.

Después de cinco horas de sueño profundo, Hel se despertó como siempre hacía, instantánea y completamente, sin mover un músculo ni abrir los ojos. Su sentido de proximidad sumamente desarrollado le informó en el acto. Sólo había una persona dentro el alcance del aura, y las vibraciones de esa persona eran vagas, desenfocadas y vulnerables. La persona estaba soñando despierta, meditando, o dormida. Entonces oyó el ronquido de barítono de Le Cagot.

Le Cagot estaba dentro de su saco de dormir, totalmente vestido, y únicamente se veía su largo cabello alborotado y su barba rojizo-canosa a la pálida luz de la lamparilla de baterías de diez watios. Hel se levantó y encendió el hornillo de combustible sólido con su vacilante llamita azulada. Cuando el agua estaba a punto de hervir, buscó el té en las fiambreras, un

fuerte *cha* tánico que él preparaba tan largamente que contenía el doble de cafeína que el café.

Siendo un hombre que se entregaba plenamente a todas las actividades físicas, Le Cagot dormía con un sueño profundo. Ni se movió cuando Hel le sacó el brazo del saco para mirar la hora. Deberían partir. Hel dio un puntapié al costado del saco de dormir de Beñat, pero la única respuesta que obtuvo fue un gruñido y una maldición en voz baja. Pegó otro puntapié y Le Cagot dio una vuelta sobre su costado y se acurrucó, esperando que su torturador se evaporaría. Cuando el agua comenzaba a formar pequeñas burbujas en los bordes del pote, Hel dio a su camarada un nuevo puntapié, mucho más vigoroso. El aura cambió las longitudes de onda. Estaba despierto.

Sin volverse, Le Cagot refunfuñó pesadamente:

—Hay un viejo proverbio vasco que dice que aquellos que dan puntapiés a un hombre dormido, morirán inevitablemente.

—Todo el mundo muere.

—¿Lo ves? Otra prueba de la verdad de nuestra sabiduría popular.

—Vamos, ¡levántate!

—¡Espera un minuto! ¡Concédeme un momento para ordenar el mundo dentro de mi cabeza, por el amor de Dios!

—Voy a terminar el té, y después me marcharé. Ya te contaré de la cueva cuando regrese.

—¡Muy bien! —Le Cagot, enfadado, salió dando patadas del saco de dormir y se sentó en la losa de piedra al lado de Hel, inclinándose malhumorado sobre su té—. ¡Jesús, María, José y el asno! ¿Qué clase de té es éste?

—*Cha* de montaña.

—Sabe a meado de caballo.

—Tendré que creerte. Carezco de tu experiencia culinaria al respecto.

Hel se bebió el resto del té, sopesó las dos mochilas y escogió la más ligera. Recogió el rollo de cuerda «Edelrid» y un grueso mosquetón en la que estaban enhebrados una serie de mosquetones más pequeños. Repasó entonces rápidamente el bolsillo lateral de su mochila para asegurarse de

que llevaba el surtido normal de pitones para diversos tipos de fisuras. Lo último que hizo antes de ponerse en marcha, fue sustituir las pilas de su lamparilla del casco por otras nuevas. Este mecanismo también lo había diseñado él, basándose en el uso de la pila experimental Gerard-Simon, un cilindro pequeño y potente, de la cual se podían encajar ocho unidades dentro del casco, entre la parte exterior y el forro. Una de las aficiones de Hel era diseñar y construir equipo de espeleología en su taller. Aunque nunca había considerado patentar o fabricar estos mecanismos, con frecuencia los regalaba a viejos amigos espeleólogos.

Hel miró hacia abajo, a Le Cagot, inclinado todavía con petulancia, sobre su té.

—Me encontrarás al final del sistema de la cueva. Me reconocerás fácilmente: yo seré el que tenga una mirada victoriosa en el rostro. —Y comenzó a caminar por el largo pasillo que era el canal del río.

—¡Por las rocosas pelotas de san Pedro, tienes alma de negrero! ¿Lo sabías? —gritó Le Cagot a Hel, mientras se colocaba rápidamente el equipo, murmurando para sí—: ¡Seguro que lleva sangre falangista en las venas!

Poco después de haber entrado en la galería, Hel se detuvo y esperó que Le Cagot se le uniera. Toda esa comedia de gruñidos y protestas formaba parte de la jerarquía establecida en sus relaciones. Hel era el jefe en virtud de su personalidad, su habilidad para encontrar las rutas a seguir garantizadas por su sentido de proximidad y por la destreza física de su flexible cuerpo. La fuerza bovina de Le Cagot, y su resistencia, le convertían en el mejor hombre de refuerzo en las exploraciones subterráneas. Desde el principio de sus exploraciones habían establecido unas rutinas que permitían que Le Cagot mantuviera su dignidad y autorrespeto. Era Le Cagot el que contaba sus aventuras cuando emergían de las cavidades. Era Le Cagot quien juraba constantemente, quien fanfarroneaba y se lamentaba, como un niño maleducado. El poeta que había en Le Cagot había creado, para él, el papel de *miles gloriosus*, el payaso de Falstaff, pero con una única diferencia: sus bravatas se basaban

en una larga lista de acciones valerosas e implacables, en la lucha de guerrillas contra el fascismo que oprimía a su gente en España.

Cuando Le Cagot alcanzó a Hel, avanzaron juntos por la hendidura en declive, de rápido estrechamiento, las paredes y suelos pulidos y limpios por la acción del arroyo subterráneo, revelando la formación estructural del sistema de la caverna. La roca superior era caliza, pero el suelo por el que fluía la corriente de agua era de antiguo esquisto laminado. A través de las épocas, el agua que se filtraba había penetrado por los poros de la piedra caliza hasta lo más profundo del esquisto impermeable, por cuyo lecho transcurría, buscando la profundidad y su caída final. Lentamente, el agua rezumante, un poco ácida, había disuelto la piedra caliza junto al esquisto, construyéndose un canal. Y poco a poco había desgastado los bordes del canal de agua hasta socavar su estructura, causando pequeños escapes, que, por absorción y fricción, sufrían el desgaste gradual de los detritos, actuando éstos también como elemento de corrosión transportado por la corriente que colaboraba en la labor de excavación abriendo mayores escapes y multiplicando su efecto: y de esta manera, por una progresión geométrica en la que los efectos eran también causas, durante centenares de miles de años se había desarrollado el gran sistema de la caverna. La carga del trabajo quedaba complementada por la tarea silenciosa, incansable y minuciosa de frotamiento y disolución, y sólo en ocasiones esta paciente acción quedaba subrayada por el alto drama ecológico de hundimientos mayores, la mayor parte de ellos provocados por terremotos corrientes en este sistema subterráneo de fallas y fisuras que mostraban su expresión de superficie en un panorama de *karst*, y escarpadas prominencias y frecuentes pozos de embudo y *gouffres* que habían dado a la región gran renombre espeleológico.

Durante más de una hora avanzaron milímetro a milímetro por el corredor, descendiendo suavemente, mientras los costados y el techo del túnel se iban estrechando poco a poco a su alrededor hasta que se encontraron deslizándose por una estrecha repisa a lo largo de la corriente, cuyo lecho era un corte vertical inferior a los dos metros de anchura, pero de unos diez metros de profundidad. El techo seguía cerrándose sobre ellos,

y pronto se encontraron con grandes dificultades, replegados e inclinados, y rozando la roca superior con sus mochilas. Le Cagot lanzaba juramentos por el dolor que sentía en sus temblorosas rodillas a medida que avanzaban por la estrecha repisa, medio acurrucados, con el consiguiente dolor en los músculos de sus piernas.

Mientras el pasadizo continuaba haciéndose más angosto, un mismo pensamiento les asaltó a los dos. ¿No resultaría una estúpida ironía el que, después de tantos preparativos en equipo y alimentos para la exploración, terminase todo allí? ¿Que esta galería en declive terminara en aquel punto y el río desapareciera en el sifón?

La dirección del túnel giraba lentamente hacia la izquierda. De pronto, la estrecha repisa quedó bloqueada por una protuberancia rocosa que sobresalía por encima del caudaloso arroyo. Hel no podía ver el otro lado del obstáculo, ni tampoco vadear el lecho del río; era demasiado profundo, y aunque no lo hubiese sido, la posibilidad de un sifón vertical más allá, en las tinieblas, bastaba para detenerle. Se contaban historias de espeleólogos que habían caído en el vacío al vadear ríos subterráneos. Se decía que eran engullidos directamente hacia abajo, cien o doscientos metros, a través de una rugiente columna de agua al fondo de la cual sus cuerpos se agitaban en algún enorme «caldero gigante» de agua espumosa y roca, hasta que quedaban lo bastante destrozados para ser arrastrados más allá. Y meses después se encontraban fragmentos de su equipo y ropas en los arroyos y los torrentes de los estrechos valles adonde afluían las aguas subterráneas. Naturalmente, se trataba de historias contadas alrededor del fuego de campamento, y en su mayor parte eran mentiras y exageraciones. Pero, como todas las narraciones populares, reflejaban amenazas reales, y para la mayoría de los espeleólogos la pesadilla de ser engullido súbitamente era mucho peor que el miedo a una caída al escalar paredes, o a los aludes, e incluso a encontrarse bajo tierra durante un terremoto. Y no era precisamente el temor de ahogarse lo que hacía terrible esa caída, sino la imagen de ser sacudido y descuartizado en aquel gigantesco caldero bullente.

—¿Y bien? —preguntó Le Cagot desde atrás, retumbando su voz en el estrecho pasaje—. ¿Qué es lo que ves?

—Nada.

—Esto es tranquilizador. ¿Vas a quedarte simplemente ahí? ¡No puedo quedarme aquí agachado para siempre como un pastor bearnés con diarrea!

—Ayúdame a quitarme la mochila.

En su posición agazapada, rígida, desembarazar a Hel de la mochila no fue empresa fácil, pero, una vez hecho, Hel pudo enderezarse un poco. La repisa estrecha le permitía encararse con el arroyo, fijar los pies y dejarse caer hacia la pared del otro lado. Hecho esto, dio cuidadosamente la vuelta poniéndose de espaldas, con los hombros apoyados contra un lado de la galería, los clavos de sus botas «Vibram» sosteniéndole contra la repisa. Deslizándose de lado en esta postura de presión, utilizando hombros y manos y las plantas de los pies, en una escalada transversal de chimenea, avanzó centímetro a centímetro por la protuberancia de roca, con la borboteante corriente de agua a pocos centímetros de sus nalgas. Era un movimiento penoso y arduo, y perdió piel de la palma de las manos, pero logró avanzar un poco.

La risa de Le Cagot resonó, llenando la cueva.

—¡Ola! ¿Y qué sucederá si de pronto se ensancha, Nikko? Quizá sería mejor que te quedarás quieto ahí y me dejases utilizarte como un puente. ¡De esta manera, por lo menos, uno de nosotros lo conseguiría! —Y comenzó a reír de nuevo.

Afortunadamente, no se ensanchó. Más allá del obstáculo, la galería se estrechaba, y el techo se elevaba a una altura que quedaba más allá de los rayos de la lámpara de Hel. Pudo colocarse nuevamente en la repisa interrumpida. Continuó avanzando despacio, siguiendo la curva hacia la izquierda. El corazón le dio un vuelco cuando su linterna le reveló que el corredor que habían estado explorando se terminaba bruscamente por un hundimiento de piedras, por debajo de las cuales el río borboteaba y desaparecía.

Cuando llegó a la base del precipicio, vio que se hallaba en el fondo de una gran cuña que tan sólo tenía un par de metros de anchura en donde él

estaba, pero que ascendía mucho más allá de su rayo de luz. Descansó un momento, y comenzó después a trepar por un rincón del ángulo formado por el pasadizo y la pared bloqueadora de piedras. Había muchos lugares fáciles donde agarrarse y apoyar los pies, pero la roca estaba podrida y se desmenuzaba con facilidad, por lo que cada paso y cada apoyo tenían que ser cuidadosamente comprobados para asegurar que no se desmoronasen al contacto de sus pies y manos. Después de haberse encaramado unos treinta metros, con paciencia y lentitud, se deslizó por una grieta entre dos rocas gigantescas apoyadas una contra otra. Se encontró entonces en una plataforma lisa desde donde no veía nada, ni al frente ni a los lados. Dio una palmada y escuchó. El eco fue lento, hueco y repetido. Se hallaba en la boca de una gran cavidad.

Regresó rápidamente al obstáculo; bajó haciendo un rapel con cuerda doble, que dejó fija para su ascenso posterior. Desde su lado de la protuberancia rocosa, llamó a Le Cagot, quien había retrocedido cierta distancia en el túnel hasta un lugar estrecho en donde podía apoyarse sobre los talones y espalda, encontrando cierto alivio a su fatigosa posición previa medio agachado.

Le Cagot se acercó de nuevo al obstáculo.

—¿Y qué? ¿Seguimos?

—Hay una gran cavidad.

—¡Fantástico!

Pasaron las mochilas atadas con una cuerda alrededor del obstáculo, y Le Cagot repitió entonces la travesía de chimenea de Hel para cruzar ese apretado paso, sin cesar de lamentarse amargamente durante todo el rato, maldiciendo la roca por las pelotas trompeteras de Josué y las dos inhóspitas pelotas del Posadero.

La ascensión por el despeñadero no les resultó difícil con ayuda de la cuerda que Hel había fijado y su limpieza previa de rocas podridas. Cuando se encontraron juntos en la losa plana, después de penetrar por la grieta entre las dos rocas que más tarde sería conocido como el «ojo de la cerradura», Le Cagot encendió una lámpara de magnesio, y por primera

vez, después de innumerables milenios de existencia, pudo ser contemplado el caos estigio de la gran cueva.

—Por las ardientes pelotas del Arbusto —exclamó Le Cagot en un susurro asombrado—. ¡Una cueva ascendente!

Era una visión fea, pero sublime. El crisol primitivo de creación que era esta cueva «ascendente» destrozaba los egos de aquellos dos insectos humanoides que no llegaban a los dos metros de altura, de pie en su pequeña plataforma de piedra suspendida entre el suelo de la caverna, unos cien metros más abajo, y la bóveda agrietada y podrida, a más de cien metros por encima de ellos. La mayor parte de las cuevas dan la impresión de serenidad y eternidad, pero las cuevas ascendentes son terribles en su caos orgánico. Aquí todo era dentado y fresco; el suelo se perdía en las profundidades bajo capas de detritos y de rocas tan grandes como casas; la bóveda mostraba las cicatrices de recientes hundimientos. Era una caverna en proceso de creación, una caverna adolescente, torpe e insegura, en el desarrollo de su «ascenso», del alzamiento de su suelo por las caídas y detritos de los hundimientos periódicos de la bóveda. Pronto (veinte mil o cincuenta mil años) podría estabilizarse y convertirse en una cueva corriente. O quizá continuaría elevándose por el camino de sus fracturas y fallas hasta llegar a la superficie, formando con su último hundimiento el corte en forma de embudo del clásico *gouffre* seco. Naturalmente, la juventud y la inestabilidad de la cueva eran relativas, y debían considerarse expresadas en tiempos geológicos. Las cicatrices «frescas» de la bóveda podían tener una juventud de tres años, o una vejez de cien años.

La luz se desvaneció y transcurrió algún tiempo antes de que recuperaran la visión subterránea suficiente para poder ver el leve resplandor de las lámparas de sus cascos. En la oscuridad de puntos danzantes, Hel oyó que Le Cagot decía:

—¡Yo bautizo esta cueva y le doy nombre! ¡Se llamará la cueva de Le Cagot!

Por el ruido de las salpicaduras, Hel supo que Le Cagot no ahorraba el agua del bautizo.

—¿No resultará algo confuso? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—La primera cueva también lleva ese nombre.

—Hum… Es verdad. Bueno, en este caso bautizo este lugar ¡«El caos de Le Cagot»! ¿Qué te parece?

—Espléndido.

—Pero no he olvidado tu contribución en este hallazgo, Nikko. Y he decidido llamar esa excrecencia repugnante que hemos dejado atrás, la que hemos tenido que franquear, la «Protuberancia de Hel». ¿Qué te parece?

—No podía desear más.

—Así es. ¿Continuaremos ahora?

—Tan pronto como termine. —Hel se arrodilló con su librito de notas y la brújula y a la luz de su lamparilla garrapateó evaluaciones de distancia y dirección como había venido haciendo aproximadamente cada cien metros desde que habían salido del campamento de base al pie del cono de cascotes. Después de guardarlo todo nuevamente en la bolsa impermeable, dijo—: Muy bien. Vámonos.

Pasando con muchas precauciones de un peñasco a otro, deslizándose por grietas y hendiduras, eligiendo su camino alrededor de las grandes rocas macizas oscilantes, tan grandes como pajares, comenzaron a cruzar «El caos». El hilo de Ariadna del río subterráneo se había perdido para ellos, bajo capas de peñascos, filtrándose, serpenteando, bifurcándose y confluyendo nuevamente, en una trama de mil hilos a lo largo del suelo de esquisto de las profundidades. Los derrumbamientos recientes y la falta de erosión del tiempo que tan rápidamente modifica las características de la superficie, se combinan para exhibir un disparatado desorden de rocas y losas, en un equilibrio precario, cuya absurda inclinación parecía desafiar la gravedad, creando un efecto «le fiesta burlesca de carnaval en la que el agua parecía subir por la colina y lo que parece nivelado está inclinado peligrosamente. El equilibrio tenía que ser mantenido a tientas, por presentimiento, y no por apreciarse a simple vista, por lo que se veían obligados a avanzar con ayuda de la brújula porque su sentido de la orientación había quedado mutilado por su tortuoso camino al cruzar la vertiginosa absurdidad de «El caos». Los problemas de encontrar el camino

eran totalmente opuestos a los que surgirían caminando por un paisaje lunar sin rasgos característicos. Era la abundante confusión de características sobresalientes lo que recargaba y obstruía la memoria. Y el enorme vacío negro sobre sus cabezas presionaba su subconsciente, oprimido por aquella bóveda marcada con cicatrices, preñada de hundimientos, de los cuales una diezmilésima parte les hubiera aplastado como hormigas.

Unas dos horas después, y quinientos metros más adelante, habían cruzado suficiente parte de «El caos» para poder ver el final de la cueva en donde el techo se inclinaba para juntarse con la confusión de jóvenes rocas dentadas caídas recientemente. Durante la última media hora había estado aumentando el ruido a su alrededor, creciendo tan lentamente en medio del sonido ambiental de gorgoteo y siseo que venía de las profundidades, que no lo notaron hasta que se detuvieron para descansar y marcar su avance. Los mil ramales del arroyo del fondo se tejían cada vez más estrechamente, y el ruido que llenaba la caverna comprendía una gama completa de notas, desde el fino siseo del címbalo al bajo del tímpano. Se trataba de una caída de agua, una gran cascada, en algún lugar detrás del encuentro del techo y los derrumbamientos que parecían bloquear la salida de la cueva.

Durante más de una hora estuvieron recorriendo la pared de derrubios, deslizándose por las grietas y las tiendas triangulares que formaban las losas de toneladas de peso, pero no pudieron encontrar una salida de aquel laberinto. En el extremo reciente de «El caos» no había peñascos, sólo jóvenes losas, muchas de las cuales alcanzaban el tamaño de frontones, algunas de ellas apoyadas por el canto, otras planas, otras inclinadas en improbables ángulos, y algunas sobresaliendo tres cuartas partes por encima del abismo, sujetas por el contrapeso de otra losa. Y, mientras tanto, el exuberante rugido de la cascada al otro lado de este derrumbamiento les estimulaba a buscar una salida.

—¡Descansemos y soseguémonos! —gritó Le Cagot por encima del ruido, mientras se sentaba en un pequeño fragmento de losa, se quitaba la mochila y buscaba en su interior unas galletas de pan, queso y *xoritzo*.

—¿No tienes hambre?

Hel sacudió la cabeza. Estaba tomando notas en su libreta, haciendo evaluaciones atrevidas de la dirección, e incluso unas aproximaciones todavía más vagas de la inclinación, pues el clinómetro de su brújula «Brunton» había sido inútil en la indomabilidad de «El caos».

—¿Es posible que la cascada esté detrás de la pared? —preguntó Le Cagot.

—No lo creo. No estamos a mucho más de medio camino del torrente de Holçarté y todavía debemos de estar unos doscientos metros demasiado alto.

—Y ni tan siquiera podemos bajar hasta el agua para arrojar el tinte en ella. ¡Vaya complicación con esta pared! Y lo que es peor, hemos terminado el queso. ¿Adónde vas?

Hel se había descargado de la mochila y estaba iniciando un ascenso libre de la pared.

—Voy a echar una ojeada a la cima de esas rocas.

—¡Inténtalo un poco a tu izquierda!

—¿Por qué? ¿Ves algo por allí?

—No. Pero estoy sentado justamente en la línea de tu caída, y me encuentro demasiado cómodo para moverme.

No habían prestado atención a la posibilidad de subir a la cima del montón de rocas, porque, aunque hallaran un paso por el que introducirse, les llevaría directamente a la parte superior de la cascada, y probablemente sería imposible cruzarla, pero la base y los costados del obstáculo no ofrecían paso alguno, de modo que lo único que les quedaba era la cima.

Media hora después, Le Cagot oyó un ruido por encima de él. Echó la cabeza hacia atrás para dirigir el rayo de su lámpara hacia allí. Hel estaba bajando en la oscuridad. Cuando llegó a la losa, se dejó caer sentado, y se apoyó después en su mochila, con un brazo cubriéndole el rostro. Estaba cansado y jadeando por el esfuerzo, y el cristal de la lámpara de su casco se había roto a causa de una caída.

—¿Estás seguro de que no quieres comer nada? —preguntó Le Cagot.

Con los ojos cerrados, hinchando el pecho al tragar grandes cantidades de aire, el sudor corriéndole por la cara y el pecho, a pesar del húmedo frío

dentro de la cueva, Hel respondió al retorcido sentido del humor de su compañero con un gesto, versión vasca del lenguaje mímico universal para expresar animosidad: metió el pulgar en el puño y lo ofreció a Le Cagot. Después dejó caer la mano y siguió inmóvil y jadeante. Intentaba tragar penosamente: la sequedad de su garganta lo hacía doloroso. Le Cagot le pasó el *xahako* y Hel bebió ávidamente, comenzando por tocar sus dientes con la punta de la bota, porque no tenía luz, y alejándola después, dirigiendo el chorro fino de vino hasta el fondo de su garganta. Mantuvo la presión en la bota, tragando cuando se le llenaba la garganta, y bebió durante tanto rato que Le Cagot comenzó a preocuparse por su vino.

—¿Y qué? —preguntó Le Cagot de mala gana—. ¿Has encontrado una salida?

Hel hizo una mueca y afirmó con la cabeza.

—¿Y adónde saliste?

—Justamente en medio por encima de la cascada.

—¡Mierda!

—No, creo que habrá un camino a la derecha, abajo, por entre las salpicaduras.

—¿Lo has intentado?

Hel se encogió de hombros señalando la lámpara rota de su casco.

—No podía hacerlo solo. Necesito que me protejas desde arriba. Hay un buen lugar para sujetarse.

—No debías haberte arriesgado, Nikko. Uno de estos días vas a matarte y después lo sentirás.

Después de haber pasado, deslizándose por la absurda red de grietas que le condujeron al exterior hasta una estrecha plataforma directamente encima de la rugiente cascada, Le Cagot quedó maravillado. El salto tenía mucha altura, y en el aire inmóvil se alzaba una bruma que retornaba a la columna de agua borboteando a su alrededor como un baño de vapor a cuarenta grados de temperatura. Todo lo que podía ver desde arriba a través de la neblina, era la parte superior de la cascada y algunos metros de roca resbaladiza a los lados de la plataforma. Hel siguió hacía la derecha, donde el borde se estrechaba hasta alcanzar unos pocos centímetros, pero

continuaba alrededor de la roca de la boca de la cueva. Se trataba de un borde desgastado, redondo, evidentemente, un antiguo borde de la cascada. El estrépito cacofónico de la cascada les obligó a comunicarse por medio de signos, cuando Hel indicó a Le Cagot la posición de presa «buena» que había encontrado: un saliente de la roca, en donde Le Cagot entró apretadamente con dificultades, y desde donde largaría cuerda, el cabo de la cual estaba atado a la cintura de Hel, a medida que éste bajara por el borde de la cascada. La dirección natural de su camino le llevaba a cruzar la neblina de agua, la cascada, y, era de esperar, hasta detrás del salto de agua. Le Cagot gruñó acerca de esa «buena» posición mientras se apretujaba en el fondo del saliente y clavaba un pitón en la piedra caliza que tenía encima de él, quejándose de que un pitón clavado en piedra caliza es principalmente una decoración psicológica.

Hel comenzó su descenso, deteniéndose cada vez que encontraba en coincidencia, un lugar donde apoyar el pie y una hendidura en la roca en la que clavar un pitón y pasar la cuerda por la anilla. Afortunadamente, la roca conservaba todavía sus cantos agudos, y ofrecía muchos puntos en donde apoyar pies y manos. El curso del salto de agua había cambiado recientemente, y no había habido tiempo todavía para alisar los bordes. El mayor problema radicaba en la cuerda superior. Cuando había descendido veinte metros, y enlazado la cuerda en veinte anillas, tirar de esa cuerda empapada a través de unas anillas con las que tenía una gran fricción, constituía un esfuerzo peligroso, pues le obligaba a alzar parcialmente el cuerpo fuera de los apoyos de los pies, y este debilitamiento de postura coincidía naturalmente con el momento en que Le Cagot aflojaba la cuerda desde arriba y, por lo tanto, era cuando menos le sostendría en el caso de resbalar.

Bajó muy despacio, cruzando el grueso de la bruma hasta que la aceitosa extensión de agua de la cascada, negruzca y plateada, se encontraba únicamente a un palmo y medio de la lámpara de su casco, y allí se detuvo y se preparó para el momento más delicado del descenso.

En primer lugar, tendría que fijar un grupo de pitones de modo que pudiera moverse independientemente de Le Cagot, quien, al no ver la

cuerda, podría retenerla e impedir el avance de Hel mientras éste se hallara bajo la cascada, cegado por la manga de agua y buscando pliegues de cuerda que no podía ver. Y estaría aguantando el peso del agua sobre sus hombros y la espalda. Tenía que darse suficiente cuerda para cruzar de una vez toda la cascada, porque no podía respirar hasta encontrarse detrás de ella. Por otra parte, cuanta más cuerda se diera, tanto mayor sería su caída si el agua le derribaba. Decidió tomar unos tres metros de cuerda floja. Le hubiese gustado una longitud mayor para evitar la posibilidad de llegar al final de la cuerda mientras estuviera todavía debajo de la columna de agua, pero el sentido común le indicaba que tres metros era la longitud máxima que le llevaría colgando fuera del alcance de la caída del agua, en el caso de que cayera y quedara inconsciente, con el peligro de ahogarse si permanecía colgado en la línea del agua.

Hel se acercó para encararse con la sábana metálica y brillante del agua, hasta que la tenía sólo a unos centímetros de su rostro, y muy pronto comenzó a sentir la sensación de vértigo como si el agua estuviese inmóvil y su cuerpo se elevara entre el rugido y la bruma. Alargó la mano introduciéndola por la cara de la cascada, cuya agua se abrió formando un brazalete grueso y pesado alrededor de su muñeca y buscó a tientas el asidero más profundo al que pudiera agarrarse. Introdujo los dedos en una pequeña grieta invisible detrás del agua. El asidero estaba más bajo de lo que él hubiera deseado porque sabía que el peso del agua sobre su espalda le haría doblegarse, y el mejor asidero hubiera sido en lo alto, de modo que el peso hubiera aumentado todavía más la presión de los dedos. Pero fue la única hendidura que encontró y el hombro comenzaba a mostrar cansancio por el golpeteo del agua en su brazo estirado. Respiró varias veces profundamente, porque sabía que es más la acumulación de dióxido de carbono en los pulmones que la falta de oxígeno, lo que hace sentir el ansia de aspirar el aire. Hizo una última aspiración, muy profunda, ensanchando al máximo su tórax. Dejó escapar una tercera parte del aire y penetró en la cascada.

Casi resultó cómico, y seguramente ridículo.

La sábana del salto de agua tenía un espesor de menos de veinte centímetros, y el mismo movimiento de balanceo le hizo entrar y salir del agua hasta detrás de la cascada, en donde se encontró en un amplio borde debajo del cual había un rincón tan lleno de broza y desechos que cualquier niño sano hubiera podido bajar por allí fácilmente.

Evidentemente, una salida que Hel no creyó necesario comprobar, de modo que cruzó de nuevo el salto de agua, y trepó hasta el lugar en donde Le Cagot le esperaba, al que informó de todo, gritándole en la oreja, con el clic accidental de sus cascos, la feliz circunstancia. Decidieron dejar la cuerda instalada para facilitar su retorno, y descendieron, uno detrás de otro, hasta encontrarse al pie del rincón lleno de broza.

Por un singular fenómeno, cuando estuvieron detrás de la sábana negruzcoplateada de la cascada, pudieron hablar en tono casi normal, pues la cortina de agua parecía aislar el sonido, y había más silencio detrás de la cascada que al otro lado. A medida que bajaban, el agua del salto se iba partiendo lentamente, pues gran parte de su caudal formaba bruma y el peso de la cascada al final del salto era inferior al peso de arriba. Su masa quedaba esparcida, y al cruzarla se parecía más a una lluvia torrencial que a una cascada. Avanzaron con precaución por la cegadora y gélida corriente, caminando sobre una roca resbaladiza, limpia de detritos. Al avanzar, la neblina se hizo más clara hasta que se encontraron al aire libre, en la oscuridad, dejando atrás el ruido de la cascada. Se detuvieron y miraron a su alrededor. Se encontraban en una bella gruta diamante de dimensiones más humanas que la terrible caverna de «El caos de Le Cagot», una cueva para turistas, aunque más allá de las posibilidades de acceso de cualquiera de ellos.

Aunque era un despilfarro, la curiosidad les impulsó a encender otra bengala de magnesio.

Una belleza abrumadora. Detrás de ellos, la creciente nebulosa de bruma agitándose perezosamente en la succión del agua que caía. A su alrededor y encima de ellos las paredes, húmedas y goteantes, con incrustaciones de cristales de aragonita que lanzaban destellos mientras Le Cagot movía la bengala hacia uno y otro lado. En la pared norte, un salto de

agua helada rezumaba por un lado formando un charco como de caramelo osificado. Al este, delicadas y cortantes, cortinas de calcita, recubriéndose, unas sobre otras, parecían ondear por la fuerza de un invisible viento espeleológico. Junto a las paredes pendían, en apretado grupo, delgadas estalactitas cristalinas señalando hacia abajo las estalagmitas como cepas, y aquí y allá, dominando en ese bosque, había una gruesa columna formada por la unión de esos pacientes especímenes del subsuelo.

No hablaron hasta que el resplandor se volvió anaranjado y se desvaneció, y el brillo de las paredes fue sustituido por puntos de luz que danzaban ante sus ojos, que se veían obligados a dilatar para acomodar la visión a la luz relativamente débil de sus lámparas en el casco. La voz de Le Cagot sonó extrañamente contenida cuando dijo:

—Bautizaremos esta cueva con el nombre de «Caverna del Murciélago *Zaspiak*».

Hel indicó su conformidad con la cabeza. *Murciélago Zaspiak*: «De siete, dejemos uno», el lema de todos los que luchaban por la unión de las siete provincias vascas para convertirlas en una república transpirenaica. Un sueño impracticable, ni probable ni deseable, pero un lema útil para las actividades de los hombres que preferían el romántico peligro a la aburrida seguridad, hombres capaces de ser crueles o estúpidos, pero nunca pequeños o cobardes. Y era cierto que ese sueño de una nación vasca se representara por una cueva fantástica que resultaba inaccesible.

Se agachó y midió con su clinómetro la distancia aproximada hasta la cima de la cascada, haciendo mentalmente unos cálculos.

—Nos hallamos casi al nivel del Torrent de Holçarté. El salto no puede estar muy lejos.

—Sí —respondió Le Cagot—, pero ¿dónde está el río? ¿Qué has hecho del río?

Era cierto que el río había desaparecido. Interrumpido por las caídas, evidentemente se había esparcido entre grietas y hendiduras y debía circular por debajo de ellos en algún lugar. Había dos posibilidades. O surgiría de nuevo dentro de la cueva en algún lugar delante de ellos, o las hendiduras al pie de la cascada eran el punto final por donde era engullido antes de su

caída al barranco. Esta última posibilidad era desafortunada porque les negaba cualquier esperanza de una última conquista nadando para llegar al aire libre. Además, haría inútil la larga vigilancia de los muchachos vascos acampados en la cascada.

Le Cagot tomó la delantera cuando avanzaron por la «Caverna del Murciélago *Zaspiak*», como solía hacer siempre cuando la marcha era razonablemente fácil. Ambos sabían que Nicholai era el mejor técnico en cuanto a rocas; no era necesario que Le Cagot lo admitiera ni que Hel lo acentuara. El puesto de guía cambiaba automáticamente según la naturaleza de las características de la cueva. Hel tomaba la delantera en las chimeneas, en las gateras estrechas, dando la vuelta a las cornisas; mientras que Le Cagot actuaba de guía cuando entraban en las cuevas o grutas inmensas, que, por lo tanto, «descubría» y daba nombre.

Mientras abría camino, Le Cagot probaba su voz en la cueva cantando una de esas canciones vascas, quejumbrosas y monótonas, demostración de la resistencia de esa raza para soportar el dolor estético. La canción contenía una onomatopeya exclusiva vasca, que va más allá de las imitaciones de los sonidos, llegando a las imitaciones de los estados emocionales. El refrán de la canción de Le Cagot se refería a un trabajo hecho chapuceramente *(kirri-marra)* por un hombre que trabajaba desordenadamente de prisa *(tarrapatakan)*.

Dejó de cantar cuando se acercó al final de la cueva y se quedó de pie frente a una galería, ancha y de techo bajo, que se parecía a una mueca tenebrosa y sin dientes. En verdad, contenía una broma.

Le Cagot dirigió su lámpara hacia abajo dentro de la galería. La pendiente crecía ligeramente, pero no excedía de los quince grados y quedaba suficiente espacio en su parte superior para que un hombre pudiera permanecer de pie. ¡Era una avenida, un auténtico paseo! Y, más interesante todavía, probablemente era la última característica del sistema de la cueva. Dio un paso… y cayó con un gran estrépito de su equipo.

El suelo del pasadizo tenía una gruesa capa de arcilla, resbaladiza y pringosa como grasa para ejes, y caído de espaldas, Le Cagot se deslizaba por la pendiente, no muy aprisa al principio pero por completo incapaz de

detener su deslizamiento. Lanzaba juramentos y agitaba las manos a su alrededor para sujetarse, pero todo estaba cubierto por aquella materia resbaladiza y no había roca o saliente a donde agarrarse. En su lucha sólo consiguió girar un poco el cuerpo, de modo que comenzó a descender de espaldas, medio sentado, impotente, furioso y cómico. El descenso adquirió más velocidad. Desde arriba, al borde de la galería de arcilla, Hel contemplaba la luz del casco que se empequeñecía a medida que se alejaba, dando vueltas lentamente como el rayo de un faro. No podía hacer nada. La situación era básicamente cómica, pero si al final de ese pasaje había un despeñadero…

Al final de la galería no había ningún despeñadero. Hel no sabía de ninguna caída arcillosa a esta profundidad. A una buena distancia, quizás unos sesenta metros, la luz detuvo su movimiento. No se oyó ruido alguno, ninguna llamada de socorro. Hel temió que Le Cagot se hubiese dado un golpe contra un lado de la galería y yaciera en el fondo, herido.

En aquel momento, por el pasadizo llegó un sonido, la voz de Le Cagot rugiendo, furiosa e indignada, confusas las palabras a causa de las reverberaciones que la cubrían, pero muy claro el acento de la dignidad herida, únicamente una frase era descifrable entre el eco del torrente de palabras.

—… por las perforadas pelotas de san Sebastián!

De modo que Le Cagot no había sufrido daño. La situación hubiera podido ser hasta divertida, si no fuese porque con él se había ido el único rollo de cuerda, y ni tan siquiera ese buey de Urt podía arrojar hacia arriba un rollo de cuerda de sesenta metros.

Hel lanzó un profundo suspiro. Tendría que retroceder por la «Caverna del Murciélago *Zaspiak*», hasta el pie de la cascada, trepando por el rincón de broza, a través de los saltos de agua, y encaramarse por la difícil pendiente en medio de las finas salpicaduras de agua hasta poder recuperar la cuerda que habían dejado sujeta para facilitar su retroceso. Sólo el pensarlo le puso de mal humor.

Pero… Se quitó la mochila. No tenía por qué llevarla con él. Gritó por la galería de arcilla pronunciando despacio para ser comprendido, a pesar

de los sordos ecos.

—¡Me… voy… a… buscar… la… cuerda!

El punto de luz lejano allá abajo se movió. Le Cagot estaba levantándose.

—¡Vaya… no… lo… hagas! —fue la respuesta.

De repente, la luz desapareció y se oyó el sonido y el eco duplicado de chapoteo, seguido por una mezcolanza de voces de enfado, esfuerzos violentos, escupitajos y maldiciones. Después, la luz reapareció.

La carcajada de Hel resonó llenando la cueva y la galería. Era obvio que Le Cagot había caído en el río que allí abajo salía nuevamente a la superficie. ¡Suerte de principiante!

La voz de Le Cagot llegó en eco subiendo por la pendiente arcillosa:

—¡Puede… ser… que… te… mate… cuando… bajes…!

Hel se echó a reír de nuevo y emprendió el retroceso hacia los saltos de agua.

Tres cuartos de hora después estaba de nuevo en la entrada de la galería, sujetando la cuerda en una grieta segura con un nudo estrangulado.

Al principio, Hel intentó dejarse resbalar por los pies controlándose con la cuerda, pero no era posible. La arcilla era demasiado resbaladiza. Casi en seguida se encontró sentado sobre sus nalgas, resbalando hacia abajo con los pies delante, los cuales, surcando en la arcilla, alzaban una especie de proa negra que se acumulaba en la ingle de Hel y rebosaba por encima de sus caderas. Era una materia desagradable, un obstáculo innoble, de suficiente importancia, pero careciendo de la dignidad neta de los retos de una cueva: abismos y rocas podridas, pozos verticales y sifones difíciles. Era un problema de escasa importancia, estúpido e irritante, y vencerlo no suponía gloria alguna. Las caídas por el fango son despreciadas por todos los espeleólogos que han debido soportarlas.

Cuando Hel se deslizó silenciosamente hasta su lado, Le Cagot estaba sentado en una piedra lisa, comiéndose una galleta seca y una rodaja de *xoritzo*. Ignoró la proximidad de Hel, enojado todavía por su propio descenso indigno y chorreando humedad por el remojón.

Hel miró a su alrededor. No había duda alguna; aquello era el final de la cueva. La cámara tenía el tamaño de una casa pequeña, o de una de las salas de recepción de su castillo en Etchebar. Evidentemente, algunas veces se llenaba de agua, pues las paredes eran lisas y en el suelo no había broza. La losa sobre la que Le Cagot estaba comiendo cubría dos tercios del suelo y en el rincón más distante había una depresión cúbica, neta, de unos cinco metros en cada borde, un sumidero normal de «bodega» que constituía el punto más bajo en todo el sistema de la cueva. Hel se acercó al borde de la «bodega» y dirigió hacia abajo su rayo de luz. Los costados eran lisos, pero el descenso no parecía ofrecer dificultades y Hel se preguntó por qué Le Cagot no había bajado para ser el primero en llegar al final de la cueva.

—Lo he guardado para ti —explicó Le Cagot.

—¿Un impulso de juego limpio?

—Exactamente.

Había algo que no encajaba. Aunque vasco hasta el tuétano de los huesos, Le Cagot había sido educado en Francia, y el concepto de juego limpio es totalmente extraño a la mentalidad francesa, un pueblo que ha producido generaciones de aristócratas, pero ni un solo caballero; una cultura en la cual legalidad sustituye a limpieza; un lenguaje en el que la única palabra para juego limpio es tomada del inglés.

Sin embargo, no servía de nada quedarse allí de pie y dejar virgen el suelo de aquella bodega final. Hel miró hacia abajo, buscando los mejores asideros.

… ¡Un minuto! Ese chapoteo. Le Cagot había caído dentro del agua. ¿Dónde estaba?

Hel bajó cuidadosamente su bota dentro de la bodega. A unos pocos centímetros, rompió la superficie de una agua tan clara que daba la impresión de ser aire. Las características de la roca dentro del agua eran tan agudas que nadie sospecharía que se hallaban bajo el agua.

—Eres un mal nacido —murmuró Hel. Y se echó a reír—. Y tú bajaste directamente al agua, ¿eh?

En el instante en que sacó su bota, desaparecieron del agua las ondas, alisadas por la succión inferior consecuencia de un gran sifón. Hel se

arrodilló al lado del sumidero y lo examinó fascinado. La superficie no estaba totalmente inmóvil; la fuerte corriente interior la mantenía lisa y tirante. En verdad, se arqueaba un poco, y cuando Hel metió el dedo en el agua notó un fuerte tirón y el inicio de un remolino debajo.

Percibió una abertura triangular en el fondo del sumidero, que debía de ser la salida del río al exterior. Hel había visto antes estanques como éste dentro de las cuevas, estanques en los que el agua entraba sin formar burbujas delatoras de la corriente, un agua tan purificada por aquellos minerales y microorganismos que le daban un tinte de color.

Hel examinó las paredes de la pequeña cámara, buscando señales de la línea de agua. Evidentemente, la salida por aquel orificio triangular del fondo debía de ser constante, mientras que el caudal del río subterráneo variaba con la lluvia y el agua de las filtraciones. Toda esta cámara, y la galería de arcilla que tenían detrás de ellos, actuaban como una especie de cisterna que equilibraban la diferencia entre la afluencia y la salida. Esto explicaría la arcilla presente a tanta profundidad. Sin duda, muchas veces la cámara en la que ahora estaban sentados estaba cubierta por el agua que filtraba de la cascada. Seguramente, en las pocas ocasiones que llovía abundantemente, la cascada convertía en un lago poco profundo el fondo de la «Caverna del Murciélago *Zaspiak*». Eso explicaría las estalagmitas gruesas y cortas de la cueva. Si hubiesen llegado en algún otro momento, por ejemplo después de haber caído grandes lluvias que hubiesen filtrado, quizá su excursión hubiera debido terminar en la «Caverna *Zaspiak*». Habían pensado en la posibilidad de una exploración futura de la cascada con equipo submarinista, si el tiempo resultante de la prueba del tinte demostraba que ello era practicable. Pero si un lago bajío les hubiera detenido en la cueva superior, difícilmente Hel hubiera descubierto la galería arcillosa debajo del agua, la hubiera cruzado a nado, localizado el sumidero de la bodega, pasado por la abertura triangular y conseguido cruzar la fuerte corriente hasta el salto. Habían tenido suerte en realizar el descenso después de un largo período de sequía.

—¿Y bien? —dijo Le Cagot, mirando su reloj—. ¿Echamos o no el tinte?

—¿Qué hora es?

—Falta poco para las once.

—Esperemos la hora en punto. Facilitará los cálculos. —Hel miró hacia abajo, a través del agua invisible. Resultaba difícil creer que allí en el fondo, entre las límpidas características del suelo, se precipitaba y succionaba una corriente de agua de enorme fuerza—. Me gustaría saber dos cosas —dijo.

—¿Dos únicamente?

—Quisiera saber la velocidad del agua. Y si esa canal triangular tenía el paso libre.

—Supongamos que nos da un buen tiempo, por ejemplo diez minutos. ¿Vas a intentar cruzarlo a nado la próxima vez que vengamos aquí abajo?

—Naturalmente. Incluso en quince minutos.

Le Cagot sacudió la cabeza.

—Eso es mucha cuerda, Nikko. Quince minutos cruzando un tubo como ése es mucha cuerda para mí, si debo recuperarte contra la corriente en caso de que surjan dificultades. No, creo que es demasiado tiempo. Diez minutos es lo máximo. Si da un tiempo superior, deberíamos dejarlo. No es tan malo dejar vírgenes algunos de los misterios de la Naturaleza.

Naturalmente, Le Cagot tenía razón.

—¿Tienes un poco de pan en tu mochila? —preguntó Hel.

—¿Qué vas a hacer?

—Tirarlo al agua.

Le Cagot arrojó un pedazo de su barrita; Hel lo depositó suavemente en la superficie del agua del sumidero y vigiló el movimiento. Se hundió lentamente, al parecer, cayendo en movimiento lento por el aire claro, mientras pulsaba y vibraba en remolinos invisibles. Era una visión irreal y sobrenatural, que los dos hombres contemplaban fascinados. De repente, como por arte de magia, desapareció. Había tocado la corriente del fondo, siendo arrastrada dentro del tubo con mayor rapidez de la que el ojo podía apreciar.

Le Cagot silbó por lo bajo.

—No sé, Nikko. Eso no tiene buen aspecto.

Pero Hel ya estaba tomando decisiones preliminares. Tendría que entrar en el tubo metiendo primero los pies, sin llevar aletas, pues sería un suicidio dejarse arrastrar por aquel canal triangular con la cabeza por delante, ante la eventualidad de encontrar una roca que obstruyera el paso. El encontronazo podía ser grave. Además, en caso de que no pudiera continuar era mejor que la cabeza fuese delante para poder ayudar el tirón de Le Cagot con la cuerda de seguridad dando impulso con los pies.

—No me gusta, Nikko. Ese pequeño agujero de ahí podría despacharte, y, lo que es peor, reducir en uno el número de mis admiradores. Y, recuérdalo, morir no es cosa de risa. Si un hombre se muere con un pecado en su alma, se va a España.

—Disponemos de un par de semanas para pensarlo. Cuando hayamos salido de aquí, hablaremos del asunto y veremos si vale la pena arrastrar el equipo submarino hasta aquí. Por lo que sabemos ahora, la prueba del tinte puede demostrarnos que el canal es demasiado largo para poder intentarlo. ¿Qué hora es?

—Estamos llegando a la hora en punto.

—Entonces echemos el tinte.

El tinte fluorescente que habían traído estaba en bolsas de dos kilogramos. Hel las sacó de sus mochilas, y Le Cagot cortó los bordes y los alineó al borde del sumidero de la bodega. Cuando la segunda manecilla marcó las doce, los empujaron dentro. De los cortes de las bolsas se escapó un humo verde brillante cuando cayeron en el agua cristalina. Dos de ellas desaparecieron al instante a través del tubo triangular, pero las otras dos quedaron en el fondo, y las flameantes líneas de color corrieron horizontalmente hacia el tubo hasta que las bolsas casi vacías fueron arrastradas por la corriente. Tres segundos más tarde, el agua era clara de nuevo, e inmóvil.

—¿Nikko? He decidido llamar a este pequeño estanque el «Alma de Le Cagot».

—¿Por qué?

—Sí, porque es claro, puro y lúcido.

—¿Y traidor y peligroso?

—Sabes, Nikko, empiezo a sospechar que eres un hombre materialista. Es una tara que tienes.

—Nadie es perfecto.

—Habla por ti mismo.

El regreso hasta la base del cono de derrubios fue relativamente rápido. Después de todo, el sistema de cueva que habían descubierto era fácil y limpio, y no requería arrastrarse a lo largo de estrechas gateras o de grietas profundas, ni tampoco sifones con que enfrentarse porque el río subterráneo tenía su cauce en la superficie de un lecho de duro esquisto.

Los muchachos vascos que dormitaban junto al torno se sorprendieron al oír las voces de los exploradores por los auriculares de los teléfonos portátiles mucho antes de lo que esperaban.

—Tenemos una sorpresa para vosotros —dijo uno de los muchachos por teléfono.

—¿De qué se trata? —preguntó Le Cagot.

—Esperad hasta que salgáis y lo veréis vosotros mismos.

La larga tarea de izar desde la cima del cono de derrubios hasta el primer tirabuzón resultaba agotadora para los hombres. La tensión del diafragma y el pecho al colgar de un arnés de paracaidista es muy grande, y se sabe de hombres que han llegado a quedar sofocados. Fue esa constricción del diafragma lo que causó la muerte de Cristo en la cruz, hecho cuya pertinencia no escapó a la atención de Le Cagot, ni a su comentario.

Para acortar la tortura de estar colgando de las correas luchando por respirar, los muchachos que manejaban el lento torno pedalearon heroicamente hasta que el hombre en el interior pudo tomarse un descanso en el tirabuzón, devolviendo un poco de oxígeno a su corriente sanguínea.

Hel subió en último lugar, dejando la mayor parte de su equipo abajo para futuras exploraciones. Aunque ganó el doble ángulo con el cable flojo, quedaba un trecho corto, recto, hasta el punto alto del *gouffre*, y emergió de una oscuridad cegadora… a una blancura cegadora.

Mientras habían permanecido dentro de la cueva, las montañas habían sufrido una transmutación atmosférica poco corriente, creando el más

peligroso de los fenómenos meteorológicos: la boira.

Desde hacía algunos días, Hel y sus amigos montañeros sabían que las condiciones atmosféricas estaban desarrollándose la boira porque como todos los vascos de Haute Soule, constantemente, aunque de modo inconsciente, estaban atentos a las manifestaciones atmosféricas visibles en el elocuente cielo vasco, cuando los vientos dominantes formaban círculo en los radios de la rosa de los vientos. Primero, el *Ipharra*, el viento del Norte, que barre las nubes del cielo y pone una luz fría verdeazulada en el cielo vasco, tiñendo confusamente las lejanas montañas. El tiempo de *Ipharra* es breve, pues muy pronto el viento se inclina hacia el Este y se convierte en el frío *Iduzki-haizea*, «el viento soleado», que se alza por la mañana y se detiene a la puesta del sol, produciendo la paradoja de tardes frías y noches tibias. La atmósfera es al mismo tiempo húmeda y clara, agudizando los contornos del panorama, especialmente cuando el sol está bajo y su luz oblicua pone de relieve las configuraciones de los arbustos y los árboles; pero la humedad tiñe de azul las montañas lejanas y enturbia los detalles, suavizando sus relieves y debilitando la línea divisoria entre montaña y cielo. De pronto, una mañana la atmósfera es cristalina, y las montañas distantes han perdido su halo azulado, cerrándose en círculo por encima del valle, y sus líneas, afiladas como navajas, destacan en el azul profundo del cielo. Ha llegado el tiempo del *Hego-churia*, «el viento blanco del Sudeste». Durante el otoño, el *Hego-churia* con frecuencia domina el tiempo durante muchas semanas, proporcionando al País Vasco su más gloriosa estación. Como una especie de justicia de *karma*[31], la gloria del *Hego-churia* es seguida por la furia del *Haize-hegoa*, el desecado viento del Sur, que ruge en las laderas de las montañas, estrellando las persianas en los pueblos, arrancando las tejas y doblando los árboles jóvenes, alzando del suelo remolinos cegadores de polvo. Típicamente vasco, siendo la paradoja el sistema normal de las cosas, este peligroso viento del Sur es tibiamente aterciopelado al tacto. Aun cuando ruja por los valles y haga crujir las casas durante toda la noche, las estrellas siguen brillantes y claras en el cielo. Es un viento caprichoso, que de repente cae en silencios que ondean como el silencio que sigue al disparo, volviendo después con renovada furia,

destruyendo cuanto es obra del hombre, poniendo a prueba y moldeando las obras de Dios, creando malos humores y estados nerviosos con sus chillidos y gemidos, en los rincones o en las chimeneas. Porque el *Haize-hegoa* es caprichoso y peligroso, bello e implacable, excitante y sensual, es mencionado frecuentemente en los proverbios de los vascos como símbolo de mujer. Agotado finalmente, el viento del Sur toma rumbo hacia el Oeste, acarreando lluvia y pesadas nubes de hinchados vientres grises y relucientes bordes plateados. En la tierra de los vascos existe, como siempre sucede, un viejo adagio que describe ese fenómeno: *Hegoak hegala urean du*: «el viento del Sur vuela con un ala en el agua». La lluvia del viento del Sudoeste cae espesa y vertical y es buena para la tierra. Pero gira de nuevo y trae el *Haize-belza*, «el viento negro», con sus fuertes ráfagas que impulsan horizontalmente la lluvia, haciéndole inútiles los paraguas, y, en verdad, cómicamente traicioneros. Una tarde entonces, inesperadamente, el cielo se aligera y el viento de la superficie se detiene, aunque en las alturas las corrientes siguen embistiendo las capas de nubes, dividiéndolas en jirones. Y cuando el sol se pone, quiméricos archipiélagos de nubes aborregadas son impulsados hacia el Sur, en donde se amontonan, en rojizos y dorados, contra los flancos de las altas montañas.

Esta belleza sólo pertenece a un atardecer. La mañana siguiente trae la luz verdosa del *Ipharra*. El viento del Norte ha vuelto. Y el cielo comienza de nuevo.

Aunque los vientos suelen girar en círculo, cada viento, con su personalidad característica, no es posible decir que el tiempo vasco puede predecirse, ya que algunos años se han producido tres o cuatro de esos círculos, y otros años tan sólo uno. Además, dentro el contexto de cada viento dominante hay diferencias de fuerza y duración. Algunas veces, el viento cambia totalmente de personalidad durante una noche, y al día siguiente parece que haya saltado una de las fases dominantes. También existen equilibrios de tiempo entre el dominio de dos vientos, cuando ninguno de ellos es lo bastante fuerte para imponerse. En esas épocas, el vasco de la montaña dice: «Hoy no existe el tiempo.»

Y cuando el tiempo no existe, ningún movimiento de viento en las montañas, algunas veces se presenta el bello asesino: la boira. Se forman gruesas capas de niebla, de un blanco deslumbrante porque están iluminadas por el sol brillante encima de ellas. Ofuscadoras, impenetrables, tan densas y brillantes que la mano extendida es un débil fantasma y los pies quedan perdidos en el brillo lechoso, la traidora boira provoca unas condiciones mucho más peligrosas que la simple ceguera; produce el vértigo y la inversión sensorial. Un hombre conocedor de las montañas de la tierra vasca puede marchar por ellas en la noche más oscura. Su ceguera le compensa agudizando una hipersensibilización de sus otros sentidos; el movimiento del viento en sus mejillas le indica que se está aproximando a un obstáculo; los ligeros sonidos del rodar de los cantos le señala la inclinación de la pendiente y la distancia hasta la base. Y la negrura nunca es completa; siempre hay un ligero brillo del cielo que recogen los ojos muy dilatados.

Pero durante la boira no se reciben ninguna de estas reacciones sensoriales compensatorias. Los nervios de la visión, torpes, inundados y ofuscados por la luz, persisten en decir al sistema nervioso central que pueden ver, y los sistemas del oído y el tacto se relajan, se adormecen. No hay viento que ofrezca una indicación sutil de la distancia, pues el viento y la boira no pueden coexistir. Y cualquier ruido es pérfido, pues llega hasta muy lejos claramente transportado por el aire cargado de humedad, pero parece provenir de todas direcciones al mismo tiempo, como el sonido debajo del agua.

Y fue a una cegadora y espesa boira adonde Hel emergió al dejarlas tinieblas de la sima de la cueva. Mientras se desabrochaba el arnés de paracaidista, la voz de Le Cagot le llegó desde algún lugar al borde del *gouffre*.

—Ésta es la sorpresa de que nos han hablado.

—¡Qué bonito! —Cuando Hel se encaramó por el lado del *gouffre*, apenas pudo distinguir cinco formas vacilantes cerca del torno. Tuvo que acercarse a menos de un metro antes de reconocer las otras dos como los muchachos que habían estado acampando en el «torrente Holçarte»,

esperando el salto de agua teñida procedente de la corriente subterránea—. ¿Habéis subido cruzando esto? —preguntó Nicholai.

—Se estaba formando cuando vinimos. Llegamos con el tiempo justo.

—¿Qué aspecto tiene más abajo?

Todos eran montañeses; sabían lo que Hel quería decir.

—Es más gris.

—¿Mucho más?

—Mucho.

Si la capa de niebla era más gris, más abajo, intentar cruzarla sería una locura en aquella ladera de la montaña parecida a un queso suizo, con sus traidoras grietas y sus profundos *gouffres*. Deberían trepar hacia arriba, confiando en salir de la niebla antes de terminar de subir. Esto era lo más sensato en caso de boira, pues resulta difícil caerse montaña arriba.

Estando solo, Hel hubiera conseguido descender por la montaña, a pesar de la cegadora niebla, utilizando su sentido de radar. Hubiera confiado en una combinación de su sentido de proximidad y su conocimiento minucioso de las características de la montaña para moverse con precauciones a través de un terreno oculto en la cegadora niebla. Pero no podía responsabilizarse de Le Cagot y los cuatro muchachos vascos.

Siendo imposible ver claramente más allá de un metro, y no viéndose absolutamente nada más allá de tres, se ataron con cuerdas, y Hel se puso a la cabeza de un ascenso lento y cuidadoso, eligiendo el camino más fácil y más largo, rodeando los salientes de las rocas, cruzando los desprendimientos acumulados, más allá de los bordes de los profundos *gouffres*. La capa de niebla no se espesó, pero se hizo más cegadoramente brillante a medida que se acercaban más al sol. Después de tres cuartos de hora, Hel de repente surgió a la luz del sol bajo el diáfano cielo azul, y la escena que contempló era de una terrible belleza. En la inmovilidad absoluta de la capa de niebla, el movimiento ascendente de su cuerpo que la cruzaba creó lánguidas espirales y remolinos que se agitaron perezosamente detrás de él, y más abajo, por donde su cuerda pasaba al siguiente escalador, únicamente diez metros por debajo de Hel, pero oculto detrás de la blanca pared.

Su mirada estaba casi a nivel de una plataforma de densa niebla blanca que, llena y firmemente, se prolongaba centenares de kilómetros, llenando todos los valles como una gigantesca nevada. Por entre esta capa de niebla, se alzaban los picos de los Pirineos Vascos, de línea aguda y clara bajo la ardiente luz del sol, como fragmentos de mosaico encajados en un yeso aborregado. Y por encima estaba el azul fuerte del cielo, característico del País Vasco. El silencio era tan absoluto que Hel podía oír el golpeteo de la sangre en sus sienes.

Oyó entonces otro sonido, la voz de Le Cagot desde abajo inquiriendo:

—¿Vamos a quedarnos aquí para siempre? ¡Por las quejumbrosas pelotas de Jeremías, podías haberte descargado antes de que partiéramos! —Y cuando surgió de la capa de niebla exclamó—: Vaya, ya entiendo. ¡Estás admirando el espectáculo vasco, todo para ti, mientras que nosotros estamos ahí abajo colgados de la cuerda como cebos! Eres un egoísta, Nikko.

El sol comenzaba a ponerse, de modo que se dieron prisa en recorrer la ladera de la montaña, para alcanzar el más alto de los refugios *artzain xola* antes de que se hiciese de noche. Cuando llegaron allí, lo encontraron ocupado ya por dos viejos pastores a los que la niebla obligó a alejarse del otro lado de la montaña. Sus pesadas mochilas les denunciaban como pequeños contrabandistas. El temperamento vasco se siente más a gusto con el contrabando que con el comercio; con la caza furtiva que con la legal, Las actividades socialmente permitidas carecen de estímulo.

Hubo un intercambio de saludos y de vino. Cuando se oyó el ruido del motor de un avión, hubo maldiciones para el intruso, declarando que, si su voluntad tenía poder, aquel avión caería del cielo como un pájaro herido, esparciendo sobre el suelo español los cuerpos de doscientos turistas estúpidos, camino de Lisboa, y aliviando al mundo de la carga del exceso de población, pues cualquiera que volara en un momento tan perfecto, era, por definición, un ser del que podía prescindirse.

Hostigada la malicia de Le Cagot, continuó extendiendo su maldición a todos aquellos extranjeros que violaban las montañas: los turistas, los excursionistas, los cazadores, y especialmente los esquiadores, que traían

viles máquinas a aquellos lugares porque están demasiado viciados para subir la montaña, y que construían hoteles horribles y se divertían ruidosamente después de esquiar. ¡Asquerosas mierdas! ¡Fue para tratar con esos esquiadores fanfarrones y sus ridículas compañeritas que Dios dijo, en el octavo día, que se hagan también las pistolas!

Uno de los viejos pastores asintió gravemente y estuvo de acuerdo en que los extraños eran universalmente malignos. *Atzerri; otzerri*.

Siguiendo el rito de conversación entre extraños, Hel acopló este viejo dicho con «pero supongo *chori bakhoitzari eder bere ohantzea*».

—Cierto —confirmó Le Cagot—. *Zahar hitzak, zuhur hitzat*.

Hel sonrió. Éstas eran las primeras palabras vascas que él había aprendido hacía años en su celda de la prisión de Sugamo.

—Con la posible excepción —dijo— de aquél.

Los viejos pastores estuvieron meditando un momento en esa respuesta y después se echaron a reír dando palmadas en sus rodillas.

—*Hori phensatu zuenak, ongi afaldu zuen!* (Un inglés con una buena historia «da un convite». En la cultura vasca, es el oyente el que disfruta de la fiesta.)

Permanecieron sentados en silencio, bebiendo y comiendo pausadamente, mientras el sol se ponía, arrastrando detrás de él el rojizo dorado de la capa de nubes. Uno de los jóvenes exploradores estiró las piernas con un gruñido satisfecho y declaró que esto era vivir. Hel sonrió para sí, sabiendo que esto no sería probablemente la vida de ese joven, contaminado como estaba por la televisión y la radio. Como todos los jóvenes vascos, probablemente terminaría atraído por un trabajo en alguna fábrica de la gran ciudad, en donde su esposa podría disponer de un refrigerador, y él podría beber «Coca-Cola» en un café con mesas de plástico, la buena vida que era el producto del Milagro Económico Francés.

—Es la buena vida —dijo perezosamente Le Cagot—. He viajado, y he dado la vuelta al mundo en mi mano, como una piedra de atractivas vetas, y esto es lo que he descubierto: un hombre se siente feliz cuando hay un equilibrio entre sus necesidades y sus posesiones. La cuestión es: cómo lograr este equilibrio. Podría buscarse aumentando las posesiones al nivel

de sus apetitos, pero eso sería una estupidez. Requeriría la acción de cosas no naturales, regatear, negociar, trabajar, escatimar. ¿Ergo? Ergo, el hombre sabio logra el equilibrio reduciendo sus necesidades al nivel de sus posesiones. Y esto se consigue mucho mejor aprendiendo a valorar las cosas libres de la vida: las montañas, la risa, la poesía, el vino que ofrece el amigo, las mujeres más viejas y más gordas. ¿En cuánto a mí? Yo soy perfectamente capaz de ser feliz con lo que tengo. ¡El problema está en tener lo bastante en primer lugar!

—¿Le Cagot? —preguntó uno de los viejos contrabandistas, mientras se acomodaba en un rincón de la *artzain xola*—. Cuéntanos una historia antes de dormir.

—Sí —añadió su compañero—. De los viejos tiempos.

Como un auténtico poeta popular, que prefería contar una historia que escribirla, Le Cagot comenzó a tejer fábulas con su rica voz de bajo, mientras los otros escuchaban o dormitaban. Todos conocían las historias, pero el placer residía en el arte para contarlas. Y el vasco es un lenguaje más adecuado para contar historias que para intercambiar información. Nadie puede aprender a hablar bellamente el vasco: como el color de los ojos, o el grupo sanguíneo, es algo con lo que uno ha de nacer. El lenguaje es sutil y sus normas libres, con las circunlocuciones en la ordenación de sus vocablos, sus vagas declinaciones, sus conjugaciones dobles, sintéticas y perifrásticas, con sus viejas formas de «historia» mezcladas con modelos formales de verbo. El vasco es una canción y aunque los extranjeros puedan aprender la letra, nunca dominarán la música.

Le Cagot contó sobre la *Basa-andere*, la «Dama Salvaje» que mata a los hombres del modo más maravilloso. Es ampliamente sabido que la *Basa-andere* es bella y perfectamente formada para el amor, y que el suave pelo dorado que recubre todo su cuerpo es extrañamente seductor. Si un hombre tuviera la desgracia de encontrarla en el bosque (siempre se la encuentra arrodillada junto a un arroyo peinándose el pelo del pubis con un peine dorado), ella se volverá de cara al hombre y le inmovilizará con una sonrisa. Después se tenderá y alzará sus rodillas, ofreciendo su cuerpo. Pues bien, todo el mundo sabe que el placer que se recibe de ella es tan intenso que un

hombre muere durante el orgasmo, pero, a pesar de ello, muchos, muchísimos, han preferido morir, arqueando sus espaldas en la agonía de un placer inimaginable.

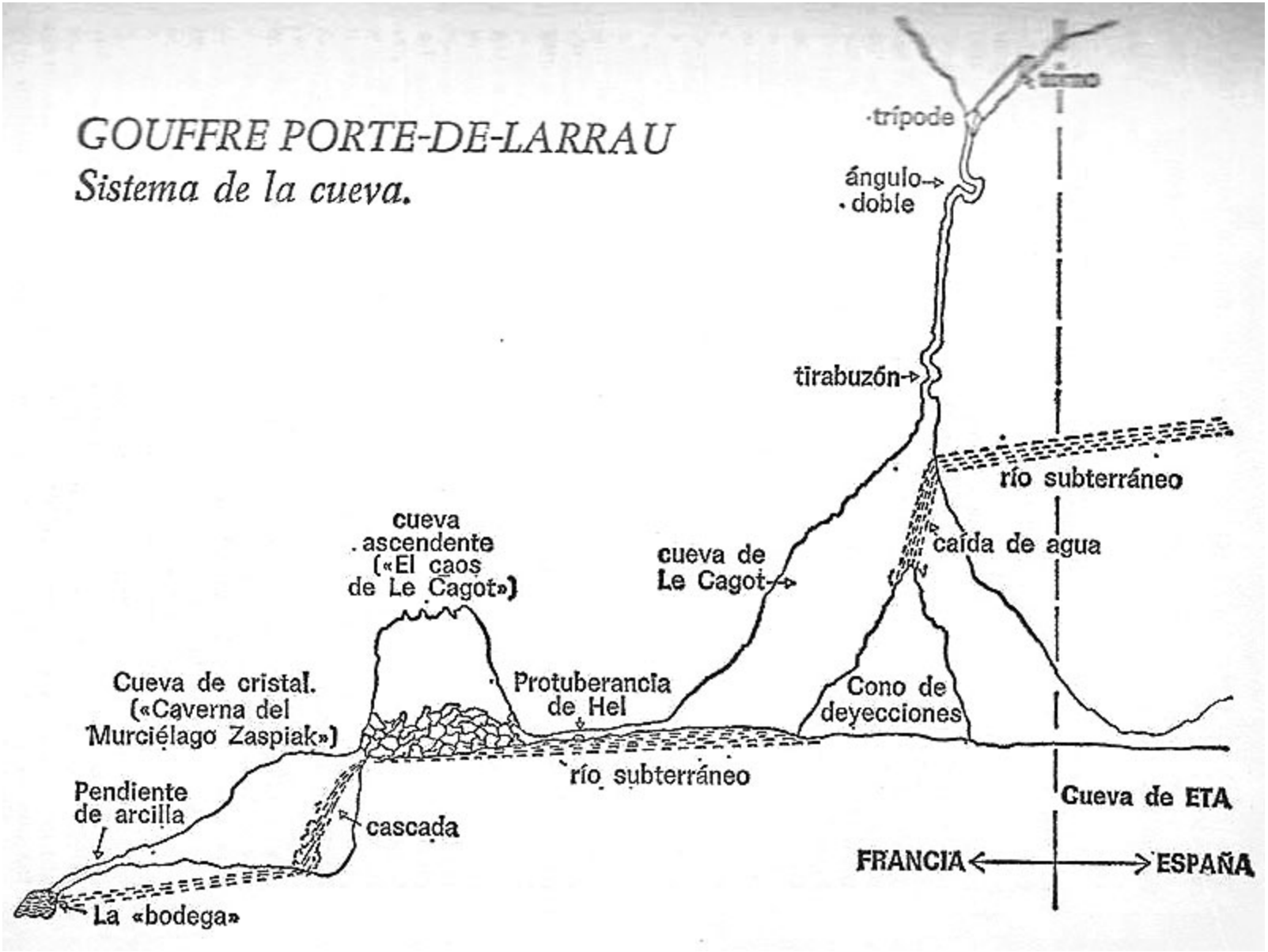
Uno de los viejos contrabandistas declaró que él había encontrado una vez en las montañas a un hombre que había muerto de ese modo, y en sus opacos ojos fijos se reflejaba una horrible mezcla de terror y placer. Y el más callado de los jóvenes rogó para que Dios le diera la fuerza de resistir, si alguna vez se encontraba con la *Basa-andere* del peine de oro.

—¿Dices que está cubierta enteramente de cabello dorado, Le Cagot? No puedo imaginar pechos cubiertos de pelo. ¿Pueden verse los pezones?

Le Cagot aspiró ruidosamente y se tendió en el suelo.

—En verdad, yo no puedo hablar por experiencia propia, chico. Estos ojos nunca han visto a la *Basa-andere*. Y me alegro de ello, pues si nos hubiésemos encontrado, esa pobre señora ya estaría muerta de placer.

El viejo se echó a reír y arrancó un manojito de hierbas que arrojó al poeta.


GOUFFRE PORTE-DE-LARRAU
Sistema de la cueva.
trípode
ángulo doble
tirabuzón
río subterráneo
caída de agua
cueva de Le Cagot
cueva ascendente («El caos de Le Cagot»)
Protuberancia de Hel
Cueva de cristal. («Caverna del Murciélago Zaspiak»)
Cono de deyecciones
río subterráneo
Cueva de ETA
Pendiente de arcilla
cascada
FRANCIA
ESPAÑA
La «bodega»

—¡Realmente, Le Cagot, estás tan lleno de mierda como Dios de misericordia!

—Así es —admitió Le Cagot—. Es verdad. Me has oído contar alguna vez la historia de…

Al amanecer, la niebla había desaparecido, arrastrada por los vientos nocturnos. Antes de partir, Hel pagó a los muchachos por su ayuda y les pidió que desmontaran el torno y el trípode y los llevaran a una granja de Larrau, donde quedarían guardados, mientras ya comenzaban a hacer planes para la próxima exploración en la cueva, esta vez llevando trajes y equipo de submarinista, pues los muchachos que habían acampado en el «torrente de Holçarte», en el salto del río subterráneo, señalaron la aparición del tinte en el agua al cabo de unos ocho minutos. Aunque ocho minutos no es un tiempo demasiado largo, podía indicar una distancia considerable teniendo en cuenta la velocidad del agua en aquel tubo triangular, en el fondo de la «bodega». Pero si el canal del agua no presentaba obstáculos, o era demasiado estrecho para un hombre, podrían tener el placer de explorar su cueva desde la sima de entrada hasta el salto final antes de compartir el secreto de su existencia con la fraternidad espeleológica.

Hel y Le Cagot bajaron con celeridad, saltando y deslizándose por la ladera de la montaña hasta el estrecho camino en donde Hel había estacionado su «Volvo». Según su costumbre, Hel dio un formidable puntapié con su bota a la puerta del auto, y después de examinar la satisfactoria muesca, entraron en el vehículo y se dirigieron al pueblo de Larrau, en donde se detuvieron para desayunar pan, queso y café, después de haberse limpiado restregando la mayor parte del barro que los cubría.

La dueña era una robusta viuda, de cuerpo generoso y fuerte y risa descarada, que dedicaba dos habitaciones de su casa como café-restaurante y estanco. Ella y Le Cagot habían tenido relaciones durante muchos años, pues cuando las cosas se ponían demasiado feas para Le Cagot en España, solía cruzar la frontera por el bosque de Irraty que lindaba con el pueblo.

Desde tiempos remotos, el bosque de Irraty había sido al mismo tiempo santuario y avenida para los contrabandistas y bandidos que cruzaban la frontera de las provincias vascas en terreno español a las situadas en Francia. Por una antigua tradición, se considera descortés, y peligroso, demostrar reconocer a nadie que se ha encontrado en este bosque.

Cuando entraron en el café, mojados todavía por la bomba de agua en la espalda, la media docena de hombres que estaban tomando su vasito de vino matinal les hicieron preguntas. ¿Cómo había ido en el *gouffre*? ¿Había una cueva debajo del agujero?

Le Cagot estaba encargando el desayuno, con la mano apoyada en la nalga de su patrona, en actitud posesiva. No tuvo que pensar dos veces la conveniencia de guardar el secreto de la nueva cueva, pues automáticamente cayó en el hábito vasco de responder preguntas directas con una vaguedad confusa que no es enteramente una mentira.

—No todos los agujeros conducen a cuevas, amigos míos.

Los ojos de la patrona brillaron ante esas palabras que ella interpretó doblemente intencionadas. Retiró la mano de Le Cagot con una complaciente coquetería.

—¿Habéis encontrado patrullas españolas fronterizas? —preguntó un viejo.

—No, no me ha sido preciso sobrecargar el infierno con más almas de fascistas. ¿Le complace eso, padre?

Le Cagot dirigió sus últimas palabras a un flaco sacerdote revolucionario sentado en el rincón más oscuro del café, que había desviado la cara al entrar Le Cagot y Hel. El padre Xavier alimentaba un odio amortiguado hacia Le Cagot y un odio ardiente hacia Hel. Aunque nunca se había enfrentado personalmente con el peligro, visitaba los pueblos a lo largo de la frontera, predicando la revolución e intentando unir los objetivos de la independencia vasca con los de la Iglesia, la manifestación vasca de ese esfuerzo general por parte de los mercaderes de Dios para ramificarse en empresas sociales y políticas, ahora que el mundo ya no era buen mercado para el temor del infierno y la salvación de las almas.

El odio del sacerdote (que él calificaba de «justa ira») por Le Cagot se basaba en el hecho de que las alabanzas y el culto a los héroes que por derecho debían corresponder a los líderes escogidos por la revolución, estaban siendo acaparados por este hombre, blasfemo y escandaloso, que había pasado buena parte de su vida en la Tierra de los Lobos, fuera del País Vasco. Pero, Le Cagot, por lo menos, era un nativo. Hel era otra cuestión. Era un forastero que nunca iba a misa y que vivía con una mujer oriental. Y era un descaro para el sacerdote, que los jóvenes exploradores vascos, muchachos que hubieran debido escoger sus ídolos en las filas del sacerdocio, contaban proezas espeleológicas, y hablaban de cuando habían cruzado la frontera con Le Cagot y habían irrumpido en una prisión militar de Bilbao para liberar presos de la ETA. Éste era el tipo de hombre que contaminaría la revolución y desviaría sus energías del establecimiento de una teocracia vasca, la última fortaleza del catolicismo fundamentalista en una tierra en donde las prácticas cristianas eran primitivas y profundas, y en donde la llave para la puerta del cielo era un arma poderosa de control.

Poco después de haber comprado su castillo en Etchebar, Hel comenzó a recibir amenazas sin firma y notas de odio. En dos ocasiones, le dieron cencerradas «espontáneas» a media noche frente al castillo, y contra los muros de la casa fueron arrojados gatos vivos atados a gavillas de paja ardiendo, que lanzaban aullidos en su agonía de muerte. Aunque la experiencia de Hel le aconsejaba despreciar semejantes sacerdotes fanáticos del Tercer Mundo que incitan a los niños a ir a la muerte con el propósito de unificar la causa de la reforma social con la Iglesia, para salvar a esta institución de su atrofia natural frente al conocimiento y la cultura, de cualquier modo hubiera ignorado ese hostigamiento. Pero tenía la intención de establecer su hogar permanente en el País Vasco, ahora que la cultura japonesa estaba infectada con los valores occidentales, y tenía que poner fin a estos insultos, porque la mentalidad vasca ridiculiza a aquellos que son ridiculizados.

Las cartas anónimas y el frenesí de la cencerrada son manifestaciones de cobardía, y Hel sentía un razonable temor de los cobardes, que siempre son más peligrosos que los valientes, cuando son superiores en número o

tienen oportunidades de dar el golpe por la espalda, ya que así se ven forzados a causar el mayor daño posible, temiendo, como temen, las consecuencias de la venganza, en caso de que la víctima sobreviva.

A través de los contactos de Le Cagot, Hel descubrió el autor de estos actos de cobardía, y un par de meses después tropezó con el sacerdote en el cuarto trasero de un café de Santa Engracia, en donde éste comía gratuitamente en silencio, mirando ferozmente a Nicholai de vez en cuando, mientras éste se bebía un vaso de vino rojo con algunos hombres del pueblo, hombres que antes habían estado sentados a la mesa del sacerdote, escuchando su sabiduría y su fariseísmo.

Cuando los hombres se marcharon a su trabajo, Hel se acercó a la mesa del sacerdote. El padre Xavier comenzó a levantarse, pero Hel le agarró del antebrazo y le hizo sentar nuevamente.

—Usted es un buen hombre, padre —dijo Hel con su voz suave de la prisión—. Un hombre santo. De hecho, en este momento usted está mucho más cerca del cielo de lo que cree. Termine de comer y escuche con atención. No habrá más cartas anónimas, no más cencerradas. ¿Ha comprendido usted?

—Me temo que no…

—Coma.

—¿Qué?

—¡Coma!

El padre Xavier se llevó a la boca el tenedor lleno de *piperade* y comenzó a masticar con gesto malhumorado.

—Coma más aprisa, padre. Llene su boca con esa comida que no se ha ganado.

Los ojos del cura estaban húmedos, de miedo y furia, pero continuó llevándose el tenedor a la boca engullendo tan aprisa como podía.

—Si usted decide permanecer en este rincón del mundo, padre, y si no se siente dispuesto a reunirse con su Dios, en ese caso, esto es lo que usted deberá hacer. Cada vez que nos encontremos en un pueblo, usted saldrá inmediatamente del pueblo. Cuando nuestros caminos se crucen, usted

saldrá del camino y se pondrá de espaldas mientras yo paso. ¡Puede usted comer mucho más aprisa!

El cura se atragantaba con la comida, y Hel le dejó jadeante y ahogándose. Aquella noche, Hel contó la anécdota a Le Cagot, con instrucciones para que se asegurara de que corriera la voz. Hel consideraba necesaria la humillación pública de este cobarde.

—¿Eh, por qué no me contesta, padre Esteka? —preguntó Le Cagot. El cura se levantó y salió del café, mientras Le Cagot le gritaba—: ¡Hola! ¿No va a terminar de comerse su *piperade*? Por ser católicos, los hombres viejos que estaban en el café no podían reír; pero sonrieron maliciosamente, por ser vascos.

Le Cagot dio una palmadita en el trasero de la patrona y la mandó a por su comida.

—No creo que hayamos conseguido hacer un gran amigo, Nikko. Y es hombre de temer. —Le Cagot se echó a reír—. Después de todo, su padre era un francés, y muy activo en la Resistencia.

Hel sonrió.

—¿Has conocido alguno que no lo fuese?

—Cierto. Resulta sorprendente que los alemanes pudieran mantenerse en Francia con tan pocas divisiones, si consideramos que todos los que no mermaban los recursos alemanes con la astuta maniobra de entregarse en masa obligando a los nazis a que les alimentaran, estaban vigorosa y valientemente enrolados en la Resistencia. ¿Queda algún pueblo sin su plaza de la Resistencia? Pero uno ha de ser honesto: ha de comprender el concepto gálico de la Resistencia. Cualquier hotelero que sobrecargaba la tarifa a un alemán, estaba en la Resistencia. Cada mujerzuela que contaminaba a un soldado alemán con la gonorrea, era una defensora de la libertad. ¡Todos aquellos que obedecían mientras malignamente se abstenían de sus alegres *bonjour* mañaneros, eran héroes de la libertad!

Hel se echó a reír.

—Estás siendo muy duro con los franceses.

—En la Historia la que se muestra dura con ellos. Y quiero decir la auténtica historia, no *la verité à la cinquième Republique*[32] que ellos

enseñan en sus escuelas. En honor a la verdad, admiro a los franceses mucho más que a otros extranjeros. Durante los siglos que han convivido con los vascos han absorbido ciertas virtudes, comprensión, discernimiento filosófico, sentido del humor, y esto les hace ser los mejores entre los «otros». Pero, incluso yo, me veo obligado a admitir que es un pueblo ridículo, del mismo modo que uno ha de confesar que los británicos son chapuceros, los italianos incompetentes, los alemanes románticamente salvajes, los americanos neuróticos, los árabes viciosos, los rusos bárbaros y los holandeses fabrican el queso. Fíjate en la especial demostración de la ridiculez francesa cuando intentan combinar su miópica devoción al dinero con la persecución de una *gloire* fantasmal. Ese mismo pueblo que diluye su borgoña para sacar un modesto beneficio, se gasta gustosamente millones de francos en la contaminación atómica del océano Pacífico, con la esperanza de que se les considere en tecnología al mismo nivel que los americanos. Se consideran un David retozón contra un Goliat codicioso. Tristemente para su imagen exterior, el resto del mundo les ve como una hormiga enamorada trepando por la pata de una vaca y asegurándole que será gentil.

Le Cagot contempló la superficie de la mesa pensativamente.

—En este momento, no sabría qué más decir de los franceses.

La viuda se había unido a ellos en la mesa, sentándose junto a Le Cagot y apretando su rodilla contra la de él.

—¡Ah, sí! Tienes un visitante en Etchehelia —informó a Hel usando el nombre vasco de su castillo—. Es una chica. Una extranjera. Llegó ayer por la tarde.

A Hel no le sorprendió que esta noticia hubiera llegado ya a Larrau, a tres montañas y quince kilómetros de su hogar. No había duda de que a las pocas horas de la llegada de la visitante, todos los pueblos de los alrededores conocían la noticia.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Hel.

La viuda se encogió de hombros y torció la boca indicando que sólo conocía los hechos más simples.

—Tomó café *chez* Jaureguiberry y no tenía dinero para pagar. Fue andando todo el camino desde Tardets hasta Etchebar y se la vio varias veces en las colinas. Es joven, pero no demasiado joven. Llevaba pantaloncitos y enseñaba las piernas, y se dice que es pechugona. La recibió tu mujer, que pagó la cuenta de Jaureguiberry. Tiene acento inglés. Y las viejas chismosas de tu pueblo cuentan que es una puta de Bayona que la echaron de su granja por acostarse con el marido de su hermana. Como ves, se sabe muy poco de ella.

—¿Dices que es joven y pechugona? —preguntó Le Cagot—. No hay duda alguna de que me está buscando a mí, la experiencia definitiva.

La viuda le pellizcó la cadera.

Hel se levantó de la mesa.

—Creo que voy a irme a casa, a tomar un baño y dormir un poco. ¿Vienes?

Le Cagot miró de reojo a la viuda.

—¿Qué dices tú? ¿Debo ir?

—A mí no me importa lo que hagas, amigo mío.

Pero cuando Le Cagot comenzaba a incorporarse, ella le tiró del cinturón.

—Bueno, me quedaré un poco por aquí. Nikko. Ya iré esta noche y echaré una ojeada a tu jovencita de piernas desnudas y tetas gordas. Vaya, y si me gusta, puede ser que te conceda el honor de prolongar mi visita. ¡Ugh!

—Hel pagó la nota y se encaminó a su «Volvo», al que dio un puntapié en el guardabarros posterior, dirigiéndose después hacia su hogar.

CASTILLO DE ETCHEBAR

Después de estacionar en la plaza de Etchebar (Hel no permitía la entrada de automóviles en su propiedad), y de propinar un puñetazo de despedida en el techo del automóvil, Hel tomó el camino particular que conducía a su castillo, experimentando, como siempre le sucedía al regresar al hogar, un afecto paternal por aquella casa perfecta del siglo XVI a la que había dedicado años de cuidados y millones de francos suizos. Era lo que más amaba en el mundo, una fortaleza física y emocional contra el siglo XX. Se detuvo en el sendero que partía del pesado portalón para aplanar la tierra alrededor de un arbusto recién plantado, y mientras lo hacía sintió la proximidad de esa aura vaga y esparcida que sólo podía corresponder a Pierre, su jardinero.

—*Bonjour, M'sieur* —le saludó Pierre a su manera cantarina, al reconocer a Hel a través del ofuscamiento mental, consecuencia de sus tragos regulares de vino rojo que se iniciaban al amanecer cuando dejaba el lecho.

Hel hizo un signo con la cabeza.

—Me han dicho que tenemos una invitada, Pierre.

—Así es. Una muchacha. Todavía duerme. Las mujeres me han dicho que se trata de una mujerzuela de…

—Lo sé, ¿Está despierta Madame?

—Seguro que sí. Hace veinte minutos le avisaron de su regreso. —Pierre miró al cielo y movió la cabeza con aire de entendido—. Ah, ah, ah… —exclamó, sacudiendo la cabeza.

Hel se dio cuenta de que Pierre se estaba preparando para hacer una predicción del tiempo, como acostumbraba cada vez que se encontraban.

Todos los vascos de Haute Soule están convencidos de poseer un don genético especial para la predicción meteorológica basada en su herencia montañesa y los numerosos refranes populares dedicados a interpretar las señales del tiempo. Las predicciones de Pierre, proferidas con una tranquila seguridad que no disminuía su invariable desacierto, se habían constituido en el tópico principal de su conversación con M'sieur Hel durante quince años, desde que el borracho del pueblo había sido elevado a la categoría de jardinero del extranjero y su defensor oficial de las habladurías del pueblo.

—Ah, M'sieur, lloverá antes de terminar el día —entonó Pierre, asintiendo para sí, con una convicción resignada—. De modo que es inútil que hoy plante estas flores.

—¿Lo crees así, Pierre? —¿Cuántos centenares de veces habían sostenido la misma conversación?

—Sí, así es. La noche pasada, a la puesta de sol, cerca de las montañas había nubes rojizas y doradas. Es una señal segura de lluvia.

—¿Sí? Pero, ¿el adagio no dice precisamente lo contrario? ¿No es *arrats gorriak eguraldi*?

—Eso es lo que dice el adagio, M'sieur. Sin embargo… —Los ojos de Pierre brillaron con una astucia maquinadora mientras se golpeaba ligeramente el costado de la nariz—… todo depende de la fase de la luna.

—Ah…

Pierre cerró los ojos y afirmó lentamente con la cabeza, sonriendo benévolo ante la ignorancia de todos los forasteros, incluso de hombres tan básicamente buenos como M'sieur Hel.

—Cuando la luna está en creciente, la regla es como usted ha dicho; pero cuando la luna está en menguante, sucede lo contrario.

—Ya entiendo. Entonces, cuando la luna está en menguante debe ser: *Goiz gorriak dakarke uri*?

Pierre frunció el entrecejo, inquieto por verse obligado a formular una predicción en firme. Estuvo un momento pensativo antes de responder.

—Esto varía, M'sieur.

»Y… hay una complicación adicional.

—Cuéntamela.

Pierre miró a su alrededor, nervioso, y se puso a hablar en francés, para evitar el riesgo de ofender a los espíritus de la tierra, quienes, naturalmente, sólo entienden el vasco.

—*Vous voyez, M'sieur, de temps en temps, la lune se trompe!*[33] Hel suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

—Buenos días, Pierre.

—Buenos días, M'sieur. —Pierre se alejó vacilando por el sendero, para comprobar si había algo que reclamase su atención inmediata.

Hel, con los ojos cerrados y la mente abstraída, estaba sentado dentro de la bañera japonesa de madera con el agua hasta el cuello, un agua tan caliente que meterse en ella había sido una experiencia en el umbral entre el dolor y el placer. Los sirvientes habían encendido la leña del calentador de agua tan pronto como supieron que M. Hel venía de Larrau, y cuando Hel se hubo frotado minuciosamente y tomado una corta ducha de agua helada, su bañera japonesa estaba llena y el reducido cuarto de baño lleno de un vapor espeso.

Hana dormitaba frente a él, sentada en un taburete más alto para que el agua le llegara también al cuello. Como siempre hacían al bañarse juntos, tenían los pies unidos en un abrazo casual.

—¿Quieres que te hable de la visitante, Nicholai?

Hel movió suavemente la cabeza, no deseando interrumpir su relajamiento comatoso.

—Después —murmuró.

Al cabo de un cuarto de hora, el agua se enfrió lo suficiente para poder moverse en ella sin sentir molestias. Hel abrió los ojos y sonrió letárgicamente a Hana.

—Amiga mía, uno se hace viejo. Después de un par de días en las montañas, el baño es más una necesidad médica que un placer.

Hana le devolvió la sonrisa y apretó el pie de Hel entre los suyos.

—¿Ha sido una buena cueva?

Hel asintió.

—Realmente, una cueva fácil. Una cueva para entrar caminando, sin largas gateras, sin sifones. Sin embargo, fue casi todo el esfuerzo que mi

cuerpo podía soportar.

Hel subió los escalones a un lado de la bañera e hizo correr el panel acolchado que separaba el cuarto de baño del diminuto jardín japonés que había estado perfeccionando durante los últimos quince años, y que Hel suponía sería aceptable dentro de otros quince. El vapor se escapaba, rodeándole, hacia el aire frío que Hel sintió sobre su piel, apretada y estremecida por el calor. Sabía que un baño caliente, veinte minutos de meditación ligera, una hora de amor y una ducha rápida restauraban su cuerpo y su espíritu mucho mejor que una noche de sueño; y después de una exploración subterránea, o, en los viejos tiempos, de una actividad antiterrorista, había hecho un hábito de esa rutina.

Hana salió de la bañera y se puso un quimono acolchado sobre el cuerpo mojado todavía. Ayudó a Hel a ponerse su quimono de baño, y caminaron por el jardín, donde Hel se detuvo un instante para ajustar una piedra cantarina del arroyo procedente de un pequeño estanque, porque el agua corría baja y el sonido era demasiado débil para complacerle. El cuarto de baño, con su grueso entablado, estaba medio escondido en un espesor de bambúes que limitaban el jardín por tres lados.

Al otro lado se alzaba una estructura baja de madera oscura y paneles deslizantes de papel, en donde había el cuarto japonés de Hel, en donde estudiaba y meditaba, y su «cuarto de armas» en el que guardaba los útiles de la profesión de la que se había retirado recientemente. El cuarto costado del jardín quedaba cerrado por la parte posterior de su *château*. Ambas construcciones japonesas quedaban separadas, para no romper la perfección de su fachada de mármol. Había estado trabajando en ellas durante todo un verano, construyendo las estructuras japonesas con dos artesanos que había hecho venir de Kyushu con tal propósito, hombres suficientemente viejos para recordar cómo se trabajaba la madera y la cuña.

Arrodillados ante una mesita baja laqueada, de cara al jardín japonés, tomaron un refrigerio consistente en bolitas de melón (calientes, para acentuar el sabor almizclado), ciruelas agridulces (pelusillas, heladas y llenas de jugo), pastelitos de arroz sin sabor y medio vaso de Irouléguy frío.

Terminada la comida, Hana se levantó de la mesa.

—¿Quieres que cierre los paneles?

—Deja uno medio abierto, para que podamos ver el jardín.

Hana sonrió. Nicholai y su jardín… como un padre con un hijo delicado, pero voluntarioso. El jardín era lo más importante de sus posesiones, y con frecuencia, después de un viaje, volvía a casa sin avisar, se cambiaba de traje y trabajaba en el jardín durante horas antes de que nadie supiera que había regresado. Para él, el jardín con sus articulaciones sutiles era una declaración concreta de *shibumi*, y había cierta corrección otoñal en el hecho de que Hel no viviría probablemente lo bastante para poder contemplarlo en su momento de plenitud.

Hana dejó caer su quimono.

—¿Haremos una apuesta?

Hel se echó a reír.

—De acuerdo. El ganador recibe… veamos. ¿Qué te parece media hora de la delicia de la navaja?

—De acuerdo. Estoy segura que voy a gozar mucho con ello.

—¿Tan segura estás de ti misma?

—Mi buen amigo, tú has estado en las montañas durante tres días. Tu cuerpo ha estado fabricando amor, pero no ha tenido escape. Estás en gran desventaja al apostar.

—Veremos.

Con Hana y Nicholai, el juego preliminar al acto era tanto mental como físico. Ambos habían alcanzado el nivel IV en el juego del amor, ella en virtud de su excelente entrenamiento, y él, a causa del control mental que había aprendido a tener desde su adolescencia, y su don del sentido de proximidad, que le permitía darse cuenta de las sensaciones de su compañera y saber precisamente en qué momento estaba ella en relación a las contracciones del orgasmo. El juego consistía en hacer que el otro llegara primero al orgasmo, y se jugaba sin restricción de trucos o técnicas. Para el ganador quedaba la delicia de la navaja, un estremecedor y profundo masaje relajante, en el que la piel de los brazos, las piernas, el pecho, la espalda, el estómago y el pubis, se roza ligeramente con una navaja muy afilada. La delicia de cosquilleo, y el miedo que lo acompaña de un desliz,

se combinan para obligar a la persona que recibe el masaje a relajarse por completo como única alternativa a la insoportable tensión y placer. Típicamente, la delicia de la navaja se inicia por las extremidades, enviando ondas de estremecimiento interior a medida que la navaja se acerca a las zonas erógenas, cuyo ardor se inflama a causa del placer recibido y la sombra del miedo. Hay unas sutilezas técnicas cuando la navaja llega a estas zonas, peligrosas para ser descritas. La delicia de la navaja culmina en un rápido acto de amor sexual oral.

Aquel que ganara la apuesta haciendo que el otro llegara primero al orgasmo, se beneficiaría de la delicia de la navaja, pero había cierta característica peculiar en su estilo de llevar el juego. Los dos se conocían lo suficientemente bien para conseguir que el otro llegara rápidamente, y a la vez, al umbral del clímax, y era en ese punto en donde el juego se desarrollaba, en la frontera vacilante entre el control y el placer. Sólo después de haber salido de la prisión de Sugamo e iniciar su vida en el Oeste, la experiencia sexual de Hel adquirió forma y articulación. Anteriormente sólo había sido un juego de aficionados. Su relación con Mariko no había sido física en esencia; fue un afecto juvenil, y sus torpes experiencias sexuales sólo representaron la rúbrica física de su afecto gentil e inseguro.

Con las hermanas Tanaka, Hel entró en la fase I del acto sexual, al nivel simple de la curiosidad sexual, durante la cual los vigorosos jóvenes animales, estimulados por el instinto de continuar la especie, se ejercitan mutuamente con sus cuerpos. Aunque monótona y plebeya, la fase I es honesta y sincera, y Hel gozó de ese período de tiempo, lamentando tan sólo que muchas personas estuvieran extraordinariamente mutiladas con sus culturas y aceptasen el acto de amor, sudoroso y vigoroso, de la fase I, únicamente cuando lo disfrazaban con palabras de romance, amor, afecto, o incluso autoexpresión. En su confusión, esas personas fundamentaban una relación sobre la arena de la pasión. Hel consideraba una verdadera lástima que el hombre en general entrara en contacto con la literatura romántica que hacía nacer en él esperanzas que iban más allá de las probabilidades de

realización y contribuían a esa delincuencia marital característica de los adolescentes sexuales occidentales.

Durante su breve estancia en la fase II, utilización del sexo como una aspirina psicológica, un narcótico social, una especie de sanguijuela para disminuir fiebres y presiones, Hel comenzó a vislumbrar el cuarto nivel de la experiencia sexual. Dándose cuenta de que la actividad sexual sería una parte importante de su vida, y detestando todas las formas de la afición, se dedicó a prepararse. Recibió entrenamiento táctico profesional en Ceilán y en los burdeles exclusivos de Madagascar, en donde vivió durante cuatro meses, aprendiendo de mujeres de todas las razas y culturas.

La fase III, sibaritismo sexual, es el nivel más elevado al que han podido llegar los occidentales, y, ciertamente, la mayoría de los orientales. Hel pasó por esta fase cómodamente, y con buen apetito porque era joven, de cuerpo fuerte y tenso y fértil imaginación. No corría el peligro de verse arrastrado a las oscuras masas sexuales de la estimulación artificial, que con sus artilugios excitantes y las blanduras intelectuales del mundo de la literatura y la cinematografía, procuraban compensar nervios e imaginaciones encallecidos, enturbiándolos con carne tibia y fluidos lubricantes.

Aun estando en el *buffet* sexual de la fase III, Hel comenzó a experimentar con tácticas tan refinadas como clímax suspendido y copulación mental. Le divirtió asociar las técnicas sexuales con la nomenclatura del *Gõ*. Palabras como *aji keshi, ko, furikawari* y *hane* se prestaban fácilmente a imágenes ilustrativas; mientras que otras, como *kaket-sugi, nozoki* y *yosu-miru*, sólo podían aplicarse al acto sexual con una visión metafórica liberal y proencostrada.

Al llegar a los treinta años, los intereses sexuales de Hel, y sus capacidades, le llevaron naturalmente a la fase IV, la «fase final del juego» en la que la excitación y el clímax son gestos terminales relativamente triviales en una actividad que exige todo el vigor y el control mental de un campeón de *Gõ*; la habilidad de una prostituta ceilanesa y la resistencia y la agilidad de un escalador bien dotado del grado VI. El juego que prefería lo había inventado él, y lo llamaba sexo *kikashi*. Sólo podía jugarse con otra

persona que estuviera también en la fase IV y tan sólo cuando ambos se sintieran singularmente fuertes. El juego se desarrollaba en una pequeña habitación, de unos seis *tatami*. Ambos jugadores se vestían formalmente con el quimono y se arrodillaban encarados, con la espalda apoyada en sus paredes opuestas. Cada uno de ellos, exclusivamente por medio de la concentración, debía llegar al borde del clímax, deteniéndose en ese momento. No se permitía contacto alguno, únicamente concentración y los gestos que pudieran hacerse con una mano.

El objetivo del juego era provocar el orgasmo al otro antes que uno mismo, y se desarrollaba mejor cuando llovía.

Con el tiempo, Hel abandonó el sexo *kikashi* por ser demasiado exigente, y también porque era una experiencia solitaria y egoísta, que carecía del afecto y las caricias posteriores al acto que adornan lo mejor de la relación amorosa.

Hana cerraba los ojos apretándolos con fuerza, con los labios tensos sobre los dientes. Intentaba escapar de la posición envolvente en que Hel la tenía presa, pero él no la soltaba.

—Creía que estábamos de acuerdo en que tú no podías hacer eso —reclamó ella.

—Yo no he hecho ningún acuerdo.

—Oh, Nikko… no puedo… ¡No puedo aguantar más! ¡Maldito seas!

Arqueó la espalda, emitiendo un gruñido de esfuerzo final para evitar el orgasmo.

Su deleite contagió a Hel, que aflojó su control para permitirse el orgasmo justamente después que ella. De repente, su sentido de proximidad sonó la alarma. ¡Ella estaba fingiendo! El aura de Hana no danzaba, como sería corriente, en el orgasmo. Hel intentó proteger su mente y detener su orgasmo, pero ya era demasiado tarde. Había superado la frontera del control.

—¡Diablillo! —gritó durante la culminación.

Hana se reía, y terminó unos pocos segundos después que él.

Hana estaba tendida sobre el estómago, canturreando en tono suave apreciativo, mientras la navaja, muy lentamente, rozaba su nalga, perfecta

expresión de la delicadeza de su sangre japonesa, con la útil forma de su sangre negra. Hel la besó cariñosamente y continuó con la delicia.

—Dentro de dos meses termina tu contrato conmigo, Hana.

—¡Hum, hum, mmm! —Hana no quería interrumpir su languidez hablando.

—¿Has pensado en mi sugerencia de quedarte aquí conmigo?

—¡Hum, hum, mmm!

—¿Y…?

—¡Unh-nh-nh-nh-nh! —El sonido prolongado a través de sus labios entreabiertos significaba: «no me hagas hablar».

Hel rió suavemente y le hizo dar la vuelta, continuando el excitante masaje con minuciosa atención a la técnica y al detalle. Hana estaba en un estado perfecto. A sus treinta y pico de años, lo más joven que puede ser una mujer poseyendo ya el entrenamiento y la experiencia amatorias de la amante ideal. Dedicando a su cuerpo un excelente cuidado, y a causa de los efectos amoladores de tiempo por su mezcolanza ideal de rasgos orientales, negros y caucasianos, se mantendría perfectamente durante otros quince años. Hana era una delicia para la vista y para hacer el amor. Su mayor cualidad estaba en su pericia para recibir graciosamente un placer total.

Cuando la delicia de la navaja se concentró en los puntos clave, dejándola húmeda y pasiva, Hel concluyó el tratamiento con su clásico final rápido. Después, permanecieron tendidos durante un buen rato, enlazados amorosamente, en un abrazo cómodo y agradable.

—He estado pensando en quedarme, Nikko —declaró Hana, con voz zumbona contra el pecho de Hel—. Hay muchas razones que me lo aconsejan. Éste es el lugar más hermoso de la Tierra. Siempre te estaré agradecida por haberme mostrado este rincón del País Vasco. Y, ciertamente, aquí has construido una vida de lujo *shibumi* que es atractiva. Y estás tú, tan silencioso e inflexible cuando tratas con el mundo exterior, y tan juvenil cuando hacemos el amor. No te falta cierto encanto. —Gracias.

—Debo confesar, además, que es mucho más raro encontrar un hombre bien entrenado que una mujer habilidosa. Pero… uno se siente solo aquí. Ya sé que puedo ir libremente a Bayona o a París siempre que lo desee, y me

divierto realmente cuando voy, pero día a día, a pesar de tus atenciones y de tu conversación deliciosa, y a pesar de la energía exuberante de nuestro amigo Le Cagot, resulta solitario para una mujer cuyos intereses y apetitos han sido tan perfilados como los míos.

—Entiendo eso perfectamente.

—Para ti es distinto, Nikko. Por naturaleza, tú eres un recluso. Desprecias el mundo exterior, y no lo necesitas. También la mayoría de la gente de ese mundo me aburre o me molesta. Pero yo no soy reclusa por naturaleza, y siento una viva curiosidad. Y además… queda otro problema.

—¿Qué es ello?

—Bien, ¿cómo lo explicaré? Las personalidades como la tuya y la mía son para dominar. Cada uno de nosotros dos debería moverse en una gran sociedad, dando sabor y calidad al conjunto. Nosotros dos reunidos en un solo lugar es como una concentración inútil de especias en un solo plato de una comida que de otra manera sería sosa. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—¿Significa esto que has decidido marcharte cuando acabe el tiempo convenido?

Hana sopló sobre el pecho de Hel alborotándole el vello.

—Significa que todavía no me he decidido. —Permaneció silenciosa un buen rato, y después continuó—: Supongo que realmente lo que me gustaría es tener lo mejor de los dos mundos, pasar aquí la mitad de cada año, descansando y aprendiendo contigo, y la otra mitad fuera de aquí, dejando boquiabierta a mi audiencia.

—No veo nada de malo en esa combinación.

—Eso significa que tendrías que arreglártelas durante seis meses de cada año con las ninfas bronceadas, de piernas largas, y mente vacía de la Cote Basque. Actrices, y modelos, y dentro esa línea. ¿Podrías hacerlo? —dijo Hana.

—Con la misma facilidad que tú lo harías con muchachos de brazos redondos, de músculos en excelente forma y ojos honestos y vacíos. Para ambos, para ti y para mí, sería como vivir de *hors d’oeuvres*. Pero, ¿por qué

no? En los *hors d'oeuvres* hay cierta diversión, aunque empalagan sin alimentar.

—Deja que piense en ello, Nikko. Es una idea atractiva. —Hana se incorporó apoyándose en un codo y le miró a los ojos, medio cerrados y divertidos—. Además, la libertad también es atractiva. A lo mejor no tomaré ninguna decisión.

—Eso ya es una especie de decisión.

Se cubrieron yendo a la ducha bajo el casco de cobre perforado para ese propósito diseñado por el primer propietario del castillo unos trescientos años anteriormente.

Hasta que se sentaron a tomar el té en el salón del ala este, dorado y beige, Hel no preguntó sobre la visitante.

—Todavía duerme. Cuando llegó, anoche, estaba desesperada. Vino caminando desde el pueblo después de haber viajado de Roma a Pau en avión, haciendo autostop hasta Tardets. Aunque intentó charlar y mostrarse cortés, desde el principio me di cuenta de que estaba muy alterada. Comenzó a llorar mientras tomaba el té. Lloraba sin saber lo que estaba haciendo. Le di algo para tranquilizarla y la mandé a la cama. Pero durante la noche se despertó con pesadillas; así que me senté al borde de su cama acariciándole el cabello y hablándole bajito hasta que se sosegó y se durmió otra vez.

—¿Cuál es su problema?

—Habló de ello mientras le acariciaba el cabello. Ocurrió algo terrible en el aeropuerto de Roma. Dos de sus amigos recibieron disparos y murieron.

—¿Quién les disparó?

—Ella no lo dijo. Quizá no lo sabía.

—¿Y por qué dispararon contra ellos?

—No tengo la menor idea.

—¿Dijo la muchacha por qué ha venido a nuestra casa?

—Evidentemente, los tres venían hacia aquí. Ella no tenía dinero, sólo el billete del avión.

—¿Te dijo cómo se llama?

—Sí. Hanna Stern. Me dijo que su tío era amigo tuyo.

Hel depositó su taza en la mesa, cerró los ojos y soltó un prolongado suspiro nasal.

—Asa Stern era un amigo. Está muerto. Tengo una deuda con él. Hubo un momento en que, sin su ayuda, yo hubiera muerto.

—Y esta deuda, ¿se extiende también a la chica?

—Ya veremos. ¿Has dicho que el tiroteo en Roma Internacional ocurrió ayer por la tarde?

—O por la mañana, de eso no estoy segura.

—Entonces debería aparecer en las noticias de mediodía. Cuando la chica despierte, dile, por favor, que venga a verme. Estaré en el jardín. Oh, y, creo que Le Cagot vendrá a cenar con nosotros, si termina a tiempo su asunto en Larrau.

Hel estuvo trabajando durante hora y media en el jardín, recortando, controlando, buscando efectos más sencillos y sutiles. No era un artista, pero poseía sensibilidad; de modo que su jardín, la mayor manifestación de su impulso creativo, carecía de *sabi*, pero tenía las características *shibui* que separan el arte japonés de la dinámica mecánica del arte occidental y la florida hipérbole china. Tenía esa melancolía dulce, esa tristeza misericordiosa que caracteriza la belleza en la mente japonesa. Había una imperfección intencional y una simplicidad orgánica que creaban, y satisfacían después, las tensiones estéticas, actuando más bien como una función de equilibrio y desequilibrio en el arte occidental.

Justo antes de mediodía, un sirviente trajo un transistor y Hel estuvo escuchando en su cuarto de armas las noticias del Servicio Mundial de la BBC, de las doce del mediodía. La locutora que leía las noticias era una mujer cuya notable voz ha sido motivo de diversión para la comunidad anglófila internacional, durante muchos años. A la peculiar pronunciación que distingue a la BBC, ella le añadía un sonido medio ahogado, cortante, que los oyentes de todo el mundo han interpretado como consecuencia de un supositorio molesto, aunque se mantiene una viva discusión, e importantes apuestas, entre los que insisten en que el supositorio está hecho de papel de lija y los que están en favor de la teoría del cubito de hielo.

Enterrado entre la trivialidad de gobiernos derrocados, la caída del dólar y los atentados de Belfast, se describió la atroz escena en el aeropuerto de Roma Internacional. Dos japoneses, identificados después por los documentos de identidad que llevaban encima como miembros del Ejército Rojo actuando en favor del grupo de «Setiembre Negro», abrieron fuego con armas automáticas, matando a dos jóvenes israelíes, cuyas identidades no se mencionaron. Los asesinos del Ejército Rojo murieron también en un intercambio de disparos con la Policía italiana y los agentes especiales, y se produjeron otras víctimas entre los civiles presentes. Y pasemos ahora a noticias más agradables…

—¿Mr. Hel?

Hel desconectó la radio e indicó a la joven que estaba en el dintel del cuarto de armas, que se acercara. Llevaba unos pantaloncitos cortos limpios, de color caqui, y una camisa de manga corta, desabrochados los tres botones superiores. Como aperitivo, resultaba un bocado apetitoso; piernas fuertes y largas, cintura fina, pecho agresivo y cabello rojizo alborotado por el lavado reciente. Más secundaria que heroína, en aquel breve momento deseable estuvo entre juguetona y *zaftig*. Pero su rostro era suave y sin las señales de la experiencia, denunciando la tensión bajo la que se hallaba oculto tras su mirada displicente.

—¿Mr. Hel? —dijo de nuevo, insegura.

—Entre y siéntese, Miss Stern.

Hanna se sentó en una silla debajo de un armero de ingenios metálicos que ella no reconoció como armas, y sonrió débilmente.

—No sé por qué, pero creí que usted sería más viejo. Mi tío Asa hablaba de usted como un amigo, un hombre de su misma edad.

—Pertenecíamos a una época; compartimos una era. Aunque eso no tiene importancia alguna. —La miró abiertamente, evaluándola. Descubriendo sus debilidades.

Inquieta bajo la inexpresiva mirada de los ojos verdes de Hel, Hanna se refugió en una charla inconsecuente.

—Su esposa… es decir, Hana… ha sido muy amable conmigo. La pasada noche estuvo a mi lado y…

Hel le cortó la palabra con un gesto.

—Comience por hablarme de su tío. ¿Por qué la mandó aquí? Después, deme los detalles de lo que sucedió en el aeropuerto de Roma Internacional. Y háblemе de sus planes, y de la relación que sus planes puedan tener conmigo.

Sorprendida por su tono directo, Hanna respiró hondo, ordenó sus pensamientos, y comenzó su historia, típicamente, hablando de sí misma.

Le contó que había sido criada en Skokie, había asistido a la Universidad Northwestern, se había interesado grandemente por los asuntos políticos y sociales, y después de graduarse, había decidido visitar a su tío, que estaba en Israel, para encontrar sus raíces, descubrir su identidad de judía.

Hel bajó los párpados ante esta última declaración, suspirando brevemente. Con un leve ademán, le indicó que continuara.

—Usted ya sabía, naturalmente, que mi tío Asa estaba empeñado en castigar a los culpables de los asesinatos de Munich.

—Corrían rumores de eso. En nuestras cartas nunca hablábamos de esas cosas. La primera vez que oí hablar de ello pensé que su tío era un insensato al salir de su retiro para intentar algo semejante con sus viejos amigos y contactos, muchos de ellos muertos ya, y otros decadentes con la política. Creí que se trataba del acto desesperado de un hombre que sabía que estaba en una enfermedad terminal.

—Pero, al principio, mi tío organizó nuestra célula hace año y medio, y no se puso enfermo hasta hace unos pocos meses.

—Eso no es cierto. Su tío ha estado enfermo durante varios años. Tuvo dos períodos breves de mejoría. En la época que usted dice que organizó su célula, estaba luchando contra el dolor con drogas. Eso podía justificar sus planes insensatos.

Hanna Stern frunció el entrecejo y desvió la mirada.

—No parece que usted tuviera en mucha estimación a mi tío.

—Al contrario, le quería mucho. Era un pensador brillante y un hombre de espíritu generoso, un hombre de *shibumi*.

—Un hombre de… ¿qué?

—No importa. Su tío no pertenecía al mundo del terror. No estaba emocionalmente equipado para ello, lo que, como es natural, dice muchísimo en su favor como ser humano. En épocas más felices hubiera llevado la vida sosegada de un maestro y erudito. Pero tenía un apasionado sentido de la justicia, y no sólo para su propia gente. Tal como estaban las cosas hace veinticinco años en lo que ahora es Israel, los hombres apasionados y generosos, que no eran cobardes, tenían pocas opciones donde elegir.

Hanna no estaba acostumbrada a la voz suave de Hel, casi susurrante, de su época en prisión, y sin darse cuenta se inclinaba acercándose para oír sus palabras.

—Está usted equivocada al creer que yo no estimaba a su tío. Hubo un momento, en El Cairo, hace dieciséis años, en que él arriesgó su seguridad, posiblemente hasta su vida, para ayudarme. Y lo que es más significativo, arriesgó también el éxito de un proyecto al que estaba dedicado. Yo había recibido un disparo en el costado. La situación era tal que no podía solicitar asistencia médica. Cuando le encontré, hacía dos días que yo vagaba con un trapo empapado en sangre debajo de mi camisa, errante por las calles del suburbio porque no me atrevía a entrar en un hotel. Tenía fiebre. No, le aprecio muchísimo. Y tengo una gran deuda con él. —Hel había pronunciado las últimas palabras con una monotonía suave, sin los aspavientos que Hanna hubiera asociado con la sinceridad. Él le contaba esas cosas porque creía, que, correspondiendo honestamente a su tío, ella tenía derecho a conocer la importancia de su deuda de honor—. Su tío y yo no nos hemos visto más después de esa ocasión en El Cairo. Nuestra amistad creció con los años por el intercambio de cartas que ambos usábamos como válvulas de escape para nuestras ideas, compartir nuestra actitud hacia libros que estábamos leyendo, para lamentarnos del destino y la vida. Disfrutábamos de esa libertad, libre de pudores, que uno goza únicamente al hablar con extraños. Nosotros fuimos unos extraños muy íntimos. —Hel pensó si aquella mujer joven podría comprender semejante tipo de relación. Decidiendo que no podría, se concentró en el momento presente—. Muy bien, después que mataron a su hijo en Munich, su tío

organizó una célula que le ayudara en su misión de castigo. ¿Cuánta gente y dónde están ahora?

—Soy la única que queda.

—¿Usted pertenecía a esa célula?

—Sí. ¿Por qué? ¿Es que le parece que…?

—No importa. —Hel estaba ahora convencido de que Asa Stern había estado actuando ciegamente desesperado, si había introducido a aquella tierna universitaria liberal en una célula de acción—. ¿Cuántos eran en la célula?

—Cinco. Nos llamábamos los «Cinco de Munich».

Hel bajó nuevamente los párpados.

—¡Qué teatral! Nada como anunciar el golpe.

—Perdón, no le he entendido.

—¿Una célula de cinco? Su tío, usted, los dos que mataron en Roma… ¿quién es el quinto miembro? ¿David O. Selznik?

—No sé lo que quiere decir. El quinto hombre murió en un bombardeo, en un café de Jerusalén. Él y yo éramos… éramos… —Los ojos comenzaron a brillarle con las lágrimas.

—Estoy seguro de lo que eran. Es una variación del romance de vacaciones veraniegas: uno de los beneficios al margen por ser una revolucionaria joven que asume el compromiso de defender a toda la Humanidad como si se tratara de su propio rebaño. Bien, cuénteme hasta dónde habían llegado antes de que Asa muriera.

Hanna estaba confusa y dolida. Este hombre no se parecía en nada al hombre que su tío le había descrito, el profesional honrado que era al mismo tiempo un gentilhombre de la cultura, que pagaba sus deudas y que rechazaba trabajar en favor de poderes indignos, comerciales o nacionales. ¿Cómo había podido su tío tener tanta amistad con un hombre que demostraba tan poca simpatía humana? ¿Un hombre que no llegaba a comprender? Hel lo comprendía todo demasiado bien. Varias veces había sido requerido para poner las cosas en orden entre aficionados como los de este grupo. Sabía que cuando la tempestad se desataba, echaban a correr, o,

bajo impulsos igualmente cobardes, disparaban contra todo lo que había a su alrededor.

Hanna se sorprendió por no echarse a llorar. Pero sus lágrimas estaban controladas por la fría persistencia de Hel en conocer los hechos y la información. Dio un respingo y respondió:

—Mi tío Asa contaba con fuentes de información en Inglaterra. Supo que los dos asesinos restantes de Munich pertenecían a un grupo de «Setiembre Negro» que planeaba secuestrar un avión que debía partir de Heathrow.

—¿Un grupo de cuántos?

—Cinco o seis. Nunca lo supimos con certeza.

—¿Identificaron a los que habían participado en Munich?

—No.

—¿Así que todo el grupo debía morir?

Hanna lo confirmó con la cabeza.

—Entiendo. ¿Y sus contactos en Inglaterra? ¿Qué característica tienen y qué van a hacer por usted?

—Son guerrillas urbanas que trabajan para liberar a Irlanda del Norte del dominio inglés.

—¡Oh, Dios!

—Hay una especie de hermandad entre todos los luchadores por la libertad, ¿sabe usted? Nuestras tácticas pueden ser distintas, pero nuestros objetivos finales son los mismos. Todos miramos al futuro, al día en que…

—Por favor —la interrumpió Hel—. Vamos a ver, ¿que harán esos miembros del IRA en favor de ustedes?

—Bueno… vigilan a los de «Setiembre Negro». Nos iban a alojar al llegar a Londres. Y también nos iban a proporcionar armas.

—Al decir «nos», supongo se refiere a usted y a los dos muchachos que murieron en Roma…

—Sí.

—Entiendo. Muy bien, ahora dígame qué sucedió en Roma. La BBC Identifica a los agresores como tipos del Ejército Rojo japonés que actuaban en favor de la Organización de Liberación de Palestina. ¿Es eso cierto?

—No lo sé.

—¿No estaba usted allí?

—¡Sí! ¡Estaba allí! —Hanna se controló—. Pero en medio de la confusión… gente que moría… tiroteo a mi alrededor… —En su desesperación, se levantó y dio la espalda a aquel hombre que ella presentía estaba atormentándola con toda intención, poniéndola a prueba. Se dijo a sí misma que no debía llorar, pero las lágrimas acudían igualmente a sus ojos —. Lo siento. Estaba aterrorizada. Aturdida. No puedo recordarlo todo. — Nerviosa y sin saber qué hacer con las manos, cogió un tubo simple de metal del armero de la pared frente a ella.

—¡No toque eso!

Ella separó bruscamente la mano, asustada al oírle alzar la voz por primera vez. Su dignidad herida la hizo exclamarse:

—¡No pensaba romperle su juguete!

—Es el juguete el que podía hacerle daño a usted. —Hablaba otra vez con voz suave y modulada—. Se trata de un tubo con gas nervioso. Si hubiera dado media vuelta al botón, en este momento ya habría muerto. Y lo que es más importante, también yo.

Ella hizo una mueca y se alejó del armero, acercándose a la puerta corrediza abierta que conducía al jardín, para apoyarse en el umbral, intentando recuperar algo de su compostura.

—Jovencita, pienso ayudarla, si es posible. Aunque debo confesar que quizá no lo sea. Su pequeña organización de aficionados ha cometido todos los errores posibles, el menor de los cuales no ha sido hacer tratos con los títeres del IRA. Sin embargo, debo a su tío el tratar de ayudarla. Quizá pueda protegerla y devolverla a la comodidad burguesa de su hogar, en donde usted podrá encauzar sus pasiones sociales haciendo campañas contra la basura en los parques nacionales. Pero si he de ayudarla, debo saber dónde están las piezas en el tablero. De modo que quiero que guarde su pasión y sus efectos teatrales para sus recuerdos, y ahora responda a mis preguntas tan concisa y brevemente como le sea posible. Si en este momento no está dispuesta a ello, hablaremos otra vez más tarde. Pero es posible que tenga que moverme con rapidez. Normalmente, en incursiones

como ésta, después de una incursión inutilizante (probablemente eso fue en realidad el ataque de Roma Internacional) el tiempo favorece a los otros tipos. ¿Hablamos ahora, o comemos algo antes?

Hanna se dejó caer sobre el suelo *tatami*, apoyando la espalda en el umbral, poniendo en relieve su perfil contra el jardín iluminado. Después de pasar un momento dijo:

—Lo siento. He pasado un mal trago.

—No lo dudo. Ahora hábleme del golpe de Roma. Hechos e impresiones, no emociones.

Hanna bajó la mirada y dibujó pequeños círculos en su bronceado muslo con la uña, y después dobló las piernas apretándolas contra el pecho.

—De acuerdo. Avrim y Chaim pasaron el control de pasaportes antes que yo. Un funcionario italiano me entretuvo, mientras flirteaba y lanzaba miradas a mis pechos. Supongo que yo hubiera debido abotonarme la blusa. Finalmente, el funcionario puso el sello en mi pasaporte y yo me dirigí hacia la terminal. En aquel momento comenzó el tiroteo. Vi correr a Avrim… y le vi caer… un lado de su cabeza todo… todo. Un minuto. —Respiró profundamente varias veces, controlándose—. Yo también empecé a correr… todo el mundo corría y gritaba… un hombre viejo con barba blanca recibió una bala… un niño… una mujer anciana, gorda. En aquel momento dispararon desde el otro lado de la terminal y del entresuelo, y los pistoleros orientales cayeron. De pronto cesó el fuego y sólo se oían gritos, y gente que se agitaba, sangrando, herida. Vi a Chaim tendido contra los armarios, con las piernas torcidas y en posición extraña. Le habían dado en la cara. De modo que… me fui. No sabía lo que hacía, ni adónde iba. Entonces escuché que por el altavoz anunciaban la salida del avión con dirección a Pau. Y seguí caminando directamente hasta que llegué a la puerta de salida. Y… eso es todo.

—Muy bien. Así está bien. Ahora dígame algo, ¿dispararon contra usted?

—¿Cómo?

—¿Dispararon expresamente contra usted?

—¡No lo sé! ¿Cómo podría saberlo?

—¿Empleaban los japoneses armas automáticas?

—¿Cómo?

—¿Sonaba como rat-a-tat o ¡bang! ¡bang! ¡bang!

La muchacha miró a Hel con suspicacia.

—¡Sé bien lo que es un arma automática! ¡Solíamos practicar con esas armas en las montañas!

—¿Rat-a-tat o bang bang?

—Eran ametralladoras.

—¿Cayó alguna persona de las que estaban a su alrededor?

Hanna lo estuvo pensando, apretando las rodillas contra sus labios.

—No. Nadie que estuviera cerca de mí.

—Si profesionales que utilizaban armas automáticas no derribaron a nadie cerca de usted, es evidente que usted no era su blanco. Es posible que no la hubieran identificado como la acompañante de sus dos amigos. Especialmente si dejó la fila de control un rato después que ellos lo hicieran. Muy bien, ahora, por favor, haga un esfuerzo por recordar los disparos que llegaron del entresuelo y mataron a los japoneses. ¿Qué puede decirme sobre esto?

Hanna sacudió la cabeza.

—Nada. No recuerdo nada. Las armas no eran automáticas. —Miró a Hel de reojo—. Sonaron bang bang.

Hel sonrió.

—Así ha de ser. El humor y la ira en este momento son más útiles que las emociones sensibleras. Veamos, el informe de la radio dijo algo sobre «agentes especiales» que estaban con la Policía italiana. ¿Puede usted decirme algo de ellos?

—No. No llegué a ver a los que disparaban desde el entresuelo.

Hel inclinó la cabeza en gesto de asentimiento, juntando las palmas de las manos rozando sus labios con los índices.

—Permítame un momento para que ponga todo esto en orden. —Fijó los ojos en el dibujo ondulado del *tatami*, perdiendo el foco mientras revisaba mentalmente la información recibida.

Hanna siguió sentada en el suelo, perfilada en el umbral, y miró hacia el jardín japonés en donde la luz del sol reflejada en el arroyo lanzaba destellos a través de las hojas de bambú. Característico de su clase y cultura, Hanna carecía de los recursos interiores necesarios para gozar de las delicias del silencio, por lo que pronto se sintió inquieta.

—¿Por qué no hay flores en su…?

Hel hizo un ademán con la mano para hacerla callar, sin levantar la mirada.

Cuatro minutos después, Hel alzó la cabeza.

—¿Cómo?

—¿Perdón?

—Algo sobre flores.

—Oh, nada importante. Estaba pensando por qué no tenía usted flores en su jardín.

—Hay tres flores.

—¿Tres variedades?

—No. Tres flores. Una para señalar cada una de las épocas de floración. Ahora estamos entre estaciones. Bien, revisemos lo que sabemos y lo que podemos suponer. Es perfectamente evidente que la incursión de Roma fue organizada por la Organización de Liberación de Palestina o por «Setiembre Negro», y también que ellos estaban enterados de sus intenciones, probablemente por sus camaradas del IRA con base en Londres, que venderían sus madres al serrallo turco si el precio era bastante bueno (y si algún turco con autoestimación quería utilizarlas…). La aparición de los fanáticos del Ejército Rojo japonés para señalar a los de «Setiembre Negro», que con frecuencia utilizan a los demás para que hagan su trabajo peligroso, pues el riesgo personal no les atrae en absoluto. Pero las cosas se complican un poco en este punto. Los hombres del golpe fueron eliminados en unos segundos, por hombres apostados en el entresuelo. Probablemente, no era la Policía italiana, pues la cosa se hizo con eficiencia. Lo más probable es que la denuncia fue denunciada. ¿Por qué? La única razón que se me ocurre es que no querían que los tiradores japoneses fuesen arrestados con vida. ¿Por qué? Probablemente porque no se trataba de

miembros del Ejército Rojo. Y eso, como es natural, nos conduce a la CIA. O a la Organización Madre, que controla la CIA y todo lo demás en el Gobierno americano, si es que hay que mencionarlo.

—¿Qué es la Organización Madre? Nunca he oído hablar de ellos.

—Muy pocos americanos la conocen. Es una organización que controla las principales empresas internacionales del petróleo y de la energía. Han sido siempre carne y uña con los árabes, utilizando a esos benditos bastardos como peones al servicio de sus intrigas, induciendo la escasez para su mayor beneficio. La Organización Madre es un fuerte adversario; no se puede llegar hasta ella por medio de presiones nacionalistas. Aunque ante el público aparecen como leales compañías americanas (o británicas, o alemanas u holandesas), de hecho se trata de infragobiernos internacionales, cuyo único patriotismo es el beneficio. Es muy probable que su madre tenga acciones de esas compañías, como ocurre con la mitad de las dulces damas de cabello canoso de su país.

Hanna sacudió la cabeza.

—No puedo imaginar a la CIA poniéndose al lado de «Setiembre Negro». Los Estados Unidos ayudan a Israel; son aliados.

—Está usted subestimando la naturaleza elástica de la conciencia de su país. Desde el embargo del petróleo ha sufrido un notable cambio. La devoción americana hacia el honor varía a la inversa que su preocupación por la calefacción central. El norteamericano, característicamente, sólo puede mostrarse valiente y hacer sacrificios en períodos de corta duración. Por este motivo, son mejores en una guerra que durante una paz responsable. Pueden encararse con el peligro, pero no soportan las molestias. Contaminan su atmósfera para matar mosquitos. Agotan sus recursos de energía para disponer de cuchillos eléctricos para trinchar carne. No hemos de olvidar que siempre hubo «Coca-Cola» para los soldados en Vietnam.

Hanna se sintió mortificada en su sentido patriótico.

—¿Cree usted que es honesto generalizar de ese modo sobre un pueblo?

—Sí. La generalización se equivoca únicamente cuando se aplica a individuos. Es la manera más precisa para detallar a las masas, la plebe. Y

su democracia es una dictadura de la plebe.

—Rechazo admitir que los norteamericanos estuvieran envueltos en la sangre y el horror de lo que sucedió en aquel aeropuerto. Niños inocentes y hombres ancianos…

—¿Significa algo para usted el 6 de agosto?

—¿Seis de agosto? No. ¿Por qué? —Hanna apretó con más fuerza las rodillas contra el pecho.

—No importa. —Hel se levantó—. He de pensar un poco en todo esto. Hablaremos de nuevo esta tarde.

—¿Piensa usted ayudarme?

—Probablemente. Pero es probable también que no en la forma que usted pueda suponer. A propósito, ¿podrá resistir un consejo de persona mayor?

—¿Qué consejo?

—Es una indiscreción sartorial para una joven tan abundantemente dotada de vello púbico como usted, llevar unos *shorts* tan cortos y sentarse en una posición tan reveladora. A menos, naturalmente, que intente demostrar que su cabello rojo es natural. ¿Vamos a comer?

La comida fue servida en una pequeña mesa redonda en el salón del ala oeste que daba al prado ondulante y a la avenida que conducía a la puerta principal. Las *porte fenêtres*[34] estaban abiertas y las cortinas se hinchaban perezosamente al soplo de las brisas que traían fragancias de cedro. Hana se había puesto un traje largo de seda, de color ciruela, y cuando Hel y Hanna entraron les sonrió mientras daba los últimos toques a un centro de delicadas flores en forma de campanilla.

—¡Qué sincronía más perfecta! En este mismo momento acaba de ser servida la comida.

En realidad, Hana había estado esperándoles diez minutos, pero uno de sus encantos estribaba en que los otros se sintieran socialmente a gusto. Una ojeada al rostro de Hanna le indicó que las cosas no le habían ido muy bien durante su conversación con Hel, de manera que Hana se hizo cargo del peso de la conversación.

Cuando Hanna abrió su servilleta de hilo almidonado, observó que no le habían servido lo mismo que a Hana y Hel. Ella tenía un pedazo de cordero, espárragos fríos con mayonesa, y arroz *pilaf*[35], mientras que ellos tenían vegetales frescos o ligeramente salteados, con arroz integral.

Hana sonrió y se explicó.

—Nuestra edad, y algunas indiscreciones pasadas exigen que nosotros comamos con alguna precaución, querida. Pero no obligamos a nuestros invitados a que compartan nuestro régimen espartano. De hecho, cuando estoy lejos de casa, en París por ejemplo, paso por un período de glotonería. El comer, para mí, es lo que tú podrías llamar un vicio controlado. Un vicio especialmente difícil de dominar cuando uno vive en Francia, en donde, según tu propio punto de vista, la comida es la segunda mejor del mundo, o la peor del mundo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Hanna.

—Desde el punto de vista de un sibarita, la comida francesa viene en segundo lugar después de la cocina clásica china. Pero está manipulada de tal modo, con sus salsas y aderezos, y picada, cortada y rellena, que es un desastre nutritivo. Por esto ningún otro pueblo occidental goza tanto con la comida como los franceses, ni tienen tantos problemas con el hígado.

—¿Y qué opina usted de la comida norteamericana? —preguntó Hanna, haciendo una mueca porque se hallaba entre ese tipo común de yanquis que, estando en el extranjero, tratan de aparentar sofisticación degradando todo lo que es norteamericano.

—Realmente, no podría opinar; nunca he estado en Norteamérica. Pero Nicholai ha vivido allí algún tiempo y me ha dicho que existen ciertas zonas en las que destaca la cocina americana.

—¿Sí? —dijo Hanna, mirando interrogativamente a Hel—. Me sorprende que Mr. Hel tenga algo amable que decir sobre Norteamérica o los norteamericanos.

—No son los norteamericanos los que encuentro molestos; es el norteamericanismo: una enfermedad social del mundo posindustrial que inevitablemente ha de contaminar cada una de las naciones mercantiles por turno, y que es llamado «norteamericana» tan sólo porque mi país se halla

en el período más avanzado de la enfermedad del mismo modo que se habla de la gripe española, y la encefalitis tipo B japonesa. Sus síntomas son una pérdida de la ética en el trabajo, un encogimiento de los recursos interiores y una necesidad constante de estimulación externa, seguida de un decaimiento espiritual y una narcosis moral. Se puede reconocer a la víctima por sus esfuerzos incesantes para comunicarse con sí misma, para creer que su debilidad espiritual es una interesante perversión psicológica, para construir su evasión de la responsabilidad como testimonio de que él y su vida están singularmente abiertos a las nuevas experiencias. En las últimas fases, el paciente queda reducido a procurarse la más trivial de las actividades humanas: la diversión. En cuanto a su comida, nadie puede negar que los norteamericanos sobresalen en una pequeña rúbrica: el *snack*[36]. Y sospecho que en eso hay algo de simbólico.

Hana desaprobó el tono áspero de Hel, de modo que tomó el peso de la conversación durante la comida mientras llevaba el plato de Hanna al bufete para llenarlo de nuevo.

—Mi inglés es imperfecto. Aquí hay más de un espárrago, pero el plural de espárrago en inglés me parece forzado. ¿Se trata de uno de esos extraños plurales latinos, Nicholai? ¿Hay que decir *asperagae* o algo parecido?[37]

—Uno lo diría de esa manera tan sólo si pertenecía a ese tipo excesivamente informado y escasamente instruido que va a los conciertos para el *celli* y después ordena tazas de *capuccini*. O, si se trata de los norteamericanos, un postre de gelatina de frambuesas.

—*Arrêtes un peu et sois sage*[38] —dijo Hana sacudiendo ligeramente la cabeza. Sonrió a Hanna—. ¿No crees que es un pesado con ese tema de los norteamericanos? Es una imperfección de su personalidad. Su única imperfección, me asegura él. Tenía ganas de preguntarte, Hanna, en qué te especializaste en la Universidad.

—¿En qué me especialicé?

—En qué se graduó usted —aclaró Hel.

—¡Ah! En sociología.

«Podía haberlo supuesto —pensó Hel—. Sociología, esa seudociencia descriptiva que disfraza las incertidumbres en confusas estadísticas,

mientras insiste en el estrecho hueco de información que queda entre la psicología y la antropología. La clase de no graduación que tantos norteamericanos utilizan para justificar sus vacaciones intelectuales de cuatro años designadas para prolongar su adolescencia.»

—¿Qué estudió usted? —preguntó Hanna a su anfitriona.

Hana sonrió para sí.

—Oh… psicología informal, anatomía, estética… esas cosas.

Hanna se dedicó a los espárragos, preguntando casualmente:

—Ustedes no están casados, ¿verdad? Quiero decir… la otra noche usted bromeó diciéndome que era la concubina de Mr. Hel.

Los ojos de Hana se agrandaron atónitos. No estaba acostumbrada a esa torpeza social inquisitiva que las culturas anglosajonas confunden con una franqueza honesta. Hel abrió la palma de su mano hacia Hana, indicándole que respondiera, muy abiertos los ojos con una inocencia maligna.

—Bueno… —dijo Hana—… de hecho Mr. Hel y yo no estamos casados. Y, en realidad, soy su concubina. ¿Quieres el postre ahora? Acabamos de recibir el primer envío de las magníficas cerezas de Itxassou, de las que los vascos están orgullosos con razón.

Hel sabía que Hana no se zafaría de la cuestión tan fácilmente y le hizo un gesto cuando Miss Stern prosiguió.

—No creo que usted quiera decir concubina. En inglés, concubina significa alguien que se contrata por… bueno, por sus servicios sexuales. Supongo que usted quiere decir «amante». Y hasta esa palabra es algo anticuada. Hoy día, la gente dice simplemente que están viviendo juntos.

Hana miró a Hel buscando ayuda. Hel se echó a reír, intercediendo por ella.

—El inglés de Hana realmente es muy bueno. Sólo estaba bromeando cuando hablaba de los espárragos. Conoce la diferencia entre una amante, una concubina y una esposa. Una amante no está segura de su asignación, una esposa no tiene ninguna asignación, y las dos son aficionadas. Ahora, vamos a probar esas cerezas.

Hel se sentó en un banco de piedra en medio de los jardines, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el cielo. Aunque la brisa de la

montaña era fresca, la débil luz del sol penetraba por su *yukata* y le proporcionaba tibieza y somnolencia. Estaba en el límite delicioso de la modorra hasta que interceptó el aura que se acercaba de alguna persona preocupada y en tensión.

—Siéntese, Miss Stern —dijo, sin abrir los ojos—. Debo elogiar la manera en que usted se ha portado durante el almuerzo. Ni una sola vez se ha referido a sus problemas, como si presintiera que en esta casa no traemos el mundo a la mesa. Para ser sincero, no esperaba que se comportase tan correctamente. La mayoría de la gente de su edad y condición están tan engreídos de sí mismos, tan preocupados por las cosas en las que están, que no pueden darse cuenta de que el estilo y la forma lo son todo, y la sustancia, un mito pasajero. —Abrió los ojos y sonrió mientras hacía un ligero esfuerzo para imitar el acento norteamericano—. No es lo que se hace, sino cómo se hace.

Hanna se acomodó en la balaustrada de mármol frente a Hel, aplastando sus muslos con el peso de su cuerpo. Iba descalza y no había hecho caso de su consejo sobre vestir prendas menos reveladoras.

—¿Dijo usted que hablaríamos un poco más?

—Hummm… Sí. Pero primero deje que me disculpe por mi tono descortés, tanto durante nuestra pequeña charla como durante el refrigerio. Estaba enfadado y molesto. He estado retirado durante casi dos años, Miss Stern, y ya no estoy en la profesión de exterminar terroristas; ahora me dedico a la jardinería, a la espeleología, a escuchar cómo crece la hierba y a buscar esa clase de paz profunda que perdí hace muchos años, perdí porque las circunstancias me llenaron de odio y de ira. Y entonces se presenta usted reclamando legítimamente mi ayuda a causa de mi deuda con su tío, y me amenaza con presionarme de nuevo para que vuelva a mi antigua profesión de violencia y de miedo. Y el miedo es, en buena parte, lo que me molestó al hablar con usted. En mi trabajo hay cierta cantidad de antisuerte. Al margen del buen entrenamiento, la sangre fría, las precauciones, con los años se van acumulando las disparidades; y llega un momento en que la suerte y la antisuerte pesan notablemente en contra de uno. No es que haya tenido suerte en mi trabajo, desconfío de la suerte, pero nunca me ha

estorbado mucho la mala suerte. De modo que por ahí hay una pila de mala suerte esperando su turno. He lanzado la moneda muchas veces, y siempre me ha salido cara. Y quedan más de veinte años de cruces esperando su turno. Por eso quería explicarle las razones por las cuales he sido descortés con usted. En su mayor parte es por miedo. Y cierta preocupación. Ahora he tenido tiempo de pensarlo. Creo que ya sé lo que debería hacer. Afortunadamente, la acción adecuada también es la más segura.

—¿Significa eso que no piensa ayudarme?

—Al contrario. Voy a ayudarle envidándola a su casa. Mi deuda para con su tío se extiende a usted, puesto que él la envió a mí; pero no se extiende a ningún concepto abstracto de venganza o a ninguna organización con la que usted se haya podido aliar.

Hanna frunció el entrecejo y miró a lo lejos, hacia las montañas.

—Su punto de vista de la deuda con mi tío es muy conveniente para usted.

—Sí, así resulta.

—Pero… mi tío dedicó los últimos años de su vida a la persecución de esos asesinos, y sería una gran ingratitud si no intentara algo.

—No hay nada que usted pueda hacer. Carece usted del entrenamiento, la pericia, la organización. Ni tan siquiera tiene un plan que merezca ese nombre.

—Sí, lo teníamos.

Hel sonrió.

—De acuerdo. Examinemos su plan. Usted dijo que los de «Setiembre Negro» tienen intención de secuestrar un avión que saldrá de Heathrow. Es de suponer que su grupo iba a atacarles en ese momento. ¿Iban ustedes a hacerlo dentro del avión, o antes de subir al avión?

—No lo sé.

—¿No lo sabe usted?

—Avrim era el líder después que murió tío Asa. Y no nos dijo más que lo que él creyó debíamos saber, en caso de que uno de nosotros fuese capturado o algo parecido. Creo que íbamos a ejecutarlos en la terminal.

—¿Y cuándo iba a ser eso?

—La mañana del día 17.

—Eso es dentro de seis días. ¿Por qué iban ustedes a Londres tan anticipadamente? ¿Por qué exponerse durante seis días?

—No íbamos a Londres. Veníamos aquí. Tío Asa sabía que no teníamos muchas posibilidades de triunfar sin él. Confiaba en que estaría bastante fuerte para poder acompañarnos y guiarnos. El final llegó demasiado pronto para él.

—¿De modo que él les mandaba aquí? No puedo creer eso.

—No nos mandaba exactamente aquí. Le había mencionado a usted muchas veces. Nos dijo que, si nos encontrásemos en algún aprieto, podíamos venir a verle y que nos ayudaría.

—Estoy seguro de que él se refería a ayudarles a escapar después del acontecimiento.

Ella se encogió de hombros.

Hel suspiró.

—De modo que ustedes tres iban a recoger las armas de sus contactos del IRA en Londres, vagabundear por la ciudad durante seis días, tomar un taxi a Heathrow, entrar en la terminal, localizar los blancos en la sala de espera, y acabar con ellos. ¿Era ése su plan?

Hanna endureció la mandíbula, y miró a los ojos. Parecía una tontería, contado de aquella manera.

—De modo que, Miss Stern, a pesar de su disgusto y su horror por el incidente en el aeropuerto de Roma Internacional, resulta que usted estaba dispuesta a provocar un lío muy parecido: un ataque a matar en una sala de espera llena de gente. Niños, ancianas, cuyos fragmentos quedarían esparcidos por aquí y por allá, mientras los entusiastas jóvenes revolucionarios, con los ojos centelleantes y el cabello flotando al aire, se abrían camino en la historia a tiros. ¿Es eso lo que usted tenía proyectado?

—¡Las diferencias son muy obvias! ¡Ellos estaban bien organizados y eran profesionales!

Hel cortó inmediatamente su perorata.

—Lo siento. Dígame: ¿de qué recursos dispone usted?

—¿Recursos?

—Sí. Dejando aparte sus contactos del IRA, y creo que es más seguro que los olvidemos, ¿con qué tipo de recursos contaba? ¿Estaban bien entrenados los muchachos que mataron en Roma?

—Avrim sí lo estaba. Chaim, en cambio, no creo que anteriormente se hubiera enredado en ningún asunto como éste.

—¿Y dinero?

—¿Dinero? Bueno, confiábamos que usted nos proporcionaría algún dinero. No necesitábamos mucho. Esperábamos poder estar aquí algunos días, hablar con usted y que nos aconsejara y diese instrucciones. Después, volar directamente a Londres, llegando el día antes de la operación. Todo lo que necesitábamos era el importe del billete de avión y algo más.

Hel cerró los ojos.

—Mi querida, boba y letal amiga, si yo tuviera que emprender algo semejante a lo que ustedes pensaban, el coste sería entre cien mil y ciento cincuenta mil dólares. Y no hablo de mis honorarios. Ese dinero sólo sería para organizar el golpe. Cuesta mucho dinero introducirse y cuesta mucho más poder salir. Su tío sabía eso muy bien. —Miró la línea del horizonte de montañas y cielo—. Me estoy dando cuenta de que lo que su tío organizó era un ataque suicida.

—¡No puedo creer eso! ¡Mi tío nunca nos hubiese enviado al suicidio sin advertirnos!

—Probablemente, él no tenía intención de ponerles a ustedes al frente. Lo más probable es que quisiera utilizarles como retaguardia, confiando en poder llevar a cabo el ataque él mismo, y así ustedes tres hubieran podido alejarse en medio de la confusión. Además…

—¿Además, qué?

—Bueno, hemos de tener en cuenta que su tío había estado tomando drogas durante mucho tiempo para poder soportar los dolores. Quién sabe lo que estaba pensando; quién sabe si había estado pensando en acelerar su final.

Hanna alzó una rodilla y se la acercó al pecho, revelando nuevamente su vello púbico. Apretó los labios contra la rodilla y miró por encima a través del jardín.

—No sé qué hacer.

Hel la observó con los ojos medio cerrados, ¡Pobre muchacha ridícula y confusa! Buscando en la vida un propósito y una exaltación, cuando su cultura y ambiente la condenaban a emparejarse con mercaderes y a procrear ejecutivos publicitarios. Estaba asustada y aturdida, pero no dispuesta por completo a renunciar a su aventura con el peligro y la trascendencia, regresando a una vida de planes y posesiones.

—Realmente, no tiene mucho donde elegir. Tendría que volver a su casa. Me encantará pagarle el viaje.

—No puedo hacer eso.

—No puede hacer otra cosa.

Durante un momento, Hanna estuvo chupándose distraída la rodilla.

—Mr. Hel… ¿puedo llamarle Nicholai?

—Evidentemente, no.

—Mr. Hel, ¿está usted diciéndome que no tiene intención de ayudarme, lo he entendido bien?

—Estoy ayudándole cuando la aconsejo que regrese a su casa.

—¿Y si me opongo? ¿Y si continúo adelante con el plan por mi cuenta y riesgo?

—Fracasaría usted… y seguramente moriría.

—Lo sé. La cuestión es, ¿me permitiría usted que lo intentara yo sola? ¿Su sentido de la gratitud con mi tío le permitiría hacer eso?

—Está usted fanfarroneando.

—¿Y si no lo estoy?

Hel miró a lo lejos. Era posible que esta burguesita bobalicona fuese lo bastante torpe para arrastrarle a él en el asunto, o, por lo menos, hacerle decidir hasta dónde llegaban la lealtad y el honor. Estaba Hel disponiéndose a ponerla a prueba, y ponerse a prueba él mismo, cuando presintió la próxima presencia que reconoció ser la de Pierre, y se volvió para ver al jardinero que se acercaba arrastrando los pies procedente del castillo.

—Buenas tardes, *m'sieur, m'selle*. Debe de ser agradable disponer de tiempo libre para poder tomar el sol. —Y del bolsillo de su bata azul de trabajo sacó una hoja de papel doblada que entregó a Hel con gran

solemnidad, explicando después que no podía quedarse allí, pues había un millar de cosas que hacer, y se encaminó hacia el jardín y su portería junto a la entrada, pues era la hora de amenizar el día con otro vasito.

Hel leyó la nota.

La dobló y se golpeó suavemente los labios con ella.

—Al parecer, Miss Stern, quizá no tengamos la libertad de elegir como creíamos. Han llegado a Tardets tres extranjeros que están haciendo preguntas sobre mí, y, lo que es más significativo, sobre usted.

Me los describen como ingleses o *amérlos*, la gente del pueblo no podría distinguir esos acentos. La Policía especial francesa les acompañó, mostrándoles amplia colaboración.

—Pero, ¿cómo pueden saber ellos que estoy aquí?

—Hay mil modos de saberlo. Sus amigos, los que mataron en Roma, ¿llevaban encima sus billetes de avión?

—Supongo que sí. De hecho, sí, los llevaban. Cada uno de nosotros llevaba su billete. Pero no eran hasta aquí; sólo hasta Pau.

—Está suficientemente cerca. No soy un desconocido total para ellos.

Hel sacudió la cabeza ante esta evidencia adicional de aficionado. Los profesionales siempre compran los billetes hasta lugares mucho más allá de su destino, porque las reservas quedan registradas en computadoras y, por tanto, llegan al conocimiento de las organizaciones del Gobierno y a la Organización Madre.

—¿Quiénes cree usted que serán esos hombres?

—No lo sé.

—¿Y qué va a hacer usted?

Hel se encogió de hombros.

—Invitarles a cenar.

Tras separarse de Hanna, Hel permaneció durante media hora sentado en su jardín, contemplando la acumulación de panzudas nubes tempestuosas alrededor de los peñascos de las montañas y meditando sobre la posición de las piezas en el tablero. Llegó a dos conclusiones casi al mismo tiempo. Aquella noche llovería, y el proceder más sensato sería el de acometer al enemigo.

Desde el cuarto de armas llamó por teléfono al «Hotel Dabadie», en donde los norteamericanos se habían alojado. Fueron necesarias ciertas negociaciones. Los Dabadie enviarían los tres *amérlos* al castillo para que cenaran allí aquella noche, pero quedaba el problema de la comida que ellos habían preparado para sus huéspedes. Después de todo, un hotel obtiene sus beneficios con las comidas, no con las habitaciones. Hel les aseguró que la única manera correcta y justa de solucionarlo consistía en incluir las cenas no consumidas en su cuenta. Dios sabía que no era por culpa de los Dabadie por lo que los extranjeros decidieran en el último momento cenar con M. Hel. El negocio es el negocio. Y considerando que desperdiciar la comida no es grato a los ojos de Dios, quizá lo mejor sería que los Dabadie se comiesen ellos las cenas, invitando al cura a compartirlas.

Encontró a Hana leyendo en la biblioteca, usando las extrañas y pequeñas gafas rectangulares que necesitaba para trabajar de cerca. Miró a Hel por encima de las gafas cuando él entró.

—¿Invitados a cenar? —preguntó.

Hel le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Sí. Tres. Norteamericanos.

—¡Qué bien…! Con Hanna y Le Cagot, será una verdadera fiesta.

—Efectivamente.

Hana colocó un punto en el libro y lo cerró.

—¿Significa esto que hay problemas, Nikko?

—Sí.

—¿Tiene algo que ver con Hanna y su problema?

Hel asintió con la cabeza.

Hana le dedicó una sonrisa.

—Y justamente esta mañana estabas invitándome a quedarme aquí contigo durante medio año, intentando seducirme con la gran paz y soledad de tu casa.

—Pronto estará tranquila. Después de todo, me he retirado.

—¿Puede uno retirarse? ¿Puede uno retirarse por completo de una profesión como la tuya? En fin, si vamos a tener invitados, debo enviar alguien al pueblo. Hanna necesitará algún vestido. No puede asistir a la

cena con esos pantaloncitos, especialmente si consideramos su actitud desdeñosa por las posturas modestas.

—¿Ah, sí? No lo había notado.

Un saludo escandaloso desde la *alleé*, un portazo de la *porte-fenêtre* que hizo resonar el cristal, la búsqueda ruidosa hasta encontrar a Hana en la librería, un fuerte abrazo con un beso estrepitoso en cada mejilla, una voz reclamando un poco de hospitalidad en forma de un vaso de vino, y todos en la casa ya sabían que Le Cagot había regresado de sus asuntos en Larrau.

—Vamos, ¿y dónde está esa jovencita pechugona de quien todo el mundo habla en el valle? Traédmela. ¡Dejad que se enfrente con su destino!

Hana le dijo que la joven estaba durmiendo, pero que Nicholai se encontraba trabajando en el jardín japonés.

—No quiero ver a Nikko. Ya he tenido bastante con su compañía durante los tres últimos días. ¿Te ha hablado de mi cueva? Prácticamente, tuve que arrastrar a tu hombre por ella. Es triste confesarlo, pero se está volviendo viejo, Hana. Ya es hora de que medites sobre tu futuro y busques a un hombre sin edad. ¿Quizás un robusto poeta vasco?

Hana se echó a reír y le dijo que su baño estaría listo dentro de media hora.

—Y después del baño, podrías acicalarte un poco; tenemos invitados a cenar.

—¡Ah, público! Bien. Muy bien. Voy a buscar un poco de vino a la cocina. ¿Trabaja para vosotros todavía aquella joven portuguesa?

—Hay varias.

—Voy a examinarlas. Y espera cuando me veas con mi traje nuevo. Hace un par de meses me compré unas prendas de fantasía y todavía no he tenido ocasión de lucirlas. Una sola mirada hacia mí, y vas a derretirte, por las pelotas…

Hana le miró de soslayo, y Le Cagot al instante moderó su lenguaje.

—… por el éxtasis de santa Teresa. De acuerdo, me voy a la cocina. —Y marchó por la casa, dando portazos y gritando que quería vino.

Hana sonrió al marcharse Le Cagot. Desde el primer momento, Le Cagot se sintió atraído hacia Hana, y su tosca manera de demostrar su

aprobación consistía en mantener un muro firme de galantería hiperbólica. Por su parte, a ella le complacían sus modales toscos y honrados, satisfecha de que Nicholai tuviera un amigo tan leal y divertido como este vasco mítico. Hana pensaba en Le Cagot como en una figura mítica, un poeta que se había creado un carácter romántico remoto y que se pasaba la vida desempeñando el papel que había creado. Hana había preguntado en cierta ocasión a Hel qué había sucedido para que el poeta se protegiera con aquella fachada picaresca, de ópera bufa. Hel no pudo darle detalles, pues hacerlo hubiera significado traicionar una confidencia, confidencia que ni Le Cagot se había dado cuenta al hacer, porque la conversación tuvo lugar una noche en que Le Cagot estaba deprimido por la tristeza y la nostalgia, y muy borracho. Hacía muchos años que el joven poeta sensible que últimamente asumió la persona de Le Cagot había sido un erudito de la literatura vasca y desempeñaba un cargo en la Universidad de Bilbao. Se casó con una muchacha vasco-española, bella y gentil, y tuvieron un hijo. Una noche, por razones confusas, se unió a una demostración estudiantil contra la represión de la cultura vasca. Su esposa iba con él, aunque ella no tenía ningún interés personal en la política. La Policía dispersó la manifestacíón abriendo fuego. Mataron a su esposa. Le Cagot fue arrestado y pasó los tres años siguientes en la cárcel. Cuando escapó, se enteró que su hijo había muerto mientras él estaba preso. El joven poeta se entregó a la bebida, participando en acciones anárquicas y terriblemente violentas contra el Gobierno. Lo arrestaron otra vez, y cuando escapó de nuevo, el poeta joven había dejado de existir. En su lugar estaba Le Cagot, la invulnerable caricatura que se convirtió en una leyenda popular por sus versos patrióticos, su participación en las causas separatistas vascas y su personalidad más imponente que la propia vida, por la que recibía invitaciones para dar conferencias y leer su poesía en todas las Universidades del mundo occidental. El nombre que dio a su persona lo sacó de los cagots, una antigua raza de intocables que habían practicado una variante de la cristiandad que les atrajo el rencor y el odio de sus vecinos vascos. Los cagots buscaron un alivio a las persecuciones en una petición al Papa León X en 1514, que al principio se les garantizó, pero las

indignidades y las restricciones continuaron hasta finales del siglo XIX, cuando dejaron de existir como una raza distinta. Su persecución tomó muchas formas. Debían llevar en sus ropas el signo distintivo de Le Cagot, en forma de una huella de ganso. No podían caminar descalzos. No podían llevar armas. No podían frecuentar los lugares públicos, e incluso al entrar en la iglesia debían hacerlo por una puertecilla baja lateral, construida especialmente para ese propósito, puerta que puede encontrarse todavía en muchas iglesias de pueblo. Durante la misa, no podían sentarse cerca de los demás o besar la cruz. Podían arrendar tierras y cultivarlas, pero no podían vender el producto. No podían casarse o tener relación sexual con personas que no fuesen de su raza, bajo pena de muerte.

Todo lo que les restaba eran los trabajos artesanales. Durante muchos siglos, por restricción y privilegio al mismo tiempo, fueron los únicos leñadores, carpinteros y ebanistas del país. Más tarde, también se convirtieron en los albañiles y tejedores vascos. A causa de sus cuerpos contrahechos, se les consideraba divertidos, y se convirtieron en los músicos ambulantes y comediantes de su tiempo, y la mayor parte de lo que ahora es llamado arte popular vasco y folklore fue creado por los despreciados cagots.

Aunque se supuso durante mucho tiempo que los cagots eran una raza aparte, esparcida por la Europa Oriental huyendo del avance de los visigodos hasta quedar depositados, como la morrena transportada por el glaciar, en la indeseable tierra de los Pirineos, la evidencia moderna indica que fueron grupos aislados de leprosos vascos, separados al principio por razones profilácticas, disminuidos físicamente en razón de su enfermedad, y que con el tiempo adquirieron unas características distintas a causa de sus matrimonios consanguíneos forzosos. Esta teoría justifica las diversas limitaciones impuestas en su libertad de acción.

La tradición popular cuenta que los cagots y sus descendientes no tienen lóbulos en las orejas. Hoy día, todavía, en los pueblos vascos más tradicionales, se perfora las orejas a las niñas de cinco o seis años y se les cuelgan pendientes. Sin saber el origen de la tradición, las madres

responden a la antigua práctica de demostrar que sus hijas tienen lóbulos de los cuales colgar pendientes.

En la actualidad, los cagots han desaparecido, ya sea por haberse debilitado y extinguido, ya sea por haberse mezclado lentamente con la población vasca (aunque es arriesgado sugerir esta última posibilidad en un bar vasco), y su nombre ha caído en desuso, excepto como un nombre despectivo para designar mujeres viejas torcidas.

El joven poeta, cuya sensibilidad quedó cauterizada por los acontecimientos, escogió Le Cagot como su seudónimo para llamar la atención a la precaria situación de la cultura vasca contemporánea, que se halla en peligro de desaparecer, como los desaparecidos trovadores y juglares de los tiempos antiguos.

Un poco antes de las seis, Pierre caminaba tambaleándose por la plaza de Etchebar, y hasta tal punto los vasos de vino regulares que había tomado durante el día le habían liberado de la tiranía de la gravedad, que navegaba hacia el «Volvo» dando bandazos. Había sido enviado al pueblo para recoger dos conjuntos que Hana había encargado por teléfono después de pedirle a Hanna sus medidas traduciéndolas a las normas europeas. Después de los vestidos, Pierre debía recoger en el «Hotel Dabadie» los tres invitados a cenar. No habiendo acertado por dos veces la manecilla de la puerta, Pierre inclinó hacia el rostro el borde de su boina y concentró toda su atención en la tarea, que no era pequeña, de meterse en el coche, cosa que eventualmente consiguió, pero se dio una palmada en la frente al recordar una omisión. Salió nuevamente con muchas dificultades, para dar un puntapié desviado al guardabarros posterior imitando el ritual de M’sieur Hel, y de nuevo regresó con muchas dificultades al asiento del conductor. Con su instintiva desconfianza vasca por las cosas mecánicas, Pierre limitaba sus opciones de velocidad a retroceso y marcha corta, conduciendo con la mariposa totalmente abierta, usando toda la carretera y ambos márgenes.

Conseguía esquivar las ovejas, las vacas, los hombres y a los despistados que aparecían súbitamente frente a su auto, dando una vuelta brusca al volante y regresando después a la carretera por puro reflejo. Había

renunciado a utilizar el freno de pedal, e incluso consideraba el freno de mano como un mecanismo exclusivamente para estacionarse. Solía detenerse sin desembragar, evitándose la molestia de tener que desconectar el motor que siempre se calaba cuando llegaban a su destino y Pierre tiraba del freno de mano. Afortunadamente para los campesinos y los aldeanos, entre el castillo y Tardets el ruido de la carrocería medio desmantelada del «Volvo» resonando estridente y el rugido del motor a toda velocidad en marcha corta precedía a Pierre en más de medio kilómetro, y normalmente había tiempo para protegerse detrás de los árboles o saltar por encima de los muros de piedra. Pierre estaba justificadamente orgulloso de sus habilidades como conductor, pues nunca había tenido un accidente, cosa tanto más notable cuanto que había que considerar a los conductores descuidados y locos que con frecuencia pasaban por su lado y que Pierre muy a menudo veía girando bruscamente y acabando en los márgenes o en las aceras, o chocando entre sí, mientras que él pasaba rugiendo por las señales de *stop* o recorría una calle en contra dirección. Pero a Pierre no le molestaba tanto la torpe negligencia de estos otros conductores, como su grosería descarada, pues a menudo le habían insultado vulgarmente a gritos, y eran incontables las veces que había visto por el retrovisor un dedo, un puño o incluso un antebrazo, indicándole una irritada *figue*.

Pierre detuvo el coche en la plaza de Tardets, con una sacudida del motor que tosió y se caló, y después salió como pudo del vehículo, dándose un golpe en el dedo gordo del pie. Se dedicó seguidamente a hacer los encargos, el primero de los cuales fue compartir un vasito amistoso con sus viejos amigos.

Nadie se extrañaba de que Pierre siempre diera un puntapié al automóvil, después de entrar o salir de él, pues golpear «Volvos» era una práctica general en el sudoeste francés y hasta podía encontrarse quien lo hacía en París. Realmente, el rito de dar trastazos a los «Volvos», que los turistas llevaban a los centros cosmopolitas de todo el mundo, se estaba convirtiendo poco a poco en una actividad mundial de culto, y esto complacía mucho a Nicholai Hel, puesto que él había iniciado el rito.

Hacía algunos años, buscando un vehículo que sirviera para todo uso en el castillo, Hel había seguido el consejo de un amigo y compró un «Volvo», suponiendo que un automóvil tan caro, que no ofrecía belleza, comodidad, velocidad y economía de combustible, debía tener algo más que lo recomendara. Y se le aseguró que ese algo era duración y buen servicio. Al tercer día comenzó su batalla con el óxido, y ciertos pequeños errores de construcción, diseño y montaje (ruedas mal alineadas que desgastaban los neumáticos a los cinco mil kilómetros, un limpiaparabrisas que delicadamente esquivaba el contacto con el cristal, un cierre en la portezuela posterior que exigía dos manos para cerrarse, de modo que la carga y descarga era una comedia burlesca de movimientos inútiles) requirieron que Hel llevara con frecuencia el coche al vendedor que vivía a unos ciento cincuenta kilómetros. El vendedor opinaba que estos problemas correspondían al fabricante, y el punto de vista del fabricante era que la responsabilidad recaía sobre el intermediario; y como después de algunos meses de estar recibiendo cartas corteses, pero vagas, en las que la compañía le manifestaba su pesar, Hel decidió resignarse y dedicar el auto a las tareas más rudas de transporte de ganado y para llevar equipos, subiendo por los difíciles caminos de montaña, con la esperanza de que pronto se destrozara y justificase la compra de otro vehículo con una infraestructura de servicio más segura. Tristemente, aunque falló la propaganda de la empresa en cuanto al servicio de mantenimiento, eran ciertas las afirmaciones respecto a duración del auto, pero ello le proporcionó escaso consuelo ante la amenaza de que sus problemas con el vehículo se mantendrían durante algunos años.

Habiendo observado las habilidades de Pierre como chófer, Hel pensó que acortaría su tormento dejando que Pierre condujera el automóvil siempre que lo deseara. Pero su plan no dio resultado, porque el irónico destino protegió a Pierre de accidentes. De modo que Hel acabó aceptando su «Volvo» como una de las cargas cómicas de la vida, pero se permitió airear su frustración dando puntapiés o trastazos al auto cada vez que subía o bajaba de él.

No pasó mucho tiempo sin que sus compañeros de espeleología adquirieran el hábito de dar un trastazo al «Volvo» de Hel, siempre que pasaban junto al vehículo, al principio como una broma y después como una costumbre. Muy pronto, ellos y los jóvenes con los que viajaban comenzaron a aporrear cualquier «Volvo» que pasara por su lado. Y siguiendo ese ilógico sistema de la moda, comenzó a difundirse la costumbre de dar trastazos a los «Volvos», como manifestación antiestacionamiento en un lugar, y en otros como manifestación de exuberancia juvenil, aquí como expresión de antimaterialismo, y allí como manifestación de estar «en el ajo» del culto.

Incluso los propietarios de los «Volvos» comenzaron a aceptar esa obsesión aporreante, pues su aceptación demostraba que se movían en círculos que estaban al día internacionalmente. Y había casos de propietarios que en secreto golpeaban sus propios «Volvos», para ganar una inmerecida reputación de cosmopolitas. Corrían insistentes rumores, aunque probablemente falsos, de que la fábrica «Volvo» pensaba introducir un modelo a prueba de golpes, esforzándose por interesar a los elegantes en un coche que lo había sacrificado todo por la seguridad del pasajero (a pesar de utilizar neumáticos «Firestone 500» en muchos modelos) y atrayendo principalmente a los egoístas acomodados que suponían que la preservación de sus vidas era importante para el destino del Hombre.

Después de ducharse, Hel encontró preparado en el cuarto de vestir su traje eduardiano negro de paño fino, destinado a proteger, ya fuese a los invitados vestidos en traje corriente de negocios o a los que vestían trajes formales de etiqueta, para que no se sintieran poco o demasiado vestidos. Cuando encontró a Hana en la parte superior de la escalera principal, ella llevaba un vestido largo de estilo cantones, con la misma ambigüedad social que el traje de Hel.

—¿Dónde está Le Cagot? —preguntó Hel mientras ambos bajaban a un pequeño salón para esperar a sus huéspedes—. He sentido su presencia varias veces durante el día, pero no le he visto ni oído.

—Supongo que estará en su habitación vistiéndose. —Hana rió levemente—. Me ha dicho que voy a impresionarme tanto con su nuevo

traje que caeré amorosamente en sus brazos.

—¡Oh, Dios! —El gusto de Le Cagot en cuanto a vestir, como en la mayor parte de sus cosas, se inclinaba pesadamente hacia un énfasis operístico—. ¿Y Miss Stern?

—Ha permanecido en su habitación la mayor parte de la tarde. Evidentemente, le has proporcionado un mal rato con tu charla.

—¡Hummm!

—Bajará poco después de que llegue Pierre con los vestidos que he encargado para ella. ¿Quieres que te diga el menú?

—No, estoy seguro que es perfecto.

—Perfecto, no, pero sí adecuado. Esos invitados nos han brindado la oportunidad de librarnos del corzo que el viejo Monsieur Ibar nos regaló. Ha estado colgando durante una semana, de modo que ya estará a punto. ¿Hay algo especial que yo deba saber de los invitados?

—No los conozco. Supongo que son enemigos.

—¿Y cómo debo tratarles?

—Como a cualquier otro invitado en nuestra casa. Con ese encanto especial tuyo que hace que todos los hombres se sientan interesantes o importantes. Quiero que esa gente quede sorprendida e insegura. Son norteamericanos. Del mismo modo que tú y yo no nos sentiríamos bien en una barbacoa, ellos sufren de vértigo social en una cena formal. Incluso su *gratin*[39], la flor y nata, culturalmente son tan falsos como la cocina de las aerolíneas.

—¿Qué es una «barbacoa»?

—Un rito primitivo tribal, representado con platos de papel, codos, insectos voladores, carne pegada, *hush puppies*[40], y cerveza.

—No me atrevo a preguntarte qué es un *hush puppy*.

—Es mejor que no lo hagas.

Se sentaron uno junto a otro en el salón a media luz, con sus dedos en contacto. El sol había descendido ya por detrás de las montañas y a través de las *porte-fenêtres* podían contemplar un brillo plateado que parecía surgir del fondo del parque, llenando su ligera luz los espacios entre los

pinos negroverdosos, efecto que se convertía en mutable y valioso, por la amenaza de una próxima tempestad.

—¿Cuánto tiempo viviste en Norteamérica, Nikko?

—Unos tres años, justamente después de salir del Japón. De hecho, poseo todavía un apartamento en Nueva York.

—Siempre he deseado visitar Nueva York.

—Te desilusionaría. Es una ciudad asustada en la que todo el mundo está entregado a una persecución, ardiente y limitada, del dinero: los banqueros, los ladrones, los negociantes, las prostitutas. Si caminas por las calles de Nueva York y te fijas en sus ojos, verás dos cosas: miedo y furia. Son gentes que se refugian detrás de puertas con tres cerrojos. Luchan con hombres que no odian, y hacen el amor con mujeres que no aman. Sobre el mar, en una ciudad mestiza, toman prestado las sobras y los desperdicios de las culturas del mundo. El *kir* es una bebida popular entre aquellos desesperados que quieren «figurar» y beben «Perrier», aunque tienen una de las mejores aguas del mundo en la ciudad de Saratoga. Sus mejores restaurantes franceses ofrecen lo que nosotros clasificaríamos como una comida de treinta francos, aunque ellos pagan diez veces más, y el servicio se caracteriza por una insoportable insolencia por parte del camarero que suele ser un campesino incompetente que sólo sabe leer el menú. Pero a los norteamericanos les encanta que los camareros les traten mal. Es su única manera de apreciar la calidad de la comida. Por otra parte, sí uno ha de vivir en una ciudad americana, en el mejor de los casos un castigo cruel y poco corriente, es mejor que viva en Nueva York antes que en una de las ciudades artificiales tierra adentro. Nueva York, por lo menos, tiene algunas cosas buenas. Harlem posee un auténtico ambiente. La biblioteca municipal es adecuada. Hay un hombre llamado Jimmy Fox, que es el mejor *barman* de Norteamérica. Y en dos ocasiones distintas hemos conversado sobre la naturaleza del *shibui*, naturalmente, no del *shibumi*. Es mucho más apropiado a nivel de la mente mercantil hablar de las características de lo bello que discutir la naturaleza de la belleza.

Hana frotó una larga cerilla y encendió una lámpara que había encima de la mesa, frente a ellos.

—Pero recuerdo que en cierta ocasión me dijiste que disfrutabas en tu casa de Norteamérica.

—¡Oh!, eso no era en Nueva York. Poseo unas dos mil hectáreas en el Estado de Wyoming, en las montañas.

—Wy-om-ing. Un nombre con sabor romántico. ¿Es bello?

—Más sublime que bello, diría yo. Es demasiado escabroso y áspero para ser bello. Podría compararse a esta región de los Pirineos como un boceto a tinta y una pintura terminada. Buena parte de la tierra abierta norteamericana, es atractiva. Desgraciadamente, está poblada por los norteamericanos. Pero, naturalmente, se podría decir algo parecido de Grecia o de Irlanda.

—Sí, entiendo lo que quieres decir. He estado en Grecia. Trabajé allí un año, contratada por un magnate naviero.

—¿Ah, sí? Nunca me lo has contado.

—Realmente, no había nada que contar. Era muy rico y muy vulgar, y andaba en pos de clase y categoría, por lo general, por medio de esposas espectaculares. Mientras estuve a su servicio, le rodeé de una comodidad tranquila. No me hizo otras demandas. Por aquel entonces, no había otras demandas que pudiera hacerme.

—Entiendo. Ah… aquí viene Le Cagot.

Hana no había oído nada, porque Le Cagot bajaba las escaleras sigilosamente para sorprenderles con su esplendor ostentoso. Hel sonrió para sí, porque el aura que precedía a Le Cagot contenía las características de travesura infantil y una divertida socarronería.

Le Cagot apareció en la puerta, medio llenando el umbral con su volumen, los brazos en forma de cruz para exhibir su elegante atuendo nuevo.

Obviamente, aquel traje procedía de una tienda dedicada a trajes de teatro. Era un conjunto ecléctico, aunque dominaba el impulso *fin-de-siécle*, el cuello envuelto en seda blanca en vez de corbata y un chaleco de rico brocado con hilera doble de lustrosos botoncitos de piedra del Rin. La levita negra era larga y la vuelta de las solapas de seda color gris. Con su cabello todavía mojado, partido por el medio y su poblada barba que le cubría la

mayor parte de la corbata Le Cagot tenía cierta apariencia de un Tolstoi de mediana edad vestido como un jugador del Mississippi. La gran rosa amarilla que había prendido en su solapa era correcta, por alguna extraña razón, de acuerdo con aquella amalgama de sólido mal gusto. Caminó de uno a otro lado agitando su largo *makila* como un bastón de paseo. El *makila* había estado en su familia durante muchas generaciones, y su vara de fresno pulimentado presentaba algunas muescas y dientes, faltando un poco del puño de mármol, testimonio de su uso por abuelos y tatarabuelos como arma defensiva. El puño de un *makila* se desenrosca dejando al descubierto una hoja de veinte centímetros designada para la estocada mientras que el extremo que queda en la mano izquierda se utiliza para quites cruzados y su pesado puño de mármol es una contundente arma para golpear. Aunque actualmente el uso del *makila* queda restringido a efectos decorativos y ceremoniales, en otros tiempos gozó de gran importancia en la seguridad personal del hombre vasco que por la noche viajaba solo por un camino o vagabundeando por las altas montañas.

—Es un traje maravilloso —exclamó Hana con sinceridad excesiva.

—¿No es verdad? ¿No es verdad?

—¿Cómo has adquirido este… traje? —preguntó Hel.

—Me lo dieron.

—¿Como resultado de haber perdido una apuesta?

—Claro que no. Me lo regaló una mujer en agradecimiento por… bueno, entrar en detalles no sería muy galante. Y bien, ¿cuándo se come en esta casa? ¿Dónde están esos invitados tuyos?

—En este momento se acercan por la *allée* —dijo Hel, levantándose y cruzando hacia el vestíbulo central.

Le Cagot echó una ojeada por la *porte-fenêtre*, pero no pudo ver nada porque el atardecer y la tempestad habían presionado los últimos destellos dentro de la tierra. Sin embargo, se había acostumbrado ya a la sensibilidad de Hel y, por tanto, creyó que afuera había alguien. En el momento en que Pierre iba a alcanzar la manecilla del tirador de la campanilla, Hel abrió la puerta. Los candelabros del vestíbulo estaban detrás de él, de modo que él podía observar las caras de sus tres invitados, mientras que su rostro

permanecía en la sombra. Uno de ellos era obviamente el jefe; el segundo era un tipo pendenciero de la CIA, de la clase del 53, y el tercero, un árabe de personalidad indefinida. Los tres daban muestras de un agotamiento emocional reciente, resultado de su viaje en automóvil, montaña arriba, con los faros apagados y Pierre haciendo demostraciones de sus extraordinarias habilidades como conductor.

—Entren, por favor —les invitó Hel, colocándose a un lado de la puerta y dejándoles pasar ante él al vestíbulo de recepción, en donde Hana salió a recibirles con una sonrisa.

—Han sido muy amables en aceptar nuestra invitación con tan breve tiempo. Soy Hana. Éste es Nicholai Hel. Y éste es nuestro amigo, Monsieur Le Cagot. —Hana les tendió la mano.

El jefe recuperó el aplomo.

—Buenas noches. Éste es Mr. Starr. Mr… Haman. Y yo soy Mr. Diamond. —El primer rugido del trueno puntuó su última palabra.

Hel se echó a reír.

—Esto habrá sido molesto para usted. La Naturaleza parece sentirse melodramática.

TERCERA PARTE

SEKI

CASTILLO DE ETCHEBAR

Desde el momento en que pasaron por la angustiosa experiencia de ser conducidos por Pierre en el abollado «Volvo», los tres invitados no consiguieron pisar firmemente el terreno social. Diamond había confiado en ir al grano inmediatamente con Hel, pero era evidente que eso no iba a ser posible. Mientras Hana acompañaba el grupo hasta el salón azul y dorado para saborear un vaso de «Lillet» antes de la cena, Diamond se quedó rezagado y le dijo a Hel:

—Supongo que usted se estará preguntando por qué…

—Después de la cena.

Diamond se puso rígido casi imperceptiblemente, pero en seguida sonrió medio inclinando la cabeza en un gesto que lamentó al instante, por considerarlo teatral. ¡Ese maldito estruendo del trueno!

Hana llenó los vasos y distribuyó canapés mientras llevaba la conversación, de tal manera que Darryl Starr muy pronto se dirigía a ella llamándola «Ma’am», convencido de que su interés por Texas y las cosas de Texas descubría la fascinación que él había ejercido en aquella bella mujer, y el miembro del Frente de Liberación de Palestina llamado Haman hacía muecas y movimientos de cabeza cada vez que ella se interesaba por su comodidad y bienestar. Incluso Diamond muy pronto se encontró recordando impresiones sobre el País Vasco sintiéndose a un mismo tiempo lúcido y clarividente. Los cinco hombres se levantaron cuando Hana se excusó, diciéndoles que tenía que atender a la joven que cenaría con ellos.

Cuando Hana salió, reinó un espeso silencio, y Hel dejó que se mantuviera ese ambiente ligeramente molesto, mientras observaba divertido y distante a sus invitados.

Fue Darryl Starr quien hizo una observación pertinente para llenar el vacío.

—Bonito lugar tiene usted aquí.

—¿Le gustaría ver la casa? —preguntó Hel.

—Bueno… no, no se moleste por mí.

Hel dijo aparte algunas palabras a Le Cagot, que se acercó a Starr y, con tosca afabilidad, le sacó de la butaca cogiéndole por el brazo ofreciéndose a enseñarle el jardín y el cuarto de armas. Starr explicó que se sentía muy cómodo en donde estaba, gracias, pero la mueca de Le Cagot iba acompañada de una dolorosa presión en la parte superior del brazo del norteamericano.

—No irá usted a negarme este capricho, amigo mío —dijo el vasco.

Starr se encogió de hombros, lo mejor que pudo, y le siguió.

Diamond estaba inquieto, dividido entre el deseo de controlar la situación, y un impulso, que reconoció como infantil, de demostrar que sus gracias sociales estaban a la altura de la sofisticación de Hel. Se dio cuenta de que ambos, él y la ocasión, estaban siendo manejadas, y sentía resentimiento. Por decir algo, mencionó:

—Veo que usted no bebe nada antes de la cena, Mr. Hel.

—Así es.

Hel no tenía ninguna intención de proporcionar a Diamond el consuelo de seguirle la conversación. Simplemente, absorbería cada gesto y dejaría en todo momento a Diamond la iniciativa. Diamond rió suavemente y dijo:

—Creo que debería decirle que su chófer es realmente un conductor muy raro.

—¿Sí?

—Sí. Aparcó el automóvil en la plaza del pueblo y tuvimos que caminar el resto del camino. Estaba seguro de que nos sorprendería la tormenta.

—Yo no permito automóviles en mi propiedad.

—Sí, pero después de haber estacionado el automóvil dio un puntapié a la puerta delantera, y estoy seguro que la habrá abollado.

Hel frunció el entrecejo y dijo:

—¡Qué raro! Tendré que hablarle al respecto.

En ese momento, Hana y Miss Stern se unieron a los hombres, la joven con aspecto elegante y deseable, con un vestido veraniego de cóctel que ella había elegido entre los que Hana le había comprado. Hel observó atentamente a Hanna mientras era presentada a los dos hombres, admirando a su pesar su control y tranquila indiferencia frente a aquellos hombres que habían planeado la muerte de sus camaradas en Roma. Hana indicó a la norteamericana que se sentara junto a ella e inmediatamente hizo que la atención se concentrara en la juventud y belleza de Hanna, guiándola de tal manera que únicamente Hel pudo percibir las trazas del vértigo que Hanna estaba experimentando ante la realidad. En cierto momento, se cruzaron sus miradas y Hel movió la cabeza ligeramente demostrando su aprobación por el aplomo de ella. A fin de cuentas, aquella muchacha tenía madera. Quizá si estuviera en compañía de una mujer como Hana durante cuatro o cinco años… ¿quién sabe?

Se oyó una escandalosa carcajada desde el vestíbulo y Le Cagot regresó, con su brazo alrededor de los hombros de Starr. El tejano parecía algo aturdido y traía alborotado el cabello, pero la misión de Le Cagot había sido cumplida; la funda del revólver bajo la axila izquierda de Starr estaba ahora vacía.

—No sé cómo estaréis vosotros, amigos míos —dijo Le Cagot con su inglés recargado de acento con la *r* regruñida del francoparlante que finalmente ha conquistado esa difícil consonante—, ¡pero yo estoy famélico! *¡Bouffons!*[41] ¡Podría comer por cuatro!

La cena, servida a la luz de dos candelabros colocados sobre la mesa y bombillas en candelabros de pared, no fue ostentosa, pero sí buena: salmón del *gave*[42] local, corzo en salsa de cereza, verduras del huerto cocinadas al estilo japonés y, finalmente, una ensalada de verduras antes de los postres de fruta y quesos. Cada plato iba acompañado de su vino correspondiente, y el problema especial de la caza servida con una salsa de fruta se solucionó con un vino rosado fino, que, aunque no podía realzar los sabores, tampoco los contradecía. Diamond observó, con un poco de inquietud, que Hel y Hana sólo comían arroz y verduras en la primera parte de la cena, aunque se unieron a los demás en la ensalada. Además, aunque la anfitriona bebió

vino con el resto de los comensales, en el vaso de Hel sólo se vertía una pequeñísima cantidad de cada botella, de modo que finalmente había bebido una cantidad inferior al contenido de un vaso.

—¿No suele usted beber, Mr. Hel? —preguntó Diamond.

—Pero si estoy bebiendo, como usted puede ver. Únicamente que dos sorbos de vino no me parecen más deliciosos que uno solo.

Opinar sobre vinos, siguiendo la moda, y disimular seudopoéticamente cuando no consiguen describir con lucidez los sabores constituye una afectación en la volubilidad social de los norteamericanos. Y Diamond se ufanaba de ser algo parecido a una autoridad en la materia. Tomó un sorbo, paladeó y examinó el rosado que acompañaba el corzo, y después dijo:

—¡Ah!, hay «Tavels», y «Tavels».

Hel frunció ligeramente el ceño.

—¡Ah…, claro! supongo que es verdad.

—Pero esto es un «Tavel», ¿no es cierto?

Ante el gesto dudoso de Hel, y su cambio diplomático de tema, Diamond sintió que la vergüenza le ponía los pelos de punta en la nuca. Había estado tan seguro de que era «Tavel»…

Durante toda la cena, Hel mantuvo un silencio distante, sus ojos dirigidos en todo momento a Diamond, aunque parecían estar enfocados ligeramente en un punto por detrás de Diamond. Por su parte, Hana conseguía hábilmente que cada uno de los invitados por turno contara historias y chistes y tanta era su demostración de gozo y diversión que todos ellos estaban convencidos de haberse superado mostrando inteligencia y encanto. Incluso Starr, que se había mostrado retraído y altanero después del rudo trato a que le había sometido Le Cagot, pronto estaba hablándole a Hana de su infancia en Flatrock, Texas, y de sus aventuras luchando contra los *gooks* en Corea.

Le Cagot, al principio, sólo se preocupó de saciar su apetito. Muy pronto, los extremos de su corbata estaban colgando y la levita a un lado, de modo que cuando llegó el momento en que estaba dispuesto a dominar la fiesta dirigiéndose al público largamente con sus historias vigorosas, y algunas veces vulgares, estaba luciendo con toda esplendidez su

espectacular chaleco con botones brillantes. Estaba sentado junto a Hanna; de pronto, alargó su gruesa y tibia mano, que colocó sobre el muslo de la muchacha, dándole un amistoso apretón.

—Dime algo, francamente, bella muchacha. ¿Estás luchando con el deseo que mi persona te inspira? ¿O ya has renunciado a luchar? Sólo te lo pregunto para saber cómo he de proceder mejor. Entretanto, ¡come, come! Necesitarás tu fortaleza. ¡Muy bien! De modo que, ustedes, son norteamericanos, ¿eh? Yo, yo he estado tres veces en Norteamérica. Por eso hablo tan buen inglés. Probablemente, podría pasar por norteamericano, ¿eh? Quiero decir, desde el punto de vista del acento.

—¡Oh!, sin duda alguna —repuso Diamond.

Estaba dándose cuenta de lo importante que era para hombres como Hel y Le Cagot la dignidad del estilo puro, aun estando frente a sus enemigos, y él también quiso demostrar que podía seguir también cualquier juego que ellos quisieran.

—Pero, naturalmente, así que la gente percibiese la verdad que brilla en mis ojos, y se oyese la música de mis pensamientos ¡se descubriría el juego! Sabrían en seguida que yo no era norteamericano.

Hel disimuló una ligera sonrisa detrás de su dedo.

—Es usted duro con los norteamericanos —comentó Diamond.

—Quizá sea así —admitió Le Cagot—. Y a lo mejor no soy justo. Aquí sólo vemos lo peorcito de ellos; comerciantes de vacaciones con sus ostentosas mujeres, militares con sus mujeres de papel pinocho masticando goma de mascar, gente joven que busca «encontrarse», y los peores, académicos cargantes que consiguen convencer a las organizaciones becarias de que el mundo mejoraría si Europa recibía el beneficio de su presencia. Algunas veces he pensado que el producto más exportado por los norteamericanos son los aturdidos profesores en salidas de recreo. ¿Es verdad que en Estados Unidos cualquier persona que ha pasado de los veinticinco años posee un título de doctor en Filosofía? —Le Cagot tenía el bocado fuertemente cogido entre los dientes, y comenzó una de sus historias de aventura, basada, como era normal, en un suceso real, pero adornando la verdad simple con tantas fantasías como se le ocurrían a

medida que iba hablando. Seguro en su experiencia de que Le Cagot dominaría la situación durante algunos minutos, Hel dejó su rostro congelado en una expresión cortés de diversión mientras su cerebro escogía y organizaba los movimientos que comenzarían después de la cena.

Le Cagot se volvió hacia Diamond.

—Voy a hacer un poco de historia para usted, el invitado norteamericano de mi amigo. Todo el mundo sabe que los vascos y los fascistas han sido enemigos desde antes del nacimiento de la Historia. Pero muy pocos conocen el auténtico origen de esta antigua antipatía. Fue por culpa nuestra, en realidad. Lo confieso finalmente. Muchos años atrás, el pueblo vasco renunció a la costumbre de cagar al lado del camino, y al hacerlo privó a la Falange de su principal fuente de nutrición. Y ésa es la verdad, lo juro por Matusalén y sus arrugadas p…

—¿Beñat? —interrumpió Hana, indicándole con la cabeza a la joven Hanna.

—… por Matusalén y sus arrugadas cejas. ¿Qué te pasa? —preguntó a Hana, mostrándose ofendido—. ¿Crees que he olvidado mis buenos modales?

Hel empujó su silla para atrás y se levantó.

—Mr. Diamond y yo tenemos algo de que hablar. Os sugiero que bebáis el coñac en la terraza. Quizá tendréis tiempo antes de que comience a llover.

Al bajar del vestíbulo principal hasta el jardín japonés, Hel cogió a Diamond del brazo.

—Permítame que le guíe; no me he acordado de traer una linterna.

—¿No? Ya sé que usted tiene un sentido místico de la proximidad, pero no sabía que también pudiera ver en la oscuridad.

—No puedo. Pero estamos en mi terreno. Quizá le convendría a usted no olvidarlo.

Hel encendió dos lámparas de petróleo en el cuarto de armas e indicó a Diamond una mesa baja sobre la que había una botella y vasos.

—Sírvase usted mismo. En seguida estaré con usted. —Acercó una de las lámparas a un estante en el que había cajones con ficheros, con un total de unas doscientas mil tarjetas.

—¿Supongo que su nombre auténtico es Diamond?

—Sí, así es.

Hel buscó la ficha correspondiente a Diamond, con todas sus referencias cruzadas.

—¿Cuáles son sus iniciales?

—Jack Q. —Diamond sonrió para sí al comprobar el fichero simple de Hel con su sofisticado sistema de información, *Fat Boy*—. No creí que hubiera ningún motivo para utilizar un alias, suponiendo que usted notaría un parecido familiar entre mí y mi hermano.

—¿Su hermano?

—¿No se acuerda usted de mi hermano?

—No, al pronto. —Hel murmuraba para sí mientras iba pasando las fichas. Como la información en las tarjetas de Hel estaba en seis idiomas, los encabezamientos estaban escritos fonéticamente—. D. D-A, D-AI, diptongo, D-AI-M… ah, aquí la tenemos. Diamond Jack Q. Sírvase un trago, Mr. Diamond. Mi sistema de fichas es algo lento y no he tenido que usarlo desde que me retiré.

Diamond quedó sorprendido al ver que Hel ni tan siquiera recordaba a su hermano. Para disimular su confusión momentánea, cogió la botella y examinó la etiqueta.

—¿«Armagnac»?

—¡Hummm! —Hel tomó nota mentalmente de la referencia cruzada y buscó las otras fichas—. Nos hallamos cerca del país del Armagnac. Lo encontrará muy bueno y muy viejo. De modo que usted es sirviente de la Organización Madre, ¿no es verdad? Puedo suponer, por tanto, que su ordenador le ha proporcionado mucha información de mi persona. Tendrá que concederme un momento para ponerme a su nivel.

Diamond cogió su copa y paseó por el cuarto de armas, contemplando las singulares armas en los estantes y soportes de las paredes. Reconoció algunas de ellas: el tubo de gas nervioso, proyectores de astillas de cristal impulsadas por aire, pistolas de hielo seco, etc. Pero otras eran totalmente extrañas para él: simples discos de metal, un mecanismo que parecía consistir en dos varitas cortas de nogal americano conectadas por una anilla

de metal, de cono parecido a un dedal que colocado en el dedo terminaba en afilada punta. Sobre la mesa, al lado de la botella de «Armagnac», encontró una pequeña automática, de fabricación francesa.

—Un tipo de armas muy corriente entre tanta pieza exótica —comentó.

Hel dio una ojeada alzando los ojos de la tarjeta que estaba leyendo.

—¡Ah!, sí, ya la observé al entrar. Realmente, no es mía. Pertenece a su hombre, ese bucólico duro de Texas. Pensé que se sentiría más a gusto sin el arma.

—El anfitrión considerado.

—Gracias. —Hel dejó a un lado la tarjeta que estaba leyendo y abrió otro cajón en busca de otra ficha—. Esa pistola nos cuenta muchas cosas. Evidentemente, usted decidió no viajar armado a causa de las enojosas inspecciones al embarcar. Así que su hombre recibió el arma después de haber llegado aquí. Su fabricación nos dice que recibió la pistola de las autoridades policiales francesas. Eso significa que usted los tiene en el bolsillo.

Diamond se encogió de hombros.

—Francia también necesita petróleo, como cualquier otro país industrial.

—Sí. *Ici on n'a pas d'huile, mais on a des idées*[43].

—¿Qué significa?

—Realmente nada. Sólo es un dicho de la propaganda interior francesa. Así que aquí leo que el mayor Diamond de Tokio era su hermano. Eso es interesante… Bueno, tiene un poco de interés. —Ahora que lo consideró, Hel encontró cierto parecido entre los dos hermanos, el rostro alargado, los intensos ojos negros más bien juntos, la nariz falciforme, el labio superior delgado y el inferior grueso y pálido y cierta intensidad en su modo de actuar.

—Creía que usted lo habría adivinado cuando oyó mi nombre por primera vez.

—Realmente, ya lo tenía bastante olvidado. Después de todo, saldamos nuestra cuenta. Así que usted comenzó a trabajar para la Organización

Madre en el Early Retirement Program[44], ¿no es verdad? Esto ciertamente concuerda con la carrera de su hermano.

Hacía algunos años, la Organización Madre había descubierto que sus ejecutivos, al atravesar la barrera de los cincuenta años, mostraban un nivel de productividad muy inferior, justamente en el momento en que la Organización les pagaba mejor. El problema fue llevado a *Fat Boy*, que presentó la solución de organizar una «División de Pronto Retiro», que llevara a cabo el despido accidental de un pequeño porcentaje de aquellos hombres, normalmente mientras se hallaban de vacaciones y que solían sufrir, por lo visto, un ataque cardíaco. La Organización ahorró considerables sumas. Diamond había ascendido a la cabeza de esta división antes de pasar a ejercer el control de la Organización Madre sobre la CIA y la NSA.

—… así que, al parecer, tanto usted como su hermano encontraron el medio de combinar su sadismo innato con los consoladores beneficios al margen de trabajar para los grandes negocios; él, el Ejército y la CIA, y usted, para las combinaciones petroleras. Ambos son producto del «sueño americano», esa enfermedad mercantil infecciosa. Dos hombres jóvenes intentando abrirse camino.

—Por lo menos, ninguno de nosotros dos terminamos como asesinos a sueldo.

—Bobadas. Cualquier hombre que trabaja para una organización que crea la polución, agota las minas y contamina el aire y el agua es un criminal. El hecho de que usted y su no lamentado hermano maten desde un ángulo institucional y patriótico, no significa que no son criminales… sólo quiere decir que ustedes son cobardes.

—¿Cree usted que un cobarde habría venido a su cubil como yo lo he hecho?

—Cierto tipo de cobarde sí lo haría. Un cobarde que tuviese miedo de su propia cobardía.

Diamond rió suavemente.

—Realmente, usted me odia, ¿no es verdad?

—De ninguna manera. Usted no es una persona, usted es el hombre de una organización. Uno no podría odiarle a usted como individuo; sólo podría odiarse el *phylum*[45]. De todas maneras, usted no es el tipo de hombre que provoque una emoción tan intensa como el odio. Decir asco sería más apropiado.

—Sin embargo, a pesar de su menosprecio, a causa de su nobleza y educación privada, son personas como yo, lo que usted despreciativamente llama la clase comercial, los que le contratan y le envían para que les haga su trabajo sucio.

Hel se encogió de hombros.

—Siempre ha ocurrido así. Durante todo el curso de la Historia, los mercaderes se han agazapado detrás de los muros de sus ciudades, mientras los paladines luchaban por protegerlos, y en agradecimiento los mercaderes los han adulado y reverenciado inclinándose ante ellos. Realmente, no se les puede culpar. No han sido criados para el valor. Y, lo que es más significativo, no se puede tener valentía en un Banco. —Hel leyó la última ficha informativa apresuradamente y la arrojó al montón para ser colocada de nuevo en el fichero más tarde—. Muy bien, Diamond. Ahora ya sé quién es usted y lo que es. Por lo menos sé sobre usted todo lo que necesito, o deseo, saber.

—¿Supongo que su información proviene de *el Gnomo*?

—Buena parte de ella proviene de la persona que usted llama *el Gnomo*.

—Daríamos muchísimo por saber cómo llegan hasta ese hombre los datos.

—No lo dudo. Naturalmente, yo no se lo diría, aunque lo supiera. Pero el hecho es que no tengo ni la más ligera idea.

—Pero usted conoce la identidad y la localización de *el Gnomo*.

Hel se echó a reír.

—Naturalmente que las conozco. Pero ese caballero y yo somos viejos amigos.

—Ese hombre no es más, ni menos, que un extorsionista.

—Bobadas. Es un artesano en el arte de la información. Nunca ha recibido dinero de ningún hombre como pago por ocultar los hechos que ha

recogido de todo el mundo.

—No, pero proporciona la información a hombres como usted y eso les protege del castigo de los gobiernos, y por esa información él recibe mucho dinero.

—La protección vale mucho dinero. Pero, si es que eso puede tranquilizarle, el hombre que usted llama *el Gnomo* está muy enfermo. Probablemente, no conseguirá vivir todo lo que queda de año.

—¿De modo que muy pronto usted estará sin su protección?

—Le echaré de menos como un hombre ingenioso y encantador. Pero la pérdida de la protección es asunto que no me preocupa mucho. Estoy, según *Fat Boy* ya le ha informado, completamente retirado. Y ahora, ¿qué le parece si proseguimos con nuestro pequeño asunto?

—Antes de empezar, he de hacerle una pregunta.

—Yo también tengo una pregunta que hacerle a usted, pero la dejaremos para después. Y a fin de que no perdamos tiempo con la exposición del caso, permítame que resuma la situación con un par de frases, y puede usted corregirme si no estoy acertado. —Hel se apoyó en la pared, quedando su rostro en la sombra y con su suave voz monótona de la prisión dijo—: Empezaremos por los miembros de «Setiembre Negro» que matan a los atletas israelíes en Munich. Entre los asesinados figuraba el hijo de Asa Stern. Asa Stern jura tomar venganza. Organiza una pequeña y lamentable célula de aficionados, y no se forme mala opinión de Mr. Stern por la pobreza de su esfuerzo; era un buen hombre, pero estaba enfermo y parcialmente drogado. El espionaje árabe se entera de todo ello. Los árabes, probablemente por medio de un representante de la OPEC, solicitan a la Organización Madre que elimine el estorbo irritante. La Organización Madre le encarga a usted de la misión, esperando que usted utilizará sus fanfarrones de la CIA para hacer el trabajo. Se entera de que la célula vengativa, creo que se llamaban a sí mismos los «Cinco de Munich», va camino de Londres para matar a los últimos supervivientes del asesinato de Munich. La CIA organiza una incursión inutilizante en el aeropuerto de Roma Internacional. A propósito, ¿supongo que esos dos estúpidos que hay en la casa estaban envueltos en dicha incursión?

—Sí.

—¿Y usted los castiga haciéndoles limpiar lo que han ensuciado?

—Algo así.

—Está usted arriesgándose, Mr. Diamond. Un asociado tonto es mucho más peligroso que un adversario inteligente.

—Eso es asunto mío.

—Sin duda. Muy bien, su gente lleva a cabo en Roma un trabajo mal hecho e incompleto. Realmente, debería estar usted contento de lo bien que lo hicieron, a pesar de todo. Con la combinación del espionaje árabe y la competencia de la CIA, ha tenido usted suerte que no fuesen a otro aeropuerto. De todos modos, como usted ha dicho bien, ése es su problema. De alguna manera, probablemente cuando esa incursión fue evaluada en Washington, se descubrió que los muchachos israelíes no iban a Londres. Llevaban billetes de avión para Pau. También descubrieron ustedes que uno de los miembros de la célula, Miss Stern, con quien usted acaba de cenar, había pasado inadvertida a sus asesinos. Su ordenador pudo relacionarme con Asa Stern, y el destino de Pau acabó de redondear la información. ¿Es así?

—Más o menos, es eso mismo.

—Muy bien. Ya me he puesto a nivel. La pelota, me parece a mí, ahora está en su campo.

Diamond no había decidido todavía cómo presentaría su caso, qué combinación de amenaza y promesa serviría para neutralizar a Nicholai Hel. Para ganar tiempo, señaló un par de pistolas de extraño aspecto, con la culata curvada como las antiguas armas de duelo y cañones dobles de nueve pulgadas ligeramente ensanchadas en sus extremos.

—¿Qué son?

—Escopetas, en cierto modo.

—¿Escopetas?

—Sí. Un industrial holandés las hizo fabricar para mí. Un regalo como agradecimiento por una acción bastante peligrosa que involucraba a su hijo cautivo en un tren detenido por terroristas moluqueños. Cada escopeta, como puede usted ver, tiene dos percutores que golpean simultáneamente

unas balas de escopeta especiales, con poderosa carga, que esparcen bolas de cojinete de medio centímetro de diámetro. Todas las armas de este cuarto están diseñadas para una situación determinada. Éstas son para un trabajo próximo en la oscuridad, o para eliminar una habitación llena de hombres en el momento de irrumpir. A dos metros del cañón, forman un dibujo esparcido de un metro de diámetro. —Los ojos verdes de Hel se fijaron en Diamond—. ¿Piensa usted pasar la velada hablando de armas?

—No. Supongo que Miss Stern le ha pedido que la ayude a matar a los miembros de «Setiembre Negro» que ahora están en Londres.

Hel asintió con la cabeza.

—¿Y ella estaba segura de que usted la ayudaría, a causa de su amistad con su tío?

—Ella así lo supuso.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Tengo la intención de escuchar la propuesta de usted.

—¿Mi propuesta?

—¿No es eso lo que hacen los comerciantes? ¿Hacer propuestas?

—Yo no lo llamaría exactamente una propuesta.

—¿Y cómo lo llamaría usted?

—Yo lo llamaría un despliegue de acción disuasiva, parcialmente ya en línea, y parcialmente dispuesta a entrar en acción, si es que usted fuese tan tonto como para entrometerse.

Los ojos de Hel se contrajeron en una sonrisa que no llegó a sus labios. Hizo un ademán circular con la mano, invitando a Diamond a continuar.

—He de confesarle que, en diferentes condiciones, ni la Organización Madre ni los intereses árabes con los que estamos se preocuparían demasiado de lo que les ocurriera a los maníacos homicidas del Movimiento de Liberación de Palestina. Pero éstos son tiempos difíciles para la comunidad árabe, y el FLP se ha convertido en algo así como un estandarte de conjunto, una manifestación más en el terreno de las relaciones públicas que en el de la voluntad libre. Por este motivo, la Organización Madre está comprometida en protegerles. Esto significa que

no se le va a permitir a usted intervenir con aquellos que piensan secuestrar ese avión de Londres.

—¿Y cómo se me va a impedir eso?

—¿Recuerda usted que poseía varios miles de acres de tierra en Wyoming?

—Supongo que el tiempo pasado del verbo no es una negligencia gramatical.

—En efecto. Parte de esa tierra estaba en Boyle County y el resto en el Condado de Custer. Si se pone usted en contacto con las oficinas del Condado, descubrirá que no existe ningún registro de que usted haya comprado esas tierras. De hecho, los registros demuestran que la tierra en cuestión ahora pertenece, y ha pertenecido durante muchos años, a una de las afiliadas de la Organización Madre. Bajo la tierra hay carbón, y existe un proyecto para extraerlo.

—¿Debo entender que si coopero con ustedes se me devolverá esa tierra?

—De ningún modo. Esa tierra, siendo una representación de lo que usted ha ahorrado para su retiro, le ha sido arrebatada como castigo por atreverse a intervenir en los asuntos de la Organización Madre.

—¿Se me permite suponer que fue usted quien sugirió este castigo?

Diamond inclinó la cabeza a un lado.

—Yo tuve ese placer.

—Es usted un pequeño bastardo pervertido, ¿no cree? ¿Está usted diciéndome que si yo no intervengo en este asunto no será minada la tierra?

Diamond adelantó su labio inferior con gesto petulante.

—Vaya, siento mucho no poder llegar a un acuerdo al respecto. Norteamérica está necesitada de toda su energía natural para ser independiente de las fuentes extranjeras. —Sonrió al repetir la gastada frase del partido—. Además, no se puede guardar la belleza en el Banco. —Se estaba divirtiendo.

—No comprendo lo que está haciendo, Diamond. Si está intentando quitarme la tierra y destruirla, al margen de lo que yo pueda hacer, en ese caso, ¿cómo podría cohibir mis actos con esa tierra?

—Como ya le he dicho, quitarle esa tierra ha sido únicamente una advertencia. Y un castigo.

—Ah, ya entiendo. Un castigo personal. De usted. ¿Por su hermano?

—Así es.

—Se merecía la muerte, ¿sabe? Me torturó durante tres días. Mi rostro no ha recuperado todavía su completa movilidad, a pesar de todas las operaciones.

—¡Era mi hermano! Ahora, pasemos a las sanciones y multas que le caerán encima, si usted no quisiera colaborar. Bajo el grupo clave KL443, Número de Código 45-389-75, usted poseía aproximadamente un millón y medio de dólares en oro en barras en el Banco Federal de Zurich. Esto representaba casi todo el resto con lo que usted contaba retirarse. Sírvase observar nuevamente el tiempo pasado.

Hel permaneció silencioso por un momento.

—Los suizos también necesitan petróleo.

—Los suizos también necesitan petróleo —repitió Diamond como un eco—. Ese dinero reaparecerá en su cuenta siete días después de que los de «Setiembre Negro» hayan secuestrado con éxito el avión. Así que, en lugar de interrumpir sus planes y matar a alguno de ellos, usted saldría beneficiado en hacer todo lo que estuviera en su mano para que el plan de los secuestradores tenga éxito.

—Y es de suponer que ese dinero sirve también para su protección personal.

—Precisamente. Si algo sucediera a mis amigos o a mí mientras somos sus invitados, ese dinero desaparecerá, víctima de un error bancario.

Hel se sintió atraído hacia las puertas correderas que daban a su jardín japonés. Llovía ya, y el agua siseaba sobre la gravilla y hacía vibrar las puntas del follaje negro y plateado.

—¿Y eso es todo?

—No por completo. Sabemos que usted tiene probablemente un par de centenares de miles aquí o allá, como fondos de emergencia. El perfil psicológico que *Fat Boy* nos ha dado de usted indica que es posible que usted ponga cosas como la lealtad a un amigo difunto y a su sobrina, por

encima de todas las consideraciones de beneficio personal. Consecuencia de haber sido educado e instruido selectivamente en los conceptos japoneses del honor, ¿sabe usted? También estamos preparados para esa eventualidad. En primer lugar, el MI-5 y MI-6 británicos están advertidos para que le sigan los pasos y le arresten en el momento en que ponga los pies en su país. Para ayudarles en la tarea las fuerzas francesas de Seguridad interna están comprometidas en asegurarse de que usted no salga de las inmediaciones de este distrito. Se han distribuido descripciones de usted. Si se le descubre a usted en otro pueblo que no sea el suyo, se le disparará sin previo aviso. Ahora bien, conozco perfectamente la historia de sus proezas frente a acontecimientos improbables, y sé que para usted las fuerzas que le hemos alineado en contra constituyen más una molestia que un obstáculo. Pero, de todas maneras, seguiremos con ellas.

Es necesario que se vea que la Organización Madre está haciendo todo lo que está en su mano para proteger a los de «Setiembre Negro» en Londres. Si esa protección fallara, y casi espero que así sea, en ese caso la Organización Madre ha de ser vista aplicando un castigo, un castigo de una intensidad tal que nuestros amigos árabes se sientan satisfechos. Y usted ya sabe cómo es esa gente. Para satisfacer su gusto por la venganza, nos veríamos obligados a hacer algo muy meticuloso y muy… imaginativo.

Hel permaneció silencioso un momento.

—Al iniciar nuestra conversación, le he dicho que tenía una pregunta que hacerle, mercader. Es ésta: ¿Por qué ha venido usted aquí?

—Eso debería resultar evidente.

—Quizá no he acentuado adecuadamente mi pregunta. ¿Por qué ha venido usted aquí? ¿Por qué no mandó usted un mensajero? ¿Por qué traer su cara a mi presencia corriendo el riesgo de hacerme recordarle?

Diamond miró fijamente a Hel unos instantes.

—Voy a ser franco con usted…

—No rompa usted sus costumbres por mi culpa.

—Quería contarle personalmente la pérdida de su tierra de Wyoming. Quería exponerle personalmente todo el castigo que yo mismo he pensado,

si es usted lo bastante atolondrado para desobedecer a la Organización Madre. Es algo que debo a mi hermano.

La mirada fría de Hel se fijó en Diamond, que siguió rígido, desafiante, con los ojos brillantes con una mirada húmeda reveladora del miedo contenido en su cuerpo. Había dado un paso peligroso este mercader. Había dejado atrás la cobertura de leyes y sistemas detrás de la que los hombres se esconden, y de la que se deriva su poder, y se había precipitado a correr el riesgo de enseñar su cara a Nicholai Alexandrovich Hel. Diamond se daba cuenta en su subconsciente de la dependencia de su anonimato, de su papel como insecto social, arañando en los frenéticos nidos del beneficio y el éxito. Como otros de su casta, encontraba consuelo espiritual en el mito del vaquero. En este momento, Diamond se veía como individuo viril cabalgando valientemente por la polvorienta calle de un solar de Hollywood, presta la mano a unos centímetros de la funda de su pistolera. Resulta revelador que la cultura norteamericana haya hecho su héroe típico del *cowboy*: un trabajador del campo, emigrante Victoriano, rústico y sin educación. En el fondo, el papel de Diamond era ridículo: el Tom Mix de los grandes negocios encarándose a un *yojimbo* con un jardín. Diamond poseía el sistema de computadoras más extenso del mundo; Hel tenía algunos ficheros. Diamond tenía en el bolsillo a todos los gobiernos industrializados occidentales; Hel contaba con algunos amigos vascos. Diamond representaba la energía atómica, el suministro mundial del petróleo, la simbiosis militar-industrial, los gobiernos corruptos y corruptores establecidos por el Poder Monetario para proteger su responsabilidad; Hel representaba el *shibumi*, un concepto desaparecido de belleza renuente. Y, sin embargo, resultaba obvio que Hel tenía una considerable ventaja en cualquier batalla que pudiera surgir.

Hel volvió el rostro y sacudió ligeramente la cabeza.

—Ser usted, debe resultar vergonzoso.

Durante el silencio, Diamond se clavó las uñas en las palmas de la mano. Se aclaró la garganta.

—Sea lo que fuere lo que opine de mí, no puedo creer que usted sacrifique los años que le quedan por un gesto que nadie apreciaría, sino esa

jovencita de la clase media que conocí a la hora de cenar. Creo que ya sé lo que va a hacer Mr. Hel. Va a considerar este asunto con toda tranquilidad, y se dará cuenta de que un puñado de árabes sádicos no valen esta casa y la vida que usted se ha construido aquí; se dará cuenta de que no está atado por el honor a las esperanzas desesperadas de un hombre enfermo y drogado; y finalmente, decidirá echarse atrás. Y uno de los motivos por los cuales hará esto será porque usted consideraría humillante hacer un gesto vacío de valor para impresionarme a mí, a un hombre que usted desprecia. Pero, bueno, no espero que en este momento me diga que ha decidido echarse atrás. Esto sería demasiado humillante, ofendería demasiado su precioso sentido de la dignidad. Pero eso es lo que usted hará finalmente. Para ser sincero, casi deseo que persistiera en este asunto. Sería una lástima que los castigos que he pensado para usted queden desaprovechados. Pero, por suerte para usted, el presidente de la Organización Madre insiste en que no se moleste a los de «Setiembre Negro». Estamos organizando lo que va a llamarse las conversaciones de paz de Camp David, durante las cuales se presionará a Israel para que deje desnudas sus fronteras del Sur y del Este. Como producto secundario de estas conversaciones, el Movimiento de Liberación de Palestina quedará fuera del juego del Medio Oriente. Han servido para su irritante propósito. Pero el presidente quiere mantener a los palestinos sosegados hasta que este golpe se lleve a cabo. Ya ve usted, Mr. Hel, que está usted nadando en aguas profundas, rodeado por fuerzas que van un poco más allá de las pistolas como escopetas y los lindos jardincitos.

Hel estuvo mirando a Diamond en silencio durante unos instantes. Después se volvió de nuevo hacia su jardín.

—Ha terminado esta conversación —dijo en voz baja.

—Entiendo. —Diamond sacó una tarjeta de su bolsillo—. Me encontrará en este número. Dentro de diez horas estaré de regreso en mi oficina. Cuando usted me diga que ha decidido no intervenir en este asunto, iniciaré la liberación de sus fondos en Suiza.

Como Hel parecía no darse cuenta de su presencia, Diamond dejó la tarjeta encima de la mesa.

—No tenemos nada más que discutir ahora, de modo que me marcho.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Estoy seguro de que sabrá usted salir, Diamond. Hana les servirá café antes de mandar a usted y sus lacayos de vuelta al pueblo. No hay duda alguna de que Pierre habrá estado fortaleciéndose con vino durante las últimas horas, y estará en plena forma para proporcionarles un memorable paseo.

—Muy bien. Pero, primero… Hay una pregunta que quisiera hacerle.

—¿Y bien?

—Ese *rosé*, de la cena. ¿Qué era?

—«Tavel», naturalmente.

—¡Lo sabía!

—No, no lo sabía usted. Casi lo supo.

El brazo de jardín que se extendía en dirección del edificio japonés había sido diseñado para escuchar la lluvia. Hel había trabajado semanas enteras durante la estación de las lluvias, descalzo y vestido solamente con unos pantalones cortos y empapados, mientras armonizaba el jardín. Se habían excavado y dado forma a desagües y gárgolas, las plantas se habían movido una y otra vez, distribuido la gravilla, y las piedras cantarinas colocado estratégicamente en el arroyo, hasta que la mezcla del sibilante soprano de la lluvia en la gravilla, el goteo de bajo sobre las plantas de hoja ancha, las resonancias agudas y delgadas de las temblorosas hojas del bambú, el contrapunto del arroyo con su gorgoteo, todos estaban equilibrados en su volumen, de modo que, si una persona se sentaba precisamente en medio de la habitación *tatami*, no había ni un sonido que predominase. El oyente concentrado podía extraer un timbre del conjunto, o dejar que se fundiera de nuevo cuando dejaba de dedicar su atención, del mismo modo que en el insomnio una persona sintoniza o no el tic tac del reloj. El esfuerzo exigido para controlar el instrumento de un jardín bien afinado basta para reprimir las inquietudes cotidianas y las ansiedades, pero esta anodina propiedad no es el objetivo principal del jardinero, cuya devoción para crear el jardín ha de ser mayor que su placer en usarlo. Hel permaneció sentado en el cuarto de armas, escuchando la lluvia, careciendo, no obstante, de la paz de espíritu necesaria para ello. En este asunto había mal *aji*. No era de una pieza y era traidoramente… personal. El estilo de

Hel era jugar contra una situación dada en el tablero y no contra oponentes de carne y hueso, vivos e inconsistentes. En este tipo de negocios, los movimientos se harían por razones ilógicas; habría filtros humanos entre causa y efecto. Todo el asunto hedía a pasión y a sudor.

Exhalando un chorro fino de aire, suspiró largamente.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué piensa usted de todo esto?

No hubo respuesta. Hel sintió que el aura de Hanna palpitó como animal asustado entre el ansia de huir y el temor a hacer un movimiento. Hel hizo correr el panel que conducía a la sala de té y le indicó con el dedo que se acercara.

Hanna Stern quedó de pie en el umbral, su cabello mojado por la lluvia y su vestido empapado pegado a su cuerpo y piernas. Estaba avergonzada de que la hubieran sorprendido escuchando, pero, en actitud desafiante, no deseaba presentar excusas. Desde su punto de vista, la importancia de los asuntos pendientes sobrepasaba cualquier consideración de buenas maneras y comportamiento cortés. Hel hubiera podido decirle que, al fin y al cabo, las virtudes «menores» son las únicas que importan. Se puede confiar más en la cortesía que en las virtudes lacrimosas de la compasión, la caridad y la sinceridad; el juego limpio es más importante que la noción de justicia. Las virtudes mayores muestran tendencia a desintegrarse bajo las presiones de la racionalización conveniente. Pero las buenas maneras son buenas maneras, y siguen inmutables en la tempestad de las circunstancias.

Hel hubiera podido decirle todo esto, pero no estaba interesado en su educación espiritual y no tenía ningún deseo de adornar lo imperfectible. De todas maneras, es probable que Hanna sólo hubiera comprendido las palabras, y aunque pudiera penetrar en los significados, ¿de qué servirían las barreras y los fundamentos de las buenas maneras a una mujer cuya vida transcurriría en un Scarsdale o semejante?

—¿Y bien? —preguntó Hel nuevamente—. ¿Qué opina usted de todo eso?

Hanna sacudió la cabeza.

—Yo no tenía ni idea de que ellos estaban tan… organizados; que eran tan… despiadados. Le he causado muchas molestias, ¿verdad?

—No la hago responsable de todo lo que ha sucedido hasta ahora. Hace ya mucho tiempo que sé que tengo una deuda de *karma*. Considerando el hecho de que mi trabajo ha cortado oblicuamente el grano de la organización social, era de esperar que se presentara un poco de mala suerte. No he tenido antes esa mala suerte, de modo que he estallo acumulando una deuda de *karma*; un peso de antisuerte en contra mía. Usted ha sido el vehículo para el equilibrio *karma*, pero no considero que usted sea la causa. ¿Entiende algo de lo que le digo?

Hanna se encogió de hombros.

—¿Qué piensa usted hacer?

La tempestad estaba pasando, y los vientos que la seguían soplaron en el jardín haciendo estremecer a Hanna dentro de su vestido mojado.

—En esa cómoda hay quimonos acolchados. Quítese el vestido.

—Estoy bien.

—Haga lo que le digo. La heroína trágica estornudando es una imagen demasiado ridícula.

Hanna bajó la cremallera del vestido mojado dejándolo caer antes de buscar el quimono seco, acción que estuvo de acuerdo con los *shorts* demasiado cortos, la camisa desabrochada y la sorpresa que ella misma manifestaba (y que ella creía era genuina), cuando los hombres se acercaban a ella tratándola como un objeto. Hanna nunca se había confesado a sí misma que obtenía provecho social de tener un cuerpo deseable, que aparentemente estaba al alcance. Si hubiera meditado en ello, hubiese etiquetado su exhibicionismo instintivo como una aceptación sana de su cuerpo, una ausencia de «prejuicios».

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Hanna de nuevo mientras se cubría con el quimono.

—La auténtica cuestión consiste en lo que usted hará. ¿Tiene todavía intención de continuar adelante con este asunto? ¿De arrojarse al agua esperando que tendré que saltar detrás de usted?

—¿Lo haría usted? ¿Saltar detrás de mí?

—No lo sé.

Hanna miró fijamente a la oscuridad del jardín y se apretó más el quimono protector.

—No lo sé… No lo sé. Todo parecía tan claro ayer mismo. Yo sabía lo que debía hacer, que era lo único justo y razonable que podía hacerse.

—¿Y ahora…?

Ella hizo un gesto de duda y sacudió la cabeza.

—Usted preferiría que me fuese a casa y olvidase por completo este asunto, ¿no es verdad?

—Sí. Y tampoco eso puede resultar tan fácil como usted cree. Diamond sabe sobre usted. Llevarla a casa sana y salva será una tarea difícil.

—¿Y qué sucederá con los miembros del «Setiembre Negro» que asesinaron a nuestros atletas en Munich?

—Oh, ellos morirán. Todo el mundo muere, eventualmente.

—Pero… si ahora yo vuelvo a casa, ¡la muerte de Avrim y de Chaim habrá sido inútil!

—Cierto. Hay muertes inútiles, y nada de lo que usted pudiera hacer cambiaría eso.

Hanna se acercó a Hel y le miró directamente, mostrando confusión y duda en su cara. Deseaba ser tomada en brazos, consolada, que se le dijera que todo saldría bien.

—Tendrá usted que decidir con rapidez lo que piensa hacer. Volvamos a la casa. Podrá usted reflexionar esta noche.

Encontraron a Hana y Le Cagot sentados al fresco de la húmeda terraza. Después de la tormenta se levantó un fuerte viento y el aire era fresco y límpido. Hana se levantó cuando ellos se acercaron y cogió la mano de Hanna en un gesto inconsciente de bondad.

Le Cagot estaba tendido a todo lo largo en un banco de piedra, con los ojos cerrados, la copa de coñac suelta entre sus dedos, y su pesada respiración resonando ocasionalmente con un ligero ronquido.

—Se quedó dormido justo en medio de una historia —explicó Hana.

—Hana —dijo Hel—. Miss Stern no se quedará con nosotros después de esta noche. ¿Dispondrás que por la mañana recojan sus cosas? Voy a subirla a la cabaña. —Se volvió hacia Hanna—. Tengo un pequeño

alojamiento en la montaña. Podrá usted permanecer allí, fuera de peligro, mientras pienso cómo podrá regresar segura a casa de sus padres.

—Aún no he decidido que quiera volver a casa.

En lugar de respuesta, Hel dio un puntapié a la suela de la bota de Le Cagot. El rudo vasco se sobresaltó y se lamió varias veces los labios.

—¿Dónde estaba? Ah… estaba contándote lo de esas tres monjas en Bayona. Bueno, pues las encontré…

—No, decidiste no contarlo, teniendo en consideración la presencia de las damas.

—¡Ah! Bueno, ¡bueno! Sabes, muchachita, una historia como ésa hubiera inflamado tus pasiones. Y cuando vengas a mí, quiero que lo hagas por tu propia voluntad, y no llevada por una pasión cegadora. ¿Qué les sucedió a nuestros invitados?

—Se han ido. Probablemente, han regresado a los Estados Unidos.

—Voy a decirte algo con franqueza, Nikko. No me gustan esos hombres. En sus ojos hay cobardía, y eso les hace peligrosos. Debes invitar a una clase mejor de gente, o arriesgarte a perderme a mí. Hana, mujer maravillosa y deseable, ¿quieres venir a acostarte conmigo?

Hana sonrió.

—No, gracias, Beñat.

—Admiro tu autocontrol. ¿Y qué dices tú, muchachita?

—Está cansada —dijo Hana.

—Ah, bueno, quizá sea mejor así. Estaríamos algo apretados en mi cama con esa rechoncha criada portuguesa de la cocina. ¡Muy bien! Siento mucho privaros del color y el encanto de mi presencia, pero la excelente máquina que es mi cuerpo necesita desaguar y después un buen descanso. Buenas noches, amigos míos. —Se levantó con un gruñido, y ya se iba, cuando observó el quimono de Hanna—. ¿Qué es esto? ¿Qué le ha ocurrido a tu vestido? Oh, Nikko, Nikko… La codicia es un vicio. En fin… buenas noches.

Hana aflojó suavemente la tensión de su espalda y hombros mientras Hel permanecía tendido boca abajo, y después le acarició el cabello hasta que él se adormiló. Entonces, Hana cubrió con su cuerpo el de Hel,

acomodando su regazo a las nalgas de él y los brazos y piernas de ella sobre los del hombre, protegiéndole con su peso tibio, consolándole y forzándole a relajarse.

—Es algo serio, ¿verdad? —murmuró.

Hel lo confirmó con una voz inarticulada.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —repuso Hel en un susurro—. En primer lugar, sacar a la chica de aquí. Ellos pueden pensar que con su muerte queda cancelada mi deuda con su tío.

—¿Estás seguro que no la encontrarán? En estos valles no existe nada secreto.

—Únicamente los hombres de las montañas sabrán donde esta Hanna. Son mi gente y no hablan con la Policía, por costumbre y por tradición.

—¿Y después?

—No lo sé. Tengo que pensarlo todavía.

—¿Quieres que te proporcione placer?

—No. Estoy demasiado tenso. Déjame ser egoísta. Permíteme que sea yo quien te dé placer.

LARUN

Hel se despertó al amanecer y estuvo trabajando dos horas en el jardín antes de desayunar con Hana en la habitación *tatami*, desde donde se veía el sablón recién rastrillado que llegaba hasta la orilla del arroyo.

—Con el tiempo, Hana, este jardín será un jardín aceptable. Espero que tú estés aquí para disfrutarlo conmigo.

—He estado meditando en ese asunto, Nikko. La idea no deja de tener sus atractivos. La pasada noche fuiste muy meticuloso.

—Estaba librándome de algunas tensiones. Eso es una ventaja.

—Si yo fuese egoísta, desearía que siempre tuvieras tensiones parecidas.

Hel rió bajito.

—A propósito, ¿querrás llamar por teléfono al pueblo y encargar billete para Miss Stern en el próximo vuelo a Estados Unidos? Ha de ser de Pau a París, París a Nueva York, Nueva York a Chicago.

—¿Así que nos deja?

—Todavía no. No quiero que esté en campo abierto. Pero las reservas quedarán archivadas en el banco de memoria del ordenador de la compañía aérea, e inmediatamente estarán al alcance de *Fat Boy*. Les despistará.

—¿Y quién es *Fat Boy*?

—Un ordenador. El enemigo final. Proporciona las armas de la información a los hombres estúpidos.

—Esta mañana hablas amargamente.

—Estoy amargado. Hasta me compadezco.

—Yo había evitado esa frase, pero es la adecuada. Y no es apropiada para un hombre como tú.

—Lo sé. —Hel sonrió—. Nadie en el mundo se atrevería a corregirme de ese modo, Hana. Eres un tesoro.

—Mi papel es precisamente ser un tesoro.

—Así es. Y, por cierto, ¿dónde está Le Cagot? No le he oído todavía gritando por ahí.

—Hace una hora que salió con Miss Stern. Iba a enseñarle algunos de los pueblos abandonados. Debo decir que ella parecía de muy buen humor.

—La gente superficial se repone rápidamente. No se puede magullar un cojín. ¿Cuándo regresarán?

—Seguramente, a la hora del almuerzo. He prometido a Beñat un asado de *gigot*. Dijiste que ibas a llevar a Hanna a la cabaña. ¿Cuándo saldréis?

—Después del crepúsculo. Me están vigilando.

—¿Pasarás la noche con ella en el refugio?

—Hum… Supongo que sí. No me gustaría regresar bajando por esos caminos en la oscuridad.

—Ya sé que Hanna no te gusta, pero…

—No me gusta ese tipo de gente, bobalicones de la clase media en busca de emociones, haciéndose cosquillas con el estremecimiento del terror y la revolución. Su existencia ya me ha costado mucho.

—¿Piensas castigarla mientras estéis ahí arriba?

—No había pensado en ello.

—No seas duro. Es una buena niña.

—Tiene veinticuatro años. A esa edad no tiene ningún derecho de ser una niña. Y no es buena. Cuando más, es «mona».

Hel sabía lo que Hana había querido decir al hablar de «castigar» a la chica. En ocasiones, Hel se había vengado de mujeres jóvenes que le molestaban, haciéndoles el amor poniendo en práctica todas sus habilidades tácticas y entrenamiento exótico para crear una experiencia que la mujer jamás volvería a experimentar y que perseguiría en vano durante el resto de su vida, en relaciones amorosas y matrimonios.

Hana no sintió celos con respecto a Hanna; eso hubiera sido ridículo. Durante los dos años que habían vivido juntos, tanto ella como Hel habían sido libres para alejarse y hacer pequeños viajes, en busca de una diversión

sexual, ejercicios de curiosidad física que había mantenido a tono sus apetitos, y hacía más precioso, por la comparación, lo que ellos tenían. En cierta ocasión, Hana le increpó de buen humor, quejándose de que con ese arreglo a él le tocaba la mejor parte, pues un hombre entrenado puede llegar a unos niveles decentes de ejercicio con una aficionada de buena voluntad, mientras que incluso la mujer más bien dotada y con la mayor experiencia tiene dificultades con el instrumento torpe de un hombre desmañado sin llegar más allá de un lujurioso cosquilleo. Sin embargo, Hana gozaba en ocasiones con los jóvenes de buena musculatura de París o de la Costa Azul, primariamente como objetos de belleza física: juguetes para acariciar.

Recorrieron en el automóvil el tortuoso camino del valle, oscurecido ya por la noche que caía. Las escarpadas montañas que se alzaban a la izquierda eran vagas figuras geométricas, mientras que las de la derecha eran rosadas y ambarinas a los rayos horizontales del sol poniente. Cuando salieron de Etchebar, Hanna había estado muy animada contándole lo divertido que lo había pasado aquella tarde con Le Cagot, vagabundeando por los pueblos desiertos en las tierras altas, en donde ella había observado que todos los relojes de las iglesias carecían de las manecillas que se habían llevado los campesinos que partían. Le Cagot le había explicado que se consideraba necesario quitar las manecillas de los relojes porque no habría nadie en las iglesias que cuidara de mantener bien atornilladas las pesas del reloj y nadie podía permitir que el reloj de Dios no marcase la hora exacta. El áspero tono del catolicismo primitivo vasco quedaba manifiesto en una inscripción de *memento mori* en la torre de una de las iglesias abandonadas: «Cada hora hiere, la última mata.»

Después quedó silenciosa, abrumada por la belleza desolada de las montañas que se alzaban tan bruscamente desde el estrecho valle que parecían quedar colgadas. Por dos veces, Hel frunció el ceño y la miró de reojo, para encontrarla con una mirada tranquila y una sosegada sonrisa en los labios. Hel se había sentido atraído y sorprendido al mismo tiempo, por la saturación de alfa en su aura, extraña e inesperada en una persona que él había considerado como necia. Era el timbre del sosiego y la paz interior. Iba a preguntarle sobre su decisión con respecto a los miembros de

«Setiembre Negro», cuando su atención se desvió hacia un coche que se aproximaba por detrás llevando encendidas únicamente las luces de posición. Se le ocurrió que Diamond o sus lacayos de la Policía francesa podían haber averiguado que llevaba a Hanna a un lugar seguro, y sus manos se agarraron fuerte al volante al recordar las características de la carretera, decidiendo que forzaría a aquel coche a pasarle y lo empujaría después para hacerlo caer en el barranco que tenían a su izquierda. Había hecho un cursillo exhaustivo sobre conducción de ataque, como consecuencia del cual siempre conducía coches pesados, como este condenado «Volvo», en previsión de emergencias como la presente.

La carretera no era recta en ningún momento, sino un recorrido constante de curvas y giros siguiendo el curso del río al fondo del barranco. No existía ni un lugar donde un auto pudiera pasar a otro con seguridad, pero eso, naturalmente, no detendría a un conductor francés, cuyo impulso adolescente para pasar a los otros ya es legendario. El vehículo que le seguía continuó acortando la distancia hasta hallarse sólo a un metro de su parachoques posterior. Hizo señales con las luces y tocó la bocina, y le pasó mientras circulaban por una curva cerrada.

Hel respiró y dejó que el otro coche le pasara. La bocina y las luces le indicaron que no se trataba de un intento de asesinato. Ningún profesional hubiera enviado señales de su propósito de aquel modo. Simplemente, se trataba de otro conductor francés.

Sacudió paternalmente la cabeza cuando el infantil «Peugeot» con fuerza insuficiente apretó el motor en un esfuerzo para pasar, y los nudillos del joven conductor estaban blancos apretando el volante y los ojos se le salían de las órbitas en su afán de mantenerse en la carretera.

Según su experiencia, Hel había descubierto que únicamente los conductores norteamericanos más viejos, con las largas distancias que suelen recorrer por buenas carreteras y con máquinas competentes, son inmunes al automóvil considerado como un juguete y como metáfora viril. La inquietud infantil del conductor francés le molestaba, aunque no tanto como el conductor típico italiano que utiliza su automóvil como una

extensión de su pene, o el conductor británico, que lo utiliza como un sustituto.

Durante media hora, tras haber dejado la carretera del valle, estuvieron ascendiendo hacia las montañas de Larun, por un camino vecinal que serpenteaba como un reptil en su agonía final. Algunos de los cortes de la montaña quedaban dentro del radio de giro del «Volvo», y, para evitarlos, debían hacerse dos reducciones resbalando un poco junto al borde de la gravilla suelta. Tenían puesta en todo momento una marcha corta y la pendiente era tan inclinada, que salieron de la noche que había sumido el valle en la oscuridad, para entrar en el crepúsculo cebra de las altas montañas: un reflejo cegador en el parabrisas al girar hacia el Oeste y la oscuridad cuando los peñascos bloqueaban el sol poniente.

Pero incluso este primitivo camino finalizó, y continuaron subiendo por los débiles surcos marcados en el rastrojo de los prados. El sol poniente era en aquel momento enorme y rojo disco con la base aplanada al fundirse con el horizonte. En los picos por encima de ellos había campos de nieve que tan pronto brillaban rosados como malva o púrpura, contra un cielo oscuro. Las primeras estrellas refulgieron en el oscurecido Este, mientras que el cielo del Oeste mantenía todavía un brumoso azul alrededor del borde rojo sangre del sol que se hundía.

Hel detuvo el coche junto a una roca de granito y puso el freno de mano.

—Desde aquí hemos de caminar. Quedan dos kilómetros y medio.

—¿Hacia arriba? —preguntó Hanna.

—En su mayor parte.

—¡Dios santo, ese refugio está ciertamente alejado del camino!

—Ésta es su misión. —Salieron del vehículo y descargaron la mochila de Hanna, experimentando la característica frustración del diabólico cierre posterior del «Volvo». Habían recorrido ya unos veinte metros antes de que Hel se acordara de seguir su satisfactorio rito de costumbre. En vez de retroceder el camino andado, cogió del suelo una piedra aguzada y la arrojó, un tiro afortunado que dio en una ventana posterior dibujando una tela de araña de estrías en el cristal de seguridad.

—¿Por qué ha hecho usted eso? —preguntó Hanna.

—Un gesto únicamente. El hombre contra el sistema. Vámonos. Sígame de cerca. Conozco de memoria el sendero.

—¿Cuánto tiempo permaneceré allí completamente sola?

—Hasta que yo decida qué hay que hacer con usted.

—¿Se quedará usted esta noche?

—Sí.

Caminaron durante un minuto antes de que Hanna dijera:

—Me alegro.

Hel mantuvo un paso rápido porque la luz estaba desvaneciéndose rápidamente. Hanna era fuerte y joven y podía seguirle con facilidad, lindando en silencio, embelesada por los rápidos, pero sutiles cambios de color del crepúsculo en la montaña. Nuevamente, como había ocurrido antes en el valle, Hel interceptó un sorprendente tono alfa en el aura de la muchacha, esa señal rápida, a medio volumen, que Hel asociaba con la paz del alma y la meditación, y de ningún modo con los característicos timbres propios de los jóvenes occidentales.

Hanna se detuvo de pronto, mientras cruzaban el último prado antes de la estrecha garganta que conducía a la cabaña.

—¿Qué pasa?

—Mire. Estas flores. No he visto nada igual anteriormente. —Hanna se inclinó para acercarse a las campanillas de tallo fino, de un suave dorado, escasamente visibles con el reflejo de la tierra.

Hel asintió con la cabeza.

—Sólo se hallan en este prado y en aquel otro de allí. —E indicó hacia el Oeste, hacia la Mesa de los Tres Reyes, que ya no se veía en la oscuridad —. Nos encontramos por encima de los mil doscientos metros. Tanto aquí como allí, estas flores crecen únicamente a mil doscientos. En la región, las conocen como el «ojo del otoño», y la mayoría de la gente nunca las han visto, porque tan sólo florecen durante tres o cuatro días.

—Son preciosas. Pero casi ya es de noche, y todavía están abiertas.

—Nunca se cierran. Cuenta la tradición que, al ser su vida tan corta, no se atreven a cerrarse.

—Esto es triste.

Hel se encogió de hombros.

Se sentaron uno frente al otro en la pequeña mesa, y terminaron la cena, mientras contemplaban el exterior a través de la pared de cristal que daba a la garganta, la estrecha hondonada que era el único acceso a la cabaña. Normalmente, Hel se hubiese sentido inquieto sentado frente a una pared transparente, alumbrando su persona con una lámpara de petróleo, mientras detrás de él todo quedaba en tinieblas. Pero sabía que el panel doble de cristal era a prueba de balas. El refugio había sido construido con piedra local y su diseño era simple. Una gran habitación con balcón voladizo, en el que él dormía. Al llegar, Hel puso a Hanna al corriente de las características. El arroyo, que nacía de un ventisquero, pasaba directamente por debajo del refugio, de modo que se podía conseguir el agua a través de un escotillón sin tener que salir fuera. El depósito de cuatrocientos litros de petróleo, que proporcionaba combustible a la estufa y al fogón, estaba encajado en la misma piedra que el refugio, de modo que ningún disparo exterior podía agujerearlo. Una plancha de metal cerraba la única puerta. La despensa se había instalado en un hueco cortado en la cara de granito que constituía una pared de la cabaña y guardaba alimentos para treinta días. En la pared de cristal había un pequeño panel que se podía romper hacia fuera para poder disparar contra alguien que se acercara al refugio y que debía pasar forzosamente por la estrecha garganta. Las paredes de la garganta eran lisas y todos los peñascos que la recubrían habían sido desencajados y enviados al fondo.

—¡Dios mío, desde aquí se podría rechazar para siempre a un ejército —exclamó Hanna.

—No a un ejército, y no para siempre, pero sería una posición muy difícil de tomar. —Hel cogió del armero un rifle semiautomático con mira telescópica y lo entregó a Hanna.

—¿Sabe usted manejar este arma?

—Bueno… supongo que sí.

—Entiendo. En fin, lo importante es que dispare si ve que alguien se aproxima por la hondonada y no lleva un *xahako*. No importa que le dé o

no. El sonido del disparo repercutirá en las montañas y al cabo de media hora habrá recibido ayuda.

—¿Qué es un… ah…?

—Un *xahako* es una bota de cuero para vino, como ésta. Todos los contrabandistas y pastores de estas colinas saben que usted está aquí. Son amigos míos. Y todos llevan su *xahako*. Un forastero no lo llevaría.

—¿Estoy realmente en tanto peligro?

—No lo sé.

—¿Pero por qué querrían matarme?

—No estoy seguro de que lo hicieran. Pero existe una posibilidad. Podrían suponer que yo no intervendría en el asunto si usted estuviese muerta y yo no pudiera hacer ya nada más para pagar la deuda contraída con su tío. Ése es un razonamiento estúpido, porque si la matan mientras está bajo mi protección, me obligan a proceder a contrarrestar su acción. Pero estamos tratando con mentalidades de comerciantes y de militares, y su idioma intelectual es la estupidez. Ahora veamos si puede hacerse cargo de todo.

Hel le dio instrucciones para encender la estufa y el fogón, para sacar agua del arroyo a través del escotillón y a cargar el rifle.

A propósito, acuérdese de tomar cada día una de estas pastillas minerales. El agua que corre por debajo del suelo procede de la nieve derretida. No contiene minerales, y con el tiempo agotaría las reservas minerales de su organismo.

—Dios, ¿cuánto tiempo voy a permanecer aquí?

—No estoy seguro. Una semana. O dos quizá. Cuando los miembros de «Setiembre Negro» hayan llevado a cabo su secuestro aflojarán su presión sobre usted.

Mientras Hel preparaba una cena con latas de conserva de la despensa, Hanna estuvo curioseando por la cabaña, tocando las cosas, y sumida en sus propios pensamientos.

Y después se sentaron uno frente al otro, en la mesa redonda junto a la pared de cristal, y la luz de la vela revertía las sombras del suave rostro juvenil de Hanna en el que todavía no se habían desarrollado las arrugas del

carácter y la experiencia. Durante la cena permaneció silenciosa, bebiendo más vino del que tenía por costumbre y sus ojos estaban húmedos y tenían cierta vaguedad.

—Debería decirle que no tiene por qué preocuparse más por mí. Ahora ya sé lo que voy a hacer. Esta mañana, temprano, he decidido irme a casa y hacer todo lo que pueda para olvidar toda esta ira y… fealdad. No es para mí. Y más que eso todavía, ahora me doy cuenta de que todo es, no sé, como sin importancia. —Jugó distraídamente con la llamita de la vela, pasando su dedo por entre ella con la rapidez justa para no quemarse—. La noche pasada me sucedió algo extraño. Fantástico. Pero maravilloso. He estado sintiendo sus efectos durante todo el día.

Hel se acordó de los timbres alfa que había estado interceptando.

—No podía dormir. Me levanté y caminé por su casa en la oscuridad. Y salí después al jardín. El aire era frío y no corría brisa alguna. Me senté junto al arroyo y podía ver el oscuro centelleo del agua. Lo estuve contemplando, sin pensar en nada especialmente, y de pronto… experimenté un sentimiento que casi recuerdo haber tenido cuando era una niña. De pronto, todas las presiones, las confusiones y los temores desaparecieron. Se desvanecieron, y me sentí ligera. Me sentí como si me transportaran a algún otro lugar, algún lugar en donde nunca he estado, pero que conozco muy bien. Era soleado y tranquilo, y a mi alrededor todo era hierba. Y parecía como si yo lo comprendiera todo. Como si yo fuese… no sé. Como si yo fuera… ¡uf! —Retiró la mano y se chupó el dedo chamuscado.

Hel se echó a reír y sacudió la cabeza; Hanna se rió también.

—Fue estúpido hacer eso —dijo ella.

—Cierto. Creo que iba usted a contarme que fue como si usted y la hierba y el sol formasen parte de un solo ser, fuesen partes de una misma cosa.

Hanna le miró, el dedo todavía en los labios.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—Es una experiencia que otras personas han tenido. ¿Dice usted que recuerda haber tenido sentimientos parecidos cuando era una niña?

—Bueno, no lo recuerdo con exactitud. No, no lo recuerdo en absoluto. Únicamente que, mientras estaba allí, tenía el presentimiento de que aquello no era nuevo y extraño. Era algo que había hecho antes, pero no recuerdo cuándo lo hice antes. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Creo que sí. Es posible que fuese parte del atavismo…

—¡Ya sé! Lo siento, no quería interrumpirle. Pero ya sé a lo que se parece. Es como algo similar al mejor momento cuando se fuma hierba o algo semejante, y uno se siente a la perfección y todo está en su justo lugar. No es exactamente como eso, porque con la droga nunca se llega tan lejos, pero allí es adonde uno cree que está llegando. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No.

—¿Nunca ha fumado hierba o cosa parecida?

—No. Nunca tuve que hacerlo. Mis recursos internos están intactos.

—Bueno. Pues era algo como eso.

—Entiendo. ¿Cómo está su dedo?

—Oh, está bien. La cosa es que, después que pasó ese sentimiento, la noche pasada, me encontré sentada allí en su jardín, descansada y con la cabeza despejada. Y ya no me sentía confusa. Sabía que no había por qué castigar a los de «Setiembre Negro». La violencia no conduce a parte alguna. Es irrelevante. Ahora, creo que lo único que deseo es volver a casa. Pasar algún tiempo descubriéndome a mí misma. Y, entonces, quizá… no sé. Ver lo que sucede a mi alrededor, quizá. Preocuparme de eso. —Se sirvió otro vaso de vino y se lo bebió de un trago; después puso su mano sobre el brazo de Hel—. Creo que le he proporcionado muchas molestias.

—Creo que en Norteamérica hay un proverbio para eso: *a pain in the ass*[46].

—Me gustaría que hubiera algún modo de compensarle.

Hel la miró de reojo.

Hanna se sirvió otro vaso de vino y preguntó:

—¿Cree usted que a Hana le importa que usted se haya quedado aquí?

—¿Por qué debería importarle?

—Bueno, quiero decir… ¿cree usted que a ella le importa que pasemos juntos la noche?

—¿Qué significado tiene esa frase para usted?

—¿Cómo? Bueno… vamos a dormir juntos.

—¿Dormir juntos?

—Quiero decir, en el mismo lugar. Usted sabe lo que quiero decir.

Hel la miró sin decir palabra. La experiencia reciente de Hanna en transporte místico, aunque fuese un acontecimiento aislado impulsado por una sobrecarga de tensión y desesperación, y no la función de un espíritu equilibrado y en paz, le concedía cierta valía ante los ojos de él. Pero esa nueva aceptación no era ajena a cierta envidia, ante aquella bobalicona de mente confusa que podía alcanzar un estado que él había perdido hacía muchos años, y probablemente para siempre. Hel reconoció que su envidia tenía un matiz de adolescente, pero este reconocimiento no bastó para que el sentimiento se desvaneciera por completo.

Hanna había estado frunciendo el ceño mientras miraba fijamente la llamita de la vela, intentando poner orden en sus emociones.

—Debería decirle algo.

—¿Debería usted?

—Quiero ser sincera con usted.

—No se moleste.

—No, quiero serlo. Incluso antes de conocerle, solía pensar muchas veces en usted… soñando despierta, algo así. Sobre todas las historias que mi tío me contaba de usted. Quedé realmente sorprendida al ver lo joven que es… es decir, lo joven que parece. Y supongo que si yo analizara mis sentimientos, hay una especie de proyección paternal. Aquí está usted, el gran mito en persona. Estaba asustada y confusa, y usted me ha protegido. Me es fácil ver todos los impulsos psicológicos que me empujarían hacia usted, ¿no los ve usted?

—¿Ha considerado la posibilidad de que es sencillamente una mujer joven con apetitos sexuales y un deseo sano y sin complicaciones de llegar al clímax? ¿O cree que eso no es sutil psicológicamente?

Hanna le miró y afirmó con la cabeza.

—Ciertamente, usted sabe bien cómo desarmar a una persona. No le deja mucho con que poder protegerse.

—Es verdad. Y quizá no es muy cortés por mi parte. Lo siento. Creo que esto es lo que voy a hacer con usted. Usted está sola, se siente sola y está confusa también. Quiere que la consuelen y la mimen. No sabe cómo pedirlo, porque usted es un producto de la cultura occidental, de modo que trata de ganarlo, cambiando sexo por mimos. Es un trato muy corriente que la mujer occidental hace con frecuencia. Después de todo está limitada a negociar con el macho occidental, cuyo concepto del intercambio social es quebradizo y limitado y que exige el pago en forma de sexo, porque ésa es la única parte del trato con el que se siente a gusto. Miss Stern, si usted lo desea puede usted dormir conmigo esta noche. La sostendré y la consolaré, si eso es lo que desea.

Los ojos de Hanna se humedecieron de gratitud y por el exceso de vino.

—Me gustaría, sí.

Pero el animal que acecha dentro difícilmente se controla con buenas intenciones. Cuando Hel se avivó ante las atenciones de Hanna y notó que de ella emanaba la síncopa alpha-theta que acompaña a la excitación sexual, la respuesta de Hel no quedó limitada a un deseo de protegerla de un rechazo.

Hanna se encontraba excepcionalmente dispuesta, con todos sus nervios a flor de piel y sensible en su desesperación. Siendo joven, tuvo cierta dificultad en mantenerla lubricada, pero, aparte de esa molestia mecánica, Hel pudo mantenerla en el clímax sin muchos esfuerzos.

Los ojos de Hanna giraron una vez más y suplicó:

—No… por favor… ¡no puedo otra vez! ¡Voy a morir si lo hago otra vez! —Pero sus contracciones involuntarias la precipitaban cada vez más cerca, y Hanna jadeó en su cuarto orgasmo, que Hel prolongó hasta que las uñas de la muchacha arañaban frenéticamente la lanilla de la alfombra.

Hel recordó la recomendación de Hana contra debilitar las futuras experiencias de Hanna por comparación, y como no sentía ningún impulso especial para llegar al orgasmo, la hizo volver lentamente, dándole golpecitos y sosegándola a medida que los músculos de sus caderas, vientre

y muslos temblaban todavía fatigados por los repetidos orgasmos, y ella yacía quieta en el montón de cojines, medio inconsciente y sintiendo que la carne se le derretía.

Hel se lavó en agua helada, de nieve, y se dirigió después al balcón voladizo para dormir.

Algún tiempo después, la oyó que se acercaba silenciosamente. Hel le hizo espacio y un nido con sus brazos y regazo. Sumergiéndose ya en el sueño, Hanna dijo soñolienta:

—¿Nicholai?

—Por favor, no me llame por mi nombre de pila —murmuró él.

Ella permaneció silenciosa durante un rato.

—¿Mr. Hel? No se asuste por esto, porque es pasajero. Pero en este momento estoy enamorada de usted.

—No sea boba.

—¿Sabe usted qué es lo que deseo?

Hel no respondió.

—Me gustaría que fuese por la mañana y que pudiera salir y cogerle un ramillete de flores… Esos «ojos de otoño» que hemos visto. Hel rió suavemente y la rodeó con sus brazos.

—Buenas noches, Miss Stern —le deseó.

ETCHEBAR

Era ya media mañana antes de que Hana oyese el ruido de una roca salpicando el agua en el arroyo y saliera del castillo para encontrar a Hel arreglando de nuevo las piedras cantarinas con los pantalones arremangados y los antebrazos chorreantes de agua.

—¿Acabaré alguna vez de arreglar esto, Hana?

Ella sacudió la cabeza.

—Solamente tú lo sabes. ¿Está Hanna instalada segura en la cabaña?

—Sí. Supongo que las chicas ya habrán preparado agua caliente. ¿Te apetece tomar un baño conmigo?

—Ciertamente.

Se sentaron uno frente al otro, con los pies unidos en la caricia habitual, los ojos cerrados y los cuerpos ingrávidos.

—Espero que te portaras bien con ella —murmuró Hana amodorrada.

—Lo fui.

—¿Y tú? ¿Cómo fue para ti?

—¿Para mí? —Hel abrió los ojos—. Madame, ¿tiene usted en su programa alguna cosa urgente que hacer?

—Tendré que consultar mi *carnet de bal*, pero es posible que pueda acomodarle.

Poco después del mediodía, cuando Hel podía esperar que el servicio de teléfonos funcionara, por lo menos marginalmente, hizo una llamada transatlántica al número que Diamond le había dejado. Había decidido comunicar a la Organización Madre que Hanna Stern había decidido volver a casa y no acercarse a los de «Setiembre Negro». Supuso que Diamond tendría una satisfacción personal al creer que había conseguido asustar a

Nicholai Hel, pero del mismo modo que un elogio de semejante procedencia no le hubiera complacido, tampoco el desprecio podía inquietarle.

Pasó más de una hora antes de que el sistema telefónico francés, anticuado y viscoso, hiciera su llamada, y Hel decidió pasar el tiempo de espera inspeccionando su propiedad. Se sentía aligerado, bien dispuesto hacia todo, disfrutando de esa euforia generalizada al escapar de un peligro inmediato. Por toda una serie de razones impalpables, temía enormemente verse envuelto en un asunto preñado de personalidades y pasiones.

Caminaba por el laberinto de alheñas de los prados del Este cuando tropezó con Pierre, que se hallaba en su habitual estado alcohólico confusamente contento. El jardinero miró al cielo y pontificó.

—Ah, *M'sieur*. Pronto habrá tormenta. Todas las señales apuntan hacia ello.

—¿Sí?

—Oh, sí, no hay duda alguna. Las pequeñas nubes de la mañana se han acumulado al lado del *ahuñe-mendi*. El primero de los *ursoa* voló hacia arriba del valle esta tarde. El viento ha hecho volar las hojas del *sagarra*. Todo eso son signos seguros. Es inevitable una tempestad.

—Lástima. Hubiéramos podido aprovechar un poco de lluvia.

—Cierto, *M'sieur*, pero ¡fíjese! Aquí llega *M'sieur* Le Cagot. ¡Qué bien viste!

Le Cagot estaba aproximándose por el prado, vestido todavía con el arrugado traje teatral de dos noches atrás. Al acercarse Le Cagot, Pierre se alejó vacilante, explicando que tenía miles de cosas que exigían su atención inmediata.

Hel saludó a Le Cagot.

—Hacía mucho que no te había visto, Beñat. ¿Dónde has estado?

—¡Uf! He estado en Larrau con la viuda, ayudándola a apagar el fuego que lleva en su panza. —Le Cagot estaba inquieto, y su broma habitual era mecánica y sin relieve.

—Un día, Beñat, esa viuda te va a pillar en la trampa y tú serás… ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Le Cagot puso las manos en los hombros de su amigo.

—Amigo mío, tengo malas noticias para ti. Ha sucedido algo terrible. ¿Aquella chica de los pechos grandes? ¿Tu invitada…?

Hel cerró los ojos y volvió la cabeza a un lado. Al cabo de un rato, preguntó suavemente:

—¿Muerta?

—Así lo temo. Un *contrebandier* oyó los tiros. Cuando llegó a tu cabaña, ya estaba muerta. Habían disparado contra ella… muchas, muchas veces.

Hel respiró larga y pausadamente, y contuvo por un momento el aire; después lo expulsó por completo, mientras absorbía el primer choque y evitaba el ardor de la furia turbadora de la mente. Manteniendo vacía su mente, se encaminó hacia el *château*, mientras Le Cagot le seguía, respetando la coraza de silencio de su amigo.

Hel permaneció sentado durante diez minutos en el umbral de su cuarto *tatami*, contemplando el jardín mientras Le Cagot estaba a su lado caído en el suelo. Al cabo de este tiempo, Hel enfocó su mirada y dijo con voz monótona:

—Bien. ¿Cómo consiguieron entrar en el refugio?

—No tuvieron que hacerlo. Ha sido hallada en el prado más abajo de la hondonada. Evidentemente, estaba cogiendo flores silvestres. Tenía un gran ramillete en su mano.

—Estúpida boba —dijo Hel en un tono que pudiera ser cariñoso—. ¿Se sabe quién disparó contra ella?

—Sí. Esta mañana temprano, en el pueblo de Lescun, fueron vistos dos extranjeros. Sus descripciones concuerdan con la del *amérlo* de Texas que conocí aquí y ese pequeño árabe insolente.

—Pero, ¿cómo pudieron averiguar dónde estaba ella? Únicamente nuestra gente lo sabía.

—Sólo queda una posibilidad. Alguien debió de informarles.

—¿Alguien de nuestra gente?

—Lo sé. ¡Lo sé! —Le Cagot habló entre los dientes—. He estado preguntando por ahí. Antes o después, descubriré quién fue. Y cuando lo

haga, por las pelotas proféticas de José en Egipto ¡juro que la hoja de mi *makila* hará un agujero en su negro corazón! —Le Cagot estaba avergonzado y furioso de que uno de los suyos, un montañero vasco, hubiera deshonrado de este modo la raza—. ¿Qué dices, Nikko? ¿Vamos a cogerlos, a ese *amérlo* y el árabe?

Hel sacudió la cabeza.

—En estos momentos, ya estarán en un avión camino de Estados Unidos. Ya llegará su hora.

Le Cagot dio un puñetazo, una mano contra otra, levantándose la piel de un nudillo.

—Pero, por qué, ¡Nikko! ¿Por qué matar a esa muchacha? ¿Qué daño podía hacerles, pobrecilla boba?

—Querían impedirme a mí que hiciera algo. Pensaron que podía borrar mi deuda con su tío, matando a la sobrina.

—Naturalmente, están equivocados.

—En efecto. —Hel se sentó muy derecho mientras su mente comenzaba a funcionar con un timbre diferente—. ¿Me ayudarás, Beñat?

—¿Si yo te ayudaré? ¿Huelen mal tus orines si comes espárragos?

—Tienen fuerzas francesas de la Seguridad interna diseminadas por toda esta parte del país con orden de matarme si intento salir de la zona.

—¡Uf! El único encanto de las fuerzas de Seguridad es su épica incompetencia.

—Sin embargo, serán una molestia. Y podrían tener suerte. Tendremos que neutralizarles. ¿Recuerdas a Maurice de Lhandes?

—¿El hombre al que llaman *el Gnomo*? Sí, naturalmente.

—Tengo que ponerme en contacto con él. Necesitaré de su ayuda para poder entrar con seguridad en Inglaterra. Esta noche atravesaremos las montañas, iremos a España, a San Sebastián. Necesito una barca de pesca que me lleve a la costa de San Juan de Luz. ¿Podrás arreglarlo?

—¿Lamería una vaca la mujer de Lot?

—Pasado mañana iré de Biarritz a Londres en avión. Vigilarán los aeropuertos. Están esparcidos, pero son pocos, y eso cuenta en nuestro favor. Comenzando por mañana al mediodía, quiero que las autoridades

reciban informes de que he aparecido en Olorón, Pau, Bayona, Mauléon, Jean Pied de Port, Burdeos, Ste. Engrace y Dax… todos al mismo tiempo. Quiero que su cruce de comunicaciones quede tan confundido, que la información de Biarritz sea únicamente una más en un torrente de información. ¿Puede arreglarse eso?

—¿Si puede arreglarse? ¿Es que…? No me acuerdo de ningún viejo proverbio en este momento. Sí, puede arreglarse. Eso es como en los viejos días, ¿eh?

—Así lo temo.

—Naturalmente, vas a llevarme contigo.

—No. No es tu tipo de actividad.

—¡Hola! No permitas que te engañen los pelos grises de mi barba. ¡Dentro de este cuerpo vive un muchacho! ¡Un muchacho muy travieso!

—No es eso. Si se tratara de entrar en una prisión o de volar un punto de vigilancia, no hay nadie más a quien prefiriera a mi lado, sino a ti. Pero esto no será cuestión de audacia. Debe llevarse a cabo con habilidad.

Como era su costumbre cuando estaban al aire libre, Le Cagot se había vuelto y, tras desabrocharse los pantalones, orinó mientras hablaba.

—¿Tú no crees que soy capaz de ser hábil? ¡Soy la propia sutileza! Como el camaleón, ¡me confundo con el entorno!

Hel no pudo evitar una sonrisa. Ese autocreado mito popular allí frente a él, esplendoroso en su traje de fiesta arrugado *fin de siécle*, brillando al sol los botones de piedra de su chaleco de brocado, la boina metida hasta las gafas de sol, su barba de acero rojiza ocultando una corbata de seda y la vieja y usada *makila* bajo el brazo, mientras sostenía su pene en una mano y salpicaba orina a uno y otro lado como un escolar, ese hombre estaba declarando que era sutil y disimulado.

—No, no quiero que vengas conmigo, Beñat. Puedes ayudarme mucho más disponiendo lo que te he pedido.

—¿Y después de hecho eso? ¿Qué voy a hacer yo, mientras tú te estás divirtiendo? ¿Rezar y hacer girar mis pulgares?

—Te diré lo que puedes hacer. Mientras yo estoy fuera, continúa los preparativos para la exploración de tu cueva. Baja el resto del equipo que

necesitamos. Trajes submarinos. Depósitos de aire. Cuando regrese, intentaremos una exploración rápida de luz a luz. ¿Qué te parece?

—Es mejor que nada. Pero no es mucho.

Una criada de la casa se acercó para decir a Hel que le necesitaban en el castillo.

Hel encontró a Hana de pie con el teléfono, en la despensa del mayordomo, tapando el auricular con la palma de la mano.

—Es Mr. Diamond que te devuelve la llamada desde los Estados Unidos.

Hel miró el teléfono, y después miró al suelo.

—Dile que pronto tendrá noticias de mí.

Habían terminado de cenar en el cuarto *tatami* y estaban contemplando los cambios vespertinos de las sombras cambiantes del jardín. Hel dijo a Hana que estaría ausente durante una semana aproximadamente.

—¿Tiene esto que ver con Hanna?

—Sí. —Hel no vio motivo alguno para decirle que la muchacha estaba muerta.

Tras un breve silencio, Hana dijo:

—Cuando vuelvas, yo estaré casi al final de mi estancia contigo.

—Lo sé. Para entonces, habrás tenido que decidir si estás interesada en que continuemos nuestra vida juntos.

—Lo sé. —Hana bajó los ojos, y por primera vez, que Hel pudiera recordar, se le cubrieron las mejillas con un suave rubor—. ¿Nikko? ¿Sería mucha estupidez por nuestra parte considerar el matrimonio?

—¿Matrimonio?

—No importa. Ha sido un pensamiento estúpido que me ha dado vueltas por la cabeza. No creo que a mí me interesara de todos modos. Ella se había referido delicadamente a la idea, retrocediendo de inmediato ante la primera reacción de Hel.

Durante algunos minutos, Hel permaneció sumido en el silencio.

—No, no es tan estúpida. Si tú decides entregarme los mejores años de tu vida, es natural que hiciésemos algo para asegurar tu futuro económico. Hablaremos de ello a mi regreso.

—Es posible que ya no mencione nunca más este asunto.
—Me doy cuenta de ello, Hana. Pero yo sí puedo hacerlo.

CUARTA PARTE

UTTEGAE

SAN JUAN DE LUZ/BIARRITZ

La barca de pesca surcó el sendero rizado de la luna poniente, como mercurio en el mar, como un efecto del pincel de un acuarelista de vanguardia. El motor diesel tosió roncamente y jadeó al ser desconectado. La proa se puso al sesgo cuando la barca llegó a la playa guijarrosa. Hel se deslizó por un lado, quedando cubierto de agua hasta las rodillas en la marea creciente, con su macuto al hombro. Un saludo de su mano fue respondido con un movimiento vago desde el bote, y vadeó hacia la playa desierta, pesados sus pantalones de lona a causa del agua, y sus alpargatas de suela de cáñamo hundiéndose en la arena. El motor tosió e inició de nuevo su rítmico sonido mientras la barca se adentraba en el mar, para encaminarse hacia España a lo largo de la costa.

Desde una duna, Hel podía ver las luces de los cafés y bares a lo largo del pequeño puerto de San Juan de Luz, donde las barcas de pesca se balanceaban soñolientas en el agua aceitosa de los embarcaderos de la dársena. Cambió el peso de la bolsa y se dirigió al «Café de la Ballena», para confirmar su orden telegráfica para la cena. El propietario del café había sido *chef* de cocina en París, antes de retirarse a su villa natal. A veces gozaba exhibiendo sus habilidades, en especial cuando Monsieur Hel le daba carta blanca en cuanto al menú y a su coste. La cena tenía que ser preparada y servida en casa de Monsieur De Lhandes, «el pequeño caballero distinguido» que vivía en una vieja mansión de la costa, y que nunca se veía por las calles de San Juan de Luz, porque su fisonomía hubiera provocado comentarios, y quizás el ridículo, por parte de chiquillos mal educados. Monsieur De Lhandes era un enano, de poco más de un metro, aunque tenía ya más de sesenta años.

Cuando Hel llamó con los nudillos en la puerta, Mademoiselle Pinard se acercó sigilosamente a la puerta para observar a través de la cortina. Una amplia sonrisa iluminó su rostro y abrió ampliamente la puerta.

—¡Ah, Monsieur Hel! Bien venido. ¡Ha transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que le vimos! ¡Entre, entre! ¡Está usted mojado! Monsieur de Lhandes está esperando con ilusión su cena.

—No quiero dejar gotas en el suelo, Mademoiselle Pinard. ¿Puedo quitarme los pantalones?

Mademoiselle Pinard enrojeció y dio una palmadita juguetona en el hombro de Hel.

—¡Oh, Monsieur Hel! ¿Cree usted adecuado decir esas cosas? ¡Oh, los hombres!

Fiel a su rutina establecida de casto flirteo, Mademoiselle Pinard estaba a un tiempo ruborizada y divertida. Pasaba ligeramente de la cincuentena, siempre había tenido algo más de los cincuenta. Alta y marchita, manos secas y nerviosas y paso rígido, tenía el rostro demasiado largo para sus pequeños ojos y su boca delgada, de modo que buena parte de la cara estaba dedicada a la frente y barbilla. Si hubiera habido mayor carácter en su rostro, hubiese sido fea; tal como era, resultaba sencilla. Mademoiselle Pinard provenía del molde del que se hacen las vírgenes, y su formidable virtud no quedaba disminuida en modo alguno por el hecho de que había sido la compañera, enfermera y amante de Bernard de Lhandes durante treinta años. Era de la clase de mujer que decía *«¡Zut!» o «¡Ma foi!»* cuando se exasperaba más allá del control del buen gusto.

Mientras le conducía a la habitación que solía ocupar siempre que venía de visita, Mademoiselle Pinard le dijo en voz baja.

—Monsieur De Lhandes no está bien, ¿sabe? Estoy muy contenta de que esta noche disfrute de su compañía, pero ha de ser usted muy cuidadoso. Está cerca de Dios. Cuestión de semanas, meses quizá, me ha dicho el doctor.

—Tendré cuidado, cariño. Ya hemos llegado. ¿Quieres entrar mientras me cambio la ropa?

—¡Oh, Monsieur!

Hel se encogió de hombros.

—Ah, bien. Pero, un día, sus barreras se derrumbarán, Mademoiselle Pinard. Y entonces… Ah, entonces…

—¡Monstruo! ¡Y Monsieur De Lhandes es su buen amigo! ¡Hombres!

—Somos víctimas de nuestros apetitos, Mademoiselle. Víctimas indefensas. Dígame, ¿está lista la cena?

—El *chef* y sus ayudantes han estado alborotando en la cocina durante todo el día. Todo está listo.

—Entonces, la veré a la hora de la cena, y satisfaremos juntos nuestros apetitos.

—¡Oh, Monsieur!

Cenaron en la habitación mayor de la casa, en cuyas paredes se alineaban los estantes de libros apilados en un desorden que daba testimonio de la pasión de De Lhandes por el estudio. Considerando ofensivo leer y comer al mismo tiempo, diluyendo una de sus pasiones con la otra, De Lhandes había dado con la idea de combinar biblioteca y comedor, y la larga mesa de refectorio servía para ambas funciones. Se sentaron a un extremo de esta mesa, Bernard de Lhandes a la cabeza; Hel, a su derecha, y Mademoiselle Pinard, a su izquierda. Como la mayor parte del mobiliario, la mesa y las sillas se habían rebajado y eran algo grandes para De Lhandes y un tanto pequeñas para sus escasos invitados. Así era, le dijo De Lhandes en cierta ocasión a Hel, la naturaleza del compromiso: una condición que no satisfacía a nadie, pero dejaba a todos con el sentimiento consolador de que los otros también habían caído en la trampa.

La cena casi había terminado, y los comensales descansaban y charlaban entre plato y plato. Hubo caviar del Neva con *blinis* calientes todavía en sus servilletas; St. Germain Royal (De Lhandes opinó con un algo en exceso de menta); *suprême* de lenguado *au Château Yquem*; codorniz bajo las cenizas (De Lhandes mencionó que el castaño hubiera proporcionado mejor leña para el fuego, pero era aceptable, no obstante, el sabor que le daban los rescoldos de roble); asado de cordero Edward VII (De Lhandes lamentó que no fuese bastante frío, aunque se daba cuenta de que los arreglos de Hel siempre se organizaban de sopetón); arroz à *la*

grècque (De Lhandes atribuyó al lugar de nacimiento del *chef* el punto excesivo de pimentón); colmenillas (De Lhandes atribuyó a la personalidad del *chef* un pequeño exceso en el jugo de limón); fondos de alcachofa a la florentina (De Lhandes atribuyó a la perversidad del *chef* la gran desproporción entre el gruyere y el parmesano en la salsa Mornay, pues ese error ya había sido citado anteriormente), y ensalada Danicheff (que De Lhandes encontró perfecta, ligeramente molesto).

De cada uno de estos platos De Lhandes cogió el bocado más pequeño que le permitiera tener en la boca todos los sabores al mismo tiempo. Su corazón, su hígado y su aparato digestivo estaban en tan malas condiciones, que su médico le había prescrito los alimentos más blandos. Hel, que solía seguir una dieta, comió muy poco. El apetito de Mademoiselle Pinard era bueno, aunque su concepto de las buenas maneras en la mesa la obligaban a tomar pequeños bocados que debían masticarse a conciencia, con movimientos circulares, acompañados de los labios, confinados en la parte anterior de la boca, adonde con frecuencia ella se llevaba delicadamente la servilleta para rozar sus finos labios. Uno de los motivos por los cuales el *chef* del «Café de la Ballena» gozaba preparando estas cenas ocasionales para Hel, era por la gran fiesta que su familia y amigos siempre disfrutaban más tarde, aquella misma noche.

—Es aterrador lo poco que comemos, Nicholai —dijo De Lhandes con su sorprendente voz profunda—. Tú, con tu actitud monacal hacia la comida, y yo, con mi constitución forzada. ¡Picando la comida de este modo, me siento como un niño rico de diez años en un lujoso burdel!

Mademoiselle Pinard se ocultó un momento detrás de su servilleta.

—¡Y esos dedales de vino! —se lamentó De Lhandes—. ¡Ah, que haya tenido que descender hasta esto! ¡Un hombre que, por el saber y el dinero, convirtió la glotonería en un arte mayor! El destino es irónico o justo, no sé exactamente qué. ¡Pero, mírame! ¡Comiendo como si fuese una monja pálida, haciendo penitencia por haber soñado despierta con el joven cura!

La servilleta disimuló el rubor de Mademoiselle Pinard.

—¿Estás muy enfermo, viejo amigo? —preguntó Hel. La franqueza era corriente entre ellos.

—No saldré de mi enfermedad. Este corazón mío es más una esponja que una bomba. He estado retirado durante… ¿cuánto tiempo? ¿Cinco años ya? Y durante cuatro de estos años no he sido de ninguna utilidad a la querida Mademoiselle Pinard… excepto como observador, claro está.

La servilleta.

El ágape terminó con frutas, *glacés variées*, sin coñac ni *digestifs*, y Mademoiselle Pinard se retiró para dejar que los hombres hablaran solos.

De Lhandes se deslizó de su silla y se acercó al hogar, deteniéndose un par de veces para respirar. Tomó asiento en una silla baja de la que, no obstante, los pies le quedaron colgando.

—Todas las sillas son *chaises-longues* para mí, amigo mío. —Rió su broma—. Muy bien, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito ayuda.

—Naturalmente. Aunque seamos buenos camaradas, tú no hubieras venido en medio de la noche en barco, con el único propósito de deshonrar una cena picando solamente de los buenos manjares. Ya sabes que he estado durante varios años alejado del negocio de la información, pero tengo algunos fragmentos y sobras de los viejos tiempos, y te ayudaré si puedo.

—Debería decirte antes que me han quitado el dinero. No podré pagarte en seguida.

De Lhandes agitó la mano rechazando.

—Te enviaré mi cuenta desde el infierno. La reconocerás porque estará chamuscada en los bordes. ¿Se trata de una persona o de un Gobierno?

—Gobierno. Tengo que entrar en Inglaterra. Me estarán esperando. El asunto es muy pesado, de modo que mi contrapeso tendrá que ser fuerte.

De Lhandes suspiró.

—Ah, demonios… Si fuese en Norteamérica… Tengo algo sobre Norteamérica que haría que la Estatua de la Libertad se echara al suelo y se abriese de piernas. ¿Pero Inglaterra? Nada sólido. Fragmentos y retazos. Algunos bastante gordos, claro está, pero no una cosa única sólida.

—¿Qué clase de cosas tienes?

—Oh, lo corriente. Homosexualidad en el *Foreign Office*…

—Eso no es novedad.

—A este nivel, es interesante. Y tengo fotografías. Hay pocas cosas tan ridículas como las posturas que un hombre toma cuando hace el amor… Especialmente, si ya no es joven. ¿Y qué más tengo yo? Ah… ¿un poco de descontrol en la familia real? ¿Los pecadillos políticos y sobornos de costumbre? Una investigación bloqueada de ese accidente de aviación que costó la vida a… ya recordaré. —De Lhandes miró al techo para recordar lo que tenía en los archivos—. Ah, sí, hay evidencia de que la conexión entre los intereses árabes petrolíferos y la City es más íntima de lo que se cree generalmente. Y hay mucho material individual sobre gente del Gobierno… principalmente irregularidades fiscales y sexuales. ¿Estás absolutamente seguro de que no deseas nada de los Estados Unidos? Ahí sí que dispongo de una auténtica alarma. Es un asunto no vendible. Demasiado gordo para casi cualquier uso. Sería como partir un huevo con un martillo.

—No, ha de ser inglés. No dispongo de tiempo para poner en marcha una presión indirecta de Washington a Londres.

—Hum… Mira, te diré lo que puedes hacer. ¿Por qué no te llevas todo el lote? Organízalo para que sea publicado, un tiro después del otro. Escándalo tras escándalo, minando el edificio de la confianza… ya sabes de qué se trata. Una flecha sola no basta, pero un manojo de ellas… ¿quién sabe? Es lo mejor que puedo ofrecerte.

—Entonces tendré que arreglarme con eso. ¿Dispuesto del modo habitual? ¿Llevo fotocopias conmigo? ¿Organizamos un sistema de disparo con las revistas alemanas como receptores preliminares?

—Todavía no ha fallado. ¿Estás seguro de que no quieres el himen de bronce de la Estatua de la Libertad?

—No sabría qué hacer con eso.

—Ah, bien, cuanto menos dar una imagen penosa. En fin… ¿puedes pasar la noche con nosotros?

—Si me lo permites. Voy a ir en avión a Biarritz mañana a mediodía, y tengo que mantenerme oculto. Los locales tienen premio por mi cabeza.

—¡Lástima! Debieran protegerte como el postrer miembro superviviente de tu especie. Sabes, últimamente he estado pensando en ti, Nicholai Alexandrovich. No con frecuencia, hay que confesarlo, pero sí con

cierta intensidad. Y no con frecuencia, porque cuando se llega al momento crucial de abandonar la vida uno no gasta mucho tiempo contemplando los caracteres menores de tu farsa personal. Y una de las cosas difíciles con que el hombre egocéntrico ha de enfrentarse, es que él también es un carácter menor en todas las biografías excepto la suya. Yo soy un poco jugador en tu vida; y tú, en la mía. Hace más de veinte años que nos conocemos, pero, exceptuando los negocios (y los negocios siempre se deben descontar), hemos compartido, quizás, un total de doce horas de conversación íntima, de investigación honesta en la mente y emociones del otro. Y te he conocido, Nicholai, por medio día, Realmente, no está mal. La mayoría de los buenos amigos y parejas de casados (raramente la misma cosa) no podrían jactarse de doce horas de interés auténtico después de toda una vida de compartir espacio e irritaciones, de defensas territoriales y querellas. De modo que… te he conocido durante medio día, amigo mío, y he acabado amándote. Tengo una opinión muy alta de mí por haber logrado eso, pues tú eres hombre al que no se ama fácilmente. ¿Admirarte? Sí, naturalmente. ¿Respetarte? Si el miedo forma parte del respeto, en ese caso, naturalmente. ¿Pero amarte? ¡Ah! Ésa es ya una cuestión diferente. Porque en el amor hay una ansia para perdonar, y tú eres un hombre duro al que cuesta perdonar. Ascético medio santo, bandido medio vándalo, no te prestas a ser perdonado. En una persona, estás por encima del perdón; en otra, por debajo. Y siempre resentido por ello. Uno tiene el presentimiento de que tú nunca perdonarías a un hombre por haberte perdonado a ti. (Probablemente, eso no tiene mucho sentido, pero suena bien, y una canción, además de palabras, ha de tener música.) Y después de mis doce horas de conocerte te resumiría, te reduciría a una definición, llamándote antihéroe medieval.

Hel sonrió.

—Antihéroe medieval. ¿Qué demonios significa eso?

—¿Quién gana la partida ahora, tú o yo? Tengamos un pequeño silencio respetuoso por los que mueren. Es parte de tu propio ser japonés, es decir culturalmente japonés. Tan sólo en Japón el momento clásico simultaneó con el medieval. En el Oeste, la filosofía, el arte, los ideales sociales y políticos, todos se identifican con períodos anteriores o posteriores al

momento medieval, siendo la única excepción ese glorioso puente de piedra que va hasta Dios, la catedral. Únicamente en el Japón el momento feudal fue también el momento filosófico. Nosotros, en Occidente, estamos de acuerdo con la imagen del sacerdote guerrero, el científico guerrero, hasta con la del industrial guerrero. Pero, ¿el filósofo guerrero? No. Ese concepto irrita nuestro sentido de la propiedad. Hablamos de «la muerte y de la violencia» como si fuesen dos manifestaciones del mismo impulso. De hecho, la muerte es totalmente lo contrario de la violencia, que siempre está relacionada con la lucha por la vida. Nuestra filosofía se concentra en conducir la vida; la tuya, en conducir la muerte. Nosotros buscamos la comprensión; tú buscas la dignidad. Nosotros aprendemos a apoderarnos; vosotros, a liberar. Incluso la etiqueta de «filósofo» es errónea, pues mientras que nuestros filósofos siempre han tenido el anhelo de compartir (en realidad imponer) sus puntos de vista, vosotros os contentáis (quizás egoísticamente), en crear vuestra paz particular y aislada. Para el occidental, hay algo turbadoramente femenino (en un sentido tipo *yang*[47], si es que esa combinación no ofende tu oído), en vuestro concepto de la virilidad. Recién llegados del campo de batalla, os vestís ropajes suaves y paseáis por vuestros jardines, admirando compasivamente el pétalo que cae de la flor del cerezo, y estimáis que la gentileza, igual que el valor, son manifestaciones de virilidad. Para nosotros, eso parece cuando menos caprichoso, por no decir una doblez. A propósito, ¿cómo va creciendo tu jardín?

—Está lográndose.

—¿Y eso significa?

—Que cada año es más sencillo.

—¡Exacto! ¿Te das cuenta? ¡Esa maldita tendencia japonesa a las paradojas que resultan ser silogismos! Fíjate en ti mismo. ¡Un guerrero jardinero! Realmente, eres un japonés medieval, como he dicho antes. Y eres también un antihéroe, no en el sentido en que los críticos y eruditos ambiciosos de títulos que añadir después de sus nombres usan (mal usan) el término. Lo que ellos califican de antihéroes son, realmente, héroes improbables, o malvados atractivos, el guardián gordo o Ricardo III. El

verdadero antihéroe es una versión del héroe y no un payaso con un papel principal, no un miembro del público al que se ha permitido expresar sus violentas fantasías. Como el héroe clásico, el antihéroe lleva la masa hacia la salvación. Hubo una época en la comedia del desarrollo humano, en que la salvación parecía estar en la dirección del orden y la organización, y todos los grandes héroes occidentales organizaban y dirigían a sus seguidores contra el enemigo: el caos. Ahora estamos aprendiendo que el enemigo definitivo no es el caos, sino la organización; no la divergencia, sino la similitud; no el primitivismo, sino el progreso. Y el nuevo héroe, el antihéroe, es aquel que convierte en virtud el atacar a la organización, destruir los sistemas. Ahora nos damos cuenta de que la salvación de la raza está en esa dirección nihilista, pero no sabemos todavía hasta dónde llega. —De Lhandes hizo una pausa para respirar, y de nuevo estuvo dispuesto a continuar. Pero su mirada se cruzó de pronto con la de Hel, y se echó a reír —. Oh, bueno… Dejemos que con eso baste. De todos modos, no estaba hablando contigo realmente.

—Hace bastante rato que me he dado cuenta.

—En la tragedia occidental, es un tópico que a un hombre se le permita un largo discurso antes de morir. Cuando haya dado el paso sobre la maquinaria inevitable del destino que le lleve a su patético final, nada de lo que pueda decir o hacer variará ese destino. Pero se le permite presentar su caso, maldecir largamente a los dioses… incluso en pentámetro yámbico.

—¿Aunque al hacerlo interrumpa la fluidez de la narración?

—¡Al demonio con ello! Por dos horas de narcosis contra la realidad, de participación vicaria y segura en el mundo de la acción y de la muerte, uno debería estar dispuesto a pagar el precio de un par de minutos de visión interior. Estructuralmente sano o no. Pero que sea a tu modo. De acuerdo. Dime, ¿es que el Gobierno recuerda todavía a *el Gnomo*? ¿Están arañando todavía la tierra para encontrar su cubil, rechinando los dientes con su furia frustrada?

—Todavía están en ello, Maurice. Justo hace pocos días estuvo en casa una basura *amérlo* preguntando por ti. Hubiera dado hasta sus genitales para saber cómo te las arreglabas para conseguir tu información.

—¿Realmente los daría? Siendo un *amérlo*, probablemente no arriesgaba mucho. ¿Y qué le dijiste?

—Le dije todo lo que sabía.

—Es decir, nada. Bien. El candor es una virtud. ¿Sabes? Realmente mis fuentes de información no son ni muy sutiles ni complicadas. De hecho, la Organización Madre y yo nos alimentamos de los mismos datos. Tengo acceso a *Fat Boy* a través de los servicios comprados a uno de sus esclavos veteranos de la computadora, un hombre llamado Llewellyn. Mi habilidad está en saber cuántos son dos más dos mejor que ellos. O, para ser más exacto, yo sé sumar uno y medio más uno y dos tercios de modo que sume diez. No estoy mejor informado que ellos; simplemente, soy más listo.

—Darían cualquier cosa por localizarte y hacerte callar. Has sido un bambú clavado en sus uñas durante largo tiempo —dijo Hel.

—Ja, saber eso ilumina mis postreros días, Nicholai. Ser una molestia para los lacayos del Gobierno ha hecho que mi vida valiese la pena. Un vivir muy precario. Cuando negocias con la información, tratas con una mercancía de vida corta. Al contrario del coñac, la información se abarata con la edad. Nada es más aburrido que los pecados del ayer. Y algunas veces solía adquirir piezas muy caras, sólo para ver cómo se arruinaban por filtraciones. Recuerdo haber comprado un asunto candente de los Estados Unidos; lo que con el tiempo se hizo famoso con el nombre de Watergate. Y mientras yo tenía la mercancía en mi estante, esperando que tú o algún otro internacional la comprara como arma contra el Gobierno norteamericano, un par de periodistas ambiciosos olisquearon la historia y vieron en ella la oportunidad de hacer su fortuna… y *voilà*! De la noche a la mañana, ese material se convirtió en inútil para mí. Con el tiempo, cada uno de los criminales escribió un libro o hizo un programa de televisión describiendo su parte en la violación de los derechos civiles americanos, y cada uno de ellos recibió una espléndida paga por parte del estúpido pueblo americano, que parece poseer un singular impulso a restregarse la nariz en su propia mierda. ¿No te parece injusto que yo terminara perdiendo varios centenares de miles en valor de mercancía estropeada en mis estantes, mientras que el propio villano hacía una fortuna con series de televisión con esa sanguijuela

británica que ha demostrado que lamería a cualquiera por dinero, incluso a Idi Amin? Este negocio en el que estoy metido es muy singular.

—¿Has sido agente de información toda tu vida, Maurice?

—Excepto un corto período que pasé como jugador profesional de baloncesto.

—¡Viejo loco!

—Oye, seamos formales por un momento. Tú has descrito lo que estás haciendo como algo muy oficial. No quisiera que creas que intento aconsejarte, pero, ¿has considerado el hecho de que has estado retirado durante un tiempo? ¿Tu condicionamiento mental sigue estando alerta?

—Razonablemente. Hago mucha espeleología, para que el miedo no obstaculice mi mente demasiado. Y, por suerte, tendré que enfrentarme con los británicos.

—Claro está que eso es una ventaja. Los muchachos del MI-5 y MI-6 mantienen la tradición de ser tan sutiles que sus paparruchas pasan inadvertidas. Sin embargo… Hay algo equivocado en este asunto, Nicholai Alexandrovich. Hay algo en tu tono de voz que me inquieta. No duda enteramente, sino cierto fatalismo peligroso. ¿Has decidido fracasar?

Hel permaneció silencioso durante un momento.

—Eres muy perspicaz, Maurice.

—*C'est mon métier*[48].

—Lo sé. Hay algo erróneo, algo descuidado, en todo este asunto. Reconozco que, al regresar de mi retiro, estoy desafiando el *karma*. Creo que, al final, este asunto acabará conmigo. No la tarea que tengo que hacer. Creo que puedo aliviar fácilmente de sus vidas a estos miembros del «Setiembre». Las complicaciones y los peligros que esto acarree ya me son conocidos. Pero, después de eso, el asunto adquiere otro cariz. Habrá un esfuerzo para castigarme. Yo puedo, o no puedo, aceptar el castigo. Si no lo acepto, debo entrar de nuevo en el campo. Presiento cierta… —se encogió de hombros—… cierta fatiga emocional. No una resignación fatalista exactamente, sino una especie de indiferencia peligrosa. Es posible que, si las indignidades se amontonan, no encuentre ninguna razón particular para aferrarme a la vida.

De Lhandes asintió. Ésa era la clase de actitud que él había percibido.

—Entiendo. Permíteme que te sugiera algo, viejo amigo. Dices que el Gobierno me hace el honor todavía de estar ansioso de mi muerte. Que darían muchísimo por saber quién soy y dónde estoy. Si te encuentras en un aprieto, tienes mi permiso para negociar con esa información.

—¡Maurice…!

—¡No, no! No estoy sufriendo un ataque de valor quijotesco. Soy demasiado viejo para contraer semejante enfermedad infantil. Sería nuestra broma final para con ellos. ¿Sabes? les entregarán sólo un saco vacío. Cuando ellos lleguen aquí, yo ya habré partido.

—Gracias, pero no podría hacerlo. No por causa tuya, sino mía. —Hel se levantó—. Bien, he de dormir un poco. Las próximas veinticuatro horas serán de prueba. En su mayor parte juego de la mente, sin el alivio del peligro físico. Partiré antes del alba.

—Muy bien. Por mi parte, creo que seguiré despierto durante algunas horas para reflexionar sobre las delicias de una vida pecaminosa.

—Muy bien. *Au revoir*, viejo amigo.

—No *au revoir*, Nicholai.

—¿Tan cerca está?

De Lhandes afirmó con la cabeza.

Hel se inclinó y besó a su camarada en ambas mejillas.

—*Adieu*, Maurice.

—*Adieu*, Nicholai.

Al llegar a la puerta, Nicholai fue detenido por un:

—¡Ah, Nicholai! ¿Querrías hacer algo por mí?

—Cualquier cosa.

—Estelle ha sido maravillosa para mí durante estos últimos años. ¿Sabías que se llamaba Estelle?

—No, no lo sabía.

—Bueno, quiero hacer algo especial para ella… una especie de regalo de despedida. ¿Querrías dejarte caer por su habitación? Segunda a la cabeza de la escalera. Y después, dile que ha sido un regalo mío. Hel inclinó la cabeza. —Será un placer para mí, Maurice.

De Lhandes se quedó contemplando el fuego que se extinguía.

—Esperemos que para ella también —murmuró.

Hel calculó su llegada al aeropuerto de Biarritz para reducir al mínimo el tiempo que tendría que estar expuesto. Nunca le había gustado Biarritz, que es vasco sólo geográficamente; los alemanes, los ingleses y todo el elegante grupo internacional lo había pervertido convirtiéndolo en una especie de Brighton situado en Guipúzcoa.

No hacía ni cinco minutos que se hallaba en la terminal cuando su sentido de proximidad interceptó la observación directa e intensa que había esperado, sabiendo que estarían buscándole en todos los puntos de partida. Se apoyó en el mostrador del bar en donde estaba bebiendo un *jus d'ananas* y echó un rápido vistazo a la multitud. Inmediatamente descubrió al joven oficial de los Servicios Especiales franceses vestido de paisano y con gafas de sol. Separándose del bar, caminó directamente hacia el hombre, percibiendo a medida que se acercaba la tensión y la confusión del muchacho.

—Excúseme, señor —dijo Hel en un francés cargado de acento alemán —. Acabo de llegar, y no sé qué debo hacer para mi conexión con Lourdes. ¿Podría ayudarme usted?

El joven policía observó inseguro el rostro de Hel. Este hombre encajaba en la descripción general, excepto por los ojos que eran castaño oscuro. (Hel llevaba lentes de contacto, no correctoras de color marrón.) Pero en su descripción nada indicaba que fuese alemán. Y se suponía que abandonaba el país, no que entrara en él. Con unas breves palabras bruscas, el agente de Policía envió a Hel a la Oficina de Información.

Mientras se alejaba, Hel sentía la mirada del agente fija en él, pero la calidad de la concentración se perdía en la confusión. Naturalmente, informaría del hecho, pero sin mucha seguridad. Y las oficinas centrales en este momento estarían recibiendo informaciones sobre la aparición de Hel en media docena de ciudades al mismo tiempo. Le Cagot se había encargado de ello.

Cuando Hel cruzó la sala de espera, un muchacho pelirrojo se le metió entre las piernas. Hel cogió al chico para evitarle una caída.

—¡Rodney! Oh, lo siento, señor.

Una atractiva mujer de veintitantos años apareció en escena al instante, disculpándose ante Hel y riñendo al niño al mismo tiempo. Era británica y llevaba un ligero vestido de verano, revelador no tan sólo de su piel bronceada, sino también de aquellos lugares de su piel que el sol no había bronceado. Farfullando en un francés de brutal pronunciación, consecuencia de la suposición británica de que si los extranjeros tuvieran algo válido para decir lo dirían en una auténtica lengua, la joven se las arregló para mencionar que el muchacho era su sobrino, que regresaba con él de unas cortas vacaciones y que iban a tomar el primer vuelo para Inglaterra, que estaba soltera y que se llamaba Alice Browne, con una *e*.

—Me llamo Nicholai Helm.

—Encantada de conocerle, Mr. *Hel*.

Allí estaba. Ella no había oído la *m* porque no estaba preparada para ello. Sería un agente británico, cubriendo la acción de los franceses.

Hel dijo que esperaba que se sentaran juntos en el avión, y ella sonrió seductoramente y contestó que estaba dispuesta a hablar con el empleado de los billetes para que lo arreglara. Hel se ofreció para comprar un jugo de fruta para ella y el pequeño Rodney, y la mujer aceptó, sin olvidarse de mencionar que normalmente no aceptaba semejantes invitaciones de extraños, pero esta vez era una excepción. Después de todo, ellos habían tropezado literalmente uno contra otro (risita).

Mientras ella se encargaba de limpiar con su pañuelo el cuello de Rodney manchado de jugo, inclinándose hacia delante y ahuecando los hombros para poner de relieve que no llevaba sostén, Hel se excusó por un momento.

En la tiendecita del aeropuerto compró un recuerdo barato de Biarritz y una caja para colocarlo, un par de tijeras y papel para envolverlo, una hoja de papel de seda blanco y otra de papel metálico. Llevó todos estos artículos al lavabo de caballeros, y trabajó rápidamente envolviendo el regalo, que llevó al bar y entregó a Rodney, que ahora lloraba mientras se retorcía colgado de la mano de Miss Browne.

—Una chuchería de nada para que tenga un recuerdo de Biarritz. ¿Espero que a usted no le importe?

—Bueno, no debería aceptarlo. Pero siendo para el muchacho… Ya han anunciado dos veces nuestro vuelo. ¿No deberíamos subir ya a bordo?

Hel explicó que estos franceses, por su compulsión anal por el orden, siempre anunciaban los vuelos con anticipación; no había ninguna prisa. Desvió la conversación a la posibilidad de que se encontraran en Londres. ¿Cena, u otra cosa?

En el último momento se aproximaron al mostrador de embarque, y Hel tomó su lugar en la fila delante de Miss Browne y el pequeño Rodney. Su pequeño macuto pasó la revisión de rayos X sin ningún Inconveniente. Mientras se encaminaba rápidamente al avión cuyos motores ya estaban en marcha para la salida, Hel podía oír las protestas de Miss Browne y las airadas demandas de los guardias de seguridad que quedaban detrás de él. Cuando el avión partió, Hel no disfrutó del placer de la compañía de la seductora Miss Browne y el pequeño Rodney.

HEATHROW

Los pasajeros que debían pasar la inspección de aduanas recibieron instrucciones para unirse a las filas relacionadas con su *status*: «Súbditos británicos», «Súbditos de la Commonwealth», «Ciudadanos del Mercado Común», y «Otros». Habiendo viajado con su pasaporte costarricense, Hel era claramente un «Otro», pero no tuvo la oportunidad de ponerse en la fila indicada, pues inmediatamente se le acercaron dos hombres jóvenes sonrientes, vistiendo trajes de Carnaby Street más bien llamativos que deformaban con sus robustos cuerpos, y sin expresión en sus carnosos rostros ocultos detrás de los bigotes y las gafas de sol. Según solía hacer cuando trataba con jóvenes modernos, Hel afeitó y cortó el cabello mentalmente a esos hombres, para imaginar con quién estaba tratando en realidad.

—Nos acompañará usted, Mr. Hel —dijo uno de ellos, mientras el otro le quitaba el macuto de la mano. Le escoltaron muy de cerca, uno a cada lado de Hel, dirigiéndose hacia una puerta sin manecilla al extremo de la zona de desembarque.

Golpearon dos veces con los nudillos, y la puerta fue abierta desde el otro lado por un agente uniformado, que se apartó a un lado cuando ellos entraron. Caminaron sin decir palabra hasta el final de un largo pasillo sin ventanas pintado de color verde institucional, y llamaron a una puerta. Un hombre joven, sacado de un molde igual al de los guardianes, abrió la puerta, y desde dentro llegó una voz familiar.

—Entra, Nicholai. Sólo tendremos tiempo de tomar una copita de algo y charlar un poco antes de que tomes tu avión de regreso a Francia. Dejen ahí el equipaje, muy bien. Y ustedes tres, es mejor que esperen fuera.

Hel se sentó en una butaca junto a la mesa de café, y rechazó con la mano la botella de coñac que se le ofrecía.

—Creía que ya te habían jubilado, Fred.

Sir Wilfred Pyles lanzó un chorro de sifón en su coñac.

—Más o menos, yo tenía la misma idea respecto a ti. Pero aquí estamos, dos valientes del pasado, sentados uno frente al otro, como en los viejos tiempos. ¿Estás seguro de que no te apetece un coñac? ¿No? Bueno, imagino que el sol debe de brillar en algún patio en alguna parte del mundo, de modo que… salud.

—¿Cómo está tu esposa?

—Mucho más agradable que nunca.

—Dale recuerdos cuando la veas.

—Esperemos que no sea demasiado pronto. Murió el año pasado.

—Lo siento.

—No lo sientas. ¿Es ya suficiente como charla de introducción?

—Yo diría que sí.

—Bien. Me extrajeron de entre mis bolas de naftalina para tratar contigo, cuando nuestros amos petroleros nos mandaron aviso de que tú venías de camino. Supongo que pensaron que sabría manejarte mejor que ellos sabiendo que tú y yo hemos llevado este mismo juego tantas veces. Me mandaron que te interceptara aquí, descubriera lo que pudiese sobre lo que te ha traído a nuestra brumosa isla, y después comprobara que regresabas sano y salvo en avión al lugar de donde has venido.

—Creyeron que todo sería así de fácil, ¿eh?

Sir Wilfred agitó su vaso.

—Bueno, tú ya sabes cómo son esos chicos nuevos. Todo según el manual y sin complicaciones.

—Y ¿qué opinas tú, Fred?

—Oh, creo que no será tan fácil. Supongo que has venido con la influencia de algún tipo de información asquerosa que te habrá dado tu amigo *el Gnomo*. No me extrañaría que llevaras fotocopias en tu equipaje.

—En efecto. Es mejor que le eches una ojeada.

—Lo haré, si no te importa —dijo Sir Wilfred, a la vez que abría la cremallera de la bolsa y sacaba un sobre manila—. ¿No hay nada más aquí que yo debiera ver, puedo confiar? ¿Drogas? ¿Literatura pornográfica o subversiva?

Hel sonrió.

—¿No? Eso me temía.

Abrió el sobre y comenzó a leer rápidamente la información, hoja por hoja, moviendo las espesas cejas blancas hacia arriba y abajo a medida, que iba pasando cada fragmento de información desagradable.

—A propósito —preguntó entre página y página—, ¿qué demonios hiciste a Miss Browne?

—¿Miss Browne? No creo conocer a…

—Oh, vamos. No ha de haber engaños entre viejos enemigos. Acabamos de saber que en este momento está sentada en un centro de detenciones francés mientras esos caballeros de inclinación anfibia[49] registran una y otra vez su equipaje. El informe que hemos recibido es muy detallado, incluyendo el detalle divertido de que el muchachito que la acompañaba de tapadera, se ensució encima, y el Consulado ha tenido que comprarle ropas nuevas.

Hel no pudo evitar soltar la carcajada.

—Vamos. Entre nosotros, ¿qué demonios hiciste?

—Bueno, se me echó encima con toda la sutileza de un tiburón en un batiscafo, así que hube de neutralizarla. Ya no las entrenáis como en los viejos tiempos. La muy boba aceptó un regalo.

—¿Qué clase de regalo?

—Oh, nada más un recuerdo barato de Biarritz. Iba envuelto en papel de seda. Pero recorté la forma de una pistola en papel de aluminio grueso y la deslicé entre las hojas del envoltorio.

Sir Wilfred lanzó una carcajada.

—De modo que el ojo de rayos X señalaba una pistola cada vez que pasaba el paquete y los pobres funcionarios no encontraban nada. ¡Qué delicioso! Creo que debo brindar por esa idea. —Se sirvió la otra mitad del coñac y continuó con la tarea de familiarizarse con la información de Hel,

permitiéndose de vez en cuando interjecciones como—: ¿Realmente es así? Nunca lo hubiera creído de él. Ah, esto ya hace algún tiempo que lo sabemos. Sin embargo, no serviría de nada darle publicidad. ¡Oh, Dios! Esto sí que es algo repugnante. ¿Cómo demonios pudo descubrirlo?

Cuando terminó de leer el material, Sir Wilfred alineó cuidadosamente las hojas para igualar los extremos, y las colocó nuevamente en el sobre.

—Aquí no hay ni una sola cosa suficiente para obligarnos a ir muy lejos.

—Me doy cuenta de ello, Fred. Pero, ¿y el conjunto? ¿Dar a conocer una noticia diariamente a la Prensa alemana?

—¡Hum…! Sí. Tendría un efecto desastroso en la confianza en el Gobierno, en estos momentos, con las elecciones en el horizonte. ¿Supongo que la información es al estilo «botón apretado»?

—Naturalmente.

—Eso me he temido.

Mantener la información al estilo «botón apretado» suponía ciertos arreglos para que se diera a conocer a la Prensa inmediatamente si cierto mensaje no era recibido a las doce horas todos los días. Hel llevaba con él trece direcciones a las que todas las mañanas enviaba un telegrama. Doce de las direcciones eran falsas; una de ellas pertenecía a un socio de Maurice de Lhandes, quien, al recibir el mensaje, llamaría por teléfono a otro intermediario, que a su vez llamaría por teléfono a De Lhandes. El código entre Hel y De Lhandes era sencillo y se basaba en un oscuro poema de Barro, pero los muchachos del espionaje necesitarían más de veinticuatro horas para localizar la letra precisa, en la palabra adecuada del mensaje que era la señal activa. El término «botón apretado» se derivaba de un tipo de bomba humana, ingeniada de modo que el mecanismo no estallaría mientras el hombre mantuviera apretado un botón. Pero cualquier intento de luchar con él, o de disparar contra él, traería como consecuencia que el hombre soltara el botón.

Sir Wilfred estuvo considerando su posición durante unos momentos.

—Ciertamente, esta información tuya puede ser muy perjudicial. Pero tenemos órdenes muy estrictas de la Organización Madre de proteger a esos

bandidos de «Setiembre Negro», y francamente no tenemos ningún deseo de atraer sobre nuestras cabezas la ira de la Organización ni de ningún otro país industrial. Al parecer, nos vemos forzados a elegir entre calamidades.

—Así parece.

Sir Wilfred avanzó el labio inferior y miró de reojo a Hel, haciendo una evaluación.

—Lo que estás haciendo, Nicholai, es algo muy expuesto y peligroso… ¡echarte a nuestros brazos de esta manera! Habrán tenido que ofrecerte una gran cantidad de dinero para arrancarte de tu retiro.

—Para ser exactos, no recibo ningún dinero por lo que estoy haciendo.

—¡Hum…! Naturalmente, eso es lo que hubiera supuesto en segundo lugar. —Suspiró hondo—. El sentimiento es criminal, Nicholai. Pero eso tú ya lo sabes, naturalmente. De acuerdo, te diré lo que voy a hacer. Llevaré tu mensaje a mis amos. Veremos lo que dicen ellos. Entretanto, supongo que tendré que ocultarte en alguna parte. ¿Te gustaría pasar uno o dos días en el campo? Haré una o dos llamadas telefónicas para que los chicos del Gobierno comiencen a pensar, y después te llevaré en mi cacharro.

MIDDLE BUMLEY

El inmaculado «Rolls 1931» de Sir Wilfred hizo crujir la gravilla que cubría la larga avenida particular hasta detenerse bajo la puerta del garaje del heterogéneo edificio, cuyo mayor encanto residía precisamente en el desorden estético de haberse construido sin ningún plan previo y siguiendo únicamente muchos impulsos arquitectónicos.

Una robusta mujer, de edad indefinida, y dos jóvenes que rondarían los veinte años, atravesaron el prado para salir a recibirles.

—Creo que aquí te divertirás, Nicholai —le dijo Sir Wilfred—. Nuestro anfitrión es un asno, pero no rondará por aquí. La mujer está algo chiflada, pero las hijas son sumamente complacientes. De hecho, han adquirido cierta fama por esa cualidad ¿Qué te parece la casa?

—Considerando tu tendencia británica hacia la fanfarronería pasando por la humildad, esa clase de cosa que hace que llames a tu «Rolls» un cacharro, me sorprende que no hubieras descrito la casa como victoriana de estilo reciente.

—¡Ah, Lady Jessica! —exclamó Sir Wilfred a la mujer mayor, mientras ésta se acercaba vestida con una frívola bata veraniega de un color vago que ella hubiera llamado «cenizas de rosas»—. Éste es el invitado del que le he hablado por teléfono. Nicholai Hel.

Lady Jessica apretó con su mano húmeda la de Hel.

—Encantada de tenerle aquí. Es decir, de conocerle. Ésta es mi hija, Broderick.

Hel estrechó la mano de una muchacha demasiado delgada, cuyos ojos parecían enormes en su enflaquecido rostro.

—Sé que no es un nombre corriente para una chica —continuó Lady Jessica—, pero mi esposo estaba decidido a tener un muchacho, quiero decir que deseaba tener un chico en el sentido de ser padre de un hijo, no en el otro sentido, Dios mío, ¿qué va a pensar usted de él?

Pero tuvo a Broderick en vez de un chico, es decir, tuvimos.

—¿En el sentido de que ustedes eran sus padres? —Hel trató de soltar la mano de la joven flaca.

—Broderick es modelo —explicó la madre.

Hel lo había adivinado. Mostraba cierta expresión de vacío, cierta flojedad en su postura y la curvatura de la espina dorsal, que señalaban la modelo de moda del momento.

—Nada importante realmente —dijo Broderick, intentando ruborizarse bajo su pesado maquillaje—. Únicamente algún trabajillo ocasional para una revista internacional.

La madre dio un golpecito en el brazo de la hija.

—¡No digas que haces «trabajillos»! ¿Qué va a pensar Mr. Hel?

Un aclaramiento de la garganta de la segunda hija impulsó a Lady Jessica a decir:

—¡Ah, sí! Aquí está Melpomene. Es probable que algún día llegue a actuar.

Melpomene era una chica musculosa, de busto grueso, tobillo y antebrazo, rosadas mejillas y de mirada clara. De algún modo, parecía que estaría incompleta sin su bastón de *hockey*. Su apretón de manos era firme y decidido.

—Llámeme Pom. Todos lo hacen.

—¡Ah…! ¿Si pudiéramos refrescarnos un poquito? —sugirió Sir Wilfred.

—¡Oh, naturalmente! Las chicas se lo mostrarán todo… quiero decir, naturalmente, en donde están sus habitaciones y lo demás. ¿Qué pensarán ustedes?

Mientras Hel sacaba sus cosas de la bolsa de viaje, Sir Wilfred llamó a la puerta y entró.

—Bueno, ¿qué piensas de este lugar? Durante un par de días estaremos aquí como peces en el agua, mientras los amos reflexionan sobre lo inevitable, ¿eh? He hablado con ellos por teléfono, y me dicen que mañana tomarán una decisión.

—Dime, Fred. ¿Tus muchachos han estado vigilando a los de «Setiembre Negro»?

—¿Tus blancos? Naturalmente.

—Suponiendo que el Gobierno acepte mi propuesta, necesitaré todo el material informativo que tengas.

—No esperaba menos. Y hablando de ello, aseguré a los amos que tú podías acabar con éxito este asunto, si ellos decidieran que lo hicieras, sin que pudiera sospecharse remotamente de nosotros ni se nos pudiera atribuir ninguna responsabilidad. Es así, ¿no es verdad?

—No por completo. Pero puedo arreglarlo de modo que, cualesquiera que fuesen sus sospechas, la Organización Madre no podría probar ninguna conclusión.

—Supongo que eso es lo mejor que puede esperarse.

—Afortunadamente, me detuviste antes de que pasara por el control de pasaportes, de modo que mi llegada no estará en vuestros ordenadores, y, por consiguiente, tampoco figurará en los suyos.

—Yo no confiaría demasiado en eso. La Organización Madre tiene un millón de orejas y ojos.

—Cierto. ¿Estás absolutamente seguro de que esta casa es segura?

—¡Oh, sí! Las damas no son lo que pudiéramos llamar sutiles, pero poseen otra cualidad lo mismo de buena: son totalmente ignorantes. No tienen ni la más remota idea de lo que nosotros estamos haciendo aquí. Y el hombre de la casa, si es que puedes llamarle de ese modo, no representa problema alguno. Raramente le permitimos estar en el país, ¿sabes?

Sir Wilfred continuó explicando que Lord Biffen vivía en Dordoña, donde era el líder social de un hatajo de geriátricos evasores de impuestos que infectaron esa zona de Francia, con gran disgusto e inquietud de los campesinos de la localidad. Los Biffen eran un típico ejemplo de su especie: nobles irlandeses que en generaciones alternadas fortalecían sus

finanzas decrecientes introduciendo una inyección de sangre de carnicero yanqui. El caballero se había excedido en su ansia por evadir los impuestos y se había metido en un par de asuntos turbios en los puertos libres de las Bahamas. Eso había proporcionado al Gobierno una oportunidad para ejercer presión sobre él y sus fondos británicos, de modo que se mostró dispuesto a prestar la máxima colaboración, permaneciendo en Francia cuando así se le ordenaba, en donde practicaba su versión del astuto comerciante engañando a las mujeres locales y adquiriendo muebles antiguos o automóviles, interceptando cuidadosamente las cartas de su esposa para evitar que ésta descubriera sus pequeñas villanías.

—Un viejo estúpido, realmente. Ya conoces el tipo. Corbatas extranjeras; pantalones cortos de paseo con zapatos de calle y calcetines hasta el tobillo. Pero la mujer y las hijas, y su pequeña sociedad local de vez en cuando nos resultan útiles. ¿Qué te ha parecido la madre?

—Algo obsesionada.

—Hum… Ya entiendo lo que quieres decir. Pero si hubieras pasado teniendo que conformarte con lo que su marido ofrecía, tú también hubieras terminado con cierta obsesión espermática. En fin, ¿vamos a reunirnos con ellas?

Después del desayuno, al día siguiente, Sir Wilfred despachó a las damas y volvió a sentarse para tomar su última taza de café.

—Esta mañana he estado hablando por teléfono con los amos. Han decidido dejarte el campo libre, aunque, naturalmente, con un par de condiciones.

—Mejor que sean menores.

—En primer lugar, quieren la seguridad de que esta información nunca será usada contra ellos en el futuro.

—Esta seguridad ya habrías podido avanzarla. Sabes que el hombre que tú llamas *el Gnomo* siempre destruye los originales cuando se ha hecho el trato. Su reputación va en ello.

—Sí, tienes razón. Me encargaré de darles esa seguridad al respecto. Su segunda condición es que yo les informe, una vez haya examinado

cuidadosamente tu plan y lo considere infalible y absolutamente seguro para que no se vea implicado el Gobierno, ni siquiera de modo indirecto.

—En estos asuntos nunca hay infalibilidad.

—De acuerdo. Lo más infalible que sea razonable suponer. Por tanto, me temo que tendrás que confiar en mí, familiarizarme con los detalles de las temerosas maquinaciones, y todo eso.

—Hay ciertos detalles que no podré darte hasta que haya visto vuestros informes sobre «Setiembre Negro». Pero puedo hacerte un esquema del asunto en general.

Al cabo de una hora, todos estaban de acuerdo con la propuesta de Hel, aunque Sir Wilfred tenía algunas reservas sobre la pérdida del avión, pues «se trata de un «Concorde»… y bastantes problemas hemos tenido ya para hacer pasar ese maldito aparato por la garganta del mundo…».

—Yo no tengo la culpa de que el avión en cuestión sea ese monstruo antieconómico y contaminador.

—Ciertamente. Ciertamente.

—De modo que eso es todo, Fred. Si tu gente cumple bien su parte, el golpe debería salir bien sin que la Organización Madre cuente con prueba alguna de vuestra complicidad. Es el mejor plan que he podido trazar, teniendo en cuenta que sólo he tenido un par de días para pensar en ello. ¿Qué dices?

—No me atrevo a confiar a mis amos todos los detalles. Son hombres políticos… en quienes menos se puede confiar. Pero informaré de que opino que el plan vale la pena y merece la colaboración.

—Bien. ¿Cuándo recibiré los informes sobre «Setiembre Negro»?

—Esta misma tarde los traerá un mensajero. ¿Sabes?, acaba de ocurrírseme algo, Nicholai. Considerando el carácter de tu plan, realmente no tienes por qué mezclarte en absoluto. Nosotros podríamos disponer por nuestra cuenta de los árabes, y tú podrías regresar en seguida a Francia.

Hel estuvo mirando fijamente el rostro de Sir Wilfred durante diez buenos segundos. Después, los dos se echaron a reír al mismo tiempo.

—¡Ah, bueno! —dijo Wilfred, agitando una mano—. No puedes culparme por haberlo intentado. Vayamos a comer algo. Y quizá quede

tiempo para hacer una pequeña siesta antes de que venga el mensajero.

—Casi no me atrevo a ir a mi habitación.

—¡Oh…! ¿También te visitaron la noche pasada?

—Sí, y las eché fuera.

—Como yo digo siempre, lo que se desperdicia no se necesita.

Sir Wilfred estuvo dormitando en su butaca, confortado por el calor del sol poniente más allá de la terraza. Al otro lado de la mesa metálica blanca, Hel estaba examinando los informes de las actividades de los terroristas de la Organización de la Liberación de Palestina.

—Aquí está —dijo finalmente.

—¿Qué? Hum… ¿Qué es lo que está ahí?

—Estaba buscando algo en la lista de los contactos y conocidos que los del «Setiembre Negro» han visto desde su llegada.

—¿Y…?

—En dos ocasiones han pasado tiempo con el hombre que vosotros identificáis como «Pilgrim Y». Trabaja en un servicio de preparación de alimentos para las aerolíneas.

—¿Realmente? No he leído el expediente. Me arrastraron a este asunto, podría decir de mala gana, cuando tú te enredaste en él. ¿Qué es todo esto de la preparación de alimentos?

—Bueno, es evidente que «Setiembre Negro» no intentará introducir las armas pasando por vuestros mecanismos de detección. Ellos ignoraban que cuentan con la colaboración pasiva de tu Gobierno. De modo que yo debía saber cómo iban a introducir sus armas a bordo. Han recurrido a un método muy usado. Las armas subirán a bordo con las cenas preparadas. Los vehículos que transportan la comida son revisados sumariamente. Se puede pasar cualquier cosa con ellos.

—De modo que ahora ya sabes dónde estarán sus armas. ¿Y qué?

—Sé dónde tendrán que ir a recogerlas. Y allí es en donde yo estaré también.

—Y en cuanto a ti, ¿cómo vas a conseguir entrar con tus armas sin dejar ninguna huella de tu complicidad en todo esto?

—Mis armas pasarán simplemente por el control.

—Ah, claro. Ya me había olvidado por un momento del *Naked-Kill* y todo eso. Apuñalar a un hombre con una pajita para beber. Cuántos problemas nos ha proporcionado eso durante tantos años…

Hel cerró el informe.

—Disponemos de dos días antes de que parta el avión. ¿Cómo emplearemos nuestro tiempo?

—Vagabundear por aquí, supongo. Tenerte oculto.

—¿Vas a vestirte formalmente para la cena?

—No. Creo que hoy no cenaré. Debería haber seguido tu ejemplo y renunciar a mi revolcón del mediodía. Tuve que contender con las dos. Probablemente, caminaré cojo durante el resto de mi vida.

HEATHROW

El avión estaba casi lleno de pasajeros, todos adultos, la mayoría de ellos de la clase social que podía pagar el sobreprecio por volar en un «Concorde». Las parejas charlaban, las azafatas y los camareros se inclinaban sobre los asientos haciendo los ruidos tranquilizadores de las nodrizas experimentadas; los hombres de negocios se preguntaban mutuamente el artículo con que comerciaban; parejas que no se conocían hablaban de esas cosas sin sentido calculadas para terminar en una cita en Montreal; los manifestantes ocupados tenían las narices metidas en documentos e informes, o manipulaban ostentosamente agendas de bolsillo; los más asustadizos charlaban diciendo cuánto les gustaba volar, e intentaban parecer indiferentes mientras examinaban la tarjeta de información que les indicaba procedimientos y salidas en caso de emergencia.

Un joven árabe musculoso y una mujer árabe bien vestida se sentaron juntos, al fondo, en donde una cortina les separaba del área de servicio en donde se guardaban los alimentos y las bebidas. Detrás de la cortina se encontraba un ayudante de vuelo, que sonrió a la pareja árabe, sus ojos de color verde con una expresión ausente.

Dos árabes jóvenes, con el aspecto de estudiantes ricos, subieron al avión y se sentaron juntos hacia la mitad de la nave. Justo antes de que se cerraran las puertas, un quinto árabe, vestido como hombre de negocios, bajó apresuradamente del autobús de pasajeros y subió al avión, murmurando a la azafata que le recibió algo sobre haber llegado a tiempo y no haber podido venir antes por algún asunto de negocios. Se dirigió al fondo y tomó asiento al otro lado de la pareja de árabes, a quienes hizo una inclinación amistosa de cabeza.

Con un rugido increíble, los motores remolcaron el avión por la rampa de despegue y muy pronto la nariz curvada del pterodáctilo estaba en el aire.

Cuando la señal luminosa indicadora de la obligatoriedad del cinturón se apagó, la bella mujer árabe desabrochó el suyo y se levantó.

—¿Se va por aquí al lavabo de señoras? —preguntó al ayudante de ojos verdes, sonriendo tímidamente.

Tenía una mano detrás de la cortina. Al corresponderle con una sonrisa, apretó el botón sobre el que tenía el dedo y en la zona de pasajeros resonaron suavemente dos gongs. Al oírse este sonido, cada uno de los ciento treinta y seis pasajeros, excepto los árabes del Movimiento Palestino, bajaron la cabeza y miraron fijamente la parte posterior del asiento que tenían delante.

—Cualquiera de éstos, Madam —dijo Hel, manteniendo a un lado la cortina para que ella pudiera pasar.

En aquel instante, el hombre de negocios árabe hizo una pregunta confusa a Hel, queriendo llamar su atención mientras la muchacha cogía las armas del depósito de la comida.

—Ciertamente, señor —dijo Hel, pareciendo no entender la pregunta—. Le traeré uno.

Sacó un peine de su bolsillo mientras se volvía y seguía a la muchacha, cerrando de un golpe la cortina detrás de él.

—Pero, ¡espere! —dijo el hombre de negocios árabe, pero Hel se había marchado.

Tres segundos después apareció, con una revista en la mano.

—Lo siento señor, pero creo que no tenemos ningún ejemplar del *París Match*. ¿Le servirá ésta?

—¡Estúpido idiota! —murmuró el árabe, contemplando confuso la cortina corrida. ¿No habría visto este idiota a la chica? ¿Se habría metido en el retrete al oír que él se acercaba? ¿En dónde *estaba ella*?

Pasó un minuto completo. Los cuatro árabes a bordo estaban tan preocupados ante la inexplicable ausencia de la muchacha que no regresaba, con un arma automática en las manos, que no se dieron cuenta de que todos

los pasajeros del avión estaban sentados con la cabeza agachada, contemplando el asiento frente a ellos.

Incapaces de controlarse por más tiempo, los dos estudiantes árabes que se habían sentado juntos en el fondo del avión se levantaron y se dirigieron hacia atrás por el pasillo. Al acercarse al sonriente y distraído camarero de ojos verdes, intercambiaron miradas de preocupación con el hombre de negocios y con el joven musculoso compañero de la mujer. El más viejo hizo un gesto con la cabeza, indicando a los jóvenes que pasaran al otro lado de la cortina.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó Hel, enrollando la revista que convirtió en un apretado cilindro.

—Lavabo —murmuró uno de ellos, mientras el otro decía:

—Trago de agua.

—Yo se lo traeré, señor —se ofreció Hel—. Naturalmente, no el lavabo —bromeó con el más alto.

Ambos pasaron por su lado, y Hel les siguió detrás de la cortina.

Cuatro segundos después salió, con una expresión de inquietud en el rostro.

—Señor —dijo confidencialmente al hombre de negocios— ¿no será usted médico por casualidad?

—¿Médico? No. ¿Por qué?

—¡Oh, no pasa nada! No hay por qué preocuparse. El caballero ha tenido un pequeño accidente.

—¿Accidente?

—No se preocupe. Pediré ayuda a un miembro de la tripulación. Nada grave, estoy seguro. —Hel tenía en la mano un vaso de plástico que había aplastado y arrugado en el centro del fondo.

El hombre de negocios se levantó y salió al pasillo.

—Si quisiera usted quedarse con él, mientras voy en busca de alguien —dijo Hel, siguiendo al hombre de negocios dentro del área de servicio.

Dos segundos después estaba de nuevo de pie en su puesto mirando a los pasajeros con esa expresión de vaga compasión que adoptan los

camareros de las líneas aéreas. Cuando su mirada se detuvo en el joven musculoso que estaba a su lado, preocupado, Hel le guiñó un ojo y le dijo:

—No ha sido nada. Un ligero mareo, supongo. Quizás es la primera vez sube a un avión supersónico. El otro caballero está ayudándole. Yo no hablo árabe, desgraciadamente.

Pasó un minuto. Otro. Crecía la tensión del joven musculoso mientras el indiferente camarero permanecía de pie ante él canturreando una tonadilla popular y mirando distraídamente a su alrededor jugueteando con la pequeña tarjeta de plástico con su nombre enganchada en la solapa. Pasó otro minuto.

El muchacho musculoso ya no pudo más. Dio un salto y descorrió de golpe la cortina. En el suelo se hallaban sus cuatro compañeros, con las piernas desparramadas y el aspecto de títeres que les había conferido la muerte. El último árabe no llegó a sentir el borde de la tarjeta: sus nervios ya estaban muertos antes de que llegase al suelo.

Con excepción del rugido sibilante de los motores del avión reinó un silencio absoluto en el interior. Todos los pasajeros miraban rígidamente al frente. La tripulación de vuelo permanecía de cara a la parte anterior del avión con los ojos fijos en el decorado panel de plástico situado frente a ellos.

Hel pulsó el intercomunicador y su voz suave sonó metálica a través del altavoz.

—Descansad. No miréis atrás. Aterrizaremos dentro de quince minutos. —Coloco el auricular en su sitio y marcó la cabina del piloto—. Envíe el mensaje exactamente como se le ha dicho. Hecho eso abra el sobre que tiene en el bolsillo y siga las instrucciones de aterrizaje que, inclinando nuevamente su nariz de pterodáctilo, el «Concorde» se dirigió para aterrizar en un aeropuerto militar, temporalmente evacuado en el norte de Escocia. Cuando se detuvo y sus motores quedaron reducidos al silencio, se abrió el portalón de la segunda entrada y Hel descendió por la escalera móvil que había sido acercada a la puerta. Subió al «Rolls 1931» que había perseguido al avión por la pista, y se alejaron de allí.

Justamente antes de girar hacia un edificio de control, Hel se volvió y vio a los pasajeros que bajaban y se alineaban en cuatro hileras al lado del avión bajo la dirección de un hombre que había pasado como jefe de los camareros. Cinco autobuses militares ya estaban cruzando el campo de aterrizaje para recogerles.

Sir Wilfred estaba sentado ante el escritorio de madera lleno de cicatrices de la oficina de control, sorbiendo un whisky, mientras Hel se quitaba las ropas de camarero para ponerse las suyas.

—¿Cómo sonó el mensaje, bien? —preguntó Hel.

—Muy dramático. Muy efectivo. El piloto del avión dijo que el avión estaba siendo secuestrado y justamente en medio del mensaje se interrumpió la comunicación, dejando solamente el aire muerto y el silbido de la estática.

—¿Estaba en un canal claro, de modo que su informe haya podido ser corroborado independientemente?

—Por lo menos ha sido oído por media docena de operadores de radio por todo el Atlántico Norte.

—Muy bien. Ahora, mañana sus aviones de búsqueda volverán con informes de haber encontrado restos flotando, ¿no es así?

—Cierto.

—Se informará que el accidente ha sido confirmado y las noticias se darán por el Servicio Mundial de la BBC, comunicando que había pruebas de una explosión, y que se supone que un mecanismo de explosión en poder de los secuestradores árabes fue detonado accidentalmente, lo que causó la destrucción del avión.

—Justo.

—¿Cuáles son sus planes para ese avión, Fred? Seguramente las compañías de seguros sentirán curiosidad.

—Deja eso para nosotros. Aunque no quede nada más del Imperio, por lo menos conservamos todavía esa tendencia por la duplicidad que nos hizo ganar el título de la pérfida Albión.

Hel se echó a reír.

—De acuerdo. Debe de haber sido una tarea difícil recoger tantos operativos de toda Europa y hacerles pasar como pasajeros.

—Lo fue realmente. Y los pilotos y la tripulación eran chicos de la RAF que realmente tenían muy poca experiencia con el «Concorde».

—Y me lo dices ahora.

—No hubiera servido de nada ponerte nervioso, viejo amigo.

—Lamento tu problema de tener que mantener a ciento cincuenta personas en el secreto. Era el único medio de que yo pudiera hacerlo manteniendo al margen a tu Gobierno de la venganza de la Organización Madre. Y, después de todo, son tu propia gente.

—Totalmente cierto. Pero eso no asegura que podamos confiar a largo plazo. Aunque ya he pensado en ese problema y tengo la solución.

—¿Ah, sí? ¿Qué solución?

—¿Adónde te imaginas que van esos autobuses?

Hel se ajustó la corbata y cerró la cremallera de su bolsa de viaje.

—¿Los ciento cincuenta al completo?

—No quedaba otro medio para una seguridad a toda prueba. Y dentro de un par de días tendremos que ocuparnos también del exterminio de la tripulación. Pero todas las cosas tienen su lado brillante, si te empeñas en encontrarlo. En este momento sufrimos en nuestro país un problema menor de desempleo, y esto abrirá oportunidades en el Servicio Secreto para jóvenes inteligentes de ambos sexos.

Hel sacudió la cabeza.

—Fred, realmente creo que eres un viejo fósil sin entrañas, ¿no es así?

—Con el tiempo incluso el alma se endurece. ¿Estás seguro que no tomarías un pequeño trago de despedida?

QUINTA PARTE

SHICHO

CASTILLO DE ETCHEBAR

Ablandados los músculos en el agua casi hirviendo y el cuerpo aligerado del peso, Hel dormitaba mientras sus pies rodeaban los de Hana en un relajado abrazo. El día era frío para la estación, y el vapor denso crecía llenando la pequeña casa de baño.

—Estabas muy cansado cuando regresaste a casa anoche —dijo Hana tras un soñoliento silencio.

—¿Supone eso una crítica? —murmuró Hel sin mover los labios.

Hana rió ligeramente.

—Al contrario. La fatiga es una ventaja en nuestros juegos.

—Cierto.

—Tu viaje… ¿ha tenido éxito?

Hel afirmó con la cabeza.

Hana nunca se mostraba curiosa respecto a los asuntos de Hel; su entrenamiento se lo prohibía, pero su entrenamiento también le había enseñado a crear las oportunidades para que él le hablara de su trabajo si deseaba hacerlo.

—¿Tu negocio? ¿Era del mismo tipo que tu actividad en China cuando nos conocimos?

—Mismo género, diferente *phylum*.

—Y esos hombres desagradables que nos visitaron, ¿estaban envueltos en ello?

—No estaban en el terreno, pero ellos eran el enemigo. —Cambió su tono de voz—. Oye, Hana. Deseo que te tomes unas pequeñas vacaciones. Ve a París o al Mediterráneo durante unas semanas.

—¿Sólo hace diez horas que has regresado y ya intentas liberarte de mí?

—Esos «hombres desagradables» pueden causarnos algunas molestias. Y quisiera verte fuera de peligro. De todos modos —Hel sonrió—, probablemente podrías aprovechar el estímulo de uno o dos jóvenes fuertes.

—¿Y qué pasará contigo?

—Oh, yo estaré fuera del alcance del enemigo. Me iré a las montañas y trabajaré en esa cueva que Beñat y yo descubrimos. No es probable que me descubran allí.

—¿Cuándo quieres que me marche, Nikko?

—Hoy mismo. Tan pronto como puedas.

—¿No crees que estaría segura aquí, con nuestros amigos en las montañas protegiéndome?

—Esa cadena se ha roto. Algo le sucedió a Miss Stern. Alguien informó.

—Entiendo. —Hana apretó su pie entre los de ella—. Ten cuidado, Nikko.

El agua se había enfriado lo suficiente para permitir movimientos lentos y Hel meneó los dedos enviando corrientes de agua caliente hacia su estómago.

—¿Hana? Me dijiste que quizá tú no mencionarías de nuevo el tema del matrimonio, pero yo dije que sí podía y lo haría. En este momento lo hago.

Hana sonrió y sacudió la cabeza.

—He estado pensando en ello durante los últimos días, Nikko. No, matrimonio no. Eso sería demasiado simple para personas como tú y yo.

—¿Quieres marcharte de aquí?

—No.

—¿Entonces?

—No hagamos planes. Estemos juntos durante un mes seguido. Quizá para siempre… pero únicamente durante períodos de un mes. ¿Te parece bien?

Hel sonrió y anidó sus pies entre los de ella.

—Siento un gran afecto por ti, Hana.

—Yo siento gran afecto por ti, Nicholai.

—¡Por las pelotas escépticas de Tomás! ¿Qué es lo que ocurre aquí? —Le Cagot había abierto de golpe la puerta del baño y entró, trayendo con él un desagradable aire frío—. ¿Es que los dos estáis creando vuestra propia boira? ¡Es bueno verte de nuevo, Nikko! Has debido sentirte muy solo sin mí. —Se inclinó sobre la bañera de madera, enganchando la barbilla en el borde—. ¡Y también es bueno verte a ti, Hana! Sabes, ésta es la primera vez que te veo entera. Voy a decirte la verdad… eres una mujer deseable. Y esto es un elogio que proviene del hombre más deseable del mundo, de modo que… que te aproveche con salud.

—¡Vete de aquí! —gruñó Hel, no porque se sintiera incómodo al estar desnudo, sino porque la importunidad de Le Cagot se deshincharía si Hel no picara el cebo.

—Grita para disimular su alegría por verme de nuevo, Hana. Es un viejo truco. ¡Madre de Dios, tienes unos bonitos pezones! ¿Estás segura de que no hay un poco de vasco en ese cocido genético tuyo? Eh, Nikko, ¿cuándo comprobaremos si hay luz y aire al otro lado de la «Cueva de Le Cagot»? Todo está a punto. El depósito de aire está abajo, el traje impermeable. Todo.

—Estoy dispuesto a ir hoy mismo.

—¿Hoy, cuándo?

—Dentro de un par de horas. Márchate.

—Bien. Eso me da tiempo para visitar a tu criada portuguesa. De acuerdo, me voy. Vosotros dos tendréis que resignaros a continuar sin mi compañía. —Dio un portazo detrás de él, haciendo arremolinar el poco vapor que quedaba en el cuarto.

Después de haber hecho el amor y desayunado, Hana comenzó a preparar el equipaje. Había decidido marcharse a París porque a finales de agosto la ciudad estaría relativamente vacía de parisinos burgueses de vacaciones.

Hel trabajó un poco en el jardín, que durante su ausencia se había desordenado un tanto. Allí es donde Pierre le encontró.

—Oh, M’sieur, las señales del cielo están muy confusas.

—¿Realmente?

—Así es. Ha llovido durante dos días, y ahora no dominan ni el viento del Este ni el del Norte, y usted ya sabe lo que eso significa.

—Confío en que me lo digas.

—Habrá peligro en las montañas, M'sieur. Ésta es la estación de la boira.

—¿Estás seguro de eso?

Pierre golpeó ligeramente con su dedo índice la punta de su rubicunda nariz de borracho, dando a entender que había cosas que únicamente los vascos conocían con seguridad, y el tiempo era una de ellas.

Hel extrajo cierto consuelo de la seguridad de Pierre. Por lo menos sabía que no tendrían que enfrentarse con una peligrosa boira.

El «Volvo» entró en la plaza del pueblo de Larrau, donde debían recoger a los muchachos vascos que harían funcionar el pedal de la cabria. Se estacionaron cerca del bar de la viuda, y uno de los niños que jugaban a pala contra el muro de la iglesia se acercó corriendo e hizo el favor a Hel de golpear la capota del automóvil con un palo, como había visto a menudo hacer a los hombres. Hel le dio las gracias y siguió a Le Cagot dentro del bar.

—¿Por qué llevas el *makila* contigo, Beñat? —No había notado anteriormente que Le Cagot llevase consigo su viejo bastón-sable bajo el brazo.

—Me he prometido llevarlo conmigo hasta que descubra quién de mi gente dio el soplo sobre esa pobre chica. Entonces, por las pelotas mataniños de Herodes, le ventilaré el pecho con el *makila*. Ven, vamos a tomar un trago con la viuda. Voy a darle el gusto de poner mi mano en su trasero.

Los muchachos vascos que les habían estado aguardando desde la mañana, se les unieron para tomar un trago, hablando entusiásticamente sobre las posibilidades de M'sieur Hel para cruzar a nado el río subterráneo y salir al aire libre. Cuando esa exploración aire-a-aire se hubiese hecho, el sistema de la cueva sería dado a conocer de manera oficial, y podrían bajar libremente a la cavidad, y lo que es más, hablar más tarde de ello.

La viuda rechazó dos veces la mano de Le Cagot; después, claramente demostrada su virtud, dejó que la mano permaneciera en sus amplias nalgas mientras ella estaba de pie junto a la mesa, llenando el vaso del poeta.

La puerta del fondo que daba al retrete se abrió, y el padre Xavier entró en el bar de techo bajo, con los ojos brillantes por el reconfortante vino y el éxtasis del fanatismo.

—¡Vaya! —dijo a los jóvenes vascos—. ¿Ahora os sentáis con este extranjero y su lujurioso amigo? ¿Os bebéis su vino y escucháis sus mentiras?

—¡Esta mañana parece que ha bebido mucha sangre de Cristo, padre Esteka! —dijo Le Cagot—. Se ha tragado algo de valentía.

El padre Xavier murmuró algo y se dejó caer en una silla en la mesa más alejada.

—¡Hola! —continuó Le Cagot—. Si su valentía es tan grande, ¿por qué no sube a la montaña con nosotros, eh? Vamos a bajar a un pozo sin fondo del que no se puede salir. Para usted sería un goce por anticipación del infierno… ¡para irse acostumbrando!

—Déjale —murmuró Hel—. Vámonos y dejemos a ese bastardo imbécil que se consuma en su propio odio.

—¡Los ojos de Dios están en todas partes! —gritó el sacerdote, mirando ferozmente a Hel—. ¡Su furia es implacable!

—¡Cierra el pico, monjita —le dijo Le Cagot—, o te meteré este *makila* allí donde molestaría al obispo!

Hel colocó una mano en el brazo de Le Cagot para que frenara sus palabras; acabaron de beber su vino, y se marcharon.

GOUFFRE PORTE-DE-LARRAU

Hel estaba agachado en la losa plana que bordeaba su campamento de base junto al cono de derrubios, con la luz de su casco apagada para economizar baterías, escuchando por el teléfono portátil la verborrea incansable, las invectivas y las canciones de Le Cagot, mientras descendía por el cable, lanzando vituperios y divirtiendo constantemente a los muchachos vascos que manejaban el pedal en la boca de la cavidad. Le Cagot tomó un respiro, estirado en el fondo del tirabuzón, antes de dejar que le bajaran en el vacío de la «Cueva de Le Cagot», por la caída de agua, en donde debería estar colgado, dando vueltas en la cuerda, mientras los muchachos trababan y remplazaban el tambor del cable.

Tras ordenarles que se apresurasen a realizar la tarea y no le dejaran colgando allí, suspendido como Cristo en la cruz, si no querían que regresara y les causara daños corporales de consideración, Le Cagot prosiguió:

—¡De acuerdo, Nikko, ya bajo!

—Ésa es la única manera en que funciona la gravedad —comentó Hel, mientras miraba hacia arriba para percibir el primer vislumbre de la luz en el casco de Le Cagot emergiendo en medio de la neblina de la cascada.

Algunos metros más abajo de la abertura de la cueva principal, detuvo el descenso, y el muchacho vasco que estaba al teléfono anunció que estaban cambiando los tambores.

—¡Apresuraos! —ordenó Le Cagot—. ¡Esta ducha fría está abusando de mi virilidad!

Hel estaba pensando cómo transportarían el pesado depósito de aire hasta la «bodega» al final del sistema, satisfecho de poder contar con la

fuerza de toro de Le Cagot, cuando le llegó un grito ahogado a través de los auriculares. Y un ruido agudo. Su primera reacción fue creer que se había roto algo. ¿Un cable? ¿Un trípode? Instintivamente, su cuerpo se tensó participando de la difícil posición en que estaba Le Cagot. De nuevo, escuchó dos ruidos secos. ¡Disparos!

Y silencio después.

Hel podía ver la lámpara del casco de Le Cagot, confuso en medio de la neblina del agua, apareciendo y desapareciendo a medida que el poeta daba vueltas lentamente en el extremo del cable.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Le Cagot por el teléfono.

—No lo sé.

Por el teléfono, llegó una voz, fina y distante.

—Le advertí que no se mezclara en este asunto, Mr. Hel.

—¿Diamond? —preguntó Hel, innecesariamente.

—En efecto. El comerciante. Aquel que no se atrevería a enfrentarse contigo cara a cara.

—¿A esto le llama usted cara a cara?

—Es lo suficientemente cerca.

La voz de Le Cagot era ahogada por la tensión en su pecho y diafragma que le causaba la presión del arnés.

—¿Qué sucede?

—¿Diamond? —Hel hacía esfuerzos para mantenerse tranquilo—. ¿Qué les sucedió a los muchachos de ahí arriba?

—Han muerto.

—Entiendo. Oiga. Usted a quien quiere es a mí, y yo estoy en el fondo del pozo. Yo no soy el que está colgando del cable. Es mi amigo. Puedo darle instrucciones para que le haga bajar.

—¿Y por qué motivo tendría que hacerlo?

Hel oyó la voz de Darryl Starr que venía del fondo.

—Ése es el hijo de perra que me quitó el «hierro». ¡Deje que cuelgue ahí en medio, dando vueltas al viento, ese jodedor de mierda!

Se oyó el ruido de una risita infantil, el rufián del Movimiento Palestino al que llamaban Haman.

—¿Qué le hace creer que me he mezclado en sus asuntos? —preguntó Hel, en tono de conversación, aunque estaba tratando frenéticamente de ganar tiempo para pensar.

—La Organización Madre mantiene fuentes de información muy cercanas a nuestros amigos ingleses… sólo para confirmar su buena fe. Tengo entendido que usted se encontró con Miss Biffen, nuestra joven modelo.

—Si consigo salir de aquí, Diamond…

—Ahorra tu respiración, Hel. Ocurre que yo sé bien que «es un pozo sin fondo del que no se puede salir».

Hel dio un respingo. Ésas habían sido las palabras de Le Cagot aquella tarde en el bar de la viuda.

—Te advertí —continuó Diamond— que tendría que tomar unas medidas de venganza que satisfacieran los retorcidos gustos de nuestros amigos árabes. Tardarás mucho en morir, y eso les va a complacer. Y he dispuesto un monumento más visible de tu castigo. ¿Ese castillo tuyo? Hace una hora y media que ha dejado de existir.

—Diamond… —Hel no tenía nada que decir, pero deseaba mantener a Diamond al otro lado de la línea—. Le Cagot no es nada para usted. ¿Por qué dejarle ahí colgando?

—Es un detalle que con toda seguridad divertirá a nuestros amigos árabes.

—Escuche, Diamond, otros hombres han de venir a sustituir a esos muchachos vascos. Nos encontrarán y nos sacarán.

—Eso no es verdad. De hecho, es una desalentadora mentira insignificante. Pero, para prevenir que alguien dé con este lugar accidentalmente, tengo la intención de enviar aquí a alguien que entierre a tus amigos vascos, que desmonte este *bric-à-brac* y empuje algunas rocas al pozo para cubrir la entrada. Te lo digo como un acto de caridad… para que no pierdas el tiempo alimentando vanas esperanzas.

Hel no respondió.

—¿Recuerdas el aspecto de mi hermano, Hel?

—Vagamente.

—Perfecto. Sigue recordándolo.

Por los auriculares llegaron sonidos chirriantes, cuando los arrancaron y arrojaron a un lado.

—¿Diamond? ¿Diamond? —Hel apretaba el cable telefónico entre sus dedos. El único sonido que le llegaba por el teléfono era la respiración jadeante de Le Cagot.

Hel encendió la lamparilla de su casco y la bombilla de diez watios conectada a la batería, para que Le Cagot pudiese ver algo debajo de él y no se sintiera abandonado.

—Y bien, ¿qué te parece, viejo amigo? —la voz medio estrangulada de Le Cagot llegó por la línea—. No es exactamente el final que yo hubiera elegido para este carácter colorido que he creado para mí.

Durante un momento de desesperación, Hel estuvo pensando en intentar una escalada por las paredes de la cueva, para llegar quizá más arriba de Le Cagot, y tenderle una cuerda.

Imposible. Se requerirían horas de trabajo, perforando y colocando clavijas de expansión para trepar por esa cara sin relieves, colgante; y mucho antes de eso, Le Cagot ya estaría muerto, estrangulado por las correas que le sujetaban y que ya en este momento estaban haciéndole difícil la respiración.

¿Podría Le Cagot desprenderse de su sujeción y subir por el cable hasta la boca del tirabuzón? Desde allí existía alguna posibilidad de que pudiera ir subiendo hasta la superficie en un ascenso libre.

Sugirió esta posibilidad a Beñat por el teléfono.

La voz de Le Cagot era un débil ronquido.

—No puedo… costillas… peso de… agua…

—¡Beñat!

—¿Qué, por el amor de Dios?

Hel tuvo una última idea con la mínima posibilidad. El cable del teléfono. No estaba atado con firmeza, y había muy pocas probabilidades de que soportase el peso de un hombre; pero cabía en lo posible que se hubiera enredado en algún lugar, más arriba, quizá con el cable de descenso.

—¿Beñat? ¿Puedes agarrarte al cable telefónico? ¿Puedes liberarte del arnés?

Le Cagot no tenía suficiente respiración para responder, pero, por la vibración en el cable del teléfono, Hel supo que estaba intentando seguir sus instrucciones. Pasó un minuto. Dos. La luz del casco, confuso entre la neblina, danzaba a sacudidas cerca del techo de la cavidad. Le Cagot estaba colgado del cable del teléfono, recurriendo a sus últimas fuerzas antes de caer en la inconsciencia para cortar con el cuchillo las correas húmedas de su arnés. Se agarró con todas sus fuerzas al cable mojado del teléfono y cortó la última atadura. Traspasó su peso al cable telefónico… que se desprendió quedando suelto.

—¡Cristo! —gritó el poeta.

La luz de su casco se precipitaba hacia abajo, hacia Hel. Durante una fracción de segundo, el cable del teléfono que se enrollaba quedó a los pies de Hel. El cuerpo de Beñat cayó contra la cima del cono de derrubios, rebotó y fue dando tumbos en medio de un estrépito de pedruscos y detritos, hasta que finalmente quedó cabeza abajo a unos diez metros de Hel.

—¡Beñat!

Hel se precipitó junto a su amigo. No estaba muerto. Tenía el pecho hundido y respiraba jadeante en medio de convulsiones que le hacían arrojar una espuma sanguinolenta por la boca. El casco había recibido el impacto inicial, pero durante su caída por el cono se le había caído de la cabeza, rodando hasta el fondo. La nariz y las orejas le sangraban. Cabeza abajo, se estaba ahogando con su propia sangre.

Con toda la delicadeza posible, Hel alzó entre sus brazos el torso de Le Cagot procurando que estuviese lo más cómodo posible. El daño que pudiera hacerle al moverle ya no importaba; el hombre estaba muriéndose. En verdad, Hel lamentaba la poderosa constitución del vasco que negaba a su amigo un alivio inmediato con la muerte.

La respiración de Le Cagot era rápida y entrecortada; sus ojos abiertos se dilataban lentamente. Tosió, y la vibración le produjo un dolor insoportable. Hel acarició su peluda mejilla, viscosa por la sangre.

—Cómo… —Le Cagot se atascó en la palabra.

—Descansa, Beñat. No hables.

—¿Qué… aspecto tengo?

—Tienes buen aspecto.

—¿No pudieron con mi rostro?

—Estás bello como un dios.

—Bien. —Le Cagot apretó los dientes ante un ataque de dolor. Los dientes de la mandíbula inferior se le habían roto en la caída—. El cura…

—Descansa, amigo mío. No luches. Déjate ir.

—¡El cura! —La espuma sanguinolenta de las comisuras de su boca ya era pegajosa.

—Lo sé. —Diamond había citado la descripción de Le Cagot respecto a la cueva, como un pozo sin fondo. La única persona de quien había podido oírlo era el fanático padre Xavier. Y también debió de ser el cura el que denunció el refugio de Hanna. El confesionario era su fuente de información, su *Fat Boy*.

Durante unos tres minutos interminables, los ronquidos gorgojeantes de Le Cagot fueron el único sonido en la cueva. Los borbotones de sangre de sus orejas comenzaron a aumentar.

—¿Nikko?

—Descansa. Duerme.

—¿Qué aspecto tengo?

—Magnífico, Beñat.

De repente, el cuerpo de Le Cagot se puso rígido y del fondo de su garganta salió un débil gemido.

—¡Cristo!

—¿Dolor? —preguntó Hel estúpidamente, no sabiendo qué decir.

La crisis de agonía pasó, y el cuerpo de Le Cagot pareció desplomarse en sí mismo. Tragó sangre y preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Dolor —repitió Hel.

—No… gracias… tengo todo el que necesito.

—Bobo —dijo Hel muy suavemente.

—Sin embargo, no es un mal final.

—No, no es malo.

—Me apuesto algo a que el tuyo no será tan elegante cuando te llegue.

Hel cerró los ojos con fuerza, haciendo que brotaran las lágrimas, mientras acariciaba la mejilla de su amigo.

Le Cagot dio un respingo y cesó de respirar. Las piernas se le contrajeron en espasmos. Le volvió la respiración, jadeos rápidos en el fondo de su garganta. Su destrozado cuerpo se contorsionó en una agonía final y gritó:

—¡Argh! Por las cuatro pelotas de Jesús, María y José…

Escupió una bocanada de sangre rosada de sus pulmones y murió.

Hel gruñó con alivio al liberarse de la opresión de las correas del cilindro de aire que depositó en el ángulo formado entre dos losas de roca áspera caída desde el techo de la cueva ascendente. Se dejó caer sentado, apoyando la barbilla en el pecho, y a la vez que aspiraba grandes bocanadas de aire con inhalaciones temblorosas y exhalaciones que pasaban rápidas por sus pulmones produciéndole tos. Le bajaba el sudor desde el cabello, a pesar de la fría humedad de la cueva. Cruzó los brazos sobre el pecho y, delicadamente, se frotó con los dedos las enrojecidas marcas de sus hombros, allí donde el depósito del aire y las correas de sujeción habían arrancado la piel, a pesar de los tres jerseys que llevaba bajo el mono de paracaidista. Un depósito de aire es una mochila muy incómoda para trasladar a través de pasos estrechos y ásperos, y ascensiones difíciles. Si se ata fuertemente, impide el movimiento y entorpece los brazos y las manos; si está flojo, fricciona la piel y se balancea, amenazando peligrosamente el equilibrio.

Cuando recuperó el aliento, bebió un largo trago de aguavino de su *xahako*, y se tendió en una losa sin molestarse ni siquiera en quitarse el casco. Transportaba el menor peso posible: el depósito, toda la cuerda que podía manejar, los mínimos cacharros de cocina, dos bengalas, su *xahako*, la máscara submarina en una bolsa impermeable que contenía también una linterna submarina, y un bolsillo repleto de cubitos de glucosa para recuperar rápidamente las energías. Aunque reducido a las necesidades más estrictas, el peso era todavía excesivo. Estaba acostumbrado a moverse

libremente por las cuevas, guiando y transportando el mínimo peso, mientras que el corpulento Le Cagot cargaba con la mayor parte del equipo. Echaba de menos la fuerza de su amigo; echaba de menos el apoyo emocional de su constante expresión de ingenio, invectivas y canciones.

Pero ahora estaba solo. Se habían minado sus reservas de fortaleza; sus manos estaban desgarradas y rígidas. El pensamiento del sueño era delicioso, seductor… mortal. Sabía bien que, si se dormía, el frío penetraría, el frío atractivo y narcotizante. No debía dormir. El sueño era la muerte. Descansar sí, pero sin cerrar los ojos. Cierra los ojos, pero no duermas. No. ¡No debes cerrar los ojos! Arqueaba las cejas esforzándose por mantener los párpados abiertos por encima de los ojos, que giraban soñolientos hacia arriba. Nada de dormir. Sólo cierra los ojos un momento. Sólo… cierra… ojos…

Había abandonado a Le Cagot junto al cono de cascotes, después de que muriera, pues no disponía de medios para enterrarle; la propia cueva sería un vasto mausoleo ahora que habían tapado la entrada con piedras. Le Cagot descansaría para siempre en el corazón de sus montañas vascas.

Cuando finalmente la sangre dejó de brotar, Hel le había limpiado la cara suavemente antes de cubrir su cuerpo con un saco de dormir.

Después de hecho esto, Hel había permanecido junto a él, agachado, meditando ligeramente para aclarar su mente y controlar las emociones. Sólo había conseguido fugaces momentos de paz, pero cuando trajo de nuevo su mente al momento presente, estaba en condiciones de reflexionar sobre su situación. La decisión era simple: todas las alternativas habían quedado eliminadas. Sus posibilidades de conseguirlo, solo y sobrecargado, cruzando el largo pasaje descendente tras superar el obstáculo de la «Protuberancia de Hel», a través del caos gigantesco de la cueva ascendente, atravesar el salto de agua hasta la «Cueva de cristal» y luego deslizarse por la pendiente arcillosa hasta el pozo de la «bodega»; las posibilidades de superar todos estos obstáculos sin el soporte y la ayuda de Le Cagot eran muy escasas. Pero era una especie de apuesta de Pascal. Escasas o no, su única esperanza residía en efectuar el esfuerzo. No pensaría en la tarea de cruzar a nado el tubo al fondo de la «bodega», aquel

canal subterráneo por el que el agua fluía con tal volumen que dejaba la superficie lisa y arqueada. Enfrentaría los problemas uno tras otro.

Superar la «Protuberancia de Hel» casi puso punto final a sus problemas. Había atado una cuerda al depósito de aire balanceándolo por encima de la estrecha repisa a lo largo de la corriente que se precipitaba por aquel canal de agudos bordes, y trató de salvar el obstáculo mediante un enorme esfuerzo de los talones y los hombros, tendido de espaldas casi por completo, y temblándole las rodillas por la tensión y el peso extra de la cuerda cruzada sobre su pecho en bandolera. Después de superado el obstáculo, tuvo que enfrentarse con la tarea de acercar el tanque hasta él. No había ningún Le Cagot que le halara la cuerda. No quedaba otro recurso que dejar caer el depósito al agua y recuperarlo rápidamente cuando saltase en el fondo de la corriente. No pudo recoger la cuerda con la suficiente rapidez; el depósito mantuvo su posición debajo del agua y continuó adelante, con la cuerda tirante y dando sacudidas. Hel no tenía punto de apoyo alguno; cuando la cuerda se puso tirante, Hel recibió el tirón en el estrecho borde donde se encontraba. No podía soltarla. Perder el depósito de aire significaba perderlo todo. Se espatarró sobre el estrecho pasaje, con una bota apoyada en el borde y los clavos de la otra presionando contra el muro opuesto de pared lisa, en donde no tenía en qué apoyarse. Concentró toda la fuerza de sus piernas en esa posición, y los tendones de las ingles resaltaron con fuerza, tensos y vulnerables. La cuerda se le escapaba rápidamente de las manos. Con la mandíbula apretada, cerró con fuerza los puños alrededor de la cuerda. Sintió un terrible dolor cuando las palmas de sus manos sufrieron la fricción de la cuerda mojada que le cortaba la piel. Detrás de sus puños quedaba el agua, y delante, la sangre. Para dominar el dolor, rugió, y el eco de su grito recorrió el angosto pasadizo.

El depósito quedó detenido.

Hel tiró de él, hacia atrás, contra la corriente, mano sobre mano, la cuerda como hierro fundido en las palmas de sus manos en carne viva, los tendones de sus ingles palpitantes y nudosos. Cuando su mano tocó la correa que sujetaba el depósito, lo sacó del agua y se la colgó de la nuca. Con aquel peso balanceándose en su pecho, el regreso hasta el borde

resultaba muy peligroso. Por dos veces intentó separarse de la pared lisa y las dos veces vaciló y volvió a apoyarse, haciendo fuerza con la suela de la bota, con la sensación de que los tendones de la ingle se le desgarraban. En la tercera tentativa lo consiguió, y permaneció jadeante contra la pared, apoyado únicamente con los talones en el borde y los dedos de los pies sobresaliendo por encima de la rumorosa corriente.

Recorrió el último y corto trayecto hasta la pared de deyecciones que bloqueaba el camino hasta la cueva ascendente, y se dejó caer en un rincón, exhausto, con el depósito apoyado en el pecho y las palmas de sus manos palpitantes a causa del dolor.

No podría permanecer allí mucho rato. Las manos se le quedarían agarrotadas e inútiles.

Se colocó de nuevo el depósito en la espalda y comprobó los complementos y la mascarilla. Si se hubiesen estropeado, aquello sería el final. La mascarilla había soportado bien los golpes contra el depósito. Comenzó entonces un lento ascenso por el rincón, entre un lado del pozo y la pared de piedras bajo la cual había desaparecido el río. Como antes, había muchos lugares en los que agarrarse y apoyar los pies, pero se trataba de roca podrida y desmenuzable, que se le partía entre las manos, y de la que pequeños fragmentos penetraban en sus despellejadas palmas. El corazón le saltaba alocadamente en el pecho, enviando sangre palpitante a las sienes. Cuando, por fin, consiguió llegar al borde liso entre dos rocas en equilibrio que daban entrada a la cueva ascendente, se dejó caer plano sobre el vientre y descansó, con la mejilla contra la roca y escapándosele la saliva por la comisura de los labios.

Se maldijo por permanecer allí descansando demasiado rato. Las palmas de las manos se le estaban poniendo viscosas por la serosidad que manaba de las heridas, y se le contraían torpemente, como pinzas de langosta. Se puso en pie y durante unos momentos permaneció allí, abriendo y cerrando las manos, respirando entre ataques de dolor, hasta que de nuevo recuperaron su articulación suave.

Durante un tiempo indefinido, continuó vacilante por la cueva ascendente; avanzaba dando rodeos a los enormes peñascos del tamaño de

un edificio que le empequeñecían, introduciéndose entre losas que se apoyaban una contra otra, caídas recientemente del alto techo rugoso, muy por encima del alcance de su linterna del casco, avanzando precariamente junto a piedras vacilantes que hubieran sucumbido mucho antes a la gravedad de haber estado expuestas a la erosión exterior del tiempo. El río no servía de guía, perdido allá en lo profundo entre la confusión de los desprendimientos, repartido en millares de hilos mientras se abría camino entre el suelo de esquisto de la caverna. Por tres veces, a causa de la fatiga y la tensión, perdió el camino, y lo más terrible de ello era el despilfarro de energía que suponía de algo tan precioso, mientras se tambaleaba ciegamente. Cada vez se obligaba a detenerse y tranquilizarse, hasta que su sentido de la proximidad le sugería el camino hacia el espacio abierto.

Finalmente, un ruido le guió. A medida que se aproximaba al final de la cueva ascendente, las ramificaciones de agua, allá lejos, en el fondo, volvían a reunirse, y poco a poco, Hel tuvo conciencia del rugido y del estrépito del gran salto de agua que conducía a la «Cueva de cristal». Frente a él, el techo de la cueva se inclinaba juntándose con el obstáculo de un muro dentellado de recientes derrumbamientos. Trepar por aquel muro, a través de la red demencial de grietas y chimeneas, y bajar por el otro lado atravesando la rugiente cascada de agua sin contar con la seguridad del apoyo de Le Cagot, sería la parte más peligrosa y difícil de la cueva. Debería descansar antes de emprenderla.

Fue entonces cuando Hel se quitó las correas del depósito de aire y se dejó caer pesadamente en una roca, apoyando la barbilla en el pecho mientras recuperaba el aliento y el sudor le caía desde la cabeza y le penetraba en los ojos.

Bebió un largo trago de su *xahako*, y se tendió de espaldas en la parte lisa de la roca, sin entretenerse en quitarse el casco.

Su cuerpo clamaba por un descanso. Pero no debía dormir. Dormir era la muerte. Sólo descansar un momento. No dormir. Sólo cerrar los ojos un momento. Sólo… cerrar… ojos…

—¡Uff!

Se despertó sobresaltado, arrancado de su sueño por la imagen de la lamparilla del casco de Le Cagot precipitándose hacia él desde el techo de la cueva. Se incorporó y quedó sentado, tembloroso y sudoroso. El sueño ligero no le había descansado; en su cuerpo se estaba acumulando la tensión de la fatiga; sus manos eran dos palas rígidas; tenía los hombros agarrotados; las náuseas producidas por las descargas repetidas de adrenalina le obstruían la garganta.

Quedó allí sentado, caído, indiferente por seguir o continuar allí. Y en ese momento, por vez primera, tuvo conciencia de las desconcertantes implicaciones de lo que Diamond había estado diciendo por teléfono. ¿Su castillo había dejado de existir? ¿Qué habían hecho ellos? ¿Habría escapado Hana?

Su preocupación por Hana, y la necesidad de vengar a Le Cagot proporcionaron a su cuerpo la energía que el alimento y el descanso le hubieran dado. Agarró los restantes cubitos de glucosa de la bolsa y los masticó, acompañándolos con el resto de vino aguado. Se necesitarían algunos minutos antes de que el azúcar se abriera paso hasta el torrente sanguíneo. Entretanto, apretó las mandíbulas e inició la dolorosa tarea de mover las manos, rompiendo la costra reciente y soportando las fuertes punzadas del movimiento.

Cuando fue capaz de manejarlo, se colgó el depósito de aire y comenzó la ardua ascensión por el montón de cascotes que bloqueaban la boca de la «Cueva de cristal». Recordó que Le Cagot había aconsejado que se desviara un poco a la izquierda, porque él estaba sentado en la línea de su caída y se hallaba demasiado cómodo para moverse.

Por dos veces tuvo que quitarse el depósito de aire mientras se sujetaba en puntos difíciles, porque la grieta por la que debía introducirse, era demasiado estrecha para permitir el paso a un hombre y un depósito al mismo tiempo, sin correr el riesgo de dañar la máscara que llevaba colgada del pecho. Cada vez ató cuidadosamente el depósito, porque una caída podía destrozar los complementos y hacer estallar el cilindro, dejándole sin aire para cruzar a nado la cueva final convirtiendo en inútiles tantos trabajos y torturas.

Cuando alcanzó el estrecho borde justamente encima del estrepitoso salto, dirigió su linterna hacia abajo, hacia la larga caída de la que se elevaba una bruma que formaba nubecillas en el aire tranquilo. Sólo se detuvo el tiempo suficiente para recuperar el aliento y calmar los latidos de su corazón. A partir de entonces, no podría disfrutar ya de largos momentos de descanso, su cuerpo y sus manos no tendrían oportunidad de entorpecerse, ni su imaginación podría ahogar su decisión.

El ensordecedor rugido de la cascada y la bruma agitada a cuarenta grados aislaron su mente de cualquier pensamiento que fuese más allá de la tarea inmediata. Avanzó poco a poco por el estrecho borde resbaladizo, que en otro tiempo había sido el inicio del salto, hasta encontrar el saliente rocoso desde el cual Le Cagot le había sostenido durante su primer descenso a lo largo de la brillante capa de agua. Esta vez no contaría con un sostén protector. A medida que bajaba, centímetro a centímetro, llegó al primero de los pitones que había clavado anteriormente, insertó una anilla en el primero y sujetó en doble la cuerda, pasando y sujetando otra en cada pitón, para disminuir su caída en caso de que sucediera. Nuevamente, como antes, no pasó mucho rato antes de que la fricción combinada de la cuerda pasando por las anillas de sujeción hicieran difícil y peligroso tirar de ella, pues el esfuerzo tendía a levantarlo de los escasos y reducidos apoyos para las botas y presas para las manos, que la pared brindaba.

El agua y la cuerda atormentaban las palmas de sus manos, y Hel se agarraba cada vez más fuertemente, como si quisiera mitigar el dolor con un exceso del mismo. Cuando alcanzó el punto en donde debería atravesar la sábana de agua pasando detrás del salto, descubrió que la cuerda ya no cedía. El peso del agua en la cuerda, el número de anillas por las que pasaba y su creciente debilidad, todo se combinaba para hacer imposible el tiro. Tendría que abandonar la cuerda y escalar libremente desde allí. Como en la anterior ocasión, introdujo la mano en la superficie plateada y negruzca del salto de agua, que se partió, formando un brazalete palpitante y grueso alrededor de su muñeca. Palpó, buscando, hasta que localizó, la pequeña grieta áspera, invisible detrás de la capa líquida, en la que anteriormente había metido los dedos. Esta vez sería más duro cruzar la cascada. El

depósito presentaba una superficie adicional, sus dedos estaban torpes y desollados, y había agotado sus reservas de energía. Un movimiento suave. Sólo un balanceo para cruzarlo. Detrás de la cascada había un borde, y en un rincón, un montón de cascotes que facilitan el descenso. Respiró profundamente tres veces y se balanceó bajo la caída del agua.

Las lluvias recientes habían duplicado el espesor de la columna líquida, y más que duplicado su peso, el cual le golpeó el casco y los hombros, y trató de arrancarle el depósito de la espalda. Sus torpes dedos se desprendieron de la áspera grieta, y cayó.

De lo primero que se dio cuenta fue de la quietud relativa. La segunda cosa fue el agua. Se hallaba detrás del salto de agua, en la base del montón de derrubios, sentado en el agua que le llegaba a las caderas. Debió de estar inconsciente durante algún tiempo, pero no tenía sentido de ello. Los acontecimientos se encadenaban en su mente: el golpeteo del agua en su espalda y en el depósito; el dolor, cuando sus dedos despellejados fueron arrancados de su presa; los tumbos, el ruido, el dolor y el golpe cuando cayó en el montón de derrubios y rodó por él y después, el silencio relativo, y el agua hasta la cintura, en donde anteriormente había habido rocas húmedas. El silencio no era ningún problema; no estaba asombrado. La última vez había observado cómo el rugido del salto de agua parecía quedar ahogado cuando se estaba detrás de ella. Pero, ¿y el agua? ¿Significaba eso que las lluvias recientes se habían infiltrado convirtiendo en lago el suelo de la «Cueva de cristal»?

¿Estaba herido? Movió las piernas; se hallaban en perfecto estado. Y también los brazos. El hombro derecho le dolía. Podía alzarlo, pero en la articulación notaba un dolor punzante. Quizá se había roto un hueso. Doloroso, pero no debilitante. Decidió que había cruzado la cascada de agua milagrosamente sin daños, cuando notó una singular sensación. Los dientes no le encajaban bien. Se tocaban las puntas. El menor intento de abrir la boca le producía tanta agonía que sintió que se deslizaba hacia la inconsciencia. Se había roto la mandíbula.

La máscara. ¿Se habría roto con la caída? La sacó de la bolsa y le examinó a la luz de su lamparilla, amarillenta, porque las pilas estaban

agotándose. Se había roto la placa frontal.

Era una grieta fina como un cabello. Quizá resistiría, si los acoplamientos de caucho no estuvieran torcidos o desencajados. ¿Y qué posibilidades le quedaban en la arrolladora corriente al fondo de la «bodega»? No muchas.

Al levantarse, el agua le llegaba únicamente a los tobillos. Pasó con dificultad y trabajo por el salto de agua, en aquel lugar muy esparcido, hasta la «Cueva de cristal». El agua se hacía más profunda a medida que la bruma de agua fría se iba afinando detrás de él.

Una de las dos bengalas de magnesio se había roto en la caída. Su polvo grasiento había recubierto la otra bengala, que tuvo que ser cuidadosamente enjugada antes de encenderla, para evitar que la llama se esparciera por los lados y le quemara la mano. Tiró del casquete; chisporroteó y floreció convirtiéndose en una luz blanca y brillante, que iluminó las lejanas paredes, con incrustaciones de brillantes cristales, poniendo de relieve la belleza del recubrimiento de calcita y las esbeltas estalactitas. Pero éstas ya no señalaban las estalagmitas como cepas, como había sucedido en su anterior visita. El suelo de la cueva se había convertido en un lago de poca profundidad que recubría los especímenes del subsuelo. Lo que Hel había temido en principio se había confirmado: las lluvias recientes habían llenado este extremo inferior del sistema de la cueva. La pendiente arcillosa en toda su longitud al extremo más alejado de la cueva se hallaba bajo el agua.

El primer impulso que le asaltó fue el de renunciar, vadear al borde de la cueva y encontrar un lugar donde sentarse, descansar y sumergirse en meditación. Ahora le parecía demasiado duro; las posibilidades matemáticas demasiado desorbitadas. Al principio había pensado que esta última tarea improbable, el atravesar a nado de la «bodega» hacia la luz y el aire, sería la parte más fácil desde el punto de vista psicológico. Sin tener otras alternativas, con el peso y la expansión de todo el sistema de la cueva detrás de él, aquel esfuerzo final a nado tendría el carácter de un acto desesperado. En realidad, pensaba que tendría mayores posibilidades de cruzar estando solo de las que hubiese tenido si Le Cagot estuviera con él,

pues en este caso sólo hubiera debido recorrer hasta la mitad del límite de su resistencia, teniendo que reservar el resto para el regreso, en caso de que el camino estuviera bloqueado o fuese demasiado largo. Ahora confiaba en haber casi duplicado sus posibilidades, ya que no había ocasión alguna de retroceder contra la fuerte corriente de agua.

Pero ahora… se había inundado la cueva de cristal y tenía que recorrer a nado un doble trayecto. La ventaja de la desesperación había desaparecido.

¿No sería preferible sentarse y esperar la muerte dignamente, antes que luchar contra el destino como un animal asustado? ¿Con qué posibilidades contaba? El más leve movimiento de la mandíbula le producía una inmensa agonía; tenía agarrotado el hombro que le dolía horriblemente en la articulación; tenía las palmas desolladas; incluso era muy probable que el maldito cristal de su máscara no resistiera las corrientes del canal subterráneo. Esto ya no era siquiera un juego de azar.

Era como lanzar monedas al aire contra el destino, y que el destino contara a su favor con las dos caras de la moneda. Hel ganaría únicamente si la moneda caía de canto.

Vadeó pesadamente hacia la pared lateral de la cueva, en donde el agua helada rezumaba como mermelada solidificada. Se sentaría allí y esperaría el desenlace.

La bengala chisporroteó de nuevo y se apagó, consumida, y la eterna oscuridad subterránea se cerró en su mente como un peso insostenible. En la oscuridad, a cada movimiento de los ojos percibía puntos de luz como diminutos organismos cristalinos. Pero pronto se desvanecieron, y sólo reinó la más absoluta oscuridad.

Nada en el mundo sería tan fácil como aceptar la muerte dignamente, con *shibumi*.

¿Y Hana? ¿Y aquel sacerdote demente del Tercer Mundo que había contribuido a la muerte de Le Cagot y de Hanna Stern? ¿Y Diamond?

Muy bien. ¡Muy bien, maldita sea! Encajó la linterna impermeable entre dos salientes de aragonita, y, a la luz de su rayo sujetó la máscara al depósito de aire, gruñendo ante el dolor que sentía al apretar las conexiones con sus dedos en carne viva. Después de colocar cuidadosamente las

correas sobre su hombro magullado, abrió la válvula de entrada y mojó con saliva el cristal de la máscara para limpiarlo del vaho de la respiración. La presión de la máscara contra su mandíbula rota resultaba dolorosa, pero podía soportarlo.

Sus piernas seguían en buenas condiciones; podía nadar sólo con las piernas, sosteniendo la linterna con la mano sana. Tan pronto como se halló a suficiente profundidad, se tendió en el agua y nadó, nadar era más fácil que vadear.

En el agua translúcida de la cueva, libre de organismos, la linterna descubría las características subterráneas como si fuese al aire libre. Cuando entró en la pendiente arcillosa, Hel sintió la influencia de la corriente, más bien en forma de una succión hacia abajo que de un impulso desde atrás.

La presión del agua le taponaba los oídos, haciendo resonar el ruido de su respiración en las cavidades de su cabeza.

La succión aumentó al acercarse al fondo de la pendiente arcillosa, y la fuerza del agua le torció el cuerpo hacia la depresión de la «bodega». Desde allí no tendría que nadar; la corriente le llevaría, le arrastraría; todos sus esfuerzos debían dirigirse a reducir la velocidad y a controlar la dirección que seguiría. El empuje de la corriente era una fuerza invisible; en el agua no había aire, ni partículas, ninguna evidencia de las toneladas de fuerza que le aprisionaban.

Sólo en el momento en que trató de agarrarse al borde, para detenerse un momento y prepararse para introducirse en el pozo, Hel conoció plenamente la fuerza de la corriente. Se sintió arrancado de su presa en el borde, girado sobre la espalda y arrastrado hacia el sumidero. Luchó por darse la vuelta, encogiendo el cuerpo y rodando, porque debía entrar en el canal de desagüe con los pies por delante si quería tener alguna posibilidad de salir con vida. Si se golpeara la cabeza contra cualquier obstáculo, ése sería el final.

Inexplicablemente, la succión pareció disminuir cuando Hel penetró en la depresión y lentamente pudo situarse hacia el fondo dirigiendo los pies hacia el canal triangular que seguía. Respiró profundamente y se relajó, recordando la manera en que aquella misma corriente de agua había

arrebatado los paquetes de tinte, con tanta rapidez que la mirada no pudo seguirlos.

Casi perezosamente, su cuerpo flotó hacia el fondo del pozo. Ésa fue su última imagen clara.

La corriente le apresó, y entró como una bala en el canal. Su pie golpeó contra alguna cosa; la pierna se contrajo, y la rodilla le golpeó el pecho; daba vueltas en espiral; perdió la linterna; recibió un golpe en la columna vertebral y otro en la cadera.

Y de pronto quedó atascado contra el obstáculo de una piedra, mientras el agua pasaba estrepitosamente junto a él, arrancándole de allí. Se torció la máscara y estalló el cristal, cuyos trozos, arrastrados por la corriente, le hicieron cortes en la pierna. Durante algunos segundos contuvo la respiración, asustado, y la necesidad de aspirar aire le golpeaba las sienes. El agua corría por encima de su rostro y le entraba por la nariz. ¡Era el maldito tanque! ¡Estaba allí encajado, porque el espacio era demasiado estrecho para su cuerpo y el depósito al mismo tiempo! Empuñó con fuerza el cuchillo, concentrando en su mano derecha toda la energía que le quedaba, mientras el agua trataba de arrebatarle el cuchillo de la mano. ¡Tenía que cortar y desprenderse del depósito! La fuerza de la corriente contra el cilindro presionaba las correas contra sus hombros. No había medio de deslizar el cuchillo por debajo. Debía intentarlo por debajo de las correas que le oprimían el pecho.

El dolor resultaba horripilante, infrahumano.

El pulso le palpitaba con violencia, haciéndole estallar el cerebro. La garganta se le contraía en estertores en demanda de aire. ¡Corta en seguida! ¡Córtala, maldita sea!

Se liberó del depósito, aplastándose el pie al ser arrastrado por debajo de él. Hel se movía de nuevo, torciéndose. Había perdido el cuchillo. Algo le golpeó en la parte posterior de la cabeza con un terrible crujido. El diafragma trabajaba penosamente dentro de su cuerpo aspirando aire. Los latidos del corazón le martilleaban las sienes, mientras daba tumbos y se retorcía en medio del caos de espuma y burbujas.

Burbujas… ¡Espuma! ¡Podía ver! ¡Comienza a nadar! ¡Nada!

SEXTA PARTE

TSURU NO SUGOMORI

ETCHEBAR

Hel estacionó el «Volvo» en la plaza desierta de Etchebar y salió pesadamente, sin cerrar la puerta a su espalda, olvidando de dar al automóvil el golpe de ritual. Respiró hondo, expulsando lentamente el aire; luego comenzó a recorrer el camino de curvas que conducía a su *château*.

Desde detrás de las persianas medio cerradas, las mujeres del pueblo le vigilaban y recomendaban a sus hijos que no jugaran en la plaza hasta que M. Hel se hubiese marchado. Habían pasado ocho días desde que M. Hel se marchara a las montañas con Le Cagot y aquellos hombres terribles vestidos de uniforme llegaran al pueblo e hicieran cosas horribles en el castillo. Nadie había visto a M. Hel desde entonces; sé rumoreaba que había muerto. Ahora M. Hel regresaba a su destrozado hogar, pero nadie se atrevía a saludarle. En este antiguo pueblo de la alta montaña, prevalecían los instintos primitivos; todos sabían que no era sensato asociarse con los desafortunados, por si la desgracia fuese contagiosa. Después de todo, ¿no era voluntad de Dios que sucedieran aquellas cosas terribles? ¿No era castigado el extranjero por vivir con una mujer oriental, probablemente sin el sacramento del matrimonio? ¿Y quién podía saber por qué otras cosas Dios estaría castigándole? Sí, naturalmente, se podía sentir compasión, la Iglesia recomendaba que se sintiera piedad, pero no sería sensato asociarse con aquéllos a los que Dios castiga. Uno ha de ser compasivo, pero no hasta el punto de arriesgarse personalmente.

Mientras caminaba por la larga avenida, Hel no podía ver lo que le habían hecho a su hogar; los pinos bajos le tapaban la visión. Pero, desde el fondo de la terraza, la extensión del daño resultaba visible. El cuerpo central del ala este había desaparecido, destrozadas las paredes y esparcidas

las ruinas en todas direcciones, bloques de granito y de mármol caídos y parcialmente enterrados en el prado maltrecho hasta una distancia de cincuenta metros; un muro bajo, dentellado, bordeaba el boquete de las bodegas, hundidas en las sombras y húmedas por el agua que se filtraba de manantiales subterráneos. La mayor parte del ala oeste continuaba en pie, con las habitaciones expuestas a la intemperie en los lugares donde las paredes habían sido destruidas. Se habían incendiado; los suelos aparecían hundidos, y las vigas chamuscadas colgaban, rotas, en los espacios inferiores. Todas las ventanas y *porte-fenêtre* habían perdido los cristales, y, por encima de ellas, se veían grandes manchas de humo por donde las llamas habían lamido las paredes. La brisa traía el olor del roble quemado y hacía revolotear los jirones de las cortinas.

No había otro sonido que el ruido del viento entre los pinos, y Hel avanzó entre las ruinas para examinar los muros en pie del ala oeste. En tres lugares encontró agujeros abiertos en los bloques de granito. Las cargas que colocaran no habían estallado; así que tuvieron que contentarse con la destrucción del fuego.

Lo que más le dolió fue el jardín japonés. Resultaba evidente que los atacantes habían recibido instrucciones para dedicarse especialmente al jardín. Habían empleado lanzallamas. El arroyo cantarino se deslizaba por entre restos chamuscados, y a pesar de haber transcurrido una semana, en la superficie quedaban todavía residuos grasientos. Habían desaparecido la casa del baño y el bosquecillo de bambúes que la rodeaba, pero algunos brotes de bambú, esa planta tenaz, ya eran visibles en el suelo ennegrecido.

El cuarto *tatami* y el cuarto de armas contiguo no habían sufrido daños, excepto las puertas de papel de arroz que habían estallado en la explosión. Aquellas frágiles estructuras se habían inclinado antes de la tormenta de fuego y habían sobrevivido.

Mientras Hel caminaba por el jardín violado, con los zapatos levantaba pequeñas nubecillas de ceniza negra pulverulenta. Se dejó caer pesadamente en el umbral del cuarto *tatami*, con las piernas colgando por el borde. Era raro, y algo conmovedor, que los utensilios del té estuvieran todavía ordenados en la mesita baja de laca.

Continuaba sentado, con la cabeza baja profundamente fatigado, cuando presintió la proximidad de Pierre.

La voz temblorosa del viejo demostraba su aflicción.

—¡Oh, M'sieur! ¡Oh! ¡M'sieur! ¡Vea lo que nos han hecho! ¡Pobre Madame…! ¿La ha visto usted? ¿Está bien?

Durante los últimos cuatro días, Hel había permanecido en el hospital en Olorón, apartándose del lado de Hana sólo cuando los médicos se lo ordenaban.

Los ojos llorosos de Pierre se cerraron compasivos al darse cuenta del estado físico de su patrón.

—Pero ¡fíjese en usted, M'sieur!

Bajo la barbilla de Hel y rodeándole la cabeza, mostraba un vendaje para mantener la mandíbula en su lugar mientras se soldaba; en su rostro se veían todavía magulladuras violáceas; por dentro de la camisa, la parte superior de su brazo estaba sujeto fuertemente al pecho para impedir el movimiento del hombro, y sus dos manos estaban vendadas desde las muñecas hasta la segunda falange de los dedos.

—Tampoco tú tienes muy buen aspecto, Pierre —dijo Hel, con voz susurrada.

Pierre se encogió de hombros.

—¡Oh, pronto estaré perfectamente! Pero, vea ¡nuestras manos están iguales! —Alzó las manos y mostró los vendajes de gasa que cubrían la pomada sobre sus chamuscadas palmas. Tenía una herida por encima de una ceja.

Hel observó una mancha oscura en la parte inferior de la pechera de la camisa desabrochada de Pierre. Era evidente que un vaso de vino se le había escapado entre las palas torpes del extremo de sus muñecas.

—¿Cómo te hiciste daño en la cabeza?

—Fueron los bandidos, M'sieur Hel. Uno de ellos me golpeó con la culata del rifle cuando traté de detenerlos.

—Cuéntame lo que sucedió.

—¡Oh, M'sieur, fue demasiado horrible!

—Cuéntamelo tranquilamente. Sosiégate, y cuéntamelo.

—¿Podríamos ir hasta la portería? Le ofrecería un vasito de vino, y quizá yo también me tome uno. Y entonces se lo contaré.

—De acuerdo.

Mientras se dirigían hacia la portería, el viejo jardinero sugirió que M. Hel se quedara con él, pues los bandidos no le habían destrozado la casa.

Hel se sentó en una butaca con los muelles rotos, de la que Pierre retiró diversos trastos para que su invitado pudiera sentarse en ella. El viejo había bebido de la botella, que era más fácil de sostener, y ahora contemplaba el valle desde la pequeña ventana del segundo piso de su alojamiento.

—Yo estaba, M'sieur, cuidando de un millar de cosas. Madame había llamado a Tardets para que le enviaran un auto que la llevara allí donde los aeroplanos aterrizan, y yo esperaba que el coche llegase. Oí un zumbido lejano que venía de las montañas. El ruido se hizo cada vez más fuerte. Llegaron como enormes insectos voladores, a ras de las colinas, cerca de la tierra.

—¿Quiénes llegaron?

—¡Los bandidos! ¡En autogiros!

—¿En helicópteros?

—Sí. Dos de ellos. Con un gran ruido, aterrizaron en el parque, y esas feas máquinas vomitaron unos hombres. Todos los hombres iban armados. Vestían ropas con manchas verdes y marrones, y llevaban boinas color naranja. Se gritaban unos a otros mientras corrían hacia el castillo. Yo les grité, diciéndoles que se marcharan. Las mujeres de la cocina chillaron y huyeron hacia el pueblo. Corrí hacia los bandidos y les amenacé con contárselo a M'sieur Hel si no se iban inmediatamente. Uno de ellos me golpeó con el arma, y caí. ¡Un enorme ruido! ¡Explosiones! Y durante todo el tiempo, los dos grandes autogiros posados en el césped, con sus palas dando vueltas y más vueltas. Cuando pude levantarme, corrí hacia el castillo. Deseaba luchar con ellos, M'sieur. ¡Quería pelear con ellos!

—Lo sé.

—Sí, pero en aquel momento ellos ya se dirigían hacia sus máquinas. ¡Me derribaron otra vez! Cuando finalmente llegué al *château*… ¡Oh, M'sieur! ¡Todo destruido! ¡Humo y llamas por todas partes! ¡Todo! ¡Todo!

Y entonces M’sieur… ¡Dios del cielo! Vi a Madame en la ventana de la parte que estaba ardiendo. A su alrededor, todo eran llamas. Corrí adentro. A mi alrededor, todo se desplomaba sin cesar. Cuando llegué junto a ella, estaba allí, inmóvil. ¡No podía encontrar la salida! Los cristales habían estallado encima de ella, y los trozos… ¡Oh, M’sieur, los trozos! —Pierre había estado conteniendo las lágrimas. Se arrancó la boina de la cabeza y se cubrió el rostro con ella. En su frente se veía una raya diagonal que separaba la piel blanca de su cara profundamente curtida por el tiempo. Durante cuarenta años, nunca se había quitado la boina estando al aire libre. Se frotó los ojos con ella, se sorbió ruidosamente la nariz, y la colocó de nuevo en su cabeza—. Cogí a Madame y la saqué fuera. El camino estaba lleno de obstáculos por las cosas que ardían. Tuve que apartarlas con las manos. ¡Pero conseguí salir! ¡Conseguí sacarla! ¡Pero los vidrios…! —Pierre se derrumbó; tragaba mientras las lágrimas resbalaban por las aletas de su nariz.

Hel se levantó y estrechó al viejo entre sus brazos.

—Pierre, fuiste valiente.

—Pero, ¡yo soy el patrón cuando usted no está aquí! ¡Y no supe detenerles!

—Hiciste todo lo que podía hacer un hombre.

—¡Intenté luchar contra ellos!

—Lo sé.

—¿Y Madame? ¿Se pondrá bien?

—Vivirá.

—¿Y sus ojos?

Hel desvió la mirada de Pierre mientras inspiraba profundamente y espiraba despacio. Durante un rato no respondió. Después, aclarándose la garganta, dijo:

—Tenemos trabajo, Pierre.

—Pero, M’sieur, ¿qué trabajo? ¡El castillo ha desaparecido!

—Limpiaremos esto y repararemos lo que queda en pie. Necesitaré tu ayuda para contratar a los hombres y dirigirles en su trabajo.

Pierre sacudió la cabeza. Había fracasado en proteger el *château*. No se podía confiar en él.

—Quiero que busques unos cuantos hombres, para limpiar las ruinas. Proteger de la intemperie el ala oeste. Reparar lo que deba repararse para poder pasar el invierno. Y en la primavera próxima, comenzaremos a construir otra vez.

—Pero, ¡M'sieur! ¡Reconstruir el *château* nos llevará toda la vida!

—Yo no he dicho que ese trabajo tuviera un fin, Pierre.

Pierre estuvo pensando en ello.

—De acuerdo —reconoció—, de acuerdo. Ah, sí, tiene usted correo, M'sieur. Una carta y un paquete. Están en alguna parte. —Buscó entre la mezcla caótica de sillas sin asiento, cajas vacías, y desechos inindentificables con los que había amueblado su casa—. ¡Ah! Aquí están. Justo en donde los puse para que estuvieran seguros.

Tanto el paquete como la carta eran de Maurice de Lhandes. Mientras Pierre se fortalecía con otro trago de la botella, Hel leyó la nota de Maurice.

Mi querido amigo:

Después de revisarlo, he destruido mi primer esfuerzo epistolar porque comenzaba con una frase tan melodramática que me ha hecho reír, pero me temo que a ti te hubiera avergonzado. Sin embargo, no encuentro otro modo de expresar lo que quiero decir. De modo que, ahí va la primera frase rimbombante:

Cuando leas esto, Nicholai, yo ya estaré muerto.

(Hagamos una pausa, en este punto, para mi risa fantasmal y tu vergüenza compasiva.)

Existen muchas razones, que podría citar, que justifican mis profundos sentimientos hacia ti, pero con tres bastará. Primero: Como yo, tú siempre has proporcionado a los gobiernos y a los servicios motivos de inquietud y temor. Segundo: Has sido la segunda persona, además de Estelle, a quien he hablado durante mi vida. Y tercero: Tú no sólo nunca has aludido a mi peculiaridad física, sino que tampoco la has ignorado, ni has agredido mi sensibilidad hablando de ello conmigo, de hombre a hombre.

Te mando un regalo (que probablemente ya has abierto, cerdito glotón). Es algo que algún día puede serte útil. ¿Recuerdas que te dije que tenía algo referente a los Estados Unidos de América? ¿Algo tan dramático que haría que la estatua de la Libertad cayera de espaldas y te ofrecería cualquier orificio que te viniera en gana escoger? Pues bien, aquí está.

Sólo te mando la fotocopia; he destruido los originales. Pero el enemigo no sabrá que lo he hecho, y el enemigo ignora también que ya estoy muerto. (¡Es notable lo extraño que resulta escribir eso en tiempo pasado!)

Ellos no tienen posibilidad de averiguar que los originales no están en mi poder para el sistema de botón apretado; así que, con un poco de destreza teatral por tu parte, conseguirías manejarlos a voluntad.

Como sabes, una inteligencia innata me ha excluido siempre de la necedad de creer en una vida después de la muerte. Pero puede existir un valor inquietante después de la muerte… y pensar eso me satisface mucho.

Te pido, por favor, que visites a Estelle, de vez en cuando, y la hagas sentirse deseable. Te envío mi afecto para tu magnífica oriental.

Con todos mis sentimientos de amistad.

P. S. ¿Mencioné la otra noche, durante la cena, que a las colmenillas les faltaba un poco de jugo de limón? Debería haberlo hecho.

Hel cortó el bramante del paquete y examinó su contenido. Declaraciones juradas, fotografías, registros, todo revelador sobre las personas y las organizaciones gubernamentales implicadas en el asesinato de John F. Kennedy, y el detalle de ciertos aspectos de dicho asesinato. Resultaban especialmente interesantes las declaraciones de una persona identificada como *el Paraguas*, otra llamada *el Hombre de la Escalera de Incendios*, y de una tercera, *el Comando de la Colina*.

Hel afirmó con la cabeza. Ciertamente, elementos de considerable presión.

Después de una simple comida consistente en salchichón, pan y cebolla, acompañado por el áspero vino rojo, en la habitación llena de trastos de Pierre, ambos dieron un paseo por toda la propiedad, permaneciendo bien

alejados de la penosa cicatriz del *château*. Estaba cayendo la tarde, y junto a las montañas se amontonaban nubes plumosas de color salmón y malva.

Hel mencionó que estaría ausente unos días, y que empezarían los trabajos de reparaciones cuando él regresara.

—¿Confiaría usted en mí para hacerlo M'sieur? ¿Después de haberle fallado? —Pierre estaba mostrándose autocompasivo. Había decidido que habría protegido mejor a Madame si hubiese estado totalmente sobrio.

Hel cambió el tema.

—¿Qué podemos saber del tiempo que hará mañana, Pierre?

El viejo miró indiferentemente al cielo, y se encogió de hombros.

—No lo sé, M'sieur. Confesando la verdad, no entiendo del tiempo. Sólo finjo entenderlo, para darme importancia.

—Pero, Pierre, tus predicciones son seguras. Yo confío en ellas, y me han sido de mucha utilidad.

Pierre frunció el entrecejo, intentando recordar.

—¿De verdad, M'sieur?

—No me atrevería a irme a las montañas sin conocer antes tu opinión.

—¿De verdad?

—Estoy convencido que es una cuestión de sabiduría y edad y sangre vasca. Con el tiempo, llegaré a la edad, quizás a la sabiduría. Pero la sangre vasca… —Hel suspiró y golpeó un arbusto junto al que pasaban.

Pierre permaneció silencioso durante un rato reflexionando en las palabras de Hel. Finalmente dijo:

—¿Sabe? Creo que lo que acaba de decir usted, M'sieur, es verdad. Probablemente es un don. Incluso yo creo que son los signos del cielo, pero, en realidad, es un don… una cualidad que sólo tiene mi gente. Por ejemplo, ¿ha visto usted cómo el ganado del cielo presenta vellones rojizos? Pues bien, es importante saber que la luna está en fase menguante, y que esta mañana los pájaros revoloteaban muy bajos. Por estos signos, puedo asegurar que…

LA IGLESIA DE ALOS

El padre Xavier tenía la cabeza inclinada, los dedos apretados contra las sienes y con la mano ocultaba parcialmente los rasgos confusos de la anciana que estaba al otro lado de la rejilla del confesionario. Era una actitud de comprensión compasiva, que le permitía dedicarse a sus propios pensamientos mientras el penitente se explicaba, recordando y admitiendo cualquier pecadillo menor, esperando convencer a Dios, por medio de la aburrida pequeñez de sus pecados, de que era inocente de cualquier pecado mayor. Había llegado al punto de confesar los pecados de los demás… de pedir perdón por no haber sido lo suficientemente fuerte para impedir que su marido bebiera, por haber escuchado la maldita fisgonería de la señora Ibar, su vecina, por haber permitido que su hijo no hubiese asistido a misa para unirse a la caza del oso.

Murmurando y profiriendo notas interrogativas automáticamente, la mente del padre Xavier estaba pensando en el problema de la superstición. Aquella mañana, durante la misa, el sacerdote había recurrido a una antigua superstición para ganarse la atención de los feligreses y subrayar su mensaje de fe y revolución. Por su cultura y educación religiosa, él no creía en los temores primitivos que caracterizan la fe del montañero vasco; pero, como soldado de Cristo, creía que era su deber recurrir a cualquier arma que tuviera a mano y dar el golpe como militante de la Iglesia. Conocía la creencia supersticiosa de que si un reloj daba la hora durante la *Sagara* (elevación de la Hostia), era signo infalible de muerte inminente. Colocando un reloj junto al altar, en donde él pudiera verlo, había hecho coincidir el *Sagara* con el sonido de la hora. Entre la congregación se había producido un aspaviento audible, seguido de un profundo silencio. Y

utilizando su tema del pronóstico de muerte inminente, les había dicho que significaba la muerte de la represión contra el pueblo vasco, y la muerte de las influencias paganas dentro del movimiento revolucionario. Se sintió satisfecho con el efecto, expresado en parte con diversas invitaciones a cenar y pasar la noche en los hogares de los campesinos locales, y en parte por una concurrencia extraordinaria en las confesiones de la tarde, incluso varios hombres, aunque, hay que admitirlo, sólo hombres viejos.

¿Es que esta última mujer nunca terminaría su lista de omisiones triviales? Se estaba haciendo de noche, oscureciendo la antigua iglesia, y el sacerdote ya sentía cierto desasosiego de apetito. Justamente antes de que aquella caja parlanchina y autocompasiva hubiera colocado su voluminoso cuerpo ante el confesionario, el sacerdote había echado un vistazo fuera y descubierto que esta anciana era la última penitente. El padre Xavier suspiró y cortó la verborrea de faltas menores, llamándola hija suya y diciéndole que Cristo comprendía y perdonaba, y echándole una penitencia de muchas oraciones, para que ella se sintiera importante.

Cuando la mujer se alejó del confesionario, el padre Xavier permaneció sentado para darle tiempo a que saliera de la iglesia. No sería muy digno demostrar prisa por conseguir su cena gratis acompañada de vino. Estaba preparándose para levantarse, cuando oyó descorrerse la cortina y en las sombras del confesionario vio aparecer otro penitente.

El padre Xavier suspiró impaciente.

Una voz muy suave le dijo:

—Sólo le quedan unos segundos para rezar, padre.

El sacerdote se esforzó por ver a través de la rejilla en las sombras del confesionario, y dio un respingo. Era una figura con un vendaje en la cabeza, como el trapo que se ata bajo la barbilla de los difuntos para evitar que se les abra la boca. ¿Un fantasma?

El padre Xavier, demasiado instruido para creer en supersticiones, se alejó de la rejilla y alzó su crucifijo frente a él:

—¡Desaparece! *¡I! ¡Abi!*

La voz suave dijo:

—Recuerde a Beñat Le Cagot.

—¿Quién eres tú? ¿Qué…?

A través de la rejilla, la punta del *makila* de Le Cagot se hundió entre las costillas del sacerdote, traspasando su corazón y clavándolo en la pared del confesionario.

Nunca más sería posible hacer vacilar la fe del pueblo de Alos en la superstición del *Sagara*, pues había quedado demostrada. Y durante los meses que siguieron, en la trama del mito popular de Le Cagot se introdujo un nuevo hilo colorido. Le Cagot que había desaparecido de forma misteriosa en las montañas, pero de quien se rumoreaba que aparecía súbitamente siempre que los luchadores por la libertad vasca le necesitaban. Con propia voluntad vengativa, el *makila* de Le Cagot había acudido al pueblo de Alos para castigar al pérfido sacerdote que le había delatado.

NUEVA YORK

Mientras se encontraba en el elegante ascensor privado, afortunadamente sin Musak, Hel movió suavemente su mandíbula de un lado a otro. Durante los ocho días que había estado negociando aquella reunión, su cuerpo se había recuperado bien. La mandíbula mostraba todavía alguna rigidez, pero ya no necesitaba de la indigna sujeción de la gasa; tenía tierna la piel de las manos, pero los vendajes habían desaparecido, como asimismo las últimas señales amarillentas de las magulladuras de su frente.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió directamente a una oficina exterior, en la que un secretario se levantó y le saludó con una sonrisa inexpresiva.

—¿Mr. Hel? El Presidente pronto estará aquí. El otro caballero aguarda dentro. ¿Quiere usted reunirse con él?

El secretario era un atractivo joven, que vestía una camisa de seda, desabrochada hasta la mitad del pecho, y pantalones estrechos de un tejido suave que revelaban el bulto de su pene. Acompañó a Hel hasta un saloncito interior decorado como la sala de estar de una cómoda casa rural: butacas mullidas tapizadas con motivos florales, cortinas de encaje, una mesita baja para el té, dos mecedoras Lincoln, *bric-à-brac* en una *étagère*[50] con vidriera frontal, y fotografías enmarcadas de tres generaciones familiares sobre un piano de cola.

El caballero que se incorporó del mullido sofá tenía rasgos semíticos, pero acento de Oxford.

—¿Mr. Hel? Hace tiempo que deseaba conocerle. Soy Mr. Able, y represento los intereses de la OPEC en asuntos como el que nos ocupa. —Su apretón de manos acentuó la presión de manera insinuante de sus

tendencias sexuales—. Siéntese, Mr. Hel. El Presidente vendrá en seguida. En el último momento se presentó algo, y ella tuvo que ausentarse brevemente.

Hel eligió la butaca menos desagradable.

—¿Ella?

Mr. Able soltó una risa musical.

—¡Ah! ¿Usted no sabía que el Presidente es una mujer?

—No, no lo sabía. Pero, ¿por qué no se la llama Presidenta o se utiliza cualquiera de esas horribles locuciones con las que los norteamericanos tranquilizan sus conciencias sociales aun sacrificando la eufonía?[51].

—Oh, ya verá usted que el Presidente está libre de prejuicios. Aunque se ha convertido en una de las personas más poderosas del mundo, ella no busca ninguna clase de reconocimiento; y alcanzar la igualdad, para ella sería un gran paso de retroceso. —Mr. Able sonrió e inclinó la cabeza coquetamente—. Sabe, Mr. Hel, sabía muchas cosas de usted antes de que *Ma* me convocara para asistir a esta reunión.

—¿Ma?

—Todos los que están cerca del Presidente, la llaman *Ma*. Una especie de broma familiar. Cabeza de la Organización Madre, ¿se da cuenta?

—Comprendo, sí.

Se abrió la puerta que daba a la oficina exterior y entró un joven musculoso con un excelente bronceado y cabello rubio ensortijado, portando una bandeja.

—Déjelo aquí —le indicó Mr. Able. Y dirigiéndose a Hel—: Sin duda, *Ma* me pedirá que sirva yo.

El guapo muchacho bronceado se alejó después de ordenar la tetera y las tazas del té, de una porcelana barata y gruesa, con un dibujo azulado.

Mr. Able observó la mirada que Hel dirigió a la porcelana.

—Sé lo que está usted pensando. *Ma* prefiere que las cosas sean según ella califica de «hogareñas». Me enteré de sus interesantes antecedentes, Mr. Hel, hace poco tiempo, en una reunión informativa. Naturalmente, nunca esperé llegar a conocerle… claro está, no podía esperarlo después que Mr. Diamond informó sobre la muerte de usted. Puede estar seguro de

que lamento sinceramente lo que hicieron a su casa los policías especiales de la Organización Madre. Lo considero como un barbarismo imperdonable.

—¿Realmente? —Hel estaba impaciente por el retraso, y no tenía ningún deseo de pasar el tiempo charlando con aquel árabe. Se levantó y se acercó al piano con su exhibición de fotografías familiares.

En este momento se abrió la puerta de la oficina interior, y entró la Presidenta.

Mr. Able se puso en pie rápidamente.

—Mrs. Perkins, ¿me permite que le presente a Nicholai Hel?

Mrs. Perkins cogió la mano de Hel, que estrechó calurosamente entre sus dedos cortos y regordetes.

—Por todos los demonios, Mr. Hel, no puede usted imaginarse cuánto he ansiado tener este encuentro con usted.

Mrs. Perkins era una mujer rechoncha, de cincuenta y tantos años. Ojos claros maternales, el cuello oculto entre los pliegues de su papada, cabello gris recogido en un moño alto envuelto en una redecilla, de la que escapaban algunas mechas de pelo, busto de paloma, y antebrazos rollizos, codos con profundos hoyuelos. Vestía un traje de seda color púrpura.

—Veo que está usted mirando a mi familia. Mi orgullo y mi ilusión, les llamo yo. Ése es mi nieto. Un pilluelo. Y éste es Mr. Perkins. Un hombre maravilloso. Cocinero *cordonbleu* y un mago con las flores. —Sonrió a las fotografías y sacudió la cabeza con un afecto posesivo—. En fin, ¿vamos a ocuparnos de nuestros negocios? ¿Le gusta el té, Mr. Hel? —Se acomodó en una de las mecedoras Lincoln con un bufido—. Yo no sé lo que haría sin mi té.

—¿Ha examinado usted la información que le envié, Mrs. Perkins? —Alzó la mano en dirección a Mr. Able, indicándole que renunciaba a una taza de té preparado con una bolsita de té.

Mrs. Perkins, el Presidente, se inclinó hacia delante y colocó su mano en el brazo de Hel.

—¿Por qué no me llama usted *Ma*, simplemente? Todos lo hacen.

—¿Ha examinado usted la información, Mrs. Perkins?

La cálida sonrisa desapareció del rostro de la mujer y su voz se hizo casi metálica.

—La he examinado.

—Recordará usted que, para que tuviera lugar esta conversación, puse la condición previa de su promesa de que Mr. Diamond ignoraría el hecho de que continúo con vida.

—Acepté esa condición previa. —Echó una ojeada a Mr. Able—. El contenido de la información de Mr. Hel sólo puede ser leído por mí. Tendrá usted que seguir mis instrucciones a ciegas en este asunto.

—Ciertamente, *Ma*.

—¿Y? —preguntó Hel.

—No pretenderé disimular el hecho de que nos ha puesto usted en un aprieto, Mr. Hel. Por diversas razones, en este momento no nos conviene enredar la situación, ahora que nuestro Congreso está desmantelando la propuesta de ley de la energía Cracker. Si comprendo bien la situación, no sería sensato adoptar una actitud de contraataque dirigida contra usted, ya que eso canalizaría la información hacia la Prensa europea. Esa información está en las manos de un individuo que *Fat Boy* identifica como *el Gnomo*. ¿Lo he entendido bien?

—Sí.

—De modo que sólo es una cuestión de precio, Mr. Hel. ¿Cuál es su precio?

—Mi precio abarca varias cosas. En primer lugar, ustedes me han quitado tierras que tenía en Wyoming. Quiero que me las devuelvan.

El Presidente agitó una mano regordeta ante un asunto tan trivial.

—Y exigiré que sus subsidiarias detengan las excavaciones mineras en un radio de quinientos kilómetros alrededor de mis tierras.

La mandíbula de Mrs. Perkins se contrajo irritada, y fijó sus ojos fríos en Hel. Parpadeó después un par de veces y declaró:

—De acuerdo.

—En segundo término, me han arrebatado todo el dinero que tenía en Suiza. Me lo devolverán.

—Naturalmente. Naturalmente. ¿Es eso todo?

—No. Reconozco que esas acciones que exijo podrían ser rectificadas a su voluntad. De modo que tendré que guardar esta información compensadora durante un período indefinido. Si ustedes me ofenden, con cualquier aspecto, soltaremos el botón.

—Entiendo. *Fat Boy* me ha informado que esta persona, *el Gnomo*, no goza de buena salud.

—He oído ese rumor.

—¿Se da usted cuenta de que, si ese hombre muriera, usted perdería su protección?

—No exactamente, Mrs. Perkins. No sólo debería morir ese hombre, sino que su gente tendría que estar segura de su muerte. Y sé que ustedes nunca han podido localizarle y no tienen ni la más ligera idea de su apariencia física. Sospecho que intensificarán su búsqueda de *el Gnomo*, pero me apuesto algo a que él se habrá ocultado en algún lugar en donde ustedes nunca podrán encontrarle.

—Veremos. ¿No tiene usted más exigencias?

—Tengo otras demandas. Su gente destruyó mi casa. Es posible que no pueda repararse, pues ya no quedan artesanos de la talla de los que la construyeron. Pero lo intentaré.

—¿Cuánto?

—Cuatro millones.

—¡No existe ninguna casa que valga cuatro millones de dólares!

—Ya son cinco millones.

—Mi querido muchacho, yo comencé mi carrera profesional con mucho menos de una cuarta parte de eso, y si usted cree…

—Seis millones.

Mrs. Perkins cerró la boca de un golpe. Siguió un silencio absoluto, mientras Mr. Able desviaba nerviosamente la mirada de la pareja que se miraba desde ambos lados de la mesita de té, uno con una mirada fija y fría; el otro, con los párpados entrecerrados cubriendo unos sonrientes ojos de color verde.

Mrs. Perkins respiró lentamente, tranquilizándose.

—Muy bien. Pero le sugiero que es mejor que ésa sea la última de sus demandas.

—De hecho, no lo es.

—Su precio ha llegado al máximo del mercado. Hay un límite en el grado de que lo que es bueno para la Organización Madre lo sea también para Norteamérica.

—Creo, Mrs. Perkins, que mi última demanda la complacerá. Si su Mr. Diamond ha realizado su trabajo eficientemente, si no ha permitido que su enemistad personal conmigo interfiriese en su buen juicio, usted ahora no estaría enfrentada con un dilema. Mi última demanda es ésta:

—Quiero a Diamond. Y quiero también a ese pistolero de la CIA llamado Starr, y a ese palestino que ustedes llaman Mr. Haman. No piense en ello como en un pago adicional. Estoy haciéndole un favor… administrando castigos por incompetencia.

—¿Es ésa su última demanda?

—Es mi última demanda.

El Presidente se volvió hacia Mr. Able.

—¿Cómo ha tomado su gente la muerte de esos hombres de «Setiembre Negro» en el accidente aéreo?

—Hasta ahora, han estado creyendo que se trataba de eso solamente, de un accidente aéreo. Nosotros no les hemos informado que se trataba de un asesinato. Estábamos esperando sus instrucciones, *Ma*.

—Entiendo. Ese Mr. Haman… creo que está emparentado con el líder del Movimiento Palestino.

—Así es, *Ma*.

—¿Cómo van a tomar su muerte?

Mr. Able estuvo reflexionando un momento.

—Creo que tendremos que hacer concesiones nuevamente. Pero podrá ser arreglado.

Mrs. Perkins se dirigió de nuevo a Hel. Estuvo mirándole fijamente durante unos segundos.

—Hecho.

Hel afirmó con la cabeza.

—Así es como irá el plan. Mostrarán a Diamond la información que ahora tienen en las manos respecto al asesinato de Kennedy. Le dirán que cuentan con información respecto a *el Gnomo,* pero que no pueden confiar en nadie, sino en él, para matar a *el Gnomo* y apoderarse de los originales. Diamond se dará cuenta de lo peligroso que sería el que otras personas, además de él, pudieran ver este material. Darán instrucciones a Diamond para que se dirija al pueblo vasco de Oñate, en España. Allí se pondrán en contacto con un guía que les conducirá a las montañas en donde hallarán a *el Gnomo. A* partir de ese momento, yo me haré cargo de la situación. Otra cosa… y esto es de la mayor importancia. Quiero que los tres vayan muy bien armados cuando vayan a las montañas.

—¿Ha anotado usted todo eso? —*Ma* preguntó a Mr. Able sin dejar de mirar fijamente a Hel.

—Sí, *Ma*.

Ella asintió. Se desvaneció entonces su expresión áspera y sonrió, señalando a Hel con un dedo que movió ligeramente.

—Joven, usted es un tío de verdad. Un auténtico tratante de caballos. En el mundo comercial, usted hubiera recorrido un largo camino. Tiene usted madera fina de negociante.

—Pasaré por alto ese insulto.

Mrs. Perkins se echó a reír, sacudiendo sus carnosidades.

—Hijo, me hubiese gustado disfrutar de una larga conversación con usted, pero hay algunos tipos que me esperan en la otra oficina. Tenemos problemas con algunos chicos que se manifiestan contra una de nuestras plantas atómicas. Los jóvenes ya no son como antes, pero los amo igualmente, pequeños diablillos. —Se incorporó pesadamente de la mecedora—. ¡Dios santo!, es sumamente cierto lo que dicen: el trabajo de una mujer nunca se acaba.

CAMPO DEL GOUFFRE/PUERTO DE PIERRE ST. MARTIN

Además de la exasperación y el cansancio físico, Diamond presentía que su aspecto era el de un necio avanzando vacilante entre la cegadora niebla, agarrado obedientemente a una cuerda atada a la cintura del guía, cuya figura fantasmal apenas percibía, a unos diez pasos frente a él. Una cuerda atada en la cintura de Diamond quedaba tirante en la neblina brillante, y Starr agarraba su extremo nudoso; a su vez, el texano avanzaba unido a Haman, el aprendiz de terrorista palestino, que se quejaba amargamente cada vez que se detenían a descansar sentándose en los peñascos húmedos del elevado puerto. El árabe no estaba acostumbrado a resistir durante horas un ejercicio pesado; sus botas de montaña nuevas le habían irritado los tobillos, y los músculos de su antebrazo palpitaban con fuerza por la tensión de andar aferrado, que le ponía los nudillos blancos, a la cuerda que le unía a sus compañeros, aterrorizado ante la perspectiva de perder el contacto y quedarse solo y ciego en aquel paraje árido. Esto no era en absoluto lo que había imaginado dos días antes, haciendo posturas delante del espejo de su cuarto en Oñate, presentando una figura romántica con sus ropas y botas de montaña, y una pesada «Magnum» en la pistolera de la axila. Hasta practicó sacando el arma con la mayor rapidez posible, admirando al profesional de ojos duros reflejado en el espejo. Recordó lo excitado que se había sentido hacía solamente un mes, en aquel prado de la montaña, vaciando su pistola en el cuerpo convulsivo de aquella judía después que Starr la hubiera matado.

En cuanto a Diamond, le resultaba igualmente molesto la incomodidad física como el canturreo y tarareo constante del viejo guía que abría lentamente el camino, bordeando los márgenes de incontables pozos profundos, llenos de un vapor denso, cuyo peligro el guía había dado a entender con una mímica extravagante no exenta de un humor negro cuando abría ampliamente los ojos y la boca y agitaba los brazos imitando la caída de un hombre precipitándose hacia la muerte, y después juntaba las manos en actitud de plegaria y dirigía sus maliciosos ojos hacia lo alto. No era únicamente el sonido nasal de las canciones vascas lo que agotaba la paciencia de Diamond, sino el efecto de la voz que parecía provenir de todos lados a un mismo tiempo, a causa del efecto submarino peculiar de aquella helada niebla.

Diamond había intentado preguntar al guía cuánto duraría todavía el andar a tientas a través de aquella sopa, a qué distancia estaba el escondrijo de *el Gnomo*. Pero la única respuesta recibida fue una mueca y un asentimiento. Cuando el vasco español con quien se habían puesto en contacto en el pueblo les pasó al guía de la montaña, Diamond preguntó si sabía inglés, y el viejecillo había respondido con una mueca:

—Un poco.

¡Bien! ¡Maravilloso!

Diamond comprendía bien por qué el Presidente le había enviado para tratar personalmente del asunto. Al confiarle una información tan explosiva como aquélla, *Ma* le demostraba una confianza especial que Diamond apreció enormemente, ya que las comunicaciones de *Ma* registraron cierta frialdad después de la explosión aérea que produjo la muerte de los terroristas de «Setiembre Negro». Pero ya hacía dos días que estaban en las montañas, atados unos a otros como niños jugando al hombre ciego, tanteando a través de la suspensión helada de aquellas partículas cuyo resplandor les escocía en los ojos. Habían pasado una noche fría e incómoda durmiendo en el suelo pedregoso, después de una cena de pan duro, un salchichón grasiento que quemaba en la boca y un vino áspero de una bota chorreante que Diamond no supo manejar. ¿Cuánto tardarían

todavía antes de llegar al escondrijo de *el Gnomo*? ¡Si por lo menos aquel estúpido campesino dejara de cantar!

En aquel momento, lo hizo. Diamond casi chocó con el guía, que sonreía maliciosamente y que se había detenido en medio de un pequeño altiplano lleno de rocas por entre las cuales habían caminado, evitando los peligrosos *gouffres* que le rodeaban.

Cuando Starr y Haman llegaron junto a ellos, el guía les indicó con gestos que debían permanecer allí, mientras él se adelantaba por alguna razón.

—¿Cuánto tardará en regresar? —preguntó Diamond, acentuando lentamente cada palabra, como si eso pudiera ayudarle.

—Un… poco —respondió el guía, y desapareció en la espesa nube. Un momento después, la voz del guía pareció llegar al mismo tiempo de todos lados—. Pónganse cómodos, amigos míos.

—Ese cabrón habla inglés, a fin de cuentas —dijo Starr—. ¿Qué demonios es lo que pasa?

Diamond sacudió la cabeza, inquieto ante el absoluto silencio que les rodeaba.

Transcurrieron unos minutos y la sensación de abandono y peligro se hizo tan intensa que incluso acalló las continuas quejas del árabe. Starr sacó su revólver y le quitó el seguro.

La voz característicamente suave de Nicholai Hel pareció llegar de lejos y de cerca.

—¿Todavía no te has dado cuenta de lo que sucede, Diamond?

Se esforzaron en ver a través de la deslumbradora luz. Nada.

—¡Jesucristo! —susurró Starr.

Haman comenzó a gimotear.

A menos de diez metros de distancia, Hel permanecía invisible en la brillante niebla helada. Inclinaba la cabeza a un lado mientras se concentraba para distinguir los tres modelos diferentes de energía que emanaban de los hombres. Su sentido de la proximidad le indicaba el pánico que sentían, de distinta cualidad. El árabe se desmoronaba. Starr

estaba a punto de disparar sin ton ni son contra el vacío cegador y Diamond luchaba por mantener su autocontrol.

—Dispersaos —murmuró Starr. Era la voz del profesional.

Hel percibió que Starr se dirigía hacia la izquierda, mientras el árabe se agachaba y se iba hacia la derecha a gatas, tanteando frente a él el borde de un profundo *gouffre* que no podía ver. Diamond se quedó inmóvil.

Hel soltó los martillos dobles de cada una de las pistolas que el industrial holandés le había regalado algunos años atrás. El aura, proyectora de Starr se acercaba por la izquierda. Hel empuñó tan fuertemente como pudo la culata, apuntó hacia el centro del aura del texano, y apretó el gatillo.

El estrépito de las dos balas disparadas al mismo tiempo fue ensordecedor. La ráfaga de las dieciocho bolas del cojinete abrió un espacio en la niebla, y, por un instante, Hel vio a Starr cuando caía hacia atrás, abriendo los brazos, los pies fuera del suelo y su pecho y el rostro destrozados. Inmediatamente se cerró la niebla y el espacio quedó cubierto.

Hel dejó caer la pistola de su mano paralizada. El dolor de la sacudida de retroceso palpitaba en su codo.

El árabe gimoteó nuevamente mientras en sus oídos todavía resonaba la explosión. Todas las fibras de su cuerpo ansiaban la huida, ¿pero en qué dirección? Se arrodilló, con las manos y las rodillas heladas, mientras por sus pantalones de color caqui se extendía una mancha marrón oscuro. Manteniéndose tan cerca del suelo como podía, avanzó centímetro a centímetro, esforzándose por distinguir entre la niebla cegadora. Frente a él vio la forma de una roca, cuya silueta grisácea fantasmagórica se hizo sólida a pocos centímetros antes de que pudiera tocarla. Se abrazó a la piedra buscando protección y sollozando en silencio.

La voz de Hel era suave, y cercana.

—Corre, pastor de cabras.

El árabe dio un respingo y saltó a un lado. Su último grito fue prolongado, desvaneciéndose a medida que caía dando tumbos por la boca de un profundo abismo, en el fondo del cual se destrozó con un crujido líquido.

A medida que iba desapareciendo el eco resonante de las piedras desalojadas, Hel se apoyó en la roca y espiró profunda y lentamente, sosteniendo en la mano la segunda pistola. Se concentró en Diamond, agachado todavía, inmóvil en medio de la niebla, ligeramente a la izquierda frente a él.

Después de haber escuchado el desgarrador grito del árabe, el silencio resonó en los oídos de Diamond. Respiraba jadeante por la boca, para no hacer ruido, y deslizaba rápidamente la mirada por la cortina de la nube cegadora, sintiendo comezón en la piel por la anticipación del dolor.

Transcurrió una eternidad de diez segundos, y a continuación oyó la voz suave que Hel adoptó en la prisión.

—¿Y bien? ¿No es esto lo que tú imaginabas, Diamond? Estás experimentando las fantasías machistas del hombre de la corporación. El *cowboy* cara a cara con el *yojimbo*. ¿Resulta divertido?

Diamond giraba la cabeza de un lado a otro, intentando desesperadamente identificar la dirección donde provenía la voz. ¡Inútil! Parecía llegar de todas direcciones.

—Deja que te ayude, Diamond. Aproximadamente estás a unos ocho metros de mí.

¿En qué dirección? ¿En qué dirección?

—También tú podrías recibir un balazo, Diamond. Tendrías suerte.

¡No debo hablar! ¡Disparará contra mi voz!

Diamond sostuvo su pesada «Magnum» con las dos manos y disparó contra la niebla. De nuevo hacia la izquierda, hacia la derecha, y después más lejos, hacia la izquierda.

—¡Hijo de perra! —gritó, disparando todavía—. ¡Hijo de perra!

Por dos veces, el martillo golpeó el vacío.

—¡Hijo de perra!

Con un esfuerzo, Diamond bajó la pistola mientras la parte superior de su cuerpo temblaba fuertemente de emoción y desesperación.

Hel se tocó el lóbulo de la oreja con la punta del dedo. Estaba pegajoso y le dolió. Un fragmento de roca de una bala perdida le había acertado.

Alzó su segunda pistola centrándola en el punto de la niebla del cual emanaba el pulso rápido del aura de pánico.

Se detuvo entonces y bajó la pistola. ¿Por qué molestarse?

Aquella niebla helada no prevista había convertido la catarsis de la venganza que él había planeado en una matanza mecánica de bestias atrapadas. No había ninguna satisfacción en esa venganza, que no podía medirse en términos de destreza y valentía. Sabiendo que serían tres, y bien armados, Hel había traído únicamente dos pistolas, limitándose a dos disparos. Había confiado en que esta circunstancia haría del asunto un torneo.

¿Pero esto? ¿Y ese comerciante emocionalmente destrozado allí, en medio de la niebla? Era demasiado despreciable incluso para ser castigado.

Hel comenzó a alejarse en silencio de la roca, dejando a Diamond en medio de la niebla helada, solo, tembloroso y asustado, esperando que en cualquier momento le llegaría una muerte violenta.

Hel se detuvo. Recordó que Diamond era un servidor de la Organización Madre, un lacayo corporativo. Hel recordó los pozos petroleros en el mar, contaminando el agua, las excavaciones mineras en tierras vírgenes, las tuberías de petróleo atravesando la tundra, las instalaciones de energía atómica construidas a pesar de las protestas de aquellos que finalmente sufrirían la contaminación. Recordó el dicho: ¿Quién debe realizar las cosas difíciles? Aquel que posea los medios. Con un profundo suspiro, y sintiendo náuseas en el fondo de la garganta, se volvió y alzó el arma.

El grito maníaco de Diamond quedó ahogado por el rugido de la pistola y su eco. A través de un espacio agitado entre la niebla, Hel vislumbró el cuerpo sacudido retorciéndose en el aire mientras el muro de vapor lo envolvía de nuevo.

CASTILLO DE ETCHEBAR

La postura de Hana era de extrema sumisión; sus únicas armas en el juego eran sonidos voluptuosos y las olas de contracciones vaginales en las que ella era una experta. Hel contaba con la ventaja de la distracción, reforzando su resistencia con la tarea de controlar muy estrictamente su movimiento, y su posición era complicada y antigua, pudiendo lesionarse físicamente al cometer el menor error. A pesar de la ventaja, fue Hel el que tuvo que murmurar:

—¡Diablillo! —a través de los dientes apretados.

Al instante, Hana supo que él había sido vencido, presionó hacia fuera y se unió a Hel en el orgasmo, expresando su gozo en alta voz y entusiásticamente.

Al cabo de permanecer algunos minutos en agradable anidamiento, Hel sonrió y sacudió la cabeza.

—Me parece que he perdido otra vez.

—Así parece. —Hana se echó a reír maliciosamente.

Hana estaba sentada en el umbral de la habitación *tatami* de cara a las ruinas chamuscadas del jardín, con el quimono recogido en las caderas, y desnuda de cintura para arriba para recibir el masaje y toques fijados como premio en aquel juego. Hel se arrodilló detrás de ella, frotando hacia arriba la columna vertebral con las puntas de los dedos, enviando oleadas de hormigueo por la nuca de Hana hasta las raíces de su pelo.

Con la mirada distraída y todos los músculos de su rostro relajados, Hel permitió que su mente vagase con gozo melancólico y paz otoñal. La noche anterior había tomado una decisión definitiva, y había recibido su premio.

Durante horas, había permanecido arrodillado en el cuarto de armas, repasando la posición de las figuras en el tablero. Era inevitable que, antes o después, la Organización Madre consiguiera penetrar en su frágil coraza. O bien sus continuadas investigaciones les descubrirían la muerte de Lhandes, o los hechos referentes a la muerte de Kennedy acabarían por salir a la luz. Y sería en aquel momento cuando se lanzarían tras él.

Él podría luchar, extirpar muchos brazos de la hidra corporativa sin rostro, pero finalmente ellos vencerían. Y, probablemente, con algo tan impersonal como una bomba, o tan irónico como una bala perdida. ¿Dónde estaba la dignidad en eso? ¿El *shibumi*?

Finalmente, las grullas estaban confinadas en su nido. Viviría en paz y en amor con Hana hasta que vinieran por él.

Entonces él se retiraría del juego. Voluntariamente. Por su propia mano.

Casi inmediatamente después de haber llegado a esta comprensión de la situación del juego, y del único camino a la dignidad, Hel sintió que desaparecían en él los años del asco acumulado y el odio. Recortado del futuro, el pasado se convierte en una parada insignificante de acontecimientos triviales, que ya no son orgánicos, ni potentes, ni dolorosos.

Sintió el impulso de dar cuenta de su vida, de examinar los fragmentos que había transportado consigo. Entrada ya la noche, oyendo el cálido viento del Sur gimiendo entre los aleros, se arrodilló ante la mesa de laca sobre la que había dos cosas: los cuencos de *Gõ* que Kishikawa-san le había regalado y la carta amarillenta de duelo oficial, con los dobleces vellosos por efecto de abrirla y plegarla frecuentemente, que Hel se había llevado de la estación Shimbashi porque aquello era todo lo que quedaba de aquel digno anciano que había muerto durante la noche.

A través de todos los años que había vagado sin rumbo por el Oeste, Hel había llevado consigo tres anclas espirituales: los cuencos de *Gõ* que simbolizaban el efecto hacia su padre adoptivo, la carta descolorida que simbolizaba el espíritu japonés, y su jardín, no el jardín que ellos habían destruido, sino la idea del jardín en la mente de Hel, del cual el plan había

sido únicamente una declaración imperfecta. Con estas tres cosas, Hel se sentía afortunado y muy rico.

Su mente, nuevamente liberada, vagabundeó, de un perfil de idea a un perfil de la memoria, y muy pronto, con toda naturalidad, se encontró de nuevo en el prado triangular, formando unidad con la luz dorada del sol y la hierba.

El hogar… después de tantos años errantes.

—¿Nikko?

Hana acomodó su espalda contra el pecho desnudo de Hel. Hel la apretó contra sí y le besó el cabello.

—Nikko, ¿estás seguro de que no me dejaste ganar?

—¿Y por qué motivo haría eso?

—Porque eres una persona muy extraña. Y bastante agradable.

—No dejé que ganaras. Y para probártelo, la próxima vez jugaremos la penalidad máxima.

Ella rió suavemente.

—Se me ha ocurrido un equívoco… un equívoco en inglés.

—¿Cuál?

—Te hubiera dicho: estás en ello…[52].

—¡Oh, eso es terrible! —La abrazó por atrás, acoplando sus manos a los senos de ella.

—Lo mejor de todo este asunto ha sido tu jardín, Nikko. Estoy muy contenta de que no te lo estropearan. Después de los muchos años de dedicarle afanes y cariño, me hubiera roto el corazón que hubieran destrozado tu jardín.

—Lo sé.

No servía de nada decirle a Hana que el jardín había desaparecido.

Había llegado ya la hora de tomar el té que Hel había preparado para los dos.

NOTAS

[1] Literalmente un «mantenerse a distancia mexicano». (*N. del T.*)

[2] Chico Gordo. (*N. del T.*)

[3] Oficial Encargado del Enlace con el Delegado Internacional. (*N. del T.*)

[4] Literalmente, noquear. (*N. del T.*)

[5] Una cucharilla. En francés en el original. (*N. del T.*)

[6] Juego de pelota vasca. (*N. del T.*)

[7] Revocada. En francés en el original. (*N. del T.*)

[8] Cualquier torrente del Pirineo central. En francés en el original. (*N. del T.*)

[9] La verdad según la Quinta República. En francés en el original. (*N. del T.*)

[10] Pequeño comerciante. (*N. del T.*)

[11] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[12] Una persona blanca recién llegada a Oriente. (*N. del T.*)

[13] En inglés, sangriento, sangría. (*N. del T.*)

[14] Goodbody significa «buen cuerpo». (*N. del T.*)

[15] Club campestre. (*N. del T.*)

[16] «No te sientes debajo del manzano con nadie más sino conmigo.» Título de una canción. (*N. del T.*)

[17] Flores y espinas en el camino hacia el *Gõ*. (*N. del T.*)

[18] Literalmente, asesino desnudo. (*N. del T.*)

[19] Una jugada del *Shibumi (Tsuru no Sugomori)*, maniobra elegante que termina con la captura de las piezas del adversario. (*N. del T.*)

[20] En el curso del relato, Nicholai Hel utilizará en su beneficio las tácticas del Naked/Kill, pero éstas no se describirán en detalle. En una obra anterior, el autor describió un peligroso ascenso a una montaña; cuando esta novela se convirtió en una insulsa película, un joven y buen alpinista perdió la vida. En otro libro posterior, el autor detallaba un método para robar cuadros de cualquier museo bien protegido. Poco después de haber aparecido la versión italiana de ese libro, en Milán fueron robadas tres pinturas exactamente siguiendo el método descrito, y dos de ellas quedaron irreparablemente mutiladas.

La más elemental responsabilidad social exige, por tanto, que el autor evite descripciones exactas de las tácticas y los acontecimientos, porque, aunque pudieran interesar a un buen número de lectores, podrían también contribuir a causar perjuicios a (y por) los no iniciados.

Igualmente, el autor mantendrá semiocultas ciertas técnicas sexuales avanzadas, puesto que podrían resultar peligrosas y, ciertamente, serían dolorosas para el neófito.

[21] Palabra o frase a modo de proverbio. En francés en el original. (*N. del T.*)

[22] Expresión de origen alemán (en su versión inglesa) y que significa una condición de anestesia parcial o subconsciente, una especie de adormecimiento de los sentidos. (*N. del T.*)

[23] La broma fue casi shakespeariana en su oblicuidad de broma estudiantil. Se basaba en el hecho de que sus amigos japoneses le llamaban Nikko, para evitar la difícil de Nicholai. Y la pronunciación japonesa más conveniente de Hel es *heru*.

[24] Perlas, rubíes, y oros. (*N. del T.*)

[25] Marinero o soldado inglés; y, por extensión, cualquier inglés. (*N. del T.*)

[26] Fórmula de brindis invitando a la alegría. (*N. del T.*)

[27] En cinematografía, se llama *stunt* (especialista) a la persona que actúa como doble del protagonista en escenas de peligro o riesgo. (*N. del T.*)

[28] Tienda cónica de los indios americanos. (*N. del T.*)

[29] Abismo, precipicio. En francés en el original. (*N. del T.*)

[30] Bota para beber. En vasco en el original. (*N. del T.*)

[31] En el hinduismo y el budismo, la consecuencia ética total de los actos de una persona, considerados como determinantes en el destino de una existencia futura.

[32] La verdad al estilo de la República. En francés en el original. (*N. del T.*)

[33] ¡Sabe, señor, de vez en cuando la luna se equivoca! (*N. del T.*)

[34] Ventanas-puerta. En francés en el original. (*N. del T.*)

[35] (*Opilau*) Del turco *pilãw* = plato oriental hecho de arroz (o trigo triturado) hervido con carne, aves o pescado, especias, etc. (*N. del T.*)

[36] Refrigerio, comida ligera y apresurada.

[37] En inglés, espárrago es *asparagus* y formaría el plural como *asparagueses*. (*N. del T.*)

[38] Frena un poco y sé sensato. En francés en el original. (*N. del T.*)

[39] La *élite*, la sociedad escogida. En francés en el original. (*N. del T.*)

[40] Zapatillas de deporte. (*N. del T.*)

[41] Popularmente, comer, y, por extensión, comer con avidez. En francés en el original. (*N. del T.*)

[42] Término genérico por el que se designan los torrentes procedentes de los Pirineos centrales. «Le gave de Pau». En francés en el original. (*N. del T.*)

[43] Aquí no hay petróleo, pero sí muchas ideas. (*N. del T.*)

[44] «Programa de Pronto Retiro». (*N. del T.*)

[45] Una de las divisiones primarias de un reino animal o vegetal. (*N. del T.*)

[46] Literalmente, «un dolor en el trasero». Coloquial americano. Podría traducirse como «un grano en el cogote». (*N. del T.*)

[47] En la filosofía china, *yang* es el elemento activo, masculino, opuesto al *yin*, el elemento pasivo, femenino. (*N. del T.*)

[48] Es mi profesión. En francés en el original. (*N. del T.*)

[49] Nombre despectivo que los ingleses daban a los franceses. *Frog*, *rana*. (*N. del T.*)

[50] *Bric-à-brac*, chucherías; *étagère*, estantería. En francés en el original. (*N. del T.*)

[51] En el original inglés *«the Chairman»*, el Presidente, no indica el género, pero *man*, por sí solo, significa «hombre». Hel insinúa que podría utilizarse la palabra *chairwoman* (*woman*, mujer), del mismo modo que a veces utilizan palabras compuestas semejantes (*mailperson*, cartero, etc.). (*N. del T.*)

[52] Se trata de un vulgarismo norteamericano, en un juego de vocablos que puede significar igualmente «estar excitado sexualmente» o «estar comprometido en lo que acaba de decir». (*N. del T.*)